



SHADES

& Lights

DANIELA
ALESSANDRA

Shades and Lights

Daniela Alessandra

Agradecimientos.

A mis lectoras por apoyar esta novela, por sus buenos comentarios me atreví a dar este paso. Gracias María José por insistirme para que la escribiera, no salió como la esperábamos... ¡Fue mejor!

Capítulos

Agradecimientos.

Nicholas Carter.

1 – Un dios griego.

2 – Una simple mortal.

3 – ¿Casualidad o destino?

4 – Preparando el encuentro.

5 – La cita.

6 – Aprendiendo a mentir.

7 – Ilusiones rotas

8 – Visita inesperada.

9 – Sintiendo.

10 – Entre Hermanos.

11 – No es suficiente.

12 – Flores y chocolates.

13 – No más mentiras.

15 – Luces en la oscuridad.

16 – Sombras.

17 – Inseguridades.

18 – Celos.

19 – Vacíos.

20 – Juntos.

21 – Acuerdos.

22 – Pesadillas.

23 – Enfrentando el dolor.

24 – ¡Auxilio!

26 - Diferencias.

27 – Amigos.

28 – Vacaciones.

29 – Sombras del pasado.

30 – Recuerdos que duelen.

31 – Abriendo los ojos.

32 – Promesas rotas.

33 – Golpe tras golpe.

34 – A salvo contigo.

35 – Sin escapatoria.

36 – ¡Despierta!

37 – En blanco.

38 – Recuerdos.

39 – Verdadero amor.

40 – Juntos.

41 – Cerrando páginas.

42 – Mía.

43 – Nuestra historia.

Epílogo.

Cada cicatriz que llevamos nos demuestra que hemos sufrido, pero también que hemos sido fuertes, que estamos de pie y solo debemos seguir adelante en busca de un poco de luz para nuestra oscuridad.

Nicholas.

Mis pies se movían con seguridad mientras caminaba entre la gente. Mi rostro no mostraba ninguna emoción, porque para ser sincero, hacía mucho tiempo que nada lograba emocionarme. Sentía la mirada de todos sobre mí, las sonrisas seductoras de cuanta mujer se me cruzaban en el camino.

«*Eran tan evidentes*», algunas hasta me parecían interesantes, pero, aquellas que casi se lanzaban sobre mí... ellas no estarían jamás en mi cama.

Llegué hasta el bar y me senté en mi lugar de siempre. No entendía por qué había tanta gente, incluso parecía una fiesta privada, pero nadie me lo dijo cuando llegué. Lance, el bartender, me sonrió y caminó hasta donde yo estaba.

—*Buenas noches, señor Carter. ¿Lo mismo de siempre?* —preguntó mientras buscaba una botella de vino.

—*Sí, por favor... lo de siempre.*

Mientras Lance iba por mi orden, me di el tiempo de mirar a mí alrededor, dejé lucir una sonrisa en mis labios, porque sabía que me estaban mirando. Después de unos minutos giré en dirección a la mujer que estaba sentada a un extremo, ella mordía sus labios mientras me miraba. Estaba junto a dos hombres vestidos de traje, pero su atención la tenía yo. Sonreí y después de unos segundos giré mis ojos y miré hacia otro lado.

Era tan fácil conseguir una mujer, era tan fácil obtener su atención... era tan fácil tomarlas para quitarme el deseo sin siquiera necesitar saber su nombre.

—*Su copa señor*—. La voz de Lance me hizo girar.

—*Hay más gente de lo habitual... ¿A qué se debe?*

—*Es el aniversario de una revista, señor.*

—*Oh... ya veo.*

«*Una revista... ¿fotógrafos, periodistas? ¡Qué mala suerte la mía!*»

Bebí un poco más de vino y me levanté, saqué mi tarjeta y se la di a Lance. Mientras bebía un poco más de mi trago, él regresaba con mi recibo.

—*Gracias*—. Fue todo lo que dije antes de huir de ahí.

Me abrí paso entre la gente tratando de no mirar a nadie, era imposible tener una noche relajada siendo viernes, pero claro, un viernes nadie esperaba relajarse. La mayoría solo quería beber hasta quedar inconsciente, bailar hasta que sus pies no aguantaran y quizá conseguir un amante de turno que les diera placer por lo que durara la noche.

Yo solo quería una copa de vino, la cual ya había obtenido y una buena noche de películas en mi casa, solo... como siempre.

Las mujeres pasaban junto a mí y notaba el suspirar, «*¿Es que creían que no me daba cuenta?*», me pregunté mientras trataba de salir de allí, pero era imposible moverme, había mucha gente llegando cuando yo me quería largar...

Mientras esperaba salir del lugar, mis ojos se fijaron en la mujer que iba delante de mí, no porque tuviera un cuerpo que llamara mi atención, sino, porque sus pies se movían con torpeza, se doblaban sobre unos zapatos de tacones altos. Así debía lucir la princesa de las zapatillas de

cristal... «¿Cuál era su nombre?».

Sonreí ante las tonterías que estaba pensando acerca de la mujer y su imperfecto caminar.

—¡Rayos! ¡Odio este uniforme y más estos zapatos! —exclamó ella. Mi corazón reaccionó de forma extraña al oír su voz—. *Mamá, hablo en serio, el aspecto de señorita y la vida social no se hicieron para mí* —. Se quejó con evidente molestia.

«¿Una mujer que no se siente cómoda luciendo como una dama y quejándose de la vida social? Y mi psicólogo cree que soy extraño, ¡jaa!» me reí de mis pensamientos.

Me di el trabajo de mirarla de arriba abajo. Tenía cabello marrón, largo y con suaves ondas, caderas formadas, cintura pequeña y hermosas piernas. Su piel era blanca y sus pies lucían pequeños, no media más de 1.70 centímetros, pero en mi cama su estatura no sería un problema.

Me sorprendí al darme cuenta de que sonreía por segunda vez a causa de esa mujer que seguía moviéndose con dificultad sobre su torpe caminar. De pronto, se detuvo obligándome también a detenerme, quise esquivarla, pero fue imposible, así que solo pude esperar a que ella continuara caminando.

—¡No mamá! —exclamó—. *Ya me voy, ya tuve suficiente, quiero llegar a casa, lanzar por el balcón estos zapatos y no verlos jamás.* —No pude reprimir una risa discreta al oír a aquella extraña mujer—. *Te llamo cuando llegue a casa.* —Ella giró de pronto—. *Te amo...* —susurró con la mirada fija en mí.

Tuve que retroceder al darme cuenta de lo cerca que estaba. Sus mejillas se sonrojaron mientras yo estuve sorprendido por su hermoso rostro y por el efecto que su mirada había causado en mí.

—*Lo... siento* —susurró con voz nerviosa, tuve que esforzarme para no reírme.

De nuevo se giró y empezó a caminar hacia la salida. Durante dos minutos más estuve mirado el movimiento de su trasero, dos minutos sintiéndome preocupado porque sentía que en cualquier momento iba a tener que sujetarla para no verla caer frente a mí.

Cuando por fin llegamos a la puerta, ella se hizo a un lado y me dejó seguir, miré sobre mis pestañas y me estaba mirando. El portero trajo de regreso mi auto y caminé hasta él, quise irme sin mirarla más, pero no pude evitarlo. Levanté la mirada y ella se ruborizó de inmediato, su rostro lucía mucho más hermoso con un poco de color. Le regalé una ligera sonrisa y subí a mi auto, pisé el acelerador dejando a aquella aprendiz de dama a su suerte. «*Ojalá pronto se quite esos peligrosos zapatos*».

1 – Un dios griego.

Me temblaban las piernas y el corazón se me iba a salir del pecho. Sus ojos azules estaban grabados en mi mente, la mirada tan penetrante que me dio me dejó temblando como una adolescente. Aquel desconocido había logrado intimidarme con una simple mirada y sentía que la sangre corría con más fuerza por mis venas. «¡Dios, estoy loca!», pensé.

Un lujoso convertible se detuvo frente a la puerta, me hice a un lado para dejarlo pasar. Me quedé detallando su seguridad magistral mientras caminaba hasta el que, evidentemente, era su auto.

Mis ojos se fijaron en su cabello rubio dorado y desordenado, su piel blanca casi brillaba sobre aquel elegante traje de ejecutivo. Era alto y con un porte imponente que a simple vista deslumbraba a cualquiera. Era tan hermoso que parecía un ser superior... era como un perfecto *dios griego*.

Cuando me sorprendió mirándolo me ruboricé... sentí mis mejillas arder mientras que él dibujaba en sus perfectos labios lo que yo diría era una sonrisa. Me dio una última mirada, subió a su auto y se fue.

El tintineo de mis llaves en la mano del portero me hizo reaccionar, sonreí avergonzada y subí a mi auto. Cuando estuve dentro me quité los zapatos y conduje hasta mi apartamento, mientras aquellos ojos azules seguían grabados en mi mente...

«¡Qué hombre tan perfecto!».

Cuando estuve dentro de mi apartamento, lancé los zapatos lejos de mí y corrí hasta la ducha. Me deshice de la ropa y dejé que el agua caliente me relajara, aunque a decir verdad debí usar el agua fría para tratar de quitarme la calentura que una simple mirada del *dios griego* me produjo. Media hora después me acosté sobre la cama y tomé el teléfono.

—Mamá, estoy en casa.

—Oh cariño, me alegro de que así sea —dijo más tranquila.

—Sí, ya estoy en la cama. Te llamo mañana, ¿de acuerdo? Estoy cansada.

—De acuerdo, cariño... tu padre te envía un beso.

—Igual mamá... Los amo.

Dejé sobre la cama el teléfono y me acurruqué con las sábanas, estaba realmente agotada. Yo no era una chica de fiestas, para mí era estupendo poder quedarme en casa leyendo un buen libro o disfrutando de una excelente película, pero desde que empecé a trabajar en esa revista estaba casi obligada a asistir a ese tipo de eventos y realmente me dejaban muerta de cansancio.

Había empezado a quedarme dormida cuando el sonido del timbre me cortó el placer.

«¿Quién visita a esta hora?», me pregunté mientras me levantaba.

Caminé hacia la puerta y miré por el ojo mágico.

«¡No puede ser!».

Volví a mirar para comprobar que estuviera viendo bien y luego abrí la puerta.

«¡El dios griego!», gritó mi conciencia aún dormitada.

—Hola... —Fue lo único que se me ocurrió decir.

—Hola —respondió con una seductora y hermosa voz, el corazón se me aceleró.

«¿Qué hace él aquí?».

—¿Quieres pasar? —pregunté casi sin aliento, él aceptó y me hice a un lado para dejarlo entrar.

«¿Estás loca? No sabes quién es. ¡Puede ser peligroso!», gritó mi conciencia, pero no le presté mayor atención, ya que la emoción recorría mi cuerpo.

«¡Toma el teléfono y llama al 911!»

Sacudí mi cabeza para alejar aquella voz interna que estaba nerviosa y, aunque lo negara también emocionada. Mis ojos se fijaron en su andar nuevamente.

«¿Cómo alguien puede irradiar tanta seguridad?»

Lo miré hasta que se detuvo frente a mi sofá de cuero blanco y luego se giró en sus pies para mirarme, sentí mi cuerpo arder otra vez cuando lo hizo. Sus hermosos ojos azules, sus labios rosas, esa mirada que había hecho que las mariposas en mi estómago empezaran una estúpida danza en honor a él... al *dios griego*.

—¿Quieres algo de tomar? —Me atreví a preguntar.

«En la nevera no hay nada adecuado para un dios como él, ¡reacciona!»

—Estoy bien así, Elizabeth.

Mi nombre en su sensual voz sonaba tan perfecto... Pero ¿cómo sabía mi nombre?

«Sabe tu dirección, ¿crees que tu nombre sería un problema?».

Mi voz interna me hablaba en tono irónico ante mi tonta pregunta.

—Sabes mi nombre... Yo no sé el tuyo.

Sonrió de lado y dio un paso más hacia mí, debí retroceder, pero no me moví, en ese instante me di cuenta de que yo solo vestía un diminuto vestido como pijama y además no me había puesto ropa interior.

«¡Él te lo agradecerá!»

—¿Me das un segundo? Necesito ir a...

El corazón se me detuvo cuando levantó su mano y quitó el gancho que sostenía mi cabello. Este cayó sobre mis hombros y sus dedos lo peinaron mientras mordía su labio inferior haciéndome temblar.

—Me preguntaste si quería tomar algo... ahora sé lo que quiero... —Mi respiración se aceleró mientras él se acercaba más a mí, acarició mi hombro y yo me estremecí—. *Te quiero a ti*.

—Mis pies perdieron estabilidad y él me sujetó con delicadeza, sonrió con malicia y continuó bajando sus manos por mis brazos—. ¿Puedo tomarte? ¿Aquí... ahora?

«¡Oh, Dios mío! ¡Eso sí fue directo!».

Reaccioné cuando sujetó mi cintura con ambas manos y me acercó más a él. Mis ojos no podían dejar de ver los suyos, estaba atrapada bajo el encanto de esos maravillosos ojos azules que me erizaban la piel. Su perfume era tan varonil, una mezcla entre vainilla, menta, y canela, un aroma tan perfecto para el cuerpo de ese *dios griego*.

La mano que sostenía mi cintura bajó sin aviso hasta mi trasero y se metió debajo de mi pijama, me estremecí sin poder evitarlo. Su sonrisa fue abrumadora cuando se dio cuenta de mi evidente desnudez. Sin que lo esperase me subió sobre él sin ningún esfuerzo y empezó a caminar, mientras su aliento acariciaba mi rostro y me envolvía en una nube de deseo que jamás había sentido.

Llegamos hasta la mesa del comedor y me sentó allí, dejándome casi a su altura. Se acercó a mí y empezó a oler mi cabello, a respirar sobre mi cuello. Cerré los ojos cuando sentí su lengua sobre mi piel, luego su mano acarició mi pierna derecha y subió por mis muslos.

«¡Qué bien huele!». Sonreí cuando mi voz interna suspiró con agrado.

—*Abre las piernas*—ordenó y yo obedecí, con la mirada fija en mí, mordisqueó sus labios, matándome con sus maravillosos ojos azules—. *Relájate...* —susurró con esa sonrisa despiadada que me causó una descarga de placer increíble—. *Voy a darte tanto placer que vas a suplicar que no me vaya.*

Mi boca se abrió ante el asombro. Él me amenazaba, me advertía y yo estaba segura de que aun en ese momento, sería capaz de suplicarle que no se fuera. Ambas manos tomaron mis senos y con una sonrisa retorcida empezó a morder mis pezones, escuchaba mis gemidos, aunque no parecían que fuesen míos. Mientras él besaba y mordía mi piel sin detenerse ni un segundo, yo convulsionaba de placer.

—¡Oh, Dios...!—grité.

—*¿Quieres que siga o que me detenga?* —preguntó con una sonrisa malvada y yo moría por saber a qué sabían sus besos—. *Dime qué quieres, Elizabeth.*

—*A ti... te quiero a ti, dentro de mí. ¡Ahora!*

Fue extraño escuchar mi voz diciendo semejante cosa. Él mordió sus labios y empezó a abrir su pantalón de tela beige, levanté la mano con la intención de ayudarlo, pero él me detuvo.

—*No te muevas, sé paciente* —ordenó.

Su sonrisa era hermosa, maravillosa, aun cuando se estaba burlando ante mi evidente desesperación. Cuando su pantalón por fin cayó, sonreí emocionada al ver que sin duda... todo él era perfecto. Me haló más a la orilla de la mesa y envolví mis piernas en sus caderas.

—*Respira con calma... que apenas estoy empezando contigo.* —Sus dientes mordieron sus labios dejándome sin respiración.

—*¡Bésame, por favor! Bésame... bésame...* —supliqué una y otra vez con una voz ahogada y desesperada.

«««»»

Abrí mis ojos de golpe y me senté en la cama. Miré desorientada donde estaba. «*¿Estaba en mi cama... sola?*».

Pasé mi mano por la frente y me di cuenta de que estaba sudando, estaba agitada y sentía mi cuerpo temblar cómo cuando... «*¡Oh, Dios mío!*». Cubrí mi cara y me dejé caer nuevamente sobre la almohada.

«*¿Soñé con él? ¡He tenido un sueño erótico con el Dios griego! ¡Santo cielo! Tuve un maravilloso orgasmo y solo fue un sueño... ¡Solo fue un sueño! Pero, Uau... ¡qué sueño tan perfecto!*».

Me había quedado dormida después de aquel sueño, se me había hecho tarde y estaba segura de que no llegaría a tiempo al trabajo. Entré en mi auto y empecé a conducir, odiaba el uniforme, aún me preguntaba por qué una fotógrafa tenía que usar uniforme y sobre todo unos zapatos asesinos. Podía jurar que terminaría cayéndome en cualquier momento.

«*¿Por qué jamás jugué con los zapatos de mi madre? Estoy segura de que eso me hubiese ahorrado este karma*».

Cuando por fin llegué a la revista, bajé del auto y vi a mi jefe saliendo por la gran puerta.

—*Buen día...* —saludó—. *¿Se te pegaron las sábanas?* —preguntó con una sonrisa que me tranquilizó.

—*Mi despertador fue impuntual... Lo siento*—. Caminé detrás de él y se giró tan rápido que retrocedí.

—*Luces genial con ese uniforme, ¿te sientes bien con esos zapatos?*

«*¿Por qué me pregunta eso? ¿Es que se nota mi sufrimiento?*».

—*Sí, me siento bien... ¿A dónde vamos?*

—*Tengo una entrevista muy importante... Necesito que vengas para que tomes las fotos.* — Había deseado quedarme en la revista todo el día, pero, sin duda no tendría esa suerte—. *¿Qué esperas? ¡Sube!*

Martin era un hombre de más de cincuenta años, pero era atractivo y además era muy educado y respetuoso conmigo. Había empezado a amar trabajar con él y aunque me aburría la mayoría del tiempo, tenía un buen trabajo y lo estaba disfrutando mucho.

No tardamos en llegar hasta el lugar donde él haría la entrevista, el edificio era imponente, de esos rascacielos que impresionan a cualquiera. Los empleados vestían uniformes que parecían ser de un gran diseñador, las mujeres llevaban un elegante vestido azul marino con un cinturón blanco atado en la cintura, eran tan altas y bellas que pensé que era una escuela de modelos.

Después de unos minutos nos entregaron nuestras identificaciones y fuimos escoltados por una mujer alta de cabello rubio. Subió con nosotros y se mantuvo en su pose de *Miss Mundo* hasta que llegamos a nuestro destino.

—*Los señores vienen a entrevistar al jefe* —informó a una joven que supuse era una secretaria—. *Ofréceles algo de tomar mientras pregunto en qué sala va a recibirlos el señor.*

La otra mujer, también era rubia, pero un poco más pequeña, nos ofreció café y después de unos minutos nos entregó una fina taza a cada uno, ambos lo bebimos en silencio. Martin, mi jefe, estaba concentrado leyendo unos documentos que imaginaba que tenían que ver con la entrevista. Respiré profundo para tratar de relajarme y no hacer drama.

«*¿Por qué si hay muchos fotografías que aman la vida social me eligen a mí?*».

Fruncí el ceño y de pronto, mi memoria recordó aquel sueño... me sentí abrumada, acalorada, ¡excitada!

«*¿Cómo es posible que yo haya soñado con ese hombre? Ni siquiera sé quién es.*».

—*¿Elizabeth...?*

La voz de mi jefe me hizo alejarme del recuerdo y sentí mis mejillas sonrojarse cuando vi que la *Miss Mundo* había regresado.

—*¡Sí! Dime...*

—*Te decía que entraré a hacer la entrevista y luego te aviso para que tomes las fotos, ¿de acuerdo?*

—*Perfecto... aquí espero*—. Se puso de pie mientras la *Miss Mundo* esperaba por él.

—*¿Te encuentras bien?* —preguntó mi jefe, yo sonreí.

—*Perfectamente.*

—*Está bien...*

Él sonrió y caminó detrás de la *Miss Mundo*. Cerré los ojos con la intención de alejar el calor que había producido dentro de mi cuerpo aquel recuerdo, pero sus hermosos ojos azules aparecieron en mi memoria, y también recordé su sonrisa.

«*Oh esa sonrisa... y... ¡no! Ese no es él, ¡es mi sucia imaginación! Debería buscarme un novio... ya me hace falta uno, claro que si fuese uno como él... yo sería feliz.*».

Pasé varios minutos esperando por Martin. La secretaria me dio una segunda taza de café y la *Miss Mundo* me ofreció galletas de canela. No había que ser muy inteligente para notar que en ese

lugar lo que sobraba era el dinero, pues los visitantes éramos tratados con mucha consideración.

La puerta por la que había entrado mi jefe volvió a abrirse y Martin salió acompañado de la Miss. Ella nos guió hasta otro salón donde se llevaría a cabo la sesión de fotos.

Tomé mi cámara y empecé a prepararla para hacer mi trabajo. Estaba agradecida con el lugar que nos habían destinado, la sala de juntas era tan grande e iluminada que las fotos saldrían estupendas sin mucho esfuerzo.

—*Quiero unas cinco fotos* —dijo Martin—, *así podré elegir cuál es la mejor para la portada.* —Sonreí mientras cambiaba el lente de mi cámara—. *No te tardes que este hombre no tiene tiempo.*

«*¡Aff! Otro viejo millonario que pasó su vida trabajando como esclavo para hoy tener un gran imperio*»

Suspiré y miré nuevamente a través del lente para comprobar que fuera el indicado, al girarlo enfoqué hacia la puerta, segundos después esta se abrió y el corazón me saltó del pecho, las mariposas en mi estómago abrieron los ojos tan sorprendidas como yo.

«*¿Él?*»

—*Señor Carter* —saludó mi jefe—, *ella es la señorita Coleman... una de nuestras mejores fotógrafas.*

Mis ojos seguían fijos en los suyos, sin poder creer que él estuviera frente a mí.

«*¡El dios griego! ¿Qué broma es esta?*»

Con la misma seguridad que había visto en él la noche anterior, caminó hasta donde yo estaba y extendió su mano.

—*Mucho gusto, señorita Coleman.*

Mi corazón se detuvo al oír su voz sensual y no pude reprimir mi sonrisa al notar que en mi sueño hablaba similar.

—*Mucho gusto, señor Carter* —respondí tomando su mano mientras todo mi cuerpo tembló.

«*¡Oh, Dios mío! ¿Cómo lo hace? ¿Cómo logra hacerme temblar de esta manera?*»

—*¿Podría sentarse allí, señor Carter?* —pidió Martin—. *La señorita Coleman hará las tomas rápido y dejaré de ocupar su tiempo.*

El señor Carter solo me sostuvo la mirada ignorando a mi jefe... «*Es tan hermoso.*»

La oscuridad de la noche no me había permitido ver su gran belleza, pero frente a la luz del día él lucía glorioso, un *dios* en todo el sentido de la palabra. Con un traje negro y una camisa gris, el señor Carter lucía como un hombre imponente, superior, lucía como un hombre capaz de comerse al mundo sin el más mínimo esfuerzo.

—*¿Elizabeth?*

La voz de Martin me obligó a dejar de mirarlo. Creí ver una sonrisa asomarse en los labios de mi *dios griego*, pero se giró demasiado rápido para comprobarlo. Caminó hasta el sofá y cuando se sentó pude ver aquella sonrisa con claridad, pero al volver la mirada hacia mí, había desaparecido.

—*¿Aquí estoy bien, señorita Coleman?*

«*¡Oh, Dios!*» Su voz me hizo temblar y sentí un pequeño placer en mi vientre.

—*Sí señor, allí está bien.* —«*Perfecto, hermoso... ¡Radiante!*»

Sonreí y me obligué a dejar de babear mi uniforme. Tomé mi cámara y traté de ser lo más profesional posible. Tomé una, dos, cinco y hasta diez fotos suyas, era tan fácil fotografiar a alguien que tiene todos los ángulos perfectos.

—*Por favor, ¿puede ponerse de pie, señor?* —Me atreví a preguntar—. *Me gustaría dos*

tomas más de cuerpo entero.

—Claro... *con gusto.*

Se levantó y caminó hacia donde le indiqué, la luz iluminaba su rostro y sus ojos brillaban con intensidad para mí.

«*Oh Dios... ¡Lo perfecto existe y lo sabes!*»

—*Elizabeth, creo que ya está bien con eso* —dijo mi jefe y yo asentí.

—*Sí, eso es todo señor Carter.*

Él asintió y extendió la mano hacia Martin mientras que yo me lamentaba por tener que despedirme.

—*Gracias por la entrevista, señor Carter, espero no haberle quitado mucho tiempo.*

—*No lo hizo, señor Green.* —Lo escuché decir mientras yo guardaba mi cámara y volvía a mirarlo—. *Un placer conocerla, señorita Coleman*—. Extendió su mano y yo la tomé con gusto.

—*Elizabeth, mi nombre es Elizabeth* —respondí con una sonrisa descarada... él también sonrió.

—*Señor Carter* —llamó la *Miss Mundo* y él soltó mi mano—, *los señores Miller y Bennett están aquí.*

—*Gracias Ashlee* —respondió a la rubia y volvió a mirarme—. *Hasta luego, Elizabeth* —«*¿Hasta luego?*»—. *Señor Green... buen día.*

Eso fue todo, él se giró en sus lustrados zapatos y desapareció de mi vista, me sentí triste y desconsolada.

—*Los acompañaré al ascensor* —dijo la *Miss Mundo* y mi jefe se lo agradeció.

Cuando llegamos hasta este, ella presionó el botón y pronto las puertas se abrieron. Martin y yo nos despedimos y entramos en él. Observé por última vez aquel lugar, y me despedí en silencio del hombre más hermoso que había visto en mi vida. *Adiós, señor Carter.*

2 – Una simple mortal.

Al llegar a la puerta volví a mirarla y ella lamió su labio sin siquiera notarlo y yo sentí una descarga de deseo recorrer mi cuerpo. Me giré, salí de la sala de juntas lo más rápido posible y entré en mi oficina. Landon y William se pusieron de pie y extendieron sus manos hacia mí para saludarme.

—*Señor Carter, ¿está usted ocupado?* —preguntó Landon, giré mis ojos ante sus tontas bromas.

—*Hola Nicholas, ¿te interrumpimos?* —inquirió William cuando caminé hasta él y le di la mano.

—*No... No lo hacen* —respondí.

Ambos se sentaron y yo caminé hasta la puerta del baño.

—*Denme un segundo* —pedí.

—*Solo uno* —respondió Landon.

Giré otra vez mis ojos ante su tan acostumbrado buen humor. Landon siempre fue uno de mis mejores amigos, de los pocos que tenía, pero había días en que simplemente me irritaba.

Abrí la llave del lavabo y dejé que el agua corriera, mojé mis manos y humedecí mi cara para alejar el calor insoportable que estaba sintiendo.

«*¿Una fotografía tan normal me puso así con solo lamer sus labios?*»

Mi deseo golpeó nuevamente mi miembro erecto al recordarla, lo empujé dentro de mí, acomodando mi pantalón. Sacudí mi cabeza y mojé mi cabello, me despeiné un poco y tomé otro bocado de aire mientras esperaba que se me quitaran las ganas de ir por ella.

«*Vamos Nicholas, no te dejes dominar por una mujer*»

Cerré la llave del lavabo, halé la toalla y sequé mi rostro, respiré por última vez mientras sentía que mi erección disminuía.

«*Vamos a buscarte distracción luego... Ahora estamos trabajando*»

Abrí la puerta y caminé de regreso a mi escritorio.

—*¿A qué se debe que estés tan rojo?* —preguntó Landon y quise matarlo—. *No hace calor... ¿Te sientes bien?*

—*Estoy bien* —respondí aburrido—. *¿Qué hacen aquí?*

—*Estábamos cerca y pensamos que podríamos ir a comer, como en los viejos tiempos...*

Landon pronunció las últimas palabras con sumo cuidado como si pudiera herirme con solo decirlas.

—*Es casi medio día* —agregó William—. *Imaginamos que incluso un hombre de negocios como tú tiene que comer.*

—*No puedo* —respondí de mal humor—. *Tengo una junta en media hora.*

William me dio una mirada seca y se puso de pie...

—*Bueno, supongo que entonces nos vamos.* —Su voz me hizo saber que mi comportamiento no era el adecuado, pero no me importó—. *Trata de hacer espacio alguna vez para los amigos... Si es que aún nos consideras tus amigos.* —Se giró en sus zapatos y caminó hasta la puerta.

Landon se puso de pie y me di cuenta de que su sonrisa había desaparecido.

—*El domingo estaremos en casa de Samuel... Cuidate...*

Me quedé sentado en mi silla y los vi salir de mi oficina. Landon cerró la puerta detrás de él, no sin antes darme una amable sonrisa. Cuando estuve solo, respiré profundo y me recosté en la silla. Me dolía tratarlos así, me dolía siempre tener una excusa para estar lejos de ellos. Sabía que los lastimaba, pero no podía hacer nada al respecto. Ellos me la recordaban a *ella* y odiaba que lo hicieran, odiaba verme de ese modo... perdido, dependiente, fracasado... ¡Herido!

No quería recordarla más, no quería recordar aquella época de mi vida. El tiempo había pasado y yo por fin había dejado esa historia atrás. No quería traer al presente los malos recuerdos, no quería volver a verme así, jamás.

Mis días siempre eran iguales, del trabajo a la casa y de la casa al trabajo. No había vacaciones, ni viajes, a menos que se tratara de trabajo. Hacía diez años que había incursionado al negocio de compra y venta de propiedades, empecé con un hotel en banca rota y lo mandé a reconstruir para venderlo a un precio que triplicó mi inversión. Ni siquiera recuerdo cómo mi fortuna creció tanto, pero cuando menos lo imaginé tuve empresas, hoteles y restaurantes en varias ciudades del país que me convirtieron en un empresario exitoso.

Como cada noche, al llegar a casa, el silencio invadía las paredes de mi hogar. La soledad era la única que esperaba por mí y la única que se acostaba en mi cama.

Dejé mi copa de vino sobre el piano y deslicé por última vez mis dedos sobre las teclas. Observé mi casa, las grandes paredes de vidrio de techo a piso, el verde del jardín iluminado con una suave luz azul que se reflejaba en el agua de la piscina...

Me levanté y caminé hasta la puerta, halé de ella para abrirla y me deslicé hacia el jardín. Estaba descalzo, pero no hacía frío así que me senté al borde de la piscina y metí mis piernas en ella.

Volví a levantar la mirada y giré hacia mi casa, todas las luces estaban encendidas, todas las habitaciones estaban vacías... Solo estaba yo, solo yo, como me gustaba estar... sin necesitar a nadie, sin esperar a nadie. Estaba solo como hacía diez años, solo... sin tener a nadie en mi cama, sin sentir el calor de nadie a mi lado... Solo... pero fuerte, vivo y orgulloso.

Salté dentro de la piscina y nadé de un lado al otro hasta que estuve cansado y me obligué a salir. Traté de recordar cómo era no estar solo, pero mi mente había borrado todos esos recuerdos, los había desechado y sabía que no debía traerlos de regreso.

Había superado adicciones, había caminado hacia el lugar donde debía estar... veía la luz, aunque yo seguía estando en la oscuridad, pero amaba mi oscura vida.

Ni siquiera fui consciente de que me había quedado dormido. Tardé unos segundos más en reaccionar, parpadeé y cubrí mis ojos con mis manos para alejar la luz que entraba por mis ventanas. Miré hacia el reloj, eran las siete de la mañana. Me levanté de la cama y sentí frío, estaba desnudo, pero no le di importancia. Caminé hasta mi ventana con la intención de cerrarla, pero no lo hice, me quedé mirando por unos segundos el jardín.

Un pájaro volaba sobre los árboles con tanta libertad que sentí envidia, deseé poder ser como él y volar, volar lejos de todos esos recuerdos, de todo ese dolor que llevaba dentro de mí y que no lograba dejar atrás. Volví hacia mi cama y me puse el pantalón de pijama escondiendo mi miembro erecto. Fruncí el ceño al recordarla de inmediato.

«*Elizabeth, ¿cómo logró eso? ¿Cómo pudo hacerme perder el control con un simple gesto?*»

Sacudí la cabeza y alejé aquel recuerdo. Caminé fuera de mi habitación y entré en mi gimnasio. Había deseo que desaparecer... ejercitándome lo lograría.

Después de hacer mi rutina de ejercicios, me lancé sobre el sofá y busqué un documental en

NatGeo. La vida silvestre me entretuvo por un par de horas hasta que sentí hambre. Me puse de pie y caminé hasta mi cocina, saqué la carne asada que mi ama de llaves había dejado para mí y lo metí al horno.

Mientras esperaba a que mi comida estuviera lista, mi memoria volvió a recordarla, sonreí como un idiota y al darme cuenta me puse de mal humor. No podía entender qué demonios me estaba pasando, las mujeres no solían ocupar en mi mente, pero quizá ella lo estuviera porque la deseaba y no me había quitado la necesidad aún.

Busqué mi teléfono y marqué al número de mi asistente.

—*Señor Carter, buenas tardes* —saludó Ashlee con el mismo respeto de siempre.

—*Hola Ashlee, ¿estás ocupada?*

—*No señor, ¿en qué puedo ayudarle?*

Sonreí apenas la escuché, porque sabía que ella siempre estaba disponible para cumplir con cualquier pedido que yo le hiciera.

—*Necesito información sobre una persona...*

—*Dígame su nombre, señor.*

—*Elizabeth Coleman...*

Ashlee se quedó en silencio, algo poco usual en ella. Quizás estaba sorprendida de que le pidiera que investigara a una mujer, nunca lo había hecho o quizás es que recordaba que se trataba de la fotógrafa...

—*¿Desea que le averigüe algún dato en especial?*

—*Todo lo que encuentres de ella, de dónde es, quiénes son sus padres, amigos, novios...*

Todo. —De nuevo otro extraño silencio de Ashlee—. *¿Me escuchaste?*

—*Sí, señor.*

—*¿Cuánto tiempo necesitas?*

—*Una hora.*

Sonreí orgulloso de ella, Ashlee era de esas pocas mujeres que se habían ganado mi respeto y admiración. Era la mejor asistente que podría tener.

—*De acuerdo, gracias...*

—*De nada, señor.*

El sonido del horno me hizo saber que mi comida estaba lista, así que tomé las manoplas y la saqué. Busqué una copa, serví vino y me senté frente al televisor a mirar el documental.

Mi móvil sonó cuando recibí un *email*. Dejé mi copa sobre la mesa y tomé mi teléfono, estuve sorprendido al darme cuenta de que solo habían transcurrido cuarenta y cinco minutos desde que había hablado con Ashlee y ya tenía la información que había pedido.

«*Eres la mejor, Ashlee*»

Para: nicholascarter@CarterIncoportation.com
De: ashleepatterson@CarterIncoportation.com
Asunto: Información personal
Nombre: Mary Elizabeth Coleman
Fecha de Nacimiento: 26 de noviembre
Edad: 24 años
Tipo de Sangre: AB+
Dirección: 270 West Main Street, Stanford
Padre: Jonathan Coleman (psicólogo)
Madre: Caroline Coleman (maestra)
Hermanos: Amanda Coleman (12 años)
Parejas: Ninguna
Expareja: Aidan Marshall (hace 3 años)
Profesión: fotógrafa
Trabajo actual: *New York News* (6 meses)
Amigos cercanos: Andrew Boothe (director de la revista *New York News*)
NOTA: El señor Boothe hizo una reserva para dos en el restaurant *Venash*, el nombre de la señorita Coleman está incluido en la reserva.

Sonreía mientras leía cuidadosamente la información.

*«Así que no tienes novio desde hace algunos años... Bueno, eso no significa que estés soltera... quizás ese tal Boothe sea su pareja, eso fastidiaría mis planes
¿Tengo planes? Sí, claro que los tengo»*

Respondí el *email* que Ashlee me había enviado y le pedí que hiciera una reserva para mí en el mismo restaurante. Pocos minutos después ella confirmó mi reserva, así que volví a caer sobre el sofá y traté de prestar atención al documental, asegurándome que tendría la oportunidad de saber si podía quitarme ese deseo que la señorita Coleman provocaba en mí, o si tendría que buscar a cualquier otra que hiciera su trabajo.

«Mañana nos veremos señorita Coleman» pensé.

3 – ¿Casualidad o destino?

Me envolví entre las sábanas y traté de seguir durmiendo, pero fracasé.

«¿Y ahora qué hago? Por Dios... vivo en New York y no sé qué hacer un domingo»

«Tú no eres de este mundo», gritó mi enemiga conciencia.

Después de una hora, escuché el sonido de mi celular y miré el mensaje.

“Te invito a comer...”

Sonreí como tonta y me escurrí de la cama. Busqué una falda jean y una camisa púrpura sin mangas. Rápidamente entré a la ducha. Andrew me había invitado a almorzar y amaba salir con él... era de esos hombres que me hacía sentir cómoda.

Después de una hora, salí de mi edificio y un auto convertible azul estaba estacionado en la puerta. Al volante, estaba uno de los hombres más guapos que había conocido en mi vida y también uno de los más importantes para mí. Su cabello rubio caía sobre su rostro con elegancia. Tenía una nariz tan perfilada que parecía haber pasado por el cirujano y, además, tenía una sonrisa de comercial. Andrew era ese hombre capaz de quitarle el aliento a cualquier mujer.

Las mujeres que solían estar a su alrededor siempre soltaban suspiros al verlo, pero él solo se limitaba a sonreírles, sabía el efecto que provocaba y no era capaz de reprimir el placer que le causaba ser un objeto de deseo.

Caminé hasta su auto y él abrió la puerta desde adentro, subí y me abroché el cinturón de seguridad. Andrew se quitó los lentes de sol y sus hermosos ojos verdes se posaron sobre mí.

—*Hola nena... te has tardado.* —Se quejó con esa suave voz, clavó un beso en mi mejilla y volvió a ponerse los lentes.

—*Solo una hora, apenas me avisaste.* —Él se bajó los lentes y le guiñó el ojo a unas chicas que pasaban frente al edificio—. *¿Qué es toda esa actuación?*

—*Ya sabes... amo sentirme deseado* —respondió divertido cuando puso en marcha su auto—. *Y más sabiendo que, aunque me deseen yo no siento el más mínimo cosquilleo por el sexo opuesto.*

—*¡Eso es maldad! Puede haber un suicidio masivo por tu culpa... no es fácil aceptar que tú no estás al alcance de una mujer.*

—*La vida no es justa, nena* —aseguró con un tono de voz que me hizo sonreír.

Sí, ese era mi mejor amigo, un hombre visiblemente sexy, inteligente y hermoso... pero, *gay*.

Durante el trayecto, Andrew me contó cómo había sido su mañana y cómo había escapado de su madre. Yo solo sonreía y me parecía exagerada la manera en que reaccionaba ante ella. Lara Boothe era una mujer encantadora, por lo menos lo había sido las tres veces que la había visto.

Cuando estacionó frente a aquel elegante restaurante, uno de los porteros sostuvo la puerta para que yo bajara y él le entregó la llave al que le daba la bienvenida. Andrew me ofreció su brazo y me enrosqué en él con orgullo, caminamos sonriendo felices como una pareja normal. La gente pensaba que yo era su novia, a veces él bromeaba diciendo que sí lo era, solía decir que era más fácil engañarlos que andar explicándole a todo el mundo que era *gay*.

Una mujer guapa se acercó a nosotros y como siempre nos dieron una buena mesa. Él retiró la silla para que me sentara haciéndome sentir como una dama y él luciendo como un perfecto

caballero, algo que sí era. Acomodó su chaqueta y luego se sentó frente a mí.

—*¿Y bien?... Cuéntamelo todo* —exigió con su voz varonil—. *¿Qué te pareció Nicholas Carter?*

Una sonrisa descarada se dibujó en mi rostro y el corazón se me aceleró.

«*¿Qué le podía decir: ¿Tuve un sueño erótico con él y me hizo tener un orgasmo mientras dormía?*»

—*Es guapo...*

—*Nena, no soy ciego* —aseguró—. *Obviamente es guapo... jodidamente guapo, talentoso y si a eso le sumamos el hecho de que es millonario... pues, creo que estás siendo mezquina al solo decir que es guapo*—. Me guiñó el ojo y sonreí avergonzada.

—*¿Qué sabes de él?* —pregunté tratando de lucir indiferente—. *Yo no sé nada de él, excepto lo que acabas de mencionar y que es dueño de muchas empresas.*

—*Ay mi niña* —susurró tomándome las manos—. *¿Qué sería de tu mundo sin mí?*

El mesero regresó sosteniendo una botella de vino y llenó nuestras copas. Andrew le dio las gracias y cuando este se alejó, levantó su copa hacia mí.

—*Por tu clase de cultura general.*

Levanté mi copa, la choqué con la suya y bebí del dulce vino. Observé rápidamente a mí alrededor y sonreí al ver que no había mucha gente. Andrew dejó su copa, tomó mi mano y observó de mala gana mis uñas.

—*La manicure ya se esfumó, terminando de almorzar pasaremos por el salón.*

—*No necesito una manicure para tomar fotos... Ni siquiera necesito ese uniforme y menos esos tacones asesinos.* —Él empezó a reírse y besó mi mano—. *Ya sé... ya sé... Dios fue injusto.*

—*¡Lo fue! Yo quisiera ser tú y tú, tan rebelde.* —Él volvió a sonreír y bebió de su vino—. *Bueno... hablemos del hombre brillante.* —Mi estómago se contrajo con descaro—: *Tiene varias empresas, hoteles, restaurantes y constructoras dentro de Carter's Comporation, además es dueño de una escuela de música que otorga becas y si mal no recuerdo, ha creado una fundación... el sujeto es un exitoso empresario, pero...*

—*¿Pero qué?* —pregunté con temor.

—*Nadie... nadie lo ha visto con una mujer.* —*¿Qué?*—. *Se murmura que es... gay.*

Lo dijo tan suave que casi tuve que leer sus labios para entender.

«*¿Gay?... Mi dios griego, ¿gay? ¡No!*»

—*Vamos nena, no pongas esa cara... solo necesitas mirar frente a ti para saber que todo es posible.*

«*No... él no puede ser gay... ¡No! ¿O sí?*»

«*¡Afff! ¿A mí que importa si es gay o no? No será mío... aunque lo desee tanto*»

—*¡Liz, por Dios! Creo que estás a punto de vomitar... voy a sentirme ofendido.* —Fingí una sonrisa porque sabía que podía ofenderlo de verdad, pero lo que había dicho me había dejado helada—. *Tú lo viste, tienes que haber notado algo... ¿Miraba más a Martin o a ti?*

La pregunta se metió en mi cerebro y busqué algún indicio sobre aquel encuentro, pero nada... él no había mostrado interés por ninguno. Encogí mis hombros y Andrew levantó la copa.

—*Bueno... entonces ese seguirá siendo un gran misterio.*

—*Sería una lástima que sea de tu equipo* —confesé con pesar, él sonrió—. *Si es gay... deberías cazarlo.*

—*¿Me crees un depredador?* —bromeó—. *Además, ¿olvidas que tengo novio, nena?*

—*Solo bromeo... Michael es perfecto para ti.*

Ambos sonreímos ante el recuerdo de su novio, quien ciertamente era un ser tan encantador como Andrew, pero con mejor carácter.

—*¡Oh, mi Dios...!* —exclamó mi mejor amigo mirando hacia la puerta.

—*¿Qué?* —pregunté mientras él sonreía con satisfacción.

Imaginé que se trataba de un monumento de hombre. Andrew solía reaccionar así al ver a un hombre guapo, pero no por él, sino, por mí. Porque estaba empeñado en conseguirme pareja...
«*Cómo si lo necesitara*»

—*¡No seas descarado!* —lo regané.

—*Nena... si te digo a quién miro, vas a tener un orgasmo allí mismo.*

Mi sonrisa cayó cuando hizo ese comentario. La palabra “orgasmo” ahora le pertenecía a mi *dios griego* y ni siquiera sabía si era un dios o una diosa.

—*Cuando cuente hasta tres vas a girar disimuladamente, ¿de acuerdo?* —Inquirió Andrew—. *Uno, dos... ¡tres!*

Llevé la mirada hasta donde estaba mirando Andrew y cuando llegué a él, mi ridículo corazón se detuvo de inmediato...

«*¡Mi dios griego!*»

Estaba observando a la mesera mientras comprobaba su mesa. Llevaba un traje gris, pero no se había puesto corbata, lo cual lo hacía ver más causal, aunque en semejante hombre nada podía lucir causal. La mesera le habló y él caminó detrás de ella.

—*Liz* —llamó Andrew y tuve que dejar de mirarlo—, *casi te atrapa mirándolo.* —me regañó.

—*¿Sabías que estaría aquí?* —Me atreví a preguntar, él se rio.

—*¿Cómo podría saberlo?* —preguntó sorprendido—. *Te ha visto* —aseguró con orgullo—. *Y viene hacia acá.*

Tomé un poco de aire mientras mis manos empezaron a temblar. Andrew me miró sorprendido ante mi extraña reacción. Tuve la intención de no mirarlo, pero, no podía evitarlo, giré hacia él y mi corazón se detuvo cuando sus hermosos ojos azules atraparon mi mirada.

—*Respira* —pidió Andrew en un susurro.

Me besó la mano haciéndome sonreír mientras que la mirada del señor Carter me hizo ruborizarme, su mirada nunca dejó la mía mientras caminaba dentro del restaurante.

«*Quizá ni siquiera se acuerde de ti*», dijo mi conciencia.

—*Señorita Coleman* —saludó a mi lado.

«*¡Se acuerda de mí! Lero lero*»

Le saqué la lengua a mi mala conciencia que siempre trataba de arruinarme la ilusión. El corazón se me detuvo y me costó mucho respirar mientras esos hermosos ojos azules me miraban con demasiado interés. Estiró la mano hacia mí y me puse de pie para saludarlo.

—*¡Qué sorpresa!* —exclamó cuando sostuve su mano.

Mi cuerpo tembló con descaro ante su contacto y él sonrió ante mi infantil reacción.

—*Señor Carter, buenas tardes*—. Logré decir aún atrapada en su perfecta mirada.

Andrew se puso de pie haciéndome reaccionar y recordándome que estaba allí.

—*Él es Andrew Boothe.* —Los presenté—. *Andrew... el señor Carter.*

El señor Carter me dio una mirada extraña antes de girar hacia Andrew, soltó mi mano y la extendió hacia mi mejor amigo.

—*Señor Boothe...*—saludó.

—*Andrew es el director general del New York News* —expliqué.

—*Ah, qué gran trabajo* —susurró—. *Se deben complementar bien, ¿no?* —preguntó sin que

entendiera de qué hablaba—. *Usted periodista y su novia fotógrafa...*

«¡Ay, Liz! ¡Cree que es tu novio!»

—¡No! —Casi grité—. *Andrew y yo solo somos amigos* —aclaré de inmediato.

Él sonrió, haciendo que las mariposas en mi estómago comenzaran a revolotear. Andrew también se rio, pero de forma más burlona y besó mi mejilla.

—*Liz y yo somos amigos desde la universidad* —agregó mi amigo.

—*Ya veo* —respondió—. *Bueno, fue un placer saludarlos.* —Extendió la mano hacia Andrew y luego se giró hacia mí y tomó la mía—. *Me alegra haberla visto, señorita Coleman.*

Quise hacer puchero porque se estaba despidiendo. No podía creer que eso estuviera pasando, que él y yo hubiéramos coincidido en el mismo restaurante. No podía creer mi gran suerte, él estaba allí, y estaba sosteniendo mi mano.

—*Elizabeth* —corregí—, *mi nombre es Elizabeth* —susurré sonriendo y casi babeando sobre él—. *También me alegra haberlo visto, señor Carter.*

Por primera vez, sus labios mostraron una sonrisa, el corazón se me aceleró y sentí la mano de Andrew sujetarme la cintura con más fuerza de lo normal cuando mis piernas perdieron equilibrio. Estaba segura de que podía desmayarme frente a él si volvía a sonreírme así

—*Que tengan buen provecho* —agregó—. *Permiso, buenas tardes* —dijo en despedida.

Comenzó a alejarse de nosotros mientras el corazón me latía y mis piernas temblaron hasta que Andrew me ayudó a sentarme.

—¡*Uau nena...! Pensé que necesitarías mi pañuelo para limpiar tu baba.* —Se burló de mí y me hizo reír con su comentario.

Mis ojos seguían fijos en los suyos y me faltaba el aire mientras admiraba su perfecto cuerpo llegando a su mesa.

—*Creo que le gustas* —comentó Andrew.

Dejé de mirar a Nicholas y fijé la vista en mi amigo.

—*¿Estás loco?*

—*Loco o no... acabo de notar que no es gay.* —No pude evitar sonreír—. *Bueno... por lo menos no lo parece y muestra interés en ti.* —«*¿Lo hace?*»—. *Pero tú debes dejar de mojar sus zapatos con tu baba.*

—*Deja de decir eso.* —Me quejé riendo más que todo por nervios. Andrew levantó su copa—. *¿Estoy roja?*

—*Como un tomate cherry* —agregó riéndose.

Me reí de su comentario y traté en lo posible de no mirar a mi *dios griego*, pero era difícil, había elegido una mesa muy cerca de nosotros. Durante la comida Andrew y yo hablamos de muchas cosas. Mi familia, su familia, el trabajo, y claro, hablamos de esos ojos azules que no dejaban de mirarme. Sentir su mirada sobre mí me hacía temblar, me sentía acalorada, sofocada.

—*Es descarado al mirarte.* —Se quejó mi mejor amigo—. *Ni siquiera le importa que yo lo vea... descarado.*

—*¿Por qué nos mirará tanto?*

—*¿Nos? No nena, él solo te mira a ti* —sonreí nuevamente al oírlo—. *Y veo que no te es indiferente... pues, solo una vez te he visto mostrar interés por un hombre...*

—*Te aseguro que no es igual.*

—*¿Por qué no?*

—*Causa un efecto extraño en mí...* —Me atreví a mirarlo y él me observó con intensidad—. *Tiemblo cuando me mira.*

—No puedo culparte, el tipo parece sacado de una revista.

—No es solo por eso —aseguré—. Irradia tanta seguridad que me siento dominada por su mirada.

Andrew volvió a tomar su copa, la extendió y la chocó con la mía.

—Salud, por esos hombres que nos mueven el mundo con una mirada.

— ¡Salud!

Durante casi media hora estuvimos comiendo y conversando. Para cuando terminamos de comer, el señor Carter también lo había hecho. Lo había visto hablar por teléfono la mayor parte del tiempo y me sentí triste cuando ya no puso su atención en mí.

Me disculpé con Andrew y fui al baño. Entré al servicio de damas y mojé mis manos. Me sentía acalorada como en aquel sueño que tuve y aunque traté, me fue imposible no recordar sus manos sobre mi cuerpo.

«¡No era su mano, estabas soñando!»

«Sí, estaba soñando y estaba deseándolo. Debo buscarme un novio, un amante... ¡alguien! El que sea que me quite este calor que siento con solo verlo».

Tomé otro respiro, me lavé la cara, después de un minuto me sentí mejor, así que abrí la puerta y salí. Mi corazón dio un último brinco y se detuvo, me faltó el aire y comencé a temblar cuando vi a mi *dios griego* de pie frente a mí.

«Dios mío, no dejes que me desmaye, por favor».

—Señorita Coleman... —susurró en forma de saludo y yo le sonreí con descaro—. *Estaba esperando por usted.*

«¿Por mí? ¿Él dijo que esperaba por mí?»

—No quería interrumpir la comida con su amigo... así que... —Buscó algo dentro de su saco y me extendió una tarjeta—. *Quizá le interese tomar una copa conmigo uno de estos días.*

Mis ojos se abrieron ante la sorpresa... «¿Una copa con él?»

—*Me encantaría* —respondí de inmediato logrando que me volviera a sonreír y haciendo que el aire escapara de mi cuerpo.

Me sentí aturdida y mareada, no era posible que de solo sonreír me hubiera sentido débil frente a él. Nicholas se acercó más a mí y sujetó con suavidad mi brazo.

—¿*Se encuentra bien?* —preguntó algo sorprendido, respiré profundo para lograr que el aire regresara a mi cuerpo.

—*Estoy bien... es el calor.*

«¿*El calor? Vamos Liz el aire nos está congelando*»

Me ruboricé y me sentí como una real estúpida, él pareció reprimir una sonrisa, pero no estuve segura.

—*Estoy libre después de las seis* —continuó diciendo ahora un poco más serio—. *¿Quizá podamos encontrarnos cuando usted tenga tiempo libre?*

—*Me parece bien.* —«¡*Respira!*»—. *¿Cuándo le gustaría, señor Carter?*

Él volvió a sonreír y al instante frunció el ceño, creo que se sentía extraño sonriendo tanto.

—¿*El martes estaría bien para usted?*

—*Perfecto* —respondí. «*Liz, no seas tan evidente*»—. *Eh... ¿dónde?*

—¿*Le parece bien si paso a buscarla por la revista sobre las seis?*

—*Me parece bien...*

Estiró su mano y volví a temblar mientras la sujetaba. Tenía unas manos grandes y suaves, sus uñas eran parejas, como si acabara de hacerse la manicure. Todo en él parecía perfecto, prolijo,

cuidado. Levantó la vista y mantuvo su mirada en mis ojos por unos segundos, luego bajó hasta mis pies y subió lentamente la mirada sobre mi cuerpo, causándome tanto placer que el sueño de aquella noche volvió a mi memoria.

—*Hasta entonces, señorita Coleman.*

Clavó su mirada intensa y sensual sobre la mía, hizo una reverencia y se giró en sus brillantes zapatos. Mientras se alejaba, yo me tomaba el tiempo para recuperar el aliento, aunque mientras más lo miraba al alejarse, más aumentaba el calor en mi interior. Para cuando llegó a la puerta yo casi estaba en mi mesa, pero me mantuve de pie para verlo partir.

Un auto gris se detuvo en la calle, el portero abrió la puerta trasera y él subió, poco después el auto desapareció ante mis ojos. Andrew me miraba de forma acusadora mientras volvía a sentarme... extendí la tarjeta que me había entregado mi *dios griego*... él palideció.

—*¿Qué significa esto?* —preguntó con la emoción evidente en el verde de sus ojos—. *¿Nena?*

—*Me invitó a salir... el martes.*

—*¡Oh, Dios mío!* —exclamó mi exagerado mejor amigo—. *¡Qué niña tan fea y conquistadora te has vuelto!*

Me quedé mirando a Andrew mientras tomaba su copa y la extendía hacia mí, hice lo mismo mientras él brindaba por mi conquista de medio tiempo, algo que él llamaba de otro nivel por tratarse de una figura pública tan importante. Yo quería decirle que para mí solo era el hombre guapo y sexy del bar y de mis sueños húmedos, pero decidí no mencionar semejante cosa.

No podía creer que eso estuviera sucediendo. Hacía unos días me había cruzado por casualidad con ese hombre, había tenido un sueño erótico con él y al día siguiente le hice una sesión de fotos para una entrevista que mi jefe le había hecho. Y luego lo encontré en el mismo restaurante y para completar mi suerte, me había invitado a salir... todo parecía un sueño, uno del que me hubiese gustado no despertar.

Andrew no dejaba de sonreír mientras conducía, creo que él estaba más emocionado que yo... de acuerdo, no... era imposible que alguien estuviera más emocionado que yo, porque ciertamente estaba muriendo de emoción.

«*¿Cómo alguien como él puede querer salir conmigo? Debe tener tantas mujeres a su disposición... ¿Por qué conmigo?*»

—*No vale de nada que busques una respuesta... no la encontrarás.* —Miré a Andrew sorprendida una vez más de ese extraño poder que tenía de saber lo que pensaba, aun cuando no lo había mencionado—. *Ya te dije: frunces el ceño y muerdes tus labios cuando estás intrigada, nena.* —*«Sí, eso también solía decirlo»* —. *Cariño; eres hermosa, tanto, que ni siquiera Nicholas Carter puedo ignorarte.* —Le giré los ojos y él empezó a reír a carcajadas—. *Mejor deja de pensar en el asunto... el martes le preguntas por qué te invitó a salir y listo.*

—*Lo haré* —aseguré sonriendo.

—*¿Martin se porta bien contigo?*

Miré a Andrew y sonreí, esa pregunta me la había hecho muchas veces, pero, creo que aún no me creía del todo.

—*Sí, es un buen jefe* —repetí—. *¿Por qué?*

—*Porque si no lo es... se las verá conmigo* —aseguró de forma protectora haciéndome pensar otra vez en esa idea que tenía desde que había comenzado a trabajar en la revista—. *Habla conmigo Liz... libera tu mente, nena.*

—*A veces, creo que me dieron el trabajo por ti* —respondí y él se mantuvo en silencio.

Andrew era el jefe de mi jefe y a veces, pensaba que había tenido que ver con el hecho de que

me contrataran, pero, él siempre lo negaba.

—*Eran muchas aspirantes y vi el trabajo de todas... creo que había algunas mejores que yo.*

—*Quizás* —respondió quitándole importancia al asunto—. *Pero esas no eran las que él necesitaba, tú buscas más que una buena imagen, te preocupas por la zona, luz, reflejo y toda esa mierda que yo no entiendo, pero, que hacen que tus fotografías sean únicas.* —Sonreí y él se detuvo en el semáforo, me haló hacia él y besó mi cabello—. *Deja ese asunto, confía más en tu talento.* —Giré los ojos y él sonrió—. *Vamos de compras... quiero verte muy hermosa el martes.*

—*¡No! No... Andrew el mes pasado te dije que basta de regalos* —me quejé.

Aún recordaba cómo me había obligado a aceptar esos tacones asesinos que acababan con mis riñones cada día.

—*¡No vengas con tonterías!* —pidió mientras echaba a andar de nuevo su auto—. *Sabes que nunca me dejaron tener una Barbie... contigo me quito la frustración.*

—*¡Basta! No me hagas reír... no soy una muñeca, ¿de acuerdo?*

—*¡Lo eres! Para mí lo eres... hermosa, delgada, sexy... malhumorada, pero eres mi Barbie favorita.*

Respiré profundo y él empezó a cantar, lucía feliz y yo amaba verle feliz. Andrew era un hombre maravilloso. A veces, me sentía triste al ver que tenía que fingir ante los demás, tenía que aparentar que le gustaban las chicas. Al principio solía ser divertido verlo entre amigos, opinando sobre alguna chica nueva que había llegado a la revista, pero cuando Michael apareció en su vida las cosas ya no fueron más graciosas, me daba tristeza que no pudiera ir con él a las fiestas, o que yo siempre tuviera que acompañarlo para que la gente no murmurara sobre ellos. Andrew no podía ser libre y yo sabía que eso no lo hacía feliz.

Andrew, era después de mi padre, el hombre a quien más quería, desde que lo conocí fue especial y dulce conmigo. Siempre me protegía y cuando encontraba a algún hombre para él, siempre dejaba claro que no iba a alejarse de mí por ellos. Andrew era un hombre seguro de sí mismo, de carácter fuerte y sumamente culto. Venía de una familia importante, es hijo único y por esa razón aún no podía admitir su preferencia sexual, porque su madre no lo aceptaba, aunque lo sabía, ella solo fingía que no y le hacía saber lo feliz que le haría verlo con chicas, que sus amigas siempre estaban elogiándolo y diciéndole que él sería el esposo perfecto para cualquier chica.

Andrew detuvo el auto en el centro comercial y abrió la puerta para mí, sostuve su mano y luego tomé su brazo. Me gustaba ir de su brazo, me gustaba que él sintiera que yo lo quería sin importar su preferencia sexual. Quería quitarle un poco la tristeza que le causaban sus padres.

—*Si no fuese gay... me casaría contigo* —dijo con tanta naturalidad que sonreí—. *Eres única y tan dulce... a veces.*

—*Si no fueses gay... me hubiera enamorada de ti* —aseguré—. *Aún tengo que hacer mi caligrafía mental repitiendo "Andrew es gay, no te enamores".* —Él empezó a reír y me abrazó más fuerte—. *Eres un hombre extraordinario.*

—*Un medio hombre* —corrigió con una suave y triste voz.

—*¡No!* —contradije de inmediato—. *Tu preferencia sexual no te hace menos hombre... al contrario, eres extraordinario.* —Él sonrió, me besó la frente y continuó caminando, de pronto empezó a reírse, lo miré sin entender—. *¿Qué?*

—*Nada.* —Lo detuve y lo miré esperando que hablara—. *Solo me acordé de nuestra primera cita.*

—*¡No me lo recuerdes! Aún me da vergüenza.*

—*Mi niña* —susurró—, *tenías diecisiete años, apenas entrando a la universidad, me sentí*

mal cuando te vi tan ilusionada conmigo.

—*Debiste haberme advertido.* —Él sonrió, besó mi frente y continuamos caminando— *¡Te besé!* —susurré avergonzada—. *Te besé y tú fuiste adorable.*

—*Eres la única mujer que me ha besado y por la que no he sentido asco.* —También me reí—. *Me sorprendí por eso. Incluso... pensé que tú podrías salvar mi alma.*

—*Tu alma está más que salvada* —aseguré cuando entramos en el spa de siempre.

Las chicas sonrieron con amplia felicidad al verlo, Andrew solía visitar ese salón con frecuencia, le hacían masajes y me obligaba a hacerme las uñas mientras lo acompañaba en su rutina de belleza. Me senté en el lugar de siempre y juntos esperamos ser atendidos.

—*¿Crees que deba usar un vestido o pantalón?* —pregunté refiriéndome a mi salida del martes, él levantó la ceja y me sonrió de lado.

—*Depende...* —susurró—. *Si quieres hacerle la vida más fácil, usa un vestido.*

—*¡Andrew!* —No pude evitar reírme, él nunca podía dejar de bromear, excepto cuando trabajaba—. *Hablo en serio.*

—*Deberías usar un vestido, tus piernas son hermosas.* —Sonreí y pensé cuál podía elegir... «*Pero ¿iré a trabajar con vestido?*»— *De igual manera, quiero que vayas con calma.* —Observé a Andrew sin comprenderlo—. *Aún me preocupa el hecho de que no se le conozca pareja.... si no es gay, quizá sea un perverso.*

—*¿Perverso? ¿Le ves cara de perverso?*

«*Él no puede ser un perverso... ¿Y si lo es... sería tan malo?*»

—*¿Me ves cara de gay, nena?*

No me sorprendió su pregunta, siempre decía lo mismo... pero era verdad, debía pisar tierra y ser más cuidadosa. No sabíamos nada sobre la vida personal de Nicholas Carter, lo único que se sabía de él era su vida profesional, su éxito con los negocios, así que debía irme con cuidado para no llevarme una desilusión.

4 – Preparando el encuentro.

Frank estacionó dentro de la casa de Samuel, y me quedé allí con el impulso de marcharme, pero, decidí que asistiría, que saludaría, que debía seguir mi vida y ser agradecido con las personas que habían estado conmigo en los momentos difíciles y Samuel era uno de ellos.

Cuando bajé del auto escuché la música, había una fiesta allí y no me extrañaba, ellos siempre encontraban un motivo para celebrar. Caminé hacia la entrada, la puerta estaba abierta, así que entré y saludé a algunos conocidos. Mientras caminaba hacia el jardín, pude oír la voz de Landon, estaba cantando. Me detuve en el primer escalón y me quedé observándolos en silencio, sintiendo las ganas de salir corriendo y no tener que recordar momentos dolorosos de mi vida.

—*¡Nicholas!* —gritó Sam alejándome de mis malos recuerdos. Yo fingí una buena sonrisa—. *¡Qué gusto verte!*

—*Feliz cumpleaños* —dije antes de abrazarlo. Susan, su esposa, se acercó a nosotros y nos tomó una foto.

—*¡Nicholas!* —exclamó ella—. *Me alegra mucho que estés aquí.*

Le di un beso en la mejilla y me alejé para poder verla, ella lucía un vientre abultado, de esos que estaban a punto de explotar.

—*¿Cuánto tiempo llevas?* —pregunté algo avergonzado, él sería padre y yo ni siquiera lo sabía—. *¿Va todo bien?*

—*Sí, todo de maravilla... tengo cinco meses.*

Samuel se acercó a ella y la besó. Ambos parecían felices, después de todo él tenía lo que siempre soñó: una familia, una vida tranquila y feliz.

—*¿Quieres tomar algo?* —preguntó Susan con su típica sonrisa amable.

—*Un jugo estará bien, gracias.*

Landon y William se acercaron extendiendo sus manos hacia mí, yo las tomé.

—*Me alegra que hayas venido* —dijo William, yo solo asentí y miré a Samuel.

—*Debes estar feliz con ese nuevo bebé... ¿Ya sabes el sexo?*

—*¡Es niño!* —exclamó con notable felicidad—. *Ya me ves, no puedo con tanta felicidad.*

Sonreí también feliz por él, me alegraba que tuviera una buena vida. Susan era una mujer adorable y con quien me llevaba muy bien, quizá porque ella apareció en su vida cuando yo ya era un hombre nuevo y, por lo tanto, no me recordaba el pasado.

Me senté junto a él y me quedé observando a todos. William y Kate también eran felices. Recordé a su hijo Mathew y lo busqué con la mirada en la piscina. Me sorprendí al verle levantando la mano para saludarme, hice lo mismo y él sonrió, había crecido mucho y cada vez se parecía más a su padre. Todo parecía igual que antes: las reuniones, los amigos, la comida... solo faltaba James para que todo fuera como en los viejos tiempos, supuse que se encontraba en Londres, solo así podía explicar su ausencia.

Todos eran tan felices... viviendo una vida normal, teniendo su familia, cumpliendo sus sueños... Solo yo había cambiado, solo yo formé un estilo de vida diferente... solo yo odiaba tener a una mujer diciéndome una y otra vez que me amaba, odiaba tener que llegar a casa y

encontrar a alguien fingiendo amor por mí.

—*Tu sonrisa da miedo* —dijo William cuando se sentó junto a mí. Siguió mi mirada y me aclaró—. *Ellos son felices y se aman.*

—*Claro... no he dicho lo contrario* —«*Como si necesitara decirlo*»—. *Tú también pareces feliz.*

—*¡Soy muy feliz!* —aseguró—. *¿Cómo estás tú?*

—*Bien... me siento bien.* —Terminé de beber el jugo que Susan me había dado y esperé con calma su charla habitual...

—*Tienes treinta años Nicholas...* —«Uau William qué descubrimiento», pensé aburrido—. *Tienes muchos años solo... eso no es sano para nadie.*

—*Lo es para mí* —respondí—. *No necesito una novia... y para tener sexo, las mujeres abundan... solo es cuestión de elegir entre una larga lista de candidatas.*

—*Sabes a lo que me refiero, Nicholas.*

—*¡Lo sé! Y te voy a decir lo que he dicho durante estos casi diez años... No volverán a ver a una mujer tomando mi mano, nadie ocupará mi cama y a nadie volveré a amar. El día que entiendan eso, todos seremos más felices.*

Le di la mano y caminé de regreso dentro de la casa, en el camino me despedí de Landon y de Susan, encontré a Samuel casi en la puerta y después de desearle sinceramente lo mejor, salí de su casa y volví a subir al auto. Frank empezó a conducir sacándome de allí.

—*¿A dónde lo llevo señor?* —preguntó Frank.

Sonreí al escucharlo, tenía tantos años trabajando para mí y era quizás el único que seguía cerca aun después de la gran tormenta. Frank solía salvarme el culo cuando era un adolescente descontrolado y luego comenzó a tratarme con mucho respeto.

—*Vamos a casa, Frank.*

Él asintió y colocó algo de música, condujo con calma por la ciudad mientras yo observaba todo a mi paso. No puede evitar sonreír cuando la imagen de Elizabeth volvió a mi mente, sacudí la cabeza para no pensar en ella, porque me había dado cuenta de que sin mucho esfuerzo lograba alterarme. Era increíble como esa joven con solo sonreírme lograba hacer que la deseara con locura.

Deseché el recuerdo de ella frente a mí, de lo bien que olía, de la suavidad de sus manos... No quería desear que fuera martes, quería evitar imaginarla desnuda mientras tenía sexo conmigo, pero de solo pensarlo la piel se me erizaba. Nunca había armado un plan de seducción para ninguna mujer y con ella no lo iba a hacer... solo era cuestión de esperar, de tener un poco de paciencia.

Al llegar a casa, Frank se despidió de mí y se marchó. Tenía trabajo pendiente, así que subí las escaleras y fui directo a mi estudio. Encendí mi ordenador y me puse a trabajar por tanto tiempo que cuando terminé todo había oscurecido. Con la laptop encendida y el buscador frente a mis ojos, fue imposible no querer saber algo más sobre la señorita Coleman. Tecleé su nombre y me sorprendí al darme cuenta de que no tenía redes sociales, en la única publicación que la pude encontrar fue en una foto que ella había tomado para una entrevista del alcalde. La señorita Coleman resultó ser un misterio y con ello aumentó mi interés por ella. Decidí pensar en el día de nuestra cita, en qué podríamos hacer o a dónde podría llevarla.

«*Sólo será un trago, el bar puede servir... No, el bar no es muy simple... tiene que ser un lugar más adecuado*»

Tomé mi teléfono y marqué a la única persona que podía ayudarme.

—Señor Carter, buenas noches —saludó mi fiel y servicial asistente—. *¿En qué puedo ayudarle?*

—Lamento molestarte a esta hora, Ashlee.

—No me molesta, señor —aseguró—. *¿Puedo ayudarle en algo?*

—Sí, *¿no estás ocupada?*

—No señor, *dígame cómo puedo ayudarle.*

—El martes voy a reunirme con la señorita Coleman. *¿Puedes sugerirme algún lugar?*

—Por supuesto —respondió de inmediato—. *Si la reunión es por la mañana podría hacerle una reserva en el hotel Heldinton.*

—Será por la noche.

—Oh... —Noté su sorpresa—. *¿Quiere un lugar formal o es una salida... personal?*

—Personal —acepté—. *Quiero un lugar tranquilo...*

—Entonces *Per Se* sería perfecto, es un lugar exclusivo y la comida es muy buena.

—No quiero demasiada gente...

—*¿A qué hora es su cita?*

«*¿Mi cita? No es una cita... ¿O sí? No, no... no es una cita.*»

—Antes de las siete.

—Creo que podría lograr que no haya mucha gente. Deme unos minutos y le confirmo.

—Toma el tiempo que necesites, estaré despierto.

—Lo llamaré en unos minutos, señor.

—Gracias, Ashlee.

Terminé la llamada y me quedé pensando en lo que había dicho Ashlee... «*Una cita... no es una cita.*». Hubiese querido decirle que era un plan que estaba armando para llevarme a la cama a esa fotógrafa. Quería decirle que por primera y única vez se me antojaba ser caballero y gastar mi tiempo cortejando a alguien que después de tenerla gimiendo de placer, no volvería a ver. Pero, no... no podía decir eso, no a Ashlee, no a una de las pocas mujeres que se merecían mi respeto.

No pasaron muchos minutos cuando mi teléfono sonó, lo tomé y respondí.

—Ashlee...

—Señor, hice la reserva... después de las nueve el restaurante está lleno, antes de eso puede disfrutar de una cena tranquila.

—Muchas gracias, Ashlee...

—De nada, señor... *¿Necesita algo más?*

—No, eso es todo... *gracias de nuevo.*

—Es un gusto señor... *Que tenga buenas noches.*

Dejé el teléfono en la mesa y me recosté sobre el sofá. Me di cuenta de que otra vez estaba sonriendo y era a causa de esa mujer. Su recuerdo me hacía sonreír y era extraño, porque las mujeres solían excitarme, solían obtener mi atención, pero nunca me hacían sonreír... Y no entendía qué me sucedía con Elizabeth, pero tampoco me molestaba, porque sabía que cuando todo terminara, ella sería una más, como todas...

«*<<<>>>*»

El lunes fue un día de mierda, me había levantado con migraña y eso hacía que todo mi día fuera un asco. Me reuní con los ingenieros y por la tarde tuve una reunión con William para tratar asuntos sobre la fundación, los avances del hospital y un poco de su discurso paternal que siempre le ha gustado dar en los momentos menos apropiados para mí.

Llegar a casa fue lo mejor que me podía pasar, quería meterme a la ducha y dormirme unos

diez días seguidos. Subí las escaleras, llegué a mi habitación, tomé el control de la radio y puse un poco de música. Me fui desnudando y caminé hasta el baño. Entré en la ducha y dejé que el agua aminorara mi mal humor.

Una hora después estaba sentado sobre mi cama, mirando el canal deportivo y esperando que el sueño se apoderase de mí. Uno de los competidores se llamaba Andrew y automáticamente recordé al idiota con el que había encontrado a la señorita Coleman. En medio del cansancio, mi mal humor y todo el trabajo que aún giraban en mi cabeza, volví a sonreír de solo pensar en ella. «*Mañana volveré a verla*», pensé.

Y por una extraña razón, no pude comprender por qué me afectaba tanto la idea. Quizás era porque tenía mucho tiempo sin tirarme a una mujer, quizás era porque ella había aparecido tantas veces en mi camino... o quizá porque simplemente esperaba con ansias tenerla frente a mí y descubrir la razón real por la que ella, Elizabeth Coleman, me hacía sonreír.

«*Mañana señorita Coleman, mañana...*»

5 – La cita.

El día había llegado, estaba tan nerviosa y emocionada que me temblaban las manos. Me había levantado temprano y como pocas veces en mi vida, me había tardado mucho en arreglarme. Usé cremas, perfumes y otras cosas que las chicas usan siempre y yo solo cuando quiero sentirme hermosa.

Llegar a la revista usando vestido y tacones no fue mi momento favorito, los chicos habían bromeado sobre mí y algunas chicas me preguntaron si saldría con Andrew. Estaba agradecida de haber terminado mis fotografías para no tener que ir a la calle así. El tiempo había transcurrido lentamente mientras esperaba la hora pactada, la espera se me hacía eterna y me di cuenta de que estaba realmente emocionada por salir con él.

Cuando terminé de ordenar las fotos que mi jefe necesitaba, me dirigí hacia su oficina. Estaba por tocar la puerta cuando él la abrió.

—*Martin, las fotos de Robert están sobre tu escritorio.* —Él solo asintió y tuve que seguirlo hasta el ascensor mientras suplicaba que los malditos tacones no me hicieran caer—. *Le di al señor Boothe las fotos de Carlee, ¿está bien?* —Martin parecía no estar escuchándome, incluso pensé que había olvidado que yo estaba allí—. *¿Martin?*

—*¡Te escuché, Elizabeth!* —gritó—. *Ahora toma tu cámara y vamos... necesito que tomes unas fotos del jugador al que voy a entrevistar.*

El corazón se me arrugó cuando comprobé la hora y vi que faltaban quince minutos para las seis... «¡Oh, Dios!»

—*Martin, te dije que hoy necesitaba salir a mi hora exacta*— le recordé y él me miró sorprendido.

—*¿En serio?* —Asentí—. *Pues, lo olvidé y no tengo quien te cubra así que dejarás tus planes para otro día.* —Por primera vez lo odié con todo mi corazón—. *Busca tu cámara por favor... te espero en la puerta.* —Me quedé mirándolo mientras estaba a punto de llorar de rabia—. *¡Vamos Elizabeth, estoy retrasado!*

El caminé lejos de mí y subió al ascensor dejándome de pie mirándolo, tuve el impulso de mandarlo al diablo, pero recordé que era mi jefe y me mantuve en silencio. Deseé llamar a Andrew y pedirle que interfiriera, pero no estaba en el edificio y no quería que Martin tuviera problemas por mi culpa.

«¡No puede ser!»

Corrí por mi cámara, mi bolso y llamé el ascensor. Volví a mirar el reloj en mi muñeca con el deseo de que se detuviera. Realmente quise llorar, me sentía frustrada, no era posible que Martin tuviera una entrevista cuando yo debía irme.

—*Elizabeth, date prisa cariño que no tenemos tiempo* —ordenó Martin apenas el ascensor se abrió.

Caminé resignada detrás de él mientras sentía las lágrimas picando mis ojos.

«*Al diablo mi cita con el señor Carter... Por nada Andrew hizo que me pusiera este vestido. He usado estos zapatos asesinos durante todo el día solo para ir a tomarle fotos a un jugador.*»

Martin abrió la puerta del estacionamiento y la sostuvo para mí. Lo odié por hacerlo, lo odié hasta por respirar. Mi jefe favorito se había convertido en mi enemigo y las ganas de matarlo me

invadían.

—¿Elizabeth? —la voz de Andrew me hizo detenerme, giré y me sentí aliviada al verlo—. *¿A dónde demonios vas?*

—*Tengo una entrevista con McDonald, señor Boothe* —explicó Martin—. *Necesito a Elizabeth.*

—*Creí haberte dicho ayer que ella solo estaría disponible hasta las seis* —le recordó Andrew y caminó hacia nosotros con esa mala cara que a veces ponía para ser el jefe gruñón.

—*Lo olvidé* —justificó Martín—. *No tengo quién tome las fotos* —explicó mi jefe mirando su reloj.

—*¿Que lo olvides es culpa de Elizabeth o tuya?* —cuestionó Andrew con mala cara—. *Vamos Liz* —ordenó extendiendo su mano hacia nosotros, mi jefe se quedó mudo—. *Buenas tardes, Martin.*

—*Buenas tardes, señor Boothe* —susurró resignado—. *Adiós Elizabeth.*

—*Adiós Martin* —respondí algo avergonzada con mi jefe.

Andrew sujetó mi mano mientras todos los que estaban a nuestro alrededor nos miraban con evidente interés.

—*No tenías que ser tan duro con él* —Lo regañé.

—*No he gastado mi tiempo convenciéndote de hacerte las uñas, el corte de cabello y además casi obligándote a usar ese vestido para que ese inútil te lleve con él.* —Andrew me detuvo casi llegando a la puerta y sujetó mis manos—. *Por favor, cuando vuelvas a casa me llamas, ¿de acuerdo? Quiero estar seguro de que llegues viva.*

—*¡Andrew!* —grité sonriéndole—. *Me vas a poner nerviosa.*

Las personas seguían mirándonos, como si esperaran ver algo más, algún indicio de que él y yo tuviéramos una relación. Andrew solía disfrutar del interés, solía divertirse engañando a todos. Me sonrió y acercó su frente a la mía, creí haber escuchado unos suspiros a nuestro alrededor.

—*Estás dando un maravilloso espectáculo frente a todos tus empleados.*

—*Lo sé* —respondió sonriendo—. *Y no sabes cómo lo disfruto.* —No pude evitar sonreír y sujeté su chaqueta de cuero marrón—. *Solo hay que darles un capítulo más de esta... romántica historia de amor.*

No pude evitar reírme, porque también me parecía gracioso el interés que podíamos causar.

—*Creo que esperan que me beses.*

—*Oh sí, estoy seguro de ello, pero si lo hago vamos a perder audiencia la próxima vez... Se perdería la magia.*

Andrew besó mi nariz y se alejó, acomodó mi vestido y me quitó la cámara.

—*Yo te guardo esta* —aseguró colgando mi cámara en su hombro—, *por favor no apagues el teléfono, ¿entendido?*

—*No lo haré... deséame suerte*—. Él besó mi frente y acarició tiernamente mi mejilla.

—*No te hará falta. Diviértete nena y por favor, mantén tus piernas cerradas, ¿sí?*

—*¡Andrew!*

Él se carcajeó y me besó la mejilla por última vez, me guiñó el ojo y luego caminó con elegancia hasta el ascensor. Me giré y caminé hacia la puerta, miré mi reloj y ya eran las 06:02 de la tarde. Levanté la mirada y el corazón se me aceleró al verlo.

«*Oh... mi dios griego está aquí*».

Sentí que no iba a ser capaz ni de cruzar la calle para llegar a él, todo mi cuerpo tembló, se estremeció y se desintegró ante su maravillosa mirada, por un segundo me sentí desnuda y perdida.

«*¡No seas ridícula, camina que te está mirando!*», ordenó mi ácida conciencia.

Miré su auto y la boca se me cayó al notar el símbolo de *Mercedes Benz*. Hice un esfuerzo sobre humano para recuperar las fuerzas de mis piernas y empecé a caminar, crucé la pista y él junto a un hombre alto y de piel oscura, esperaba por mí.

—*Señorita Coleman...*

Me sonrió, pero por alguna razón su sonrisa no iluminó sus ojos.

—*Señor Carter...* —respondí.

Sujeté su mano en respuesta y mi piel se estremeció, él pareció notarlo y sonrió, pero esa vez su sonrisa fue más real. El hombre que estaba de pie como estatua junto a su auto, me saludó con excesiva formalidad y luego abrió la puerta. Nicholas me invitó a subir, le sonreí y cuando entré en el auto, me sentí perdida.

«*Demasiado lujo para mi gusto*».

Lo vi caminando del otro lado y poco después se unió a mí en la parte trasera del auto. El corazón nuevamente se me aceleró cuando el aroma de su perfume invadió todo el ambiente. Me pidió que me colocara el cinturón y obedecí de inmediato, él hizo lo mismo y luego levantó la mirada hacia mí logrando que mi corazón se detuviera.

—*Luce muy hermosa con ese vestido* —aseguró con una voz tan sensual que me faltó el aire.

Su mirada se fue hacia mis piernas desnudas y sentí el calor correr por mi sangre a toda velocidad.

—*Gracias*—. Fue todo lo que pude decir.

Él sonrió de lado y mientras echó un vistazo por su ventana aproveché para mirar su elegante traje negro, el desorden perfecto de su cabello rubio y ese rostro impecable que tenía. Olía divino y lucía como si recién hubiera salido de la ducha... Estaba perfecto.

—*¿Tuvo un buen día de trabajo?* —pregunté cuando volvió la mirada.

—*Uno normal* —respondió sin emoción—: *Agitado, pero es lo usual... ¿Y el suyo?*

—*El mío estuvo tranquilo, solo unas cuantas fotos que entregar.*

—*¿Las mías quedaron bien?* —preguntó con un tono divertido, porque era obvio que salieron bien.

—*Salieron perfectas* —«*¡Cómo tú!*» Él volvió a sonreír.

Miré hacia adelante y me pregunté a dónde nos dirigíamos, después de unos pocos minutos volví a mirarlo, él no había dejado de observarme, pero lucía serio y pensativo.

—*Cuéntame algo de ti, Elizabeth...*

«*¡Oh, Dios! Amo mi nombre saliendo de su hermosa boca*».

—*Pues, soy la hija mayor de un matrimonio de casi 35 años de antigüedad... Tengo una hermana de casi 13 años, mi padre es psicólogo y mi madre maestra de primaria.*

—*Un psicólogo y una maestra* —repitió—, *buena combinación.*

—*Sí, se la llevan muy bien... Son ese ejemplo que me gustaría seguir.*

De pronto dejó de sonreír y de mirarme, fijó la vista en el camino haciéndome sentir que había dicho algo malo.

—*¿Así que crees en el amor eterno, en príncipes y hadas?* —preguntó con el ceño fruncido.

—*No, no en hadas.* —Volvió a mirarme, pero con la misma seriedad—. *Pero sí creo que existen los príncipes, aunque andan escasos en el mundo en el que vivimos, pero... sí... creo que deben estar por ahí escondidos.*

Él solo asintió, estaba tan serio que pensé que había dicho algo realmente malo.

—*Y supongo que usted no cree en nada de eso* —concluí. Él me regaló una mirada burlona.

—¿En princesas que se enamoran para siempre? No. Definitivamente, no. —Sonrió con ironía y yo no pude evitar entristecer—. *Casarme y tener hijos no está en mis planes de vida* —aseguró—. *La vida es corta, hay que divertirse y vivirla de la manera que te haga feliz.*

—¿No crees que el amor te haga feliz? —pregunté con temor y él volvió a burlarse.

—No lo sé... ni lo quiero averiguar —«Nadie es perfecto, Elizabeth»—. *Soy práctico señorita Coleman, no soy nada parecido a un Príncipe Azul... Yo solo busco placer, el amor no es lo que ofrezco... si alguien busca una historia romántica y cursi conmigo... pues, yo le aconsejaría que no pierda su tiempo.*

Sentí la decepción en mi pecho, era como si me hubieran hecho aterrizar sin paracaídas y el dolor era intenso. Él no creía en el amor, no amaba y por eso estaba tan solo. Nicholas Carter era hermoso, era sexy y rico, pero era un hombre tristemente vacío.

El silencio invadió el auto por un largo rato, ni él ni yo dijimos nada más. No podía negar mi decepción. Después de todo, Nicholas Carter era solo una cara bonita y nada de corazón. Era bueno para los negocios, pero había entendido la razón por la cual nunca se le había relacionado con nadie. Él era un hombre sin corazón del que nadie podría enamorarse.

Después de unos minutos llegamos hasta la entrada de un centro comercial donde supuse que tomaríamos esa copa. La desilusión se había apoderado de mí y me resultaba imposible disimularlo. Su chofer me abrió la puerta y él bajó sin esperar ayuda, caminó hasta donde yo estaba y le sonreí sin ninguna emoción. Él me ofreció su brazo para entrar, pero lo rechacé y me limité a caminar a su lado.

Caminamos hacia un elevador que visiblemente era privado y un hombre con acento extraño nos dio la bienvenida. Al llegar al último piso como marcaba el tablero del elevador estuvimos frente a la entrada de lo que visiblemente era un restaurante de lujo. Fuimos guiados hasta una de las mesas y otro hombre nos dio la bienvenida y nos entregó la carta de platos.

—¿Qué desea beber, señorita? —preguntó el hombre, Nicholas seguía con la vista fija en mí.

—Vino, estaría bien—. Terminé diciendo.

—Tráenos un Dows Vintage Port, por favor —pidió.

—¿Alguna cosecha especial? —preguntó el hombre.

—2011, gracias —respondió Nicholas entregándole la carta de vinos.

El hombre se fue y yo continué detallando el lugar. Estaba segura de que Andrew debía conocerlo, era del estilo de los que él visitaba, quizá lo había hecho con Michael.

—Está muy callada, señorita Coleman.

—Es un bonito lugar —comenté. Él asintió.

—¿Conoces hace mucho a tu amigo? —preguntó de pronto, «¿Mi amigo?»—. *El periodista.*

—¿Andrew? —pregunté para estar segura, él asintió—. *Sí, desde que entré a la universidad, hace ocho años, fue mi tutor y nos hicimos grandes amigos.*

—¿Jamás han tenido una relación sentimental? —No pude evitar sonreír ante su pregunta.

—No, Andrew y yo solo somos amigos.

—Yo creo que hay algo más —aseguró con cierta molestia en su voz—. *Creo que le gustas a tu... amigo.*

Aunque trató de sonar causal creí notar cierto grado de molestia en su afirmación.

—No. Andrew no tiene ningún interés por mí, ni yo por él —aseguré.

—Nunca se fie de un hombre señorita Coleman, podemos fingir indiferencia para lograr la atención de alguien.

—*No es el caso de Andrew, él es diferente.*

Se burló de mi afirmación, pero no dijo nada más, pues el mesero había regresado con nuestro vino. Llenó nuestras copas y él extendió la suya hacia mí.

—*Salud, Elizabeth.* —Mi corazón dio brincos al escuchar mi nombre saliendo de su boca—. *Por el gusto de compartir este vino contigo.*

—*Igualmente, Nicholas.*

Una pizca de sorpresa se asomó en su rostro, fue como si el hecho de haberlo llamado por su nombre lo hubiera agarrado desprevenido.

«*¿Acaso no es su nombre?*»

—*Puedo tutearte, ¿cierto?*

Sonreí satisfecha al comprobar que no me había equivocado, tutearlo era algo que no le resultaba cómodo y a mí me empezaba a gustar.

—*Solo mis amigos lo hacen* —aseguró muy serio—, *pero puedo hacer una excepción contigo.*

—*Oh, muchas gracias.* —Me sorprendí cuando se rió de mi respuesta, así que aproveché el momento—. *¿Puedes contarme algo de ti?*

—*No soy bueno para hablar de mí* —respondió con visible sinceridad.

—*¿Y si te hago preguntas?* —Me atreví a decir, él volvió a sonreír—. *¿Eres bueno respondiendo?*

Levantó su copa y bebió de su vino para reprimir la sonrisa que se había dibujado en sus labios. No entendía que era lo que le causaba tanta gracia, pero verle sonreír era magnífico.

—*Pensé que eras fotógrafa.*

La que no pudo evitar reírse fui yo, él me observó de forma extraña y luego frunció el ceño.

—*He aprendido de mis jefes* —aseguré.

—*Del señor Boothe...* —concluyó ahora con amargura.

—*Entre otros... pero si te molesta me quedo con la curiosidad.*

—*¿Curiosidad?* —repitió—. *¿Sientes curiosidad por mí?* —Sonreí y admití que lo estaba—. *La curiosidad mató al gato, señorita Coleman.*

—*No soy un gato, señor Carter.*

Le sostuve la mirada por varios segundos en los que sentía que trataba de intimidarme, pero no lo logró. Lo vi respirar hondo y asintió.

—*¿Qué quiere saber?* —preguntó con una sonrisa que me desarmó sobre mi asiento.

«*¿Cómo puede ser tan hermoso?*»

«*Bueno, debo demostrar que he aprendido algo del chismoso de Andrew, pero... ¿qué le pregunto?*

«*¿Eres gay? ¡No! No soy capaz de preguntar eso.*»

—*Piensa demasiado, señorita Coleman.* —Levanté la mirada y sonreí—. *Pregunte lo que quiera, voy a ser más sincero que nunca.*

Levantó su copa, la inclinó hacia mí y bebió sin dejar de mirarme.

—*¿Por qué nunca se te ve con mujeres?*

Dejó su copa sobre la mesa y luego me miró unos segundos que se me hicieron eternos. La piel me quemaba con su intensa mirada, tenía el ceño fruncido y mordió sus labios dejándome sin aliento.

«*¡Dios, ten piedad!*»

—*Porque soy gay.*

«*¿Qué? ¡NO! ¿Gay?*»

«No puede ser gay, ¡él no puede ser gay!»

Estaba a punto de llorar cuando él comenzó a reír y se inclinó un poco más hacia mí.

—*Es broma...* —susurró el muy desgraciado.

«¿Cómo juegas con mis sentimientos de este modo?»

—*Creo que no escuchó lo que le dije* —aseguró ahora muy serio—. *Las relaciones románticas no son lo mío.*

Traté de recuperar el aliento después de su mala broma.

—¿*Qué es lo tuyo?* —pregunté.

—*El sexo... el placer de un buen sexo.*

Mentalmente mi boca se me cayó sobre la mesa y sentí que mis mejillas estaban ardiendo. Había dicho que respondería mis preguntas con toda sinceridad, pero estaba segura de que eso era demasiado. Los caballeros no decían semejante cosa a una mujer, no en una cita.

Creo que me faltó el aire, escuchar “sexo” de sus sensuales labios casi me provocó un orgasmo sin ningún esfuerzo.

«*Reacciona Elizabeth, pareces una niña*».

—*Pero sin ningún tipo de ataduras* —susurré para terminar su frase.

—*Me gustan las ataduras en el sexo.* —«*Oh Dios mío*»—. *Las esposas y esas cosas son divertidas.*

Estaba segura de que mis mejillas estaban de un rojo fuego vergonzoso.

—*No es lo que quise decir...*

—*Lo sé... el sexo es placer señorita Coleman. No hacen falta decoraciones. El sexo es deseo carnal... el corazón está demás* —respondió con evidente diversión.

—*Las mujeres no pensamos lo mismo.*

—*Hable por usted, no por todas* —pidió—. *He conocido mujeres inteligentes que opinan igual que yo.*

—¿*Estás diciendo que no soy inteligente?* —pregunté ofendida.

—*De mi boca no saldría semejante insulto hacia usted, señorita Coleman.*

—*¡Me llamo Elizabeth!* —le recordé aburrída—. *Me gusta mi nombre. ¿Podría usarlo más seguido?*

Su sonrisa irónica fue la respuesta a mi petición.

—*Está bien, Elizabeth* —respondió— *No lo tomes a mal... pero es mi punto de vista, es por lo que nunca me ven con mujeres.* —Me molesté y empecé a detestar al arrogante que tenía frente a mí—. *Aunque suene mal para usted, yo solo quiero placer de una mujer. Nada más.*

—¿*Y cuál es el motivo para que tú invites a tomar una copa a alguien que no te dará placer nada más?*

Él sonrió con mucha diversión, tomó su copa, bebió su contenido y luego me miró.

—*Acaba de dejarme sin respuesta, señorita Coleman.*

Mi sonrisa fue tan amplia que él también sonrió y nuevamente me deslumbró...

«¿*No le darás placer? ¡Mentirosa!*». Giré los ojos a mi conciencia enemiga y continué mi conversación.

—¿*Sueles invitar a tus amigas a tomar una copa?*

—*No, porque no tengo amigas.* —Su respuesta me hizo sonreír—. *Y tampoco lo hago con las que me darán placer nada más.*

«¿*Y por qué a mí? ¿Por qué hizo esto conmigo?*»

—*Entonces, ¿cómo es que logras tu objetivo?* —pregunté con curiosidad—. *Las mujeres,*

quizá no todas, pero en su mayoría, deseamos ser cortejadas, así sea solo para llevarnos a la cama. —Estaba sorprendida de lo fácil que me resultaba hablar con él del tema.

—Puedo llevarlas a la cama sin tener que cortejarlas. Puedo hacerlas sentir bien sin necesidad de mentir, Elizabeth. —Me regaló una mirada seductora que respaldó su teoría—. *Las mujeres de hoy en día no esperan flores o chocolates, ellas también buscan placer.*

Sabía que tenía razón, pero no era capaz de entender a dónde quería llegar.

«¿Cómo logra tener sexo sin seducirlas?»

—¿Cómo lo haces? —pregunté—. *¿El ser guapo es tu carta bajo la manga?*

—No lo sé, ¿usted qué opina? —«¡Obvio! eso es suficiente»

«Hasta tú lo harías sin todas esas cursilerías... sino... recuerda tu sueño», asomé mi conciencia.

—Puede parecerle arrogante —aseguró—. *Pero las mujeres también buscan solo placer de mí.*

—Oh, pobre de usted —dije burlándome de su tonto comentario.

Levanté mi copa y bebí una buena cantidad de vino para tener las fuerzas necesarias y sostener una conversación de ese tipo con alguien tan sexy como él.

—Pero ¿cómo sabes que una mujer aceptaría darte placer a cambio de nada?

—¿Nada? —preguntó casi ofendido—. *¿Cómo nada? Yo les doy el mismo placer que recibo.*

—Mi corazón se detuvo ante su descarada respuesta—. *Es más, a veces, ellas obtienen más de lo que yo recibo.*

Terminé de beber todo el vino de mi copa y traté con todas mis fuerzas de hacer como si eso que había dicho no me importara, pero era imposible no relacionar su respuesta con aquel estúpido sueño que tuve.

—¿Tú las eliges? —continué—. *Tienes un tipo de mujer que te guste: ¿altas, bajas, morenas, rubias...?*

—No me gustan las rubias —aseguró—. *El tamaño no me importa, pero me gustan las mujeres...* —Colocó los dedos entre la boca y su nariz, realmente parecía estar pensando— *... como usted.*

«¡Oh, mi Dios! El señor sincero frente a mí».

—¿Gracias?

—No es un cumplido, es una respuesta —aseguró el muy odioso—. *¿Ya decidió qué comer?*

«Como si yo tuviese hambre... como si pudiera comer después de todo lo que hemos hablado».

Busqué algo que fuera fácil de digerir y se lo indiqué. Él levantó la mano y llamó a la mesera, quien, por cierto, quedó deslumbrada mientras él ni siquiera la miraba. Repetía lo que queríamos y después de esperar que la mirara, lo cual no hizo, se fue con evidente decepción.

Traté de alejarme un poco del efecto que causaba en mí y observé hacia las otras mesas. Había cinco para ser exactos, en tres de ellas, parejas tomados de la mano.

Uno besaba la mano de su acompañante que a simple vista se le veía la elegancia. Levanté la mirada para ver su rostro y me sorprendí al darme cuenta de que estaba mirando a Nicholas, suspiré malhumorada ante su descaro y giré hacia otro lado. La otra era un grupo de cuatro personas, tres chicos y una chica, quien por cierto también miraba a Nicholas.

«¿Qué tanto ven? ¿No pueden concentrarse en lo que tienen frente a ustedes?»

Giré a mi derecha y en esa mesa había tres mujeres y un hombre, las tres sonreían mientras secreteaban mirando en dirección a Nicholas. Realmente me sentí decepcionada, no solo por el descaro con el que lo miraban, sino, porque estaba descubriendo que él tenía razón, algunas

mujeres realmente se la ponían fácil.

«¿Es que no saben disimular?»

Todas las mujeres, incluida la mesera estaban impactadas con mi *dios griego*.

«Sí, ¡mío! Porque yo lo bauticé así».

Decidí volver a prestarle atención a mi acompañante y disfrutar de su presencia por lo que quedaba de la cena. Cuando trajeron nuestros platos él sonrió y me deseó buen provecho. No puedo negar que cuando probé un bocado, todo dentro de mí se estremeció. Era la comida más deliciosa que había probado en mi vida.

—*Jamás había venido a comer aquí* —aseguré—. *Jamás había comido este tipo de comida... Pero incluiré la francesa en mi lista de favoritas.* —Él me miró y sonrió—. *¿Supongo que vienes siempre a cenar aquí?*

—*No exactamente* —respondió con tranquilidad—. *Tenía años sin salir a cenar con alguien que no sea un socio o alguien que tenga que ver con trabajo. Prefiero pasar mis noches en casa... solo.*

—*¿Solo? ¿No tienes familia o amigos?* —pregunté mientras bebía un poco más de vino.

—*Tengo pocos amigos, de los verdaderos, pero no salgo con ellos.*

—*¿Cuántos años tienes sin salir a cenar con una mujer?* —interrogué con curiosidad.

—*Mucho tiempo* —dijo haciéndome sentir especial—. *¿Qué quieres de postre?* —preguntó tratando de cambiar el tema.

—*Creo que estoy satisfecha* —respondí con evidente alegría.

Giré a mirar hacia otro lado para ocultar lo contenta que me había puesto al saber que soy una excepción en su lista negra, pero cuando me topé con la mirada de algunas mujeres, el mal humor volvió a mí.

—*¿Satisfecha con tan poco? Pensé que eras más exigente* —bromeó haciéndome ruborizar con su comentario.

—*No soy exigente con la comida. Realmente amo comer, pero esta comida junto a dos copas de vino me ha dejado satisfecha.*

—*¿Así que ya tuvo suficiente por esta noche?* —Levanté una ceja ante su pregunta con doble sentido—. *De comida, es decir...*

—*Muy satisfecha, señor Carter.*

Me reí y él también, era una conversación que parecía normal, pero ambos jugábamos un juego privado. Mi mirada se fue hacia la mesa de las tres mujeres que cuchicheaban mirándome. Les regalé una mala mirada a todas y trataron de disimular, pero ya era tarde, las había visto mirándonos.

—*¿Qué le molesta, Elizabeth?* —preguntó sorprendiéndome, giró hacia donde yo estaba mirando y volvió la vista hacia mí—. *¿Las conoces?*

—*¡No! No tengo amigas tan... elegantes.* —Giré hacia el otro lado y la rubia mantenía la mirada en él—. *¿No te molesta?*

—*Molestarme, ¿qué?* —preguntó aparentemente sin entender—. *¿Que todas las mujeres te miren?*

Él frunció el ceño y giró la mirada hacia la mujer. Luego volvió a mirarme y sonrió.

—*¿A ti te molesta?* —preguntó.

—*Pues sí, ¡son muy evidentes!* —me quejé con mal humor y él empezó a reír lo cual provocó que también riera—. *Menos mal que no tienes novia, ella sufriría.*

—*No solo por eso sufriría* —aseguró sorprendiéndome.

Tuve la intención de preguntarle a qué se refería, pero decidí quedarme en silencio y no indagar más en su vida privada. Bebí de mi vino y él me imitó con la mirada fija en mí. Luego observó su reloj y por la cara que puso pensé que era demasiado tarde.

Volvió a mirarme y yo hice lo mismo, algo en su mirada me hacía pensar que estaba cuestionándose el hecho de estar cenando conmigo, pero no dijo nada al respecto. Sus dedos se movieron al ritmo de la canción que salía de un elegante piano de cola. Era una canción alegre y los movimientos de sus dedos eran tan precisos que parecía conocer la canción.

—*¿Qué instrumentos tocas?* —pregunté, él sonrió.

—*¿Soy muy evidente?*

—*Quizá, pero no sé nada música. Así que quizá no me haya enterado de nada que otros deben saber.*

—*William, uno de mis mejores amigos, me enseñó a tocar el piano y con Landon aprendí a tocar la guitarra* —explicó.

—*Andrew me dijo que tenías una escuela de música.* —Él asintió— *¿Por qué razón?*

—*Soy amante de la música y si de niño hubiera tenido los medios, quizás hoy sería un músico famoso.*

—*Eres un empresario famoso* —comenté y él sonrió algo sorprendido.

—*Llegué a pensar que no sabías nada de mí.*

—*No lo sabía* —respondí—, *hasta que te hice las fotos.*

—*¿Y qué es lo que sabes de mí?*

—*Leí el artículo de mi jefe* —respondí y él sonrió—. *Pero me doy una mejor idea ahora que te he conocido en persona.*

—*¿Y la impresión ha sido buena o mala?* —No pude evitar sonreír.

—*Buena*—. Él sonrió complacido y levantó su copa hacia mí.

Imité su gesto y continué admirándolo. Mientras más lo observaba, más segura estaba que ese era un hombre físicamente perfecto, pero, si hablaba de él como persona, me parecía un hombre sombrío, a veces triste. Era solitario y estaba segura de que ese corazón suyo que parecía frío estaba herido. Pero se me hacía difícil pensar que un hombre como él podría haber sufrido alguna vez por amor.

La mesera regresó con su tarjeta de crédito, firmó el recibo y ella se fue, no sin antes mirarlo descaradamente. Giré los ojos ante su descaro y agradecí que dos de las que lo miraban de otra mesa se hubieran marchado.

—*¿Deseas algo más?* —preguntó y yo sonreí.

—*No, muchas gracias.* —Él nuevamente me sonrió y el estómago se me contrajo—. *¿Es muy difícil conseguir reservaciones aquí?* —pregunté con curiosidad.

—*No lo sé... Ashlee, mi asistente, no me comentó que tuviera problemas. Per Se es uno de mis restaurantes favoritos, pero como te dije, no suelo venir con frecuencia*—. Me regaló otra sonrisa y yo suspiré.

Había comenzado a amar sus sonrisas, me gustaba como iluminaba su rostro y el brillo en sus ojos. Nicholas estaba la mayor parte del tiempo serio y pensativo, pero me sentía satisfecha al haberle robado muchas sonrisas esa noche.

—*Bueno, ¿nos vamos?*

—*Sí, gracias.*

Se levantó de su asiento y caminó hasta el mío para retirar la silla. Sonreí con ganas de decirle que un hombre que solo buscaba sexo no debía actuar como un caballero, pero decidí reprimir mi

comentario y disfrutar del detalle. Me ayudó a ponerme de pie y caminó junto a mí hasta la salida. Volvimos a subir al elevador y poco después estábamos en la salida del centro comercial. Su auto estaba esperándonos y su chofer de pie como estatua delante de él. Las luces brillaban sobre la hermosa noche de Nueva York, su chofer abrió la puerta para nosotros y yo giré a mirarlo.

—*¿Podemos caminar un poco?* —pregunté, él frunció el ceño.

—*¿Quieres caminar?* —cuestionó—. *¿Aquí?*

—*¡Sí! ¿Podemos ir al Columbus Circle?*

Lo pensó tanto que esperé que se negara, pero después de respirar y fruncir el ceño de mala gana, miró a su chofer y le hizo una seña, este lo miró sorprendido.

—*De acuerdo, vamos.* —No pude evitar sonreír, él fingía mal humor, pero aun así sentía que le estaba agradando la idea—. *Hace mucho, mucho tiempo que no camino por aquí.*

—*Por aquí y creo que por ningún lugar... relájese, señor Carter.*

No me atreví a mirarlo, pero creo que volvió a sonreír. Metió sus manos en los bolsillos, caminó a mi lado en total silencio. Sabía que su chofer nos seguía de cerca, aun cuando no había girado a comprobarlo. Cruzamos la calle y estábamos en el *Columbus Circle*, no pude evitar sonreír al ver las luces, el agua y las parejas que paseaban de la mano rumbo al *Central Park*.

Mi sonrisa fue descarada al tenerlo a mi lado, aunque era muy consciente de que él no sería jamás de esos hombres, porque, aunque parecía tan perfecto, sabía que llevaba una herida profunda y dolorosa en su pobre corazón. Estaba segura de ello, no hacía falta que lo dijera, podía notarlo.

—*Tan románticos todos* —dijo sarcásticamente cuándo varias parejas pasaron junto a nosotros—. *¿Por qué los parques? Un hotel no es caro.*

—*No todo se reduce a sexo, señor Carter.*

Él dio dos pasos y se paró frente a mí haciendo que yo también me detuviera. Mi corazón se aceleró cuando me miró a los ojos y levantó la mano para acomodar un mechón de mi cabello detrás de la oreja.

—*¿Realmente crees eso?* —preguntó, yo asentí—. *¿Crees que esos hombres están aquí, regalando flores y perdiendo el tiempo porque les gusta?*

—*Nadie está obligado a hacer nada* —respondí—. *Si están aquí es porque quieren.*

—*O porque tratan de ganarse a las mujeres que van con ellos.*

—*No lo creo... Yo creo que existen hombres que son felices teniendo esos detalles con las mujeres que aman.*

—*Solo lo hacen porque necesitan ganárselas* —aseguró—, *si les dieran sexo fácil, te aseguro que estarían en un hotel, comprando preservativos en lugar de flores.* —Me puse roja como un tomate ante su comentario—. *Creo que soy muy sincero para tu gusto.*

—*Valoro la sinceridad siempre* —respondí, él sonrió y continuamos caminando hasta la gran estatua en forma de elefante que había allí—. *Cuando era niña... —comencé a contar— esta era mi favorita... tengo miles de fotos aquí.*

Me metí entre las patas del elefante y sonreí feliz. Él me miró con cierta diversión en su rostro.

—*¿Alguna vez ha hecho esto, señor Carter?*

—*No... creo que nunca, eso se lo dejo a los niños.*

Me reí apoyándome en la estatua. Él se puso serio y después de unos minutos se acercó a mí y apoyó una de sus manos en el cuerpo del elefante.

—*¿Quieres saber por qué te invité a salir?* —preguntó usando un tono de voz demasiado

seductor.

—*Sí, me gustaría* —respondí con nerviosismo.

—*¿Realmente no lo sabes?* —preguntó y yo negué—. *¡Te deseo, Elizabeth!*

«*¡Oh por Dios! ¿Él dijo lo que creo que dijo?*

«*Te desea... ¿Necesitas diccionario para entender?»*»

No supe cómo reaccionar, miré al piso, luego a la gente que pasaba, los autos, las luces, el agua cayendo... todo era inútil, yo había escuchado y sabía que tenía que enfrentarlo. Tomé un poco de aire y me enfrenté a él con valentía.

—*¿Pensé que eras de los que no gasta su tiempo ni dinero en cosas como estas?* —Él sonrió. Tomé otro poco de aire para no desmayarme frente a él.

—*Estoy tan sorprendido como tú* —aseguró mientras se acercaba más a mí y me quitaba el aliento—. *Quizás es que te deseo tanto que podría invertir en chocolates para ti.*

«*Oh Dios mío*».

—*Soy alérgica a los chocolates* —mentí.

Él se acercó tanto a mí que su cabello cayó sobre mi mejilla y vi sus hermosos labios muy cerca de los míos.

—*Entonces... dime, ¿en qué quieres que invierta por ti?*

No podía creerlo, no era capaz de creer que ese hombre realmente estuviera interesado en mí.

—*¿Harías eso por pasar la noche conmigo?*

—*No, señorita Coleman, yo no paso la noche con nadie* —«*¿Cómo que no pasa la noche con nadie?»*—. *Las noches son mías y no las comparto* —«*¿Qué?»*—. *El día... haría eso por un día contigo. Solo para mí, para sentir placer mientras te doy lo mismo.*

Posó su mano sobre mi rostro y yo me sentí mareada, no lograba oxigenarme y mis piernas perdieron la fuerza. Creo que estuve a punto de caer porque su mano rápidamente me tomó de la cintura y me sostuvo con fuerza.

—*¿Estás bien?* —preguntó aparentemente preocupado, sentí vergüenza.

—*Sí, sí... estoy bien.*

«*¿Qué vergüenza, Elizabeth! ¿Y así pretendes soportar un día de placer con él?»*»

Mis mejillas ardían y estaba tan avergonzada.

«*¿Cómo una mujer de 24 años puede reaccionar así ante una propuesta indecente de un dios griego!*». Me regañó mi conciencia.

—*Será mejor que te lleve a tu casa.* —Levantó la mano y volvió a acariciar mi mejilla—. *Estás temblando* —susurró. «*¿Estoy temblando? ¡Oh, Dios! Voy de mal en peor*»—. *Relájate, te dije que no tengo sexo de noche.*

Tragué grueso cuando hizo ese último comentario y lo miré a los ojos. Una sonrisa malvada asomó en sus hermosos labios y en ese instante me di cuenta de que estaba deseando lujuriosamente que me besara.

Mi corazón dio dos latidos más y él se alejó de mí dejándome triste y con unas ganas horribles de halarlo y besarlo yo misma. Sacudí mi cabeza, esperando que el aire volviera a mi sistema y me dejara reaccionar, pero el aire volvió mezclado con su perfume seductor y me sentí aún más acalorada. Estaba ardiendo de deseo por ese hombre arrogante y creído que sabía era deseado por muchas y que seguramente nadie se había negado a darle el placer que él deseaba. Entonces me pregunté: ¿Sería yo capaz de negarme? ¿Podría ser fuerte y decir “no” ante su seductora y muy tentadora propuesta?

Cruzamos la calle y su chofer abrió la puerta del auto para mí. Me pidió que entrara primero y

así lo hice. Me abroché el cinturón de seguridad antes de que me diera la orden y le indiqué mi dirección a su chofer. Durante el trayecto estuve mirando por la ventana sin saber qué decirle. Cuando estuvimos cerca me incliné hacia adelante para indicarle donde detenerse.

—*Es en ese edificio de color marrón*— expliqué al hombre del volante.

Estacionó frente a mi edificio y bajó del auto para abrirme la puerta. Ambos bajamos, Nicholas se reunió conmigo en la entrada del edificio, me miró a los ojos y extendí mi mano hacia él.

—*He pasado una hermosa noche con usted, señor Carter.*

—*Me complace decir lo mismo, señorita Coleman.* —Sonreí encantada al oír la formalidad al hablarme, acarició mi mano y mi estómago fue invadido por las mariposas—. *Si no quieres chocolates... ¿Qué es lo que quieres, Elizabeth?*

Mis mejillas se encendieron y no pude reprimir una sonrisa. Me giré hacia su chofer y le dije adiós con las manos. Mientras buscaba mis llaves pensé en qué respuesta darle. Él me acompañó hasta la puerta y luego volví a darle la mano, él la tomó de inmediato.

—*Miéntame, señor Carter.* —Me arriesgué a decir—. *Yo necesito de sus mentiras.* —Para sorpresa mía, él se quedó mudo y me sentí orgullosa de ello—. *Buenas noches.*

Sostuvo mi mano unos segundos más y luego me soltó. El portero me abrió la puerta y entré al edificio. Sentí el impulso de girar a mirarlo, pero no lo hice. No estaba segura si él estaba dispuesto a jugar ese absurdo juego, pero fue lo único que se me ocurrió decir. Aunque estaba segura de que un hombre como él no estaría interesado en algo así, ya que, como dijo, se le hacía fácil conseguir lo que quería. Pero él preguntó y esa fue mi respuesta.

«*Si quieres jugar, estas son mis reglas Nicholas Carter*», pensé.

6 – Aprendiendo a mentir.

Había pasado la noche dando vueltas en mi cama, repitiendo una y otra vez las últimas palabras que había dicho la señorita Coleman.

“Miéntame, señor Carter... yo necesito de sus mentiras”

Sonreí como un estúpido adolescente al recordarlo. Había olvidado la última vez que una mujer me lo había puesto tan difícil, no podía salir de mi asombro, no es que creyera que era irresistible, ni mucho menos, pero el hombre que era hacía que todas las mujeres, quisieran o no, se sintieran atraídas por el poder que poseía. Lo sabía, sabía que no era por mí, sabía que a la mayoría de las personas que se acercaban a mí, las atraía más mi dinero y mi posición, que yo.

Nunca preguntaban si algo me gustaba, a nadie le preocupaba saber algo de mí, lo que leían en los periódicos o revistas era suficiente para ellas. Y la mayoría de las mujeres solo querían ser parte de mi vida por mi dinero y lo sabía, no me importaba, porque yo solo necesitaba una cosa de ellas: sexo, nada más.

La puerta de mi oficina se abrió después del suave golpe que Ashlee solía dar antes de entrar. Levanté la mirada y ella apareció.

—Señor, estuve investigando lo que me pidió —aseguró mi eficiente asistente.

En sus manos llevaba unas pequeñas cajas que dejó sobre mi escritorio.

—Siéntate, por favor —le pedí—. Te escucho...

—Richart es una marca francesa, que trabaja con el mejor cacao del mundo, cacao venezolano... Sé que son los mejores en el mercado —explicó empujando las cajas hacia mí—. Pruébelos.

—No hace falta, si tú dices que son los mejores, confío en ti—. Ella sonrió.

—Pero, no sé cuáles desea enviar, hay diferentes rellenos.

—Envía uno cada día —ordené.

El rostro pálido y casi siempre inexpresivo de Ashlee cambió apenas lo dije, estaba seguro de que en todos los años que llevaba trabajando conmigo jamás imaginó que recibiría una orden como esa y para ser sincero, yo tampoco lo hubiera imaginado, pero mi interés por Elizabeth era algo que no esperaba sentir.

—Sí señor, ¿adjuntará alguna nota?

—Sí.

Tomé una hoja y pensé qué podría escribirle, tuve que reprimir una sonrisa al hacerlo, pues no quería que mi asistente empezara a alucinar. Conocía a Ashlee, a pesar de ser muy eficiente y discreta, siempre noté lo romántica que era por el tipo de música que escuchaba y por el suave maquillaje en su rostro. Si había algo que yo sabía, era reconocer a las mujeres, y Ashlee era de esas pocas a las que podía leer con facilidad.

—¿A qué hora quiere que envíen los chocolates? —me preguntó.

—Ahora mismo, quiero que lleguen temprano a la revista y cada día harás la misma orden.

—Asintió mientras le entregaba la nota—. Asegúrate de que lo reciba personalmente la señorita Coleman.

—Sí, señor. —Ella se puso de pie y caminó hacia la puerta—. Oh, lo olvidaba —susurró

deteniéndose en la entrada—. *El señor William está aquí.*

—*Enseguida voy con él.*

Ashlee salió de mi oficina y yo me quedé pensando en la locura que estaba haciendo. Esos chocolates, la cena, el baño de agua helada que necesité por solo recordarla... Todo eso comenzaba a escaparse de mis manos y debía confesar que me asustaba. Hacía muchos años que no me sentía tan atraído por una mujer de la forma como me sentía con Elizabeth, había algo en ella que no me dejaba actuar como solía hacerlo. Algo en ella me obligaba a darle lo que me pidiera con la esperanza de que ella me diera lo que yo pedía también... entonces, todo pasaría y me sentiría como siempre.

...

William lucía feliz, parecía tener un buen día y era evidente que yo me sentía igual. Estuvimos reunidos por casi dos horas hablando de la fundación y de los avances en el hospital.

Desde niño me preguntaba por qué el Estado no creaba hospitales para aquellos que no tenían recursos, por qué había tantos niños muriendo por negligencia médica, no conseguía una respuesta, pero entendí que era mejor actuar y no solo criticar, así que decidí que daría mi aporte a la comunidad y me haría cargo de la construcción de un hospital de primera para personas de bajos recursos.

Sé que la idea emocionaba a William y gracias a su gran experiencia arquitectónica estábamos creando un lugar perfecto para todos. Nos detuvimos frente a la maqueta y observamos el área.

—*Esta semana se implementará el área de neonatología y de rayos X*—informó William—. *Landon está llevando a cabo las entrevistas para el personal. Hará una lista de los más capacitados para ocuparse de la dirección.*

—*No hace falta*—respondí de inmediato—. *Ese puesto ya está asignado.*

Me giré y volví a sentarme frente a la mesa y tomé los informes.

—*¿Puedo saber quién?*—preguntó haciéndose el tonto.

Levanté la mirada y él tenía una sonrisa paternal en su rostro... «*William, el papá de los pollitos*».

—*¿Necesitas que te lo diga?*

—*¿Landon?*—preguntó solo para estar seguro.

—*¿Crees que le daría la dirección del hospital a alguien más?*—William sonrió orgulloso y se sentó frente a mí—. *Es el mejor doctor que conozco y, además, confío plenamente en él.*

—*Me alegra que así sea, pero creo que deberías decírselo.*

—*Él debería saberlo, así como te di la dirección de la fundación a ti, no podría darle la del hospital a nadie más.*

—*Es bueno saber que a pesar de todo aún confías en nosotros.*

Lo observé sin hacer comentario alguno, no tenía ganas de retroceder el tiempo ni de preguntarle por qué creía que no confiaría en ellos, no quería decirle que a pesar de que durante años estuve alejado de ellos y trataba en lo posible de evitarlos, ellos cuatro siempre han sido las personas en las que más confío y que además los había incluido en mi testamento, por si algo me sucediera alguna vez.

Mi madre había muerto cuando yo tenía seis años y mi padre desapareció de mi vida mucho antes. Mi hermana mayor cuidó de mí hasta que tuve doce años, yo cantaba en el coro de la iglesia y fue allí donde conocí a Landon, y poco después a los demás chicos.

William era novio de la hermana de Landon y fue quien se convirtió en esa figura paterna y sobre protectora que necesité. Por ser varios años mayor, siempre estaba preocupándose por

nosotros y cuando entramos a formar parte de una serie de televisión, su preocupación se expandió hacia los demás. Mi hermana se mudó de ciudad y William aceptó mi cuidado y fue mi tutor hasta que cumplí la mayoría de edad. Gracias a él aprendí a tocar el piano y gracias a él superé muchas adicciones.

Él era como mi padre, aun cuando solo era diez años mayor que yo. Landon, James y Samuel son mis hermanos. A pesar de todo lo que habíamos pasado, sabía que ellos me amaban y se preocupaban por mí, incluso con todo lo frío que me había vuelto y de lo poco que lo demostrara, ellos eran las únicas personas a las cuales amaba y respetaba.

Mi hermana salió de mi vida a los doce años y se fue a vivir a Canadá, durante los primeros años de mi vida me sentí abandonado por ella. Después de que se mudó solo llamó dos veces a William para preguntarle por mí, pero yo jamás volví a hablar con ella y así como ella olvidó que yo existía, yo también hice lo mismo, es por esa razón que siempre he sentido que la única familia que tengo son ellos.

Cuando tenía trece años, Landon y yo audicionamos para el programa de televisión, ambos fuimos seleccionados y fue allí donde conocimos a James. William fue nuestro mánager y por esa razón siempre estuvo con nosotros en nuestros viajes, fueron momentos buenos... hasta que todo se fue a la mierda.

—*Ayer hablé con James* —comentó William sacándome de mis pensamientos.

Sonreí agradecido de que me haya alejado de aquellos malos recuerdos.

—*¿Sigue en Europa?* —Él asintió—. *¿Y cómo le va?*

—*Bien, este mes termina el rodaje de la película.* —Traté de no mostrar mi sorpresa—. *Es una buena historia, está emocionado.*

—*Puedo imaginarlo, de los tres solo él continuó en ese mundo.*

—*Bueno, Landon y tú también hacen un buen trabajo en lo suyo.*

—*Cada uno tomó un camino diferente.*

—*Sí* —respondió—. *Pero esos caminos aún nos mantienen unidos.*

Asentí, porque era verdad. Él se puso de pie, extendió su mano hacia mí y la tomé. Se despidió y salió de la sala de juntas sin decir nada más.

Pasé toda la mañana trabajando, ocupándome de todo lo que tenía pendiente y perdiendo la paciencia con el mal trabajo de otros. Observaba los reportes rodeado de unos colaboradores y mi mal humor creció cuando el reflector se apagó.

—*¡No invierto tanto dinero para que simplemente digan que no está funcionando!* —grité de mal humor—. *¡Quiero que hagan que funcione! Necesito que ustedes consigan solucionar en lo posible los problemas, ¿o es que no pueden? ¡Porque si no pueden, conseguiré a otros!*

Me molestaba que dijeran que no sabían por qué las cosas salían mal. Claro que sabían, y también sabían que eran los responsables.

La puerta se abrió y Ashlee apareció, la fulminé con la mirada por interrumpirme aun cuando le dije que no lo hiciera.

—*Señor Carter, tiene una llamada*—. Mi mala cara aumentó al escucharla.

—*Creo que no te has dado cuenta, pero estás interrumpiendo una junta.*

—*Lo siento* —susurró—, *pero la señorita Coleman está al teléfono...*

«*¿Elizabeth? Ella está llamándome*».

Algo dentro de mí, vibró ante el anuncio, algo que hacía mucho no sentía, algo que alguna vez llamé corazón.

—*Gracias Ashlee* —dije avergonzado por haberle gritado, levanté el teléfono y respiré

profundo para quitarme el mal humor y no terminar asustándola—. *Buenas tardes, señorita Coleman.*

—*Buenas tardes, señor Carter* —respondió con voz dulce y angelical—. *Espero no estar interrumpiéndolo.*

—*No, no lo haces* —mentí mientras los demás estaban en silencio mirando sus informes—. *¿Cómo estás?*

—*Muy bien, gracias...* —susurró—. *Solo llamaba para darle las gracias por los chocolates.*

—*Oh, de nada... espero que hayan sido de su agrado.*

—*Sí, sin duda lo son. Ya tengo dos sabores en mi lista de favoritos.*

—*Es bueno oír eso, sobre todo porque creí que habías dicho que eras alérgica.*

Escuché su risa a través del teléfono y automáticamente me hizo sonreír, me obligué a dejar de hacerlo porque los demás estaban mirándome.

—*Entonces debería llamar al 911* —bromeó—. *Porque seguro me empezaré a sentir mal por su culpa*—. Volví a sonreír sin poder evitarlo.

—*Lamento decirle, señorita Coleman, que es muy mala mintiendo.* —Ella volvió a reír—. *Antes de la comida aseguró que se comería un brownie sin problemas.*

—*Oh, es verdad... lo hice. Bueno, gracias por los chocolates.*

—*Usted lo pide y yo la complazco, señorita Coleman.*

Ella se quedó en silencio y pude imaginar sus mejillas ruborizadas, respiré profundo para no reaccionar ante ese recuerdo.

—*Eh... ¿Gracias?*

—*De nada.* —Miré a los demás y me di cuenta de que seguían esperando mis órdenes así que decidí salir de la sala de juntas para hablar con más comodidad—. *¡Denme un segundo, caballeros!*

Caminé fuera del salón y me detuve en el pasillo.

—*¿Elizabeth?*

—*Sí... ¿Estás ocupado?*

—*No... no mucho.*

—*Lo siento. Solo llamé para darte las gracias, solo eso.*

—*Lo sé* —susurré disfrutando del sonido de su respiración al otro lado de la línea—. *¿Ahora qué? ¿Qué otras mentiras te gustaría recibir?*

Ella se quedó en silencio y yo empecé a disfrutar de eso... Sacudí mi cabeza y evité dejarme llevar por su encanto natural.

—*No lo sé, señor Carter... creo que tendrá que pensar y recordarlo usted mismo.*

Su comentario en cuestión de segundos me puso de mal humor.

—*Recordar es una de las cosas que nunca hago, señorita Coleman...* —aseguré con molestia—. *Mis recuerdos son amargos y no me gusta traerlos al presente, así que agradeceré un poco de ayuda de su parte.*

Levanté la mirada y Ashlee me observaba desde su escritorio, dejó de hacerlo cuando la miré. Elizabeth otra vez se quedó en silencio.

—*Lo invito a cenar, señor Carter.* —Ella me dejó sin palabras «*¿Ella quería invitarme?*»—. *Pero no a un restaurante, sino, a mi casa. Yo puedo cocinar y usted puede fingir placer por una simple y típica cita.*

—*Creo haberlo dicho, me gusta estar solo de noche.*

—*Sí, pero el martes me llevaste a cenar y estuviste conmigo hasta tarde, ¿no podrías hacer*

otra excepción?

—¿Por qué de noche? —cuestioné—. ¿Por qué no un almuerzo?

«¿Es que yo tenía tiempo para uno?»

—Porque las velas no lucirían románticas de día—. Su respuesta me hizo sonreír otra vez.

—¿Velas románticas? —pregunté—. Uau... señorita Coleman, usted es toda una sorpresa. Pensé que era... diferente.

—Pues, debo serlo, por algo usted se toma el trabajo de estar al teléfono conmigo.

Nuevamente me hizo sonreír... era inteligente y sincera.

—Te acepto la cena el viernes —concluí—, pero... tú me aceptas un almuerzo el jueves. — Un silencio se hizo presente del otro lado del teléfono y yo empecé a sentirme triunfador—.

¿Hola?

—Eh... sí, aquí sigo. —Otro momento de silencio que se me hizo eterno—. De acuerdo, acepto.

—Perfecto... mi asistente te llamará para avisarte donde comeremos y la hora en la que pasaré por ti.

—No, tu asistente no —negó sorprendiéndome otra vez—. Si quieres decirme algo, agradeceré que seas tú mismo quien lo haga—. Me quedé en silencio y sonreí complacido.

—Perfecto, mañana la llamaré entonces. —Ella se quedó en silencio—. Que tenga una feliz tarde, Elizabeth.

—Igualmente, señor Carter—respondió con una voz triste—. Y gracias otra vez.

Ella terminó la llamada y regresé a la sala de juntas. Todos se quedaron en silencio hasta que tomé mi lugar, uno de mis empleados comenzó a hablar y aunque lo miré, yo no le prestaba atención. Mi mente se había ido hacia ella y la excitante cita, sabía que después de ese jueves no tendría que seguir con las mentiras... porque tenía planeado terminar con ese jueguito tonto ese mismo día, pero, una parte de mí, una que no lograba entender, se sentía triste por ello.

7 – Ilusiones rotas.

Horas antes...

El día pasó tan rápido que ni siquiera me di cuenta de que estaba sobre las tres de la tarde, entré al edificio y saludé a Clare, la recepcionista. Subí al ascensor y después de unos minutos llegué hasta la oficina de Martin, toqué dos veces la puerta y luego por fin gritó “entre” desde adentro, giré la perilla y sonreí al ver a mi jefe.

—*¡Elizabeth, hasta que llegas!* —Me senté frente a él, dejé cuatro sobres de fotos encima de su escritorio y él me regaló una sonrisa de satisfacción—. *¿Qué es todo esto?*

—*Son las fotos de Thruman, de Williams y las de la nueva boutique de Mary Luke... Todo lo que necesitabas para esta semana, listo a mitad de ella.*

Martin sostuvo los sobres y le echó un vistazo a las fotos de la boutique.

—*Uau... ¡Con estas fotos quién no va a querer irse de compras!*

—*Sí, hasta yo lo haría*—bromeé—. *Aproveché que estaba cerca, ya todo está listo.*

—*¡Perfecto! Siempre tan eficiente* —comentó mi encantador jefe—. *Ahora ve con el gran jefe que dio la orden de enviarte a su oficina apenas llegaras.*

—*Oh... supongo que tengo que ir.* —Me levanté, tomé mi cámara y caminé hacia la puerta—. *Estaré en mi lugar de siempre por si necesitas algo.*

—*Perfecto, cariño... pero todo lo que necesitaba ya lo dejaste sobre mi escritorio.*

Martin era un buen tipo, a pesar de que muchas veces andaba estresado, era un buen jefe. Salí de su oficina y al pasar por mi escritorio vi una bolsa que llevaba mi nombre, sonreí con emoción, la tomé y caminé hasta la elegante puerta de nuestro jefe mayor y le di un golpecito, su voz varonil hizo eco dentro de ella al indicarme que podía pasar. Tomé aire y me armé de paciencia.

«*Aquí vamos*»

—*Vaya... Ya estás aquí.* —Sonreí mientras él se alejaba de su escritorio, llegó hasta donde yo estaba, besó mi mejilla y me observó por unos segundos—. *Gracias a Dios estás ilesa.*

—*¿Esperabas que no fuera así?* —Él volvió hasta su escritorio sin responder—. *Me alegra decepcionarte... Estoy perfectamente bien, te lo dije ayer.*

—*Sí, pero quería comprobarlo.*

Sirvió dos tazas de café y dejó una delante de mí, me indicó que me sentara y así lo hice.

—*¿Va para largo la conversación?* —pregunté.

—*Dependiendo de qué tan buena seas haciendo un resumen.*

Andrew tomó su taza y bebió un poco de café mientras sus ojos estaban fijos en mí, dejó la taza sobre el escritorio, abrió su chaqueta negra dejando libre su corbata y su hermosa camisa de seda.

—*¿Quieres que te interrogue?*

—*Estaría bien, sabes que no soy buena chismeando.*

—*¿Es gay?*

—*¡NO! No lo es...* —dije casi gritando... Aún recordaba su mala broma y me daban ganas de golpearlo.

—*¿Se lo preguntaste?*

—*No directamente... Solo le pregunté por qué nunca lo ven con mujeres.*

Andrew tomó la taza de café entre sus manos y se recostó cómodamente sobre su silla. Sabía que estaba esperando que continuara, pero tenía que pensar exactamente qué debía contarle. Después de todo era un buen periodista y no quería que las cosas que Nicholas me había dicho fueran de dominio público.

—¿Estás pensando qué contarme y qué no? Liz, ¡por Dios! Soy tu mejor amigo.

—Lo recuerdo, pero también recuerdo que eres el jefe de New York News y no quiero que lo que él haya podido contarme sea de dominio público.

Andrew me miró de mala gana y luego levantó su mano.

—Todo lo que me quieras decir quedará entre tú y yo... Palabra de Boy Scout.

—¡Tú ni siquiera fuiste Boy Scout! —Él sonrió y respiré profundo para comenzar—. No tiene interés en ninguna mujer para tener una relación... Lo único que quiere y necesita de una mujer es sexo y se lo dan con mucha facilidad sin pedirle nada a cambio.

Andrew casi escupió el café y se quedó mirándome asustado.

—¿Te dijo eso? ¿Con esas palabras?

—En realidad usó otras peores, pero, las estoy editando elegantemente para tus oídos. —Él dejó de sonreír y me di cuenta de que no le había hecho feliz lo que le conté—. Es un hombre solitario, tenía mucho tiempo sin ir a comer con alguien. Dijo que no necesita invertir en ese tipo de cosas para obtener lo que quiere.

—¿Por qué tus ojos brillan mientras me cuentas esto? —cuestionó—. Elizabeth, el tipo descaradamente te ha dicho que solo usa a las mujeres para satisfacer sus bajos instintos, ¿y tú estás allí babeando tu uniforme?

—Es un hombre interesante... educado, caballero, amable...

—Muchas de esas cualidades importan muy poco si no tiene la delicadeza de guardar esos pensamientos ante una dama como tú.

—No te pongas de machista, sabes bien que muchas mujeres también hacen eso, solo buscan a los hombres para una buena noche de sexo y ya.

—Es decir, ¿tú estás dispuesta a ser una de las miles que seguro se lanzan sobre sus pies por una noche de placer?

—Noche no, no tiene sexo de noche. —Andrew frunció el ceño y yo quise sonreír—. Él solo lo hace de día, no duerme con nadie, sus noches no las comparte.

Andrew estaba por primera vez mudo. Bebió nuevamente de su café y se quedó pensando, sabía que estaba sacando una conclusión.

—Eso es lo más ridículo que he escuchado en mi vida —concluyó—. Él tiene algún tipo de problema mental y eso no está en discusión. —Sonreí con pesar porque sabía que era cierto—. Pero, si dices que hace mucho que no sale, que no invierte en las mujeres porque nadie pide que lo haga, ¿por qué lo hizo contigo?

—No tuvo una respuesta para esa pregunta—. Sonreí muy orgullosa de mí misma y él también.

—Eso sí es interesante... porque ha sido sincero, ¿no? —Asentí—. Podría haberte endulzado para luego hacerte la propuesta indecente.

—Ha sido exageradamente sincero. Yo le gusto. Eso dijo.

Mi sonrisa tonta me delató y Andrew también sonrió.

—Y obviamente a ti te encanta. Así que... ¿Vas a formar parte de la lista de mujeres que le dan placer a cambio de nada?

Quise decirle que él aseguraba que me daría lo mismo, pero preferí no aumentar el machismo

de Andrew.

—Si lo dices así, suena horrible. Además, soy de esas chicas de antes, que le encanta que le mientan. A mí me gusta la cursilería. —Andrew me sonrió con ternura—. Me preguntó qué más tenía que hacer.

—¿Y qué le dijiste?

—Le pedí que me mintiera.

—¡Oh, mi Dios! —exclamó divertido—. Estoy orgulloso de ti, nena. —Me reí por su comentario—. De acuerdo, solo tenemos que esperar a ver si su gusto por ti es tan fuerte como para que un hombre que lleva años recibiendo lo que quiere de gratis, cambie un poco.

Sonreí mientras ponía sobre su mesa la bolsa blanca que llevaba en mis manos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Supongo que sus mentiras...

Andrew tomó la bolsa que brillaba con delicadeza, sacó el papel de seda y luego las dos cajas blancas atadas entre sí por una cinta plateada de lo más elegante.

—Estaba en mi escritorio.

—¡Oh, Dios! —exclamó mi mejor amigo al leer el nombre que para mí era totalmente nuevo.

Soltó con cuidado la cinta y luego abrió la caja de chocolates, sobre el papel plateado que los protegía estaba la pequeña tarjeta gris escrita a mano, Andrew la tomó y leyó en voz alta: «Odio mentir, pero si le hace feliz, espero que disfrute mis mentiras... Nicholas Carter».

—¡Oh, Dios mío! —gritó Andrew girando la caja hacia mí—. ¿Conoces estos chocolates? —preguntó, yo negué—. Nena, Richart es la marca de uno de los mejores y más caros chocolates del mundo. Son franceses, preparados con cacao venezolano. ¿Me invitas uno?

—Claro...

«¿A quién le importan los chocolates? Me hubiera bastado con la hermosa nota escrita a mano».

—Está loco —determiné.

—¡Oh nena! —exclamó Andrew—. Eso ya lo sabías... pero, vas a divertirte con ese loco. —Sonreí—. Así que la primera clásica mentira fue enviar chocolates... Muy típico, ¿no?

—No, porque le dije que era alérgica. —Andrew levantó la ceja ante mi mentira—. Es que casi se burló de mí por querer estas cosas y por pura rebeldía le dije que era alérgica.

—¿Y aun así él envía chocolates? —preguntó Andrew más para él mismo que para mí—. O no te creyó que eras alérgica o quiere acabar contigo.

—Es un misterio.

Andrew abrió la caja y extendió los chocolates hacia mí, tomé uno de ellos y lo metí en mi boca, todos mis sentidos se quedaron en estado de satisfacción al probarlo, era delicioso. Andrew tenía los ojos cerrados mientras comía uno de los bombones de la caja, sonreía disfrutando del sabor insuperable de esos chocolates.

—Están buenos, ¿verdad? —comenté.

—Sí... tanto cómo el que los envió —agregó, comencé a reír y volví a leer la tarjeta—. ¿A qué restaurante fueron?

—Eh... mmm... Per Se... así se llama.

Él empezó a toser con fuerza y se levantó de su sillón, caminó hasta la mesa para servirse un poco de agua.

—¿Estás bien? —pregunté asustada, él levantó la mano y terminó de beber el agua—. ¿No es un chocolate picante o algo así verdad?

—No, por supuesto que no —respondió respirando hondo—. Liz... ¿Estuviste cenando con él en Per Se? —preguntó con tanto asombro que me preocupé—. Nena, ese restaurante es el que reservé el mes pasado para mi cumpleaños.

—Pero tu cumpleaños es en dos meses.

—¡Exacto! He tenido que reservarlo tres meses antes porque es casi imposible conseguir comer allí. ¿Cómo... cómo es que él consiguió una mesa en solo dos días?

No tenía una respuesta para esa pregunta, no lograba entender cómo o por qué estaba haciendo eso por mí, pero no había forma de que lo entendiera.

«¿Qué era lo que yo tenía que llamaba su atención?».

Esas eran preguntas que no podía contestar, pero me alegraba ser de esas mujeres que no estaban interesadas en saber cuál era el lugar de moda en la ciudad, así podía sorprenderme, y sin duda él lo había logrado.

Mientras estuve con Andrew traté en lo posible de no dejarle notar mi decepción después de hablar con Nicholas, pero cuando llegué a casa y estuve sola, todo me cayó encima. Caminé hasta mi reproductor y coloqué el disco de Adele... fui directo a mi sofá, tomé mi copa de vino y observé la caja de chocolates que había enviado y me sentí triste por ello, porque sabía que esa era la única mentira que recibiría de él.

Cerré mis ojos y disfruté de las canciones, estaba triste y sabía la razón, aunque no quería pensar en eso.

“Le acepto la cena el viernes, pero usted me acepta un almuerzo el jueves”, sonreí con pesar y bebí un poco de vino.

«No soy tonta, señor Carter, sé muy bien que eso significa terminar con este juego... sé muy bien que no habrá un viernes para nosotros... ¡Salud por eso!».

Era imposible no sentirme así, triste y con ganas de llorar. Quise negarme a aceptar su trato, sabía que era una trampa, que él jugaba sucio. Sabía que al final solo evitaba esa cena conmigo... y pues, muy a mi pesar, aunque quisiera que durara más, para poder conocerlo, sabía que él no quería eso. ¿Y quién era yo para obligarlo? ¿Es que podría sentirme bien sabiendo que solo estaba retrasando un adiós?

El sonido de mi teléfono me alejó de mis pensamientos, respiré profundo y lo tomé.

—Hola, nena... ¿Cómo estás?

—Bien, Andrew... A punto de dormir. —Bajé un poco el volumen de la música para que él no pudiera asumir mi estado de ánimo.

—¿Qué tienes Elizabeth? —preguntó preocupado—. ¿Por qué la voz tan desanimada?

—Solo estaba casi dormida.

—Ajá... sí... ¿Con Adele jodiéndote el estado de ánimo? —Cerré los ojos al ser descubierta—. ¿Vas a contarme o tengo que ir hasta allá para sacarte las palabras?

—No te conté, pero hablé con Nicholas y me invitó almorzar el jueves.

—¡Oh, eso es genial! —exclamó—. Debería ser genial, ¿por qué el desánimo?

—Porque es un almuerzo y creo que será lo último que obtenga de él.

—¿Por qué crees eso? ¿Te lo dijo?

—No, pero lo presiento y creo que es lo mejor. —Andrew se quedó en silencio—. Así dejaré de pensar en él y tendré mi maravillosa vida solitaria de siempre.

—Nena... entiendo lo que sientes, es difícil no ilusionarse con alguien como él, pero sabes que es mejor así. —«Lo sé»—. Ese hombre está jodido, lo sabes y no quiero que termines mal por él. Solo... solo mírate ahora, aún no pasa nada y estás así, no quiero imaginarte luego.

Sabía que terminaría así: bebiendo y llorando por varias noches hasta que entendiera que las cosas pasan por algo y bla bla bla.

—*Estaré bien* —prometí—. *Todo estará bien, nadie muere de amor. No seré la primera.*

—*¿Quieres que vaya para allá?* —ofreció—. *Puedo ir a cantarte una canción de cuna hasta que te duermas.*

—*Oh qué lindo... Pero no, no quiero que Michael tenga que traerte tan tarde; dile que le envíe un beso, ¿de acuerdo? Me iré a la cama. Nos vemos mañana.*

—*Michael te envía un beso también, princesa. Nos vemos mañana. Te quiero.*

—*Yo a ti.*

Sonreí al imaginar a Andrew feliz con Michael, llevaban tres años juntos. Era una relación difícil, puesto que ambos eran personas medianamente importantes e influyentes. Pero, aun así, trataban en lo posible de tener momentos para su relación.

«*¡Qué ironía! Algunas personas tienen que esconderse para ser felices con la persona que aman y otros, simplemente no aman*».

8 – Visita inesperada.

Esa era otra noche junto al piano, tocando la misma canción, esperando lo mismo de cada noche: que el cansancio golpeará con fuerza y me hiciera caer en un profundo sueño. Miré mi reloj y era casi media noche... Solía levantarme muy temprano y acostarme muy tarde, solía esperar que la noche me recordara que debía dormir, que debía dejar de pensar... Pero, había noches en las que me resultaba difícil seguir firme y no caer.

Me levanté del banco del piano, caminé hasta el jardín y nuevamente metí los pies en la piscina. El silencio hacía eco por toda mi casa, la soledad me golpeaba y me hacía sentir débil, pero los recuerdos eran los que terminaban conmigo. Mi estúpida y traidora memoria me recordó a aquella mujer de cabello castaño, de grandes y hermosos ojos color miel y de una sonrisa angelical...

La vi frente a mí, aunque sabía que no estaba allí, sonreía y su sonrisa me dolía, me hizo sentir ese dolor profundo dentro de mí, quería gritar y alejarme de ella. Quería huir, pero ella no estaba allí. Cerré los ojos con fuerza, los cubrí con mis manos y después de unos minutos volví a mirar y ya no estaba.

Ella se había ido... Pero, como siempre había dejado ese dolor dentro de mí, esa rabia, esas ganas de acabar con todo, de arrancarme el corazón y no sentir nada, ni bueno ni malo... ¡Nada! Eso era mejor que todo el dolor, que los buenos recuerdos que también lastimaban, porque los había perdido y todo lo malo me golpeaba una y otra vez.

Había tanta mierda en mi memoria, tanto dolor, tanto odio, que yo simplemente me sentía como me había sentido desde hacía años: enfermo y consumido, podrido y vacío... Me sentía tan poco, aun y cuando cada día demostraba ser mucho.

Me levanté de la piscina y caminé hasta la casa, la imagen que se reflejaba en el cristal de la puerta era mía, ese era yo... pero, aun así, no podía verme, solo veía a un hombre que vivía porque no le habían permitido morir, que se levantaba porque caer era fácil y le gustaba lo difícil. Un hombre que absolutamente nada le hacía feliz, que tenerlo todo era igual a tener nada, que solo tenía una meta cada día: levantarse y seguir, aunque realmente no sabía a dónde iba.

—*Nicholas... ¿Nicholas?* —La voz de la mujer que trataba de despertarme golpeó con fuerza mi cabeza, salté y me quedé mirándola—. *¿Te dormiste aquí?*

Me di cuenta de que aún seguía en el sofá... estaba sin camisa y había una botella vacía sobre la mesa. Lourdes, mi ama de llaves de toda la vida, me miró un buen rato, pero no dijo nada. Tomó la botella, el vaso y yo me levanté, caminé hacia las escaleras y subí casi corriendo hacia mi habitación.

Había evitado hacer eso, beber hasta la inconciencia y que ella me encontrara así. Sabía que no había forma de evitar que llamara al *911*, así era como se refería a mis amigos. Sabía que me tocaría recibirlos. A veces, me preguntaba cómo es que aún después de que los había echado muchas veces, ellos no desistían. William solía decir que eso se llama ser amigos... que yo haría lo mismo por ellos, pero, justo en ese momento no estaba seguro de ello.

Después de un buen baño y ropa limpia, bajé las escaleras y me detuve en seco. Sabía que lo haría, pero no sabía que sería tan rápido.

—*Hola, Nicholas* —saludó William.

Lucía visiblemente tenso, preocupado e incluso nervioso. Landon se quedó de pie junto a él sin decirme nada.

—*¡Lourdes, ven acá!* —grité muy molesto.

—*Nicholas... ella no tiene nada que ver* —aseguró Landon.

Lo ignoré y esperé a que ella apareciera, cuando lo hizo se detuvo frente a mí y se quedó mirándome.

—*¿Qué diablos se supone que haces?* —interrogué—. *¿Cuántas veces voy a decirte esto para que lo entiendas?* —Ella se mantuvo en silencio—. *¡No soy un jodido niño haciendo travesuras! No tienes que llamar a “papá William” para que venga a salvarme. ¡Porque no hay nada que salvar!*

—*¿En serio?* —inquirió—. *¡Porque cuando llegué te vi jodidamente mal!* —me acusó—. *Y estoy harta de tener estos sustos contigo... Creo que no te has dado cuenta, pero ya estoy mayor y no puedo llevar este tipo de sustos.*

—*Pues, entonces ¡vete!* —grité—. *No estoy obligándote a estar aquí.*

—*¡Nicholas!* —gritó William sobre mí.

Tuve ganas de echarlo de mi casa, pero, por algún motivo que aún no podía entender, él era el único al que jamás podía atacar... aunque ganas no me faltaban.

—*Lourdes y todos nosotros nos preocupamos por ti...* —continuó William—. *¡Creo que aún no lo entiendes!* —No le respondí y él se giró hacia ella—. *Lo siento, Lourdes.*

—*No te preocupes William, tengo años escuchando cómo me echa de aquí. Hoy no será el día en que tome en serio sus berrinches.*

Me quedé mirándola y tuve que morderme la lengua para no gritarle otra vez. Sabía que ella también se preocupaba. Tomé un poco del café que estaba sobre la mesa y giré a mirarlos... Ambos me estudiaban de pies a cabeza, miraban mis manos, mi rostro, buscaban algún indicio que les pudiera decir qué tan jodido estaba. Quise reírme de ellos, pero no lo hice, ver a William de mal humor era bastante malo como para tentar más mi suerte.

—*¿Qué pasa contigo Nicholas?* —preguntó William—. *¿Por cuántos años más vas a seguir así?*

—*No sé de qué hablas, estoy perfectamente y lamento que Lourdes los haya hecho venir por nada.* —Dejé la taza y tomé mi maletín con mi computadora y la colgué sobre mi hombro, me detuve frente a él y empujé mis manos para que las viera—. *¿Lo ven? Todo está perfectamente bien. Lamento que no hayan sido útiles esta vez, ahora si me disculpan, tengo una reunión a las diez y voy retrasado...* —Ambos se quedaron en silencio—. *Se quedan en su casa, seguro que Lourdes les prepara algo que les agrade, que tengan buen día.*

Caminé hasta la puerta aun y cuando esperaba un discurso de despedida.

—*¡No olvides que te queremos!* —exclamó Landon— *Aquí de este lado donde la vida continúa, tus amigos seguimos estando para ti... Solo tienes que volver a vivir.*

Respiré profundo tratando de no sentir ni una sola de sus palabras. Salí de la casa y Frank abrió la puerta del auto para mí. Giré a mirar hacia la entrada y vi a Landon allí. Su estúpida sonrisa no estaba en su rostro y su mirada era igual que siempre, solo que estaba vez no quería sentirlo.

...

Reuniones, inversiones, planes, cambios, problemas... soluciones. Siempre la misma cosa cada día, siempre lo mismo en el trabajo, tantas cosas en las que tenía que pensar... pero, eso ayudaba

a alejar las cosas que no quería recordar. Un día largo, difícil... Un día duro donde yo me sentía tan solo que quería gritar. ¡No quería llegar a casa, no quería verme solo!

Frank abrió la puerta del auto y subí en él.

—¿Lo llevo a casa, señor? —preguntó.

—No, da vueltas por donde quieras... Aún no quiero llegar.

Él se quedó en silencio y comenzó a conducir. Miré la ciudad a través de mi ventana, todos iban y venían... ¿Y yo? Yo no tenía a dónde ir. Me quedé observando a las personas en el parque mientras la luz del semáforo cambiaba y nos movíamos. Novios, enamorados, ¿luciendo felices o fingiendo serlo? No lo sé... Compraban flores y llenaban de corazones sus mensajes. Compraban chocolates y siempre era por el mismo fin...

«Chocolates».

Aquello me hizo recordar algo, así que tomé mi teléfono y le marqué a Ashlee.

—Buenas noches, señor Carter —saludó.

—Hola, Ashlee... Quiero preguntarte algo... ¿Se le enviaron los chocolates a la señorita Coleman?

—Sí señor, a la misma hora... Pero hoy no llamó.

—De acuerdo, gracias—. Terminé la llamada y me quedé pensando.

«¿Por qué no llamó? ¿Por qué hoy ella no apareció para por lo menos hacerme reír con sus cursilerías?».

—Frank, llévame a la casa de la señorita Coleman.

Él aceptó en silencio mi orden y después de cambiar el semáforo giró en sentido contrario. Eran apenas las ocho de la noche, ella no debería estar durmiendo. Solo quería saber por qué no llamó. Después de unos minutos llegamos hasta el edificio donde vivía, Frank bajó y abrió la puerta para mí, y me vi allí de pie frente a su casa... «¿Qué estoy haciendo?», me cuestioné.

—¿Quiere que llame por usted, señor?

—Sí, pregúntale al portero en qué piso vive.

Él se alejó de mí y fue hasta la puerta, el hombre al que no podía ver respondió a la pregunta de Frank y él caminó de regreso a mí.

—¿Te dijo en qué piso vive?

—Sí, el tercero. Pero, ella no está. —Mi ánimo cayó varios peldaños más abajo—. Salió esta mañana con una maleta, el portero cree que se fue de viaje.

—¿No te dijo a dónde?

Frank negó y yo me quedé allí, sorprendido y sin saber qué hacer. Frank abrió la puerta y subí al auto, después de todo ella tampoco estaba. «¿Adónde habrá ido?», me pregunté. Y como siempre tenía que volver a donde tenía que estar: a mi fría y sola casa... Como cada noche, yo tenía que aprender a vivir con mi soledad.

Frank esperaba que le ordenara marcharnos, pero no lo hice. Me quedé mirando el edificio en el que la había dejado la última noche, me di cuenta lo mucho que me molestaba que no estuviera, me molestó mucho no encontrarla.

—Vámonos, Frank —ordené.

El encendió el auto y de pronto alguien golpeó el vidrio de mi ventana. Giré y un alivio terrible me abordó al verla frente a mí. Por primera vez en mucho tiempo me había quedado sin aliento, sin poder moverme.

Una guerra se desató en mi interior, una guerra que me gritaba que debía irme, una guerra que me advertía sobre el peligro que estaba corriendo, pero en ese momento me sentía tan débil que no

era capaz de luchar contra todo lo que ella estaba despertando en mí. Después de unos segundos, cuando recuperé mi postura, bajé el vidrio y ella me deslumbró con una de sus más hermosas sonrisas.

—*Señor Carter... ¡Qué sorpresa!* —exclamó.

La observé frente a mí y la tristeza me golpeó con fuerza.

—*Buenas noches, Elizabeth* —saludé—. *Me dijeron que no estaba y ya me iba.*

—*¡Oh, ¡pero ya llegué!* —exclamó con tanta alegría al verme que me abrazó el alma.

«*¡Vete Nick! Aléjate ahora que puedes*».

Abrí la puerta y ella se hizo a un lado para dejarme bajar. Era una locura, pero en ese momento necesitaba con todas mis fuerzas un poco de su alegría.

—*¿Princesa, solo tienes esta maleta?* —preguntó una voz masculina.

Una ola de odio creció en mi interior haciéndome sentir como un total demente por detestar a ese desconocido que le había hablado con tanto cariño.

—*Sí, solo esa, gracias* —respondió con una sonrisa dulce en sus labios y mi odio hacia el sujeto creció—. *Eh... Michael, te presento al señor Carter* —dijo cuando el sujeto estuvo cerca de nosotros—. *Él es Michael, un amigo.*

«*¿Un amigo?*».

Su aclaración no ayudó en nada a detestar menos a ese tal Michael. Él levantó su mano hacia mí y me obligué a actuar con indiferencia.

—*¡Mucho gusto, Señor Carter!* —exclamó el hombre con una sonrisa demasiado amable—. *Soy Michael Vite.*

—*Nicholas Carter* —respondí con una voz más fría de la que esperé—. *Supongo que estás ocupada, así que ya me voy.*

—*¡No!* —respondió de inmediato—. *No estoy ocupada. Michael solo vino a traerme.*

Ella giró hacia el hombre y le quitó su maleta. Se acercó a él y besó su mejilla.

—*Gracias, Michael* —susurró con cariño, él besó su frente y estiró la mano nuevamente hacia mí.

—*Hasta luego, señor Carter* —se despidió—. *Princesa, no olvides llamar antes de dormir, ¿de acuerdo?*

—*Claro, lo haré* —respondió.

El tal Michael me sonrió y subió a su auto, lo puso en marcha y se fue. Ella volvió a mirarme mientras yo seguía preguntándome qué demonios hacía ella con ese hombre a esa hora.

—*¿Te gustaría subir?* —preguntó.

«*Vete Nicholas, no hagas más complicada tu vida*».

Pero no pude irme, no quería irme, a pesar de que me sentía molesto y dudoso respecto a ella, no quería alejarme... no aún. Me acerqué y tomé la maleta que sostenía en sus manos.

—*Yo puedo* —aseguró— *no pesa.*

—*Yo lo haré* —respondí.

Frank apagó el auto y yo caminé junto a ella dentro del pequeño edificio. El portero nos dio la bienvenida y sostuvo la puerta para nosotros.

—*Gracias* —susurró con amabilidad mientras caminamos hacia el ascensor y presionó el botón.

Elizabeth se giró, clavó sus intensos y curiosos ojos sobre mí. Estaba seguro de que debía de tener muchas dudas, pero agradecí enormemente que no dijera nada. Cuando el ascensor se abrió le indiqué que entrara y así lo hizo, marcó su piso y esperó a que las puertas se cerraran. Levantó

una tímida mirada y una vez más me abrasó el alma con ella. No sabía cómo, pero Elizabeth Coleman lograba hacerme sentir querido, era como si con solo mirarme pudiera darme cariño, protección... *amor*.

La puerta del ascensor se abrió en el tercer piso... dejé que ella saliera y caminé detrás. Me quedé observando el edificio, no era elegante, era normal y pequeño, pero dejé de prestarle atención a esos detalles. La maleta que sostenía no pesaba tanto como imaginaba.

«¿Qué traía aquí? ¿Quién era ese amigo que me había presentado? ¿De dónde venía? ¿Por qué no había dicho nada de los chocolates?».

Había tantas preguntas para ella, pero no sabía si estaba bien hacerlas.

Ella abrió la puerta de su apartamento y me dejó entrar, las paredes eran lilas, un color suave y diferente, la decoración muy juvenil, moderna... Y estando allí podía verla, era tan ella que no sé qué más esperé encontrar.

—*Gracias* —dijo quitándome la maleta, la solté y la dejó sobre el sofá más pequeño—. *Siéntate... ¿Te ofrezco vino o una cerveza?*

—*No... no quiero nada, gracias. Ya me tengo que ir.*

—¿Por qué? —preguntó con una suave voz—. *Aún es temprano. ¿Por qué no te quedas un poco más? Ya estás aquí...*

—*Tengo cosas que hacer* —mentí.

—¿En serio? —cuestionó—. *Pero si estabas aquí es porque esas cosas pueden esperar.* —Me quedé mirándola y quería responderle, pero no sabía qué decir—. *Mi hermanita ha estado de cumpleaños* —empezó a contar—. *Estuve todo el día en Stanford.* —«*Así que de allí es de dónde vienes*»—. *Las fiestas de adolescentes de hoy en día no son como en mi época* —dijo y rompió a reír.

—*Ya lo creo que no...* —respondí—. *¿Qué edad cumplió?*

—*Trece, una edad complicada. Pero espero que pueda llevarla bien.* —Ella caminó hasta su pequeña barra y sirvió dos vasos de jugo—. *¿Tienes hermanos?*

—*Sí* —respondí pensando en el 911. Ella caminó de regreso y me extendió un vaso de jugo—. *Gracias.*

—*De nada. ¿Por qué no te sientas? No creo que crezcas más.*

Me regaló una hermosa sonrisa infantil y aunque sentí el deseo de sonreír, en ese momento había olvidado cómo hacerlo. Caminé hasta donde estaba y me senté frente a ella.

—¿*Qué te trajo aquí?* —preguntó—. *¿Viniste a buscarme?*

Quería mentirle, quería inventar cualquier buena excusa, pero en ese momento no tenía ninguna.

—*Envié chocolates hoy* —expliqué—. *Y no supe nada de ti, así que... pensé que algo malo había pasado.*

—*Oh, ¿de verdad?* —Esa sonrisa perfecta volvió a dibujarse en sus labios—. *Yo no fui a trabajar, adelanté el trabajo de toda la semana para poder pasar el día con mi familia...* —me explicó—. *Seguramente la secretaria de Andrew debió recibirlo, mañana pasaré por allí y lo recogeré. Gracias.*

—*De nada.* —Dejé el vaso sobre la mesa—. *Ya es tarde, creo que debo irme.* —Me levanté y ella también hizo lo mismo—. *Fue bueno verte, Elizabeth.*

—*Para mí también lo fue* —respondió con pesar—. *Aunque no te sientas cómodo aquí agradezco que hayas venido.*

—*No, no es eso... sí me siento cómodo.* —No quería hacerla sentir mal—. *Solo... asumo que debes estar cansada y...*

—*¡Si te quieres ir hazlo!* —exclamó—. *Pero no me pongas como un motivo para hacerlo. No tengo sueño y realmente no es tan tarde.* —«*Qué adorable eres*»—. *Y quizá no lo hayas notado, pero me gusta tu compañía.*

Me dio una mirada tan dulce que me sentí incómodo por ser tan idiota con ella.

—*No soy la mejor compañía en este momento, señorita Coleman.*

—*Para mí lo es, señor Carter* —aseguró sonriéndome—. *Estoy muy feliz de tenerlo aquí y creo que se nota en mi estúpida sonrisa.* —Sostuvo su hermosa sonrisa por varios segundos—. *Mi madre preparó unos raviolis deliciosos* —comentó de pronto—. *Podría compartirlo con usted si desea... Cenar sola no es una de mis cosas favoritas.*

Miré mi reloj y ella tenía razón, no era nada tarde. Además, lo que menos quería era volver a casa, ella sonrió otra vez y suspiré.

—*Acepto.*

Elizabeth lucía tan feliz que no era capaz de entenderla, saltó en sus pies y caminó hasta la cocina. Era tan jovial, tan dulce y adorable, ella merecía esas típicas mentiras. Merecía que un hombre perdiera el tiempo haciéndola feliz.

—*Prepararé ensalada, si quieres puedes abrir el vino que está en el bar...* —comentó señalando el lugar donde guardaba sus botellas de vino—. *No es tan bueno como el que bebimos en Per Se, pero sabe rico.* —No pude evitar sonreír ante su comentario—. *Esto no tardará más de diez minutos.* —Entró en la cocina y pocos minutos después apareció de nuevo frente a mí—. *Iré a cambiarme de ropa. Póngase cómodo, señor Carter... ya regreso.*

La vi caminando por un pasillo y desaparecer a través de una puerta blanca, miré a mi alrededor y aunque dentro de mí había un vacío, no me sentía del todo solo. Su casa era cálida y eso era algo que agradecía en un día tan frío como ese.

Caminé hasta el bar y tomé una botella de vino, tomé el sacacorchos y la abrí. Lo dejé sobre la barra, caminé hasta su reproductor de música y activé lo que estaba escuchando antes.

La voz de Adele me tomó desprevenido, pero la dejé sonar. Caminé hacia las fotos que tenía sobre un estante. Era ella y una niña que debía de ser su hermana, luego una con los que imaginé eran sus padres y varias con Andrew. En todas ella lucía feliz, con aquella maravillosa sonrisa. «*Demasiada luz para alguien tan oscuro como yo*».

Escuché el sonido de un teléfono y poco después ella apareció. Su sonrisa seguía en sus labios y mientras hablaba, sus ojos estaban fijos en mí. Se despidió y con el teléfono aún en la mano, se mordió los labios.

—*Era mi hermanita* —explicó—, *preguntando si llegué bien.*

—*¿Es ella?* —pregunté señalando la foto de ambas.

—*Sí, es ella... Amanda. Ese es su nombre.* —Sonreí al notar el amor con el que hablaba de su pequeña hermana y luego sonrió—. *¡Oh... Adele!* —exclamó mirando hacia su reproductor.

—*Me gusta Adele* —confesé—. *Canta genial.*

—*¡Oh sí! Y sus letras son fantásticas.*

Sonreí al escucharla, se ponía tan feliz con tanta facilidad que me empezaba a sentir mareado por la forma como ella cambiaba mi estado de ánimo. Se disculpó y caminó hacia la cocina, giré hacia el balcón y observé la calma que la noche había traído.

—*Dame tu saco* —pidió al aparecer detrás de mí y me sorprendí—. *¡Dámelo!* —exigió

—. *Luces tenso con él... ponte cómodo.*

—*Estoy cómodo, muy cómodo* —aseguré—. *¿No me veo cómodo?*

—*¡No! Te ves tenso y quiero verte cómodo.* —«*¿Habla en serio?*»—. *¡Vamos! Dámelo.*

Había pasado tanto tiempo desde que una mujer me había hablado así... Hacía mucho que nadie tenía la confianza de hablarme como ella me hablaba, y me gustaba.

—*Nicholas... dámelo* —ordenó. No pude evitar sonreír al oírla decir mi nombre—. *¿Te molesta que te llame por tu nombre?*

—*¡No! No...* —respondí de inmediato—. *Solo que son muy pocas las personas que me llaman así, suena extraño, eso es todo.*

—*¿Extraño incómodo o extraño agradable?* —sonreí una vez más.

—*Agradable... muy agradable.*

Decidí que haría lo que ella pidiera. Abrí el botón de mi saco y empecé a quitármelo. Elizabeth cambió la expresión de su rostro y me recordó a esas mujeres que solían mirarme con frecuencia, la diferencia, era que ella se ruborizaba por mirarme y yo empezaba a amar que lo hiciera. Cuando por fin me lo quité, ella estiró su mano y le entregué mi saco.

Mientras dejaba mi ropa en su lugar la observé y mi mente se llenó de imágenes desagradables que me helaron la sangre. Me recordé de ese modo y me odié por hacerlo, porque sabía que ella no era igual, sabía que esa mujer frente a mí no tenía el veneno en sus ojos, ni yo era el idiota de hacía 10 años.

Whenever I'm alone with you, you make me feel like I'm young again... Whenever I'm alone with you, you make me feel like I'm fun again^[1]

Ella cantaba y yo la observaba mientras su voz alejaba esos horribles recuerdos. Mi mente traía de regreso a aquel hombre con el que había llegado y mi molestia regresó de inmediato.

—*¿Quién es el hombre que llegó contigo?* —pregunté sin poder evitarlo, ella se sorprendió.

—*Es Michael* —respondió con tranquilidad—. *Es amigo de Andrew, estuvo trabajando cerca de Stamford, así que pasó por mí.*

—*Tienes muchos amigos* —me quejé. — *¿No tienes amigas?* —Mi pregunta la hizo sonreír.

—*Una, pero no vive aquí... Mi mejor amigo es Andrew.*

—*¿Y a quién le cuentas tus problemas y esas cosas que las mujeres hacen con las amigas?*

—*A Andrew. A él le cuento todo*—. Su respuesta me sorprendió enormemente.

—*¿Todo?* —repetí, ella asintió—. *¿Hasta lo que hablamos el martes?*

—*Bueno, le hice un resumen... uno adecuado.* —Me hizo gracia su respuesta—. *Ven, acompáñame mientras preparo la ensalada.*

Caminó hacia su cocina y yo la seguí. Haló un banquito para que me sentara, mientras ella sacaba todo lo necesario para preparar su ensalada. La observé mientras lo hacía con visible gusto. Era hermosa, era dulce y además era eficiente en la cocina.

«*¿Qué defecto tienes, Elizabeth?*».

—*¿Tuvo un mal día, señor Carter?* —Su pregunta me sorprendió.

—*Algo así* —confesé sin mirarla mientras el mal recuerdo volvía.

—*Pues, debería olvidarlo* —sugirió llamando mi atención—, *el día está por terminar y mañana volverá a brillar el Sol... y estoy segura de que para usted también.*

Su comentario me hizo sentir un rayo de esperanza que no sentía hacía mucho tiempo y aunque quise decirle algo, no lo hice. Elizabeth cerró los ojos y de pronto empezó a cantar.

—*When the evening shadows and the stars appear.* —Abrió los ojos y me miró—. *And there's no one there to dry your tears... I could hold you for a million years.* —Todo dentro de mí se estremeció—. *To make you feel my love...*

Mientras cantaba aquella canción podía notar su tristeza y me hacía sentir peor. Me levanté de

donde estaba, fui hasta su reproductor y lo apagué. Respiré profundo y volví a la cocina. Ella me miró sorprendida.

—*¿No te gusta Adele?* —preguntó con una tristeza que me molestaba. «*¿Por qué me dolía?*»—. *La canción que quitaste es mi favorita del disco.*

—*Lo siento, pero no es un buen momento para escucharla... no cuando te pone triste.* —Ella sonrió y me dejó perdido... «*¿Por qué sonríe?*».

—*No me pone triste, verte triste sí lo hace.*

Otro golpe fuerte me atravesó por dentro, otro golpe que quebrantaba mi seguridad. Quise responder, pero ella se giró y se estiró para sacar un plato del estante que no alcanzaba. Quise ayudarla y tomé el plato que ella quería, se lo entregué, pero Elizabeth se quedó mirándome, fue en ese instante que el aroma delicioso de su piel me atrapó y me dejó sin voluntad.

Como si todo pasara muy deprisa, sentí el calor de su cuerpo calentando el mío y recordé lo mucho que me gustaba. Ni siquiera lo pensé cuando me acerqué a ella y dejándome vencer por ese deseo que me producía... la besé.

9 – Sintiendo.

Sus manos sujetaron mi cintura y me empujaron contra la pared, yo pensé que estaba soñando, imaginé que lo estaba haciendo, solo de ese modo podía imaginarme estar gimiendo de placer con un simple beso. Mientras su boca se apoderaba de la mía su lengua entraba con fuerza y desesperación en mi boca. Sus manos me sujetaban como si yo fuera a escaparme, mi mano tocó su rostro, el rostro varonil y perfecto de mi *dios griego*.

Abrí los ojos y lo vi allí, besándome, sus hermosos ojos estaban cerrados y yo lo tenía tan cerca de mí que me moría de felicidad. Sentí sus manos subiendo mi vestido y luego tocando mi piel, y temblé como una tonta.

Sus labios, su lengua en mi boca, acariciando la mía, sus manos libres sobre mi cuerpo. Todo era perfecto... como él. Sentir sus besos era algo que había soñado y estaba pasando. Era real, aunque por la intensidad yo podría creer que era otro de mis sueños húmedos.

Su cuerpo se sentía caliente y podía sentir que él también estaba disfrutando, sentí su erección sobre mí y yo flotaba con tanto placer, mi mano se fue sobre su camisa y halé su corbata hasta que logré quitársela, una de sus manos se metió entre mis piernas y si él no me hubiese sujetado con fuerza, seguro me desmayaba.

Perdida en su boca y en el poco control que tenía de mí misma, olvidé que tenía el plato en la mano y lo dejé caer. Nicholas saltó lejos de mí y yo me quedé congelada.

—*¿Estás bien?* —preguntó con esa hermosa sonrisa en sus labios que se reflejaba en sus ojos. «*Ahora sí estoy bien*».

—*Sí... solté el plato.* —Me encogí de hombros y él regresó otra vez a mí, colocó ambas manos sobre mi cadera y me levantó como si yo fuese una pluma y me dejó lejos de los vidrios—. *Uau... ¡Qué fuerte!* —Él volvió a sonreír y yo me sentía como una niña en Navidad. ¡Más feliz y moría! —*Traeré la escoba... aléjate.* —Lo halé de la camisa y él me miro con tanta intensidad que mi corazón se detuvo por unos segundos—. *Puedes cortarte.*

—*No soy tan delicado como crees. Ve por la escoba.*

Esa fue una orden, estaba clara en eso, así que salí corriendo por el pasillo y llegué hasta donde guardaba todos los artículos de limpieza. Tomé la escoba, el recogedor y volví a la cocina. No pude reprimir una sonrisa cuando vi que se había acomodado la camisa, ahora sus mangas estaban dobladas y se veía aún más hermoso y relajado que antes.

—*¿Me dejas limpiarlo?* —pregunté.

—*No, puede saltar un vidrio y lastimarte. Yo lo haré.*

—*¡No!* —insistí—. *Es mi casa, yo lo haré*—. Se acercó a mí sin dejar de mirarme, y solté la escoba apenas la tomó.

«*¿Cómo puede dominarme con una simple mirada?*».

—*No quiero que se dañe tu manicure...* —Se burló, dejándome ver su maravillosa sonrisa una vez más.

—*Ya tengo quien se ocupe por mi manicure, señor Carter.* —Él terminó de poner los restos de lo que fue un plato en el recogedor y se giró hacia mí—. *Vaya, debería tomarle una foto, a mi jefe le encantaría una imagen de usted sosteniendo una escoba y un recogedor.*

—¿Usted cree? —preguntó siguiéndome el juego—. ¿Qué título le pondría a su noticia?

—¿“Millonario y guapo señor Carter haciendo labores domésticas”? —Él sonrió y yo estiré mi mano para que me entregara todo—. *Gracias.*

Me sentí encantada al ver como el azul de sus ojos había vuelto a brillar. Ese beso no me había hecho feliz solo a mí, también a él... y yo podía bailar de tanta felicidad. Salí de la cocina y llevé todo a su lugar, lavé mis manos en el baño y cuando salí me congelé en el pasillo ante lo que mis ojos veían.

Allí estaba él, poniendo la fuente de ensalada sobre la mesa, ya tenía las copas de vino y también los individuales, todo lo que necesitábamos para nuestra cena, solo faltaban los ravioles y estábamos listos.

No pude evitar la tentación, tomé mi cámara y le hice una foto. Mi corazón se detuvo cuando él giró y me miró con muy mala cara. «Rayos».

—¿Qué haces? —preguntó frunciendo el ceño.

—Solo quería una foto —respondí temerosa—. *No voy a dársela a nadie, es solo para mí.* —Durante unos segundos me sentí asustada por su reacción, pero después él se relajó—. *Puedo borrarla si te molesta.*

—No, confío que será solo para ti. —Tomó el vino, lo puso sobre la mesa y luego levantó la mirada hacia mí—. *¿Te quedarás mirándome toda la noche?* —«Lo haría con mucho placer»—. *El olor de los ravioles de tu madre ya me dio hambre y espero que no pretendas quedarte allí porque se van a quemar.*

—¡Oh! —exclamé divertida.

Casi corrí porque ya tenían mucho tiempo en el horno, pero cuando llegué a la puerta, él puso su mano sobre el marco para evitarme pasar. Las mariposas en mi estómago hicieron desastre en mi interior.

—*Gracias* —susurró, me quedé mirando sus hermosos y perfectos ojos—. *Has arreglado un pésimo día.*

—*No sabe lo feliz que me hace saberlo, señor Carter.*

Me miró con intensidad y después de unos segundos quitó su mano y me dejó pasar. Entré a la cocina temblando, tomé aire y luego abrí el horno, me puse los guantes y saqué los ravioles que olían deliciosos, los llevé a la mesa y el haló la silla para mí.

—*Gracias.*

—*Falta algo, señorita Coleman.* —Miré sobre la mesa y todo estaba allí. Él sonrió—. *¿Sus románticas velas?*

Mordí mis labios para no reírme y demostrar la gran felicidad que sentía. Después de todo yo había tenido la cena antes que su almuerzo de despedida y eso me hacía muy feliz. Me puse de pie y fui hacia el estante, abrí el cajón y busqué unas velas rojas de Navidad.

—*Son las únicas que tengo.* —Me disculpé, él sonrió y las tomó, las puso en los candelabros y luego las encendió—. *Gracias.*

—*Gracias a usted, señorita Coleman... acaba de regresarme a la realidad.*

—¿Realidad? —Él sonrió y sirvió vino mientras yo servía la comida, levantó la copa y me miró—. *¿Por qué brindamos?*

—*Por las mentiras, que, aunque me parezcan innecesarias, si te hacen sonreír entonces valen la pena.*

Mi sonrisa fue aún más amplia, y podía verlo, era él otra vez. Estaba allí, el hombre que prometió darme placer... «¡Mi dios griego!». Me di cuenta de lo mucho que me importaba, la

forma como me afectaba su estado de ánimo podía ser feliz con tan poco... Solo me hacía falta verlo bien. Aunque no estaba segura de que él estuviera bien ocultando su tristeza... por lo menos no me dolía el corazón al verlo sufrir.

Levanté mi copa, me sostuvo la mirada y yo me puse nerviosa, pero me armé de valor para hablar:

—*Salud, por mentirme tan bien señor Carter y por darme la cena antes de su almuerzo de despedida.*

La sorpresa se reflejó en su rostro, dejó de sonreír y me observó en silencio. Creo que le sorprendió saber que no había podido engañarme, que yo sabía cuáles eran sus intenciones. Sonreí con amargura y bebí de mi copa, mientras él continuaba con la mirada fija en mí.

—*Mañana habrá un almuerzo...* —comentó sorprendiéndome—. *Llega uno de mis mejores amigos de Europa... ¿Te gustaría venir o prefieres que comamos solos?*

«*¿Un almuerzo con sus amigos?»*».

Eso no sonaba a una despedida, al contrario, creo que estaba dando un paso más adelante y sin que pudiera evitarlo, todo dentro de mí se llenó de esperanza y decidí engañarme pensando que después de todo, él no quería que aquello terminara, que después de todo quizá yo realmente le interesaba.

—*Me encantaría el almuerzo con tus amigos* —confesé tratando de ocultar mi sonrisa de felicidad—. *Pero si quieres que almorcemos a solas, por mí está bien.*

«*Dime que quieres llevarme con tus amigos, no me digas adiós aún, por favor.*».

—*Estoy dejando que elijas a dónde quieres ir* —susurró con amabilidad—. *No pensaba ir al almuerzo, pero quizá tú puedas hacerlo más... soportable.*

—*¿Soportable?* —pregunté sin comprender—. *¿No soportas a tus amigos?*

—*No es eso* —respondió sonriéndome—. *No son ellos. Es...* —se hizo un corto silencio y volvió a mirarme—. *Es complicado... pero me gustaría ver a James.*

—*¿Viene de vacaciones o está regresando de ellas?*

—*Ni siquiera sé eso, solo sé que está en Londres y llega mañana, recibí un email de uno de mis amigos avisándome que harían un almuerzo para recibirlo, suponen que no iré, pero...* —Él mira su copa y vuelve la mirada hacia mí—. *Pensé que quizá contigo sería...*

—*Soportable...*—terminé la frase por él—, *con gusto seré su soporte mañana, señor Carter...* —Su sonrisa fue tan real que las mariposas en mi estómago hicieron un baile sensual para él—. *Ahora coma que se enfría su comida.*

Observé con detenimiento el movimiento de su boca mientras comía, sus manos sosteniendo el tenedor, su cabello rubio dorado, su hermoso y perfecto rostro...

«*¿Cómo es que Dios ha puesto en este mundo a un hombre tan perfecto? ¿Cómo es que me deja disfrutar de su belleza y no me deja poseerla? ¿Cómo es que tengo que ser realista y saber que él es mucho para una mujer normal como yo... ¿Cómo no ilusionarme?»*».

Era hermoso, sus ojos... esos hermosos ojos azules que podían hacer que el mismo cielo se sintiera poco junto a él, esa nariz perfecta y esos labios... esos hermosos y maravillosos labios que yo había probado. Esos deliciosos labios que sabían besar, que te quitaban la vida cuando se apoderaban de ti, su boca, sus labios, su lengua... «*¡Oh, Dios mío! esa lengua.*». Seguro me había ruborizado ante mi pensamiento, sonreí y continué comiendo en silencio. Sabía que me miraba, y me hacía feliz. Me emocionaba el hecho de poder conocer a sus amigos.

Eso sería genial, podría saber algo más de él, aunque el hecho de que él no se sintiera cómodo con ellos me dejaba con muchas dudas.

«¿Por qué? ¿Qué habrá sucedido para que él no se sienta cómodo con ellos?».

A pesar de ello él quería ir, quería ver a ese amigo que llegaba de Londres... A pesar de eso que le molestaba, él los quería. Había muchas dudas en mi cabeza, muchas cosas que quería saber y mi boca no podía preguntar. No quería arruinar esa noche que empezaba a ser perfecta. No quería dejarlo recordar cosas que quizá no le hacían feliz.

No, él lo había dicho... recordar no le agradaba, así que tendría que encontrar la forma de saber más, sin que el mismo me lo dijera.

«Quizá sus amigos puedan despejar mis dudas... Quizás ellos me dejen ver un poco más allá de lo que él me deja», me atreví a pensar.

—¿Qué le hace tan feliz, señorita Coleman? —preguntó, sonreí y lo miré.

—Usted, señor Carter —respondí con sinceridad—. *Que esté aquí me hace muy feliz.* —Una hermosa sonrisa apareció en sus labios—. *Dijo que no salía con nadie desde hace bastante tiempo.*

—*Y así es.*

—*Y también dijo que no tenías citas.*

—*Lo dije.*

—*Entonces, ¿qué haces aquí?* —Bebió un poco de vino mientras suponía... pensaba su respuesta—. *No creo ser tan especial para lograr que alguien como tú cambie ciertas cosas por mí. ¿Por qué lo haces?*

—*Quizá seas más especial de lo que te imaginas.* —Lo miré y sonreí... «¡Especial tú y tu perfecto ser!»—. *Además, creo haberte dicho que me gustas... y mucho.*

«*No te desmayes por favor, soportaste que su divina boca se apoderara de la tuya y aún sigues viva, no mueras ahora, Liz.*».

—*Asumo que tus demás conquistas también te gustaban, ¿por qué conmigo es diferente?*

—*Las demás me daban sexo sin ningún problema, sin pedir nada. Tú pediste mucho a cambio de darme placer... Solo le doy lo que pide, para recibir lo que pido, señorita Coleman.* «*¡Oh, Dios mío! Don Sincero dice hola.*».

Me retorcí en mi silla aguantando la ola de placer que me causó.

—*Me parece justo.* —Él sonrió ampliamente y pude ver sus hermosos dientes—. *Pero yo pedí chocolates y flores, no que cambie sus costumbres por mí y lo está haciendo, está aquí... Aun cuando dice que no sale de noche, que no comparte sus noches con nadie... que no tiene sexo de noche.*

—*Aún no tengo sexo de noche* —aclaró—. *Y el beso, no pude evitarlo, aunque traté.* —Levantó su mano y me acarició el rostro. — *Pero, es que usted causa un efecto extraño en mí.* —«*¿Lo hago?*»—. *Y me agrada.*

«*¡Le agrada!*».

Sin duda eso me había hecho feliz y él lo sabía... después de todo él estaba allí, cenando conmigo, me había besado y sabía que quizá no conseguiría más de aquella noche, pero creía que era suficiente.

El sonido del teléfono interrumpió nuestro silencio y sonreímos, pero no respondí, esperé que la contestadora tomara la llamada por mí.

—*Nena, responde el teléfono...* —escuché la voz de Andrew—. *¿No se supone que deberías llamar?*

Salté de mi silla y casi corrí hasta el teléfono antes de que empezara a hablar de más.

—*¡Hola, Andrew!*

—¿Por qué tardas en responder? —se quejó—. *Michael dijo que había conocido al señor Carter. ¿Qué hacía allí?*

—*Estoy bien, llegué bien* —respondí a una pregunta que no formuló—. *Ahora estoy cenando y luego me iré a la cama...* —Nicholas me observaba muy serio y me pregunté por qué—. *¿Tú estás bien?*

—*¡Rayos!* —exclamó Andrew—. *¿Está allí? ¿Está contigo?*

—*Sí, estoy comiendo.*

—*¡Oh, Dios mío!* —gritó mi mejor amigo—. *¡Eres la mejor!* —Traté de no reírme—. *Está bien nena, te dejo en paz. Me llamas cuando se haya ido, ¿de acuerdo? Besos.*

—*Adiós, Andrew. Buenas noches.* —Respiré profundo, dejé el teléfono en el sofá y volví a la mesa—. *Disculpa... Andrew siempre llama para darme las buenas noches* —expliqué.

—*¿Qué problema tiene él?* —cuestionó con mala cara. Me senté y lo miré esperando que explicara su pregunta—. *El martes cuando fui a recogerte casi te besó, los vi —«¡Rayos!»—. Y no entiendo por qué no son novios. Ya que es evidente que él muere por ti.*

Fue imposible no reírme de su comentario, pero eso le puso de mal humor así que dejé de hacerlo.

—*¡No! Él me quiere como a una hermana.*

—*¡Por Dios, Elizabeth!* —exclamó burlándose de mí—. *A las hermanas no se les agarra de la forma que él te agarra, ¡no seas inocente!*

Bebió un poco más de vino y se quedó mirando hacia otro lado muy serio. Estaba molesto. Hasta podría jurar que estaba celoso de Andrew, pero no me atreví a decirlo. Cuando terminé mi vino, él giró hacia mí y aunque le sonreía, él no me devolvía la sonrisa.

—*No te gusta él, ¿o sí?* —«¿Él?».

—*¿Andrew?* —pregunté, él asintió—. *¡No! Es mi mejor amigo. Lo quiero mucho. Pero, si lo dices como hombre, no, no me gusta.*

«*Sólo me gustas tú... ¡Solo tú!*».

—*No me agrada... Tu amigo, no me agrada.*

—*¿Por qué no? ¡Él es genial!* —Nicholas se quedó en silencio—. *Somos amigos desde hace muchos años, nuestra amistad, aunque parezca algo más, no lo es.*

—*Dilo por ti* —susurro molesto—. *No entiendo por qué un hombre puede fingir ser tu amigo cuando realmente le encantaría meterse en tu cama.* —«*En mi cama no, en la tuya quizás*». No pude evitar reírme—. *¿Qué es tan gracioso?*

—*Que pareces un novio celoso... Eso es gracioso.*

Mi sonrisa se hizo amplia, tanto como su molestia. Se puso de pie, tomó su plato, la copa y la llevó hacia la cocina.

«*¡Ay, Dios mío qué sensible!*». También me levanté y fui detrás de él.

—*Lo siento* —susurré lamentando haber arruinado su buen humor—. *No te molestes... es que...*

—*Es verdad, no te disculpes. Parezco un ridículo novio celoso.*

Dejó el plato y acomodó su camisa, lo vi mirando a los lados y luego caminó fuera de la cocina y fue a tomar su chaqueta.

—*No te vayas* —le pedí con tristeza, él giró.

—*Ya es tarde y estoy cansado* —me explicó y aunque sabía que podía ser verdad, no quería que se marchara molesto conmigo—. *Gracias por la cena... Tu madre cocina muy bien.* —«*No te vayas*»—. *¿Y mi corbata?* —respiré resignada y caminé hasta el sofá.

Tenía ganas de llorar, pero controlé mis emociones y tomé su corbata. Me hice la fuerte y se la entregué, Nicholas la tomó, pero atrapó mi mano y me hizo temblar.

—*Lamento la escena, Elizabeth* —susurró—. *No tengo que reaccionar así. Puedes tener los pretendientes que quieras, no es asunto mío.*

—*Yo solo quiero tener a uno...* —confesé—, *y está justo frente a mí.* —Mi tristeza se hizo visible en mi voz y eso pareció sorprenderle—. *Solo estás tú, nadie más.*

Su rostro, que hasta ese momento estaba furioso, cambió apenas lo dije. Mi corazón se detuvo cuando sin decir media palabra se aproximó a mí, me haló de la cintura y volvió a besarme. Mis manos le rodearon el cuello y él me presionó más a su cuerpo.

En esa oportunidad no esperé que él lo hiciera todo, fui yo quien tomó su boca y me apoderé de ella con la misma necesidad que todo mi cuerpo tenía de él. Nicholas me giró y me empujó contra la pared, metió su lengua en mi boca y se apoderó de mi razón por un largo y perfecto momento.

Sus manos se fueron a mis piernas y subieron mi vestido, mi piel se erizó de inmediato y dejé escapar un gemido de placer. Sentí como su cuerpo se tensó de pronto y pensé que había hecho algo malo, él se alejó de golpe y lo observé asustada, sintiendo miedo de haberlo arruinado todo.

—*¿Lo... lo siento?* —susurré con tristeza.

—*No, no es el momento* —explicó.

Me sentí segura otra vez al comprender que yo no había hecho nada malo, al darme cuenta de que era él y su tonta costumbre. Me acerqué y volví a besarlo, él no se negó de inmediato, pero poco después volvió a alejarme.

—*¡Elizabeth, no!* —exclamó, pero podía ver el deseo en sus ojos—. *Ahora no... Aquí no.*

—*Dijiste que no compartías tu cama con nadie* —susurré. Él afirmó—. *Yo sí puedo compartir la mía contigo*—. Eso lo hizo sonreír y yo casi me desmayé.

—*No exija tanto, señorita Coleman* —pidió acariciando mi rostro—. *Creo que he dado demasiado para una noche.*

—*Me hace sentir como si estuviera a punto de robarle su virginidad, señor Carter* —respondí riendo.

Él también sonrió, me incliné y besé otra vez sus labios, él lo deseaba como yo, lo podía sentir.

—*Elizabeth... no hagas eso.*

—*¿Por qué no?*

—*Porque no quiero* —mentía y yo lo sabía.

—*Sí quieres... Sé que quieres.*

—*Lo deseo, pero no lo quiero.* —Me sentí confundida y estaba a punto de alejarme, pero él me lo impidió—. *No, no es lo que piensas*—susurró besando mi nariz de forma adorable—. *Quiero esto, pero no ahora, ni aquí...* —Suspiré resignada al comprender, pero escucharlo me hizo sentir mal, empezaba a odiar su sinceridad—. *Estás haciendo que cambie y no quiero cambiar. Te deseo, pero tiene que ser a mi manera* —«*A su manera...*»—. *Deseo tenerte, pero quiero hacerlo a mi modo...* —suplicó y yo supe que haría lo que él me pidiera—. *Te he complacido en todo. ¿Ahora puedes complacerme tú?*

Empezaba a amar sus cambios de humor, aunque era más lo que los detestaba, pero me gustaba la forma como todo en él cambiaba y la forma como podía pasar de ser un hombre frío y sin corazón a convertirse en un hombre dulce, amable y cariñoso.

—*¿Esperar que salga el Sol?* —pregunté—. *Eso será fácil* —Me atreví a acariciar su precioso rostro y luego, a pesar de no quererlo, me alejé de él. —*Bueno... Entonces, vete.*

Necesitas dormir... Luces fatal —Otra maravillosa sonrisa apareció en sus labios.

—*Uau, qué sincera...*

Sostuve su corbata y él la tomó, se la puso alrededor de su cuello y no pude evitar acariciar la fina seda colgando en su firme pecho.

—*¿Me dejas hacerlo por ti?* —pregunté, él soltó la corbata y me dejó trabajar en ella.

Mientras la ataba, él tenía la mirada clavada en mí y disfruté obtener su atención. Me sentía feliz, creo que era el día más feliz de mi vida y estaba segura de que se me notaba en la cara.

—*¡Listo!* —anuncié cuando terminé mi trabajo, él sonrió.

—*¿Tal como llegué?* —preguntó.

—*No... ahora estás sonriendo.* —Levanté mi mano y volví a acariciar su rostro—. *Si no fueses así... tan... calculador... ¿te quedarías?*

—*¿Te parezco calculador?* —preguntó el muy descarado, luego sonrió—. *Sí, me quedaría.* — Y fui inmensamente feliz con esa respuesta—. *Pero, este es quien soy. Tengo mis límites y no quiero cruzarlos.*

—*Y no haré que los cruces*—prometí—. *Pero, tengo una condición...*

—*¿Una condición?*

—*Sí.* —Él esperó a que le dijera—. *Que me dejes acompañarte hasta la puerta y me beses al despedirte.*

Frunció el ceño y sé que no entendió mi pedido, pero aceptó. Juntos caminamos hacia la puerta, llamé al ascensor y entramos allí. Me fui al fondo de este y lo observé durante varios minutos. Seguía sin poder creer todo lo que había sucedido esa noche, seguía sin poder creer que él estuviera allí y que nos hayamos besado tantas veces. Lo vi aproximarse y levanté mi mano para impedirselo, eso lo sorprendió.

—*¡No! Si te acercas no querré que te vayas* —expliqué, él sonrió y se mantuvo quieto hasta que el ascensor se detuvo—. *Llegamos.*

Caminé junto a él hasta la puerta del edificio y Albert, el portero, la abrió para nosotros.

—*¿Vas a abrirme la puerta del auto?* —bromeó.

—*No, usted tiene quien haga eso* —respondí, él se detuvo y giró hacia mí.

—*Gracias, Elizabeth... por todo.*

Sonreí feliz al ver que lo había logrado, porque yo estaba sintiendo esas mariposas volviéndose locas dentro de mi estómago, me sentía tan infantil y feliz. Él sonrió y me obligué a dejar de babear mis zapatos.

—*Gracias a usted por no dejarme cenar sola... Fue perfecta su compañía.*

—*No creo que haya sido así... pero, gracias.* —«*¿Cómo le explico a este hombre que todo en él es perfecto?*»—. *Sobre el medio día pasaré por ti... ¿Estarás aquí?*

—*No, iré a la revista... Tengo unos chocolates que recoger* —sonreí divertida y él también sonrió—. *¿Te espero allá?*

—*De acuerdo. Hasta mañana, Elizabeth.*

Dio un paso hacia mí y mordí mis labios aguantando las ganas de hacer visible mi sonrisa de satisfacción. Mi corazón se detuvo cuando me miró de ese modo, con ese deseo en sus hermosos ojos azules, la sonrisa se me evaporó, mi cuerpo tembló y se emocionó. Me sentí como cuando tenía 15 años, como una niña en su primer beso y deseaba de corazón que él estuviera sintiendo lo mismo.

Nicholas se acercó lo suficiente para embriagarme con su exquisito aroma, mi cuerpo se estremeció y cuando sujetó mi mano, el aire se fue de mi cuerpo y estaba a punto de

desvanecerme. Su otra mano sujetó mi cintura con fuerza y sonrió con malicia cuando me miró a los ojos.

—*¿Estás bien?* —preguntó de forma tan casual que, si no reconocía su sonrisa tratando de aparecer en su rostro, pensaría que realmente estaba preocupado.

—*Lo estoy.*

Era imposible dejar de mirarlo, él se inclinó y por fin me besó. Sentí sus labios sobre los míos y el corazón me saltó del pecho. Me golpeó tan fuerte que estuve a punto de desvanecerme, su lengua lamió mis labios y después de unos segundos, se alejó.

—*Buenas noches, señorita Coleman...* —susurró usando su tonta formalidad.

—*Buenas noches, señor Carter* —repetí, apreté mi mano y luego me solté—. *Hasta mañana.*

—*Hasta mañana, entra por favor, no me iré hasta que hayas subido.*

Sonreí, me giré en mis pies y entré al edificio, giré a verlo cuando ya estaba cerrando la puerta y sus hermosos ojos azules me miraron, una suave sonrisa apareció en sus labios y me di por bien servida.

Después de todo había logrado mi objetivo, había alejado lo que sea que lo estaba lastimando, había quitado ese dolor de sus ojos. Y aunque sabía que solo se había escondido, por lo menos esa noche él dormiría. Y quizás, siendo muy soñadora, esperaba que él pensara en mí como yo pensaría en él.

«*Hasta mañana mi dios griego... Dulces sueños, mi hombre oscuro*».

10 – Entre Hermanos.

Terminé de acomodar mi corbata y fue imposible no acordarme de Elizabeth, había dormido pensando en ella, en todo lo que había pasado, en todo lo que ella había obtenido de mí, cuando era yo el que pretendía obtener algo de ella, pero era imposible no disfrutarlo... era imposible mantenerme firme cuando con una simple sonrisa, ella podía ponerme a sus pies. Sacudí la cabeza y me puse la chaqueta.

Bajé las escaleras y Lourdes estaba allí, sirviendo mi café. Odiaba sentirme mal con ella, lo odiaba porque sabía que iba a disculparme... Había aprendido a ser un cretino para todos, pero había pocos para los que no podía serlo... y ella era una de esas personas.

—¿Quieres comer algo especial hoy?

—No, eso está bien. —Me senté y ella sirvió café—. *Lo lamento...* —susurré. Ella se detuvo en lo que estaba haciendo y después de unos segundos sonrió—. *Lo siento.*

—*Es bueno saber que aún está ese niño bueno dentro de esa armadura de hierro... A veces, pienso que ya no tienes corazón.*

—*No lo tengo* —aseguré mientras bebía mi café.

—*Lo tienes, uno hermoso y dulce. Pero, no se lo diré a nadie.*

Ella sonrió y se fue hacia la cocina.

«¿Uno hermoso y dulce? No dices eso cuando te echo de mi casa», pensé.

Me reí con ironía y después de unos minutos terminé mi café, subí a mi habitación. Lavé mis dientes y caminé hasta mi cama, tomé mi laptop y estaba por bajar cuando el sonido de mi móvil me sorprendió. Tenía un mensaje sin leer que había llegado muy temprano, entré a mi buzón y mi sonrisa apareció de inmediato.

“*El Sol espera por usted, señor Carter... Espero que caliente un poco su frío ser... Buen día*”.

Me hizo reír con su mensaje y para mi sorpresa también me sentí feliz al saber que había estado pensando en mí, tan temprano. Caminé hasta la ventana y pude comprobar que era cierto, había un Sol extraordinario, el que ella había prometido estaba allí... le di en responder y pensé qué decirle...

“*Hasta ahora usted me ha calentado más que el Sol... Buen día*”

Guardé mi teléfono después de escribirle y traté de tragarme la estúpida sonrisa que había dejado en mis labios. Bajé las escaleras y me choqué con Lourdes, su cara más seria de lo normal me dio los buenos días. Mordí mis labios para no reírme y ella se hizo a un lado. Bajé lo más serio que pude, pero cuando miré al espejo, que estaba frente a mí, la vi sonriendo.

«*Gracias, Elizabeth... Nos alegraste el día a más de uno*».

La mañana pasó tan rápido que con dos reuniones mi tiempo se había agotado. Me despedí de Ashlee dejándola a cargo de las reuniones siguientes, no era la primera vez, lo hacía siempre que salía de la ciudad por algún negocio, pero era la primera vez que yo no me hacía cargo de los negocios por irme con una mujer.

Mientras Frank me llevaba a casa, me dije a mí mismo que no era una cita, no era por ella, quería ver a James, quería pensar que después de tanto tiempo, yo podría disfrutar de un día junto a mis amigos y sentirme cómodo con ellos... deseaba de corazón poder lograrlo. Al llegar a casa,

Lourdes se preocupó al verme, se acercó a mí mientras sus ojos buscaban algo que le explicara mi presencia a esa hora de la mañana.

—*¿Estás bien?*

—*Sí.*

Fue todo lo que dije, ella miró a Frank y este no dijo ni media palabra, era demasiado discreto para contarle que tenía una cita y menos para decirle que la llevaría a conocer al 911. Caminé hasta mi closet y busqué qué ropa debía usar, no quería ir con traje, quería sentirme un poco más yo y actuar como solía hacerlo antes de convertir mi dinero en fortuna.

Elegí un jean y una camisa negra manga corta, el día era perfecto y quería disfrutarlo al máximo. Me metí en la ducha unos minutos y luego me vestí lo más rápido posible. Si había algo que yo detestaba era la impuntualidad y no iba a cambiar.

Tomé mis cosas y bajé las escaleras. Lourdes me miró más sorprendida que nunca al ver mi informalidad al vestir. Frank abrió la puerta de la entrada para salir y yo miré a Lourdes.

—*No vendré a almorzar* —le informé, ella asintió. Me giré hacia Frank—. *Dame las llaves del auto, iré solo.*

—*¿Solo?* —cuestionó Lourdes con preocupación, pero Frank no lo hizo, él sabía a donde iría—. *No creo que sea conveniente que vayas solo, la prensa siempre está detrás de ti y...*

La observé muy serio y ella se quedó en silencio, no pude evitar sonreírle para tranquilizarla y salí de mi casa despidiéndome de ambos.

Había pasado mucho tiempo sin conducir, pero no lo había olvidado. Encendí el reproductor para escuchar un poco de música y conduje con calma al darme cuenta de que aún era temprano. Conforme me acercaba a la revista, la idea de que era una locura llevarla a la reunión me invadió. No quería que mis amigos pensaran que ella era alguien especial, no quería que empezaran a hacerse ideas sobre nosotros, pero había algo en Elizabeth que me hacía sentir más equilibrado, por alguna extraña razón ella me daba la paz que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Detuve el auto en la entrada de la revista y esperé por ella. Observé el edificio y volví a ver la hora en mi reloj. Aún era temprano, pero deseaba que cómo el martes anterior, ella fuese puntual. Apagué el motor y vi estacionarse el mismo auto en el que llegó Elizabeth la noche pasada. La puerta del copiloto se abrió y Andrew Boothe bajó, se inclinó hacia la ventana y sonrió con demasiada felicidad al tal Michael, luego se acomodó el traje y caminó dentro del edificio, el auto se puso en marcha y se fueron.

«*¿De tantas mujeres, ella tiene a un hombre como mejor amigo?*».

Cinco minutos después, Elizabeth apareció por la gran puerta y mi duro corazón empezó a latir con más fuerza. Ella se detuvo y observó mi auto, me sentí tan atraído al verla que volví a cuestionar el hecho de seguir con ese juego. Abrí la puerta y bajé, ella me observó con tanta atención que me hizo sentir extraño, tuve que comportarme como el hombre que era y me acerqué a ella.

—*Señorita Coleman* —saludé—. *Hoy está usted realmente hermosa*—. Sus mejillas se ruborizaron.

—*Debo decir lo mismo de usted, señor Carter.* —Sonreí ante el sarcasmo al mencionar mi nombre—. *¿Dónde dejó el traje aburrido?*

—*¿Aburrido?* —pregunté sorprendido—. *Las mujeres que trabajan conmigo no comparten su opinión, señorita.*

—*Bueno, ellas deben ser hipócritas para conservar su trabajo* —respondió levantando una ceja y haciéndome reír de inmediato.

Me incliné y besé su mejilla, ella tembló y yo traté de no dejar que su delicioso aroma me afectara más de lo necesario. Me alejé un poco y ella me miró a los ojos. Sus labios estaban tan cerca de los míos que deseé con el alma besarla en ese instante.

«Tranquilo, Carter, no eres un niño»

—¿Nos vamos? —le pregunté, ella asintió.

Caminé a su lado hasta mi auto y abrí la puerta del copiloto para que subiera.

—¿Dónde dejó a su chofer? —preguntó.

—Frank no es mi chofer —aclaré—, es mi guardaespaldas. —Ella pareció sorprenderse—. Pero hoy no lo necesito... A donde voy hay muchos como él.

Sonreí, porque sabía que no había entendido mi chiste. Cerré su puerta y fui a mi lugar, cuando subí ella estaba abrochándose el cinturón y me miró con una gran sonrisa.

—Si quieres pon algo de música —sugerí cuando eché a andar el auto—. Aunque no tardaremos en llegar a la casa de James.

—De acuerdo —respondió tomando mi iPod—. ¿Puedo poner lo que quiera? —pregunto.

—Claro. No sé si lo que tengo te guste, pero échale un vistazo.

Tomé la primera avenida mientras ella activaba la canción que había elegido y Adele empezó a cantar. Sonreí porque aquella mañana había comprado su disco pensando en ella.

—Ayer no me dejaste escucharla... —se quejó.

—Lo recuerdo —respondí—. Y si te pones triste lo apagaré de nuevo —prometí.

—Esta no me pone triste —aseguró y empezó a cantar—. *When the evening shadows and the stars appear... and there's no one there to dry your tears... I could hold you for a million years...to make you feel my love.*

Escucharla cantar me hizo estremecer por completo. Mi corazón se aceleró y logró conmoverme.

—*I Know you haven't made your mind up yet.* —Me miró y mis emociones empeoraron—. *But I would never do you wrong...* —tomó mi mano que está sobre la palanca de cambio—. *I've known it from the moment that we met no doubt in my mind... where you belong.*

No pude describir lo mucho que sus palabras habían afectado a mi postura inquebrantable. Sabía que debía detenerla, debía alejarme y protegerme de ella. Sabía que estaba en peligro y empezaba a asustarme. Apreté su mano y le sonreí cuando entré en la casa de James. Sus ojos me miraron con tanto cariño que me golpeó el corazón.

Busqué un lugar donde estacionar y observé los autos de mis amigos. Me quité el cinturón y bajé. Tomé aire y me dije a mí mismo que pronto todo el juego terminaría. Caminé hasta su puerta y la ayudé a bajar. Ella se quedó de pie mirándome mientras mi cuerpo la deseaba con tanta intensidad que se me hacía difícil disimularlo.

—Bien... aquí estamos —susurré—. Quizá... no, de hecho van a sorprenderse al verme contigo. Así que no te asustes si ves demasiado interés sobre ti. —Ella asiente sonriéndome—. Tienen casi 10 años sin verme con una mujer. —Su sorpresa se hizo casi tan grande como su sonrisa—. Solo... relájate.

—Yo estoy relajada, señor Carter —aseguró usando ese formalismo falso al hablarme que lograba hacerme sonreír—. Quien tiene que relajarse, es usted.

Sabía que era así, me sentía tan tenso que estaba seguro de que se me notaba.

—¿Son buenos amigos? —preguntó.

—¡Los mejores! —aseguré—. Son mis hermanos, solo que han pasado cosas... —«De las que no quiero hablar» —, me he alejado de ellos. Porque para mí es más sano así.

—¿Y por qué me traes aquí si prefieres alejarte?

—Porque de alguna manera tu equilibras mi vida y quiero pensar que quizá puedas hacer lo mismo cuando esté con ellos.

—No entiendo —susurró—, y sé que no quieres explicarme... Pero, si crees que yo puedo ayudar a mejorar tu relación con ellos, aunque no entiendo cómo, por mí está bien.

Me regaló una maravillosa sonrisa, una que me llenó de confianza, era tan dulce, tan adorable. Acomodó su vestido y trató de moverse, pero yo no me moví.

—¿No vamos a entrar? —preguntó con inocencia.

—¿No sé a qué juegas? —confesé—. Pero me gusta tu juego...

Una maravillosa sonrisa se dibujó en sus deliciosos labios, levantó su mano y acomodó mi cabello. Con ambas manos me acarició el rostro mientras su aliento acariciaba mi piel y me calentaba por completo. No pude contenerme más y tomé su boca con la necesidad rugiendo en mi interior.

La necesitaba, la deseaba y cada vez que estaba cerca, mi putito y ordenado mundo se iba a la mierda. Su pequeña y deliciosa lengua se movía con timidez dentro de mi boca, sus besos eran suaves, eran especiales, ella me besaba y me sentía en otro mundo, en uno donde nada era oscuro, un mundo en el que su luz llenaba mi oscuridad y me hacía sentir seguro. Cuando la erección golpeó mi pantalón me obligué a soltarla. Si seguía besándola terminaría subiéndola al auto y llevándola a un hotel, y aunque la idea me encantaba, había decidido alargar un poco más ese momento.

—Me gusta tu juego —repetí—. Lo disfruto.

—No más que yo... —susurró con dificultad.

Sonreí al escuchar su voz, era adorable esa mujer, tan perfecta que mi razón me advertía que estaba en peligro y debía alejarme, pero no podía ni quería hacerlo. Acaricié su rostro y disfruté del calor de su mirada por un tiempo más hasta que me di cuenta de que alguien nos observaba. Giré la vista hacia la puerta y maldije mi suerte cuando vi a dos de mis amigos en la entrada.

Me alejé de ella de inmediato, Elizabeth también se dio cuenta que no estábamos solos y acomodó su ropa con nerviosismo.

—¡Nick! —exclamó James—. ¡Qué gusto verte!

Tanto James, como William, nos miraron con una cara de sorpresa que casi me hicieron reír. No quería que eso pasara, no quería que me vieran así... pero ya no podía retroceder el tiempo. Sonreí cuando James me saludó con tanta alegría, tenía meses sin verlo y me alegraba haber asistido. Cerré la puerta del auto cuando Elizabeth se hizo a un lado mientras mis amigos se aproximaban a nosotros.

—¡Ahora sí estamos completos! —exclamó James cuando tomó mi mano y me dio un abrazo.

Me sentí feliz de tener a otro de mis mejores amigos cerca, respondí al abrazo y luego él se alejó. Sujeté mi rostro como si yo fuese un niño, me observó con el mismo cariño de siempre.

—¡Qué bien te ves! —exclamó.

—No puedo decir lo mismo —respondí para molestar. William sonrió ampliamente ante mi broma, me extendió la mano y la tomé—. Hola, William.

—Hola, Nicholas. Me alegra que estés aquí.

Ambos se quedaron mirando a Elizabeth y yo reaccioné avergonzado por no haberla presentado.

—Eh... Elizabeth —Coloqué mi mano sobre su espalda y ella sonrió—, te presento a William Bennett y James Evans... Chicos, ella es Elizabeth Coleman.

Ella estiró la mano y James la tomó.

—*Mucho gusto, Elizabeth, soy James.*

Mi viejo y perro amigo se tomó unos segundos para mirarla de pies a cabeza y luego me sonrió.

«*Sí, a mí también me gusta*».

—*Mucho gusto* —dijo Elizabeth con su suave voz y luego soltó la mano de James y sujetó la de William—. *Hola.*

—*Hola, Elizabeth... Soy William, es un placer conocerte.*

William como de costumbre usó ese tono de voz amable y seguro de siempre.

—*¿Por qué no entramos?* —preguntó James—. *Landon y Samuel están allí.*

—*¿En serio? Qué sorpresa* —comenté con tono irónico y sonreí.

Elizabeth caminó a mi lado y se quedó mirando la casa, llegamos a la puerta y escuché la voz de Landon a lo lejos contando chistes.

—*¡Miren quién llego!* —exclamó James señalándome, pero las miradas de todos se fueron sobre Elizabeth—. *El bebé vino a saludar.*

Giré los ojos ante el usual apodo que James usaba para referirse a mí. Yo era apenas unos años menor que él, pero seguía llamándome bebé.

—*¡Señor Carter!* —exclamó Landon saltando del sofá—. *¡Qué gusto verlo!*

—*Deja de llamarme así* —exigí fingiendo aburrimiento, él me abrazó, Samuel se acercó también y tomé su mano—. *Hola, Samuel.*

—*Nick, pensé que no vendrías. No respondiste mis mensajes.*

—*No sabía si podía cancelar algunas reuniones.*

—*Pero lo hiciste* —agregó William y extendió un vaso de limonada para mí—. *¿Qué te gustaría tomar, Elizabeth?*

—*Lo mismo que Nicholas.*

Todos, sin excepción, se quedaron mirándome cuando ella dijo mi nombre. William tomó otro vaso de limonada y se lo entregó, mientras la presentaba a todos. Por un momento me sentí volar y pude ver la imagen de ese instante, todos mirándonos, estudiándola... A punto de hacerle un altar, porque ciertamente, podría jurar que James había empezado a creer que yo me había vuelto gay. Después de las presentaciones ella se acercó a mí y levantó su vaso.

—*Salud, señor Carter* —susurró, choqué mi vaso con el suyo y la llevé hasta el sofá donde estaban Kate y Susan, las esposas de William y Samuel—. *¿Te sientes bien?*

—*Sí, perfectamente.*

Me limité a mirar y disfrutar del momento... Podía imaginar lo felices que ellos estaban. Y debo confesar que sus caras de sorpresa al ver a Elizabeth habían hecho mi día. Estaba seguro de que algunos de ellos habían empezado a dudar de mi sexualidad y en ese momento estaba sacándolos de dudas.

«*No, no soy gay, aún me gustan las mujeres... Y sí, aún tengo buen gusto*».

—*Acabas de hacer feliz a cuatro hombres* —susurré con sarcasmo.

—*¿Al mismo tiempo?* —preguntó divertida — *Uau... no sabía que era tan buena*—. Sonreí y me incliné hacia ella.

—*Ellos pensaban que me había vuelto gay* —comenté—. *Como casi todo el mundo cree.*

—*Pensé que solo las personas que no te conocen pensaban eso.*

—*No, ellos también, aunque no lo digan. Que no hayan visto a una sola mujer conmigo desde hace tiempo, los hizo dudar.* —Ella se quedó en silencio y su sonrisa desapareció—. *¿Qué*

piensas? —pregunté y ella parecía pensativa—. *Dímelo...*

—*¿Me trajiste aquí para que ellos dejaran de pensar eso?* —Entonces fui yo el que dejó de sonreír.

—*Fuiste tú quien eligió venir* —le recordé—. *Y no, no te traje por eso, me da igual lo que piensen.*

Me molestó mucho que pensara eso y no lograba comprender por qué. William se sentó junto a mí y ella le sonrió sin mucho entusiasmo.

—*¿Qué edad tienes, Elizabeth?* —interrogó.

Quise decirle que era mayor de edad, que, aunque luciera muy joven yo no me metería en problemas por su edad.

—*24 años* —respondió con una gran sonrisa.

Me recosté del sofá mientras observaba a William hacerle el interrogatorio.

—*¡Oh, eres muy joven!* —exclamó el papá de los pollitos—. *¿A qué te dedicas?*

—*¿No quieres que te pase su hoja de vida?* —pregunté molesto—. *Así evitas el interrogatorio.*

William levantó la mirada hacia mí con esa advertencia que solía darme cuando era un adolescente y lo hacía enojar. Como antes, yo a pesar de todo seguía sintiendo respeto por él, así que decidí no comentar nada más.

—*Solo trato de hacer conversación...* —me explicó muy serio.

—*Trabajo en la revista New York News* —intervino Elizabeth— *Soy fotógrafa.*

—*Oh, qué bueno, James es fotógrafo... también actor.*

—*Vaya, ¡qué genial! Tomar fotos es mi pasión.* —William volvió a sonreír y noté la incomodidad en Elizabeth—. *Disculpen, ¿me prestarían el baño?*

—*Claro* —respondió William—. *Nicholas, ¿la acompañas tú?*

—*Por supuesto* —respondí poniéndome de pie—. *Ven Elizabeth.*

Elizabeth le sonrió a William y me siguió hasta las escaleras, llegamos hasta el segundo piso. Abrí una de las grandes puertas donde sabía que estaba el baño y le indiqué que entrara, pero antes de que me alejara ella sujetó mi mano.

—*Si quieres irte, solo dímelo* —susurró—. *No quiero verte así, no me hace feliz verte tan tenso y serio. Me hace sentir incómoda.*

Levanté la mano y le acaricié el rostro. No comprendía por qué ella se preocupaba tanto por mí, era como si pudiera ver en mi interior, como si pudiera saber lo destruido que estaba y solo trataba de protegerme. Una vez más, no pude reprimir mi deseo de besarla, la sujeté de la cintura y la halé hacia mí.

Ella correspondió a mi exigencia y se entregó a mí por completo.

La hice entrar al baño y cerré la puerta para que nadie pudiera interrumpirnos. Su cuerpo estaba temblando cuando la subí sobre el lavabo, su lengua jugaba con la mía y me hacía sentir tanto placer que casi no podía resistirlo. La deseaba con locura, con una necesidad que no había sentido en muchos años, tantos que no recordaba haberme sentido de ese modo, no recordaba a ninguna mujer despertando de ese modo mi deseo.

Sus dedos se metieron entre mi cabello y me haló más hacia ella. Mis manos se fueron sobre su cuerpo, sobre ese cuerpo que estaba deseando desde aquella primera vez que la vi caminando delante de mí. La necesitaba, necesitaba de esa paz que me daba con solo mirarme, esa paz que me hacía sentir al hablar, al sonreírme.

Me alejé otra vez, porque estaba a punto de hacerla mía en ese baño y no quería que sucediera

así. Sus manos acariciaron mi rostro y me hizo sonreír.

—*Cálmate* —susurró—. *No pasa nada... Creo que te quieren.*

—*Sé que es así...* —aseguré con pesar.

—*Entonces, deberías disfrutar de ellos. Es genial estar entre gente que te quiere.*

—*Lo es cuando no te traen malos recuerdos* —expliqué.

—*Pero, puedes crear nuevos y mejores recuerdos.* —Sus palabras me calmaron, tanto como el inocente beso que me dio—. *Creo que les gusto.*

—*Sí, especialmente a James* —bromeé.

—*Pero no te molesta...* —dijo con cierta tristeza.

—*Es mi hermano* —le aseguré—. *Solo admira tu belleza*—. Acaricié su rostro y volvió a temblar —. *No puedo culparlo por mirarte, eres hermosa Elizabeth... muy hermosa.*

—*Eres más hermoso aún.*

Buscó mis labios, pero me alejé. Ella me miró de mala gana y me haló de la camisa, sonreí ante su queja así que hice lo que pedía, me acerqué y dejé que mordiera mis labios.

—*Me gustó tu mensaje esta mañana* —confesé.

—*A mí también me gustó el tuyo* —respondió con vergüenza.

Mi mano bajó por su cuello, su hombro y sus brazos. La deseaba con locura, con una que hacía mucho no sentía. Me acerqué más y besé su mejilla, luego su oreja.

—*En este instante me gustaría estar en otro lugar para poder hacerte mía*
—susurré.

Otro delicioso temblor en su cuerpo me hizo sonreír. Bajó su mano por mi pecho y me acarició con timidez. Me imaginé sus manos en mi piel, en mi espalda, en mi miembro erecto. Volví a besar su cuello mientras mi mano inquieta se coló entre sus piernas y acaricié su humedad, ella gimió para mí.

Abrió los ojos y me miró con las mejillas ardiendo con un color intenso.

—*Estás tan húmeda* —susurré con el placer quemándome dentro de mí—, *es una lástima que no pueda tomarte aquí* —me quejé.

—*¿Por qué no?*

Volví a besar su cuello, a saborear su delicada y deliciosa piel. Mi mano volvió a su humedad y ella volvió a temblar.

—*Estamos solos...* —susurró con dificultad—, *es de día* —me recordó—. *¿Por qué no?* —cuestionó alejándose para mirarme.

Mordió mis labios y no puede contenerme de besarla otra vez. Ella metió su lengua en mi boca, mientras que mis dedos seguían dándole el placer que pedía. La escuché gemir cuando hice a un lado la suave tela de su ropa interior. Mi deseo aumentó. La deseaba con locura, con una necesidad que me empezaba a doler, pero ese no era el lugar, y no era en un baño en el que yo quería apoderarme de su cuerpo.

Quería tenerla para mí, todo un día, darle el placer que nadie le había dado y marcar su piel con mis besos. Quería lamer cada centímetro de su cuerpo, sobre todo esa humedad que me dejaba claro lo mucho que me deseaba. Pero no sería allí, no la haría mía allí, no con mis amigos cerca... no cuando ella no podía gritar mi nombre mientras se corría.

—*No* —suplicó sorprendiéndome—, *Nicholas, detente.*

—*¡No!* —respondí—. *Lo deseas... Solo disfrútalo.*

—*Te deseo a ti. Es contigo que quiero disfrutar* —exigió mientras yo hundí mis dedos dentro de ella— *¡Oh, Dios!*

—*Estás tan húmeda...* —susurré besándola—. *Solo déjate llevar.*

—*Te quiero a ti... por favor.*

—*Me tendrás* —prometí—. *Juro que voy a hundirme pronto dentro de ti, pero este no es el lugar.* —Ella clavó sus uñas en mi espalda mientras su cuerpo se rendía ante mí—. *Termina para mí* —ordené.

Me apoderé de su boca para ahogar sus gemidos de placer. Su cuerpo empezó a convulsionar y no me detuve hasta que ella casi me empujó. Levantó la mirada avergonzada y sonreí encantado, pero pronto su rostro cambió, del placer pasó a lucir... ¿triste?

Bajó del lavabo y acomodó su ropa. Abrí la llave del agua y me lavé las manos mientras la observaba a través del espejo. Sus mejillas tenían un tono más fuerte de lo normal. Podía verla de cuerpo entero a través del espejo y aunque quizás ella ya estaba satisfecha, yo aún tenía que controlar el impulso de querer quitarle la ropa y hacerla mía.

—*¿Puedes dejarme sola un momento?* —pidió, quise acercarme, pero ella se alejó—. *Dame un segundo, ¿sí?*

—*¿Estás molesta?* —pregunté al verla tan seria y distante—. *¿Qué sucede?*

—*Nada* —respondió con una voz quebrada—. *Solo dame un segundo, ¿puedes?*

Me quedé mirándola y ella me sostuvo la mirada. Sí, ella estaba molesta, por primera vez podía verla molesta y no sabía la razón. Caminé hasta la puerta y la abrí, salí de allí y la dejé sola como lo pidió.

—*¿Qué haces?* —Escuché detrás de mí. Giré a mirar a James y me encogí de hombros.

—*Esperando a Elizabeth.* —Él caminó hasta donde yo estaba y se detuvo junto a mí—. *¿Cómo te fue en Londres?*

—*Genial...* *Creí que no sabías que me había ido.*

—*Me lo dijo Landon, ¿cuánto tiempo estuviste allá?*

—*Seis meses, antes de irme pasé a despedirme de ti. Pero "el señor Carter" estaba en una reunión y no pudieron interrumpirlo.*

Noté su molestia al decirlo y me sentí mal por él.

—*Ashlee sigue muy bien las órdenes* —comenté—. *Debo incluirte en la lista de personas que pueden interrumpirme*—. Él sonrió y yo también.

—*Es bueno verte* —aseguró—. *Nos hace felices que estés aquí... y más con una mujer.*

—*Asumo que varios de ustedes han respirado tranquilos al ver que no me he vuelto gay.*

Él comenzó a reírse.

—*¡Oh sí! ¡Gracias al cielo!* —No pude evitar reírme y giré a mirar hacia la puerta del baño mientras seguía sintiéndome incómodo por su molestia—. *Es hermosa... y joven* —comentó James—. *¿Dónde la conociste?*

—*Su jefe me hizo una entrevista y ella tomó las fotos.*

—*¿Y qué? ¿Le pediste su número y aquí están?*

—*Algo así.*

James se quedó en silencio por un largo rato y luego me miró.

—*Me alegra que empieces a levantarte.*

—*Estoy levantado desde hace muchos años, James.*

—*No, no lo estás y lo sabes.* —Ignoré su comentario—. *Tienes que aceptar lo que pasó y no lo has hecho.*

—*No sé de qué hablas* —respondí incómodo. Agradecí cuando la puerta del baño se abrió y ella nos interrumpió—. *¿Lista?*

—Sí —respondió sin ninguna emoción, pero fingió una sonrisa para James.

—*Me daré un baño...* —susurró mi amigo—. *Los chicos no me han dejado ni desempacar. No tardaré.*

—*De acuerdo.*

James se alejó de nosotros y entró en su habitación. Elizabeth se acercó a la ventana y se quedó de pie mirando a través de ella.

—*¿Vas a decirme qué sucede?* —pregunté, ella no me miró.

—*Nada. ¿Bajamos?* —intentó caminar, pero tomé su mano y la detuve. Respiró profundo y me miró con intensidad—. *Me mareas.*

—*¿Qué?* —pregunté sin entender lo que estaba tratando de decirme.

—*No sé qué quieres...* —confesó con pesar—. *Un día siento que me deseas, pero luego demuestras otra cosa... Y, de acuerdo, entiendo tu "ley" de no sexo en la noche, pero es de día y otra vez me has rechazado. No es agradable.*

Casi sonreí al saber que esa era la razón por la que estaba molesta, pero sabía que si lo hacía podía pensar que me burlaba de ella. Me acerqué un poco más, pero retrocedió.

—*No entiendo tu juego, Nicholas.*

—*No estoy jugando* —respondí—. *No ahora, no aquí... Solo que no es así como quiero que pasen las cosas.* —Levanté mi mano para tocarla y ella se alejó, di dos pasos y la sujeté fuerte a mí—. *¡No te alejes!*

—*No siempre voy a hacer lo que quieres* —respondió.

«*Desde que te conozco solo hemos hecho lo que tú quieres*».

Rocé mi nariz con la suya y ella cerró los ojos.

—*Estoy molesta contigo.*

—*Y te ves tan sexy así* —respondí, ella me miró con mala cara—, *no tienes una idea de cuánto te deseo.*

Su mala cara me hizo saber que no me creía, así que la sujeté y la empujé contra la pared. Presioné mi erección contra su cuerpo y ella soltó un suave y delicioso gemido.

—*¿Puedes sentirlo?* —pregunté—. *¿Sientes cómo te deseo?*

Escuché el sonido de los pasos de alguien subiendo las escaleras, así que la liberé. Ella se acomodó el vestido y sonrió cuando William apareció.

—*Disculpen...* —susurró William—. *¿Han visto a James?*

—*Se fue a bañar* —respondió Elizabeth.

—*Oh... lo esperaré abajo entonces.*

William se giró y yo me quedé esperando que nos dejara solos otra vez.

—*¿William?* —llamó Elizabeth sorprendiéndonos—. *¿Me invitas un poco más de limonada?*

—*Claro, con gusto...* —respondió mi amigo—. *¿Vamos?*

Ella no volvió a mirarme y solo caminó hasta donde estaba William. Tuve que reprimir mis ganas de detenerla porque sabía que no era el momento y porque William me mataría si hacía algo como eso. Bajamos las escaleras juntos mientras ella hablaba con él de forma amable y educada, le preguntaba cosas sin importancia para hacer un tema de conversación.

Cuando llegamos hasta la piscina, vi a Landon preparando la parrilla. Samuel estaba sentado junto a Susan y me acerqué a ellos, sabiendo que debía dejar esa conversación para otro momento.

Elizabeth se había detenido en la barra a esperar la limonada de William. Estaba riéndose con Landon, no había podido escuchar el chiste, pero cuando él estaba cerca era imposible no reírse.

Después de unos segundos me miró y volvió a ponerse seria. Sabía que estaba molesta, sabía que lo que había sucedido en el baño, a pesar de que lo había disfrutado, la hizo sentir rechazada y no había tenido tiempo de convencerla de lo contrario, pero tendría que hacerlo luego. Verla molesta o triste no me hacía feliz, aunque no entendía la razón por la cual ella me afectaba tanto.

«*¿Qué te hace tan distinta, Elizabeth? ¿Qué es eso que me hace disfrutar cuando estás a mi lado? ¿Cómo lo logras?*», tenía tantas preguntas en mi cabeza, pero no encontraba ninguna respuesta.

Lo cierto era que después de mucho tiempo realmente me sentía a gusto allí, con mis amigos... Mis mejores amigos, mis hermanos y era gracias a ella, porque, aunque hacía que todo se saliera de mis manos, me sentía bien.

11 – No es suficiente.

Aún me sentía perdida, aún me molestaba lo que había pasado en el baño, pero no era el momento para hablarlo, así que lo dejé pasar y disfruté de esas personas, que a simple vista se notaba que lo querían mucho. Y disfruté más de él, de un hombre totalmente diferente, uno que se veía tan natural, que sonreía mientras Landon le hacía bromas con aquello de “el señor Carter y su mal carácter”. Nicholas lucía tan juvenil, tan hermoso, no teníamos más de dos horas con sus amigos y no necesitaba más tiempo para ver que definitivamente él también los quería, y mucho.

Todos eran adorables, la esposa de William era encantadora y la estaba ayudando a poner la mesa mientras Landon y Nicholas servían la comida en los platos.

—*Mi esposo y los demás te harán un altar* —me susurró Kate, la miré y ella sonrió—. *Teníamos años sin verlo así* —comentó—, *las pocas veces que se dejaba ver, solo se quedaba unos minutos.*

—*Creo que es feliz aquí* —respondí, ella sonrió.

William llegó con los refrescos y jugos, los dejó a un lado de la mesa y me sonrió.

—*¿Cuánto tiempo llevan conociéndose?* —preguntó Kate de forma casual.

—*Una semana.*

Ella miró a William con cara de sorpresa y él sonrió con amabilidad. James bajó las escaleras acomodando unas pulseras en sus brazos, era alto, delgado y con un aspecto de chico malo que a cualquiera engañaba. Me sonrió y se detuvo de golpe cuando vio a Nicholas bromeando con Landon.

—*Uau... esto es perfecto* —dijo con una sonrisa tan amplia, giró a mirarme y caminó hasta donde yo estaba—, *no sé qué has hecho... Pero, gracias.*

No supe que decir y creo que hasta me ruboricé. William lo haló del hombro y le dijo algo que no llegué a escuchar, luego él se fue al jardín con los demás.

—*No he hecho nada* —comenté— *Solo está feliz por ustedes.*

—*Nos alegra mucho que estés aquí* —comentó William y luego también salió.

—*¡Te lo dije!* —exclamó Kate— *Te harán un altar.*

Me quedé con las ganas de preguntar qué era lo que había pasado... Qué era eso que lo había mantenido alejado de ellos... Pero, no lo hice... Quizás algún día él me lo cuente.

Salimos hacia el jardín y observé a Nicholas tocando el vientre de Susan. Mi corazón se emocionó al verlo actuar de ese modo. Él era un hombre tan distinto al que dejaba ver, Andrew se sorprendería mucho si lo veía así. Estando con sus amigos, Nicholas no era ese hombre poderoso que todos veíamos en las revistas de negocios, él era un hombre normal rodeado de la gente que lo quería y que evidentemente él también a ellos.

Decidí que alejaría mi molestia para después y disfrutaría de ese momento, así que caminé hasta la mesa y él retiró la silla para mí.

—*Gracias, señor Carter* —susurré.

—*De nada, señorita Coleman.*

William fue el último en sentarse junto a Kate, luego James se puso de pie para tomar la palabra:

—*Si así me van a recibir, voy a tener que irme más seguido* —bromeó, todos rieron—. *Bienvenida Elizabeth, los amigos de nuestros hermanos siempre son bienvenidos y ese que está sentado a tu lado es uno de los más queridos.*

—*Lo dice porque estás aquí* —aseguró Nicholas, James rió.

—*Espero que esta sea la primera y no última reunión en la que estés con nosotros* —continuó James.

—*Muchas gracias* —respondí—, *son todos encantadores.*

Cuando James se sentó, Landon tomó la palabra.

—*Vamos a bendecir la mesa... Nick, ¿quieres hacerlo?* —preguntó mirándolo.

—*Hazlo tú* —pidió con amabilidad, Landon asintió.

—*Bien.* —Landon se puso de pie y cerró los ojos—. *Gracias Señor por estos alimentos, gracias por darnos salud y por darnos la fuerza para seguir adelante cada día, te agradecemos por darnos una familia con la que podemos contar, una familia que nos ama y a la cual amamos. Gracias por los nuevos amigos y la sonrisa de otros... Bendícenos siempre, Señor.*

Las palabras de Landon me dejaron con ganas de llorar, porque sabía que lo decía por Nicholas, pude ver a cada uno de ellos mirándolo y podía sentir ese cariño que le tenían y aunque Nicholas no lo dijera, sabía que él también correspondía a ese cariño.

Todos empezaron a comer, pero él estaba ausente, pensativo, me dio miedo ver esa tristeza en su mirada, llevé mi mano debajo de la mesa y toqué su pierna. Nicholas se sobresaltó, me hizo ruborizar cuando todos lo miraron, quité mi mano de su pierna y creo que sonrió, pero no me atreví a mirarlo. Él tomó sus cubiertos y empezó a comer, yo tuve que hacer lo mismo y casi dos horas después, todos estábamos en la sala de James.

Miré la hora y eran casi las cinco de la tarde, estaba sorprendida de cómo había pasado el tiempo y ni siquiera lo habíamos notado. Nicholas estaba sentado junto a mí, tenía sus manos sobre el sofá y yo deseaba tanto que me abrazara. Quizás eso me hubiera quitado el mal sabor que tenía por su estúpido rechazo. Levanté la mirada mientras él hablaba con Samuel, contemplé su rostro, su hermoso rostro, su cabello, sus ojos. Sus labios se movían sensuales mientras hablaba, estaba serio y yo no podía entender de qué hablaba, porque ciertamente solo podía mirarlo.

«¿Podré algún día entenderte?».

—*Es bueno que William se encargue de eso* —comentó Nicholas—, *tengo suficientes cosas en las que enfocarme como para tener también que fijarme en que un simple empleado haga bien su trabajo.* —Tenía el ceño fruncido y parecía molesto mientras hablaba.

—*Bueno, son cosas que no puedes controlar, ya sabes que la gente no tiene conciencia de que esto es una fundación... Solo quieren sacar provecho de eso y ya* —respondió Landon raramente serio y preocupado.

—*Por eso necesito que William se ocupe de la escuela y que tú me ayudes con el hospital, quiero que la inauguración se dé lo más pronto posible y solo confío en ustedes para cumplir esa meta.*

—*Muchas gracias, señor Carter* —bromeó Landon.

—*Deja de bromear, hablo en serio*—. Casi le gritó y Landon dejó de reír.

—*Creí que nos reuniríamos mañana para tratar ese tema* —reprochó William mientras se sentaba junto a Landon—, *los asuntos de trabajo no se tratan en casa y menos si una dama está a punto de dormirse con ustedes.* —Me di cuenta de que lo decía por mí y sonreí.

—*Pero si sale con Nick* —intervino Landon—, *tiene que saber que llegará un momento en el que se aburrirá.*

—*Ja, ja* —dijo Nicholas en tono irónico y luego me sonrió—. *¿Estás cansada?*

—*No, estoy bien.*

—*De igual modo creo que ya debemos irnos. James debe estar cansado.*

—*Es verdad, al pobre no lo hemos dejado descansar del viaje* —dijo William mientras se ponía de pie.

Todos nos levantamos, me despedí de cada uno de ellos, salimos de la casa y Nicholas abrió la puerta del auto para mí. Sus amigos estaban de pie diciéndonos adiós. Me sentí extraña por el exceso de cariño y me pregunté si siempre eran así.

Cuando por fin salimos de la casa y tomamos la carretera, Nicholas dio un respiro profundo y giré a mirarlo.

—*A veces, empalagan con tanto cariño* —comentó con un tono de voz más relajado.

—*Si yo tuviese amigos así, no me empalagaría.*

—*¿No dices que el periodista es como tu hermano?* —preguntó con tono muy irónico, no le respondí y traté de no ponerme de mal humor—. *Gracias...*

—*De nada* —contesté sin preguntar por qué me agradecía.

En realidad, no sabía por qué lo decía, pero no tenía ganas de preguntarle. Él encendió la música y Adele una vez más cantó para nosotros, pero en esa ocasión sí logró deprimirme con su canción. Cuando llegamos al edificio ya había oscurecido. El hechizo se había terminado y sabía que no iba a obtener nada de él, eso me hizo ponerme más triste y a la vez molesta.

Detuvo el auto y me quité el cinturón.

—*Gracias* —dije—, *la pasé bien con tus amigos.*

—*¿Solo con ellos?* —preguntó de forma muy divertida.

—*Contigo también... Aunque no logré entenderte.*

Dejó de sonreír y me miró muy serio, esperé a que dijera algo, pero no lo hizo, así que abrí la puerta y bajé. Lo vi bajar y dar la vuelta al auto, se detuvo frente a mí y me quedé mirándolo... Era tan hermoso.

«*Sé fuerte, Liz. No siempre harás lo que quiere.*»

—*Buenas noches, señor Carter...* —Estiré mi mano y él la sujetó, la levantó hasta su rostro y le dio un beso.

Mis ojos estaban fijos en los suyos, me miraba de ese modo que usualmente me desarmaba... pero tenía que fingir que no me afectaba.

—*¿Y ahora qué?* —preguntó sin soltar mi mano—. *¿Qué sigue señorita Coleman?*

—*No sé qué sigue* —respondí con sinceridad—, *dígame usted que tiene todo fríamente calculado.*

—*¿Por qué dices eso?*

—*Porque es así, porque todo se hace como lo planeas sin importar mi opinión.*

—*Eso no es verdad* —contradijo muy serio y se acercó más a mí—, *tomo en cuenta tu opinión.*

—*¿En serio?* —Él asintió—. *Entonces, quédate conmigo... No te vayas.*

—*Esa no es una buena idea.*

«*No... claro que no lo es.*»

El hechizo se había terminado, él se marcharía y yo me quedaría otra noche más soñando con él.

—*Pues, entonces... ¿Para qué me pregunta si es usted quien al final decide?*

—*Deja el tono irónico que no me gusta, Elizabeth* —ordenó muy serio.

—*A mí tampoco me gusta y tú lo usas mucho.*

Su rostro me advirtió que estaba molesto, pero no me importó. Soltó mi mano y respiró profundo.

—*Quizá podamos hacer algo el fin de semana...* —sugirió—. *¿El sábado?*

—*No puedo, ya tengo planes para todo el fin de semana.*

El cambio de su expresión fue tan notable que incluso me asustó un poco... «*¡Ops se molestó!*».

—*Entonces, que tengas un buen fin de semana* —casi gritó—. *Tienes mi número. Cuando estés libre házmelo saber.*

Cerró la puerta que yo había dejado abierta y empezó a alejarse.

—*¿No es agradable verdad?* —pregunté mientras iba hacia el volante.

Se detuvo y giró a mirarme aún más serio.

—*¿El qué?*

—*Que te hagan sentir especial y luego demuestren lo contrario.*

Lo miré por unos segundos y luego caminé hasta la puerta. Escuché el sonido al abrirse y entré. Caminé hacia el ascensor, contuve las ganas de llorar, luché por no hacerlo, por no dejar que me afectara tanto. Volví a presionar el botón como si con eso lograría que el ascensor llegara más rápido. Me sentía molesta, odiaba sus estúpidas reglas, me molestaba que dijera mil veces que me deseaba y siempre pusiera un pretexto para que nada sucediera entre nosotros.

El ascensor se abrió y entré, marqué mi piso y respiré profundo. Mientras las lágrimas caían mi mente lo recordaba sonriendo y me hacía sentir tan confundida, tan mareada... era como si él me mostrara a dos personas totalmente diferentes; una amable, encantadora, dulce y otra, solo un hombre buscando sexo. Un hombre que sabiendo el efecto que provocaba, me torturaba y me lastimaba sin piedad. Un hombre lleno de luz y otro totalmente oscuro. Dos hombres diferentes, pero por los que estaba segura... daría lo que fuera por tenerlo para mí.

...

El sonido de mi despertador me hizo saltar de la cama. Eran las siete y treinta de la mañana cuando lo apagué y volví a envolverme en la sábana. No quería levantarme, no tenía ganas de estar de pie, no había trabajo pendiente, no había ganas de ir a ningún lado. Solo quería deprimirme y obligarme a entender que debía alejarlo de mí, que, aunque fuera sexy y jodidamente hermoso, no era lo que yo necesitaba en mi vida. Había tenido una vida buena, sin problemas amorosos, justo entonces no podía empezar a joderlo todo.

«*No... no puedo... ¡no quiero!*».

Después de pelear conmigo misma, decidí que debía seguir con mi vida y no permitir que él acabara con ella. Me puse de pie y decidí entregar algunas fotos pendientes. Cuando por fin estuve lista, subí al ascensor y mi mente tuvo pequeños recuerdos del día anterior. Lo habíamos pasado bien. Incluso sentí que había hecho un drama por nada, pero era lo que sentía, lo que me lastimaba. Y debía decírselo.

Me estaba enamorando, estaba clara en eso. Él me hacía tan feliz... sus palabras, sus miradas y sus besos... ¡Oh, Dios! ¡Sus besos! Pero, a la vez me lastimaba y me hacía sentir que era eso que él había asegurado que buscaba en una mujer: el sexo fácil que todas le daban.

El ascensor se abrió y salí de allí. Albert abrió la puerta para mí y cuando puse un pie fuera del edificio fingí mi mejor sonrisa para Andrew, quien esperaba por mí. Caminé hasta su auto y él abrió la puerta para mí.

—*¿Qué te hizo?* —preguntó mi mejor amigo.

—No me hizo nada. ¿Qué haces aquí?

—No supe nada de ti ayer. Quería asegurarme de que estuvieras bien.

—Estoy bien —mentí—. ¿Y Mickey?

—Se fue a una audiencia.

Andrew encendió el reproductor de música y condujo en silencio hasta la revista. Sabía que, si le contaba todo lo que había pasado, Nicholas se ganaría un enemigo. Y como aún albergaba la esperanza de poder ganarme su amor, decidí que no me quejaría de él con Andrew.

—Me preocupa su estilo de vida —aseguró.

—A mí me preocupa la tuya y no te echo la sal por eso. —Él comenzó a reír logrando que yo hiciera lo mismo.

—En serio, nena... ¿Que te rechace solo porque era de noche no te parece demasiado?

«No, demasiado era que me haya rechazado siendo de día».

—Andrew, quiero preguntarte algo... —susurré para cambiar un poco el tema.

—Dime, nena... ¿qué sucede?

—¿Me autorizas para decirle a Nicholas que eres gay?

Andrew frenó de golpe el auto y me asusté, giré a mirarlo y creo que estaba pálido.

—¿Por qué harías eso?

—Porque... él no confía en ti.

—¡Pues, genial! —exclamó—. Yo no confié en él, estamos a mano. —Volvió a conducir y no supe qué más decir—. ¿Qué problema tiene conmigo?

—Cree que estás enamorado de mí. —Andrew se quedó mirándome como si esa no fuese una razón suficiente para contárselo—, está celoso de ti.

—¡Muy su problema! —gritó— ¡Sus inseguridades no son mi problema! —aseguró muy serio—. No estás autorizada a decirle nada de mí. Fin del tema.

Andrew bajó del auto y caminó hasta mi puerta, la abrió de muy mala gana y bajé. Me quedé mirándolo mientras él caminaba delante de mí.

—Entonces, no quiero más espectáculos entre nosotros —dije, él se detuvo y giró a mirarme—. no quiero que esté celoso de ti.

—Es bueno que esté celoso. Significa que tiene miedo de perderte.

—Sí, pero él no es feliz y ya tiene muchas razones que no conozco para no ser feliz... No quiero ser una más.

—¿Te estás escuchando, Elizabeth? —inquirió mi mejor amigo—. ¿Quieres cambiar tu vida solo por hacerlo feliz? —Me encogí de hombros.

«¿Es un pecado querer que él sea feliz?».

—¡Perfecto! —gritó—. Me mantendré lo suficientemente lejos de ti para que tu conquista de turno sea feliz... ¡Adiós!

— ¡Andrew! ¡Tampoco te pongas así!

Iba a seguirlo, pero me di cuenta de lo que me había dicho. Soy su conquista de turno, lo sé... Pero él es mi amigo y no debería ser tan cruel. Respiré profundo y caminé dentro del edificio, él estaba de pie esperando el ascensor, varios trabajadores estaban allí y cuando la puerta se abrió todos esperaron a que yo entrara. Andrew se paró delante de mí y no me miró. Entonces mi día empeoró, no solo sentía que a pesar de todo no lograba nada con Nicholas, sino, que además estaba perdiendo a mi mejor amigo por él.

El ascensor se abrió y las personas se hicieron a un lado para dejarme salir. Mi jefe no estaba, así que fui a mi escritorio y mi corazón se arrugó al ver la bolsa de chocolate del mismo estilo que

la anterior. La tomé y me senté en mi escritorio para leer la nota que había dejado.

“Esperando que esto también te haga feliz... Nick.”

«Nick», sonreí como tonta cuando leí su firma, era algo menos formal y eso me hacía pensar que las cosas podrían ir mejor, pero decidí no pensar en ello porque solo llegaba a la conclusión de que yo me mentía a mí misma.

Hice lo que debía hacer y cuando estuve a punto de marcharme la puerta de la oficina de Andrew se abrió. Él me miró, abrió más la puerta y me invitó a pasar. Respiré profundo, me puse de pie y fui hacia él.

—*Me he pasado la vida siendo sincero contigo —«Genial... este será un discurso electoral»—, eres como una hermana para mí y te quiero.*

—*Y yo a ti... mucho.*

—*Lo sé, pero no logro entender cómo quieres cambiar por alguien que desde que te conoció te dejó claro que su único interés es tener sexo contigo. Porque sabes muy bien que esos chocolates son solo parte de un acuerdo, ¿cierto? —Sus palabras me golpearon con tanta fuerza que quise llorar—. Te estás haciendo ilusiones y ni siquiera sabes si mañana lo volverás a ver.*

—*Estás diciendo cosas que ya sé. ¡No soy tonta! Sé muy bien a qué jugamos... Solo que yo juego aparte.*

—*¿Y qué pasará si pierdes? —«Moriré».*

—*¿Y qué pasa si gano?*

Él me miró en silencio hasta que se giró, tardó unos segundos y luego volvió a mirarme.

—*¡Bien! —exclamó con resignación—. Si después de tener sexo con él, no desaparece... puedes contarle mi verdad... Solo después de eso.*

Debí sentirme feliz, pero no fue así. Sabía que ese tema no era mío y no debía decirle a nadie y también sabía que de todas formas Nicholas desaparecería después de conseguir lo que quería.

—*Gracias... —Fue todo lo que pude decirle. Me levanté y él se quedó mirándome.*

—*¿Por qué creo que hay algo que no me has contado?*

—*No es nada. Iré a casa.*

Andrew se acercó a mí y acomodó mi cabello.

—*No quiero que te lastime, estás muy ilusionada y si el tipo fuera un hombre “normal” pues, genial, pero sabes que no lo es y quizás él no esté listo para tener en su jodida vida a alguien tan especial como tú. —Sabía que él tenía razón... Yo lo sabía—. Si me necesitas, solo llámame.*

—*Gracias —Me dio un beso en la frente y me abrazó.*

—*Dale un mensaje de mi parte... —pidió, lo miré sorprendida—. Dile que, si te lastima, puede jurar que se las verá conmigo.*

Sonreí al escucharlo y le di un beso. Salí de su oficina y entré en el ascensor con la bolsa de chocolates en mi mano. Estaba perdida y lo sabía, había perdido mi sonrisa, mi alegría, mi forma de ver la vida. Había perdido mi lucha contra él y realmente dolía.

«*<<<>>>*»

Me senté en mi sofá con un litro de helado de chocolate en mi mano. Tenía mucho que no me sentaba a disfrutar de una película en casa, sola... relajada. Había tenido un día difícil y la lluvia que caía sin cesar, ayudaba a mi melancolía. Las imágenes en la televisión me sacaron algunas sonrisas, sabía que las comedias eran las más recomendables en momentos como ese... Porque si buscaba las románticas, que son mis favoritas, seguro me suicidaba.

Cuando la película terminó, me dispuse a buscar otra en la programación, pero el sonido de mi

teléfono me hizo reaccionar. No quise atenderlo, hice como que no lo escuché, pero sonaba y sonaba sin parar. Me levanté del sofá, caminé hasta el estante donde lo había dejado y respondí

—*¡Dos mensajes!* —se quejó Andrew—. *¡Solo he recibido dos mensajes tuyos en todo el día! Nena, ¿qué se supone que haces?*

—*¿Exactamente ahora?* —pregunté—. *Miraba una comedia súper buena de Jim Carrey y me terminé un litro de helado.*

—*¡Oh, Dios mío!* —exclamó con preocupación—, *¿Tan mal estás?*

—*¿Mal? Claro que no. Solo tengo ganas de vegetar* —mentí—. *¿Qué tal estuvo tu día?*

—*Todo tranquilo... ¿Podrías abrir la puerta del edificio? Michael y yo no queremos suplicarle al portero que nos deje pasar.*

—*¿Están aquí?* —pregunté sorprendida—. *Espera, ya les abro.* —Terminé de hablar con él. Fui hacia la cocina y tomé el intercomunicador—. *¿Andrew?*

—*¡Aquí, nena!* —respondió.

Presioné el botón del intercomunicador para que se abriera la puerta. Corrí hacia el baño, lavé mi cara, peiné mi cabello y me miré al espejo.

«*¡Qué fatal me veo! ¡Diablos!*».

Salí del baño y miré hacia el ascensor, respiré profundo y mostré mi mejor y más falsa sonrisa cuando ambos aparecieron frente a mí. Michael llevaba dos bolsas en las manos, pero no vi de qué eran, me dio un beso y me miró un segundo.

—*Princesa, estábamos preocupados por ti* —confesó.

—*¿Por qué? Estoy perfectamente* —aseguré haciéndome a un lado para dejarlo entrar.

Mi mejor amigo se detuvo frente a mí, le sostuve la mirada y sabía que si me abrazaba terminaría llorando como una niña indefensa.

—*¡Estoy bien! Deja de estudiarme.*

—*Dame un abrazo.* —«*¡No! ¡Un abrazo, no!*»—. *Elizabeth Coleman, dame un maldito abrazo.*

Respiré profundo y lo abracé, sentí sus fuertes brazos rodearme y me sentí segura, respiré una y otra vez para no llorar y lo logré, pero la sonrisa de payaso había huido y mi estúpida tristeza apareció. Él besó mi frente y entramos al apartamento, Michael estaba en la cocina y no sabía qué hacía, pero no me importó.

—*¿Qué sucedió ayer?* —preguntó él cuándo nos sentamos en el sofá—. *¿Por qué estás así?*

—*No pasó nada, fuimos a comer con sus amigos, que son maravillosos...* —aclaré—. *Luego me traje a casa y se fue.*

—*Cuéntame la parte mala de la historia* —exigió—, *la buena no me sirve.*

—*No hay parte mala. Solo fue eso* —mentí. Él se quedó mirándome, esperando a que yo continuara—. *Me dijo que quizá podíamos vernos el sábado. Pero, le dije que tenía planes. Iré a casa, es el aniversario de mis padres.*

—*¡Oh, cierto!* —exclamó sonriendo—. *Lo había olvidado... Pero, sigo esperando el motivo por el que estás así.*

—*Es que no sé...* —Él continuó mirándome y tuve que responder—. *Me estoy enamorando... Y me da miedo, porque sé que solo es cosa mía.*

—*¡Ay nena, eso ya lo sabía! ¿No trato de... seducirte ni nada?* —Recordé el episodio en aquel baño y me entraron ganas de llorar.

—*No, nos besamos sí, pero estábamos en la casa de su amigo y luego cuando salimos de allí era de noche y...*

—*Sé que hay algo que no me estás contando... Pero, no voy a preguntar más* —me interrumpió. «¡Gracias a Dios!».

Él se puso de pie y caminó hacia la mesa donde Michael había dejado una de las bolsas que había traído.

—*Trajimos sushi para comer contigo* —comentó sonriendo y luego levantó una bolsa color plateada con la ahora conocida marca de chocolates... quise llorar—. *La dejaron después de que te fuiste. Te llamé, pero no respondiste.* —Se acercó para entregármela—. *Iré a ayudar a Mickey.*

Me dio un beso en la frente y me sonrió, sostuve la bolsa con cierto miedo. Había sido más fácil pensar que ya todo había acabado, pero teniendo esa bolsa entre en mis manos, el corazón me latía a mil por hora, no sabía qué hacer. No quería abrirla porque sabía que caería redondita, sabía que debía botarlo y hacer como si nada hubiese pasado.

«¿A quién engaño? No sería capaz de botarlo».

Saqué una caja de madera grande de allí, lo abrí y había muchas pequeñas cajas, con varios tipos de chocolates. La puerta de la caja tenía una brújula o algo así; sobre ella una tarjeta. La tomé y respiré profundo antes de leer...

“*Aunque quiera, no puedo cambiar lo que soy... Lo lamento*”

Me quedé mirando la tarjeta, buscándole un sentido a sus palabras, tratando de entender lo que él trataba de decirme. Él no iba a cambiar... Aunque lo intentara, él no cambiaría.

«*Pero ¿es que yo quiero que cambie? ¿No es de ese hombre del que me siento tan idiotizada? ¿No es a él a quien deseo tanto?*», me cuestioné.

Yo no quería que cambiara, yo solo quería verlo feliz, que encontrara un equilibrio entre su pasado y su presente. No pedía mucho, ¿o sí?

—*Creí que los chocolates iban a endulzarte la vida, pero ya veo que no es así* —susurró Andrew, levanté la mirada y le sonreí sin mucha emoción—. *¿Te dijo adiós o qué?*

—*No, sólo dijo que no puede cambiar, aunque quiera.*

Andrew dejó el plato de comida y caminó hasta donde yo estaba. Se sentó frente a mí y tomó mis manos.

—*¿Y tú quieres que él cambie?*

—*¡No!* —respondí—. *No lo sé... él no es feliz... Aquella noche, él vino destrozado, había tanta tristeza en su mirada que quería llorar por él.* —Andrew me miró con preocupación—. *No sé qué esconde, pero, me duele verlo así.*

—*Oh, nena.*

—*Ayer él era otro, sonreía, parecía feliz con sus amigos... Y aun así no pasa tiempo con ellos porque le traen malos recuerdos...* —respiré profundo para no llorar—. *Yo sólo quiero que sonría para mí* —Andrew tomó mi mano y puso mi teléfono sobre ella.

—*Dile eso* —sugirió—. *Nena, las personas tienen que comunicarse, será hermoso, pero no creo que sea adivino. Eres una princesa y él es un ogro. Y aunque me caiga mal, creo que le interesas a ese ogro* —No pude evitar sonreír.

—*Yo también lo creo... Pero ¿qué tanto le intereso?*

—*Eso, mi pequeña... tendrás que averiguarlo tú misma.* —Andrew me ayudó a ponerme de pie y besó mi frente—. *No quiero que sufras por él, no me gusta que estés así.*

—*Estaré bien...* —prometí.

Caminé hacia la cocina y vi a Michael preparando muchas cosas, me sonrió con dulzura y yo a él. Caminé hacia el baño, lavé mis manos y miré mi teléfono. No sabía si debía llamarlo, miré la hora y apenas eran las seis y cuarenta de la tarde.

«No, no puedo llamarlo... solo le escribiré».

“Yo solo quiero flores y chocolates...”

Fui a mi habitación y abrí mi closet, no quería que ellos siguieran viéndome en fachas. No quería aumentar más la antipatía que Andrew sentía por Nicholas. Tomé una falda jean y una camiseta blanca, me puse unas sandalias y solté mi cabello. Me miré en el espejo y me veía bien.

«Bueno... mejor que antes»

Escuchaba las risas de Andrew y Michael desde la sala, me hicieron sonreír. Saberlos felices me hacía sentir feliz, me hacía tener esperanzas. Quizá sentía que nada tenía solución, pero aún creía en eso de que «*para todos sale el Sol*». Y estaba segura de que para mí también saldría.

Después de varios minutos salí de mi habitación. Michael sostenía el intercomunicador con preocupación y Andrew giró a mirarme con mala cara.

—*Él está aquí... Y Michael lo invitó a entrar* —informó Andrew con notable mal humor.

—*¿Qué iba a hacer?* —preguntó Michael—. *¿Decirle que espere? Además, ella está así por él.* —Yo no estaba entendiendo nada—. *Verlo le hará bien.*

—*¿Hablan de Nicholas?* —pregunté aún sin entender bien su pelea.

Ambos me miraron con cara de “obvio”. Y en ese instante mi corazón se aceleró.

«*¡Oh, mi dios griego!*».

—*Princesa, dime que no hice mal dejándolo subir* —pidió Michael algo preocupado.

—*¡Obvio que hiciste mal!* —exclamó Andrew—. *¡Primero debiste preguntar!*

—*¡Deja de comportarte como un insoportable hermano mayor!* —reprochó Mickey—. *Liz está muy grande para saber lo que es bueno o malo para ella* —explicó más serio que nunca... Era la primera vez que lo escuchaba hablar así.

—*¿No te das cuenta de que ella tiene una debilidad por su maldad?* —preguntó Andrew.

—*¡Basta!* —grité—. *Dejen de pelear por mi culpa*—supliqué y miré a Mickey—. *Hiciste bien en dejarlo subir, Michael.* —Él sonrió triunfante frente a Andrew y este lo miró de muy mala gana—. *Le pedí que viniera* —mentí.

Andrew se sorprendió, me miró unos segundos y luego suspiró.

—*Bien...* —respondió resignado—. *Entonces, supongo que nos vamos.*

—*¡No! No se vayan, por favor* —supliqué.

—*Perfecto* —dijo Mickey sonriente—, *iré a lavarme las manos.* —Michael pasó casi sobre Andrew y acarició mi mejilla—. *¡Por Dios, tus ojos brillan!* —exclamó y luego se fue hacia el baño.

Giré a mirar a Andrew y este soltó una carcajada que me sorprendió.

—*¿Qué niña tan fea y voluble te has vuelto!* —reprochó sonriendo—. *Hace un minuto estabas triste y ahora llevas ese brillo en tus ojos que encandila.* —No podía evitarlo y mi corazón se aceleró más cuando el sonido del ascensor me avisó que él había llegado—. *¿Quieres que nos vayamos?*

—*¡No! No... quédense.*

Andrew besó mi frente y caminó hasta el reproductor de música. Yo respiré profundo antes de abrir la puerta, tomé un poco de aire y finalmente abrí. Mi corazón se detuvo al verlo y mi alma fue feliz. Allí estaba él... tan hermoso, tan elegante y serio... Como siempre.

«*¡Mi hermoso y frío dios griego!*».

12 – Flores y chocolates.

No tenía ni una puta idea de qué hacía allí. No tenía una explicación para mi comportamiento, ni siquiera podía reconocerme. Ese que estaba saliendo del ascensor no era yo, no era el hombre que había formado durante esos 10 años y esa jovencita estaba destruyendo en unos cuantos días, pero no podía huir, por más que lo intentara no lograba alejarme de ella.

Cuando abrió la puerta mis ojos se fueron sobre ella. Me miró seria, pero aun así podía ver que no estaba molesta. Se mantuvo en silencio mientras yo la contemplaba como idiota. Sus hermosas piernas siempre visibles para mi deleite, mis manos seguían detrás de mi espalda y caminé más hacia ella.

—*Hola, Nick...* —susurró en un tono dulce que mi cuerpo disfrutó en silencio.

Era la primera vez que me llamaba así y me había gustado.

—*Hola, Liz...* —respondí usando el sobre nombre con el que solía llamarla el idiota periodista. Ella sonrió con dulzura—. *Recibí tu mensaje...* —«*Y vine corriendo a verte*»—. *No quise hacerte sentir mal... Yo...*

Ella miró dentro del apartamento y entonces recordé que fue un hombre el que me dejó pasar. Mi cuerpo se tensó y giré a mirar en la misma dirección que ella miraba y como era de suponerse, el periodista estaba allí. Mi mano apretó con fuerza la caja que aún no había dejado ver.

—*Estás ocupada* —asumí con incomodidad—, *supongo que debí llamar primero.*

—*¡No!* —respondió de inmediato—. *Está bien, Andrew vino a saludarme* —aseguró casi en un susurro—. *Me alegra mucho que hayas venido.*

Lo dije en voz alta y estaba seguro de que el idiota de su amigo la había escuchado.

—*No quiero interrumpir* —insistí.

—*No lo haces* —aseguró—, *pasa por favor...* —Se hizo a un lado para dejarme el camino libre, di un paso y luego me detuve—. *Entra* —repitió.

—*Tus flores...* —susurré levantando la mano que aún escondía la caja con tulipanes que le había comprado.

Ella se sorprendió tanto, observó las flores y luego me sonrió de una manera tan perfecta que, si no hubiese estado el periodista allí, la hubiera besado.

—*No sé cuáles son tus favoritas...* —comenté entregándole las flores.

—*Estas...* —susurró visiblemente emocionada—. *Sin duda, ahora son mis favoritas.*

Me hizo feliz saber que la había alegrado con algo tan típico. Volvió a indicarme que entrara, así que tomé aire para relajarme y entré.

La voz de Adele sonaba en su reproductor haciéndome sonreír. Me giré hacia ella y la vi sonriendo.

—*Recuérdame regalarte otro disco menos deprimente* —bromeé, ella rio.

—*¿No le gusta Adele, señor Carter?* —preguntó el idiota periodista cuando apareció frente a mí—. *A Liz y a mí nos encanta... ¿Verdad, nena?*

«*¡Respira, Nicholas... Respira!*».

—*Lo he notado, señor Boothe* —asegué tragándome mis ganas de matarlo. Él levantó la mano y muy a mi pesar la sostuve— *¿Cómo le va?*

—¡Excelente! ¿Ya usted?

—*Muy bien, gracias* —Ella pasó delante de mí y con un gesto de su mano me invitó a tomar asiento—. *No quiero interrumpir, solo pasé a saludarte y ya me voy.*

—*Quédese, señor Carter* —pidió el idiota—. *Estamos a punto de cenar. ¿Le gusta el sushi?* —preguntó.

—*Sí, claro* —respondí.

Tenía ganas de irme, o, mejor dicho, tenía ganas de hacer que él se largara, pero no podía hacer ninguna de las dos cosas porque no estaba dispuesto a dejarla cenando sola con ese idiota. Fingí mi mejor sonrisa y caminé hasta el sofá, me senté frente a ella, quien no dejaba de mirarme. De pronto, escuché el ruido de una puerta al cerrarse. Segundos después, apareció el hombre con quien la había visto en una ocasión.

—*Buenas noches* —saludó él y levantó su mano hacia mí—, *soy Michael. ¿Me recuerda?*

—*Sí, claro* —respondí educadamente.

Al escuchar la canción se giró hacia Elizabeth.

—*Princesa, voy a comprarte otro disco* —dijo y yo sonreí sin poder evitarlo.

«*No soy el único que cree que debe dejar de escuchar a Adele*».

Elizabeth también sonrió, incluso el periodista.

—*Supongo que ya podemos comer* —comentó el tal Michael—. *Andrew, abre el vino mientras yo termino con la comida...* —ordenó y el periodista se puso de pie—. *Permiso.*

Agradecí cuando se dirigieron al pequeño comedor porque fingir amabilidad no era mi fuerte. Ella miró los tulipanes y la vi sonreír. Levantó la mirada y sus mejillas se ruborizaron cuando sus ojos encontraron los míos. Sabía que debía hablar, sabía que necesitaba una explicación para mi comportamiento así que intenté encontrar las palabras correctas.

—*No soy bueno con flores y chocolates, Elizabeth* —confesé con sinceridad—, *ni soy bueno para decir lo que siento y menos demostrarlo... Pero, soy muy sincero y creo que lo sabes.* —Ella asintió y se mantuvo en silencio—. *Logras que haga cosas por ti que no haría por nadie y eso tiene que bastarte para saber que eres especial*—. Su rostro se iluminó al oírme.
«*¡Eso te hace feliz!*».

—*Haces que me sienta especial*—aseguró—, *pero también dices cosas que me hacen pensar lo contrario.*

—*Tienes que aprender a apreciar más lo que hago que lo que pueda decir* —aconsejé—. *No soy un príncipe de cuentos, Elizabeth* —advertí—. *Si buscas uno, debo decirte que perderás tu tiempo conmigo.*

—*Luces como un príncipe* —aseguró de pronto y sus mejillas se sonrojaron más.

—*No te dejes llevar por las apariencias. Ayer te demostré que no lo soy.*

Ella entristeció cuando se lo recordé, pero debía hacerlo. Ella debía saber el riesgo que corría conmigo, debía saber que yo no era un buen hombre, que ella era una chica demasiado buena para mí.

—*Bueno, estamos listos* —anunció Michael—. *¿Nos sentamos?*

—*¡Sí!* —exclamó Elizabeth—. *¿Vamos?* —preguntó.

«*¿Es que ella no me ha escuchado?*».

Le dije que no debía confiar en mí y ella solo estaba sonriéndome. Y aunque hubiese deseado tener la fuerza de voluntad para ser yo quien pusiera distancia entre nosotros, no la tenía. Como había dicho el día anterior, no sabía a qué estaba jugando, pero empezaba a amar su juego.

Me puse de pie y ella hizo lo mismo sonriéndome con ternura.

—¿Me das tu saco? —pidió y no pude evitar recordar la última vez que estuve allí, sonreí con descaro ante el recuerdo.

—¿Quieres la corbata también? —pregunté, ella se ruborizó por completo.

Me quité el saco y se lo entregué, ella extendió su mano para tomarlo y aproveché de acariciar sus dedos. Elizabeth tembló y yo sonreí. Michael me invitó a unirme a ellos en la mesa y así lo hice mientras ella volvía. Tomó el mismo lugar de aquella primera noche, el idiota del periodista observó el asiento libre a su lado, pero me sorprendió cuando se sentó cerca de su amigo.

Me di cuenta de que sus amigos tenían temas de conversaciones interesantes. Michael era abogado y estaba llevando un caso muy importante contra un gobernador. Tenía agallas y me gustaba la seguridad con la que hablaba. Si no fuese amigo del idiota periodista, seguro le pedía que se uniera a mi cartera de abogados, porque era evidente que era de los mejores.

La cena fue buena, cuando el idiota periodista no estaba sobre Liz, podía soportarlo.

Habíamos terminado de comer, Michael y Andrew se ofrecieron a limpiar todo. Elizabeth y yo caminamos hacia el balcón y sonrió al ver la hermosa Luna.

—Michael es muy agradable —comenté bebiendo de mi copa.

—Es magnífico, es mi segundo mejor amigo —respondió.

—¿No podías ser una mujer normal? —pregunté, ella giró a mirarme sin entender—. ¿Tenías que hacer mi vida más amarga teniendo a tantos hombres cerca de ti? —Ella sonrió ampliamente—. No soy capaz de pensar que un hombre tenga de mejor amiga a alguien como tú y no tenga malos pensamientos o desee terminar en tu cama.

Ella comenzó a reír y no comprendí la razón.

—¡Hombre de poca fe! —exclamó.

—Hombre... eso soy —aseguré—. Un hombre que te desea de una manera desesperada, que lucha para concentrarse y no pensar en ti mientras trabaja... —Su sonrisa fue más grande al oírme—. Un hombre que siente celos de tus amigos... Un hombre que lleva horas deseando besarte frente a ellos para no sentirse amenazado.

Caminé hacia ella, la sujeté con fuerza de la cintura y la acerqué a mí y por fin mis labios tomaron los suyos. Allí estaba yo, rindiéndome ante esa mujer que pedía flores y chocolates a un hombre que solo pedía sexo. Allí estaba yo, un hombre que vivía en la oscuridad, pero que era capaz de ver la luz gracias a esa mujer.

El tiempo dejó de importar mientras la besaba. Deseaba tanto apoderarme de ella que, si no hubieran estado sus amigos, lo hubiera hecho. La deseaba y no podía seguir fingiendo que no me afectaba.

El sonido de algo en la sala nos hizo volver a la tierra, me alejé un poco, pero mis manos no soltaron su cuello y me aspiré al aroma de su piel.

—Que débil soy con usted, señorita Coleman —susurré, mientras sus manos acariciaban mi rostro—. Anoche, después de mucho tiempo me hizo falta una mujer en mi cama. —Ella no me entendió—, anoche me hiciste falta... —confesé.

—Me dormí y me levanté pensando en ti —aseguró, sonreí sin poder evitarlo—. Amo cuando sonríes.

—Pues, siéntete feliz... Solo sonrío cuando estás presente. —Levantó la mano y acarició mi rostro.

—Eso no me hace feliz —susurró—, yo quiero que sonrías siempre.

—No tengo motivos para sonreír —confesé—, el único motivo ahora eres tú.

Sonrió feliz mientras que yo me sentía inseguro. Escuché los pasos de alguien acercarse, volví

a besarla con la intención de que cualquiera de ellos viera que ella no estaba disponible. Ella me dejó besarla, pero pronto se alejó de mí. Ambos giramos y sonreí con placer al ver que el periodista era quien nos había interrumpido.

—*Ya es tarde—dijo—. Michael y yo nos vamos.* —Ella se alejó de mí y aunque quise impedírselo no lo hice—. *Supongo que no te veré hasta el lunes.*

—*¡Oh, cierto!* —exclamó—. *Pero, te llamaré.*

Quise decirle que no iba a llamarlo, quise prohibírselo. Pero me tuve que tragar mi comentario, pues, no tenía derecho a exigirle nada. Lo odié aún más cuando se le acercó y él abrió los brazos para ella. La abrazó, pero Elizabeth se alejó pronto y se lo agradecí en silencio.

—*Salúdame a tus padres* —pidió él—. *Igual los llamaré para felicitarlos yo mismo.*

—*Gracias* —contestó Elizabeth—. *No me extrañes, no iré lejos.*

—*Me resulta imposible no extrañarte, nena.*

Lo odié por responder eso, por decirle nena y por abrazarla de ese modo.

—*Apoyo la pena* —coincidió Michael—, *pero seguro lo pasarás genial con tu familia* —comentó Michael mientras empujaba elegantemente a Andrew alejándolo de Elizabeth y se lo agradecí en silencio—. *Hasta luego, Nicholas.*

—*Adiós, Michael* —respondí extendiendo mi mano hacia él—. *Gracias por la cena.*

—*Buenas noches.* —Fue todo lo que dijo el periodista y yo respondí con la misma apatía.

Ella los acompañó hasta el ascensor y minutos después entró en el apartamento. Giré a mirarla y aún tenía una maravillosa sonrisa en sus labios, mientras que, a mí, los celos me quemaban por dentro.

«*Lárgate Nick, sabes que debes irte ahora que aún puedes darte cuenta lo mucho que ella puede herirte.*»

—*Yo también me voy* —anuncié—, *mañana tienes que viajar.*

La idea de que sus amigos supieran a donde iba y yo no, me molestaba aún más.

—*No, quédate un poco más. Aún es temprano* —pidió con dulzura.

—*Son casi las once de la noche, Elizabeth* —informé mientras caminaba dentro de la sala y tomaba mi saco—. *Avísame cuando tengas tiempo para vernos.*

—*Bien...*

Fue todo lo que la oí decir. Me puse mi saco y giré a mirarla. Su rostro ya no lucía feliz, tenía la mirada fija en el piso y su cuerpo tenía una postura derrotada que no comprendí.

—*Gracias por venir* —dijo cuando me aproximé un poco a ella

—. *¿Qué sucede?*

—*Nada* —respondió—. *Te acompaño al ascensor.*

«*Ahí estaba de nuevo, esa tristeza en su bello rostro que inquietaba mi alma.*»

Caminó hacia la puerta y la detuve. Mi piel se erizó cuando la toqué, cuando mis manos sujetaron su cintura y la atraje hacia mí.

—*¿Qué tienes?*

—*¿Qué tienes tú?* —preguntó—. *Otra vez me estás mareando* —se quejó—. *¿Por qué te vas? ¿Por qué estás molesto?*

—*¡Porque detesto que tu amiguito te toque!* —respondí sin poder evitarlo—, *porque he tenido que aguantar las ganas de romperle la cara por abrazarte de ese modo.* —Ella se sorprendió por mis palabras—. *Porque me molesta que no seas una chica normal que tenga amigas con las que puedo lidiar.*

—*Son mis amigos* —respondió—. *¡Ambos! Ninguno tiene interés en mí.*

«No seas tan inocente».

—Por Dios, Elizabeth. ¡No puedes ser tan ciega! —grité aburrido—. El periodista está interesado en ti.

—No, no lo está —respondió con seguridad—, y si lo estuviese, eso no importa. Eres tú quien me importa.

Su voz se quebró al decir eso, su mirada seguía triste y yo seguía queriendo matar a su amigo.

—No quiero que vuelva a abrazarte así —exigí como si tuviera derechos, su tristeza se suavizó, la halé hacia mí y tomé su boca, ella me correspondió—. Ni él... ni nadie... ¿De acuerdo?

La miré un segundo más y supe que todo se había ido a la mierda. Yo y mi vida perfecta, yo y mi libertad para elegir mujeres. Todo se había arruinado y lo que más me asustaba era que no me importaba, porque lo único que necesitaba en ese momento era sentir que esa mujer me pertenecía.

Tomé sus labios con exigencia y ella se entregó a mí sin protestar. La empujé contra la pared mientras mis manos tocaban su cuerpo sin inhibiciones. La deseaba con locura, la deseaba como jamás había deseado a nadie y aunque me repetía a mí mismo que no debía seguir rompiendo reglas con ella, no podía evitarlo.

Mi mente se nubló y no podía pensar, solo podía sentir y lo que sentía mientras sus besos respondían a mi demanda era solo placer, el más grande y delicioso placer. Sus manos se fueron sobre mi camisa, tocaron mi pecho. Nos besamos con desesperación, con una necesidad que sentíamos el uno por el otro. Mis manos se metieron debajo de su camiseta y su cuerpo tembló deliciosamente.

—No te vayas mañana —le supliqué—, pasa el día conmigo.

—No puedo —respondió entre gemidos—, es el aniversario de mis padres —explicó mientras sus dedos se enredaron en mi cabello—. No puedo faltar —lamentó.

Sus pequeñas manos bajaron por mi pecho y tiraron de mi camisa. Logró sacarla del pantalón y fue entonces cuando acaricio mi abdomen y me hizo temblar.

—¡Rayos, Elizabeth...! —gemí—. ¿Quieres matarme? —tomé su boca y la besé con desesperación—. No sabes cómo te deseo.

—Yo también a ti.

Me haló para besarla y no lo hice, solo observé maravillado lo bella que lucía estando excitada.

—¿Por qué tenemos que esperar? —preguntó—. ¿Por qué no ahora?

—Sabes por qué —respondí de forma automática—. No me gusta de noche.

—¿Le temes a la oscuridad? —Le sonreí y tuve que sujetarla con más fuerza de la cintura—. Yo puedo protegerte —susurró acariciándome el rostro.

Cerré los ojos cuando sentí sus caricias, pero no fue una buena idea porque mi deseo por ella aumentó.

—Has cambiado muchas cosas por mí... —dijo acariciando con sus dedos mis labios—. ¿Por qué no una más?

Abrí los ojos y me acerqué a ella, bajé mis manos hasta su cintura y empecé a subir mi camiseta.

—Quiero verte —exigí, ella levantó sus manos para hacerme el trabajo fácil. Todo empeoró en ese instante—. Oh... tienes unos senos muy bonitos.

Pasé mi mano sobre la tela de su brasier y luego la bajé por su vientre. Observé la diminuta prenda que cubría el resto de su cuerpo y me puse de mal humor al recordar que había estado

usando ese atuendo frente a los hombres que se habían marchado.

—*Tu falda es muy corta* —reproché—, *no me gusta.*

—*A mí no me gusta tu traje aburrido y aun así te lo pones.*

No fui capaz de creer lo rápida que era para responder. Esa mujer era tan dulce y sumisa, a veces, y otras, solo era rebelde y terca. Sonreí, porque ambas personalidades me encantaban de ella. Aproveché para tomar mi corbata y empezó a quitármela. Tomé sus manos y la detuve.

—*Si tú me quitas la ropa, yo te quito la tuya* —explicó.

—*No pasará, Elizabeth* —aseguré—. *No lo haremos, no de noche.*

—*De acuerdo* —respondió.

Sus suaves y pequeñas manos empezaron a soltar los botones de mi camisa, llegó hasta el último y sonreí. Ella quería jugar mí mismo juego, pero no estaba seguro de poder ganarle. Con su mano derecha acarició mi pecho y toda la piel se me erizó.

—*No estás ayudando, Liz* —reproché mientras veía la felicidad en su rostro, la detuve cuando intentó desabotonar mi pantalón y le sonreí—. *Ahora es mi turno.*

Puse mi mano sobre su cuello y empecé a bajar con suavidad, me detuve en sus senos y los acaricé sobre el brasier. Su cuerpo tembló con descaro y eso aumentó mi deseo por ella. La deseaba, la necesitaba, quería hacerla mía de una manera desquiciante. Elizabeth era como esa droga que hacía mucho no consumía, pero que mi cuerpo pedía a gritos.

Llegué hasta su falda y tomé el botón, sonreí al darme cuenta de que ella no iba a negarse. Su dulzura al mirarme era lo que hacía diferente ese momento de cualquier otro. La halé hacia mí y besé sus labios, ella se abrazó a mi cuello y correspondió con placer a mis besos. Mientras su pequeña lengua estaba dentro de mi boca provocándome las más deliciosas reacciones, mis manos empujaron su falda y esta cayó al piso sin problemas. Mordí sus labios y sonreí, me alejé para verla. Entonces, toda la guerra que había dentro de mí llegó a su final.

—*Aquella noche, cuando te vi por primera vez... ¿Recuerdas?* —Ella asintió.

—*En el bar...* —susurró con calma mientras mi mano tocaba su vientre y ella temblaba.

—*El movimiento de tu cuerpo torpe bajo unos zapatos de tacón llamaron mi atención.* —Se sorprendió—. *Mientras caminabas delante de mí, estudié tu cuerpo... algo que no hago muy a menudo, y llegué a la conclusión de que eras hermosa.* —Mi mano volvió a subir sobre sus senos y ella cerró los ojos— *Pero, jamás imaginé que serías más que eso.* —Levanté su rostro para que me mirara y sonreí—. *Eres perfecta, Elizabeth.*

La observé por unos segundos mientras la calma se apoderaba de mí con la misma intensidad que el deseo crecía. No había forma de evitarlo y menos de negarlo, Elizabeth Coleman tenía algo que no podía describir, pero a lo que no podía negarme. Quizás era solo que la deseaba con locura y quise pensar que cuando la hiciera mía, todo eso desaparecería.

«*Sí, es eso, todo terminará pronto y volveré a mi vida sin problemas*».

—*¡Diablos, no puedo!* —exclamé.

La sujeté de la cintura y la subí sobre mi cadera, la llevé contra la pared y ella empezó a besar mi cuello. Su cuerpo se movía sobre el mío aumentando mi deseo, no era normal que mi cuerpo se encendiera de ese modo. Con sus besos ella me ponía a mil y solo la imaginaba desnuda sobre mí. Sujeté su cabello entre mis manos y la halé hacia atrás. Su boca quedó frente a la mía y trató de besarme, pero no la dejé, metí uno de mis dedos en su boca y lo saboreó con placer. Su lengua acariciaba mis dedos con tanta perfección que me volví loco de solo imaginarla haciendo lo mismo con mi erección.

—*Me gusta tu pequeña lengua* —confesé con dificultad mientras me rendía—. *Ganaste,*

Elizabeth.

Tomé su boca y la sujeté fuerte. Caminé por el pasillo sin saber cuál era su habitación, pero al ver la puerta abierta supe hacia donde debía ir. La dejé caer sobre su cama y la observé por unos segundos; era hermosa, era dulce, pero, sobre todo, era peligrosa. Debía terminar con eso de una vez, debía ponerle fin a ese juego o terminaría siendo víctima de mis propias trampas.

13 – No más mentiras.

Sus ojos no dejaban de mirarme mientras empezaba a abrir su pantalón, soltó su correa y bajó su cierre, mis ojos seguían el movimiento de sus manos, dejó caer su pantalón y casi sonreí de placer al verlo en bóxer frente a mí, volvió a agacharse y sacó algo de su bolsillo, algo que no vi hasta que lo dejó en mi mesa de noche, era un preservativo «*¡Oh, mi hombre preparado!*». Subió a mi cama y pasó una de sus piernas sobre mí, se acercó, mordió mis labios y luego me miró.

—*Después de jugar con flores y chocolates...* —Me dio suaves besos sobre las mejillas y mordió mi oreja—... *Es momento de jugar a mi manera.*

Me vi temblando mientras una de sus manos bajaba por mi vientre, se coló entre mi ropa interior y sus dedos comenzaron a darme placer. Mientras mi cuerpo convulsionaba ante sus caricias, su boca empezaba a torturarme con pequeñas mordidas sobre mis pezones. Cerré los ojos y dejé de pensar, comencé a sentir, a sentirlo, a disfrutarlo... Ese era el momento que él había prometido en nuestra primera cita, después de sus mentiras, ahora empezaba su verdad... Su más placentera y deliciosa verdad.

Lo vi bajando por mi vientre y detenerse en mi ombligo. Sentí cuando hizo a un lado mi pierna y pasó su lengua sobre mi muslo, sentí la descarga de placer que me produjo su lengua sobre mi sexo, mientras sus dedos entraban y salían de mí. Todo mi cuerpo se desboronaba, toda mi piel ardía y dentro de mí, sentía que iba a estallar. Jamás en mi vida había sentido tantas cosas, tanto deseo, tanto placer y podía soportar más, quería más.

Grité cuando sentí el orgasmo recorriendo mi cuerpo, quería empujarlo lejos de mí para que se detuviera, pero él sujetó mi cadera con fuerza y continuó torturándome y solo pude dejarme llevar. Dejé que el placer me consumiera mientras sentía sus besos subiendo, causándome temblores, abrí los ojos y él sonrió.

«*Otra vez hizo trampa... ¡Me dio placer, pero él no lo recibió!*» pensé.

No terminé de pensarlo cuando se acomodó entre mis piernas y grité al sentirlo entrar en mí. Ni siquiera me di cuenta en qué momento se puso el preservativo... Quizá cuando convulsioné de placer.

De pronto mi cuerpo reaccionó otra vez, no podía creer que mi cuerpo disfrutara de esa manera. Aún no terminaba de superar los temblores del fabuloso orgasmo que él me había causado, cuando nuevamente me sentí excitada, otra vez empecé a gemir mientras él entraba y salía de mí, mientras sus movimientos bruscos me hacían sentir desesperada y necesitada. Mis manos se aferraron a su espalda y mis uñas se clavaron en ella.

Estaba sumergida en un estado de placer superior, estaba despierta, pero sentía que mi cuerpo volaba en una nube de algodón, era demasiado delicioso, jamás en mi vida había sentido algo así.

Abrí los ojos y él me estaba mirando, sonreía de forma divina, una sonrisa de placer y triunfo, una sonrisa maliciosa, pero una sonrisa, al fin y al cabo. Sus movimientos fueron suaves, su boca buscó la mía y me besó, pero fue un beso dulce, amoroso, como creo que jamás me habían dado.

Me miraba y me besaba mientras se movía dentro de mí. Las mariposas en mi estómago me dejaban sin aliento, levanté una de mis manos y acaricié su rostro. Era hermoso, su mirada ardiente, sus labios dulces, su movimiento sexy... Mi hombre perfecto, con sus momentos oscuros,

con sus flores y chocolates, con sus celos... Con todo lo bueno y lo malo, ante mí... ¡Simplemente, perfecto!

«««»»»

Desperté con una gran sonrisa en mis labios, mi cuerpo aún sentía esa deliciosa sensación de placer, las mariposas en mi estómago se despertaron apenas recordé la noche tan maravillosa que pasamos juntos. Una noche perfecta, con un hombre perfecto. «¡Mi hombre perfecto!».

Recordé sus brazos rodeándome mientras me quedaba dormida, recordé sus labios besándome mi rostro en silencio, aún sentía su olor sobre mis sábanas, sentía el aroma que había dejado sobre mi piel. Me moví sobre la cama y me di cuenta de que estaba sola, abrí los ojos, aún no amanecía, miré el reloj sobre mi mesa de noche... 05:42 am.

Me levanté envuelta en las sábanas, anduve descalza por el pasillo. Llegué hasta la sala y todo estaba oscuro, encendí la luz y la soledad golpeó con fuerza mi corazón.

«¡Se fue... él se fue!».

Mi memoria recordó algo que alguna vez dijo:

“Si sigues besándome voy a tomarte, buscaré mi placer y luego me iré y no volveré.”

Y no está, se fue... él se fue.

Tomé la manta de mi sofá y caminé hasta el balcón, me senté allí y abracé mis piernas mientras las lágrimas caían por mis ojos, quería pensar que volvería pronto... Pero sabía que, si me hacía esa ilusión, terminaría peor. Él obtuvo lo que buscaba: sexo; lo obtuvo y se marchó.

«Jugaba su mismo juego y perdí, debo asumir mi derrota... lo perdí».

«««»»»

Me senté en la mecedora de la entrada, miraba a mí alrededor y me recordaba a mí misma siendo una niña, jugando en aquel jardín, tomando fotos de todo. Estar en casa de mis padres me hacía sentir bien, me hacía sentir segura, fuerte... Me obligaba a no llorar, me obligaba a sonreír.

—Hoy luces triste —comentó Amanda mientras se sentaba a mi lado, pasé mi mano sobre su hombro y la abracé—. ¿Qué tienes?

—Nada... A veces, me da nostalgia... A veces, los echo de menos y pienso que jamás debí irme.

—Pero si tienes lo que siempre quisiste. —Me recordó mi hermanita—: vives sola, trabajas en una buena revista y, además, no estamos tan lejos.

—Es cierto, no me hagas caso—. Ella tomó mi cámara y empezó a ver las fotos.

—Andrew es guapo... Y creo que está enamorado de ti—. Otra cosa que me lo recordó.

—No, solo somos amigos—. Ella siguió mirando y luego se enderezó.

—¿Y este quién es? —preguntó, miré y mi corazón se detuvo al ver una foto de Nicholas... Quise llorar—. Uau... ¡Qué guapo!

—Sí... mucho.

Tomé la cámara y lo vi allí, de pie junto a mi mesa, nuestra primera noche...

—¿Quién es? —preguntó de nuevo mi hermanita con curiosidad.

Mamá llamó a Amanda y me sentí agradecida con ella por salvarme.

—¡Voy mamá! —gritó mi pequeña hermana—. Ahora regreso —me aseguró.

Volví a mirar hacia la imagen en mi cámara y quise llorar. Solo él podía hacer que algo tan hermoso terminara tan mal. Solo él podía lastimarme después de haberme hecho tan feliz.

«Solo tú me llevas al cielo y me dejas caer sin paracaídas».

Sequé las lágrimas que habían caído y me levanté de la mecedora, caminé hacia la puerta y corrí por las escaleras hasta mi habitación. Fui en busca de algo bonito que ponerme y me desvestí

para meterme en la ducha.

Tenía que olvidarme de él, tenía que pasar la página. No era un día para estar triste, mamá y papá estaban cumpliendo 35 años juntos, yo tenía que estar feliz y orgullosa de tener unos padres que se amaran así, ellos sí creían en el amor de flores y chocolates.

Después de una hora, por fin me había calmado. Estaba lista para sonreír por mis padres, el drama lo guardaría en un rincón de mi corazón y lo sacaría cuando estuviera sola.

—*¡Liz!* —gritó mamá—. *Cariño, ¿puedes bajar?*

Salí de mi habitación, respiré hondo y dibujé la mejor de mis sonrisas para ellos. Caminé con calma, bajé las escaleras y le sonreí a mi madre de pie al final de ella.

—*¡Oh, ¡qué hermosa estás!* —exclamó mi dulce madre.

—*Gracias* —respondí abrazándome a ella—, *dicen que me parezco a mi madre.* — Ella sonrió, tomó mi mano y caminamos hasta la sala—. *¿Papá sigue peleando con su chaqueta?*

Mi madre sonrió divertida, ella siempre sonreía, siempre era feliz.

—*No* —respondió mi padre desde el salón—, *desistí de ponérmela.*

No pude evitar reírme al escucharlo, entramos al salón y mi madre me presionó la cintura cuando estuvimos allí. Mi corazón se detuvo cuando me di cuenta de que mi padre no estaba solo.

—*Tienes visita, princesa* —dijo papá.

Mi estúpido corazón se aceleró apenas lo vi y pensé que me desmayaría. Mi madre sostuvo mi mano y se la apreté sin darme cuenta.

—*Hola, Elizabeth...* —saludó al verme—. *Andrew me dijo que podía encontrarte aquí— explicó—. Lamento mucho interrumpir una reunión familiar.*

—*No te preocupes* —susurró mamá—, *no interrumpes nada.* —Él le sonrió de forma encantadora—. *John... Cariño, ¿puedes venir a ayudarme con algo que necesito?*

—*Claro* —respondió mi padre muy a su pesar y se levantó—, *está en su casa, señor Carter.*

—*Gracias, señor Coleman* —respondió Nicholas.

Mis padres salieron de la sala dejándonos completamente solos y yo lo miré molesta. ¿Cómo se atrevía a ir a casa de mis padres después de haberse marchado de ese modo?

—*Te llamé a tu celular* —me explicó—. *Lo tienes apagado.*

—*No tenía ganas de recibir llamadas* —respondí, él se levantó del sofá al ver que no me iba a sentar—. *¿Qué haces aquí?*

—*Quería hablar contigo...* —Caminó hasta donde yo estaba y retrocedí—. *¿Podemos hablar?*

—*¿De qué?*

—*De nosotros* —respondió.

«*¿Nosotros? ¡No existe un nosotros!*».

Me giré en mis zapatos y caminé hacia la puerta. Salí de la casa y él me siguió en silencio. Me detuve en la entrada al ver su ostentoso auto estacionado. Caminé hasta allí y me detuve, respiré profundo y giré.

—*No existe un nosotros* —aclaré—, *por lo menos no para ti.*

—*Elizabeth...* —susurró—, *sé que tienes razón en estar molesta conmigo, pero...*

—*¿Molesta?* —interrumpí—. *No, no estoy molesta, lo que tengo es una decepción. ¡Y me la has causado tú!* —Su rostro se descompuso—. *Tengo que fingir frente a mis padres que estoy feliz porque no puedo decirles que anoche un imbécil fue feliz en mi cama y luego desapareció.*

Nicholas se quedó mudo al oírme. Giré para no mirarlo, para que no pudiera ver lo mucho que me había lastimado.

—*No he querido lastimarte* —susurró detrás de mí—, *sabes que no...* —«*¿Lo sé?*»—. *Pero*

esto es lo que soy Elizabeth, así de imbécil soy.

Me giré molesta para enfrentarlo.

—*¡No!* —grité—. *No eres así. Es el que quieres ser, es el que te empeñas en ser, pero no eres tú.* —Él se sorprendió por mis palabras o quizá de la forma en la que estaba gritándole—. *Eso es lo que más me duele...* —confesé—. *Porque cuando estás conmigo me dejas verte como eres, me dejas conocer al verdadero Nicholas Carter... Pero, cuando te das cuenta de que lo haces, cambias... Dices y haces cosas que lastiman.* —Él permanecía en silencio observándome sin decir media palabra—. *¿Qué haces aquí?*

—*Vine a disculparme.*

—*Bien, acepto tus disculpas.* —Me tragué el nudo en mi garganta y continué— *Ya no quiero más mentiras. Ya obtuviste lo que querías, es el momento de seguir tu camino y dejarme seguir el mío.* —Me dolía todo por dentro, me rompía el corazón decirle eso, pero era lo mejor para ambos—. *Puedes irte en paz.*

Me di media vuelta y con el dolor golpeando por dentro, empecé a caminar lejos de él.

—*No quiero cambiar quien soy* —dijo detrás de mí haciendo que me detuviera—. *Y contigo tendría que cambiar...* —Cerré los ojos y luego me giré—. *Yo no puedo darte lo que pides, no sé cómo hacerlo.*

—*No quiero que cambies* —le aseguré—, *no quiero que dejes de ser quien eres... Solo quiero que seas sincero conmigo.*

—*¡Soy sincero contigo! Lo he sido siempre.*

—*¡No es así!* —Él solo me observó—. *No creo que hayas conducido hasta aquí, solo para disculparte... ¿O sí?* —Permaneció en silencio—. *¿Realmente viniste a eso?*

Podía verlo, podía sentir su guerra interna. Sus ojos me gritaban que estaba sufriendo, no sabía si por mí o por él... Pero, estaba sufriendo y no quería que sufriera más. Giré y volví a alejarme porque no podía hacer nada por él, no podía hacer nada por mí.

—*¡No vine a eso!* —dijo. Me detuve, pero no lo miré—. *Vine a decirte que ayer me sentí feliz mientras dormías en mis brazos.* —Mi alma salió de mi cuerpo al escucharlo—. *Por eso me fui.*

Giré a mirarlo y me rompió el corazón ver lo mucho que estaba sufriendo.

—*Tengo un jodido problema, Elizabeth... Yo... No creo en ninguna mujer...* —Mi sorpresa fue mayor—. *En ninguna que jure amarme. ¡Porque no creo en el amor y no quiero creer!* —exclamó con dolor—. *Pero, el problema es que contigo no necesito creer, porque haces que sienta todo lo que he evitado sentir...* —Quería sonreír, pero su tristeza no me lo permitía—. *Me fui con la intención de no verte más, pero mientras transcurría el tiempo, sentí miedo... Un maldito miedo de perderte.* —Dio dos pasos más hacia mí—. *Y ese miedo me tiene aquí. A pesar de que una parte de mí grita que debo subir a mi auto, tengo miedo de seguir... de seguir sin ti.*

Miraba sus hermosos ojos azules y podía ver su dolor, su miedo, su frustración, demasiadas cosas para una sola persona, demasiados problemas juntos, demasiado dolor para un hombre como él. Escuché lo que decía. Noté su lucha interna por hacer lo que quería y lo que creía que debía hacer... Nuevamente veía esa tristeza en sus ojos y me sentí morir.

—*Entonces, no lo hagas* —susurré—, *no te alejes de mí y no me obligues a quererte lejos.* —Me acerqué a él y me detuve solo a escasos metros—. *Nicholas, no me importa si tú no crees en el amor, no me importa quién te hizo ser tan duro y frío... ¡No soy esa persona!* —Levanté la mano y le acaricié el rostro, él cerró los ojos—. *Yo soy esta, la misma que se sintió completa mientras besabas mi frente y me abrazabas después de hacerme el amor.* —Él abrió mucho los

ojos—. *No te pido que creas en el amor, ni que cambies... Solo que creas en esto que sentimos, que ambos sentimos...* —Levantó su mano y me acarició la mejilla—. *Sabes que desde aquel día en ese bar me hiciste temblar como una adolescente, sabes que no son las flores o los chocolates lo que yo necesito. Lo que realmente necesito es sentir que te importo.*

—*¡Me importas más de lo que me gustaría, Elizabeth!* —exclamó haciendo que unas lágrimas corrieran por mis mejillas.

—*No me alejes de ti* —supliqué—, *tenemos derecho a intentarlo... ¡Yo quiero intentarlo!*

—*No soy el hombre que tú necesitas* —dijo con tristeza—. *No quiero lastimarte, Elizabeth.*

—*¡Entonces, no lo hagas! No te alejes de mí* —supliqué—. *Nick, en este momento eres todo lo que quiero y necesito. En este momento lo único que necesito es que me abracés y me digas que para ti también fue especial... Solo eso.*

Él me observó unos segundos con un debate en su interior. Extendí mi mano y tomé la suya, él se acercó más a mí, me rodeó en sus brazos y fue suficiente, me bastó ese abrazo para olvidar lo malo y sentirme feliz.

—*Si no fueses especial no estaría aquí* —susurró besando mi rostro y secando mis lágrimas—. *Lo siento, lamento haberme ido así.*

Me abracé a él y disfruté del olor de su piel, sentí el calor de su cuerpo y mi piel se me erizó.

—*Pensé que no volverías* —lamenté—, *pensé que era el adiós.*

—*Tuve esa intención... Pero, he fracasado.* —Volví a mirarlo, levantó la mano y acarició mi rostro—. *No puedo prometerte cosas que no sé si pueda cumplir.*

—*No quiero promesas. No las necesito, solo... solo no te alejes de mí* —supliqué—, *solo déjame estar contigo... solo eso.*

Él sujetó mi rostro y sus hermosos ojos azules me miraron, fue allí cuando me di cuenta de que había dejado una fina línea de barba rodeando sus labios, sus ojos lucían oscuras ojeras y su cabello seguía muy a su estilo. Él me abrazó más fuerte y cerré los ojos cuando sentí sus labios sobre los míos, mientras mi boca disfrutaba de ese beso yo era totalmente feliz.

Él estaba allí, conmigo... luchando consigo mismo para permanecer a mi lado. Sabía que no sería fácil, que me tocaría luchar contra algo que ni siquiera sabía qué era, pero valía la pena. Sabía que lo malo no había pasado, pero por él... por él yo era capaz de todo... por verlo feliz, yo sería capaz de todo.

...

Lunes, otro día de trabajo... pero, tenía ganas de salir y sonreír a todo el mundo. Que todo el mundo viera que era feliz. Había pasado un hermoso fin de semana con mis padres. Nicholas nos había acompañado a almorzar, aún recuerdo la cara de Amanda cuando lo vio, era increíble que él tuviera ese efecto con todas las mujeres... hasta con las que aún deberían jugar con muñecas.

Estaba feliz de que haya ido a verme, que conociera a mi familia, eso me hizo tan feliz. Aunque él se mostró como el importante empresario Nicholas Carter ante ellos, a mí me miraba de forma dulce y hermosa. Hubiese querido que se quedara, pero tenía trabajo que terminar.

Terminé de ponerme los zapatos asesinos y tomé mi teléfono para mirar la hora... 07:26 am. «*¿Estará despierto?*», me pregunté.

Lo echaba de menos... Marqué su número y esperé mientras el corazón se me salía por la boca.

—*Carter* —respondió con una voz seria que me asustó.

—*Señor Carter, buen día* —saludé feliz de oírlo.

—*Buen día, Liz. ¿Ya estás en Nueva York?*

«¡Liz, me dijo Liz!».

—Sí —respondí—, *llegué temprano, ¿te desperté?*

—No, suelo despertarme a las seis, hago ejercicios y luego me alisto para ir a trabajar —«¡Qué hombre tan activo!»—. *¿Cómo lo pasaste ayer?*

—Bien... *pasé un feliz domingo en familia; nos fuimos al cine y luego cenamos fuera, la pasé muy bien con ellos... pero, te extrañé.*

—Tuve ganas de ir a verte —Mi corazón se detuvo de felicidad—. *Pero no quería interrumpir tu día familiar.*

—*Habría sido feliz si lo interrumpías* —confesé—. *¿Qué tal tu día?*

—*Estuve trabajando, hoy tengo un día jodido... Demasiadas cosas de las que me tengo que ocupar.*

El ascensor se abrió y le sonreí a Albert cuando me abrió la puerta.

—*¿Ya estás yendo a trabajar?* —preguntó.

—Sí, *Andrew vino por mí para ir a desayunar y luego iremos a la revista.*

Me detuve frente al auto de Andrew y al no escuchar más a Nicholas hasta pensé que había cortado la llamada.

—*¿Hola, estás allí?*

—Sí —respondió con una voz asesina—, *aquí sigo y ya me voy* —«¿Qué?»—. *¡Disfruta del desayuno con tu querido amigo! Adiós, Elizabeth.*

Ni siquiera me dio tiempo de responder, ni de procesar lo que había pasado. Él había colgado la llamada y me quedé con ese mal sentimiento dentro de mí. Andrew abrió la puerta del auto y me miró con mala cara.

—*¿Y ahora qué? ¿Por qué esa cara?* —preguntó y yo fingí mi mejor sonrisa mientras besaba su mejilla—. *Voy a adivinar: a esta hora solo puedes haber estado hablando con él, y por tu cara seguro le dijiste que yo estaba aquí y le dio otro ataque de celos.*

No le quise responder, él empezó a reírse mientras echaba a andar su auto.

—*¿Cómo estás?* —pregunté tratando de cambiar el tema.

—*Mejor que tú, es un hecho.* —Rodé mis ojos y miré hacia el camino—. *¿Por qué no le has dicho que soy gay?* —preguntó de mala gana y lo miré—. *Ya lo hicieron y sigue contigo, ¿por qué no se lo has dicho?*

—*No lo sé, no he tenido la oportunidad.*

Él se detuvo en el semáforo y sujetó mi rostro para que lo mirase.

—*Eres tan mala mintiendo.*

—*Quiero que confíe en mí* —susurré—. *Quiero que entienda que tú y yo somos amigos y que nos queremos como hermanos.*

—*Si yo le contara que te deslumbraste conmigo cuando nos conocimos y que me besaste... seguro no entendería.* —Le di un golpe en el brazo y él siguió riendo.

Andrew era un hombre tan alegre, tan dulce, tan cariñoso, tan distinto a Nicholas. Sabía que no podía pedir tanto de él, pero sin duda esas eran cosas que yo necesitaba.

Casi a medio día, después de terminar de arreglar todo lo pendiente, me senté en mi escritorio y me quedé pensando en él, así que tomé mi teléfono y le envié un mensaje:

“*Si me dejan elegir junto a quien quiero desayunar, almorzar o cenar... siempre te elegiría a ti*”.

Suspiré y guardé mi teléfono.

Era increíble como mi estado de ánimo dependía de lo bien o mal que estuviera con él. Si él

estaba feliz conmigo, yo era feliz. Si se molestaba, yo sentía un horrible vacío dentro de mí, era horrible depender de alguien de la manera como empecé a depender de él. No quería ser así, pero no podía evitarlo.

Mi teléfono vibró y lo saqué de inmediato.

“No lo digas tanto y demuéstalo”.

Media hora después estaba en la puerta, preguntándome si había hecho bien en llegar hasta allí. Él dijo que tenía un día ocupado y quizá ni siquiera iba a poder verlo, pero ya estaba allí y debía seguir adelante. Me acomodé el uniforme y pisé firme para no caer a causa de los zapatos asesinos. Entré en el gran edificio donde estaba ubicada su empresa, la mujer con cara de *top model* me miró de pies a cabeza y me sonrió con disfrazada amabilidad mientras me acercaba.

—*Buen día, ¿en que la puedo ayudar?* —preguntó con la misma voz melodiosa de siempre.

—*Quiero ver al señor Carter* —respondí con una sonrisa que no pude evitar al mencionarlo.

La muy ridícula mujer levantó la ceja y sonrió de forma irónica.

—*¿Tiene cita con el señor Carter?*

—*No, no la tengo.* —Su sonrisa fue burlona y empecé a ponerme de mal humor.

—*El señor Carter no recibe a nadie sin una cita previa, le daré la tarjeta para que tome una.*

Sostuve la tarjeta y respiré profundo.

—*¿Podría avisarle a su asistente?* —pregunté—. *¿Podría preguntarle si el señor Carter puede recibirme?*

Ella me miró por unos segundos y luego levantó el teléfono.

—*No creo que ella pueda hacer mucho. El señor Carter no es de los que tiene tiempo libre en su agenda* —agregó con una sonrisa estúpida cuando pronunciaba su nombre.

«*Efecto Carter sobre las mujeres*».

—*Hola Ashlee.* —La escuché decir—. *Disculpa que te moleste, pero tengo a una señorita queriendo ver al señor Carter* —explicó la recepcionista de forma aburrida—. *No, no tiene cita. Pero, insistió en que te preguntara a ti.* —Ella levantó la mirada y sonrió de forma burlona—. *¿Cuál es su nombre?*

—*Elizabeth Coleman* —respondí molesta.

Ella repitió mi nombre y luego se quedó en silencio por unos segundos, quitó su estúpida sonrisa y se puso rígida.

—*Claro... enseguida.* —Colgó el teléfono y se levantó—. *Disculpe por hacerla esperar, la acompañaré hasta el ascensor y Ashlee la recibirá arriba.*

Le sonreí de la misma forma burlona como ella había hecho.

«*¿Lo ves? No necesito cita para ver a mi dios griego, ¡jumm!*».

Dejé de burlarme de ella de forma interna y cuando se abrió el ascensor, pasó su tarjeta, marcó el piso, me dijo adiós de forma formal y educada. No sabía por qué me había dejado entrar tan pronto, su cambio de actitud me había sorprendido... pero me encantaba.

Cuando las puertas se abrieron en el piso marcado la *Miss Mundo* que Nicholas tenía como asistente me sonrió, levantó su mano y yo la tomé.

—*Buen día, señorita Coleman... disculpe que la hayan hecho esperar* —dijo con una amabilidad exagerada, mientras me invitaba a seguirla—, *el señor Carter está en una junta.*

—*Oh, no quiero interrumpirlo* —aseguré deteniéndome—. *¿Tardará mucho?*

—*Inició hace poco... pero, espéreme en la recepción mientras le aviso que usted está aquí.*

—*¡No!* —La otra mujer que estaba en el escritorio no dejaba de mirarme—. *Realmente no*

quiero interrumpir, por favor, solo dígame que estuve aquí.

—No —insistió Ashlee—, *tengo que avisarle antes de que se marche o tendré un problema con mi jefe.*

Noté la sinceridad en sus palabras y aunque tenía el impulso de irme, no quería meterla en problemas. Sabía que Nick no era tan amable siempre y no quise perjudicar a la Miss.

—*No le diga que estuve aquí.*

—*¡Imposible!* —exclamó—. *Tengo que avisarle. Por favor, solo espéreme aquí. Enseguida le aviso.* —Giró hacia la rubia que nos observaba con interés—. *Nicole, tráele un café a la señorita Coleman.*

Ordenó la Miss Mundo a la otra mujer. Me senté y ella caminó hacia el fondo del pasillo, me quedé mirándola hasta que llegó a una puerta de vidrio, se detuvo un segundo y luego la abrió, entonces lo vi y mi corazón saltó.

«*¡Mi hermoso dios griego!*».

Estaba sentado en el extremo de la gran mesa, justo donde podía verlo. Miró serio a Ashlee y después de unos segundos frunció el ceño.

«*¿Se molestó?*».

Ella retrocedió y él siguió hablando con las personas que estaban allí. «*Genial, se molestó*», pensé.

Su asistente caminó muy seria hasta donde yo estaba y me puse de pie.

—*El señor Carter me pidió que la lleve hasta su oficina, en un momento la atenderá.*

Mi sonrisa fue tan amplia que hasta ella sonrió, me llevó hasta otra puerta de vidrio y me invitó a pasar.

—*Enseguida Nicole le traerá su café. ¿Desea algo más?*

—*No, estoy bien así. Gracias.* —Ella sonrió y caminó de regreso a la puerta—. *Disculpa... —susurré—. ¿Él se molestó?*

—*¿El señor Carter?* —preguntó, yo asentí—. *No, se sorprendió. Pero, enseguida me pidió que la trajera aquí y le ofreciera algo de comer.*

—*¡Oh, genial!* —exclamé como una niña feliz—. *Con el café es suficiente. ¡Gracias!*

—*De nada. Si necesita algo, estará afuera... Permiso.*

Sonreí cuando ella se fue y me quedé de pie mirando su oficina; era grande, elegante, sobria. Había una gran ventana de pared a techo que dejaba ver la hermosa ciudad. Caminé hasta allí y la contemplé. Él tenía una hermosa vista desde allí.

Miré sobre su escritorio y no había ninguna fotografía, ni de familia, amigos. Había diferentes títulos sobre la pared, pero su oficina era fría y tan grande, que se sentía vacía. Un sofá de cuero negro estaba a un extremo y dos sillas frente a su escritorio, una laptop y un cuadro con una gran mancha negra como dibujo.

«*¿Eso es arte? ¡Qué feo!*».

Caminé hasta el cuadro buscando la firma del pintor, pero no la vi, me giré y la computadora se encendió. Mi corazón se detuvo cuando vi mi foto.

«*¡¡Oh, Dios!! ¡Tiene mi foto en el gran elefante en su laptop!*».

Mi felicidad no podía ser mayor, ¡él me tenía en su laptop!

Escuché la voz de Ashlee y corrí hacia el asiento donde debía estar sentada. Caí sobre el mismo y ella tocó la puerta.

—*Permiso* —dijo y dejó entrar a Nicole, quien traía una bandeja con una taza de café y dos bolsitas de azúcar, la puso sobre el escritorio y luego salió—. *¿Necesita algo más?*

—*No, muchas gracias.* —Ella sonrió y se despidió.

Cuando se fue, me levanté y volví a mirar su computador y a sonreír otra vez, me di cuenta de que toda la oficina era de vidrio y que solo las largas persianas verticales evitaban que se viera para adentro. Caminé hasta una de ellas y la hice a un lado, sonreí cuando vi que la sala de junta estaba con la puerta abierta. Él estaba de pie, lucía un traje elegante azul oscuro, sus zapatos brillaban de limpios y su cabello estaba tan desordenado como siempre. Estaba serio e incluso parecía molesto.

«*¿Habré hecho bien en venir?*».

Después de unos minutos lo vi salir de la sala de juntas. Ashlee caminaba junto a él mientras le leía algo. Él se detuvo casi frente al escritorio de su secretaria y lo vi fruncir el ceño, Ashlee bajó la mirada y después él empezó a caminar visiblemente molesto hacia donde yo estaba.

Solté la persiana y casi caigo al correr hacia la silla, el corazón me latía con fuerza y mis manos temblaban, sabía que era una mala idea haber ido, pero ya estaba ahí y tenía que aguantar su mal humor.

Abrió la puerta y me quedé inmóvil al verlo, lucía tan serio, ¿tenso? ¿Molesto? ¡Quién sabe! Pero, de lo que sí estaba segura, era que se veía malditamente hermoso.

—*Hola* —saludé casi sin aliento—. *Lo siento, no quise interrumpir tu reunión.* —Él entró y cerró la puerta, pero no se acercó—. *Recibí tu mensaje y... pues... tuve la mala idea de venir.*

—*¿Mala idea?* —preguntó algo sorprendido por lo que dije.

—*Sí, porque estás ocupado y te he interrumpido.* —Caminó hacia mí y me quedé mirándolo—. *Lo siento.*

Él levantó su mano y soltó mi cabello que estaba atado con un gancho, lo dejó caer sobre mis hombros y pude ver una suave sonrisa en sus labios.

—*Lamento interrumpirte...* —susurré.

—*No lo lamentos. Me hace feliz verte.*

«*¡Oh, le hace feliz verme!*».

Se apoyó sobre su escritorio, me miró un segundo más antes de sujetar mi cintura, halarme hacia él y besarme. Me sentía en el cielo, con el corazón a mil por hora, su boca se apoderó de la mía con total facilidad, sus besos eran rudos y ardientes, me besaba con desesperación y a pesar de que amaba sus besos suaves, los intensos me hacían sentir su necesidad de mí. Me colgué de su cuello, mientras sus manos estaban en mi trasero sujetándome con fuerza. Me sentía tan pequeña y débil cuando él me besaba así, me sentía capaz de darle mi vida a cambio de momentos como esos.

Después de unos minutos dejamos de besarnos, él sólo respiraba sobre mí, haciéndome temblar, su mano viajaba desde mi espalda hasta mi trasero y me hacía temblar. Abrí los ojos y me alejé un poco para acariciar su rostro, abrió los ojos y yo sonreí.

—*¿Realmente no te molesta que esté aquí?* —pregunté, él negó—. *¡Qué bueno! Porque vine a invitarte a almorzar.*

—*No puedo, tengo tres reuniones en la tarde* —respondió muy serio y me di cuenta de que ese que estaba frente a mí era mi hombre oscuro—, *no tengo tiempo.*

—*¿No vas a almorzar?* —interrogué—. *Son las dos de la tarde, ¿es que no comes?*

—*No cuando tengo cosas que hacer* —agregó—, *te dije que hoy tenía un día muy jodido.*

—*No puedes estar con solo un café en el estómago.* —Él me miró algo sorprendido, pero no dijo nada y supe que debía marcharme—. *Está bien, entonces me voy* —dije alejándome—. *Espero que alguien en la revista aún no haya comido, así me acompaña.* —Tomé mi bolso de la

silla y lo miré—. *No me gusta comer sola.*

—*Seguro que el periodista estará feliz de acompañarte* —dijo con una voz envenenada—, *él siempre tiene tiempo para ti.*

Su comentario me molestó y mucho.

—*¡Sí!* —exclamé—. *Él siempre tiene tiempo para mí, por eso es mi mejor amigo.* —Él rio con ironía.

—*Solo hasta que logre meterse en tu cama.*

Si hubiese estado más cerca de él, seguro lo hubiese golpeado. «*¡Idiota!*».

Me miraba muy molesto y yo deseaba que lo partiera un rayo por tonto. Caminé hasta donde estaba y me detuve frente a él.

—*¡No todos son como tú!* —le reproché.

—*Otros son hipócritas y fingen ser amigos solo para ganarse su confianza.*

—*¡No hables de alguien a quien no conoces!* —exigí—. *No conoces a Andrew, así que no opines.*

—*Uau... Es interesante ver como defiendes al periodista.* —Me enojé aún más—. *¿No entiendo que haces aquí?* —gritó molesto—. *Él está más cerca. Ve con él. Seguro sale corriendo si lo invitas a almorzar.* —Me miró tan molesto, tan frío que me dolió el pecho—. *Pero cuidado si luego quiere que su postre seas tú.*

—*Es imposible que entiendas que solo somos amigos, ¿verdad?*

—*Es imposible que entiendas que te desea en su cama tanto como yo en la mía, ¿verdad?*

—*¡Tú no me deseas en tu cama!* —respondí de forma automática mientras ignoraba el nudo en la garganta que me dificultaba hablar.

—*¡Sabes de lo que hablo!* —aclaró—. *Ese imbécil no te ve como una amiga.*

—*¡Tú no entiendes nada!* —grité furiosa—. *¡Y jamás vas a entender! Para Andrew, yo soy como su hermana.*

—*¡Te desea, entiéndelo!*

—*¡No, no me desea ni a mí ni a ninguna otra mujer!* —Tomé aire para lograr terminar de hablar—. *Él me ve como una amiga, como una hermana y jamás me verá de forma diferente, ¿sabes por qué?* —Nicholas me miró aburrido—. *¡Porque Andrew es GAY!* —Su expresión cambió de inmediato cuando lo dije—. *¡Mi mejor amigo es gay!* —repetí por si no lo había escuchado bien—. *Y Michael es su novio desde hace años.* —Se sorprendió mucho más—. *¡Sé feliz!*

Caminé fuera de su oficina con ganas de llorar de rabia, de impotencia... odiaba aquello, odiaba pelear con él, odiaba que fuera tan idiota a veces. Caminé hasta el ascensor sin mirar a nadie, seguramente habían escuchado nuestra discusión y estaba avergonzada, presioné una y otra vez el botón del ascensor.

«*¿Por qué cuando uno necesita que lleguen rápido son tan lentos?*».

Tenía ganas de golpear a alguien... En realidad, sabía a quién quería golpear.

«*¿Por qué es tan voluble? ¿Por qué sonrío y al segundo está tan molesto?*».

Era tan fácil amarlo y aún más fácil tener ganas de golpearlo. «*Eso me pasa por pensar que él podría alegrarse de verme aquí, después que me colgó el teléfono esta mañana... ¿Por qué no me haces la vida más fácil mi dios griego? ¿Por qué eres tan insoportable, a veces?*».

14 – Novios.

Me había quedado en *shock*, nunca hubiera podido imaginarlo. Me mantuve de pie en mi oficina escuchando los gritos que ella había soltado sobre mí.

«¿Andrew Boothe y Michael son gays? ¿Y, además, novios?».

«No es que me escandalice, tengo amigos gays, pero ninguno luce como ellos. Ambos son tan...».

«¡Mierda, Elizabeth se fue!».

Salí corriendo detrás de ella, la vi entrando al ascensor y rogué porque este se tardara hasta que yo llegara allí. Pasé corriendo delante de Ashlee y Nicole, estaba seguro de que ambas estarían sorprendidas al verme corriendo tras una mujer, pero no me importaba. Llegué al ascensor justo cuando este estaba por cerrarse, pero con mi mano lo evité. Ella me miró con lágrimas en los ojos.

«¿Es que solo la haré sufrir?».

Entré en el ascensor y ella miró en otra dirección, las puertas se cerraron y yo seguí mirándola aun sin creer lo que había dicho. Di un paso más hacia ella y levantó la mano para detenerme.

—No —exigió sin mirarme.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté también molesto—. Sabes que desde que lo conocí me ha molestado el hecho de que esté tan cerca de ti. ¡Debiste decírmelo!

Ella no me miró, continuó ignorándome. Volví a dar un paso para acercarme y volvió a retroceder, pero chocó con el espejo del ascensor.

—¡No! —repitió con el ceño fruncido.

—Elizabeth, mírame —ordené.

El ascensor se abrió en el tercer piso, ella levantó la mirada hacia los hombres a punto de entrar. Ambos me saludaron de forma educada y yo levanté la mano para impedirles que subieran. Ellos no se movieron, no dije nada, pero ellos sabían que no debían entrar. Las puertas se cerraron y en ese momento sí me miró.

—¿Te gusta verme molesto? —pregunté—. ¿Te gusta que sienta celos por ti? —Ella no me respondió y yo comenzaba a odiar su silencio—. ¿Por qué carajos no me dijiste eso sobre él?

—¡Porque mi palabra debía ser suficiente! —gritó sorprendiéndome—. ¡Debiste creer en mí!

—No soy de los hombres que creen en las mujeres, Elizabeth.

—¿Qué pena por ti! —volvió a gritar—. Porque no siempre voy a poder darte pruebas para que confíes en mí.

—Quizá no siempre, pero cuando las tengas, deberías dármelas, eso cambiaba todo. —Ella continuó mirándome furiosa, pero yo estaba igual—. Te lo callaste. Haces que me sienta amenazado con él. ¡Y esperaste a que explotara de celos para que me lo dijeras!

—¡No me grites! —exigió de forma desafiante—. No soy uno de tus empleados, ¿de acuerdo?

Estaba molesto con ella, estaba molesto conmigo mismo, pero aun así estaba sorprendido de la forma como ella se atrevía a hablarme, a gritarme... estaba sorprendido como esa niña aparentemente dulce y sumisa tenía el valor de enfrentarme de ese modo.

—Me gustaría que lo fueras para que aprendas a hacer las cosas como se deben y no como

te da la gana —respondí.

—*¡Pues, te quedarás con las ganas!* —gritó de nuevo.

—*Nunca...* —susurré acercándome—. *¡Jamás! Me quedo con las ganas, Elizabeth* —le asegure—. *No me tientes. No te gustará conocerme.*

—*¡No te tengo miedo, Nicholas!*

Me acerqué un poco más y empezó a sentirse afectada. Era verdad, tenía carácter y era valiente por solo desafiarme de ese modo, pero aún tenía un efecto en ella y eso era algo que evidentemente la debilitaba.

—*No me dejas respirar* —se quejó.

—*No te estoy tocando* —respondí con orgullo—, *te comportas como una niña* —reproché.

—*¿¿Yo??* —gritó.

Me di cuenta de que el ascensor estaba por abrirse, así que me alejé y lo detuve. Este se quedó inmóvil de inmediato.

—*¿Qué haces?* —preguntó cuándo giré hacia ella. Bajó la mirada y aunque estaba molesto no era inmune a su poder extraño sobre mí—. *Abre la puerta. ¡Quiero irme!*

Respiré profundo una y otra vez tratando de alejar mi mal humor y poder comprenderla. No quería lastimarla y sabía que, a pesar de ser tan malcriada, era fácil hacerlo.

—*¿Por qué diablos no me dijiste que él es gay?* —pregunté—. *¿Por qué has esperado que sienta celos una y otra vez? ¿Por qué esperar que mis celos hablen por mí y te ataquen para por fin soltar la verdadera razón por la que no debo sentirme amenazado por tu amigo?*

Ella también respiró profundo y levantó la mirada.

—*Quería que confiaras en mí* —susurró—. *Pero, claro... tú no confías en nadie... menos en mí.*

Su reproche me dolió porque sabía que también le dolía a ella. Era verdad, yo no confiaba en nadie, menos en ella, pero no me había dado motivos para desconfiar y lo sabía.

—*¿Cómo quieres que confíe en ti si no hablas claro?* —pregunté sin mirarla—. *¿Por qué pides que confíe en ti, si tú no tuviste la confianza para decirme que tu amigo es gay?*

—*No es algo que yo tenga derecho a contar* —respondió más calmada—. *No es mi vida y no tengo derecho a ir por allí diciéndole a todo el mundo que él es gay para que sepan que su cariño por mí es real.*

—*¡No soy todo el mundo!* —le recordé girando para mirarla—. *Hasta donde había entendido tú y yo íbamos a tratar de llevar esta...* —«Dilo»— *... esta relación de buena manera.*

—*¡Solo quería que confiaras en mí!* —repitió con tristeza—. *¡Quería que mis palabras fueran suficientes para ti!*

—*¡Sabías que no eran suficientes! Desde que lo conocí te dije que él no me agradaba. Todo el mundo en la revista cree que tienes un romance con él.*

—*¡No puedes creer en todo lo que dicen los demás!* —recriminó—. *¡Todo el mundo cree que eres gay y yo no! La gente siempre inventa.*

—*¡No, la gente habla lo que ve y aquel día cuando fui a recogerte él estaba a punto de besarte en medio de la recepción!* —Esperé que se atreviera a justificarlo, pero no lo hizo—. *En ese momento no me importó porque estaba claro que lo único que quería de ti era sexo, pero ya pasamos esa etapa y sigo aquí.* —Ella entristeció más—. *¡Joder! ¡Tú no me estás ayudando!*

Nos miramos en silencio por varios minutos. Habíamos dicho lo que debíamos, finalmente Andrew no representaba ninguna amenaza, por lo menos no de la forma que yo esperé. Volví a tomar aire y me giré, presioné el botón y la puerta se abrió. Fruncí el ceño al darme cuenta de que

había bastante gente afuera que al vernos saludaron en coro. Se hicieron a un lado para dejarme pasar y yo hice lo mismo para que ella saliera. Frunció el ceño, pero no opuso resistencia, salió del ascensor y me di cuenta de que sus mejillas estaban coloradas... Se había avergonzado.

Apenas vi a la mujer en la recepción recordé que había dejado a Elizabeth esperando así que me aproximé a ella.

—¿Cuál es tu nombre? —le pregunté.

—Jaqueline... *Mi nombre es Jaqueline, señor* —respondió nerviosa.

—Escúchame bien, Jaqueline, si vuelves a hacer esperar a la señorita Coleman aquí, te despediré. —La mujer palideció—. *¿Te quedó claro?*

—Sí, señor—respondió de inmediato y luego miro a Liz—. *Disculpe, señorita* —Liz asintió—. *No sabía que era su amiga, señor.*

—*No es mi amiga...* —aclaré con molestia—. *Es mi novia* —Creo que ambas se sorprendieron, sobre todo Liz—. *Vamos, Elizabeth.*

Ella me siguió hacia el estacionamiento, saqué las llaves de mi pantalón y desactivé la alarma a mi auto. Caminé hacia la puerta del copiloto y la abrí para ella, me sorprendí cuando la vi sonriendo, pero cuando se dio cuenta que la miraba dejó de hacerlo.

«¿Y ahora que te hizo feliz?».

Ella subió al auto en silencio, sin preguntar nada, ni decir nada... Demasiado perfecto, para ser ella. Caminé hacia mi lugar, subí y me puse el cinturón, respiré profundo y encendí el auto. Salí del estacionamiento y ella se mantuvo en silencio.

«¿Andrew y Michael novios? Increíble».

No me podía culpar por no notarlo, en ningún momento vi algún tipo de amaneramiento entre ellos. Ambos lucían como unos hombres... *normales...* tipos como yo, quizá más bromistas y felices, pero eran tan como yo, que si ella no lo hubiese dicho no lo hubiese creído.

—¿A dónde vamos? —preguntó finalmente rompiendo el silencio.

—*A comer... ¿No viniste a eso?* —Ella me miró un segundo y luego volvió a mirar por su ventana. —*Lamento haberte gritado.* —Ella giró a mirarme, pero yo no aparté los ojos del camino—. *Tienes ese jodido don de alterarme y luego calmarme... Me siento tan voluble contigo.*

—*No creo ser culpable de tu carácter voluble* —se defendió—. *Lamento no haberte dicho lo de Andrew, pero, no es algo que vaya contando a todo el mundo, ni siquiera mis padres lo saben y no es porque sienta vergüenza de su preferencia sexual, sino, que no es mi vida... Es suya y la respeto.*

—*Lo entiendo* —respondí con calma y frené en el semáforo. Ella me miró de aquella forma que me encantaba, mi mano estaba sobre la palanca de cambio y puso la suya encima—. *Eres una niña malcriada* —. La acusé, sonrió con orgullo y se soltó un poco el cinturón para acercarse a mí.

—¿*Ya no te gusto?* —preguntó fingiendo una tristeza tonta, la halé del cuello y mordí sus labios.

—*Ese es mi gran problema, que así me gustas mucho más.*

Mi cuerpo reaccionó cuando su pequeña lengua entró en mi boca, la besé hasta que las bocinas de los demás carros comenzaron a pitar. Ella sonrió y volvió a su lugar, lamió sus labios luciendo realmente feliz... ¡Mujeres!

—¿*Somos novios?* —preguntó de pronto, yo sonreí—. *Es que le dijiste eso a la recepcionista y...*

—¿Preferirías que le dijera que somos amantes?

—¡No! —exclamó de inmediato—. *El término novios, me hace más feliz.*

—*Genial... Me alegra poder hacerte feliz.*

Volvió a sonreír y me quedé mirándola, admirando su belleza. Podía sentir su alegría y estúpidamente me sentía igual. Cuando entramos a *Aspine*, el lugar donde vivía desde hacía varios años, bajé la velocidad y ella miró con asombro a su alrededor. Entré en mi propiedad y estacioné, bajé y abrí la puerta para ella.

—¿*Dónde estamos?* —preguntó mientras se hacía a un lado y miraba todo con asombro.

—*En mi casa* —respondí, ella se sorprendió gratamente—, *llamaré a Frank para que nos compre comida y almorzaremos aquí. ¿Te parece bien?*

Por la sonrisa supe que estaba de acuerdo, pero con esa mujer sabía que debía ir con cuidado y dejar las cosas claras para que luego no se sintiera atacada por mí.

—*Elizabeth... ¿Te parece bien?* —repetí, ella giró y sonrió.

—*Sí, excelente.*

Aclarado ese punto la invité a seguirme. Su mirada estaba en los árboles que había junto a mi casa, y sus ojos se fueron sobre las paredes de vidrios que dejaban ver todo mi hogar. Abrí la puerta y la invité a pasar, lucía tan sorprendida... No comprendía la razón.

—¿*Te gusta?* —pregunté.

—*Sí, es... muy tú*—. Levanté una ceja y luego sonreí.

—¿*Qué significa eso?* —pregunté mientras la llevaba hasta el salón—. *¿Elizabeth?*

Ella dejó de admirar mi casa y sonrió.

—*Elegante, sobria... fría.*

—¿*Fría? Tengo calefacción, eh* —bromeé—. *¿Aún te parezco frío?*

—*Sí, cuando quieres serlo eres como el hielo*—. Su respuesta me hizo sonreír.

—*Me alegro de que aún sea así* —confesé—. *¿Qué te gustaría comer? Llamaré a Frank ahora.*

Tenía el teléfono en la mano cuando Ivonne, la sobrina de Lourdes, apareció frente a nosotros. Elizabeth frunció el ceño al ver a la joven de falda diminuta y camiseta corta.

—¿*Aún estás aquí?* —pregunté.

—*Lo siento, señor... Mi tía me pidió que preparara su comida* —respondió.

—*Le dije a Lourdes que comería fuera* —me quejé—. *¡Qué mujer tan obstinada!*

La joven sonrió avergonzada y luego giró hacia Elizabeth.

—*Buenas tardes* —saludó, luego me miró—, *dejé ensalada y carne asada en el horno. ¿Desea que le sirva?*

—*No, no hace falta. Puedes irte.*

—*Sí, señor... Permiso* —respondió y me sonrió con timidez cuando se alejó.

—¿*Quién es?* —preguntó Elizabeth mientras la joven desaparecía por la puerta.

—*Es la sobrina de mi ama de llaves... pidió permiso y la dejó en su lugar* —respondí de forma cortante, volví a mirar mi teléfono y marqué el número de Frank—. *¿Qué quieres comer?*

—¿*No dijo que hay comida en el horno?*

—*No quiero comer eso, dime qué quieres comer*—. Volví a preguntar.

—*¡Carne asada y ensalada!* —respondió, la miré de mala gana—. *¿Qué? Ella preparó comida, podemos comer eso.*

—*¡No quiero comer lo que preparó!* —aseguré—. *¿Qué quieres comer?*

—*Ya te dije lo que quiero comer... Si no te gusta, pues, ordena lo que quieras y ya. ¡Deja de*

pelear por todo!

Quise decirle que yo no peleaba por todo, quise decirle que era ella la que me complicaba la vida más de lo necesario, pero opté por quedarme callado.

—¿Señor? —susurró Frank al responder.

—*Frank, estoy en la casa. No voy a necesitarte hoy, no saldré de aquí.*

—*De acuerdo, señor* —respondió y terminé la llamada.

—*No peleo por todo* —agregué cuando dejé mi teléfono sobre la mesa—, *eres tú la que me hace pelear por todo.*

—*¡No es cierto!* —Se defendió—. *Solo porque quiero comer lo que ella cocinó, estás peleando. Luego dices que yo soy una niña.*

No le respondí, me quité el saco y lo dejé sobre el sofá. Aflojé mi corbata con la intención de quitármela, pero noté que ella me miraba con demasiado interés, algo que me hizo feliz.

—¿*Puedo hacerlo?* —preguntó sorprendiéndome.

Asentí, ella se aproximó a mí, sus manos temblaron cuando tocaron la fina tela de mi corbata. La observé soltando el nudo, podía notar su nerviosismo al estar cerca de mí. Cuando deshizo el nudo la quitó de mi cuello y además abrió dos de los botones de mi camisa y luego sonrió orgullosa.

—*Así estás mejor* —dijo con un brillo maravilloso en sus ojos.

—*No, aún falta algo.*

La halé de la cintura con fuerza y se abrazó a mí. Tomé su boca con exigencia y su cuerpo entero tembló con descaro. Una vez más el calor recorrió mi interior y el deseo me quemó por dentro, la deseaba con una intensidad preocupante.

—*No siempre haré lo que quieres.*

—*No te robes mis líneas* —exigió—, *se original.*

No pude ocultar más mi sonrisa, ella era adorable cuando no estaba peleando. Volvió a impulsarse y mordió mis labios, hundió su lengua en mi boca y las ganas de hacerla mía me invadieron. Sabía que, si no me alejaba, su cuerpo sería mi alimento.

—*Pretendo almorzar contigo* —susurré—, *no me distraigas.* —Le besé la nariz y tomé su mano—. *Ven... vamos a ver qué tal luce esa comida.*

—¿*Nunca ha cocinado para ti?* —preguntó mientras caminábamos hacia la cocina.

—*Sí, alguna vez... Pero no me gusta que lo haga*—respondí.

Halé una de las sillas beige con cuero negro y la sostuve de la cintura para ayudarla a subir.

—¿*Por qué no?* —preguntó.

Solté el botón de la manga de mi camisa y la doblé hasta mi codo.

—*Porque no me gusta que las mujeres que muestran interés en mí trabajen conmigo o para mí.*

Ella rompió a reír y no comprendí cuál era el chiste.

—¿*Qué es tan gracioso?* —pregunté mientras tomaba uno de los agarradores para abrir el horno.

—*Lo que dijiste* —respondió—. *Nick, todas las mujeres se sienten atraídas por ti. Apuesto a que el noventa y cinco por ciento de las que trabajan en tu compañía babean por ti cuando te ven pasar.*

—*Tal vez, pero no me gustan las que son tan evidentes.*

Saqué la bandeja y debí aceptar que tenía buena cara y olía delicioso.

—*Yo fui evidente... Y ya ves* —bromeó, yo sonreí—. *¿Me regalas uno?* —preguntó.

Levanté la mirada y la vi tomando un durazno del frutero, solo le sonreí. Caminé hasta uno de los estantes y lo abrí, tomé dos platos y lo puse sobre la mesa. Cuando volví a mirarla, ella mordió la fruta y lamió sus labios de forma tan seductora que mi erección reapareció.

—*Sé lo que pretendes* —aseguré acomodando mi pantalón—. *Y juro que, si vuelves a hacerlo, voy a ir por ti y te lo haré sobre ese mesón donde estás apoyándote.* —Sus mejillas se llenaron de color y sonreí orgulloso del efecto que causaron mis palabras—. *Aquella noche no fue suficiente para mí, así que deja de provocarme si quieres que almorcemos primero.*

Amé la forma como me miró, estaba seguro de que al igual que yo, ella prefería que cumpliera mi amenaza, pero la idea de que aún no haya almorzado me inquietaba. Serví dos trozos de carne sobre cada plato y fui en busca de la ensalada. Ella me seguía con la mirada mientras yo sentía curiosidad por saber qué estaba pensando. Serví ensalada en nuestros platos y sentí el flash de su cámara dispararse sobre mí. Giré a mirarla y sin darme cuenta le había regalado una mala mirada.

Durante los últimos años había alimentado un odio hacia los periodistas y más hacia esos fotógrafos que siempre estaban buscando atrapar me en momentos incómodos para luego ponerlo en sus revistas de cotilleos. Pero estaba saliendo con una fotógrafa, que, además, era la mejor amiga del director general de una revista. Debía empezar a acostumbrarme a la idea de que ella siempre estaría capturando momentos como esos.

—*¿Son para tu colección?* —pregunté mostrando una ligera sonrisa para ocultar mi incomodidad.

—*Sí* —respondió mientras me seguía hasta el comedor—, *para uso personal.*

Solo me limité a asentir mientras iba al estante de vinos y elegía uno para la ocasión. Ella volvió a tomarme varias fotos, pero tuvo la delicadeza de quitarle el flash y mentalmente se lo agradecí.

—*Ya deja esa cámara y ven* —ordené halando la silla para ella—, *vamos a comer.*

—*¿Me prestas el baño para lavarme las manos?*

Asentí y la guíé hacia un lado del salón y abrí la puerta. Ella me dio las gracias, se levantó de puntitas y me besó con suavidad los labios. Mi alma se estremeció de inmediato y la rodeé en mis brazos. Su pequeño cuerpo era tan suave, lo sentía tan frágil, quizá del mismo modo que me sentía yo cuando ella estaba cerca.

Me alejé un poco y besé su nariz, ella suspiró y levantó la mano para acariciar mi rostro. Abrió los ojos y me miró con ese cariño que brotaba en su mirada...

—*Te quiero...* —Un golpe fuerte en mi pecho me dejó sin aliento—. *No tienes una idea de cuánto te quiero.*

Si hubiese podido expresar mis sentimientos sin temor, le hubiese dicho que sentía lo mismo, que desde que la conocí había ocasionado una guerra interna en mí y que la había dejado ganar porque no era capaz de luchar contra ese sentimiento que me aterraba, pero que al mismo tiempo me hacía feliz.

—*Me hace feliz que estés aquí...* —Fue todo lo que pude decirle—. *Muy feliz.*

Ella sonrió con tanta alegría que me hizo feliz también.

—*Lávate las manos y no tardes porque se enfría.*

Caminé hasta la mesa y tomé la botella de vino, serví en cada copa y tomé la mía para calmar ese sentimiento que gritaba dentro de mí. Sus besos seguían en mi boca, podía sentir su piel en mis manos y creo que hasta podía escucharla diciendo mi nombre de la forma más tierna que jamás nadie lo pronunció. Elizabeth era una adorable mujer a la que sin darme cuenta estaba entregándole mi alma, pero por primera vez en muchos años, sentía que ella merecía que le diera

esa oportunidad, o, mejor dicho, que me la diera yo mismo. Escuché el sonido de la puerta al abrirse y giré, ella sonrió y caminó hasta donde yo estaba. Retiré la silla para ella y empezamos a comer.

La miré comiendo frente a mí, hablando y contándome tanto de ella que yo solo podía sonreír. Era tan fácil pasar el día a su lado, era fácil sentirse cómodo y feliz con ella. Era tan dulce, tan hermosa, tenía un carácter tan distinto al mío... Ella era feliz y esa felicidad me hacía sentir bien.

—*Estoy hablando como loca y creo que ni siquiera me escuchas* —se quejó.

—*Claro que te escucho, disfruto al oírte hablar.* —Ella sonrió y terminó su vino—. *¿Te sirvo más?*

—*No, ya es suficiente para mí, gracias.* —Limpió sus labios y luego sonrió—. *Cocina bien, creo que se esmeró porque sabía que era para ti.*

—*Te ríes porque te dije que no me gusta... Si te digo que me gustaba hace años dejarías de reír.* —Su sonrisa desapareció, me miró muy seria y rompí a reír—. *No es cierto... Nunca me ha gustado.* —Ella golpeó mi mano sobre la mesa y me reí—. *Siente un poquito de lo que he sentido yo.*

—*Pues, lo siento siempre... ¿O crees que es agradable ver a todas las mujeres babeando por ti?* —Ella respiró profundo y yo sonreí—. *Hasta mi hermana quedó deslumbrada.*

—*Oh, si fuese mayor de edad estaría en mi lista negra.* —Ella me miró muy seria y yo sonreí—. *No te molestes, tú llegaste primero.*

—*¡No me hace ninguna gracia, eh!*

Me levanté y me acerqué a ella, giró su cara cuando quise besarla, pero tomé su rostro entre mis manos y la obligué a mirarme.

—*Jamás vuelvas a hacer eso, ¿ok?* —Ella se asustó, pero luego me empujó.

—*¡Ya te dije que no soy tu empleada para recibir tus órdenes!* —gritó sobre mí—. *Ve acostumbrándote a que haré lo que me dé la gana a menos que lo pidas con cariño.* —Se levantó de la mesa y tomó los platos—. *Gracias.*

—*Y mi psicólogo dice que yo soy voluble* —comenté ayudándole a recoger—, *debería hacerte una cita con él.*

—*Agradezco tu ayuda, pero ya tengo uno en casa...* —respondió—. *Además, mi carácter voluble usualmente depende de ti.*

Me quedé sonriendo mientras caminaba hacia la cocina, su trasero se movía de forma despiadada mientras ella se alejaba, me hacía recordar la primera vez que la vi.

El sonido de mi celular me hizo reaccionar, caminé hasta el salón y lo tomé, miré el nombre en la pantalla y respondí mientras volvía a la cocina llevando las copas.

—*Hola, Nicholas... ¿Dónde estás?* —preguntó William con una voz ronca y preocupada.

—*Estoy en mi casa, terminando de almorzar.*

—*¿Estás almorzando en tu casa?* —preguntó sorprendido—. *¿No se supone que Lourdes viajó?*

—*Ivonne me preparó la comida* —expliqué mientras metía las copas en el lavaplatos y me quedé oliendo el cabello de Liz.

—*¿Ivonne?* —casi gritó—. *¿Estás con esa niña en tu casa?* —No pude evitar reírme.

—*William, estás hablando conmigo, no con James.*

William empezó a reír y yo sonreí. Elizabeth me empujó, pero me acerqué más, aparté su cabello de su cuello y le di un beso, ella tembló y me miró muy seria.

—*Déjame lavar estas copas en paz...* —se quejó—. *¡Se me van a romper!* —No me moví,

ella se mordió los labios—. *¡Aléjate, Carter!*

—*¿Quién es?* —preguntó William.

Le di un beso más y caminé hasta los bancos, me senté en uno y la observé.

—*¿Quién crees que es, William?* —pregunté.

—*Quiero creer que recapacitaste y estás con Elizabeth, pero contigo uno nunca sabe.*

Sonreí y activé el altavoz mientras Elizabeth secaba sus manos y caminaba hasta donde yo estaba.

—*Ella es la única mujer a la que mi nombre no le asusta y me habla como le da la gana* — me quejé mientras William se reía visiblemente divertido—. *Liz, saluda a William* —le pedí y ella sonrió.

—*Hola, William. ¿Cómo estás?*

—*¡Hola, Elizabeth!* —exclamó él—. *Estoy bien, ahora feliz de saber que eres la causa de que ese hombre de negocios haya cancelado una junta con nosotros.* —Ella levantó la mirada y dejó de sonreír.

—*Lo siento*—susurró—, *pero creo que el señor Carter necesitaba almorzar.*

—*Sí, eso es bueno. Le hace falta recordar que la vida no es solo trabajo.*

Ella sonrió, se acercó a mí y acarició mi rostro.

—*Pues, trataré de recordárselo.*

—*¡Genial!* —exclamó William—. *Ahora los dejo, me da gusto saber que estás bien, Nick.*

—*Gracias, William. Ya puedes dejar las llaves de tu auto que aquí nadie te necesita.*

—*Aun estando Elizabeth allí puedo recordarte como ser educado con tus mayores, ¡eh!*

Rodé los ojos cuando escuché su amenaza tan paternal.

—*Estoy seguro de eso. ¿Ashlee reprogramó la junta?* —pregunté mientras quitaba el altavoz. Tomé la mano de Elizabeth y la llevé hasta la sala.

—*Sí, mañana a las once... Realmente me alegra que estés con ella.*

—*A mí también, espero no estar tomando un mal camino* —dije mientras la miraba caminando hasta la puerta del jardín.

—*No lo creo, se me hace una persona muy leal.*

—*Creo que así es.* —Ella salió hacia el jardín y se giró a mirar la casa, levantó una ceja cuando me vio y le sonreí—. *Nos vemos mañana, gracias por llamar... Avisa al 911 que no es necesario iniciar la búsqueda.*

—*No te burles de nuestra preocupación por ti* —ordenó de forma serena—, *si nos preocupamos es porque te queremos... Solo eso. Despideme de Elizabeth... Nos vemos mañana, Nick.*

—*Adiós, William.*

Dejé el teléfono sobre la mesa y caminé hasta donde ella estaba. Miraba el jardín y sonreía como una niña feliz. Elizabeth era sonrisas, yo amargura. Ella era luz... yo oscuridad, pero mi oscuridad empezaba a iluminarse cada vez que ella estaba cerca y después de tantos años, empezaba a creer que estaba moviéndome, que estaba yendo hacia algún lugar. Después de tantos años, empezaba a creer que había encontrado la salida de ese hoyo donde aquella mujer me metió. Elizabeth era un futuro con el que no me atreví a soñar. Era una sonrisa en medio de tantas lágrimas, era mi luz, en medio de tanta oscuridad.

15 – Luces en la oscuridad.

Me había quedado impresionada con la casa, desde la entrada; su gran salón, sus sofás de cuero, su elegante cocina de estantes negros que brillaban como espejos. Era como si en esa casa no viviera nadie. Era hermosa, tenía tanto espacio, tantos lugares hermosos, pero aun así la sentía fría y vacía. Sin embargo, me gustaba estar allí, conocer un poco más de él, eso me hacía muy feliz.

—*¿Qué te hace tan feliz?* —preguntó cuándo salió hacia el jardín.

Me giré y lo miré, mi sonrisa fue más amplia cuando él se fue acercando a mí.

—*Tú* —respondí con descaro—, *tú me haces muy feliz.*

Caminé hasta donde estaba, el Sol iluminó su rostro y mi corazón se llenó de emoción al verme allí, en su casa, siendo su novia, compartiendo una tarde normal, formando parte de su vida.

—*Muy feliz* —repetí abrazándome a su cuello.

—*No siempre* —respondió y acaricié su rostro.

—*Ahora lo estás haciendo.* —Sentí sus manos rodeándome con firmeza—, *quiero que siempre sea así... no quiero más peleas.*

—*No puedo prometer nada* —susurró—, *eres tú quien busca las peleas.* —Me alejé y lo miré—. *Sí... tú y tus ganas de desafiarme.*

—*Y eres tú y tu desconfianza con la gente* —le aclaré, él sonrió y me llevó hacia las sillas junto a la piscina—. *Mi padre dice que yo no obedecía ni siendo una niña de kínder... Así que, perderás tu tiempo.*

—*Pues, es su culpa. Debió poner mano dura contigo.*

—*Ya es muy tarde* —respondí y miré hacia la piscina.

—*No... Creo que aún podemos hacer algo contigo.* —Me giré y él me miraba de esa forma tan sexy—. *Me encantará enseñarte a obedecer un poco.*

—*Pues, vamos a estar peleando constantemente porque si no he dejado que mis padres me den órdenes, por más que te quiera, no dejaré que tú lo hagas.*

Él se levantó y me quedé inmóvil cuando se quitó la camisa, sus pantalones de vestir lo hacían lucir tan sexy. Su pecho estaba desnudo cuando caminó hasta donde yo estaba y empecé a temblar.

—*Eso lo veremos.* —Su mano subió hasta mi cuello y luego bajó hasta el primer botón de mi camisa—. *Yo podría persuadirte y ni siquiera notarás que estás haciendo lo que yo quiero que hagas. Es más, puedo hacer que sientas que haces lo que quieres* —Abrió el segundo y el tercer botón y yo no podía evitar temblar—, *cuando en realidad haces lo que yo deseo que hagas.*

Y tenía razón, en ese momento en el que él hablaba y yo observaba sus dedos largos moviéndose con destreza por mi camisa, me sentía tan débil, tan capaz de hacer todo lo que él me pidiera a cambio de tenerlo así conmigo. Tiró de mi camisa hasta hacerla caer, me quedé con la falda y el mordió sus labios mientras miraba mis pechos.

—*Por eso amo el día*—susurró—, *puedo ver mejor la perfección de tu cuerpo. Ahora puedo detallar cada lunar* —dijo señalando el que tenía en mi hombro—, *cada peca en tu piel* —pasó su dedo entre mi pecho y el brasier le impidió seguir—, *puedo ver cómo se eriza tu piel y disfrutar de eso.*

Él se sentó sobre la silla y me haló de la cintura, mi cuerpo temblaba mientras su mano

acariciaba mi vientre y sus ojos no dejaban los míos. Levanté la mano y toqué su rostro, mis dedos se enredaron en su cabello que lucía aún más dorado a causa de los rayos del Sol. Él me miraba de manera intensa, mientras sus manos se habían ido sobre mis piernas, subían y bajaban. Se acercó a mí y empezó a darle pequeños besos a mi ombligo, cerré los ojos y solo pude disfrutar de esa sensación de placer.

Sus manos se fueron hacia mi espalda y bajaban hasta mi trasero, sus ágiles dedos soltaron el botón de mi falta y bajaron el cierre, yo temblé mientras la suave tela caía a mis pies. Él mordió sus labios y me produjo un placer mayor saber que le gustaba... Era verdad, de noche no podía mirarme y eso había hecho más fácil todo. En ese momento sus ojos detallaban mi piel y me preguntaba si yo le parecía suficientemente bonita.

—*Eres hermosa* —susurró como si hubiese escuchado mis pensamientos, lo miré y sonreí—, *me gustas tanto*. —Sus manos me hicieron girar sobre mis pies y me quedé mirando hacia la piscina, mientras me apretaba el trasero y me hacía gemir—. *Oh pequeña, tienes un cuerpo tan hermoso*.

Cerré los ojos y disfruté de sus manos tocándome, una de ellas se fue delante de mí y se metió dentro de mi ropa interior. Él siguió dándome pequeños besos en la espalda mientras su mano empezaba a darme deliciosas caricias en mi punto débil. Se levantó detrás de mí y besó mi cuello mientras yo comenzaba a sentirme perdida con tanto placer... Mordió mi oreja y dejó su lengua jugando con mi lóbulo.

—*Oh, pequeña... amo tu humedad*. —Giró mi rostro para poder mirarlo y abrí los ojos—. *Amo saber que soy el causante de esos gemidos*. Cerré los ojos cuando me besó, cuando su lengua invadió mi boca y me hizo temblar, todo era perfecto, sus dedos su lengua, el calor de su pecho junto a mi espalda, sentir su excitación y disfrutar de la mía.
«*¡Oh mi dios griego... como me encantas!*».

Sus manos soltaron mi brasier y vi mis pechos desnudos. Se sentó y me hizo volver a su lado, a ese lugar sobre él sonde podía sentir su erección algo que me hizo sonreír de placer. Su mano volvió a meterse entre mis piernas, mientras la otra acariciaba mis pechos y su boca me daba pequeños besos en el cuello. Era demasiado placer para mí, mi cuerpo lo disfrutaba de una manera desesperada.

—*Me encanta cuando tiembles así* —susurró mientras yo notaba como mi cuerpo empezaba a tener pequeños temblores—, *me hace feliz darte el placer que prometí*. —Giró mi rostro hacia él y pasó su lengua sobre mis labios, abrí los ojos y me miré en los suyos—. *Se fuerte... aún no puedes terminar, espera por mí*.

—*No puedo, no hagas eso* —supliqué cuando sentí que estaba a punto de explotar de placer—. *Detente... no quiero tus dedos*.

Él mordió mis labios y empezó a besarme con fuerza, ignorando mi petición mientras sus dedos seguían torturándome y su boca no me ayudaba en nada.

—*Por favor...* —supliqué otra vez.

—*¡Dios! ¡Qué divina eres suplicando!* —exclamó con una sonrisa retorcida.

Mordió mis labios y sus dedos me dejaron en paz, pero mi cuerpo gritaba que no se detuviera. Me hizo ponerme de pie para terminar de desnudarse.

—*Vamos a hacer lo que pides...* —susurró—. *Solo porque también lo quiero*.

Lo miré mientras dejaba caer su pantalón sobre sus pies y luego su bóxer. Dejé de respirar al verlo desnudo, no era la primera vez, pero la luz del día ayudaba a detallar su perfección masculina provocando que mi cuerpo lo deseara con más descaro.

Volvió a sentarse y terminó de desnudarme. Me sentí un poco avergonzada, pero la forma como él me miraba me hizo sentir gloriosa. Lo vi tomar un preservativo de su pantalón y sonreí mientras observaba con admiración y lujuria como se preparaba para mí. Cuando terminó me hizo girar, dejándome otra vez de espaldas a él, sentí sus labios presionarse contra mi trasero y temblé ante ese placer que me producían sus labios. Exclamó algo que no logré entender y luego haló para sentarme de nuevo sobre él.

Sentí su erección rozando mi muslo, pero más pronto de lo que esperé encontró el camino indicado para entrar en mí. Grité de placer cuando lo hizo, cuando susurró mi nombre y me hizo sentir maravillosa. Nicholas abrió mis piernas y sus dedos volvieron a tomar el control sobre mi sexo. Busqué sus besos y él tomó mi boca complaciendo mis necesidades, como lo había prometido.

Era la segunda vez que teníamos sexo, era la segunda vez que me entregaba a él, pero incluso mientras nos dejábamos llevar por esa lujuria que nos dominaba, él con sus besos me llenaba el corazón de amor y esperaba con todo mi corazón poder haberle hecho sentir lo mismo.

Todo mi cuerpo empezó a convulsionar, toda yo fui un conjunto de gemidos, temblores y placer mientras el orgasmo corría por todo mi cuerpo.

—*Oh Liz... me encanta oírte gemir* —dijo después de que su nombre salió de mi boca como una alabanza a la perfección de sus movimientos—. *¡Diablos!* —gimió mientras se abrazaba con fuerza a mí—. *Estoy perdido.*

Yo sonreí y me moví sobre él buscando que lo disfrutara del mismo modo que lo había hecho yo. Sus manos me apretaban con fuerza, sus dedos marcaban mi piel mientras él se dejaba llevar por el placer de un orgasmo, de ese orgasmo que lo dominaba aun cuando él quería evitarlo. Giré, sujeté su rostro y besé sus labios mientras Nicholas se desvanecía dentro de mí, mientras sus brazos seguían sosteniéndome con fuerza y su boca continuaba besándome. Nos miramos, mis ojos en los suyos y los suyos fijos en los míos.

¡Te amo mi dios griego! quise gritarle, pero no lo hice... Él no estaba listo para flores y chocolates... Y yo esperaba a que lo estuviera.

Me levanté cuando su cuerpo dejó de temblar, lo vi quitándose el preservativo mientras yo me cubría con su camisa. Cuando se abrochó el pantalón y volvió a sentarse, regresé a su lado, subí sobre sus piernas y me abracé a su cuerpo en busca de un poco de amor. El placer y la locura habían pasado y ahora yo solo necesitaba sentirme amada, necesitaba sentir que lo que nos unía no era solo esa atracción física ni el deseo. Quería pensar que en su interior también crecía un sentimiento tan grande como el que llenaba mi pecho.

—*Te quiero...* —susurré mientras me escondía en su cuello, él me besó el rostro con amor—. *Gracias* —dije, él buscó mi mirada y supe que no entendió—. *Por esto* —expliqué—, *por decirle a esa mujer que yo soy tu novia* —Él clavó un dulce beso sobre mis labios y me sonrió—, *por traerme a tu casa* —Cerré los ojos cuando besó cada una de mis mejillas—, *por cancelar tus reuniones y almorzar conmigo* —Acarició mi rostro y me sentí tan enamorada—, *por hacerme el amor y hacerme tan feliz.*

—*Ojalá pudiera siempre hacerte feliz.*

—*Puedes... Solo tienes que practicar* —respondí mientras pasaba mis dedos dentro de su pelo—, *en una semana has aprendido mucho... yo creo que seguirás haciéndolo bien.* —Me sonrió y volví a besarlo —. *¡Te quiero!* —repetí y cada vez parecía tomarlo mejor—, *te quiero más cuando eres tan... ¿relajado?* —Volvió a sonreír, pero la mía desapareció cuando vi hacia el cielo—. *Está oscureciendo* —lamenté.

—*El tiempo pasa rápido cuando lo pasas bien.* —Escondí mi rostro en su cuello y él besó mi cabello—. *Me hizo feliz verte en la empresa*—. Sonreí encantada.

—*¿De verdad?* —pregunté.

—*Sí, muy feliz... me sorprendí.*

—*Te vi molesto... ¿Discutiste con Ashlee?*

—*Sí, le dije que no volviera a dejarte esperando, le aclaré que debía llevarte directo a mi oficina.*

—*No sabía si ibas a poder recibirme...* —expliqué, él sujetó mi rostro y me hizo mirarlo.

—*Elizabeth, siempre voy a poder recibirte* —aseguró—. *No importa en la reunión en la que esté, desde que te conozco estás en la lista de personas que pueden interrumpirme... Ashlee lo sabe.*

—*¿Lista de personas que pueden interrumpirte?* —pregunté sorprendida—. *¿Tienes una lista?*

—*Sí y es muy corta... Cinco personas, contigo.*

—*¿Tus amigos y yo?* —pregunté casi adivinando.

—*Sí, ellos y tú... son los únicos que no necesitan una cita para verme.* —Sonreí emocionada de estar en la lista de sus mejores amigos—. *¿Cómo cosas tan simples pueden hacerte tan feliz?*

—*¿Simples?* —pregunté—. *¿Qué tiene de simple ser especial para el hombre al que quiero?* —Sonrió y me besó—. *Gracias.*

—*Gracias a ti por darme momentos únicos. Aunque he evitado durante años este tipo de relaciones, contigo no tengo opción, no me dejas ser yo.* —Sonreí con descaro y lo besé—. *Ya Liz... pareces una niña*—. Se quejó.

—*Amo cuando me dices Liz... Suena tan dulce de tu ácida boca.*

—*¿Ácida boca?* —preguntó, yo sonreí—. *Me gusta decirte Liz... pero cuando no me pones de mal humor.*

—*No te pongo de mal humor. Tú naciste con mal humor.*

Iba a responder, pero lo besé para impedirselo, poco después sus manos empezaron a tocarme y mi cuerpo volvió a desearlo de forma tan vergonzosa que sentí mis mejillas arder.

—*Necesito darme un baño* —confesé.

—*Puedes usar el mío.*

Se puso de pie y tomó su ropa del piso, tomó mi mano y me llevó dentro de su casa.

—*Me hace feliz que tu amigo sea gay.*

Tuve ganas de empujarlo para que cayera por las escaleras por su comentario tan odioso, pero no quería arruinar nuestro momento feliz, además, verlo sonreír me encantaba. Cuando llegamos al segundo piso tuve que apretar mi mandíbula para no dejarla caer por el asombro. Era todo tan lujoso y hermoso que ni en revistas había visto algo así. El piso de madera brillante, las paredes blancas y altas, cuadros en todas las paredes... Todo era un lujo que me dejó encandilada.

Llegamos hasta una puerta grande y él la abrió, lo primero que vi fue una gran cama cubierta por un edredón blanco, un televisor de pantalla plana colgado en la pared, una consola de video juegos. Era maravilloso.

—*El baño está aquí* —comentó halando de mi mano y abriendo la puerta para mí.

El baño no se quedaba atrás en elegancia, desde el jacuzzi marrón y elegante, el sofá de cuero en el centro del lugar, las duchas con puertas de vidrio que iban de pared a piso.

—*Voy a tener miedo de romper algo aquí*—confesé, él sonrió—. *Me daré un baño y luego puedes llevarme a casa.*

Él sonrió y sujetó mi rostro entre sus manos, apoyó su frente con la mía y suspiró sobre mí.

—*Quédate* —susurró con dificultad—, *pasa la noche conmigo* —pidió con una voz tensa.

Me alejé de él, lo miré sin poder creerlo y sintiéndome tan feliz que no me cabía tanta felicidad en el pecho. ¡Quería que pasara la noche con él!

—*No* —respondí aún emocionada, le acaricié el rostro y él cerró los ojos—, *ya este día ha sido muy perfecto. No quiero que cambies tus reglas. Estoy feliz. No tienes que hacer más, no hace falta.*

—*A mí me hace falta* —respondió con el ceño fruncido—, *ayer me hiciste falta.* —Mi corazón se detuvo—. *Ya has jodido todas mis reglas. Mi plan de vida perfecta se fue al diablo contigo. ¿Qué más da romper otra?*

Me sonrió y supe que él de verdad quería que yo me quedara. Supe que él también lo necesitaba, así que solo lo abracé. Besé sus labios y él me devolvió el beso con fuerza, a su manera, ardiente y ruda.

Me subió sobre él, enrollé mis piernas en su cintura y dejé que me llevara hasta donde quería. Se detuvo en las puertas de vidrio de la ducha y la abrió. Entramos allí y me apoyó contra la pared, sonreí mientras una de sus manos iba hacia la llave con la intención de abrirla.

—*Romper mis reglas contigo empieza a gustarme.*

Sonrió y volvió a besarme mientras sentía el agua empezar a caer sobre nosotros. Mis ojos disfrutaron al ver las gotas cayendo de su cabello hacia su rostro, disfruté de él, de su forma ruda de hacerme el amor, de sus ganas de controlarme como si yo fuese capaz de luchar. Podía hacerle la guerra en cualquier momento, pero cuando me hacía el amor, era dueño de mí.

La noche cayó y yo seguía a su lado. Nick estaba acostado junto a mí en su gran cama. Solo estaba usando un pantalón de pijama y su pecho estaba desnudo. Su piel era tan suave, tan cálida. Nunca pensé que estaría así, no tan pronto. Tenía la esperanza, pero jamás imaginé que sucedería tan rápido y me sentía feliz por ello.

Nick había puesto un documental en *NatGeo*, pero yo no estaba prestándole atención, lo único que podía oír eran los latidos de su corazón, el movimiento de sus manos sobre mi cabello y esos besos que le daba a mi frente... Yo era tan feliz que deseaba poder detener el tiempo.

—*¿Tienes hambre?* —preguntó levantando mi rostro, sonreí al verme en sus ojos—. *¿Nunca dejas de sonreír?* —Sonreí más ante su comentario.

—*No imaginé que algo así pudiera suceder* —confesé.

—*Asumo que te refieres a estar en mi casa, en mi cama... Porque lo de tener sexo igual iba a suceder.*

—*Sí, es por eso por lo que me llenaste de flores y chocolates* —Él levantó más mi rostro y besó con suavidad mis labios—, *todo fue parte de tu estrategia para tenerme aquí.*

—*Creo que no hubiera necesitado nada de eso para lograr lo que deseaba en un inicio* —Acaricié mi mejilla y sonrió—, *hice todo eso porque quería conquistarte... del modo que tú lo hiciste conmigo.*

—*¿Te he conquistado?* —pregunté con emoción, él sonrió.

—*De otro modo no estarías aquí* —respondió besándome—, *de otro modo no hubiera tomado mi auto y conducido hasta Stanford después de haberte hecho mía.* —Besó mi nariz y yo sonreí—. *Te veo aquí y sigo sin poder creerlo, sigo sin poder entender qué me hace necesitarte a mi lado.*

Me abracé a su cuerpo y él besó mi frente. Era perfecto, aquel momento era perfecto.

—*Me asustas* —susurró, levanté la mirada y vi el miedo en sus ojos—, *hace muchos años que no duermo con nadie, que nadie está en mi vida.*

—*¿Te asusta que esté en tu vida?* —pregunté.

—*No... Lo que me asusta es no tenerte en ella.* —En sus ojos se reflejó la preocupación—. *Me preocupa lo que siento por ti, me preocupa hacer algo que pueda alejarte de mí.*

—*Nada me alejará de ti* —prometí, él acarició mi mejilla.

—*Yo lo haré* —respondió con pesar—, *sé que en algún momento tendré que despertar de este sueño y sufriré al ver que no estarás más a mi lado.*

A pesar de que quería asegurarle que eso no sucedería no lo hice. No me sentía lo suficientemente segura de sus sentimientos como para prometerle algo que estaba segura, dependía mucho de él. Me limité a abrazarlo y disfrutar del momento, de su aroma, de su calor. De ese hombre que hasta hacía poco creía frío, pero que cada vez que estábamos juntos me demostraba que dentro de esa frialdad hervían llamas de dulzura.

—*Prepararé algo para comer* —susurró besando mi frente—. *De bebida, ¿jugo o café?*

—*Jugo* —respondí poniéndome de pie.

—*No, quédate, yo lo traeré.* —Sonreí sintiéndome más enamorada que nunca.

—*Déjame ayudarte* —supliqué arrodillándome sobre su cama.

—*No* —repitió acercándose a mí y besando mi nariz—, *no tardaré.*

Mi hermoso *dios griego* me guiñó el ojo y sonreí encantada. Me dejé caer sobre su cama mientras él salía de la habitación. Me sentía tan feliz, tan completa, no necesitaba nada más. Al tenerlo a él lo tenía todo, porque mi vida ya era buena antes de conocerlo. Ahora sé lo que es tener una vida perfecta y es gracias a mi hombre oscuro... a mi *dios griego*.

16 – Sombras.

Pasé los dedos sobre las cuerdas de mi guitarra, esta hizo un sonido suave y agradable que hacía mucho que no escuchaba. Estaba sentado frente a la piscina, fuera de la casa para evitar despertar a Elizabeth, yo había tenido una mala noche y sentía que estaba a punto de enloquecer. Los recuerdos golpeaban mi memoria con fuerza y aunque quería ser más fuerte que ellos y alejarlos para mantenerlos en el lugar donde los dejé hacía casi una década, no pude.

El sonido de la guitarra nuevamente me trajo a la realidad, haciéndome ver que estaba en mi casa y que lo malo había pasado. Seguí tocando aquella canción, seguí de forma inerte haciendo música, sonaba bien. De pronto, una imagen volvió a mi memoria: yo, sentado en el piso de mi antigua casa, solo vestía un bóxer y *ella* bailaba frente a mí.

Cerré los ojos una y otra vez tratando de olvidar todo aquello, pero la seguía viendo. *Ella* seguía bailando, seguía moviéndose de forma sensual frente a mí, y yo...yo reía y le aplaudía. Tenía los ojos rojos y estaba volando.

El recuerdo de esa sensación me golpeó con fuerza y me hizo ponerme de pie. Pasé mis dedos por mi cabello y agité con fuerza mi cabeza tratando que eliminar ese horrible recuerdo y lo logré, pero mi cuerpo seguía asqueado por la sensación desagradable de cómo me sentía mientras estaba drogado.

Moví mis pies y sentí escalofrío, no sabía si por el frío o por el asco que sentí por mi reciente recuerdo. Me detuve frente a la piscina y me lancé en ella.

El agua no estaba fría, pero me ayudó a despejar mi dolor. Nadé tanto que mis brazos se sentían pesados, pero no me detuve, continué por más minutos de los que estaba acostumbrado, necesitaba hacer que mi cuerpo estuviera tan cansado que solo necesitara dormir sin pensar en nada.

El sonido de mi vaso rodando llamo mi atención. Giré esperando ver a ese fantasma que me persiguió con frecuencia durante los últimos diez años, pero me sorprendí al verla. Allí estaba ella, Elizabeth, la mujer que había logrado descongelar mi corazón y que había abierto mi caja de pandora.

—*Vuelve a la cama* —ordené con una voz tan débil que no estuve seguro de que me haya escuchado—, *déjame solo*.

—*No* —respondió—, *sal de allí... hace un poco de frío* —«*Lo sé*»—. *Nick sal de allí*.

—*Vete a dormir, Elizabeth* —supliqué—. *Estoy bien*.

—*No, no estás bien... por favor, sal* —giré para no mirarla—. *Nick ven conmigo, ¿sí? Por favor*.

—*¡Vete, Elizabeth!* —grité con todas mis fuerzas—. *¡Vuelve a la cama y déjame en paz!*

Me sumergí dentro del agua fría para tratar de apagar su voz preocupada y sobre todo para apagar la risa desquiciante que mis recuerdos habían traído a mi memoria. Mi cuerpo tembló cuando me empezó a faltar el aire, necesitaba respirar, pero unos segundos más ayudarían a alejar mis estúpidos recuerdos, a olvidar mi pasado y pensar solo en ese presente que me resultaba tan incierto.

Me sentí desesperado por un poco oxígeno, pero en ese instante disfruté del silencio en mi

cabeza, la paz en mi corazón... No había dolor, no había recuerdo... de nuevo estaba en paz.

El agua se movió detrás de mí, pero no le presté atención hasta que sentí sus manos abrazándome. Quise liberarme de ella, de su recuerdo que en noches como esas eran tan reales. Salí a la superficie y mi cuerpo se sintió agradecido de encontrar un poco de aire para respirar. Fijé la vista en busca de ese fantasma que me atormentaba con frecuencia, pero solo estaba ella.

Elizabeth estaba pálida mientras me miraba, temblaba, no sabía si tenía frío o miedo, pero lo único que pude hacer fue acercarme a ella y tomarla en mis brazos. Ella se abrazó a mí con fuerza y me miró con preocupación.

Cuando salimos de la piscina ni siquiera pudo ponerse sobre sus pies, no dejaba de temblar y yo sentí miedo de que algo malo le sucediera.

—*¡Diablos! ¿Estás loca?* —pregunté preocupado—. *¡Vas a enfermarte!*

La levanté en mis brazos y caminé de prisa hacia la casa.

—*¡Demonios, Elizabeth!* —Volví a gritar mientras llegaba a las escaleras a toda velocidad.

Empujé la puerta de mi habitación y seguí directo hasta el baño.

—*¿Por qué nunca haces lo que se te ordena?* —cuestioné, ella se mantuvo en silencio.

Abrí la ducha y entré con ella. Giré la llave del agua tibia y la puse debajo, ella tembló con más fuerza y me sentí aún más molesto mientras Elizabeth seguía mirándome con preocupación.

—*¡Deja de mirarme y di algo!* —exigí—. *¡Reacciona, por Dios!* —grité desesperado.

Sujeté con fuerza su rostro y ella me miró. Estaba preocupado, realmente preocupado. Su silencio no era común en esa terca mujer. Besé su frente, su nariz y luego sus labios mientras el agua parecía mejorar su semblante.

—*Di algo, por favor* —supliqué.

—*Te quiero.* —Fue lo primero que salió de su boca y luego sonrió con pesar—. *Te quiero Nick.*

Movió sus brazos alrededor de mi cuello y me abrazó con fuerza.

—*¡Diablos, Elizabeth! ¿Cómo se te ocurre entrar a la piscina?* —pregunté molesto.

—*Te estabas ahogando.* —susurró cuando me miró a los ojos y pude ver el miedo que sentía—. *¿Te quieres morir?* —preguntó con lágrimas en los ojos.

—*No* —respondí de inmediato—. *No me estaba ahogando.*

—*Pasaste mucho tiempo debajo del agua... demasiado.*

Entonces fui consciente de lo que había sucedido, ella pensó que quería morirme y trató de salvarme. Mi pequeña solo quería salvarme y aunque no lo supiera, es lo que estaba haciendo desde que apareció en mi vida.

Respiré con resignación y la abracé con fuerza.

—*No me sueltes... ¡Abrazame! Solo abrazame.*

Su boca empezó a llenar de besos mi rostro, buscó mis labios y los encontró sin problemas logrando en segundos que mi cuerpo ardiera de deseo. Su timidez desapareció cuando correspondí a sus exigencias. Subí sus piernas sobre mi cadera y me acomodé entre ellas, la miré con atención mientras me hundía en su interior.

Sus ojos se fijaron en los míos y me miró con tanto amor que me sentí abrumado, pero a la vez me sentí a salvo. La apoyé de la pared mientras el agua seguía cayendo sobre nosotros. Entre besos y caricias todo lo malo se alejó, todos mis miedos se calmaron y solo quedó ese sentimiento que Elizabeth producía en mi cada vez que sus ojos me susurraban cuanto me quería.

Éramos otra vez nosotros... ella, mi dulce y rebelde chica, y yo, el hombre lleno de miedos, pero que junto a ella se sentía valiente.

Mi cuerpo se estremeció cuando sentí el orgasmo consumiéndome. En un segundo de lucidez recordé que no me había puesto protección, salí de ella con la intención de evitar correrme en su interior, pero sus manos atraparon mi erección, se movieron con determinación alrededor de mi miembro y lo sacudió hasta que mi cuerpo entero se tensó.

Me sentí consumido por una ola de calor que me quemó por dentro y me llevó hasta lo más alto, sintiendo un delicioso placer. Me apoyé de la pared y ella se fue sobre mí, me rodeó la cintura con sus brazos y me sonrió con timidez.

—*¡No vuelvas a hacer eso!* —ordenó con temor.

—*Estoy acostumbrado.* —La tranquilicé—. *Tú no debiste entrar allí.* —Me sentí molesto otra vez—. *¿En qué diablos estabas pensando?*

—*En lograr que respiraras* —respondió molesta—. *En eso pensé y lo logré.*

—*Deja de desafiarme* —le advertí—. *¿Cuando te ordene algo, cúmplelo!*

—*Te dije que no soy buena recibiendo órdenes* —respondió con calma y la solté, pero ella me abrazó otra vez—. *No, no estés molesto conmigo.*

Sonreí como tonto ante su miedo de que volviéramos a discutir.

—*Solo voy a buscar la toalla para sacarte de aquí...* —susurré besando la punta de su nariz—. *Ha sido suficiente por hoy.*

Salí de la ducha y tomé la salida de baño que estaba colgada, me envolví en ella y tomé la otra para Elizabeth, regresé y la miré desnuda aún debajo del agua.

—*Ven aquí.*

Ella caminó hasta donde yo estaba y metió sus manos dentro de la bata. Até las tiras y luego la levanté en mis brazos. Ella se abrazó a mi cuello y pude ver una sonrisa dulce en sus labios.

—*No sonrías, aún estoy molesto contigo.*

Me obedeció y la dejé sobre la cama, caminé hasta el closet, tomé un pantalón de pijama y una camiseta blanca. Volví con ella y sequé su cabello con la toalla.

—*Te quiero...* —susurró provocando cosas extrañas en mi interior—, *así estés molesto conmigo, no me importa.*

—*Nunca te importa ponerme de mal humor* —respondí mientras le quitaba la bata y le ponía mi camiseta—, *amas ponerme de mal humor.*

—*Estaba preocupada por ti* —repitió—, *así como lo estuviste por mí. No me puedes culpar.* —Ella bajó de la cama y le di mis pantalones—. *Con esto es suficiente* —dijo señalando la camiseta y rechazó el pantalón.

—*Tendrás frío.*

—*Tú me darás calor* —respondió y desistí. Me puse el pantalón y levanté el cobertor de la cama nuevamente para que se acostara—. *No me acostaré allí sin ti* —aseguró la muy rebelde—, *si aún tienes ganas de nadar, iré contigo.*

La fulminé con la mirada y fui feliz al ver que se asustó.

—*Jamás...* —susurré inclinándome hacia ella— *Nunca... vuelvas a entrar a la piscina.* —Su mirada me hizo saber que estaba asustada—. *Cuando te diga vete, te irás o nunca más dejaré que duermas aquí...* —Entonces entrüsteci—. *Esa es mi regla: si quieres dormir aquí, tendrás que respetar lo que te pido, de lo contrario, esta será la única y última noche que estarás aquí.* —Sus ojos se abrieron con asombro y aunque esperé que dijera algo, ella se mantuvo en silencio—. *Te traeré un té para que duermas mejor*—. Giré en mis pies y caminé hacia la puerta.

—*No me gusta el té. Prefiero el café.*

—*El café no te ayudará a dormir* —respondí abriendo la puerta—, *te traeré un té. Ahora*

acuéstate y empieza a contar ovejas si lo necesitas.

—*Lo único que necesito para dormir es que estés a mi lado.* —Giré molesto y ella estaba seria—. *No hiciste que me quedara para hacerme dormir en esta cama tan grande sola, ¿o sí?*

—*Si sigues discutiendo conmigo realmente voy a dejarte durmiendo sola y lo haré para que entiendas que detesto que me lleven la contraria.* —Ella no se sintió afectada—. *Empieza a buscar tu sueño, iré por el té.*

—*Esperaré a que vuelvas.*

Salí de mi habitación sin decirle nada más, caminé por el pasillo y bajé las escaleras. Estaba agotado, pero aun así no tenía sueño, otra vez estaba teniendo problemas para dormir y necesitaba beber para lograr dormirme.

Sabía que no era una solución y que, aunque no quería debía decirle a Clark lo que estaba sucediendo así que tomé mi móvil y redacté un mensaje para él. Necesitaba decirle lo que estaba sucediéndome y que me indicara unos ansiolíticos para poder dormir en paz.

Preparé el té para “la señorita terquedad” y volví a la habitación. Como lo había prometido, ella estaba despierta esperándome. Al verme, sonrió con dulzura, con esa dulzura que no se refleja cuando se enfrenta a mí.

—*¿Cuántos veces en tu vida has preparado té?* —me pregunto acomodándose en mi cama.

—*Muy pocas* —respondí mientras me aproximaba—, *este es el primero que preparo para una mujer.*

Su sonrisa fue amplia y el brillo en sus ojos me estremeció. Era tan hermosa y muchas veces era tan fácil de complacer. Dejé la bandeja sobre la mesa de noche y le entregué la taza.

—*Desearía tener mi cámara aquí* —susurró—, *me gustaría capturar este momento.*

Acaricié su rostro y me incliné para besar sus labios.

—*No será la primera vez* —prometí—, *planeo tener muchos momentos contigo.*

Ella me sonrió y bebió de su té. Esperé que lo terminara y luego dejé la taza sobre la mesa. Volví a la cama con ella y la rodeé en mis brazos. Me besó los labios y después de unos minutos ella se quedó dormida.

Me sentía extraño, la forma como ella me complementaba era increíble. Desde que ella apareció todo mi mundo se puso de cabeza: mis reglas, mi trabajo, mi vida entera se movía a su ritmo, al son que me toca y por primera vez, no me importaba.

Por alguna razón, creía que ella era una buena mujer, por alguna razón, creía que Elizabeth era la luz al final del oscuro túnel.

17 – Inseguridades.

Cuando abrí los ojos sonreí al verlo a mi lado, su rostro lucía relajado, tranquilo. Sus brazos me rodeaban y me hacían sentir tan feliz. Su hermoso rostro estaba tan cerca de mí, podía ver cada peca, cada lunar, cada centímetro de su piel, aquella barba recién crecida que rodeaba sus labios. «*Oh, mi perfecto dios griego...*».

Una tristeza me invadió de pronto, una tristeza que no era mía, pero al ser suya también me dolía.

«*¿Qué fue lo que te pasó? ¿Qué es eso que te duele tanto mi hermoso hombre?*».

Podía ponerme a llorar en ese instante en el que mi memoria lo recordaba: sus ojos llenos de puro dolor, de sufrimiento, luego su mirada fría y seca, su grito que heló mi cuerpo. Ese hombre que ayer intentaba ahogarse en la piscina era un hombre desconocido para mí. Un hombre con el que no sabía qué podía hacer o decir.

Me había arriesgado al entrar a la piscina. Él podía solo echarme de su lado y yo en ese momento estaría llorando, pero no fue así, se preocupó por mí. La preocupación hizo que regresara mi *dios griego*, la manera como me sacó de allí, como cuidó de mí, incluso cuando casi me obligó a dormir. Él era frío y dominante conmigo, pero, aun así, siempre había un lado suave que dejaba ver, que podía controlarlo.

Besé sus labios y él no se movió. Sonreí y me escurrí de la cama, me puse su camiseta y caminé descalza por su habitación. Salí de allí y cerré la puerta detrás de mí, caminé hacia las escaleras y bajé. Quería prepararle un rico desayuno para cuando despertara, quería que se sintiera especial y feliz al tenerme junto a él.

Corrí por las escaleras y el reloj en la pared me avisó que eran apenas las siete de la mañana. Aún tenía sueño, pero no podía dormir más, empujé la puerta de la cocina y me asusté al ver a la empleada allí. Ella casi tira el plato que sostenía en su mano cuando me vio, me avergoncé cuando me miró de pies a cabeza y yo solo usaba una camiseta de él.

—*Buen día...* —dijo con visible sorpresa.

—*Buen día* — «*¡Diablos! ¿Cómo había olvidado a esa mujer?*».

—*¿Necesita algo?*

—*No, solo...* —Miré hacia la cafetera; el café ya estaba listo. Había *hot cakes* en un plato y huevos revueltos en otro—. *Quería preparar el desayuno, pero me has ganado.*

—*Lo siento, no sabía* —dijo ella disculpándose—, *la única que le prepara la comida es mi tía y...*

—*Sí, entiendo... No importa.*

Salí de la cocina y luego me detuve... «*¿Cuánto tiempo tenía ella conociendo a Nick?*», la curiosidad fue más grande que mi razón, así que regresé y sonreí cuando ella me miró.

—*¿Puedo preguntarte algo?* —Ella se sorprendió.

—*Claro, dígame...*

—*¿Por qué te sorprende tanto verme aquí?*

—*Eh, no estoy siempre aquí* —explicó—, *pero mi tía dice que desde que murió la novia del señor, él no ha salido con nadie.*

Tuve que sujetarme de la mesa para no caerme.
«Desde que murió su novia. ¡Oh, Dios mío!».

Tuve ganas de llorar, me sentí mareada y sentí un dolor en mi pecho horrible, ese era su dolor... ese era el motivo de su sufrimiento, él sufría por una mujer. Mi *dios griego* sufría por amor, por eso no creía en él, por eso era como era, él sufría por amor... Mi *dios griego* sufría porque su amor murió.

El tiempo se hizo lento mientras yo procesaba la información. Él amaba a una mujer que había perdido, por eso sufría así... por eso era así.

—¿Se siente bien? —preguntó ella y yo tomé un poco de aire para poder hablar.

—Sí, gracias.

Mis pies se movieron con dificultad y luego corrí hacia la piscina. La guitarra ya no estaba sobre la silla. Aquella piscina en la que la noche anterior vi sumergido a mi *dios griego* esa mañana parecía hermosa y cálida. Me senté sobre uno de los sillones y sentí las lágrimas cayendo por mi rostro. Me dolía, me dolía mucho y sabía que aquello sería un punto fuerte en nuestra historia.

Él no me amaría porque ya amaba a otra mujer, estuviera o no en este mundo, él la amaba... por eso la lloraba, por eso sufría, él no podía amarme, porque su corazón le pertenecía a otra mujer. Lloré en silencio por él, por su dolor, por ese sufrimiento que lo había mantenido tanto tiempo solo.

—¿Elizabeth?

Su voz me asustó y oculté mi rostro para que no pudiera verme llorar. Sequé las lágrimas justo cuando él me sujetó de los brazos y me obligó a mirarlo

—¿Qué sucede? —preguntó preocupado—. ¿Por qué lloras?

No pude responderle, así que solo me limité a abrazarme a él con fuerza. A aferrarme a esos brazos que me protegieron toda la noche y de los que entendí, no era dueña. Él se sorprendió, pero poco después me abrazó, me levantó y me sentó sobre sus piernas para consolarme.

—Elizabeth, ¿qué tienes? —preguntó mientras seguí ocultándome en su pecho desnudo—. Habla conmigo... No sé qué te pasa y me estás asustando.

—Abrazame... Solo abrazame —supliqué.

—Deja de llorar, no soporto verte así.

Respiré profundo e hice lo que me pidió, unos minutos después él levantó mi rostro.

—¿Qué pasa? —interrogó otra vez—. Dime qué pasa.

—Nada —respondí acariciando su rostro—. ¿Tú estás bien? —pregunté.

—Sí, claro... pero ¿tú por qué lloras?

No podía decirle que ya sabía por qué sufría tanto, no podía decirle que lamentaba su pérdida y su dolor, así que solo me acerqué a sus labios y lo besé. Él se sorprendió, pero respondió a mis besos. Su lengua húmeda entró en mi boca y me causó un gran placer. Me acomodé sobre él buscando su atención, su amor, necesitaba que me hiciera suya, necesitaba sentirlo mío y comprender que en el presente solo estaba yo en su vida, solo yo.

—Te necesito —susurré y nuevamente me besó.

Metí mis manos por debajo de su camiseta y acaricié su firme pecho. Él hizo lo mismo conmigo y atrapó mis senos. Me excitó aún más y deseé tenerlo dentro de mí. Lo halé más cerca de mí hasta que pude sentir su notable erección. Solté un gemido de placer a causa de sus atenciones.

Llevé mis manos hasta su miembro y solté el botón de su pantalón, metí mi mano y le acaricié con descaro, con un deseo que quemaba mi piel. Cuando logré liberar su erección, subí sobre él y

pareció rendirse, porque me dejó hacer lo que deseaba.

—*Oh, Nick* —dije cuando me penetró. Me abracé a él y comenzó a moverse de forma deliciosa —. *Te necesito* —dije mientras sus movimientos eran más rápidos y fuertes.

—*Aquí me tienes... Aquí estoy* —respondió en mi oído mientras sus manos levantaron mi camiseta y su boca atrapó uno de mis senos. Grité de placer cuando mordió mi pezón—. *¿Cómo logras hacer que te desee tanto?*

—*Porque te deseo de la misma manera que tú a mí* —respondí y sonríó.

Me moví sobre él y vi el placer reflejado en su mirada. Me deseaba, con la misma intensidad que lo deseaba yo. No pude soportarlo tanto, era abrumadora la forma en que mi cuerpo se entregaba a él, la forma como todo en mí le pertenecía y como disfrutaba al sentirme suya... y sobre todo al sentirlo mío.

Él me sonrió de forma perfecta cuando todo terminó. Lo sentía tan mío que había olvidado porqué me sentía tan triste. Entonces, comprendí que no me importaba que amara a alguien más, a pesar de que me sentía celosa, en ese momento solo pude sentirme privilegiada.

Diez años después, él me había elegido a mí para estar en su vida y debía estar feliz con eso. Miré sus hermosos ojos azules y me desmayé internamente cuando volvió a sonreírme de lado haciéndome sentir tan enamorada.

—*¿Te sientes mejor?* —preguntó con doble sentido.

—*Sí, gracias*—. Él sonrió con vanidad y yo morí de amor.

Me puse de pie para dejarlo acomodarse su pantalón, miró a su alrededor para asegurarse de que nadie nos hubiera visto.

—*¿Por qué lloras?* —preguntó, yo no sabía qué decirle.

No sabía si hablar de eso ayudaría o dañaría su visible buen humor. Levanté la mano y acomodé mi cabello que seguramente debía lucir desastroso.

—*Vas a decírmelo... Necesito saber qué te pasa.*

Su voz era fría y hablaba con tanta autoridad que comprendí que nuevamente estaba frente al gran Nicholas Carter.

—*Prefiero hablar de eso en otro momento.* —Él levantó la ceja y me miró más serio que nunca—. *A menos que quieras hablar de lo que pasó anoche... Entonces, quizá puedas entender* —. Se quedó en silencio.

—*¿Llorabas por mí?* —preguntó finalmente con el ceño fruncido—. *No intentaba matarme* — me aclaró, no sabía si creerle—. *Soy bueno aguantando la respiración*—. Intentó bromear aun cuando sus ojos lucían oscuros mientras hablaba.

—*Podemos hablar en otro momento?* —pregunté mientras veía a Ivonne caminando hacia la entrada con un plumero—. *Tu empleada sigue aquí.*

Sonrió de forma burlona. Sé que no pensé en ella cuando hacíamos el amor, pero ese momento había pasado. Giró para mirarla y yo lo observé, se tomó más tiempo del debido y me sentí tan celosa que lo único que hice fue volver a la casa para alejarme de él.

—*¿A dónde vas?* —preguntó, lo ignoré y seguí hasta la escalera.

Ella no giró a mirarnos, pero yo la odié por obtener la mirada de mi *dios griego*. Corrí por las escaleras, pero sus manos me atraparon y me giró. Me aguanté las ganas de golpearlo por mirarla y él se quedó mirando como si no entendiera nada.

—*¿Qué pasa?* —preguntó, lo empujé y seguí mi camino hacia su habitación, tuve ganas de tirarle la puerta en la cara, pero nuevamente me haló y se burló de mí—. *No seas infantil, ¿qué tienes?*

—*¡Nada!* —grité y cuando intenté soltarme me sujetó con más fuerza, tanta que me dolió—. *¡Me lastimas!* —Él me liberó de inmediato y supe que estaba haciendo un drama, pero sentía la sangre hirviendo—. *¡La miraste!*

—*¿A quién?* —preguntó como si no supiera de quién hablaba, hasta que comprendió—. *¿Liz, estás celosa?* —No respondí—. *¿Estas así porque miré a Ivonne?*

—*La miraste mucho... ¡Demasiado!* —grité, él me soltó y me regaló una mala mirada—. *¡No quiero que la mires!*

—*Las órdenes no se hicieron para mí, señorita Coleman.*

Lo odié aún más cuando fue tan formal al hablarme. Odiaba cuando marcaba esa distancia, cuando usaba ese tono de voz para dejarme claro que no iba a dejarme ganar. Se alejó de mí y entró a su baño. Me quedé en silencio, en *shock*, molesta y dolida, sintiendo rabia, aguantando mis aganas de golpearlo. Odiaba cuando se ponía el traje de hombre dominante, cuando me trataba como si yo fuese una de sus empleadas a la que podía darle órdenes.

Caminé furiosa hacia mi ropa, me vestí y decidí irme. Tomé mi bolso y mi celular comenzó a sonar. La canción de *Bon Jovi* me hizo saber de inmediato quién estaba llamando. Salí de su habitación y caminé hasta una de las habitaciones que tenía la puerta abierta y le respondí a mi mejor amigo.

—*¿Cuántas veces voy a decirte que un “estoy bien... te quiero” no son suficientes?* —reclamó Andrew al otro lado del teléfono—. *Una llamada no cuesta nada, nena.*

—*Lo siento, todo fue tan... improvisado. Lo siento... Estoy bien.*

—*Me alegra, solo quiero recordarte que tenemos una reunión a la una de la tarde. Vamos a planear el viaje a Las Vegas y no puedes faltar.*

«*¡Las Vegas!*» Había soñado con ese viaje desde que entré a trabajar y en ese momento no sentía ninguna emoción.

—*No te preocupes, llegaré a tiempo.*

—*Perfecto... Mmm, ¿dónde estás?*

—*En su casa.*

—*¡Uau! Cada día estoy más orgulloso de ti, nena. Pero ¿qué sucede? Tu voz suena áspera... ¿Estás molesta?*

—*¡No! Sí... No* —Me vi discutiendo conmigo misma y me quedé en silencio.

—*Vaya. ¡Qué voluble! Juntarte con el señor oscuro te está alejando de la luz y no te deja ver.*

—*No te burles, estoy molesta con él... Ha mirado frente a mí a su empleada y estoy muriendo de celos.*

—*¿Su empleada?* —preguntó Andrew—. *¿Es que acaso Nicholas Carter tiene una top model de empleada y no me lo has dicho?*

—*No, no es una top model, pero es una mujer que está enamorada de él. Se le nota, casi besa el suelo que él pisa.*

—*¿Y él muestra interés en ella?*

—*No... Pero la miró demasiado. ¡Frente a mí!* —grité y miré por la ventana de aquella habitación, se veía la cancha de tenis y una vista hermosa de los alrededores.

—*Elizabeth Coleman...* —susurró— *Estás haciendo drama por nada. ¡Por Dios! ¿Es que ahora no puede mirar?*

—*¡No frente a mí! ¡No quiero! Me molesta, ella casi que babea sus zapatos.*

—*Oh, cariño... Tienes un jodido problema, porque ese hombre del que apenas te enteras de*

que eres novia, hace que cualquier mujer, incluso hombre, babeé sus zapatos al verlo. Así que, si empiezas así, terminarás en un manicomio.

El discurso de Andrew fue largo, pero útil, cuando terminó me sentí tan estúpida... Me había comportado como una niña. Odiaba actuar así, pero era su culpa. Él me hacía actuar de esa manera y a pesar de saber que actuaba mal, aún sentía celos.

—Piénsalo, nena... Es un hombre el que tienes a tu lado, no un niño de la facultad —«Lo sé»—, te quiero hermosa, nos vemos más tarde.

—Adiós —susurré.

Terminé la llamada, respiré profundo y caminé de regreso a su habitación. Abrí la puerta y me congelé al verlo. Estaba de espaldas a mí, vestía un pantalón negro, una camisa azul y un chaleco negro. Su saco estaba sobre el sofá y él miraba por la ventana.

«¡Dios, él es jodidamente hermoso, incluso de espaldas!»

—Pensé que te habías ido —comentó sin mirarme.

Tomó el saco del sofá y metió su brazo dentro de él, luego se giró a mirarme mientras se lo ponía. Él estaba luciendo malditamente perfecto y yo hecha un desastre usando solo una camiseta suya. Sus hermosos ojos me miraron con desaprobación y estaba lista para el regaño.

—No me gusta pelear —dijo—, mucho menos por tonterías y tu actitud no tiene justificación.

—No debiste mirarla por tanto tiempo —respondí y él se quedó en silencio, yo no me movía de donde estaba y él me miraba con esa seriedad que hacía que las piernas me temblaran—. No puedo evitarlo, me molesta que mires a otras mujeres.

—No puedo cubrir mis ojos para no verlas... Más de la mitad de la población del mundo son mujeres, ¿cómo puedo evitar mirarlas? —Si no hubiese estado tan serio, habría pensado que estaba burlándose de mí—. No me gusta que me acusen de cosas que no hago y no he mirado de forma diferente a Ivonne, no es mi tipo, nunca lo ha sido y no lo será ahora que estás tú. —Me sentí avergonzada y no pude decir nada—. Si en algún momento otra mujer llama mi atención, juro que serás la primera en saberlo... pero no quiero estas escenas.

Me sentí como una niña cuando hacía algo malo y la molestaban.

«¿Cómo es que él logra siempre quedar como una víctima y darme el papel de villana?».

—Ahora vístete que tengo una reunión a las once y aún no desayunamos. Supongo que quieres que te deje en tu casa.

Acepté lo que dijo y después de abrochar su saco y lucir más hermoso de lo que ya era, caminé hacia la puerta. Me hice a un lado y me quedé con ganas de llorar por su regaño. Cuando pensé que se iría, Nick se detuvo y giró a mirarme. Bajé la mirada de inmediato para evitar que viera mi tristeza, pero él levantó su mano y me obligó a prestarle atención.

—La única mujer por la que me siento moleestamente atraído eres tú —aseguró—, eres la primera mujer con la que comparto mi cama después de mucho tiempo, la que me ha pedido flores y chocolates... Y te lo he dado solo para hacerte feliz... ¿Es que todo eso no te basta?

—Sí, claro que sí, pero... —Pasó su mano por mi cuello y me hizo temblar.

—No quiero peros... Estás aquí y eso tiene que ser suficiente para entender que tan especial eres para mí.

—¿Lo soy? —pregunté a pesar de saber la respuesta, pero me encantaba que él me lo dijera.

—Lo eres, aunque no lo diga. —Acarició mi cabello y yo cerré los ojos—. Liz... tengo diez años solo, consiguiendo buen sexo cuando lo necesito. Y nunca he querido más que eso... hasta que apareciste. Estas aquí, has dormido en mi cama. Definitivamente tienes que ser especial,

pero tu actitud infantil me molesta, no hagas que me arrepienta. No soy tan tolerante.

Me quedé en silencio con una sonrisa interna que mostraba mi felicidad al escucharlo decir todo eso y también con cierto temor por su advertencia.

—*Lo siento* —Fue todo lo que pude decir.

Me haló hacia él y me besó, su boca se apoderó de la mía de una forma ardiente y ruda, su mano apretó mi trasero y me sentí nuevamente excitada. Lo abracé fuerte, sentí su erección y fui feliz, mi mano bajo hasta su pantalón y él se alejó.

—*No* —dijo quitando mis manos de él—, *estoy sobre la hora, así que pórtate bien.* —Sonrió y volvió a acercarse a mí clavando un suave beso en mis labios. —*Obedece y ve a vestirte.* — Volvió a besarme y me miró con dulzura—. *Te espero abajo para desayunar.*

—*Bien*—respondí mientras veía su perfecto cuerpo caminando con elegancia lejos de mí—. *¡No la mires!* —exigí tentando mi suerte.

Él se detuvo, respiró profundo y me miró de mala gana... *¡Oops!*

—*Haré como que no te escuché* —dijo luciendo molesto, giró y caminó hasta la escalera, pero una suave sonrisa apareció en sus labios y yo también sonreí.

—*Pero sí me escuchaste* —dije aprovechándome.

Volvió a detenerse y su sonrisa fue más amplia, negó con la cabeza y desapareció. Cerré la puerta y corrí hacia la ducha, me quité la camiseta y me metí bajo el agua. Todo en ese lugar olía a él: el jabón, las toallas, todo era tan Nicholas Carter que estar sólo bañándome me hacía sentir un placer casi sexual.

Estaba allí, era cierto... yo tenía que ser especial para estar llevando el título de novia de Nicholas Carter. Había pasado toda la noche con mi hermoso hombre, había revelado algo más de su vida. De una vida que él no contaba, pero que yo sabía que le dolía mucho.

Tenía una tarea difícil: lograr que él dejara de sufrir por alguien que ya no estaba. Sería complicado, pero no imposible. Decidí que sería feliz con lo que había logrado obtener de él y me aferraría a esas palabras que había dicho y me había hecho sentir especial. Había entendido cuál era su problema y yo estaba dispuesta a trabajar para alejar ese dolor de su corazón... Porque lo amaba y necesitaba verlo feliz.

«*<<<>>>*»

Dejé las fotos sobre el escritorio de Martín y salí de allí. La puerta de la oficina de Andrew se abrió y movió sus dedos llamándome muy serio, sonreí y caminé hasta donde él estaba. Me senté en el sofá mientras él caminaba hasta la máquina de café y servía dos tazas.

«*Oh, va para largo el interrogatorio.*»

Colocó ambas tazas en una bandeja y caminó hacia donde yo estaba, dejó una taza frente a mí y tomó asiento.

—*¿Tu novio hizo planes contigo hoy?* —preguntó curioso.

—*No. Ya sabes que anda muy ocupado, creo que hoy tampoco lo veré.*

—*Bueno, han pasado solo dos semanas desde que son oficialmente novios y ya sabes que el señor Carter es un hombre muy ocupado. No te pongas dramática.*

—*Lo extraño* —dije haciendo puchero y él sonrió—. *¿Por qué preguntas?*

—*Porque me gustaría ir al cine y necesito a mi mejor amiga para espantar a las mujeres que me acosan*—. No pude evitar sonreír.

—*Claro, vamos. Me hace falta un poco de diversión.*

—*Oh, Dios... Pensé que con tu señor oscuro tendrías suficiente diversión* —bromeó haciéndome reír.

Nos pusimos de pie cuando terminamos nuestros cafés. Yo salí primero, tomé mis cosas y caminé hacia el ascensor. Andrew cerró su oficina y caminó hacia mí con una hermosa sonrisa. El ascensor llegó a nuestro piso y entramos. Andrew pasó su brazo sobre mi hombro y me haló hacia él, clavó un beso sobre mi frente y sonreí feliz.

Había extrañado ese tipo de cosas, su protección, su amor hacia mí, lo abracé y él sonrió. Cuando la puerta se abrió ni él me soltó ni yo a él, caminamos hacia la puerta del estacionamiento y las recepcionistas no quitaron sus ojos de nosotros.

—*Deben estar pensando: ¿Qué tiene ella para que los hombres guapos la deseen?* —supuso Andrew con diversión.

—*Creo que sufrirían menos si les dices que eres gay.*

Él me sonrió y después de quitar la alarma de su auto, abrió la puerta para mí. Me abroché el cinturón y saqué mi teléfono del bolso, revisé mensajes y no había nada, no había llamadas ni mensajes ni nada.

«*¡Ay, Nicholas! ¿Por qué no eres un hombre normal que trabaja solo ocho horas al día?*».

Andrew sacó el auto del estacionamiento y tomó la gran vía para llevarnos al cine.

—*¿Qué película veremos?* —pregunté, él me dio un folleto que tenía en la guantera y sonreí.

—*La que tú quieras, todas son buenas.* —Miré un par que llamaban mi atención mientras él se detuvo en el semáforo—. *¿No es fácil cierto?* —Levanté la mirada y él también me miró—. *Tener un novio con el que no puedas hacer cosas simples como ir al cine, tomar un helado o simplemente tener sexo a la hora que te dé la gana.*

—*No, no es fácil.* —Dejé el folleto en su lugar y fingí una sonrisa—. *A pesar de que ya hemos pasado la noche juntos, sé que aún evita que nuestra relación sea normal. Los fines de semana, no son suficientes.* —Dos semanas siendo novios y solo lo había visto cinco veces, entre su trabajo y su estilo de vida, la cosa no era sencilla—. *Pero, no quiero presionarlo. Quiero que él necesite de mí.*

—*Yo creo que en realidad haces lo que él quiere* —comentó Andrew y yo lo miré sorprendida—. *Cielo, lo ves cuando él quiere, tienen sexo cuando él quiere, duermen juntos cuando él quiere. Nena, sé que no quieres presionarlo, pero... eso no es lo que tú quieres y la palabra novios no se reduce a hacer solo lo que uno de los dos decida.*

—*¿Y qué se supone que debo hacer? Él dice que llega cansado, que me extraña, pero que tiene reuniones muy temprano. Si voy a verlo, no podrá descansar.*

Respiré profundo y pensé en lo que había dicho Andrew y sí, era verdad, siempre era cuando él lo quería, y aunque no me molestaba del todo, no quería ser solo la mujer a la que buscaba por sexo. Si era especial, ¿por qué no me hacía sentir así?

—*Solo creo que tienes que empezar a poner tus propias reglas. Los hombres somos buenos para pedir tiempo y espacio, pero no nos gusta darlo. Nos encanta que esperen por nosotros, sentir que su mundo gira en torno a nuestras decisiones y no quiero que pase eso contigo y, además, debes y necesitas salir más con amigas.* —Se quedó pensando y sonrió—. *Bueno, no tienes amigas aquí, pero entonces hazlo conmigo, con Michael, visita a tus padres. No dejes de ser quién eres, Liz, no dejes de hacer las cosas que te gustan y te hacen feliz. Así quizá puedas soportar un poco su falta de tiempo para ti.*

—*Sí, lo sé... pero es que cuando pienso en ir a ver a mis padres me da miedo que él tenga un rato libre y me lo pierda por estar allá.*

—*Si tiene un rato libre irá donde tú estés. Por algo es el súper Nicholas Carter, ¿no?* —Me haló y besó mi frente una vez más—. *No dejes de vivir tu vida por él. No me gusta verte*

revisando ese teléfono todo el día buscando un mensaje que no siempre llega.

—¿Hago eso? —Él sonrió y me di cuenta de que sí lo hacía, respiré profundo y le di un beso en su hermoso rostro—. *Prometo tratar de fijarme más en mí que en él.* —Andrew sonrió y me sentí mejor.

«¿Quién necesita a una mejor amiga cuando tiene a un hombre tan genial como amigo?».

Después del cine, Andrew y yo decidimos ir por un trago, para él había sido una semana complicada y deseaba acompañarlo en esos días difíciles. Mientras Andrew ordenaba nuestras bebidas, yo fui hacia el baño y me lavé la cara.

Busqué mi teléfono y mi sonrisa apareció cuando vi que Nick me había llamado. Le devolví la llamada, pero no me respondió, suspiré y revisé los mensajes de voz. Sonreí aun sabiendo que estaba molesto cuando preguntó dónde estaba, pero amé que dijera que me extrañaba. Decidí escribirle un mensaje...

“También te extraño, pero como nunca sé cuándo aparecerás, no presté atención a mi teléfono... Te quiero y me encantaría que estuvieras conmigo”

Guardé mi teléfono y salí del baño, me choqué con varias mujeres entrando y hablando de hombres. Me tardé un segundo en la puerta y luego caminé hacia la mesa donde dejé a Andrew. Casi me obligó a ir a ese lugar, pero lo agradecía, porque sabía que, si pasaba otra noche esperando por Nicholas, terminaría deprimida.

Intenté continuar mi camino, pero casi no podía moverme. Un grupo de personas saludándose me impidió el paso, así que decidí tomar el camino más largo hasta mi mesa. Caminé alrededor de la barra para llegar hasta Andrew, pero me detuve en seco cuando lo vi.

El corazón se me aceleró, estaba sorprendida y emocionada al verlo allí, en el mismo bar donde lo había conocido. Noté que sonreía... su sonrisa hermosa y seductora.

«¿Por qué sonríe?».

Mis ojos se fueron hacia donde él veía y quise llorar, quería retroceder para que no me viera, pero no podía moverme, veía su sonrisa, esa sonrisa que había usado conmigo la primera vez que salimos, él coqueteaba con esa mujer y yo quería golpearlo.

—*Buenas noches, ¿te ofrezco algo de beber?* —gritó el bartender mirándome.

Nicholas también se giró y me vio, su sonrisa desapareció y frunció el ceño cuando me reconoció. Giré sobre mis pies y caminé hacia la multitud que seguía saludándose y abrazándose, me metí entre ellos y los empujé para poder pasar, aguanté mis ganas de llorar mientras la rabia corría por mi sangre.

«Me mintió... no estaba trabajando, está aquí, coqueteando con otra mujer».

Llegué hasta mi mesa y Andrew me sonrió, pero al ver mi rostro dejó de hacerlo.

—*¿Qué pasa?* —preguntó y yo tragué grueso para poder hablar.

—*¡Vámonos! ¡Quiero irme ahora!* —Él me miró sin entender y no esperé que se levantara.

Caminé con dificultad hasta la salida, luchando con mis malditos zapatos que solían ser un karma cuando quería ir de prisa. Me detuve porque había gente entrando y no podía moverme. Unas estúpidas lágrimas cayeron por mi rostro, pero las limpié. Sentía rabia y dolor porque, aunque era consciente de que no estaba haciendo nada malo, sabía que una sonrisa de esas él no las daba de gratis, a menos que fuera la elegida para ser su amante de turno.

Logré por fin llegar hasta la puerta, saqué la tarjeta del auto de Andrew y se lo entregué al portero, este me sonrió y se marchó. Me hice a un lado y traté de no llorar.

—*¡Elizabeth!* —gritó cerca de mí, abrí los ojos y lo miré—. *¿Qué diablos haces aquí?* —preguntó muy serio. Noté sus ojeras, lucía cansado.

No fui capaz de aguantar mi mano y terminé golpeando su rostro con todas mis fuerzas.

—*¡Vete al diablo!* —grité, mientras él me miró sorprendido. Quise alejarme, pero él me sujetó del brazo—. *¡Suéltame! ¡No me toques!*

—*¿Qué carajos pasa contigo? ¿Estás loca?* —preguntó tocando su mejilla roja por mi culpa.

—*¡Sí!* —grité—. *¡Estoy loca! Totalmente loca por creer que alguien como tú se conformaría con alguien como yo.*

Él se quedó en silencio y yo aguanté las ganas de llorar, giró y miró a los lados antes de volver a mirarme.

—*No sé de qué hablas, pero no me gustan los escándalos y estás armando uno.*

—*¡Pues, entonces lárgate!* —grité— *¿Qué haces mirándome? Si sigues frente a mí voy a seguir gritando.* —Vi el auto de Andrew y caminé en esa dirección, pero él volvió a sujetarme—. *¡No me toques!*

—*Elizabeth... estás haciendo un drama por nada.*

—*¿Por nada?* —grité furiosa—. *Claro, es que estoy loca, señor Carter.*

Me liberé de él, pero sabía que me estaba siguiendo. Andrew por fin apareció y recibió las llaves que el portero le entregó. Se acercó a abrirme la puerta y yo tomé mi lugar en el asiento del copiloto.

—*Cariño, ¿qué sucede?* —preguntó Andrew justo cuando Nick llegó a mi ventana—. *¿Nicholas?*

—*Elizabeth* —susurró Nicholas acercándose a mí—. *Baja de allí, hablemos. Creo que estás malinterpretando las cosas.*

—*¡Andrew, vámonos!* —grité, Andrew me miró asustado—. *¡Vamos, Andrew!*

—*Cielo... ¿qué pasa?* —preguntó mi amigo totalmente confundido.

—*¡Quiero irme a casa!* —respondí. Nicholas tomó mi mano y yo lo empujé—. *¡No me toques!*

—*¡Maldición, Elizabeth! Deja de hacer un drama por nada.*

—*Cielo* —susurró Andrew—, *no sé qué pasa, pero debes calmarte.*

—*¡Vámonos, Andrew!* —grité con la vista nublada por las lágrimas— *¡Ahora!*

Andrew me miró molesto, luego miró a Nicholas y encogió sus hombros. Por fin subió a su auto, lo encendió y comenzó a andar. Nicholas tocó mi mano antes de que el auto me alejara de él. Sentí un horrible vacío dentro de mí, las lágrimas comenzaron a caer y luché conmigo misma para intentar calmarme. Andrew me haló hacia él y me abrazó fuerte.

—*Dime que no lo viste con otra mujer, porque voy a retroceder y le romperé su perfecta cara* —amenazó mi mejor amigo.

—*No, no estaba con otra mujer... aún.*

—*¿Aún?* —preguntó Andrew, yo me enderecé y respiré profundo, sacó de su chaqueta un pañuelo y me lo entregó—. *Cuéntame, ¿qué paso? ¿Por qué estas así?*

—*Estaba en la barra, coqueteando con una mujer* —le expliqué—. *Él, Nicholas Carter, coqueteaba con una mujer, le sonreía... de la misma manera que me había sonreído a mi alguna vez. Esa sonrisa... conozco esa sonrisa, él iba a acostarse con ella. ¡Lo sé!*

Andrew detuvo el auto donde pudo y giró hacia mí.

—*Dime que no hiciste drama solo por una suposición.*

—*¡No es una suposición!* —grité— *Lo conozco Andrew, conozco esa sonrisa, es la misma que pone cuando quiere seducir... Cuando me seduce sonríe así: vanidoso... creído...*

—*¡Elizabeth! ¿Estás loca?*

—*¡No estoy loca, Andrew!* —me defendí—. *¿No se supone que él estaba trabajando? ¿No se*

supone que llega cansado y no puede ir a verme? —Andrew se mantuvo en silencio—. *Tengo cinco días sin verlo y en lugar de ir a mi casa, él estaba allí, tomando una copa de vino y coqueteando con otra mujer. ¿Eso es normal?* —Las lágrimas de rabia, de dolor, de miedo, cayeron por mis mejillas. Andrew solo me miró. Esperé que dijera algo, pero se quedó en silencio por un largo rato—. *Dime algo...*

—Vamos a tu casa y hablamos allí, y cálmate, por favor.

Cerré los ojos y volví a respirar, pero seguía viéndolo; él sonriendo de ese modo a otra mujer. Me sentía tan tonta, quizás él no estaba haciendo nada malo, pero Nicholas ni siquiera le sonríe a sus amigos y que lo hiciera con una desconocida era muy doloroso para mí, tanto que, aunque intentara comprender no podía lograrlo.

Quizá para Nicholas y hasta para Andrew sea una locura mi reacción, pero él estaba coqueteándole a esa mujer y estaba segura de que, si hubiera tenido la oportunidad, hubiera tenido sexo con ella. Lo sabía, aunque pareciera estúpido, sabía que era así y saberlo me había roto el corazón.

18 – Celos.

Miré nuevamente mi reloj y respiré profundo, volví a marcar su número, pero no me respondió. Llevaba casi dos horas allí, esperando fuera de su casa, esperando que llegara.

«*Ya debía estar aquí. Ella debería estar aquí... ¿Dónde diablos estás, Elizabeth?*».

Estaba molesto y aun así me sentía mal por ella, creo que nunca ninguna mujer me había gritado delante de tanta gente, sonreí al pensar en eso. Ella había hecho tantas cosas que nadie había hecho conmigo... Pero, no me hacía feliz lo que había pasado.

Cubrí mi rostro con mis manos y volví a mirar la hora, casi media noche y ella no llegaba, volví a tomar el teléfono, pero ella continuó sin responder. Cuando estuve a punto de colgar ella al fin respondió y me sentí aliviado.

—*Elizabeth, ¿dónde estás?*

—*Soy Andrew* —aclaró su amigo—, *Liz está en mi casa, se quedó dormida. ¿Podrías dejar de llamar tanto? Este teléfono me tiene tenso* —susurró casi suplicando y no imponiendo.

—*Necesito hablar con ella.*

—*Ahora no, Nicholas. Liz está muy molesta. Bueno, debes haberlo notado.*

—*¡Está loca!* —exclamé—. *Eso es lo que está... Solo hizo un drama porque me vio sonriéndole a una mujer.*

—*Bueno, creo que acabas de notar que no eres el único celoso en esta... relación.*

—*Quiero verla* —exigí—. *¡Necesito hablar con ella!*

Él respiró profundo y después de un minuto volvió a hablar.

—*Bien* —susurró resignado—, *anota mi dirección. Pero eso sí, si ella te echa te irás, y hablo en serio.*

—*De acuerdo* —prometí.

Activé el altavoz para que Frank supiera a donde ir, él puso en marcha el auto y agradecí saber que vivía cerca de mi casa.

—*¿Está molesta?* —pregunté.

—*Está celosa*—respondió Andrew—, *pero es normal en ella, preparare café. La clave de la entrada es 23232.*

Respiré profundo y pensé en lo que debía hacer o decir. Sabía que merecía ese golpe que me dio, le estaba sonriendo a una mujer con la que sin problemas hubiese tenido sexo. Quise sentir que seguía siendo el mismo, que a pesar de Elizabeth yo no había cambiado, pero ella apareció y todo se salió de control. Elizabeth me trataba como si realmente la hubiera engañado cuando no fue así.

Miré por la ventana cuando Frank se detuvo frente a una gran casa.

«*Tiene buen gusto el periodista*», pensé.

Frank ingresó la clave y la puerta del garaje se elevó sobre nosotros. Una gran casa con un estilo muy similar a la mía nos recibió. Frank estacionó y yo bajé sin esperar a que abriera mi puerta. Vi a Andrew caminando hacia la entrada, cuando llegué allí, él ya estaba dejándome pasar.

—*Hola, otra vez* —susurró sosteniendo mi mano e invitándome a entrar—. *Iré por el café.*

—*Me gustaría verla* —aclaré, él me miró serio.

—*Antes me gustaría hablar contigo.* —Me sorprendí, pero acepté, caminé hasta el sofá de piel y esperé hasta que él volvió con una taza de café para mí—. *Aquí tienes.*

—*Gracias.*

Él se sentó frente a mí y me miró, aún me costaba trabajo creer que ese tipo tan serio y visiblemente respetable, fuera gay. No es que los homosexuales no fueran respetables, solo que algunos eran más evidentes y en Andrew no lograba encontrar algo que lo delatara.

—*Liz me dijo que te contó que soy gay* —susurró con demasiada comodidad al decirlo, yo asentí—, *me parece genial que lo sepas, sobre todo porque no me gusta mantener una distancia con Liz... tenemos mucho tiempo siendo amigos y no quiero que eso cambie solo porque no te agrado.*

—*No me agradaba el hecho de que fueras una amenaza para mí, pensé que estabas interesado en Elizabeth.*

—*Lo estoy, pero no de la forma que pensabas* —aclaró—. *En fin, el punto aquí es que tienes un jodido problema.* —Lo miré esperando que continuara—. *Ella no es una mujer... calmada, aunque su rostro de niña diga lo contrario.*

—*Sí, lo he notado... Mi cara aún siente el golpe que me dio.*

—*¿Te golpeó?* —preguntó sorprendido y luego sonrió con diversión.

—*Sí, antes de que aparecieras.*

—*¡Oh, Dios!* —exclamó y sé que trató de ocultar su diversión—. *Pues, con mayor razón. Ya viste que ella no es tan... calmada, como parece.* —Traté de calmar mi molestia al recordar su agresión—. *Solo tenle paciencia, no quiero verla sufriendo. Detesto verla llorar y hoy se durmió llorando.*

—*No tengo la culpa de que sea tan celosa. No quiere que mire a nadie... ¡Es ridículo!*

—*Sí, lo es y te entiendo... Pero yo hablo específicamente de esta noche, estabas allí, mientras ella estaba deseando que tuvieras tiempo para ir a verla. Y en ese aspecto tiene razón en estar molesta.* —Me quedé en silencio porque no pude defenderme— *Solo sé sincero con ella y no la hagas sufrir, soy gay, pero soy fuerte y cuando se trata de Liz, no tengo límites.*

Él me había amenazado y aunque quise reírme en su cara, no dije nada. Andrew se puso de pie y me invitó a caminar.

—*Vamos, te llevaré donde está, pero si ella te echa tendrás que marcharte.*

—*Está bien.*

Caminamos por un largo pasillo y al final había una escalera, subimos y llegamos hasta el final de un conjunto de puertas blancas que parecían ser habitaciones, él abrió una de ellas y pude verla.

—*Gracias* —susurré.

—*No lo hago por ti, lo hago por ella... Porque sé que te quiere* —No dije nada—, *estás en tu casa.*

Él se alejó de mí y entré en la habitación. Cerré la puerta y me di el tiempo de mirar a mí alrededor. Esa era visiblemente la habitación de una mujer, con paredes rosas y cortinas de flores, me pregunté si Boothe tendría alguna hermana a la que le perteneciera ese lugar, pero según lo que había investigado, él era hijo único.

Caminé hasta un sofá ubicado frente a la cama y me quité el saco, metí mis manos al bolsillo y me quedé observándola.

«*Mi pequeña niña celosa... ¿Qué diablos voy a hacer contigo?*».

De pronto su cuerpo empezó a moverse, parecía tener un mal sueño, su rostro mostraba

molestia y no estaba seguro si debía acercarme a ella. Su cuerpo saltó y se sentó de golpe sobre la cama, abrió los ojos y notó mi presencia. Me observó en silencio mientras creo que trababa de saber quién era, entonces su mala cara regresó y sabía que finalmente me había reconocido.

—¿Podrías decirle a la mujer de 24 años que necesito hablar con ella y alejar a la niña inmadura que aún vive en ti? —le pedí con tranquilidad, algo que evidentemente no le agradó.

Se puso de pie y se miró el cuerpo cubierto con la camisa de un hombre. Mi rabia creció dentro de mí al imaginar que ella no se había vestido sola.

—¡No quiero hablar contigo! —exclamó aún mirando la camisa—. ¡No me da la gana de ser madura con un hombre que no es sincero conmigo!

—¡Por Dios, Elizabeth! —me quejé—. No puedes sacar conclusiones sin escucharme. No puedes solo correr y esconderte, no es maduro.

—¡No me importa ser madura! —gritó sobre mí—. No quiero ser madura, quiero hacer y decir lo que siento. Soy así y si no te gusta, lo lamento.

Caminé hacia la puerta y encendí la luz, pasé el seguro y me giré hacia ella.

—No quiero hablar contigo. ¡Vete! —gritó descontrolada.

—Si me voy será para no volver —le advertí—, no voy a perder mi tiempo contigo si no eres capaz de pensar de manera racional.

Elizabeth caminó hasta la puerta, le quitó el seguro y la abrió.

—¡Pues, vete! —me retó, admito que me sorprendió la determinación con la que actuaba, aun cuando me parecía una locura—. Al fin y al cabo, te da igual estar conmigo.

Mi paciencia estaba al límite, no era posible que ella actuara de ese modo por algo que no hice. Era evidente que, así como ella no sabía nada de mí, yo no tenía idea de quién era esa mujer. De lo que sí estaba seguro era que Elizabeth Coleman, era la mujer más celosa del mundo.

—¿Terminaste de gritar? —pregunté.

—¡No! —respondió— No he terminado de gritar y quizá me pase toda la noche gritando, así que, por tu bien, vete.

Caminé hacia donde ella estaba y se hizo a un lado para dejarme pasar. Quise reírme de ella por pensar que me rendiría tan fácilmente. La sujeté de la cintura y la llevé contra la pared. Ella trató de apartarme, pero cuando mis labios tomaron los suyos, cumplí mi objetivo: debilitar su mal humor. De pronto, su lucha se hizo más firme y terminó mordiéndome. Me alejé de inmediato sorprendido por su actitud.

—¡Nicholas, Suéltame!

—No —aseguré furioso—, no voy a soltarte y cada vez que grites voy a besarte.

—¡Andrew!

No terminó de gritar cuando nuevamente la estuve besando, trató de apartarme, pero yo era más fuerte que ella. Así que dejó de hacerlo y yo dejé de besarla.

—¡Basta, Nicholas! ¡Suéltame!

—Solo si dejas de gritar y te sientas a hablar conmigo.

—¡No tengo nada que hablar contigo! —gritó otra vez y como lo había prometido, volví a besarla. Sus labios se suavizaron y supe que la había vencido—. No quiero hablar contigo... —susurró con tristeza cuando aparté mi boca de la suya.

Me sentí un imbécil cuando vi que estaba a punto de llorar.

—Si no hablamos no llegaremos a ningún lado —expliqué tratando de arreglar toda esa confusión—, tienes que escucharme y si luego quieres que me vaya, juro que lo haré.

Me alejé de ella para darle espacio, la vi dudando entre escucharme o salir de la habitación.

Finalmente, no se movió y solo me miró en silencio.

—*Te llamé —le aseguré—, antes de ir allí te llamé y no me respondiste.*

—*Y decidiste buscar una mujer que te hiciera compañía.*

—*No, Elizabeth. Solo... solo fue una sonrisa. Solo eso.*

—*¿Realmente piensas que voy a creer eso? ¿Me crees tan tonta?*

Cubrí mi rostro con las manos sintiendo que no había forma de que ella creyera en mí.

—*Está bien... —susurré resignado— Dime entonces. ¿Según tú, qué iba a pasar?*

—*Ibas a tener sexo con esa mujer —sentenció con pesar—. Quizá no hoy, pero estoy segura de que lo harías.*

Ella caminó hacia la cama y se sentó sobre ella.

—*¡Por Dios, Elizabeth no es así! —Me aproximé a ella y me arrodillé para que pudiera mirarme—. Liz, no tengo porqué buscar sexo en otra mujer. Contigo es suficiente para mí.*

—*¡No lo es! —lloriqueó—. No lo es, si lo fuese, no hubieses estado allí, estarías en mi casa esperándome, estarías llamando y diciéndome que quieres verme, pero no fue así, en todo el día no supe de ti. Estuve esperando un mensaje, una llamada y no recibí nada.*

—*Ayer te dije que hoy tendría un día jodido. He estado de junta en junta, no tuve tiempo — le expliqué—. Y si te llamé, pero no respondiste, dejé un mensaje. Dije que te extrañaba.*

—*Algo que tampoco creo. —«¡Dios mío, dame paciencia!»—. No, no creo que me extrañes, no creo que me necesites y menos que yo sea especial.*

—*Elizabeth... ¿De qué demonios hablas?*

—*De nosotros —respondió con una voz destrozada—, de ese nosotros que no somos. —Sus lágrimas regresaron y me sentí tan mal—. Te he visto cinco días desde que somos novios. Has evitado que salgamos juntos, lo he notado y bien, perfecto, no importa. Pero no entiendo cómo diablos es que dices quererme, extrañarme y pasas tranquilo tantos días sin mí.*

—*No estoy muy tranquilo sin ti. No es así, Elizabeth.*

—*¡No, no es eso! —gritó sobre mí— Es tu estilo de vida... Ese que hace que yo tenga que conformarme con lo poco que me das. —Me sentí triste al escucharla—. No eres capaz de almorzar un día conmigo, no podemos ir al cine juntos, no podemos pasear por una estúpida plaza y hacerme sentir bien —«Liz...»—. Porque quizá para ti sean suficientes los fines de semana, pero yo... yo te extraño todos los días.*

Me quedé en silencio sin saber qué decir. Me levanté de donde estaba y caminé hacia el balcón, ella estaba molesta y la entendía. Me sentía mal por ella, porque sabía que tenía razón, sabía que quería y necesitaba más que unas horas y yo también la necesitaba, pero pedía demasiado a alguien que no podía darle lo que ella quería.

—*Creo que no soy la mujer que necesitas. —Sus palabras me dolieron, porque ella estaba sufriendo por mi culpa—. Sabes que no es suficiente.*

—*¡No! —grité y ella no me miró— Tú eres suficiente, Elizabeth. Ese no es el punto de esta discusión.*

—*No, no lo es... El punto es que estabas en la barra de una discoteca coqueteando con una mujer y estoy segura de que pensabas tener una aventura.*

—*No es así. —Ella dejó de mirarme y respiré profundo—. Bien, sí, lo acepto... ella era del tipo de mujeres que yo usualmente usaba para tener sexo... y sí lo pensé —confesé—, y si sonreí no fue con ella, me reí de mí, de estar allí mirando a una mujer que se iría a la cama conmigo y yo solo estaba pensando en ti. —Ella me miró con tristeza—. Porque ahora solo contigo soy feliz. Tú eres lo único que yo necesito.*

—Sabes que no es verdad. No me necesitas, no me extrañas, no te hago falta. Solo soy tu amante de tiempo libre.

—¡Elizabeth, eso no es verdad! —Volví a donde ella estaba y me senté a su lado, me miró y sus ojos brillaron mientras evitaba llorar—. *Eres lo que me hace feliz, lo único que me hace feliz... pero no he tenido una buena semana* —confesé—. *No estoy bien, Elizabeth. Y no quiero que estés junto a mí en un mal momento.* —Ella no estaba de acuerdo, lo supe en su mirada—. *Aquella noche me viste mal y entraste en la piscina, tengo suficientes problemas y tú estando cerca en este momento, no serías una solución.*

—*Se supone que las parejas debemos estar en los buenos y malos momentos.*

—¡*No te quiero en mis malos momentos!* —grité y ella se asustó—. *No quiero que sufras por mí, no quiero que llores por mí... Tú no sabes lidiar conmigo, no eres tan fuerte como para obedecer y dejarme solo cuando necesito estarlo.*

—*¿Y por eso te alejas de mí?* —preguntó preocupada.

—*Sí, porque necesito estar bien y no lo estoy. Cuando me siento bien te busco y estoy contigo, pero estoy pasando por un momento difícil y no te quiero lastimar. No quiero que sufras por mí.*

—*No puedes alejarme de ti en los momentos malos* —sentenció—. *Son esos momentos en los que más quiero estar contigo, que sepas que estoy aquí, que te quiero.*

Caminé otra vez hacia el balcón y me sentí perdido. No podía hacer que ella pasara aquello conmigo, no podía hacerla sufrir con un dolor que no era suyo. No quería que siguiera sufriendo por mí.

—*Si no puedo estar en los malos momentos... entonces, tampoco quiero estar en los buenos.*

Escucharla me hizo sentir el dolor más horrible de todos. No fui consciente de lo mucho que ella se había metido en mi alma hasta que el miedo de perderla me atravesó el corazón. Quería decirle que le daría todo lo que ella me pidiera, quería decirle que cambiaría por ella, pero esa parte de mí que durante años me había dominado, tomó el control.

—*Es lo mejor, Elizabeth* —acepté con dolor aun cuando deseaba decir lo contrario—. *No voy a verte cuando no esté bien.*

—*¡Quiero estar contigo!* —insistió.

—*¡Yo no te quiero conmigo!* —le aseguré—. *¡No te quiero cerca, no te necesito! Necesito que me hagas reír, no que llores conmigo.*

Ella se quedó en silencio, mirándome con el dolor reflejado en sus ojos y supe que, aunque me doliera, debía continuar con lo que estaba haciendo. Ella se levantó y después de pensar un largo momento, aceptó. Por un momento pensé que aceptaba mis condiciones, pero me equivoqué.

—*No soy la mujer que necesitas, Nicholas...* —Me dolió el corazón al escucharla—. *Sí no te hago falta en los malos momentos, entonces, no merezco estar en los buenos.* —Una lágrima rodó por sus mejillas y me sentí tan miserable—. *Creo que debemos dejar las cosas como están...* —Liz...—. *Lo intentaste y lo agradezco, pero tú no me necesitas.*

Me mantuve fuerte y evité ir hacia ella, evité abrazarla y gritarle que ella era lo único que necesitaba para estar bien. Luché conmigo mismo para no hacerle cambiar de parecer. Elizabeth era una mujer maravillosa y merecía a alguien menos complicado, alguien que no la hiciera sentir mal, ni la excluyera de su vida por miedo.

Ella merecía ser feliz y sabía que junto a mí siempre estaría triste. No quería verla sufriendo por mi culpa, por mucho que me dolía el solo pensar en alejarme de ella, debía hacerlo porque no quería hacerle daño... No a ella.

«No a ti, pequeña».

—*Deseo de todo corazón que puedas superar ese dolor* —susurró—, *que puedas aprender a vivir sin esa mujer que aún amas.* — *«¿Qué? ¿De qué demonios habla?»* —. *Debe ser difícil para ti, pero eres fuerte. Debes continuar con tu vida.*

Quise preguntar sobre lo que hablaba, pero decidí no hacerlo. Respiré profundo y tomé mi saco del sofá, caminé hacia la puerta y aunque deseé mirarla, no lo hice. Sabía que podría estar llorando y si la veía así, iría hacia ella y no podría dejarla.

Salí de la habitación y fui directo a la escalera mientras sentía un dolor horrible en mi pecho. Casi no podía respirar y luché conmigo mismo por ser fuerte. Me sentía solo mientras más me alejaba de ella, me sentía perdido y sabía que era porque estaba dejándola, porque todo dentro de mí se estaba quejando por mi decisión, pero por primera vez en muchos años no estaba pensando en mí, esta vez, aunque me doliera la decisión que había tomado, solo estaba pensando en ella.

Llegué al primer piso y Andrew se levantó de su sofá. Me miró con preocupación cuando me acerqué a él para despedirme.

—*Hasta luego, Andrew*—. Fue todo lo que dije, él se sorprendió y sostuvo mi mano con preocupación.

—*¿Qué paso?* —preguntó... no supe qué decir.

—*Cuida de ella...* —supliqué—. *Por favor... No la dejes sola.*

—*No lo haré* —prometió—, *no deberías dejarla tú tampoco.*

—*Es lo mejor* —aseguré—. *En este momento no soy la persona que ella necesita a su lado.*

—Andrew frunció el ceño, pero terminó asintiendo—. *Adiós.*

Abrió la puerta de su casa para dejarme salir y caminé hasta mi auto. Entré en él y cerré los ojos intentando no pensar en lo que estaba sucediendo. Quería llorar, pero no logré hacerlo, quería gritar y no emití sonido alguno. Sabía que estaría perdido... Realmente perdido sin ella y sabía que iba a arrepentirme por dejarla, pero ella merecía a alguien mejor que yo... Alguien que no la hiciera sufrir... Alguien que no era yo.

19 – Vacíos.

La voz de la aeromoza me despertó. Andrew tomó mi mano, froté mis ojos y giré a mirarlo. Había dormido durante casi todo el viaje, estaba cansada y realmente necesitaba dormir un poco. Miré por la ventana y vi la ciudad bajo nosotros... estábamos de regreso. Nueva York y sus luces, sus rascacielos y él hombre que me había dejado vacía.

—*Hemos regresado* —informó Andrew con una gran sonrisa en los labios que iluminaba sus ojos—. *La hemos pasado bien en Las Vegas, ¿verdad?*

—*Sí, de maravilla. ¡Gané \$1000 en las máquinas!* —exclamé fingiendo emoción.

—*¡Oh sí! Y este fin de semana nos iremos de compras.*

—*¡No más compras!* —advertí mientras él sostuvo mi mano para ayudarme a ponerme de pie—. *Ya hemos comprado mucho.*

—*¡Qué niña tan fea y tan aguafiestas eres, Elizabeth Coleman!* —Él se puso serio y luego bajó mi maleta—. *No olvides que mañana a mediodía tenemos que ir a la inauguración del nuevo hospital.*

—*Sí, lo recuerdo* —respondí mientras bajábamos del avión—. *Las obras sociales son maravillosas, pero la gente que asiste es tan aburrida.*

—*¿Por qué crees que te llevo conmigo?* —Me reí y él también, luego me abrazó y besó mi frente—. *¿Qué te pondrás?*

—*Mi uniforme.*

—*¡No! ¿Cómo que uniforme?* —gritó horrorizado—. *Yo usaré un traje de Hugo Boss, no puedes ir con uniforme* —respiré profundo y sonreí.

—*Bueno, podría ponerme el vestido azul que usé para el coctel del jueves.*

—*Sí, eso está bien... Pero, con los zapatos que te regalé para tu cumpleaños.*

—*¡No! Andrew, no me siento cómoda usando Prada.* —Él levantó una ceja luciendo tan sexy que hasta la señora que estaba junto a nosotros suspiró—. *De acuerdo, los usaré, pero dile a Michael que te enseñe unos buenos chistes para no dormirnos.*

Ambos reímos, porque Michael era tan encantador, tan feliz siempre, que era imposible andar de malas cuando estaba cerca.

Media hora después, él estacionó frente a mi edificio y bajó mi equipaje. Entré y llamé al ascensor mientras él arrastraba mi maleta hasta donde yo estaba.

—*Bueno, supongo que me voy.* —Sonreí y lo abracé, acomodé un mechón de su cabello rubio y sujeté su rostro.

—*Gracias, lo he pasado muy bien allá.*

—*Me alegro... ¿De verdad no quieres quedarte con nosotros?*

—*No, ve con Michael, no quiero estorbar.*

—*No estorbas, nos encanta tenerte en casa* —aseguró con mucho amor, sujetó mi rostro y clavó un beso en mi frente—. *Estaré más tranquilo si te quedas conmigo.*

—*Andrew, estoy bien. Necesito volver a mi vida normal, necesito enfrentarla. No te preocupes por mí.*

—*Me pides demasiado, nena.* —La sonrisa se me esfumó, porque esa frase me lo recordó a él

—. *Si me necesita, llámame. ¿De acuerdo? A la hora que sea vendré aquí.*

—*Gracias, pero no necesitaré de ti.* —Lo abracé y él me rodeó en sus musculosos brazos, volvió a besar mi frente y sonreí—. *Te quiero.*

—*Yo te quiero más* —aseguró—, *nos vemos mañana... Paso por ti a las once. ¿De acuerdo?*

—*Perfecto* —susurré cuando el ascensor se abrió y Andrew metió mi maleta.

Después de abrazarme y darme otro beso se marchó. Marqué mi piso y esperé paciente llegar a casa, cuando el ascensor se abrió, caminé hasta mi apartamento y abrí la puerta. El olor natural de mi hogar me hizo sonreír, a pesar de que lo pasé muy bien con Andrew, estar en casa me hacía falta.

Dejé la maleta en el pasillo y caminé hasta el teléfono. Cinco mensajes marcaban la contestadora. Presioné el botón para escucharlos mientras caminaba hacia mi habitación y abría la llave de la bañera.

El primer mensaje era de mi madre, que había marcado mal, luego un par de la oficina y algunos de ofertas. Casi 15 minutos después mi celular comenzó a sonar y lo tomé.

—*¡Olvidé decirte que tienes prohibido escuchar a Adele!* —gritó Andrew, no pude evitar reírme.

—*Andrew, no escucharé a Adele. Prepararé la bañera y luego me iré a la cama. Deja de preocuparte por mí.*

—*¡Princesa, te quiero!* —gritó Michael.

—*Aww yo también te quiero...* —dije—. *Bueno, suficiente, Déjame en paz Andrew y préstale atención a tu novio* —ordené.

—*Eso hago, pero había olvidado prohibirte eso.*

—*Michael, aléjalo de mí, por favor.* —Ambos rieron—. *Adiós, un delicioso baño me espera, los quiero.*

En tres de los mensajes siguientes que había en mi teléfono de casa, solo se escuchaba la respiración de alguien, y por mi bien no quise pensar en quién podría ser. Borré todo y me fui al baño, me quité la ropa y me metí dentro de la bañera.

El agua caliente me relajó, cerré los ojos y de nuevo aquellos hermosos ojos azules aparecieron, lo veía frente a mí, como aquella primera vez, y luego esos mismos ojos azules me decían adiós.

Dejé como cada noche que las lágrimas salieran. Me permití como cada noche sufrir en silencio por su ausencia. Cada noche mi corazón se rompía en pedazos, las ganas de verlo me atacaban y el dolor se apoderaba de mí al entender que lo había perdido. Me dolía tanto, lo extrañaba tanto... Ahogaba mis gritos, pero me di cuenta de que estaba en casa, que podía ser libre para gritar y llorar, me sentía perdida.

Fingía una felicidad que no existía, vivía una vida sin sentido... sin él. Sufría, pero era algo que tenía que enfrentar sola... sin tener que preocupar a nadie más con mi dolor.

...

Me miré en el espejo y guardé mi labial en la cartera, Andrew estaba cantando "*Its my life*" de *Bon Jovi* a todo pulmón y sonreí al verlo feliz. Era tan guapo que al verlo hasta yo me quedaba sin aliento, estaba usando un hermoso traje gris que lo hacía lucir jodidamente hermoso, sexy y, además, varonil.

—*Tengo novio nena, no puedo corresponderte* —bromeó, ambos reímos.

—*Creo que Michael te compartiría conmigo* —susurré, él rompió en carcajadas—. *Luces tan feliz que siento envidia.*

—*Oh nena, lo siento* —se disculpó y dejó de reír.

—*Es broma, amo verte feliz, cuando sonrías, es imposible no sonreír*—. Él me haló y besó mi frente.

—*El amor es tan complicado para algunos y tan simple para otros...*

—*Complicado aquí* —susurré fingiendo diversión, pero fracasé y me vi triste por un segundo,

Respiré profundo y antes de que dijera algo presté atención a la gran instalación donde estábamos entrando. Aquello era más grande lo que esperaba. Sabía por Andrew que era un hospital infantil pero no imaginé que se tratara de algo tan grande.

—*¡Uau! Es grande* —Él también miró hacia donde señalé—. *Pensé que era algo más sencillo.*

—*No, es un gran hospital* —respondió mi amigo— *Al parecer el alcalde ha conseguido personas de buen corazón. Aunque no sé por qué sospecho que esta idea no fue suya y solo se está colgando del trabajo de otro.*

—*¿Será por qué todos sabemos la clase de alcalde que tenemos?*

—*Sí, debe ser eso.*

Andrew bajó del auto y esperé, intentando ser una dama, a que abriera mi puerta. La prensa estaba en la entrada y aunque Andrew no asistía como reportero, igual hablaría del hospital en la próxima edición de la revista.

—*Demasiada elegancia para mi gusto* —susurré de forma casual mientras él me ofrecía su brazo—, *no me sueltes que puedo caerme* —supliqué—. *Estos zapatos son más que asesinos.*

—*Elizabeth Coleman, compórtate como una dama, que nadie note que no naciste para un vestido Gucci ni unos zapatos Prada* —exigió riendo.

Me puse firme, caminé como si fuese una *Miss Universo* y Andrew sonrió. Fuimos hasta la puerta del hospital y después de mostrar su invitación, nos dejaron entrar, caminamos entre la gente y nos dirigimos hasta la sala de conferencias.

—*No estaremos mucho tiempo* —prometió—, *solo quiero escuchar el trillado discurso del gran alcalde y que diga quienes fueron los que hicieron esto.*

—*Quizá si hay sido él...* —susurré, Andrew levantó una ceja y yo sonreí— *De acuerdo, no... él no haría esto* —susurré riéndome.

Andrew se detuvo a hablar con algunos colegas, saludó y sonrió con educación. Después de diez minutos yo estaba a punto de bostezar frente a todos, así que decidí dar un paseo.

—*Discúlpeme un segundo* —pedí soltándome del brazo de Andrew, le di un beso en la mejilla y susurré—. *Voy por un trago o me duermo frente a todos.*

Él sonrió y besó mi mejilla, caminé hacia una barra improvisada donde estaban sirviendo champagne y tomé una copa.

Estaba feliz de estar lejos de todos, de no tener que escuchar el discurso aburrido de las personas que trabajaban con el alcalde. Era terrible tener que adular a las personas solo para conservar un empleo.

Mientras bebía de mi copa pude contemplar el lugar y comprobar que efectivamente, ese era un lugar de calidad, así como el champagne que estaba bebiendo.

«*No, definitivamente el alcalde no es responsable de todo esto*».

Me burlé en silencio del alcalde y continué mirando a mi alrededor. Había demasiada gente, demasiada prensa... nadie interesante. Me giré con la intención de continuar mi recorrido por las instalaciones del hospital, pero me faltó el aire al verlo...

Pestañeeé dos veces para estar segura de que no estaba soñando. *Él* y su perfecta sonrisa me hicieron temblar. Nicholas miró hacia el piso y negó con visible diversión mientras se aproximaba

a mí. Mi corazón se aceleró a mil por hora y mi alma salió de mi cuerpo.

Estaba perdida en esos hermosos ojos azules que me miraron, en esa suave sonrisa que se dibujó sobre sus esculpidos labios y ese cabello desordenado que caía sobre su rostro.

«¡Dios mío, mi dios griego!».

Él se detuvo frente a mí. No fui capaz de hablar, ni de pensar... Me sentí ridículamente feliz y tuve que soportar las ganas de abrazarlo.

—Señorita Coleman... ¡Qué sorpresa! —exclamó con una voz suave y varonil.

«¡Es él, mi hermoso dios griego está frente a mí y soy tan, tan feliz!».

Evité con todas mis fuerzas sonreír, pero fracasé, sé que, aunque no quería, me veía feliz. Nos miramos por un tiempo indefinido, sonrió para mí y mi alma brincó de felicidad.

—Hola, Nicholas —susurré con una voz frágil, él levantó su mano y la tomé—. ¿Cómo estás?

—En este preciso momento, gracias ti, estoy muy bien.

Me dolió el pecho al escucharlo, solté su mano porque había empezado a temblar y no quería que notara lo mucho que me estaba afectando verlo. Él me miró de pies a cabeza y eso no ayudó en nada a controlar mis nervios.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Sobrevivo —respondí con sinceridad, dejé de mirarlo y bebí de mi copa—. No sabía que las obras benéficas eran lo tuyo.

—Hasta un hombre frío como yo puede sentirse interesado en esto —respondió—. No sabía que New York News se interesara en estas cosas.

—Pues, dependiendo... No nos interesamos por todo lo que el alcalde dice hacer, pero si son de obras importantes como estas, definitivamente sí.

—¿Viniste con tu jefe? —preguntó, bebí de mi copa y luego lo miré.

—No, Andrew me trajo.

Me controlé para no desmayarme mientras él me hablaba y yo era incapaz de ignorar el movimiento de sus labios. El perfume de su piel que me embriagaba o simplemente su mirada que me debilitaba con cada segundo que pasaba. Él lucía bien, no tenía ojeras y hasta sonreía para mí.

«Lo amo... Dios, ¡Lo amo!».

Nicholas también tomó una copa de champagne de la barra y dejó de mirarme.

—Estuviste de viaje... —dijo de forma casual, yo me sorprendí.

—Sí, fuimos a cubrir una nota... Andrew me llevó como fotógrafa. —Él sonrió, pero no supe porqué—. ¿Cómo has estado? —pregunté una vez más.

—Sobrevivo... me siento mejor —respondió y su sonrisa desapareció, quería abrazarlo y rogarle que siguiera sonriendo para mí, suplicarle que no se pusiera triste, porque su tristeza me hacía daño—. Te he echado de menos... —confesó con una voz triste—. Me has hecho falta.

—¿En serio? —pregunté y él solo asintió sin mirarme—. Pero, es mejor así... Eso dijiste.

Aguanté mis ganas de llorar y respiré profundo, dejé de mirarlo y me sorprendí al ver a Landon quien al verme abrió los brazos hacia mí.

—¡Liz, qué gusto verte! —exclamó al llegar frente a mí. Me abrazó y su buen humor me hizo sonreír.

—Hola, Landon, ¿cómo estás?

—Muy bien... ¡Qué linda estás! —exclamó sosteniendo mi mano—. Señor Carter... buen día.

Nicholas me miró y giró sus ojos fingiendo aburrimiento ante el saludo de su amigo.

—Hola, Landon. ¿Por qué tan impuntual? —preguntó, Landon sonrió.

—Aún no es mediodía, básicamente estoy en la hora indicada. —Me guiñó el ojo y besó mi

mano—. *Iré a buscar a William. Nos vemos luego, Liz.*

—*Hasta luego, Landon.* —Él caminó sonriendo y saludando a varias personas hasta que desapareció—. *¿Siempre es tan feliz?*

—*Sí, casi siempre. A veces, es tan irritante* —se quejó y yo sonreí—. *Es el director del hospital.*

Me quedé sorprendida por lo que dijo, él sonrió y nuevamente me temblaron las piernas.

—*¿De verdad?*

—*Sí* —respondió—, *confío en él para manejar de forma adecuada todos los recursos que tenemos.*

Me quedé de pieza cuando comprendí lo que estaba diciendo. Quise hacerle muchas preguntas, pero un fotógrafo se acercó y le pidió una foto. Nicholas sonrió y cuando estaba por alejarme, él se acercó más a mí, puso su mano en mi cintura y mi cuerpo entero tembló. El hombre enfocó su cámara e hizo la foto, pero Nicholas no me liberó.

—*Gracias* —susurró él, el fotógrafo se alejó de nosotros, pero Nick no se alejó de mí—. *Me gustaría hablar contigo* —susurró.

Me miró a los ojos logrando que mi corazón diera saltos descontrolados. Mientras tuve su atención sentí que el mundo se detuvo en ese momento, que solo éramos él y yo. Que todo lo demás no importaba, porque lo único que me hacía falta para estar bien, era tenerlo conmigo.

—*¡Señor Carter!* —exclamó una mujer, Nicholas giró y ella esbozó una gran sonrisa—. *¡Cuánto tiempo sin verlo! Apenas bajo del avión y tengo el agrado de encontrarlo.*

Ella levantó la mano y él se vio obligado a soltarme para responder al saludo de la mujer.

Ella debía medir 1.80 centímetros de estatura, de cuerpo formado, piel blanca y cabello cobrizo. Tenía un rostro envidiable, parecía modelo de *Play Boy* y me sentí amenazada.

—*Hola, Julia* —respondió con una voz dura y sin emoción.

Me di cuenta de que él actuaba como el importante Nicholas Carter ante ella, quien tardó más de lo necesario en soltarlo, pero finalmente lo hizo.

—*¿Cómo has estado?* —Le preguntó Nicholas.

—*Muy bien, señor* —susurró ella con respeto, pero aun así le brillaban los ojos mientras lo miraba.

Después de verla babear por él, ella dirigió su mirada hacia mí.

—*Hola* —me saludó.

—*Hola* —respondí mientras me apartaba de él—, *permiso.*

Di un paso para poner distancia entre nosotros, pero él me sujetó del brazo.

—*Aún no terminamos de hablar* —aseguró con visible mal humor.

—*Yo creo que sí* —respondí molesta y me solté de él.

Con la dificultad que siempre tenía al caminar en tacones, me alejé de él y fui directo hasta donde estaba Andrew. Quien me observó con emoción, como cuando veía una película de acción y algo emocionante estaba por pasar.

—*¿Sabías que él estaría aquí?* —pregunté molesta.

—*¿Qué? No, claro que no* —se defendió—. *No sabía que él estaría aquí. La invitación llegó del despacho del alcalde.*

—*¡Odio este tipo de casualidades!* —me quejé, Andrew levantó la mano y acomodó mi cabello—. *Si no tuviese que ayudarte con las fotos, me iría.*

—*Vamos nena, tampoco es para tanto* —dijo Andrew—. *Además, te vi muy feliz hablando con él hasta que la Play Boy apareció.* —Sentí alivio de no ser la única que veía a aquella mujer

como una modelo porno—. *Cálmate, Elizabeth... Estás muy roja y creo que puede salirte fuego por la boca. No seas tan celosa.*

—*¡No son celos!* —grité y luego respiré profundo—. *No estoy celosa...* —Él levantó su copa y me miró sin decir nada—. *¿Qué está haciendo?* —pregunté, Andrew giró de manera disimulada.

—*Ella sigue coqueteándole de manera descarada* —Mi sangre empezó a hervir—, *pero él no deja de mirarte.* —Una delgada línea de sonrisa se asomó en mis labios cuando mi amigo dijo eso—. *Creo que no le gusta tu vestido...* —susurró Andrew, luego me miró y sonreí—. *Acaba de mirarte lentamente de la cabeza a los pies y cuando se detuvo en tus piernas, frunció el ceño con evidente molestia.* —«¿Ah?»—. *Por favor, no le digas que te ayudé a elegirlo.*

—*¡No me hagas reír que estoy molesta!*

—*Bueno, cariño... Prefiero que rías a que tengas ganas de matarlos.* —Volví a sonreír y él elevó su copa hacia mí—. *Por el destino que no toma en cuenta nuestras opiniones.*

—*Salud...* —susurré con pesar.

Andrew besó mi mejilla y sonrió, me haló y me dejó a su lado de tal modo que pude mirarlos. Apenas levanté la mirada me crucé con sus hermosos y ahora oscuros ojos. Me miró de ese modo que conocía y sentí un golpe de placer recorriendo mi ingle.

—*¿La Play Boy no sabe cuándo alguien no le presta atención?* —preguntó Andrew—. *No lo culpo por mirarte... Tú eres más hermosa.*

—*Calla, que no soy ciega. Ella y sus siliconas son muy buenas adversarias.*

—*Tú y tu cuerpo hermosamente natural también... Por algo él sigue mirándote.*

Levanté mi copa, bebí de ella y volví a mirarlo. Nicholas me miró y me sentí tan débil, su mirada era ardiente, sexy... me deseaba como yo a él.

Me sonrió de lado y agradecí estar sujetándome del brazo de Andrew. Ella giró a mirarme y al darse cuenta de que era la razón por la que él la estaba ignorando, me regaló una mala mirada la cual le devolví sin problema.

Creo que mi cuerpo se congeló cuando la muy descarada se atrevió a tomarle la mano. Quise arrancársela por tocar a mi *dios griego*, pero la mano de Andrew me apretó evitando que me moviera.

—*¡Cálmate!* —pidió Andrew.

Respiré una y otra vez tratando de hacerlo, cuando volví a mirarlos, ella le estaba sonriendo, pero él había metido sus manos dentro de sus pantalones, algo que agradecí.

—*Vamos a sentarnos ya va a empezar.* —Andrew me haló y caminamos en la dirección donde estaba Nick, algo que hizo que Andrew tuviera que detenerse—. *Hola, Nicholas* —saludó mi amigo extendiendo su mano hacia él, Nick la sujetó y le dio un apretón amistoso—. *¿Debería sorprenderme al verte aquí?*

—*No lo creo, soy el responsable de todo esto* —respondió con orgullo.

Escapé de su mirada y vi a la *Play Boy* mirando a Andrew con la boca abierta.

«*¡Ni lo sueñes... con él tus siliconas no causan efecto!*».

—*Deberían tomar sus lugares, ya vamos a empezar* —sugirió Nick y se giró a mirar a la mujer—. *Adiós, Julia.*

Ella tomó su mano y nuevamente la sujetó por más tiempo del debido. Halé a Andrew, pero no se movió.

—*Hasta luego, señor Carter* —respondió la mujer.

«*¿Será que no captó el Adiós? ¡Fue adiós, no hasta luego!*».

—*Nos vemos luego...* —se despidió Nicholas de nosotros—. *Permiso.*

Clavó sus ardientes ojos azules en mí, miró nuevamente mis piernas y frunció el ceño.
«¿Cuál es tu problema?» pensé.

Caminó hacia donde estaba Landon, quien me guiñó el ojo y ambos entraron al salón. Andrew haló de mí y continuamos hasta el lugar que nos habían asignado. Giré a mirar a la Julia y ella estaba mirando de pies a cabeza a Andrew, me abracé más a él y sonreí mientras desaparecíamos de su vista.

—Déjala, mirar es gratis.

Comentó Andrew mientras caminamos hasta nuestros asientos. La tercera fila del centro, justo frente a Nicholas, quien estaba de pie mientras Ashlee le colocaba un micrófono inalámbrico.

—¿Es su secretaria? —preguntó Andrew.

—No, su asistente. La secretaria es otra que también babea por él —susurré—. Esta no es tan evidente, podría hasta decir que es la única que no babea por él.

Nos sentamos y William apareció frente a nosotros. Estaba tan elegante que me quedé impresionada por lo guapo que lucía.

—¿Él no tiene amigos feos? —me pregunté, Andrew sonrió.

—¡Uau! —exclamó mi mejor amigo—. Ese hombre sí es muy mi tipo.

—Es William Bennett... Yes casado.

—Nena, lo primero que vi fue su deslumbrante anillo —se quejó—, no hace falta que seas tan aguafiestas.

—Lo siento.

William giró en mi dirección y se sorprendió al verme. Miró a Nicholas y este le sonrió. William le dijo algo a la mujer que trataba de ponerle el micrófono y caminó hacia nosotros.

—¡Elizabeth, qué gusto verte! —exclamó mientras llegaba a mí, me abrazó y sonreí encantada—. Que sorpresa tan agradable.

—Hola, William. Me alegra verte también. —Tenía esa mirada dulce y tranquila típica en él

—. ¿También estás involucrado esto?

—Sí, hemos estado trabajando durante años para hacer este sueño realidad... Y me alegra participar en una obra tan importante.

—Claro, es genial. —Sentí el brazo de Andrew y reaccioné—. Oh, lo siento —me disculpé por no presentarlos—. Este es mi amigo, Andrew Boothe. Andrew, te presento a William Bennett.

—Un placer, señor Bennett.

—Dime William, por favor... Si eres amigo de Liz, estamos en confianza —aseguró de forma amable—. ¿Estás cubriendo el evento?

—Sí, Andrew es el director general de la revista y me trajo para hacer algunas fotos.

—Oh, entonces deberían venir conmigo. Les daré una mejor ubicación.

—No —susurré—. Estamos bien aquí, no te preocupes, William.

—Déjame insistir Liz... acompáñenme, por favor.

«¡Cómo si pudiéramos negarnos!».

Ambos seguimos a William y después de hablar con una de las anfitrionas nos ubicaron en un excelente lugar, justo frente a Nicholas, en primera fila.

Se me hizo imposible dejar de mirarlo y él hizo lo mismo, sostenía mi mirada y seguía frunciendo el ceño cuando miraba mis piernas, incluso yo tuve que mirarlas para ver si había algo extraño en ellas, pero no... Todo está bien. Al menos para mí.

Pasaron casi dos horas mientras el alcalde nos aburría con un discurso casi electoral, y al final casi obligó a Nicholas a decir algunas palabras. Me quedé boquiabierta cuando empezó a hablar

sobre su idea y el trabajo que le llevó hacerla realidad. Comprobé una vez más que Nicholas Carter era un hombre culto, preparado y preocupado por las personas de menos recursos. Se notaba emocionado y orgulloso de su gran trabajo y yo me sentí orgullosa de él.

Todos nos pusimos de pie y le aplaudimos cuando terminó, presentó a Landon como el director general y a William como su asesor. Después de los aplausos todos salimos del salón de conferencias y caminamos hacia la entrada del hospital. El nombre de este aún estaba cubierto y una cinta roja estaba en la entrada.

Andrew y yo nos mantuvimos a un lado para no estorbar y preparé mi cámara para tomar la foto cuando él tuviera el honor de cortar la cinta.

—*¿Señorita Coleman, me ayudaría?* —preguntó Nicholas en mi dirección.

Miré a Andrew como dudando de que él me haya hablado, Andrew sonrió complacido.

—*Dame la cámara y ve allí* —ordenó mi amigo casi empujándome.

Miré asustada a Nick, quien mantuvo una gran sonrisa mientras me aproximaba a él.

«*Él no puede estar haciéndome esto, sabe que odio estas cosas, que lo social no va conmigo*».

—*¿Estás loco?* —pregunté cuando estuve frente a él—. *Sabes que no me gusta esto.*

—*Solo ayúdame a cortar la cinta, nada más* —pidió mientras me sujetó de la cintura y me llevó hasta el centro de la puerta.

Las fotos se dispararon mientras nos acercábamos, él me entregó la tijera y caminó detrás de mí, tomó mi mano y me hizo temblar.

—*¡Llegó el momento!* —exclamó Nick con una gran sonrisa, apretó mi mano y esperé que me diera la orden—. *Ahora, Liz* —ordenó.

Apreté la tijera y la cinta se cortó en dos pedazos, los aplausos se escucharon a nuestro alrededor, me giré hacia él y sonreí.

—*Gracias* —le susurré con la intención de alejarme, pero me lo impidió—. *Déjame ir.*

Él negó con una mirada seria y sabía que no podía discutir, no frente a todos. Tomó mi mano y me ayudó a bajar las escaleras y las fotos nuevamente se hicieron presentes sobre nosotros. Yo estaba asfixiándome con tanta atención sobre mí.

Dos hombres sujetaron de lado a lado las cuerdas que sostenían las telas que cubrían el nombre del hospital a la espera de que les ordenaran que tiraran de ellas.

—*¡Ahora!* —gritó Nicholas, las telas cayeron frente a los ojos de todos y mi boca se abrió en el acto—. *¡El Elizabeth Childrens Hospital está oficialmente inaugurado!*

«*¿Elizabeth? ¿Le ha puesto mi nombre a su hospital? ¿Es una broma?*».

—*Es un nombre perfecto* —susurró al mirarme—. *A Landon y a William les encantó* —aseguró ante mi mirada de asombro.

—*Creo que es demasiado.* —Él solo se limitó a sonreír, giré a mirar mi nombre grabado en finas letras en la entrada... seguí impactada —. *Estás loco.*

—*Mi psicólogo no dice eso* —respondió con evidente diversión, los medios nuevamente se fueron sobre nosotros y aunque quise alejarme, él me sujetó de la cintura con fuerza y no pude moverme—. *Sonríe o pensarán que te molesta estar a mi lado.*

—*¿Desde cuándo te importa lo que los demás piensen?* —pregunté, él sonrió nuevamente y yo me sentí perdida. Cuando por fin las fotos terminaron me alejé—. *Ya me tengo que ir.*

—*No, quédate... Tenemos un almuerzo para celebrar la inauguración.* —Su mirada me hizo temblar—, *me gustaría que nos acompañaras.*

—*Gracias, pero no... los eventos sociales no son lo mío.*

Andrew, Landon y William caminaron hacia donde estábamos y todos sonreían ante mí.

—*¡Uau, Nicholas! El nombre es perfecto* —dijo mi mejor amigo con evidente diversión—. *Seguro Liz no podrá dormir por la emoción. Un hospital lleva tu nombre, nena.*

—*¡Ja!* —Fue todo lo que pude decir mientras le fulminé con la mirada... Landon se rió.

—*Es un hermoso nombre, creo que es perfecto* —agregó William y los demás dejaron de burlarse—. *Tendremos un almuerzo... ¿Por qué no nos acompañan?*

Miré a Andrew esperando que me salvara de aquel momento diciendo que teníamos cosas que hacer.

«*¡Di que no, por favor! Di que no*».

—*Por mí, encantado. ¿Tú qué opinas, nena?* —«*¡Te odio!*»—. *Lo que Liz quiera* —aseguró con una gran sonrisa mientras yo tenía ganas de golpearlo.

—*Por favor, Elizabeth... acompáñanos* —pidió William.

No podía decirle que no, yo no podía rechazarlo ante tanta amabilidad. Nicholas sonrió con diversión mientras que Landon se cruzó de brazos junto a él esperando a que yo respondiera. Suspiré resignada.

—*Está bien, gracias* —respondí sonriéndole a William—. *Necesito lavarme las manos, ahora regreso.*

Sonreí y caminé lejos de ellos para poder respirar, pero sentí una mano tomando mi brazo y me detuve. Giré hacia quien me había detenido y me sorprendí al verlo.

—*¿Qué pasa?* —pregunté.

—*Hay un baño del otro lado* —explicó—, *te llevaré allí.*

—*No hace falta* —aclaré—, *le diré a una de las anfitrionas que me guíe.*

—*Yo puedo guiarte* —insistió sonriente y yo temblé ante su sonrisa celestial—, *sígueme.*

Y eso hice, caminé junto a él en dirección contraria y llegamos hasta un pasillo largo y nos detuvimos junto a una puerta que decía “*Director General.*” Él abrió y me invitó a pasar. Me sentí nerviosa cuando estuvimos solos.

—*¿Te molestó que le pusiera tu nombre al hospital?* —preguntó y yo giré a verlo.

—*Bueno, es algo... impresionante* —admití—. *Es decir, no todos nos levantamos un día y nos enteramos de que un hospital tan importante lleva nuestro nombre, ¿no?*

—*No, pero si el hospital importante lleva un nombre así, es porque el dueño de ese nombre es especial.*

—*Bueno, de un tiempo para acá detesto ser especial.* —Me sentía molesta, y sí, todavía sentía celos por esa mujer, que, aunque le hablaba con respeto, yo sentía que había algo más entre ellos—. *Conozco la salida, no tienes que esperar por mí.* —Me giré y él me sujetó del brazo, me haló y terminé estampada contra su pecho—. *¿Qué haces?* —pregunté con voz temblorosa.

Él miró mis labios y lamió los suyos.

«*Oh Dios mío... estoy perdida*».

—*Te seduzco* —respondió clavando sus labios sobre los míos.

Pensé en alejarlo, quería tener el valor de hacerlo, pero mi cuerpo reaccionó de forma diferente a lo que pensaba. Mi mano se enredó en su cabello y tiré de él para sentirlo más cerca de mí. Temblé y me estremecí, me excité y me desmayé internamente mientras que su lengua acariciaba la mía y un golpe de placer se ubicó entre mis piernas. Me apoyé a la pared, sus manos subieron mi vestido y mi trasero quedó libre para sus caricias. Sonreí internamente, sonreí, gemí y disfruté.

Me sentía tan feliz y desesperada, feliz y necesitada, feliz y... Y eso, feliz con mi *dios griego* apoderándose de mí.

20 – Juntos.

Mordí sus labios y disfruté de su boca. Me sentía tan necesitado, urgido, perdido sin ella. Quería tomarla, hacerla mía, quería sentir que toda ella me pertenecía.

El aroma de su piel me tenía embriagado, me hacía sentir débil, como siempre. Mis manos se movieron entre sus piernas y la humedad en su sexo aumentó mi necesidad por ella. La sujeté de la cintura y la hice subir sobre mí. La dejé sobre el escritorio mientras buscaba el cierre de ese diminuto vestido, pero al no encontrarlo, tiré de él hacia abajo. Ella se puso tensa y cuando menos lo esperé me empujó.

La miré sorprendido cuando bajó del escritorio. Acomodó su vestido y yo seguía solo mirándola, sin entender lo que estaba sucediendo.

«¿Por qué si ella lo desea tanto como yo, se aleja?», no entendía.

Después de unos segundos ella me miró muy seria.

—*¡Las cosas no pueden ser siempre así!* —exclamó. No dije nada, no sabía qué decir—. *No puedes dejarme y luego aparecer y tomarme como si yo fuese un mueble.* —Seguí en silencio porque aún no entendía cuál era su reclamo—. *¡Me dejaste!* —gritó—. *No soy nada tuyo... no somos novios, ni amantes... ni nada. No puedes solo llegar aquí e intentar tener sexo conmigo.*

—*¿Por qué no?* —pregunté y ella me miró furiosa—. *Elizabeth, yo te deseo... Tú me deseas, es así de simple.*

—*¡Por Dios!* —gritó, se giró y entró al baño lanzando la puerta sobre mí.

—*Elizabeth, ¿qué te pasa?* —pregunté, pero ella no respondió, así que traté de calmarme.

Respiré profundo y traté de alejar mi mal humor por su rechazo. Me senté en el sofá y esperé. Pasaron unos cinco minutos hasta que la puerta se abrió. Ella me miró muy seria y yo estaba igual. Me levanté y me detuve frente a ella.

—*¿Vas a decir que en dos semanas perdiste el interés en mí?* —pregunté.

—*No, eso sería mentir y no me gusta mentir...* —respondió furiosa—. *Pero en estas dos semanas tuve tiempo de pensar y...* —aseguró con una voz firme—. *Lo que me das no es suficiente para mí, Nicholas.*

—*¿Qué?* —pregunté sin poder creer que ella estaba diciendo eso—. *No estoy entendiendo...*

—*Lo sé... Sé que no lo entiendes y dudo que puedas entenderlo alguna vez.* —Estaba molesta y no trataba de ocultarlo—. *Eres todo lo que quiero y necesito para ser feliz, pero lo que tú me das no es suficiente, no me basta.* —Estuve en shock mientras ella estaba rechazándome—. *Yo no quiero un novio que me ponga límites sobre él, ni que me diga cuándo y a qué hora puede tener sexo conmigo, ni que se aleje cuando no esté bien en lugar de dejarme ayudarlo.*

—*¡Joder! ¡No necesito tu ayuda!* —grité desesperado y ella se asustó—. *Elizabeth, ya tengo un doctor que me ayuda... no necesito más que eso.*

—*Yo no quiero ser una novia con limitaciones, ni quiero ser una amante especial. Yo lo quiero todo y tú no me lo puedes dar.*

—*¡Puedo darte todo lo que quieras!* —exclamé—. *Si quieres flores y chocolates, genial, te lo daré... Pero no pidas que cambie mi forma de ser, porque no puedo.*

—*¡No quiero que cambies tu forma de ser!* —gritó sobre mí— *Me gusta cómo eres, me gusta*

tu carácter fuerte, tus ganas de querer controlarme... Yo solo pido que me dejes estar contigo... en las buenas y en las malas.

—*Elizabeth, eso suele pasar cuando se casan* —dije casi burlándome y me arrepentí porque ella empezó a caminar hacia la puerta y tuve que detenerla—. *Elizabeth, no hagas esto. ¡Demonios! He pasado dos semanas extrañándote.* —Ella me miró, pero no dijo nada—. *He llamado como idiota a tu casa solo para escuchar tu voz y soportar estar sin ti. Me he sentido vacío en mi cama porque me hacías falta. Liz... yo te necesito.* —Ella cambió su mirada agresiva por una suave y dulce—. *Me haces falta.*

—*¿Y por qué no me buscaste?*

—*Porque aún no me sentía bien. Además, supe que estabas de viaje y decidí dejarte disfrutar, así yo estaría mejor cuando regresaras.* —Ella llevó su mano a mi rostro y temblé.

—*Si en algún momento yo estoy mal, muy mal y te pido que te alejes... ¿Lo harías?*

—*No* —respondí de inmediato y ella sonrió con tristeza—, *pero no somos iguales Elizabeth.*

—*¡No seas machista!*

—*¡No es machismo!* —me defendí—. *Tú sí me necesitarías.*

—*Claro, ese es el punto, tú no me necesitas*—. Vi tristeza en su mirada y me dolió.

—*Elizabeth, no necesito de tu ayuda cuando no estoy bien.* —Le aclaré con la esperanza de que pudiera comprender y aceptar lo que estaba pidiendo—. *Yo puedo salir solo de esto, Liz... no quiero que sufras por mí, sería peor si mis problemas terminan afectándote... no puedo, no quiero eso.*

—*Te entiendo perfectamente* —susurró—, *pero lo siento... Yo tampoco quiero esto.* —El dolor me golpeó con tanta fuerza por dentro—. *Yo quiero más que ser tu amante especial.*

—*No eres mi amante especial... ¡Rayos, Elizabeth!*

—*Es lo que siento* —se quejó—. *Quiero un novio normal, de esos que pasean por los parques luciendo ridículamente enamorados* —Liz...—. *De esos que van al cine y comparten la cama a diario, quiero sentirme deseada todos los días sin importar si es de día o es de noche... Y tú, Nicholas... Tú no puedes darme eso.*

Ella me miró con tristeza, con dolor y se alejó de mí. Abrió la puerta y aunque quise detenerla, no lo hice. Me quedé allí en silencio, sin encontrar las palabras para convencerla, para no perderla. Por primera vez en muchos años sentí miedo, miedo de perderla, de no tenerla conmigo. Sabía que estaba hablando en serio y me aterraba pensar que el sentimiento que aún no era capaz de definir terminara convirtiéndome en ese hombre que alguna vez fui y que casi acaba conmigo.

Acomodé mi traje y me dije a mí mismo que no podía volver a hacerlo. No podía poner mi vida en las manos de nadie. No podía darle de nuevo el poder a una mujer de acabar conmigo y sabía que, si no era fuerte, no lograría salir victorioso de todo eso.

Yo no iría tras una mujer, lo había prometido y tenía planeado sostener esa promesa. Dejé que el mal humor alejara la oscuridad que empezaba a consumirme y abrí la puerta. Salí de la oficina de Landon y cuando giré en el pasillo la vi apoyada de la pared, con las manos cubriendo su rostro. Deseé con toda mi alma correr hacia ella y abrazarla, pero no lo hice, fui fuerte y no dejé que ese sentimiento que estaba causándome tanto dolor tomara el control de mi vida.

Cuando notó mi presencia, Elizabeth acomodó su postura y me miró. Me aproximé a ella y me detuve por un instante.

—*Sabes que estás pidiendo demasiado, ¿cierto?* —pregunté ocultando mi dolor con el mal humor.

—*Quizás...* —respondió con tristeza—. *Pero es lo que quiero para mí.*

Quise suplicarle que cambiara de opinión, quise rogarle que no me dejara, pero no pude decirle nada y solo me alejé de ella con la convicción de que no iba a buscarla más, de que ella lo había decidido y yo no iba a rogarle a nadie.

Tomé el camino contrario al que usé para llevarla hasta esa oficina y para mi mala suerte me encontré con Julia. Ella sonrió y le devolví el gesto.

«*No eres la única en mi vida, Elizabeth... y te lo demostraré*».

—*Hola, otra vez* —dijo.

—*Hola* —respondí sin ninguna emoción.

—*Así que... es tu hospital.*

—*No, es de los niños. No es mío.* —Ella sonrió—. *¿Ya te marchas?*

—*Sí... a menos que propongas otra cosa.* —Ella se aproximó y no me alejé, aunque quería hacerlo—. *Quizá podríamos ir a otro lugar y...*

—*Sabes que no me gusta relacionarme muchas veces con la misma persona* —le recordé.

—*Lo sé, pero no sería una relación. Solo un recuerdo... por los viejos tiempos.*

—*¿Por qué no te quedas?* —pregunté sabiendo lo que quería hacer—. *Hay un almuerzo, ¿quieres venir?*

—*¡Me encantaría!*

Era una estupidez, estaba actuando como un niño idiota, pero eso era mejor a ser el tonto que sufría por una mujer. Ese papel ya lo había interpretado y no pretendía repetirlo así que caminé hacia la salida y ella me siguió de cerca. Cuando llegué hasta donde estaban todos, Elizabeth ya estaba allí y parecía discutir con el periodista.

—*Nicholas, ¿dónde estabas?* —preguntó William, Andrew giro y me regaló una mala mirada.

—*Estuve hablando con Julia, ¿la recuerdas? ¿La periodista?* —William me miró más serio de lo normal—. *La invité a sentarse con nosotros, ¿no les molesta verdad?*

Todos desaprobaron mi idea, pero nadie lo mencionó. Elizabeth ni siquiera me miró y eso me puso de peor humor.

—*Nena, vamos a bailar* —le pidió Andrew mientras se ponía de pie y tomaba la mano de Liz—. *¡Vamos!*

—*¡No, nadie está bailando!*

—*Exacto* —dijo él y aunque ella trató de negarse, terminó yendo a con él hasta centro de una pequeña pista de baile.

Andrew la tomó de la cintura y la abrazó, yo quería matarlo. La forma como él seguía tocándola, abrazándola, incluso besando sus mejillas, no podía evitar sentirme celoso, no podía evitar querer matarlo, no me importaba si era *gay*, él estaba tocando a mi mujer y lo odiaba por hacerlo.

—*¿Qué le hiciste?* —preguntó Landon en un tono de voz bajo, yo traté de ignorarlo—. *Ten cuidado, ella y él parecen muy... cercanos.*

Me quedé en silencio y Landon invitó a Julia a sentarse. Había un lugar a su lado, pero no lo tomé, no podía fingir tanto, no quería estar cerca de esa mujer, yo quería a Liz, la necesitaba a ella... solo a ella.

Agradecí infinitamente que la puta música cesara y lo obligara a regresar. Elizabeth me miró y yo le hice saber lo molesto que estaba. Se giró y tomó asiento en su lugar, el periodista hizo lo mismo.

—*¡Qué baile tan hermoso, tan romántico!* —comentó Julia y la odié—. *¿Llevan juntos mucho tiempo?*

—*Sí, mucho...* —respondió el imbécil de Andrew sin aclararle que solo eran amigos.

El alcalde interrumpió con su típico discurso y yo me mantuve de pie. Tomé mi copa y brindé por lo que sea que haya dicho. Todos tomaron sus lugares y me di cuenta de que Landon intencionalmente no había ocupado el lugar que le correspondía, así que caminé hasta allí y me senté junto a ella, pero Elizabeth me ignoraba y mi mal humor aumentaba.

Se giró hacia Andrew y fingió prestar atención a la conversación, yo hice lo mismo.

—*Sí, desde la universidad* —Tampoco sabía de qué hablaban, pero no estaba interesado en hacerlo—, *siempre fue así. Toda una locura.*

La comida no estuvo mal y tenerla a mi lado me hizo sentir mejor. Aún estaba molesto por su actitud, pero conforme pasaba el tiempo empezaba a sentirme mejor. Dos horas después todos habíamos terminado de comer y solo estábamos conversando de cosas sin importancia. Landon y Andrew bromeaban y ella se reía, me gustaba verla reír, aunque no me estuviera sonriendo a mí.

—*Sin duda es así* —dijo Andrew y bebió un poco más de champagne—. *Bueno... Creo que es momento de irnos, nena*—. Quise oponerme, pero tuve que mantenerme en silencio.

—*Sí, claro* —convino Liz más que gustosa por huir de la reunión, se puso de pie y Landon se acercó a ella y la abrazó—. *Adiós, Landon... Fue un gusto verte.*

—*Adiós no, hasta luego y también fue un gusto verte.*

William se puso de pie y yo hice lo mismo, Elizabeth se acercó a William quien extendió su mano hacia ella.

—*Elizabeth, muchas gracias por acompañarnos.* —Ella le sonrió y él la abrazó—. *Lamento los malos momentos* —dijo clavando su mala mirada sobre mí—, *espero que nos podamos volver a ver pronto.*

—*También espero eso. Muchas gracias.*

Me obligué a dejar de mirarla cuando Andrew levantó la mano hacia mí y tuve que ser amable.

—*Adiós* —dijo el periodista, yo solo asentí—. *Vamos, nena.*

—*Sí* —respondió, pensé que se marcharía sin voltear a verme, pero como siempre me sorprendió al hacerlo—. *Adiós, señor Carter.*

—*Adiós, señorita Coleman.*

Ella se giró en sus tacones y movió su perfecto cuerpo tan lejos de mí que me sentí vacío otra vez.

—*Cuidado, Nick...*, —susurró William palmeándome la espalda— *No siempre se tiene una segunda oportunidad.*

William siempre ha sido uno de mis mejores amigos, quizá la única la persona que respetaba, pero detestaba cada vez que soltaba frases de esas para joder mi tranquilidad.

—*Señor, Carter* —llamó Julia, yo respiré profundo al girarme a ella.

—*¿Qué le parece si le invito un café?*

—*Gracias, pero no* —la rechacé y ella entristeció—, *como te dije, no me gusta relacionarme con la misma mujer varias veces... Que estés bien.*

Caminé hacia el estacionamiento y subí a mi auto. Frank lo puso en movimiento y me llevó fuera del lugar. Quería muchas cosas y a la vez lo único que giraba en mi cabeza era la idea de buscarla. Frank tomó el camino directo a mi casa, pero una voz interna gritaba que ese no era el lugar a donde debía ir... Yo quería y necesitaba ir a ella.

—*Frank...*

—*Sí, señor...*

—*Llévame a la casa de Elizabeth.*

Frank detuvo el auto y tardó unos segundos antes de obedecer mi orden. Él empezó a conducir nuevamente y puso algo de música. Minutos después estábamos frente al edificio y como aquella primera vez, me pregunté qué demonios hacia yo allí.

—*¿Quiere que llame por usted, señor?*

—*No, yo lo haré.*

Me quité la chaqueta y bajé del auto. Caminé hasta el intercomunicador y llamé.

—*La señorita Coleman no está* —anunció el portero desde adentro. Giré sorprendido.

—*¿Aún no llega?*

—*No, salió casi a medio día y no ha regresado.*

Asentí y caminé de regreso a mi auto, pensando que ya había pasado el tiempo suficiente como para que ella haya llegado.

«*¿Dónde demonios estás Elizabeth?*».

Volví a entrar a mi auto y aunque quise decirle a Frank que me llevara a casa, no lo hice. Esperé cerca de media hora antes de que el auto de Michael se detuviera detrás de mí. Giré a mirar hacia ellos y la vi con los ojos cerrados en el asiento delantero.

Andrew bajó y abrió la puerta, yo también bajé y cuando ella me vio parecía bastante sorprendida, pero había algo en su expresión que no reconocía. Caminé hasta el auto del periodista y me detuve detrás de él.

—*Princesa, vamos... ¿Puedes caminar?* —preguntó Michael.

—*Sí* —respondió con sus hermosos ojos fijos en mí.

—*Buenas noches* —saludé y ambos se giraron hacia mí.

Andrew me regaló una mala cara y yo le devolví el gesto. Michael puso su mano sobre el pecho de su novio para calmarlo fue en ese momento que comprendí el estado en el que estaba Elizabeth y me sentí más furioso.

—*¿Qué diablos pasó?* —pregunté—. *¿Por qué esta así?*

—*Estuvo bebiendo y se le pasó la mano con el Vodka* —respondió Michael de manera educada.

—*¿¿Y cómo es que ella bebe a ese extremo y ustedes no se lo impiden??* —grité.

—*¡Deja de gritar porque todo es tu culpa!* —respondió Andrew empujándome. Di un paso para responder a su ataque.

—*¡No!* —gritó Elizabeth.

No sé de dónde salió Frank, pero se detuvo delante de mí para protegerme del periodista.

—*¿Qué les pasa?* —preguntó Elizabeth mirándome.

Hice a un lado a Frank y aunque se alejó un poco se mantuvo alerta. Andrew tenía la mano en un puño y Michael lo sujetó para que no me golpeará. Ella tomó la mano de Andrew y me sentí celoso.

—*No se te ocurra volver a tocarlo* —le advirtió molesta, yo me sorprendí—, *no tienes motivos para agredirlo.*

—*¡No me jodas, Elizabeth!* —gritó Andrew—. *Te he visto destrozada durante dos semanas por este idiota... ¿Y dices que no tengo motivos?* —Me sentí miserable al oírlo—. *No puedo simplemente dejar que venga una y otra vez a joderte la vida y quedarme con los brazos cruzados. Lo siento, no soy tan pacífico.*

—*¡Eso ya se terminó!* —sentenció Elizabeth con los ojos fijos en mí y otra vez me sentí perdido.

Elizabeth palideció y se sentó de nuevo. Andrew se acercó a ella.

—Nena, ¿estás bien? —preguntó—. Liz, cariño... ¿estás bien?

—¡No seas idiota! —grité—. ¿No ves que esta mareada? —Lo hice a un lado y me acerqué a ella, Andrew sujetó mi brazo con fuerza y giré furioso hacia él—. Si vuelves a tocarme voy a romperte la cara —le advertí—, y estoy hablando en serio.

Michael sujetó a Andrew y lo miró molesto, creo que sabía que su novio estaba siendo un idiota. Giré otra vez hacia Elizabeth y toqué su frente.

—¿Tienes náuseas? —pregunté, ella negó—. Vamos, te llevaré arriba.

—No, yo puedo sola —aseguró y yo estaba a punto de perder la poca paciencia que me quedaba.

—No hagas más insoportable esto —le advertí—, verte así no me hace nada feliz, Elizabeth.

—¡Hazte a un lado que yo la llevaré! —gritó Andrew.

—No, tú tampoco —dijo molesta mirando a su amigo—. Michael, ¿me ayudas?

Iba a quejarme, pero no tenía ningún mal sentimiento hacia Michael, así que me hice a un lado cuando él se acercó a ella y sin problema la levantó en sus brazos.

—Oh, princesa... estás muy liviana —le dijo en forma de reproche.

Miré furioso a Elizabeth porque ya me había dado cuenta de que había bajado mucho de peso. Michael la llevó hasta la entrada del edificio y yo lo seguí de cerca.

—Mantén las manos de tu novio lejos del mío —susurró Liz, Michael sonrió—. Bueno... de mi ex.

—No te preocupes, no dejaré que golpee a tu dios —aseguró Michael y ella sonrió.

Llamé al ascensor y luego giré a ella.

—No puedo creer que hayan dejado que beba tanto —me quejé.

—No tuvimos opción —respondió Michael mientras la miraba con ternura—, era verla beber o que se fuera a beber sola... Además, solo fueron tres vasos.

—Pero estuvo bebiendo champagne en el hospital —me quejé—. ¿Siguen las náuseas? —pregunté tocando su frente y ella tembló.

—No, ya me siento mejor —susurró con pesar—. ¿Por qué no te vas a tu casa?

—No me iré —respondí, ella levantó su mano y tocó mi rostro.

—Eres tan hermoso —Cerré los ojos y disfruté de su caricia que tanto me había hecho falta—, tus ojos son tan bellos...—la miré y no pude evitar sonreírle—. Y cuando me miras así, me tiemblan las piernas. —Era tan dulce y hermosa que me fue imposible seguir molesto—. Y cuando sonríes... oh, cuando sonríes puedo desmayarme internamente.

—Princesa, haz silencio —pidió Michael con voz divertida, ella lo miró y sonrió—, estás hablando de más.

—No, estoy diciendo la verdad. Todo él hace que mi cuerpo se sienta tan débil.

—¡Oh, Dios! —exclamó Andrew detrás de mí—. No puedo creer que tres vasos de vodka te hagan decir cosas que no dirías estando sobria.

—¡No hablaré contigo! —exclamó Elizabeth mirándolo, no pude evitar sonreír de placer—. ¡No te burlas de él! —exigió mirándome con el ceño fruncido—. Debería dejar que te golpee a ver si sientes un poco de dolor por romper mi corazón.

Entonces, las ganas de golpear a Andrew desaparecieron. Él y yo no éramos amigos, pero entendía un poco su molestia hacia mí. Él quería a Elizabeth y yo la había lastimado.

—Necesitamos hablar, Elizabeth —susurré, ella escondió su rostro en el pecho de Michael—, eres tú la que me está dejando y también me duele. —Me sorprendí al darme cuenta de que estaba hablando de mis sentimientos sin importar que sus amigos estuvieran allí—. Habla

conmigo, lleguemos a un acuerdo —supliqué—, uno que no nos perjudique a ninguno. —Ella me observó en silencio—. Yo haría cualquier cosa por ti, Elizabeth. —Michael sonrió aun cuando estaba mirándola—. La prueba de ello es que estoy aquí... Sabes que tenemos que hablar.

El ascensor se abrió y ella suspiró.

—Lo quiero todo y tú no me lo darás —se quejó con una voz tan triste.

—Yo te daría todo lo que me pidieras, Elizabeth. —Michael entró al ascensor y Andrew también, pero yo me quedé esperando a que ella dije algo—. No sé si pueda darte lo que quieres, pero puedo intentarlo. —Ella suspiró y yo seguí esperando que dije algo más—. Déjame intentarlo...

Elizabeth se mantuvo en silencio, torturándome sin piedad. Yo estaba allí, frente a esos dos sujetos diciéndole cuán importante era para mí y ella solo me miraba sin decir nada.

—¿Vas a subir o no? —preguntó Andrew con una voz áspera, pero la hizo sonreír.

Esperé que ella de nuevo me pidiera que me marchara, pero no hizo, así que di dos pasos y entré al ascensor. Este se cerró y todos estuvimos en silencio.

Respiré profundo y pensé en lo que ella pedía y en lo que yo podía darle. Quería decirle tantas cosas, pero no estaba listo para hacerlo. Cuando el ascensor se abrió, todos bajamos y Andrew sacó las llaves del bolso de Elizabeth. Michael besó su frente y aunque no me agradaba del todo no le di importancia, sabía que él también era su amigo y ella los quería.

Entramos a su apartamento y Michael se fue directo a su habitación. Caminé hacia la cocina y me dispuse a preparar café. Sonreí al recordar todo lo que me había dicho. Amaba su sinceridad, no conocía a nadie como ella y sé que eso era lo que hacía que yo siguiera allí.

Eché agua en la cafetera y busqué el café, pero no lo encontré.

—Está en la despensa —dijo Andrew desde la puerta, fui hacia la despensa y saqué el café—. Aún tengo ganas de romperte la cara por haberle hecho pasar un mal momento en tu hospital.

—No hice nada —me defendí mientras seguía peleando con su cafetera—. Y estamos a mano, aún quiero romperte la cara por tocarla de la manera que lo hiciste mientras bailabas con ella.

—Bueno, eso se podría solucionar —dijo el periodista—, pero si ahora no quiere ni verme porque te empujé, arruinar tu cara me costaría su amistad. —Me reí sin ninguna diversión por su comentario, aunque saber que no quería verlo me hizo feliz—. Así que, creo que me quedaré con el gusto de sentir mi puño en tu cara.

—Yo aún no estoy seguro de soportar quedarme con las ganas. —Dejé la cafetera hacer su trabajo y caminé hasta la puerta, pero él no se movió—. ¿Permiso?

—No la lastimes más —pidió—, ella te quiere... más de lo que tú mismo no puedes imaginar. —Escucharlo me hizo sentir mejor—. Ha pasado días difíciles desde que la dejaste en mi casa y no estoy dispuesto a dejar que la sigas lastimando de ese modo.

—No la lastimo con intención, si me alejo de ella es porque es lo mejor.

—Ella no lo ve así y si no eres capaz de entender lo que ella quiere de ti, deberías irte de una buena vez.

—No iré a ninguna parte —respondí con seguridad—. No puedo alejarme de ella.

Él me miró en silencio y luego se alejó de la puerta.

—¿Vas a cuidarla esta noche? —preguntó mirando hacia el balcón—. Aunque diga que está bien sé que no lo está y no quiero que esté sola.

—Yo la cuidaré.

Me miró con mala cara, pero no dijo nada. Caminé hacia el pasillo directo a su habitación y vi

a Michael dejándola sobre la cama con su pijama de algodón. Me hirvió la sangre al pensar que él pudo haberla ayudado a quitarse el diminuto vestido que llevaba puesto, pero me obligué a no hacer un drama.

—*Vamos, Michael* —dijo Andrew, se acercó a ella y adoré la mala cara que ella le dio—, *ya me disculpé por empujarlo.*

—*No lo hizo* —aseguré, él se giró y me envenenó con su mirada—. *No lo hiciste.*

—*¡Lo siento!* —gritó con evidente molestia y volvió a mirarla. Ella sonrió para él y yo me sentí tan celoso.

—*Dice que cuidará de ti, ¿estás de acuerdo o lo echo de aquí?* —Ella volvió a sonreír.

—*Deja tu pose de hermano mayor celoso porque no te queda* —susurró Liz, levantó su mano y acarició el rostro de su mejor amigo—. *Estaré bien, gracias*—. Él se acercó y la abrazó.

Giré a otra dirección para calmar mis estúpidos celos, Michael me sonrió.

—*Cuesta acostumbrarse, pero en algún momento sucede* —me aseguró—. *Vamos Andrew, ella debe descansar.* —Él también se despidió de ella con un beso, pero no se tomó más tiempo del necesario.

«*¿Por qué el otro no puede ser así y hacerme la vida más sencilla?*».

—*Mañana llamaremos para saber cómo amaneciste.*

—*Gracias Mickey, estaré bien.*

Michael volvió hasta donde yo estaba de pie y me dio la mano.

—*Cuida bien de ella* —pidió con amabilidad—, *te necesita.*

—*Lo haré, no te preocupes.*

Andrew la abrazó otra vez, luego caminó hasta donde yo estaba, me miró serio y levantó la mano de mala gana. Tuve ganas de ignorarlo, pero Elizabeth cambió su sonrisa y me miró seria al notar mi intención.

—*Adiós* —dije apretando su mano.

—*Cúdala... No es una petición.*

Ella cerró los ojos y luego sonrió, ambos salieron de la habitación dejándonos finalmente solos. Elizabeth me miró así que caminé hasta su cama y me senté a su lado. Tomé su mano y ella cerró los ojos.

—*¿Te sientes mejor?* —pregunté.

—*Estoy bien, aún me da vueltas la cabeza.* —Dejó de hablar y luego suspiró—. *Fuiste cruel al llevar a la mujer esa a nuestra mesa.* —Vi la molestia en su rostro y me sentí un idiota.

—*Lo lamento* —susurré—, *no quería molestarte. Fue una estupidez de mi parte.*

—*Sí, lo fue... Algo sorprendente en alguien como tú que siempre es tan... perfecto.*

—*No soy perfecto y lo sabes.* —Ella siguió en silencio—. *Solo quería demostrarme a mí mismo que puedo seguir sin importar que ya no estés conmigo... Y ni siquiera pude sentarme junto a ella.* —Liz entristeció más—. *Es a ti a quien necesito, Elizabeth.*

—*Y yo te necesito a ti, siempre* —respondió—. *No cuando te dé la gana de verme.* —Sonreí porque ni siquiera estando ebria ella podía dejar de pelear—. *No puedo conformarme con lo poco que quieres darme. Te quiero completo*—. Levanté mi mano y acaricé su mejilla.

—*Mañana hablaremos de eso.* —Ella suspiró—. *Ahora quiero que duermas, mañana escucharé tus pedidos y veremos qué hacer con tus exigencias.*

—*No es un contrato, Nicholas.*

—*Es tan importante como si lo fuera... Ahora, duerme.* —Subí más la sábana y la arropé, miré su vestido sobre el sofá y fruncí el ceño—. *Tu vestido es muy corto... demasiado.*

—*A mí me gusta* —respondió con una sonrisa rebelde en sus labios—. *Andrew dice que me queda genial.*

—*Sí, tan genial que estoy casi seguro de que muchos hombres deben estar masturbándose mientras piensan en ti y tu vestido.* —Me dio una mirada envenenada y sonreí—. *Yo lo haría, pero no sería tan placentero, no, recordando lo bien que se siente estar dentro de ti.* —Sus mejillas tomaron un color intenso y sonreí—. *Duerme, Liz... Esta noche cuidaré tus sueños.*

—*Yo te quiero por muchas noches, no me bastará solo con esta* —No puede evitar reírme.

—*Si cuando volví a verte en el restaurante me hubiesen dicho que eras tan exigente, me hubiese alejado de ti*—. Ella sonrió mientras se acurrucaba dentro de la sábana.

—*Pero no te alejaste, así que tienes que asumir tu error*—. Se inclinó y rozó su nariz con la mía.

—*Mi único error sería alejarme de nuevo de ti. Ahora duerme.* —Besé su frente y me levanté—. *Es una orden.*

—*¿No vas a aprovecharte de mi estado de ebriedad?* —preguntó.

—*Duerme, Elizabeth. Mañana estableceremos algunas reglas importantes entre nosotros.*

—*Oh... con lo que amo las reglas...* —dijo sarcásticamente mientras cerraba sus ojos después de regalarme una hermosa y dulce mirada.

Me quedé contemplándola, admirándola; porque sí, admiraba a esa mujer. Admiraba su valentía, su fuerza, su carácter y mientras más la observaba era más consciente de lo que estaba sucediendo porque, aunque me empeñara en negarlo, la única razón por la que seguía allí aun sabiendo que lo mejor era alejarme... era porque estaba de enamorado de Elizabeth. No sabía cómo, ni cuándo pasó, pero en ese instante entendí que había jugado su juego y ella me había ganado. Elizabeth Coleman había logrado lo que durante una década había evitado: enamorarme; y ese sentimiento me asustaba tanto que no sabía lo que iba a suceder conmigo en adelante, pero no había nada que yo pudiera hacer porque había perdido ese juego y a pesar de ello y de mis temores, sentirme de ese modo por alguien como ella solo me producía una estúpida sonrisa en los labios y una sofocante felicidad en mi alma herida.

21 – Acuerdos.

Abrí los ojos y me moví sobre mi cama, sentí un dolor intenso en la cabeza y la sujeté con fuerza. La luz del Sol entrando por mi ventana me afectaba mucho y aunque me sentía fatal logré sentarme. Sobre mi mesa había un vaso de agua y un analgésico perfecto para mi malestar.

Lo tomé y bebí el agua, me abalancé sobre la ventana y cerré las cortinas. Caminé hasta mi baño, me quité el pijama, abrí la ducha y metí debajo de ella. Dejé que el agua me relajara y poco a poco mi memoria se aclaró, recordé todo lo sucedido el día anterior.

Mi mente me recordó lo que le dije antes de subir al ascensor y me sentí tan avergonzada.
«¡Por Dios! ¿Por qué nadie me tapó la boca?».

Salí de la ducha y me envolví en la salida de baño. Me sorprendí al ver que el dolor de cabeza casi había desaparecido.

«¡Dios bendiga los analgésicos!».

Caminé hasta la puerta, pero me detuve cuando escuché su voz desde mi sala.
«¡Oh, mi dios griego sigue aquí!».

Caminé hacia la sala y lo vi sentado trabajando en mi mesa con una laptop blanca sobre ella y una taza de, posiblemente café, al lado. Estaba usando un pantalón de tela y una camisa que lo hacía lucir divino.

—No, Ashlee... Necesito los reportes para hoy, envíalos a mi correo, aquí los revisaré. —
Tecléo algo en su laptop y yo continué admirándolo en silencio—. Perfecto, ya lo tengo, lo revisaré y te llamaré... Cancela todo para hoy. —Miraba algo en la pantalla de su laptop con mucha atención tanto que no notaba mi presencia—. Sí, ninguna reunión hoy, encárgate de todo y para lo que sea necesaria mi presencia, lo postergas para mañana.

Él terminó la llamada sin decir adiós y siguió concentrado leyendo en su computador. Frunció el ceño y tomó la taza... se veía tan hermoso.

Su teléfono nuevamente sonó y él respondió sin siquiera despegar la mirada de la pantalla de su laptop.

—¿Hola? —respondió con aburrimiento—. Sí, ella está a cargo, programen todo con ella—. Colgó otra vez.

—Hola —Me atreví a saludar.

Él giró de inmediato, mi corazón se me detuvo. Soltó la taza y caminó hasta donde yo estaba, levantó su mano y acarició mi rostro... temblé con descaro ante sus atenciones.

—Ni siquiera escuché que te habías despertado... ¿Cómo te sientes? —Pasó sus largos dedos por mi rostro hasta mi oreja y acomodó un mechón de cabello aún húmedo.

—Bien —respondí casi sin aliento—. Tomé el analgésico, me siento mejor... ¿Estás trabajando desde aquí?

—Sí, tenía que ocuparme de cosas importantes, así que Frank me trajo la laptop —explicó de forma tan natural, como si no fuera gran cosa cuando a mí me estaba saltando el corazón de felicidad por tenerlo aquí—. ¿Por qué no vas a vestirme y vienes para que desayunes? Preparé huevos revueltos con tocino, ¿te gusta?

—Me encanta. —Me quedé deseando que me besara, pero no lo hizo, solo se limitó a

acariciar con ternura mi rostro—. *¡Ahora vuelvo!*

Él sonrió y yo salí corriendo por el pasillo hasta mi habitación, abrí el closet y encontré un *short* de jeans y tomé una camiseta blanca. Me vestí lo más rápido que pude, até mi cabello en una cola, me miré en el espejo y aunque lucía cansada, me gustaba mi aspecto.

Volví a la sala cuando él estaba colocando una taza para mí sobre la mesa. Me quedé mirándolo y lamenté no tener mi cámara en la mano para tomarle una foto.

Él levantó la mirada hacia mí, le sonreí, pero de nuevo su atención estuvo puesta en mi ropa. Creo que tampoco le gusto mi *short* porque frunció el ceño y negó con la cabeza.

—*¿Por qué usas ropa tan diminuta?* —preguntó totalmente serio.

—*Porque es ropa de verano y se supone que evita que me acalore.*

—*Sí, pero causas que otros se acaloren contigo y no me gusta.* —soltó con un tono desaprobatorio—. *Vamos a tener que modificar tu guardarropa*—. En ese momento mi mal humor aumentó y me crucé de brazos.

—*¿Estás hablando en serio?* —pregunté casi horrorizada.

—*Totalmente. Ese es uno de los puntos que vamos a tocar en nuestro acuerdo... Tu ropa deja muy poco a la imaginación, Elizabeth.*

—*Me importan tres pepinos la imaginación de los demás, me siento cómoda con mi ropa y no vas a decirme qué puedo y qué no puedo usar.* —Mi respuesta no le gustó, pero no me importó—. *Ese punto no estará en discusión.*

—*No me siento cómodo con la ropa que usas.*

—*No es para que tú te sientas cómodo, es para que yo me sienta cómoda.*

Él me miró muy serio y yo estaba igual.

«*¿Se volvió loco? ¡Ni en broma dejaré que opine acerca de mi ropa!*».

—*Eso lo discutiremos después. Ahora vamos a comer.* —Retiró la silla y me senté, aun cuando no tenía ganas, tomé la taza de café y bebí—. *Hoy es el cumpleaños de William. Habrá un almuerzo, ¿quieres ir?*

—*¿Hoy es su cumpleaños?* —pregunté sonriendo y me sentí mareada por mis cambios de humor. «*Luego le digo voluble a él*»—. *¡Me encantaría!*

—*Genial, tu amigo llamó dos veces para saber cómo despertaste* —informó de manera muy odiosa al pronunciar “tu amigo”.

—*Lo llamaré luego.* —Tomé mi tenedor y empecé a comer, me sorprendí al notar lo rico que sabía todo, en cuestión de minutos, me había devorado el plato—. *Cocinas bien*—. Él sonrió y dejó el tenedor sobre su plato.

—*No es tan difícil destruir un huevo y freír un tocino.* —Terminé de beber mi café y giró su silla más hacia mí—. *Escucha Elizabeth* —Yo giré y supe que el momento de poner las “reglas” había llegado—, *no quiero alejarme de ti, me resulta imposible, aunque he tratado... Me importas y te quiero a mi lado* —Tomó mi mano—, *pero no sé si pueda darte lo que tú pides de mí, aunque lo intente.*

—*Solo quiero que me dejes ser una novia normal, Nicholas, no pido mucho. Solo quiero estar contigo, en todos los momentos posibles.* —Él me miró y suspiró—. *Quiero que cuando tengas tiempo libre, salgamos a pasear, a ver una película, a comer un helado...*

—*Elizabeth, soy una persona pública, no es que yo pueda simplemente ser una persona normal* —me explicó—. *La prensa siempre está sobre mí, siempre están buscando noticias y no puedo solo salir a tomar un helado, no de la forma “normal” que tú deseas.*

Me quedé pensando y me di cuenta de que era verdad, era demasiado mediático y rico para

andar por allí como un simple mortal.

—De acuerdo —susurré—, pero a lo que me refiero es que me dejes ser realmente tu novia, que pueda llamarte y verte cuando yo quiera.

—Puedes verme y llamarme cuando quieras, Elizabeth.

—Bueno, pero luego dices que tendrás un día difícil y sé que no debo acercarme y pasan días y no te veo y... yo necesito verte todos los días—. Él sonrió, haló su silla más hacia mí y yo temblé.

—Puedes interrumpir mi trabajo cuando quieras, ya te dije que aquella vez que fuiste me hiciste muy feliz. —Dejó caer su mano sobre mi pierna y empezó a mover sus dedos dándome pequeñas caricias que desataron una corriente hasta mi sexo y me estremecí—. Y en cuanto a vernos a diario, estoy de acuerdo. También me hace falta verte a diario y quizá pueda buscar una hora para almorzar juntos entre semana.

—¡Eso suena fantástico! —exclamé feliz.

—¿Algún otro pedido? —preguntó luciendo muy divertido y creo que era consciente del efecto que causaban sus caricias en mí.

—Sí... —respondí mientras trataba de recordar que más podía pedir, pero mi mente estaba concentrada en el delicioso placer que causaba su mano sobre mi pierna—. Quiero lejos de ti a todas tus examantes—. Él frunció el ceño.

—Eso lo hice antes de que tú aparecieras.

—No, ayer lo hiciste... porque, aunque no lo hayas mencionado, estoy segura de que Julia fue tu amante—. Se quedó en silencio y su sonrisa desapareció.

—Ya te dije que fue una estupidez que no volveré a cometer. —Mis celos aumentaron cuando mis sospechas fueron confirmadas.

—Ah, entonces sí fue tu amante—. Él me miró en silencio y luego asintió.

—Pero, no es alguien de quien debas preocuparte... No fue nada especial.

—¿Y quién sí fue especial? —pregunté molesta y él se inclinó hacia mí.

—Tú, eres la única que ha sido especial... Las demás, aunque te suene mal, solo fueron sexo y ya. —Le regalé una mala mirada—. No hay motivo para que te sientas amenazada o desconfiada... —Escucharlo en verdad me hizo sentir mejor, aunque seguía molestándome tocar este tema—. Liz, eres la única especial en mi vida y te lo demuestro a diario. Estoy aquí, aun después de tener sexo, aun después de que me hayas echado, aun después que decidir que dejarte era lo mejor... Sigo aquí y no tengo intención de irme. —El corazón se me aceleró y sentí las mariposas dentro de mi estómago hacer su alabanza para nuestro dios griego—. ¿Alguna otra petición?

—Sí... Quiero conocerte mejor, quiero que confíes en mí y me dejes estar a tu lado cuando no estés bien—. Él se enderezó de inmediato y no dijo nada, su silencio fue un aviso de que apenas empezábamos a hablar de cosas importantes.

—Yo confío en ti... —susurró—, y creo que me conoces mejor que muchos... Ahora, el asunto de estar en mis momentos difíciles, no lo puedo aceptar... no ahora. —Frunció el ceño mientras me hablaba—. No es algo que me guste compartir con los demás... ni siquiera con mis amigos. Esos momentos necesito vivirlos solo y levantarme solo. Necesito sentirme fuerte y capaz de poder seguir por mí mismo.

—Pero me necesitas, todos necesitamos a alguien que nos abrace cuando nos sentimos mal.

—Yo no, yo necesito sentirme capaz de salir adelante solo. —Lo miré con tristeza y él suspiró—. Pero, quizás en algún momento... Si necesito de alguien pensaré en ti para que me

acompañe.

—De acuerdo —dije y sabía que eso era un punto ganado, aunque no del todo, pero era un buen avance—. *Otra cosa: no estoy dispuesta a fijarle fecha ni horario a nuestros encuentros sexuales... Será cuando y donde nos provoque, incluidas las noches*—. Él cerró los ojos y luego sonrió.

—¿Sexo donde y cuando quieras? —preguntó—. ¡Acepto! —exclamó con voz efusiva y me hizo sonreír—. ¿Algo más?

—Sí, quiero dormir contigo aquí o en tu casa, no importa dónde, pero quiero que cuando podamos... compartamos la cama —se quedó en silencio y luego aceptó.

—¿Algo más...? —preguntó y yo sonreí.

—Sí, pero ahora no recuerdo... —Nicholas se rió de mí—. *Lo he que he dicho, básicamente es lo que quiero y exijo de ti.*

—Perfecto... *Establecidos tus acuerdos* —Se acomodó en su asiento y me miró serio—, *ahora es mi turno* —Me miró las piernas y supe que diría—, *no más ropa de esas...*

—¡No! —negué—, *no voy a dejarte elegir qué ropa debo o no, usar.*

—Yo acepto que cambies mi vida —me recuerda—, *acepto cambiar en muchas formas mi estilo de vida, ¿y tú no puedes contemplar la idea de modificar tu ropa?*

—No —repetí y fui consciente de que ciertamente él estaba aceptado cosas que debían ser complicadas—, *me gusta mi ropa.*

—A mí también, pero algunas son muy cortas y odio que llames la atención de otros hombres —. Lo dijo de forma tan dominante que nuevamente sentí un tirón de placer.

—Me gusta este short y me encanta el vestido que usé ayer.

—Son muy cortos... demasiado —susurró ahora con una voz baja y hasta dulce—, *usa algo que por lo menos me asegure que no se te verá el trasero cuando te inclines.*

—No se ve nada cuando me inclino. —Me levanté y tomé el lapicero que tenía junto a su laptop. Lo dejé caer y me incliné para levantarlo del piso, luego lo miré y él sonrió divertido—. *¿Lo ves? ¡No hay nada que ver!*

Nicholas se levantó de la silla y caminó hasta donde yo estaba, colocó ambas manos sobre mi cadera y haló de mí hasta dejarme pegada a él y hacerme sentir su miembro erecto. Abrí los ojos ante la sorpresa y él me miró manteniendo una ligera sonrisa.

—No se vio nada, pero mi imaginación hizo un excelente trabajo al verte inclinada de ese modo. —Quise reírme, pero él de nuevo se puso serio—. *No quiero que causes esto en otros hombres.*

—¡Estas siendo muy posesivo! —me quejé y pareció no afectarle lo que dije—. *¿Quieres que me compre túnicas y ropa de monjas?*

—Te verías sexy vestida de monja —respondió en tono burlón y frunció el ceño, levantó su mano y acarició la arruga de mi frente—. *Solo quiero que uses ropa menos... sugestivas.*

—De acuerdo —respiré profundo y él sonrió—. *¿De qué altura te va bien?* —pregunté de forma irónica.

Él bajó sus manos hasta mis piernas y me hizo temblar de manera descarada. Llegó hasta el borde de mi short y bajó un poco más su mano. Se alejó para mirarme, pasó sus dedos como dibujando una línea y sonrió.

—Aquí, creo que es sexy, pero no exagerado. —Miré hacia donde estaban sus manos y ciertamente esperé que me señalara la rodilla, pero no fue así—. *¿Podrías con eso?*

—Veré que puedo hacer. —Él sonrió y no dejó de tocar mis piernas y yo de temblar—. *¿Algo*

más? —pregunté, me sonrió, pero no por mucho tiempo.

—Sí, ayer cuando entré a tu habitación ya estabas en pijama y no vi a Michael saliendo en ningún momento —dijo con una voz ronca que hacía notar su mal humor—. ¿Él te ayudó a vestirte?

—Sí —respondí sin mirarlo.

—Entonces, te vio sin ropa —asumió y aunque quise defenderme, no pude—. Y supongo que tu... amigo, también lo ha hecho, ¿verdad?

—A veces. —Su mirada fue totalmente molesta y se alejó de mí—. Nicholas, no es que sea importante... Ya sabes, son gays.

—¿Por favor, Elizabeth! —dijo molesto—. Que tengan gustos diferentes no significa que no sean hombres, que no tengan un gran pene que pueda reaccionar al verte desnuda.

—¿No me ven desnuda! —me defendí—. La ropa interior es como el traje de baño.

—Sí, pero no estás en la playa. —Su mirada envenenada me dejó muda y sin argumentos para defenderme—. ¿No quiero que ningún hombre te vea sin ropa! ¡Ninguno!

—¿Ni siquiera mi padre? —Él frunció el ceño y puso sus manos en la cadera.

—¿Dejas que tu padre te vea desnuda?

—No, pero quiero saber si tus celos alcanzan al hombre que me dio la vida. —Él respiró profundo y volvió a mirarme de mala gana —. ¡Bien! No dejaré que me vean sin ropa... ni Michael ni Andrew... ni nadie.

—Gracias —respondió de manera cortante y lo vi respirando una y otra vez.

Cuando volvió a mirar hacia mí estaba menos molesto.

—¿Sería mucho pedir que no seas tan... cariñosa, con tu amigo?

—¿Mi amigo tiene nombre! —dije ahora molesta por su tono odioso al nombrarlo tantas veces —. Andrew es como mi hermano y sí, estás pidiendo mucho.

—Detesto la manera como te toca y sabes que lo hace por molestarte... —Lo sé—. No sé si me pueda quedar siempre con las ganas de romperle la cara.

—Pues, más te vale que puedas —le advertí—, porque no voy a aceptar peleas entre ustedes. —Nicholas me miró con molestia— Andrew es mi amigo, siempre ha estado conmigo, en las buenas y en las malas... Él ha estado estas semanas conmigo, así que espero puedas entender que no hay nada más que un cariño de hermanos entre nosotros.

—¿Y si yo te pidiera que eligieras entre él y yo? —preguntó, mi cuerpo se estremeció al oírlo.

—No serías capaz de hacer eso, ¿o sí? —Se me hizo eterno mientras lo pensaba.

—No, lo haría —respiró profundo y luego se acercó a mí—. ¿Solo podrías decirle que no exagere con sus muestras de cariño frente a mí?

—Sí, se lo pediré. —Rozó su nariz con la mía y suspiré—. ¿Algo más?

—Sí—. Me sujetó con fuerza y me besó.

Mi cuerpo tembló y me sentí en el cielo mientras su lengua entraba entre mi boca y buscaba la mía, mientras su boca devoraba la mía y me hacía sentir tan indefensa a su lado.

—Liz... No sabes cuánto te he extrañado...

Sus manos apretaron mi cintura, me levantó sobre él y me llevó hasta el sofá. Cerré los ojos al caer allí, Nicholas se arrodilló a mi lado y comenzó a dejar pequeños besos sobre mis piernas. Sus dedos seguían las huellas que dejaban sus labios y todo mi cuerpo temblaba, su mirada no dejaba la mía y sentía el calor aumentando dentro de mí. Mi mano se fue a su cabello y lo despeiné más de lo acostumbrado haciendo que cayeran dorados mechones sobre su perfecto rostro de actor de cine.

Soltó el botón de mi *short* y tiró de él hasta hacerlo salir por mis piernas, mordió sus labios cuando me vio en ropa interior y luego se levantó, empezó abrir su correa y dejó caer su pantalón. Mis ojos no eran capaces de dejar de mirarlo, de disfrutar la maravillosa vista y de desear su perfecta anatomía. Se quitó la camisa antes de acostarse sobre mí, le rodeé la cintura con mis piernas y él me acarició el rostro con sus suaves manos.

—*Necesito que estemos bien, Liz... No quiero perderte* —susurró logrando que el corazón me saltara del pecho—. *Prometo que voy a hacer todo lo posible por darte lo que tú necesitas. Quiero ser el hombre que tú necesitas.*

—*Eres el hombre que necesito* —respondí y logré que sonriera—, *y quiero que me necesites siempre, en las buenas y en las malas... quiero ser suficiente para ti.*

—*Eres suficiente para mí...*—aseguró mientras me miraba con amor—. *Eres todo lo que necesito y prometo que seré el novio que tú necesitas a tu lado, solo dame tiempo.*

—*Te daré el tiempo que necesites, siempre que me dejes estar contigo.*

Él sonrió y empezó a moverse sobre mí cerrando con besos el trato al que habíamos llegado. Mi cuerpo disfrutaba de él mientras mi mente era feliz sabiendo que había conseguido lo que buscaba... Él lo intentaría conmigo, y eso era algo que me daba la esperanza de que todo estará bien... que íbamos a estar bien.

...

La casa de Williams era muy bonita y elegante, digna de alguien como él. Todos lucían felices esa tarde, se sentía un ambiente agradable ahí, incluso Nicholas parecía disfrutar. James conversaba con él de forma serena y a pesar de su aspecto rudo me dio la impresión de ser más dulce que los demás. Me gustaba la forma como trataba a mi *dios griego*, era como su hermano mayor.

Landon, a pesar de tener una profesión tan seria, siempre estaba bromeando con Nicholas, era quien más bromas le jugaba, algo que me hizo pensar que en algún momento ellos dos habían sido un dolor de cabeza para todos, especialmente para William, quien se notaba que era el que siempre cuidaba de ellos como si fuesen unos niños, pero que hacía evidente su preocupación extra por Nicholas.

Mi *dios griego* estaba tan hermoso esa tarde, llevaba un pantalón de jean oscuro y una camisa blanca algo ajustada que hacía que sus brazos lucieran cada vez más apetecibles. Le sonreía a Susan mientras pasaba sus dedos sobre su gran vientre, pero siempre evitando sentir los movimientos del bebé.

Como la primera vez que me vieron, todos parecían felices con mi presencia y comprendía la razón. Para ellos yo significaba que él estaba bien o por lo menos que comenzaría a estarlo. «*Es un gran avance*», comentó William cuando Nicholas le dijo que éramos novios.

Su abrazo y su mirada fueron de puro agradecimiento y aunque no sabía por qué, me alegraba saber que yo les agradaba.

—*Mucho silencio para alguien como tú...* —susurró Nicholas mientras me abrazaba—. *¿Estás aburrida?*

—*No... al contrario, estoy encantada de estar aquí*—. Levanté mi mano y acaricié su rostro.

Me balanceé sobre él y logré besar sus labios. Nicholas se quedó inmóvil y luego me devolvió el beso, sonrió y se escondió en mi cuello.

—*¿Te gusta hacerles la vida feliz a estos hombres?* —preguntó con una dulce sonrisa mientras me miraba a los ojos y me hacía temblar.

—*No, solo que tú seas feliz... eso también me hace feliz.*

Me haló hacia él y me rodeó en sus brazos, me acurruqué en su pecho y vi a William sonreírnos. Al ver a todos en parejas no pude evitar recordar lo que supe sobre la ex novia de Nicholas, así que lo miré y me animé a tocar el tema.

—*¿Algún día me contarás sobre tu novia que murió?*

Su sonrisa desapareció apenas lo dije, su mirada se enfrió y su cuerpo se puso rígido. De inmediato puso distancia entre nosotros y por varios segundos se mantuvo en silencio. Fue entonces que me di cuenta de que ese era un tema que él no pretendía hablar conmigo.

No esperé que respondiera, pero mucho menos que se levantara y se alejara de mí de la forma que lo hizo. Me sentí extraña y tonta, tenía ganas de llorar porque sin querer había arruinado su alegría y también porque sabía que le dolía, que ella le dolía y me sentía tan celosa que hice mis ejercicios de respiración para no echarme a llorar frente a todos.

William se puso de pie y se acercó a mí, ocupó el lugar que Nicholas había dejado libre y lo oí suspirar.

—*No es tu culpa, no te sientas mal* —me animó mientras sujetaba mi mano sobre la suya y palmeaba con la otra—, *ese es un tema difícil para él.*

—*Lo sé y lo lamento* —susurré con tristeza—. *Me duele que sufra por ella, que después de tanto tiempo aún la ame y...*

—*¿La ame?* —preguntó William con visible sorpresa—. *Elizabeth, Nicholas siente cualquier cosa por ella, menos amor.* —Fruñí el ceño al no entender lo que decía—. *Lo que ves no es amor y siendo sincero desearía que lo fuese.* —Lo miré con total confusión—. *El amor es un sentimiento puro, lo que él siente hacia ella, no lo es.*

—*Yo creo que sí...*

—*No...* —me aseguré—. *Y aunque me gustaría aclararte algunas dudas, no puedo.* —Fruñió el ceño y luego respiró profundo—. *¿Cómo lo supiste?*

—*Me lo dijo Ivonne, la sobrina de su ama de llaves.* —Él se sorprendió, pero no dijo nada—. *¿Tan mala fue esa historia?* —pregunté y William por primera vez parecía molesto, su rostro se endureció, quizá tanto como el de Nicholas.

—*Lo suficiente como para hacer pedazos nuestra familia* —concluyó. Yo me sorprendí—, *acabó con nuestra amistad de toda la vida...* —La frialdad en la voz de William me asustó—. *Aún no nos reponemos de aquello... pero ahora que tú estás con él tenemos una esperanza de que todo pueda volver a la normalidad.* —Con cada palabra yo quedé más confundida, pero sabía que él no respondería a mis interrogantes—. *No creo que debas preguntar sobre eso* —me aconsejó y yo asentí—, *solo sigue con lo que estás haciendo porque gracias a ti, estamos recuperando al Nicholas Carter que nosotros conocemos.*

William se levantó y besó mi frente. Traté de sonreír, pero sé que no lo había hecho porque por dentro estaba triste. William entró a su casa y yo deseé que pudiera arreglar el desastre que había causado, aunque no estaba segura de poder lograrlo.

La esposa de Samuel empezó a hablarme y respiré profundo para escucharla. Era agradable y tan linda como Samuel, ambos lucían muy felices. Me distraje un poco cuando empezó a contarme cómo se conocieron y traté de dejar a un lado el tema de Nicholas y esa mujer de la que no quiere hablar conmigo, porque supe que en ese momento no tendría las respuestas que buscaba.

22 – Pesadillas.

Terminé de humedecerme el rostro y traté de controlar la molestia que sentía, pero me era casi imposible. Tenía ganas de irme, de alejarme de todos y de los recuerdos que regresaron cuando Elizabeth la nombró.

Salí del baño con la convicción de que alejarme era lo mejor para mí en ese momento, pero me detuve observando la puerta de la habitación que alguna vez fue mía. Caminé hacia allí y entré, admito que me sorprendí al darme cuenta de que todo seguía igual como lo había dejado.

Aquella casa era la única que no me traía recuerdos de *ella*, William jamás le permitió la entrada a su hogar, el cual fue un motivo de discusión entre nosotros en aquel momento, pero que después fue algo que agradecí. Pasé dos meses en esa habitación después de salir del centro de rehabilitación. William se ocupó de mí en aquel momento y eso es algo por lo que siempre le estaré agradecido.

Sonreí cuando vi que aún estaba mi consola de juegos y algunas películas sobre el escritorio. Era como si no hubiera transcurrido el tiempo, como si todo continuara igual, aunque sabía que no era así.

«««»»

William abrió la puerta de la habitación y me invitó a entrar. Lo hice en silencio y él se detuvo detrás de mí.

—Esta es tu foto favorita —dijo al sostener una de las fotos de los cinco— Te recordará que seguimos aquí —dijo William, me mantuve en silencio, no quería hablar con él ni con nadie, me sentía avergonzado, por mí, por ella por todo—. Nick... no voy a dejarte caer —prometió—, voy a levantarte las veces que sean necesarias... Te aseguro que no solo lucharas contra ti, también lo harás contra mí, porque no voy a permitir que te hundas.

—¿Más? —pregunté—. ¿Es que crees que esta mierda de vida puede hundirme más? —él no respondió—. ¿Es que tú crees que puedo caer más bajo de donde estoy?

—No —susurró con pesar—, sé que no, por eso quiero que empieces a levantarte. Quiero que seas fuerte, que traigas de regreso a ese Nicholas Carter que conozco... ¡Tú eres fuerte! Sé que puedes superar esto.

—No puedo —lamenté—, no quiero... En este momento quiero arrancarme el corazón para que deje de doler... Quiero dejar de recordarla a ella y ese maldito día. —El dolor era tan fuerte que me costaba hablar—. La odio tanto que no me basta que esté muerta... ¡Quisiera que estuviera viva para yo mismo acabar con ella!

—Nick, no vale la pena —aseguró con dolor—. Cada uno recibe el castigo que merece... Y ella tristemente tuvo el suyo.

—¿Tristemente? A mí no me da tristeza.

—Tú no eres así —aseguró William, yo me reí de él—, Tú eres bueno.

—¡Era! ¡Ya no soy más ese hombre! Ella acabo conmigo. —William entristeció—. No sé quién soy, no sé quiénes son ustedes, no confío ni siquiera en ti —grité desesperado—, no confío en nadie, no necesito de nadie. ¡Quiero que me dejen en paz! ¡Quiero estar solo!

—No, aún no —aseguró muy serio—. No hasta que vea que puedes estar solo sin hacer una locura. —Me dejé caer sobre la cama y él suspiró—. He traído tus videojuegos y algunas de tus películas, también tu guitarra. El piano ya sabes dónde está, si necesitas algo, llámame.

—No necesito nada... no te necesito.

—Yo a ti sí... Te necesito bien y voy a verte bien —prometió—. Te doy mi palabra de que así será, Nicholas... aunque quieras, no voy a dejarte en paz hasta que te vea de pie otra vez.

Los días y semanas siguientes se hicieron eternos, limpiar mi sangre de tanto alcohol y drogas no fue fácil. Pero lo logré y logré ordenar mi vida. Pasé meses duros, pero me sirvieron para encontrar el camino que debía tomar.

—Bueno... —susurró William—, supongo que llegó el momento de dejarte ir. —Lo observé, pero no dije nada—. La casa que compraste es hermosa y además está cerca. Estoy seguro de que te irá bien en este nuevo proyecto. —Solo asentí—. También deberías retomar tus clases de canto y actuación...

—¡No! —exclamé—. Esa historia quedó atrás —le aclaré con seguridad—. Ahora seré un hombre de negocios y me reconocerán por mi buen trabajo y no por una estúpida serie de televisión. —Frank tomó mi maleta y yo giré hacia William—. Gracias por ocuparte de mis cosas —dije—, por favor, mantén a James alejado de mí... No quiero ver a nadie.

—Los estás castigando por cosas que no han hecho.

—No es castigo, es solo que no soy capaz de mirarles a la cara después de todo lo que ha pasado. —William se quedó en silencio—. Agradezco lo que has hecho por mí, pero ya tengo 21 años, soy mayor de edad y no necesito que controles mi vida. —Sabía que no estaba de acuerdo, pero siguió en silencio—. Voy a empezar desde cero y por ahora me gustaría que me dejaras hacerlo solo. Cuando esté listo para verlos, te avisaré.

Subí al auto y Frank, quien había sido mi guardaespaldas en mi época de actor, puso en movimiento el auto.

«««»»

Me sentía vacío y hundido, pero la rabia, el odio y la decepción me ayudaron a seguir. Invertí todo lo que tenía ahorrado en bienes, hoteles, empresas, lo cual hizo que mi fortuna creciera. Años después me convertí en el que soy hoy y las personas olvidaron mi faceta artística. Aquella historia difícil de mi vida nunca fue de dominio público, sabía que William había gastado suficiente dinero para que los pocos extraños que sabían se mantuvieran en silencio y era algo que siempre iba a agradecerle.

—Imaginaba que estabas aquí —dijo William cuando apareció por la puerta de aquella habitación—. ¿Estás bien?

—¿Por qué todo sigue igual? —pregunté señalando el lugar—. Es como si el tiempo no hubiese pasado—. Él se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió al entrar—. Quería que tuvieras un lugar aquí, en mi hogar... que supieras que tenías un hogar por si necesitabas volver.

—No quiero volver a ser la mierda que fui. —William me dio una mala mirada al escucharme hablar así—. Ahora estoy bien.

—Y ahora empiezo a creer que así es... —respondió sonriente—, pero aún tienes que cerrar esa historia.

—Ya está cerrada, tiene diez años cerrada. —Caminé hacia la ventana y vi a Elizabeth sentada junto a Susan y acariciándole el vientre—. No quiero hablar del tema con ella...

—Ella cree que amas a... Maia —susurró William con cuidado al nombrarla.

—No sé cómo diablos se enteró.

—Ivonne se lo dijo... —Giré a mirarlo más sorprendido aún—. No sé cómo ni por qué...

—¿Ivonne? —pregunté—. ¿Y esa niña cómo lo supo? —Se me hizo raro creer que Lourdes se lo haya contado—. Hablaré con Lourdes, creo que no le quedó claro que está prohibido mencionar esa historia.

—Acabo de hablar con ella, se disculpa porque alguna vez Ivonne pensó que eras gay y Lourdes solo dijo que después de la muerte de tu novia eras más... reservado.

—¿Qué no lleve a una mujer a mi casa me hace gay? —pregunté indignado—. ¿Qué ustedes no me hayan visto con mujeres me hacía gay? —William continuó en silencio—. ¿Y me quejo porque el mundo hasta hace poco pensaba que yo era gay? ¡Ja!

—Yo nunca he pensado que eras gay —aclaró—. Sabía que tenías maneras diferentes de... divertirte—. Me burlé de sus palabras.

—Pues sí, me divertía con muchas mujeres y la pasaba genial, eso era suficiente hasta que... —Me quedé silencio al no querer aceptar frente a él mis sentimientos por Liz.

—Hasta que el amor se presentó con una cámara en la mano —concluyó—. ¿Te asusta?

—Mucho —confesé—, la última vez que sentí esto terminé amarrado a una cama y con sedantes para no salir corriendo a drogarme. —Recordarlo me golpeó con fuerza—. La última vez que sentí algo así golpeé a James, odié a Landon y te decepcioné... —El recuerdo me produce un dolor horrible—. No quiero eso otra vez.

—No pasará otra vez... —asegura William—, Liz no es Maia, ella es buena y lo sabes, por algo está aquí.

—Sí, es buena... tanto, que siento que el malo ahora soy yo. —Levanté la mirada hacia William—. Quiere demasiado de mí y me asusta dárselo. —Él sonrió con tristeza—. Soy desconfiado, celoso, posesivo y sé que se me va la mano. Pienso que es demasiado buena para ser real, que en algún puto momento ella dejará de ser lo que ven mis ojos y descubriré cosas de ella que me harán odiarla y me matarán. —William apretó mi hombro y yo suspiré—. Ella me está haciendo sentir... siento el cariño que me tiene, su necesidad de mí, de verme bien... Sé que le hace feliz verme. Con ella todo está más claro y tengo miedo de ir a la luz y luego perderme otra vez en la oscuridad.

—Nick... ella no es falsa, es transparente —aseguró mi amigo—. No ha tratado de seducir a uno de nosotros, no se muestra ante ti como lo que no es... Tampoco creo que quiera aprovecharse de tu dinero.

—No, ella no pide nada... Jamás pide nada... Solo a mí. —Sonreí y respiré profundo—. Si esto sale mal, yo no creo poder soportarlo, William.

—No saldrá mal —me asegura—, si está aquí es porque lo merece, ¿o es que crees que deo entrar a cualquier chica a mi casa? —Sonríó y él palmea mi espalda—. No echas a perder algo bueno basándote en malas experiencias, ella merece que le creas y tú mereces creer que es real y que todo estará bien.

Williams salió de la habitación y yo me quedé allí pensando en todas las cosas que me estaban sucediendo y aunque sabía que lo mejor era hablar con Elizabeth, no estaba listo para hacerlo, no era capaz de contarle algo que aún me avergonzaba y me dolía. No quería que viera a ese hombre que fui y que deseaba dejar en el pasado.

Me dejé caer sobre la cama y pensé en lo que debía hacer o decir. En lo que ella necesitaba y en lo que yo podía darle. Eran demasiadas cosas, en muy poco tiempo... aún no estaba listo y no

sabía si algún día lo estaría.

Noté la presencia de alguien y abrí los ojos, ella estaba de pie en la puerta, mirándome en silencio. Me senté sobre la cama, extendí mi mano y Elizabeth la tomó. La acerqué más hacia mí y me aferré a su cintura con devoción.

—*Lo lamento* —susurré, ella me abrazó con fuerza—, *siempre termino jodiendo todo.*

—*¡No!* —exclamó levantando mi rostro—. *No has hecho nada, es mi culpa por preguntar... lo siento.* —La sostuve con cuidado hasta dejarla sobre mis piernas—. *Si no quieres hablar de eso está bien, no preguntaré nada más.*

—*No estoy listo para hablar...* —le confesé—, *solo voy a decirte que no es amor lo que siento por ella, al contrario... la odio.* —Ella se sorprendió—. *Arruinó mi vida, destruyó todo lo que tenía, desde mis amigos hasta mi carrera.*

No pude evitar que las lágrimas se acumularan en mis ojos mientras lo admitía en voz alta. Elizabeth se inclinó y besó mi nariz.

—*De acuerdo...* —susurró—, *no necesito que me cuentes si no quieres.*

—*No quiero* —aseguré—, *pero necesito que entiendas que no es amor lo que siento por ella...* —Acaricié su rostro y ella me sonrió con pesar—. *En todo caso si ese sentimiento existe dentro de mí, sería solo por ti.*

Elizabeth me miró muy sorprendida, quizá tanto como lo estaba yo. Había admitido mis sentimientos y aunque me asustaba, con ella yo era valiente.

—*Estás haciendo que mi corazón vuelva a latir* —admití—, *me de miedo, pero no quiero evitarlo... no puedo.* —Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero en ese momento supe que eran de felicidad—. *Por ti me siento fuerte, me siento valiente.* —Ella sonrió y yo me sentí feliz—. *Me cuesta admitirlo, Elizabeth... me asusta admitirlo, pero necesito que entiendas que si puedo amar a alguien... ese alguien definitivamente eres tú.*

Ella me regaló una sonrisa perfecta, de esas que aparecen en sus labios cuando es feliz y en ese momento sabía que yo era la razón de su felicidad. Ella se inclinó, besó mis labios y se lo agradecí en silencio porque lo necesitaba, porque cuando ella me besaba yo me sentía vivo, me sentía fuerte... me sentía feliz.

La besé tantas veces que el dolor en mi pecho se calmó. La besé tanto que los malos recuerdos de esa habitación desaparecieron gracias a ella, que parecía tener el poder de darle luz a toda mi oscuridad.

Su cabeza estaba sobre mi pecho, sus manos se movían acariciando mi brazo y jugando con mis dedos. Yo besaba su cabello y disfrutaba de esa paz, de esa tranquilidad que había cuando estaba conmigo.

—*Creo que debemos bajar* —susurró yo asentí y la ayudé a sentarse sobre el colchón—. *¿De quién es esta habitación?* —preguntó con curiosidad.

—*Fue mía* —Ella se sorprendió—, *viví aquí por un tiempo...* —Ella tomó la foto que William había puesto en la mesita de noche años atrás y sonrió. — *Elizabeth...* —Ella me miró y yo respiré profundo—. *¿Hay algo que tenga que saber de ti y no me hayas dicho?* —pregunté.

—*No* —respondió de inmediato—, *¿por qué?*

—*Porque si hay algo que no me hayas dicho me gustaría saberlo por ti, yo confío en ti.*

—*No hay nada malo en mí* —aseguró—, *soy una chica normal, solo tuve un novio "serio" y fue durante la universidad, duramos casi un año juntos, pero luego todo se enfrió y nos alejamos. Desde entonces no he estado sola*—. No pude evitar sonreír al oírla.

—*Necesito que prometas algo* —susurré—. *No me ocultes nada Elizabeth, necesito saber que*

puedo confiar en ti. —Ella suspiró y asintió—. Prométeme que siempre vas a ser sincera conmigo y me dirás las cosas de frente, sin rodeos...

—Lo prometo —respondió—. No confías en mí, ¿verdad? —susurró con pesar.

—Sí, confío en ti —respondí con sinceridad—, pero eso me hace sentir inseguro y siento que en cualquier momento sabré algo malo y...

—No hay nada malo en mí —aseguró—. Bueno, quizá que no soy tan calmada como pensabas —No puedo evitar sonreír al escucharla—, quizá soy muy normal para alguien tan perfecto como tú...

—No soy perfecto... —le corregí de inmediato—. Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Por eso quiero conocerte —susurró acariciando mi rostro—, quiero saber todo de ti... —Elizabeth se inclinó y besó mis labios—. Te amo, Nick.

Todo dentro de mí vibró con fuerza. Todo se estremeció y me sentí perdido. No espera escucharlo, pero sobre todo no esperaba que, al hacerlo, el mundo girara a mis pies y mi alma se estremeciera de ese modo. Quería responderle, pero me quedé en silencio aun conmocionado con la forma como mi cuerpo reaccionó.

Los recuerdos se mezclaron con la realidad y aunque lo intenté, no fue fácil alejarlos. Elizabeth se alejó de mí y entró al baño sin decir nada más. Sabía que mi silencio la había lastimado y me sentí miserable de inmediato. Alejé toda la mierda que me atormentaba, me puse de pie y golpeé la puerta.

—¿Elizabeth, puedo entrar? —pregunté.

Tardó un poco en quitar el seguro, pero después de unos minutos, abrió. Me miró en silencio y mientras pensaba qué decirle ella caminó hacia la puerta.

—Te espero abajo —susurró.

Me crucé en su camino para evitar que se marchara y ella mantuvo la mirada fija en sus zapatos, me dolió verla así.

—Liz, mírame —supliqué, ella tardó en hacerlo, pero cuando me miró, unas lágrimas cayeron por sus mejillas haciéndome sentir miserable. Sin poder evitarlo solo la rodeé en mis brazos con fuerza—. Lo lamento... Lo siento —susurré, ella trató de alejarse—, lo siento —repetí—, me tomo por sorpresa... no supe que decir...

—¡No quería que dijeras nada! —dijo molesta y me empujó—, solo quería que lo supieras... —Me miraba con molestia, pero también podía ver su dolor— ¿Por qué puedes decir que me amas y yo no puedo decir lo mismo? —inquirió con dolor—. ¿Por qué puedo ser feliz al escuchar que solo sientes amor por mí... y tú no puedes hacer lo mismo?

—Porque no estoy listo para escucharlo... porque...

—¿Por qué no crees que te amo? —pregunto de golpe, no supe que decir—. Es eso... —susurró con tristeza—, no me crees... —Ella respiró profundo y clavó sus ojos sobre mí—. Te diré algo y espero que te quede claro... ¡Yo soy Elizabeth Coleman! —exclamó molesta—. Soy una mujer que estás empezando a conocer y me gustaría que no me compararas con nadie.

—No te comparo con nadie.

—¡Sí lo haces! —exclamó molesta—, sabes que lo haces... me comparas con ella, pero no soy como esa mujer. —Me sentí un idiota—. No sé qué diablos hizo ella, pero creo que no te gustaría que te comparara con mi exnovio... Así que voy a pedirte el mismo respeto para mí.

Elizabeth salió de la habitación y yo me quedé allí, sin decir ni hacer nada, solo aceptando que ella tenía razón. Siempre la comparaba, quizá sin intención, solo intentando identificar cualquier actitud que pudiera advertirme que estaba cometiendo el mismo error que ya había cometido con

Maia.

La idea de que ella pudiera pensar en su exnovio me hirvió la sangre, eso hizo que entendiera su molestia. Elizabeth tenía razón, pero me costaba aceptarlo.

Me tomé mi tiempo para pensar y cuando acepté que estaba cometiendo un error y debía asumirlo, salí de la habitación. Caminé en silencio por el pasillo y me detuve en la habitación de Matthew cuando vi la puerta abierta.

El pequeño niño estaba jugando y me hizo sonreír cuando levantó la mano al verme.

—*¿Quieres jugar?* —preguntó con inocencia, volví a sonreír y entré—. *Papá dice que tú tocas el piano.*

—*Sí, él me enseñó a hacerlo* —le conté—. *¿A ti te gusta tocarlo?*

—*Sí* —admitió con sinceridad. Se puso de pie con una sonrisa amplia y extendió su mano hacia mí—. *Vamos a tocar una canción* —propuso.

Llevaba muchos años sin tocar frente a nadie, pero Matt era solo un niño y le tenía cariño, así que tomé su mano y lo acompañé hasta el estudio de William. Matt abrió las ventanas y yo caminé hasta su hermoso piano de cola que tenía en esa habitación. Levanté la tapa y me senté sobre el banquito.

—*Papá dice que le recuerdo a ti* —susurró el pequeño al sentarse junto a mí.

—*Espero que tú si sepas tomar un buen camino.* —Él no entendió mi comentario así que solo despeiné su cabello—. *¿Qué canción quieres tocar?*

—*No lo sé... ¿tú tocas y yo te sigo?*

—*¡Perfecto!*

Deslicé mis dedos sobre las teclas y el suave sonido me hizo estremecer. Solía sentarme frente al piano en las noches de insomnio, pero nunca cuando estaba de buen humor, así que no sabía qué debía tocar. Matt me observaba y decidí dejar que mis dedos se movieran sin tener una pista concreta, pero logró salir un sonido agradable.

Matt me sonrió y deslizó sus finos dedos sobre la tecla acompañándome con mi invento de música. No pude evitar sentirme encantado con él, debía tener unos ocho años, pero era muy bueno y no entendía porqué me sorprendía, no debía esperar menos del hijo de William.

La música nos atrapó de tal manera que perdimos la noción del tiempo. Dejé que Matt terminara la canción que habíamos hecho juntos y para sorpresa de ambos los aplausos nos hicieron saber que no estábamos solos. Todos estaban en la puerta... incluida Elizabeth.

—*¡Papá!* —exclamó Matt corriendo hacia William—, *el tío Nick y yo tocamos una nueva canción.*

—*He escuchado y debo decir que la canción les quedo perfecta* —aseguró William sonriendo hacia mí—, *el tío Nick es uno de mis pianistas favoritos.*

—*Matt tocar con tu tío Nicholas es tan difícil que tienes que sentirte bendecido* —aseguró su madre haciéndome sonreír.

—*Deberías colaborar con alguna canción de mi próximo disco, Nick* —propuso James y yo negué de inmediato—. *Algún día aceptarás.*

—*Vale la pena soñar* —dije bromeando.

Elizabeth aún de pie en la puerta, me miró con ternura. Levanté mi mano y aunque lo pensó, ella terminó acercándose a mí. Me abracé de su cintura y ella acarició mi cabello cuando me apoyé en su vientre.

—*Debes tener paciencia conmigo* —susurré.

—*¡Y en cantidades industriales!* —exclamó James, ella sonrió. Me puse de pie y la abracé.

—*Te quiero* —susurré —*Lo siento...*

—*Te amo...* —mi cuerpo tembló otra vez al escucharla decir eso, sentí miedo a pesar de que no debería—. *Me creas o no, es así.*

—*Te creo* —susurré—, *porque yo siento lo mismo por ti.* — Su sonrisa perfecta apareció y eso me dio valor—. *Estoy enamorado de ti, Elizabeth* —logré decir.

—*Y yo de ti* —respondió con una gran sonrisa—. *Te amo, Nicholas.*

James empezó a tocar el piano y Landon tomó la guitarra que estaba a un lado de la habitación. Siempre se sintió interesado en aprender a tocarla, pero cuando ingresó a la escuela de medicina no tuvo el tiempo para perfeccionarse.

Cuando éramos adolescentes y trabajábamos en la serie, solíamos tener tiempos libres mientras los demás actores grababan sus escenas y William se encargó de enseñarnos a tocar algún instrumento. Él solía decir que un artista debía ser completo y no solo tener una cara bonita. Los viajes que hacíamos siempre estaban rodeados de música. Alguna vez pensamos en formar una banda, pero todos esos planes quedaron en nada cuando yo me alejé de ellos.

—*Son estupendos* —dijo Elizabeth haciéndome regresar a la realidad, le sonreí y ella suspiró—. *Tu sonrisa causa tantas cosas en mí.*

—*¿Hace que te desmayes internamente?* —pregunté, ella enrojeció de vergüenza—. *¿Qué? Eso dijiste ayer.*

—*Sí, lo sé...* —susurró sonrojada—, *pero esperaba que fueras un caballero y no me hicieras recordar las barbaridades que dije estando ebria.*

—*No soy un caballero* —admití con sinceridad—, *además, me encantó todo lo que dijiste.* — Ella volvió a abrazarme con fuerza haciéndome sentir enamorado—. *Todo estará bien* —le prometí, ella me miró—. *Me esforzaré por estar bien... por cambiar para ti.*

—*No... quiero que cambies, solo quiero que seas feliz y que me dejes estar a tu lado.* — Levantó su mano y acarició mi rostro—. *Aunque te parezca una locura amo todos tus momentos, incluso los malos porque son parte de ti y para mí eso es suficiente razón para amarlos.*

Le di otro beso y la abracé a mí con fuerza deseando que en verdad las cosas mejoraran entre nosotros. Deseando que sus sonrisas fueran mayores a sus tristezas y que yo pudiera ser la razón de todos sus momentos felices.

La habíamos pasado bien, yo me sentía bien y ella estaba sonriendo cuando la llevaba de regreso a su casa.

—*Me encanto oírte tocar el piano...* —comentó cuando estacioné frente a su edificio—. *¿Algún día tocarías algo para mí?* —preguntó.

—*Algún día* —respondí cuando apagué mi auto, tomé su mano y le di un beso—. *¿Te importa si paso la noche solo?* —pregunté, ella se puso seria de inmediato—. *Tengo trabajo pendiente y contigo cerca es imposible concentrarme.*

Ella sonrió y aceptó mi petición. La abracé y la acompañé hasta la entrada del edificio.

—*Recuerda que estoy aquí... si me necesitas...*

—*Lo recuerdo* —susurré—, *estaré bien, no te preocupes.*

—*Estás pidiendo demasiado* —respondió y me hizo sonreír—, *te extrañaré.* —Besó mis labios y luego volvió a mirarme—. *¿Pensaras en mí?*

—*Todo el tiempo* —prometí—, *nos vemos mañana.* —Ella asintió— *Entra ya.*

Volvió a besarme y después de unos segundos hizo lo que le pedí. Esperé que entrara, subí a mi auto y conduje directo a casa. Cuando llegué, bajé del auto y sentí que mis pies se movían lentos. Eran demasiados recuerdos atacando mi memoria, demasiado dolor que durante años estuve

evitando, escapando, pero no quería luchar más, quería enfrentarlos, quería ser capaz de no huir de ellos, pero sentía miedo... miedo a ese dolor, a esa vida que viví y que casi acabó conmigo.

Me detuve cuando llegué a la sala y vi a Lourdes, sabía porque estaba aún allí así que puse mi clásica mala cara. Caminé hasta el bar y tomé un vaso.

—¿Qué haces aún aquí? —pregunté de mala gana—. ¿Qué sucede?

—Nicholas, quería disculparme por la imprudencia que cometió Ivonne —susurró con una voz temblorosa, llené mi vaso y la miré—. He hablado con ella y he sido clara al decirle que tiene prohibido si quiera pensar en eso.

—Bien... —dije aun sintiendo el dolor en mi pecho—, porque si vuelve a abrir la boca me encargaré yo mismo de ella... y te aseguro que haré que deje de babear sus zapatos cuando me vea... —Ella se quedó en silencio y me miró asustada—. ¿Algo más?

—No... eso era todo.

Salí hacia el jardín y me senté sobre una de las sillas. El clima estaba cambiando y sentí frío al estar allí. Cerré los ojos y sonreí al ver su sonrisa, esa magnífica sonrisa... «¡Oh pequeña!»

De pronto la imagen cambió y sentí un frío recorriendo mi espalda. Me obligué a abrir los ojos y repetirme a mí mismo que estaba en casa, que ya no estaba más en ese lugar... que todo eso terminó.

Ella no estaba más y aunque sus recuerdos, siempre me atormentaban, Maia nunca más lo haría... nunca más.

«««««»»»»

Abrí mis ojos y ni siquiera fui consciente de cuánto tiempo estuve dormido. Me levanté y sentí que me faltaba el aire cuando me di cuenta de que no estaba en mi casa. El lugar se me hizo conocido, había estado allí antes.

Miré a mi alrededor y vi la oficina en la que William solía trabajar. Sentí miedo al darme cuenta de que estaba en el estudio de grabación, el mismo donde todo se fue a la mierda. Traté de caminar hacia la salida, pero no era capaz de moverme.

«Estoy soñando... esto no es real. ¡Despierta!», grité, pero no logré emitir sonido alguno.

Quise huir por una puerta que vi abierta, pero me detuve al recordar lo que había sucedido aquel día.

«¡Allí no!», me recordó mi memoria. Mis pies trataron de alejarse de allí, pero no pude retroceder.

«¡Despierta estás soñando... despierta!».

De pronto me vi, sí, ese era yo... o el que fui en esa época.

Cuando logré ver mi rostro no pude evitar asustarme, tenía los pantalones sucios y llevaba una camiseta gris desgastada, pero lo que más me impresionó fue ver mi rostro: estaba cubierto con una barba nada agradable y cuando levanté la vista, un dolor atravesó mi alma.

Me quedé inmóvil mientras me veía caminando hacia la puerta. Quería evitar que entrara, pero no podía moverme.

—¿Qué mierda haces? —gritó el Nick que era en esa época cuando vio a James sacudiendo del brazo a Maia—. ¿Qué diablos pasa?

—¡Nicholas! —gritó ella y salió corriendo hacia donde yo estaba. En ese instante pude ver que se había sorprendido, pero en aquel momento creí que estaba asustada—. Nico... ¡gracias a Dios has llegado, él quería abusar de mí!

—¡No! —gritó James—, no puedes ser capaz de mentir de esa manera... ¡No te atrevas a mentir!

—Nico —lloró ella—, yo creí que estabas aquí, creí que te encontraría aquí... y él... él empezó a tocarme.

—¡Zorra! —gritó James mirándola con rabia—. ¡Eso no es cierto! Recibí un mensaje de tu teléfono Nick... dijiste que necesitabas hablar conmigo, cuando llegué ella estaba así.

—No, es mentira... no le creas Nico. —Ella empezó a llorar desesperada—. Me dijo que si no lo hacía con él diría esta mentira de mí... ¡Él quiere separarnos!

—¡Cállate! —gritó James—, estás mintiendo. No quiero nada contigo... ¡jamás estaría con alguien como tú! —gritó de nuevo—. Estás podrida... me das asco.

Sabía lo que seguía, así que cerré los ojos para evitar mirar, pero los gritos de James sobre mí me hicieron mirarlo. Recordarlo y vivirlo una vez más... una maldita vez más, acabó conmigo.

Me vi golpeando a uno de mis mejores amigos, hice que cayera al piso y vi la sangre brotando por su boca... sufrí tanto como cada vez que lo recordaba.

—¡Maldito hijo de puta! —grité fuera de control—. ¿No podías mantenerte alejado de ella? ¡Sabes que es mía!

—¿Qué mierda te pasa? —Se quejó James—. ¡Parece que no me conoces! —gritó mientras trataba de ponerse de pie y esquivar mis golpes.

—¡Te conozco! —le grité— Claro que te conozco... cuando te gusta alguien eres capaz de todo —seguía pateándolo y él no se defendía, solo se protegía y hacía que mi rabia creciera—. ¡No pudiste soportar que ella me prefiera a mí! No pudiste mantenerte lejos. ¡Voy a Matarte! «Despierta, despierta» Me repetía a mí mismo tratando de salir de ese infierno.

Mis ojos dejaron de verme golpeando a James, no era nada fácil verme así, y menos verlo a él. James nunca me golpeó, solo se protegió mientras yo quería matarlo y ella... ella estaba de pie mirando cómo yo golpeaba a uno de mis hermanos y estaba tan calmada, como si no le importara nada.

—¡Nicholas! —gritó William entrando en el estudio, Landon prendió todas las luces mientras William me alejaba de James—. ¿Qué pasa contigo?

—¡Este hijo de puta quiso propasarse con Maia! —grité—. Este cretino la citó aquí para acosarla.

—Debe haber un error, Nick... —dijo Landon mientras ayudaba a James a levantarse—. James no haría eso.

—¡No me jodas! —le grité—. ¡Lo vi! Cuando llegué él estaba forzándola.

—¡No! —gritó James—. Solo quería alejarla de mí. Ella me mandó un mensaje de tu celular.

—¡Mentira! —gritó Maia—, estás mintiendo, cobarde... por lo menos acéptalo.

—¡No aceptaré algo que no es verdad! —respondió James muy molesto—. ¿Qué mierda te estás metiendo? —me gritó—. ¿Cómo puedes creer más en ella que en mí? —William lo detuvo cuando trató de acercarse a mí—. ¡Soy tu hermano, imbécil! —Me dolió verlo así, me dolió verme así—. ¿No te das cuenta de que te estás perdiendo? ¡Ella solo te está destruyendo! —Era verdad, pero en ese momento no lo entendí— Estas tocando fondo, Nick... tienes que reaccionar.

—¡No me des consejos! —le grité—. No tienes la moral para hablar, tú estás más jodido que yo. ¡Has consumido más mierda que yo! Así que cierra la boca.

—Estás mal Nicholas...

—Tú estarás peor cuando te mate a golpes.

Landon sujetó a James y William caminó hacia mí con su pose de hermano mayor. Clavó sus

ojos en mí y yo no fui capaz de mirarlo.

—¿Otra vez? —susurró con tristeza— ¿Realmente Nick? —Me sentí avergonzado— ¿Qué estás haciendo con tu vida?

—¡Nada! —grité y cuando intenté alejarme él me sostuvo con fuerza—. ¡Déjame ir! Me quiero ir.

—No puedes trabajar así... —sentenció—. No puedo permitir que grabes así.

—¡Me importa una mierda trabajar! —respondí—. Me importa una mierda la serie y me importan una mierda ustedes.

Logré soltarme y salté sobre James para golpearlo, pero Landon se puso entre nosotros y terminé golpeándolo a él. Me dolió la mano y el corazón cuando levanté la mirada y vi la sangre en su nariz.

—¡Mierda, Landon! —exclamé avergonzado, me quise acercar, pero Landon me apartó—. Lo siento... no debiste meterte.

William fue hacia él y lo examinó, James también lucía preocupado y yo, aunque quería asegurarme de no haberlo lastimado, no me moví de donde estaba.

—Siento lastima por ti, Nick —dijo Landon—. Siento lastima de ver lo que estás haciendo con tu vida. —Caminó hacia donde yo estaba y miró detrás de mí—. Jamás pensé que fueras así, Maia.

—¡Él quiso abusar de mí! —gritó ella sollozando—. ¡Yo soy una víctima!

—¡Basta! —gritó William—. No voy a permitir que hagas esto con él... te estás metiendo con mis hermanos y eso no lo voy a permitir.

—¡Ella no hizo nada! —grité—. ¿Es que no conocen a James?

—Lo conocemos muy bien —aseguró William con una voz dolorosa—, a quien no conocemos en este preciso momento es a ti. —En ese momento vi dolor en los ojos de William—. Salgan de aquí.

—¿Qué? —grité—. ¿Vas a creer en él? ¡No me jodas, William!

—¡Largo de aquí! —gritó—. Siento lastima por lo que estás haciendo con tu vida, siento tanta lástima porque sé que en algún momento vas a arrepentirte... En algún momento vas a reaccionar y el golpe que vas a llevarte será muy doloroso.

«Despierta... maldita sea, ¡despierta!».

Escuchaba las palabras de James amenazándola, de Landon pidiéndome que dejara ayudarme. Recordaba la mirada de William y me dolía tanto que quería morirme.

«Despierta... ¡Joder!! Quiero despertar».

««««»»»»

Apreté con tanta fuerza mi mano que sentí dolor en ella. Cuando abrí los ojos y salté de la silla vi mi mano sangrando y los restos del vaso que tenía destrozado, cayendo al piso. Cerré en un puño la mano y evité que la sangre siguiera cayendo, dolía, pero ese era un dolor sin importancia comparado con el que sentía dentro de mí.

Estaba temblando, estaba llorando, me sentía miserable, me sentía perdido.

Caí al piso y abracé mis piernas. La sangre empezó a manchar mi ropa, pero no me importó. Cerré los ojos y continué cayendo, escuchaba un grito desgarrador saliendo de mi garganta, un grito de dolor que hasta pensé que no era mío, pero lo era. Era mi dolor, mi maldito dolor había regresado y no era tan fuerte para enfrentarlo.

Quería guardar toda esa mierda y olvidarla, pero ya era tarde... todo eso estaba otra vez sobre mí. Diez años no habían sido suficientes, aún sentía asco de mí mismo. Aún sentía náuseas al

recordarme tan drogado. Sentía vergüenza por mí mismo y mi perdición.

Otra vez estaba en ese infierno, la puerta estaba abierta y no era capaz de cerrarla, no tenía las fuerzas para hacerlo y no sabía si podría soportar ese horrible dolor nuevamente sobre mí.

23 – Enfrentando el dolor.

El sonido del despertador me hizo reaccionar, lo apagué sin siquiera mirar la hora y me envolví con el edredón negándome a salir de la cama. Había pasado una mala noche, me había despertado tres veces inquieta y preocupada por Nicholas, temía que pudiera sentirse mal y yo no estaría a su lado para ayudarlo.

Después de algunos minutos, muy a mi pesar me puse de pie, pero solo para tomar mi teléfono y enviarle un mensaje. Pensé en algo que le alegrara el día y estuve esperando que mi creatividad terminara de despertar.

“Me hizo falta tu calor durante toda la fría noche... ven a abrigarme pronto... te quiero”.

Dejé el teléfono sobre mi mesa de noche y abrí las cortinas. Esa era una mañana gris, el otoño estaba llegando y la luz del sol no nos iluminaba ese día. Respiré profundo y luego me fui directo a la ducha, tenía que quitarme esa molesta tristeza, él estaba bien, era fuerte... había sido fuerte sin mí, él podía con eso.

Después de unos minutos estaba lista para irme a entregar las fotos que tenía pendiente. Aquel sería un día soso de trabajo, nada bueno que hacer, nada del otro mundo, pero sabía que todo mejoraría cuando escuchara su voz y me hiciera saber que la noche no le había dado ningún problema.

Salí del ascensor y fui directo a mi auto, mientras conducía hacia la revista se me ocurrió que podía ir a verlo. Quizá su secretaria me podía sacar una cita con él y así no interrumpir nada. Sonreí ante mi muy buena idea y llegué a la revista con mejor ánimo, saludé a todos y dejé mis fotografías sobre el escritorio de Martin.

Me senté sobre mi silla y marqué el número de su empresa. La voz sensual de una mujer me respondió de inmediato.

—*Hola, buenos días. Soy Elizabeth Coleman* —saludé después de escuchar el saludo de su secretaria—. *¿Podría hablar con Ashlee?*

—*Buen día, señorita Coleman... en seguida le comunico con Ashlee.*

—*Gracias* —contesté y esperé unos minutos hasta que me comunicó con ella.

—*Buen día, señorita Coleman* —respondió la Miss—. *¿En qué puedo ayudarle?*

—*Hola Ashlee, eh... me preguntaba si me podría sacar una cita con el señor Carter* —Ella se quedó en silencio, hasta pensé que se había cortado—. *¿Hola?*

—*Sí, disculpe, es que usted no tiene que sacar una cita con él* —susurró—, *él dejó claro que si usted venía podía verlo sin problema.*

—*Sí, lo sé, pero me gustaría que sea de la manera... ¿formal?* —dije con alegría—. *¿Cree que pueda conseguirme un espacio en su agenda de hoy?*

—*Me encantaría, pero el señor Carter hoy no vendrá a trabajar* —susurró con su típica voz amable.

—*¿No irá a trabajar?* —pregunté extrañada—. *Pero él dijo que hoy tenía el día muy ocupado.*

—*Lo tenía, pero el señor Bennett llamó avisando que mi jefe no vendría, dijo que estaba enfermo y me pidió que cancelara todo.*

—¿Enfermo? —susurré con temor, salté de mí silla mientras tomaba mi bolso y corrí hacia el ascensor—. *¿Qué tiene?*

—*Creo que una gripe... o por lo menos eso dijo el señor Bennett.*

—¿Sabes si está en su casa? —pregunté mientras entraba en el ascensor y este se cerraba.

—*Creo que sí, el señor Bennett me llamo desde allí.*

—*Genial... gracias, Ashlee.*

Esperé educadamente que ella se despidiera y terminé con la llamada. Marqué el número de Nick, pero entró directo la contestadora y me sentí tan asustada.

«Tranquila, Liz... Él está bien, no pudo resfriarse tan rápido... a menos que otra vez... Ay no, la piscina», recordé el incidente anterior.

Cuando el ascensor se abrió salte de él y me choqué con Andrew.

—*Nena, ¿cuál es la prisa?* —Lo miré con ganas de llorar y su sonrisa se borró—. *¿Qué pasa?*

—*¡Nicholas está enfermo!* —Él me miro sin entender, pero no me detuve a explicarle—. *Dile a Martin que tiene todas las fotos sobre su escritorio, ¿sí?*

—*De acuerdo* —susurró deteniéndome—. *Nena... estás temblando.*

—*Es que siento que está mal* —lloriqueé—, *sé que está mal, lo presiento.*

—*Oh, cielo* —lamentó acariciando mi rostro—. *¿Ahora tienes una conexión extraña para saber lo que pasa con él?* —Él sonrió esperando que yo hiciera lo mismo, pero no pude imitarlo, Andrew suspiró y después de unos segundos tomó de la mano y me halo—. *Te llevaré a donde sea que vayas.*

—*No es necesario* —aclaré.

—*No dejaré que conduzcas así, seguro que él está bien y con lo nerviosa que estás la que terminará en el hospital serás tú.*

—*¡Gracias!* —exclamé mientras íbamos directo al estacionamiento, abrió la puerta para mí y me metí allí—. *¡Rayos! Debería tener el número de William.*

—*Calma nena, estoy seguro de que estás exagerando.*

Hice mi ejercicio de respiración mientras el camino hacia su casa se me hizo eterno. Andrew estuvo sorprendido al ver el lugar donde vivía, pero su asombro aumentó cuando llegamos hasta su gran casa. Yo salté fuera de su auto apenas se detuvo y casi corrí hacia su puerta.

Toqué el timbre y esperé impaciente hasta que la puerta se abrió y una mujer mayor me observó.

—*Buen día* —saludó la mujer—. *¿En que la puedo ayudar?*

—*¿Está Nicholas?* —pregunté, ella frunció el ceño sorprendida—. *Eh... soy su novia... Elizabeth.* —Su sorpresa aumentó ante mi presentación, pero abrió la puerta de inmediato y me invito a pasar—. *Usted es Lourdes, ¿verdad?*

—*Sí, estoy a sus órdenes, señorita Coleman* —Entonces la sorprendida fui yo al ver que ella sabía mi apellido.

—*¿Él está bien?* —pregunté y mientras llegábamos al salón me encontré con dos de sus amigos allí.

—*Elizabeth* —susurró Samuel sorprendido.

Me quedé esperando su habitual sonrisa, pero ciertamente ninguno lucía como si esa fuera una visita normal. Se veían tensos y preocupados, algo que me hizo sentir miedo.

«Él no está bien... sabía que no estaba bien».

—*¿Y Nicholas?* —pregunté con temor.

Sentí que mis piernas se debilitaron mientras esperaba por una respuesta y agradecí en silencio

que Andrew me sujetara con fuerza. James se acercó a mí, besó mis mejillas y sonrió tratando de esconder su preocupación. Nos invitó a sentarnos y así lo hicimos.

—*¿Qué tiene Nicholas?* —pregunté mientras Andrew se presentaba con James, ya que yo era incapaz de hacerlo.

—*Los doctores están arriba con él* —respondió James, me cubrí la boca con las manos para no gritar.

—*¿Qué le pasó? ¿Qué tiene?* —pregunté mientras respiraba profundo para no ponerme a llorar.

Lourdes caminó delante de mí y me entregó una taza de té que no pude rechazar a pesar de que no quería nada.

—*Gracias...* —susurré.

—*Tuvo una crisis* —me explico Sam—, *una muy fuerte.* —James caminó hacia la ventana en silencio—. *William y Landon están con él, su psicólogo también.*

Andrew sostuvo la taza por mí y me obligó a tomar mientras yo solo quería correr hacia donde él estaba y abrazarlo fuerte.

Después de beber un poco de té, me levanté y caminé hacia la piscina para tomar un poco de aire. Me quedé mirando el agua donde aquella noche creí que intentaba ahogarse. Caminé un poco más y mi corazón se detuvo cuando vi una mancha de sangre en el piso, una mancha fresca.

—*¡Oh, Dios!* —exclamé. Andrew estuvo junto a mí de inmediato, me giré y miré a Samuel frente a mí—. *¿Es suya?* —él solo asintió y yo empecé a llorar.

Andrew me abrazó y yo no pude seguir siendo fuerte, él se había lastimado, no sabía cómo ni dónde, pero estaba herido.

—*Calma nena, no puedes ponerte así* —susurró Andrew—, *él no necesita verte mal. Sabes que se molestaría si te ve así.* —Sacó un pañuelo de su chaqueta y me lo dio—. *Tienes que ser fuerte, si no, voy a sacarte de aquí.*

—*No, no me iré a ningún lado.*

Respiré profundo y ni así las lágrimas se calmaron, estuve por unos minutos llorando hasta que por fin logré tranquilizarme un poco, pero el dolor seguía en mi pecho, el dolor me seguía atacando y me sentía tan débil.

El tiempo se me hizo eterno mientras esperaba noticias de él, mientras imaginaba lo terrible que la había pasado la noche anterior. Debí negarme, debí quedarme con él, estar a su lado... Él había aceptado esa condición y yo dejé que rompiera su palabra solo porque lo dijo de buena manera.

«*Mi hermoso dios griego destrozado y yo sin ayudarlo*».

Samuel saltó del sofá y en segundos James estaba junto a nosotros. William apareció junto a Landon por las escaleras, estaban serios, exageradamente serios. Mientras bajaban escuché a Landon hablar:

—*Él dice que no fue con intención y le creo* —susurró su amigo.

—*También le creo* —aseguró un hombre alto de unos 50 años—, *pero sin duda esta fue una de las crisis más fuertes en los últimos siete años, algo que definitivamente tenemos que controlar.*

—*La herida es leve* —agregó Landon—, *con la limpieza que le hice y los medicamentos que tomará, su mano estará bien muy rápido* —informó mirando a William.

—*Hay que tener cuidado con estas crisis* —aseguró el hombre que iba con ellos—. *Tiene que estar vigilado. Aunque conociendo a Nicholas, sé que es casi imposible, pero necesitamos estar*

alertas... quizá si podemos buscar a Elizabeth, ella podría ayudar.

Admito que me sorprendí cuando el desconocido mencionó mi nombre. William levantó la mirada y aunque se sorprendió al verme, trató de regalarme una sonrisa, pero fracasó.

—*Nicholas ha cambiado mucho por ella* —continuó diciendo el desconocido—. *Sería bueno llamarla y pedirle su ayuda.*

—*No hace falta, Clark* —dijo William mientras caminaba hacia donde yo estaba y me daba un abrazo fraternal—. *Elizabeth, te presento al doctor Clark Newman, el psicólogo de Nicholas... Clark, ella es Elizabeth Coleman.*

Levanté mi mano hacia el Doctor Newman quien me miró con extremado interés.

—*Un placer* —susurré.

—*Igualmente, señorita Coleman.*

Landon se acercó y besó mi mejilla. Era evidente su preocupación porque su carácter divertido y bromista no estaba presente en ese momento. William nos llevó hasta la sala, todos nos sentamos y esperamos a que ellos nos explicaran lo que había pasado.

—*Con los calmantes que le dimos va a dormir un poco más* —aseguró Landon—. *Descansar le hará bien.*

—*No sabemos cómo va a despertar* —comentó el doctor Newman—, *pero esperemos que solo haya sido una crisis momentánea y no esté aún sumergido en ella.* —El miedo me atrapó al oírlo—. *Volveré por la tarde a verlo, no hagan que se altere ni sienta que lo están sobreprotegiendo* —pidió mirando directamente a William.

—*Preocuparnos por él no es sobreprotegerlo* —respondió James molesto—. *No puede pedirnos que hagamos como si no nos importara, porque nos importa* —aseguró—. *¿Cómo es posible que tenga 10 años visitando loqueros y ninguno logre que él supere esa puta etapa?*

—*Simple, señor Evans* —respondió el psicólogo—, *Nicholas se niega a aceptar que la vivió, habla de ella como si fuese algo sin importancia cuando no es así.* —Intenté entender lo sucedió, pero me costó trabajo—. *Esa mujer lo usó, lo metió en vicios, se aprovechó de él y del amor ciego que le tenía.* —Me dolió el pecho al oír todo eso... *¡mi pobre dios griego!* —. *Nicholas quiere fingir que no pasó y lamentablemente no puede superar un problema cuando no acepta que lo tiene.*

—*¡Se supone que debería hacer que lo acepte!* —gritó James y William levantó la mano pidiéndole que se calmara—. *¡No podemos pasar por esto una y otra vez!* —Estaba molesto, pero podía notar su dolor, que sabía era igual al de todos los que amábamos a Nicholas— *Diez años es mucho tiempo, si yo estoy harto, no imagino como estará ese niño. ¡Por dios! ¡Esa maldita puta no puede destruirlo una y otra vez!*

—*Ella no lo destruye, lo hace él* —aseguró el psicólogo muy tranquilo, suspiró y me miró—. *Elizabeth, no conoces la historia, ¿cierto?* —Negué y él se quedó mirando sus manos—. *Has hecho que muchos sentimientos buenos renazcan en Nicholas* —explicó—, *quiere darte lo que le pidas, quiere cambiar y ser bueno para ti.* —Me sentí sorprendida ante sus palabras, sorprendida de que Nicholas le haya dicho todo eso—, *Nicholas está enamorado de ti...* —Mi corazón sonrió al oírlo, todos nos miraron sorprendidos—. *¿Te lo ha dicho?*

—*Ayer... sí, lo dijo.* —Él soltó una sonrisa radiante y todos me miraron—. *¿Eso es bueno?*

—*Por supuesto* —respondió el doctor—, *que acepte frente a ti que está enamorado es excelente, aceptar las cosas es un paso más hacia la recuperación.*

—*Sí, pero no quiere hablar de esa mujer conmigo.*

—*Eso no es malo* —dijo James—, *es normal que ninguno de nosotros quiera hablar de ella.*

—Sí —interrumpió el psicólogo—, *pero tú no sentiste amor por ella.* —No pude evitar sentir celos al escuchar eso—. *No fue a ti a quien traicionó y hundió sin ningún remordimiento... El problema es suyo y hasta que no hable de eso con alguien, no podremos ayudar.*

—¿Yo puedo intentarlo? —pregunté—. *¿Sería sano para él que hable de ella conmigo?*

—Si logras que hable... sí, eso sería muy sano... pero no creo que lo haga aún.

Los siguientes minutos todos hablaron y preguntaron. Buscaron maneras de ayudar a Nicholas. Andrew se mantuvo en silencio, apretaba mi mano para darme apoyo, pero no intervino en la conversación.

Cuando el doctor se fue, me vi tentada a subir, pero no tuve el valor.

—Nena... se fuerte —susurró Andrew—. *Él no necesita más drama del que ya tiene.* —Me abrazó y me acurruqué en su pecho—. *A pesar de que no dan detalles, se ve que esa mujer sí era muy zorra, ¿no?*

—De las peores —respondió James mientras se sentaba en la escalera—, *nos jodió la vida a todos* —aseguró con una voz envenenada—. *Landon la ayudó a entrar al programa de televisión, la conoció en una fiesta* —Su mirada se endureció al recordarlo—, *ella mostró interés por mí, pero noté el interés de Nicholas por ella, así que la rechacé.*

—¿Trabajaba con ustedes? —pregunté aprovechándome del momento de libertad que se estaba tomando James para contarme un poco de esa historia.

—Sí, en el programa había varios actores —respondió James—, *ella consiguió un papel pequeño, pero siempre estaba allí. Le dije a Nicholas que se alejara de ella. Nunca supimos que estaba saliendo con ella hasta casi un año después.* —James frunció el ceño—. *Un año sin saber en qué lío estaba metiéndose Nicholas.*

William apareció y James se quedó en silencio. Se veía destrozado, como todos ellos.

—¿Quieres verlo, Elizabeth? —me preguntó William y yo de inmediato me puse de pie.

—Sí... ¿puedo? —Él sonrió y me invitó a subir.

James se hizo a un lado para dejarme pasar y William apretó su hombro cuando subió. Sentía mi corazón latiendo a mil por hora, no sabía que era lo que vería, no sabía hasta qué punto él estaba mal y solo de pensarlo me dolía el pecho.

—Tuvo una pesadilla —susurró William—, *dice que hizo mucha fuerza y rompió el vaso con la mano.* —Llegamos hasta su habitación y él abrió la puerta—. *Está sedado, no podrá escucharte y dudo que se despierte en varias horas. Estaremos abajo si necesitas algo.*

Besó mi frente y me regaló una sonrisa cálida para darme valor. Respiré profundo y entré en su habitación. William cerró la puerta y me quedé inmóvil mirándolo.

Sus largas piernas estaban extendidas por toda la cama. Tenía la mano izquierda vendada y había manchas de sangre sobre ella. Dejé caer unas lágrimas y cubrí mi boca para no soltar ningún grito de dolor, su rostro lucía tenso, a pesar de que estaba dormido. Podía ver las líneas de su frente, todo su rostro lucía frío, se había dormido siendo ese hombre frío que todos han visto los últimos años, ese era el hombre que dormía sobre la gran cama, un hombre diferente al que yo conocía.

Caminé hasta él y me quité los zapatos asesinos. Subí en su cama, me acosté a su lado y lo abracé. No quería llorar, pero era imposible no hacerlo, me dolía verlo así, me dolía lo que veía, porque veía dolor en él y eso me afectaba también a mí.

—Elizabeth... —susurró con una voz suave, él estaba soñando... soñando conmigo.

—Aquí estoy —respondí besando su mejilla—. *Mi dios griego... aquí estoy.*

Me acurruqué a su lado y traté de no llorar más, pero fue inevitable. Me dolía verlo así y

quería encontrar la manera de que no volviera a sentirse mal. Me quedé pensando en todo lo que había sucedido y en lo que deseaba hacer para ayudarlo.

Ni siquiera me di cuenta de que me había quedado dormida, pero al notar su ausencia en la cama me desperté. Pensé que estaba en el baño, pero mientras me ponía los zapatos escuché su voz fuera de la habitación.

—*¿Por qué diablos llamaron a Elizabeth?* —Lo escuché gritar.

Corrí hasta las escaleras y lo encontré allí. De pie frente a sus amigos, gritándole a ellos.

—*¿De quién fue la genial idea?* —gritó Nicholas de nuevo.

—*Nicholas, nadie le aviso* —respondió Landon con toda serenidad.

—*¡Claro, debe ser que es adivina y por eso está aquí!* —exclamó molesto—. *¿Qué hacen aquí?* —gritó de nuevo— *¿No tienen una vida de la cual ocuparse que están molestando en la mía?*

—*¡No nos jodas, Nicholas!* —gritó James acercándose más a él—. *Hemos estado preocupados por ti, ¿y tú nos sales con esta mierda?* —William le puso la mano en el hombro para calmarlo—. *Estoy harto, eres un jodido mal agradecido* —grito de nuevo, yo quise llorar—. *No eres capaz de pensar un segundo que nosotros dejamos nuestras vidas por correr a ti cuando estás mal... no eres capaz de dar las gracias por estar aquí contigo, como siempre cuando nos necesitas.*

—*No les he pedido que estén aquí.*

—*No lo has hecho y estoy seguro de que nunca lo harías. ¡Estás cerrado en tu puta vida perfecta que no existe!*

—*¡James!* —le grita William tomándolo del brazo, pero este se suelta.

—*¡Estoy harto de esto! ¡De su maldita pose de hombre maduro que no es!* —gritó sobre William y volvió a mirar a Nicholas—. *¿Sabes algo? Esa mierda sigue sobre ti porque no quieres enfrentarla y no solo terminas contigo... sino, con nosotros.* —Los ojos de James se llenaron de lágrimas y se me rompió el corazón—. *Otra vez estás jodiendo nuestras vidas con tu puta cobardía, ¡y estoy harto!* —Samuel puso su mano sobre la espalda de James, pero él lo ignoró—. *¿Crees que solo tú sufres? ¿Qué solo a ti te duele? ¡Estamos aquí desde las tres de la mañana cuando Frank nos llamó! No hemos dormido y estamos malditamente preocupados... Hemos pasado esto una y otra vez contigo... y lo pasaríamos mil veces si supiéramos que estás tratando de salir... ¡Pero no lo haces! ¡Lo único que haces es fingir que nada pasó, que estás bien y no lo estás!*

—*¡James, él no necesita esto ahora!* —exclamó William ahora molesto con James.

—*Yo creo que sí, porque siempre somos quienes aguantamos que nos eche de su casa mil veces y aún así seguimos aquí* —respondió James mirando a Williams—, *nunca somos capaces de decirle lo que pensamos y no me da la gana de seguir callando.* —James se giró y observó con tristeza a Nick—. *Quiero y necesito verte bien.*

James dejó caer algunas lágrimas, se giró y se fue hacia el jardín. Yo tragué el nudo en mi garganta para hablar.

—*Estamos preocupados por ti, Nicholas* —susurré, él giró sorprendido al oírme—. *No seas cruel con la gente que te quiere.* —Le pedí—. *Son lo único real que tienes, deja de alejarte de ellos.*

Bajé las escaleras y llegué hasta él. Él me observó con molestia, pero luego suspiró y miró a sus amigos.

—*Lo siento* —susurró con sinceridad.

No pude evitar abrazarme a él. Se sorprendió, pero me rodeó el cuerpo con sus brazos. Acarició mi cabello y besó mi frente mientras que yo no pude contener las lágrimas. Él estaba sufriendo y yo no podía hacer nada para evitarle ese dolor. Levantó mi rostro y secó mis lágrimas con sus manos.

—*No llores* —pidió.

—*Hemos estado muy preocupados por ti... todos* —le acaricié el rostro y él sonrió en medio de la tristeza que veía en sus hermosos ojos azules—. *¿Te duele?* —pregunté cuando pasó su mano herida sobre mi cabello.

—*No, estoy bien,* —No le creí y él lo sabía—, *relativamente bien.*

—*Nicholas* —llamó Lourdes, él giró— *¿Vas a comer aquí o en tu habitación?*

—*No tengo hambre* —respondió.

—*¡No!* —exclamé—. *Sí vas a comer... tienes que comer.*

—*No tengo hambre, sigo algo mareado por esos malditos sedantes que me dio Clark.*

—*Con mayor razón debes alimentarte* —insistí—, *yo también tengo hambre y ya sabes que detesto comer sola*—. Su mirada se endureció.

—*¿No has almorzado aún?*

—*No, ninguno de nosotros lo ha hecho. Queríamos que despertaras y ver que estabas bien.*

Nicholas giró hacia William con mala cara.

—*No tenemos hambre, estamos preocupados* —respondió con evidente sinceridad.

Nicholas respiró profundo y miró a Lourdes quien no se había movido.

—*Ahora resulta que ustedes no comen si yo no como* —se quejó—. *Lourdes, por favor sirve la comida para todos. Me daré un baño y bajaré a comer.*

Subió un escalón y yo tomé su mano. Ambos subimos las escaleras y cuando llegamos a su habitación me fui directo al baño y empecé a llenar su bañera. Cuando todo estuvo listo regresé a la habitación y lo vi de pie en la ventana.

—*Ya está listo tu baño* —le informé acercándome a él, observé hacia donde él miraba y vi a James fumando en el jardín—. *Ellos han estado muy preocupados por ti* —dije, él solo asintió—. *Por cierto, prometiste que me llamarías y no lo hiciste.*

—*No pude, ni siquiera pude entrar a la casa, supongo que me desmayé, no recuerdo lo que pasó, hasta que reaccioné y ya estaban todos aquí.*

—*Nicholas* —susurré—. *Tu psicólogo dice que tienes que hablar de eso...*

—*Elizabeth, llevo años hablando de eso con él.*

—*No, no solo con él...* —susurré con temor—. *Con los demás, con tus amigos... conmigo.*

—*Mis amigos conocen muy bien esa historia, y contigo... ya te dije que no es el momento.*

—*¿Por qué no? ¡Necesitas aceptar lo que pasó!*

—*¿Y crees que no lo acepto?* —se quejó—. *¿Crees que no recuerdo que le rompí la cara a James por ella, porque me hizo creer que él la acosaba?* —«Dios mío»—. *¿Crees que no recuerdo que empecé a consumir drogas porque a ella le gustaba tener sexo así, drogada?* —Quise pedirle que hiciera silencio, pero sabía que hablarlo le hacía bien, aunque a mí me rompiera el corazón—. *¿Crees que no recuerdo que William me echó de la serie porque llegué borracho y drogado a grabar? ¿Tú crees que puedo olvidar toda esa mierda?*
«¡Oh, Dios mío!».

Cubrí mi boca para no soltar un grito cuando él recordó todo eso. Las lágrimas se me escaparon cuando él se dejó caer al piso, se apoyó de la pared y empezó a llorar. El corazón se me rompió en mil pedazos cuando lo vi así, tan frágil. Se abrazó de sus piernas y golpeó su cabeza

en la pared.

—*¡William!* —grité en voz alta para que él corriera a ayudarme.

—*¡No!* —exclamó Nick—. *No llames a nadie* —pidió entre sollozos—, *no necesito a ninguno de ellos ahora... solo a ti.*

El corazón se me rompió en mil pedazos mientras veía a mi hermoso *dios griego* destrozado frente a mí. Las lágrimas empezaron a salir de mis ojos y me dejé caer junto a él. Necesité toda mi fuerza para atraerlo más hacia mí, se dejó caer sobre mis piernas y empezó a llorar.

El dolor que sentí no se comparó a ningún otro. Jamás pensé que podría verlo así, no podía creer que aquel hombre seguro de sí mismo, fuerte y frío que conocí, podría ser el mismo que estaba llorando como un niño en mis brazos.

Había pensado que lo más horrible fue ver el dolor en sus ojos otra vez, pero me equivoqué... ese momento fue aún peor. Apenas empezaba a entender el daño que esa mala mujer le había causado, apenas empezaba a entender por todo lo que él había pasado.

Estaba conociendo a ese hombre que estuvo ocultándose de mí, apenas empezaba a sufrir su dolor y me pregunté si sería capaz de soportarlo.

«*¿Yo seré capaz de soportar verte tan mal? ¿Cómo es que tu psicólogo cree que esto es bueno para ti cuando yo lo veo todo tan malo? ¿Cómo haciéndote sufrir van a lograr que mejores?»*».

No entendía y no importaba entender, yo quería estar allí, así doliese, ese era mi lugar... estar junto a él era lo que tenía y quería hacer. Había exigido eso y él estaba cumpliendo su promesa, así que no podía huir, debía ser fuerte, ser valiente por él.

No fui consciente de cuánto tiempo estuvimos allí, no fui consciente si fue mucho o poco, sus gritos dejaron de oírse. Había dejado de temblar y ya ni siquiera lloraba, solo me abrazaba en silencio. Supe que estaba despierto porque sus ojos estaban abiertos. Sentí miedo de que nuevamente estuviera recordando algo desagradable, así que besé su mejilla y él sonrió incluso estando tan triste.

—*Eres la última persona que quería que me viera así* —lamentó con una voz áspera y fría—, *pero eres la única que puede sostenerme en este momento.* —Se abrazó a mis piernas y yo lo abracé más fuerte—. *Lamento por hacerte pasar por esto... perdóname.*

—*¡No!* —le interrumpí—. *No te disculpes... ahora más que nunca quiero estar a tu lado.* —Tomé su rostro e hice que me mirara—. *Nick, quiero sostenerte el tiempo que lo necesites.*

—*Te hago daño y no quiero hacerlo... a ti no.* —Sujetó mi rostro y secó las lágrimas que caían sin control—. *No me ayuda verte así, me duele más verte mal por mi culpa.* —Respiré profundo y me tragué mis estúpidas lágrimas.

—*No lo haré más* —prometí—, *seré fuerte para ti, pero no me alejes, ¿sí?* —Besé su rostro y me levanté.

Le ofrecí mi mano y él me miró unos segundos y luego se puso de pie. Sonreí porque, aunque sabía que estaba destrozado, literalmente, estaba ayudándolo a ponerse de pie.

—*Vamos a darte un baño, ya hueles mal* —bromeé y casi me desmayé cuando logré que una sonrisa más real iluminara su rostro, salté sobre él y me abrazó fuerte—. *Te amo... ¡Ay, Dios, como te amo!* —Sentí su tensión al escucharme, pero me abrazó con dulzura, besó mi cabello y luego lo miré—. *Tienes razón, debiste apartarte de mí aquel día que nos encontramos en el restaurante, porque ahora que estoy aquí no pienso irme a ningún lado.*

—*Es lo que más deseo, que no te vayas nunca.* —Pasó su mano por mi rostro y me hizo temblar—. *Tienes que ser fuerte, necesito que lo seas, necesito salir de esto y para hacerlo tengo que volver a vivir toda esa mierda otra vez.* —Respiré profundo y asentí—. *Quizá sea*

peor que esto, quizá termine internado y sé que va a ser duro para ti... —Puse mi mano en su boca para que dejara de hablar.

—*No lo harás solo* —prometí—. *Ahora estoy aquí y están tus amigos que nunca se han ido.* —Él cerró los ojos—. *¡No estás solo, Nick! Yo estaré aquí y seré muy fuerte para ti. Necesitamos verte bien.* —Besó mi mano y luego haló de mí para abrazarme—. *Tienes muchas personas que te quieren y se preocupan por ti* —susurré mirando a James y William en el jardín.

—*Lo sé, Liz... Lo sé.*

Me soltó y después de robarle un beso halé de él y lo llevé a su baño. Se quitó la camiseta y luego solté el nudo de su pantalón, este cayó sobre sus pies. Traté de ignorar lo mucho que me afectaba tenerlo casi desnudo frente a mí y solo me incliné para ayudarlo a quitarse las medias. Cuando levanté la mirada él levantó la ceja haciéndome sonreír, me dio la mano y me puse de pie.

—*No sé cómo logras hacerme sonreír...* —dijo—, *cuando tengo ganas de llorar.*

Sujetó mi rostro y me besó, pero ese fue uno de esos besos a los que yo estaba acostumbrada, tan pasional, tan excitante. Me abracé a él y disfruté de ese instante en el que mi *dios griego* pudo volver a ser el que solía ser siempre a pesar del mal momento que estaba viviendo.

—*¿Te bañas conmigo?* —preguntó en voz baja en mi oído.

—*Sí* —respondí sonriéndole, acaricié su rostro y él cerró los ojos—. *Vas a estar bien, ¿verdad?* —Él suspiró—. *Necesito que estés bien.*

Nicholas se abrazó a mí y dejé que su amor me llenara de esperanza, de ilusión... de fe. Sabía que él era fuerte y que saldría de ese mal momento, porque no estaba solo, porque tenía a sus amigos y me tenía a mí, quien no permitiría que nada malo le pasara.

24 – ¡Auxilio!

Tenerla conmigo me hizo sentir tan bien, me recordó todo lo perfecta que Elizabeth era, todo lo que podía producirme, todo lo que podía hacerme sentir. Ella estaba sentada sobre mí, mirándome mientras su cuerpo se movía aumentando el placer que sentía al estar dentro de ella. Hacerle el amor era todo lo que necesitaba en ese instante para sentir que todo estaría bien.

Elizabeth tenía todo lo que yo deseaba, todo lo que necesitaba. No era solo placer, era su entrega, la forma como me besaba, como me tocaba, ella me idolatraba con solo mirarme y yo la amaba con una fuerza abrumadora.

Su cuerpo empezó a temblar, a convulsionar y yo cerré los ojos al sentir el placer del orgasmo atrapándome. Sonreí cuando se dejó caer sobre mi hombro, la abracé con fuerza y disfruté de ese pequeño momento de felicidad y tranquilidad que ella me dio.

—*Aún muero de hambre* —susurró yo le puse mala cara—. *No me regañes, no podía comer nada... no sin saber que estarías bien al despertar.*

—*Y ahora que ves que sigo jodido, ¿podrás comer?* —pregunté, ella se molestó.

—*Sí, porque sé que vas a estar bien* —respondió con convicción—. *Sé que vas a ser fuerte porque así es el hombre que conocí aquel primer día... ese que con una simple mirada me hizo temblar.*

Todo dentro de mí vibró al oírla y no pude decir nada más. Que me viera de ese modo aun cuando había llorado como un niño en sus brazos me hizo sentir mucho mejor.

Después de vestirnos, bajamos las escaleras y escuché a Landon hablando con una mujer, algo que me sorprendió porque hacía mucho que no disfrutaba de sus típicas conversaciones de conquista. Elizabeth se fue hacia la cocina y yo seguí mi camino hasta el jardín.

Me detuve cuando vi la mancha roja en el piso, un frío recorrió mi espalda y me estremecí al recordar todo aquello. Sacudí la cabeza para no volver a ese momento otra vez. Miré en dirección a James y él me estaba mirando, suspiré y caminé hacia la silla donde estaba sentado, tenía un cigarrillo en las manos, como siempre, y se hizo a un lado para que yo pudiera sentarme junto a él.

—*El baño te hizo bien, ahora luces más tú* —comentó antes de volver a fumar.

—*Me siento más yo* —respondí.

El aroma de su cigarrillo me molestó y él al notarlo lo dejó caer al suelo para luego apagarlo con los pies.

—*Lo siento* —susurré—. *Sé que les he jodido la vida durante mucho tiempo y...*

—*Cállate* —interrumpió—, *no necesito una estúpida disculpa, ninguno de nosotros la necesita.* —Levanté la mirada y él me miró con pesar—. *Solo quiero... queremos, que salgas de una puta vez de esto.*

—*Tienes razón* —admití—. *Soy cobarde, no tengo el valor de mirar atrás.*

El dolor en el pecho regresó y me sentí nuevamente tan expuesto a ese sufrimiento que quería huir, pero James golpeó mi pierna y alejó ese miedo de mí.

—*Sé lo que estás pasando...* —respondió—, *sé lo que es cargar con tanta culpa sobre ti. No eres el único que ha pasado cosas malas... sabes que no.*

—*No* —contradije—. *Tú jamás hiciste cosas tan estúpidas.*

—Sí lo hice —contradijo mirando al piso—. *Lo único que no hice fue creer en una mujer que no valía la pena... pero en lo demás creo que aún te llevo ventaja.*

—Tú jamás golpeaste a ninguno de nosotros —lamenté.

—¡Deja esa mierda ya! —gritó el molesto—. *¡No puedes vivir en ese maldito día! Estabas jodido, creíste en ella y no en mí, pero no puedes quedarte en ese horrible día, tienes que dejar de recordarlo y dejar de recordármelo.*

—¡No puedo! —exclamé—. *Ayer tuve pesadillas... volví a aquel momento, me vi a mí mismo golpeándote. —Sentí las lágrimas cayendo y me levanté, respiré profundo y luché para no volver a derrumbarme—. Vi la decepción de William... Me vi tan jodido por ella... ¿Cómo diablos llegué a eso? ¿Cómo pude ser tan ciego?*

—Ella te mintió, era buena en eso... engañó a todos. Landon confiaba en ella, la adoraba, se lo ganó antes que, a cualquiera de nosotros, ¿crees que él no se siente culpable por haberla traído? —me preguntó—. *Él fue quien la metió en nuestras vidas y se siente tan o más culpable que tú. —Sabía que era verdad—. ¿Y William? William no se perdona por no haberte prestado más atención, él también se siente culpable... se echa la culpa de no haber notado en lo que te estabas metiendo.*

—¡Ellos no tienen nada que ver! Yo era adulto...

—No, Nick... *Aún eras un niño, con dieciocho años tú eras un niño y ella se aprovechó de eso. —Él se levantó y se detuvo a mi lado—. ¿Crees que no me siento culpable? ¿Qué no me arrepiento de no haberme llevado a la cama a esa loca para que se alejara de ti?*

—Se conformó conmigo —susurré repitiendo ahora sus duras palabras al decirme adiós—, *ella se conformó con un niño y me enseñó a ser hombre. —El odio recorrió en mi pecho y apreté mis manos para aguantar las ganas de golpear a alguien—. Odio esas palabras, porque cada vez que tengo sexo pienso que estoy haciendo lo que ella me enseñó o las cosas que a ella le gustaban... por eso siempre terminaba dejando a las mujeres que me tiraba, porque me sentía asqueado de mí mismo.*

—Pero con Elizabeth es diferente —comentó. Yo sonreí en medio de mi dolor.

—Sí, con ella todo es diferente, me hace ser único y nunca he pensado en Maia mientras Elizabeth está conmigo, ni siquiera la primera vez... *Ella se apodera de mí de tal manera que no tengo espacio ni siquiera para esos malos recuerdos. —En ese momento sentí el amor llenando mi pecho y curando un poco mis heridas. No pude evitar sonreír—. Hago cosas por ella que jamás había hecho por nadie, cursilerías que ella ama y que yo nunca había hecho por otra persona —Sonreí al recordar su sonrisa—. Ella me hace ser una persona nueva.*

—Tienes a una mujer única que te hace ser único. —Él se detuvo frente a mí y me miró en ese modo de hermano mayor que me dieron ganas de huir—. *Nick tienes que hablar de esto, tienes que hablar todo, dejar que ese odio por ella se vaya... Mereces tener una vida nueva y mejor.*

—Tengo una vida nueva y no soy capaz de dejar de odiarla, juro que quisiera revivirla para acabar yo mismo con ella.

—Nick, lo que le pasó fue tan malo que hasta yo sentí lástima —dijo él y luego sonrió con ironía—. *Por lo menos unos minutos, luego pensé en ti y dije... se lo merecía.*

—Aún no sé cómo murió —comenté—, pero no importa. *Me he levantado, tengo lo que quería tener: dinero, poder, prestigio... Soy dueño de mi vida.*

—Sí, pero no eres feliz y tienes derecho a serlo. —James sujetó mi rostro para mirarlo—. *¡Necesitamos verte bien! Ninguno de nosotros es capaz de vivir esta preocupación una y otra vez. ¡Joder, Nick! Agarra todo lo que tenga que ver con ella y títalo lejos de ti... enfréntalo y*

bótalo.

—*No soy tan fuerte... tengo miedo* —confesé—. *Tengo miedo de perderme en ese pasado y no poder volver a estar bien.* —Las lágrimas nublaron mis ojos—. *¿Qué pasa si ese pasado es más fuerte y termino hundiéndome en otra crisis de la que no soy capaz de salir?*

—*¡Vas a poder!* —prometió con la seguridad que a mí me faltaba—. *Nick estamos aquí: Samuel, Landon, William... Yo, esta ella... Elizabeth. Todos estamos aquí y todos vamos a sacarte de esa oscuridad. Pero necesitamos que aceptes que tienes un problema, que aceptes que necesitas ayuda.* —Sostuvo mi rostro con ambas manos y sentí que todas sus palabras llegaban a mí de forma tan directa que me creí indefenso—. *Acepta que tienes un problema y déjanos ayudarte a echar esa mierda lejos de ti.* —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. *Nick, somos tus hermanos y queremos, necesitamos verte bien.*

—*Y yo necesito que me ayuden* —confesé con miedo—. *¡Ayúdenme!* —le supliqué casi sin fuerzas.

Él sonrió mientras las estúpidas lágrimas volvían a salir sin control de mis ojos. Me abracé a James como si fuese un niño. Escuché varias pisadas detrás de mí y luego tres manos apretaron mi hombro, mientras me dejaban llorar.

Necesitaba de ellos, sabía que solo no podría hacerlo, sabía que no era tan fuerte y que saldría de ese infierno si ellos me ayudaban a enfrentarlo. Me sentí como cuando era un niño y tenía problemas. Alguno de ellos siempre estuvo allí para abrazarme y dejarme llorar. Muchos años después nuevamente me sentía protegido por mis hermanos.

Cuando abrí los ojos vi a Elizabeth limpiando sus mejillas y me liberé de James para abrazarla. Entonces, realmente me sentí completo. Mientras me aferraba a ella observaba a mis amigos, a esos hombres con los que había crecido y a los cuales sin darme cuenta había lastimado.

Cuando fui consciente de mi error me dolió verlos sufrir, me dolió comprender que no solo había sufrido yo. Comprendí que, en mi estúpido intento por seguir *a mi manera*, había arrastrado a todos ellos a través de mi oscuridad.

Levanté mi mano derecha y la extendí frente a ellos. Hacer eso también me dolió, porque era algo que hacíamos desde que nos conocimos, era nuestra forma de decir que estábamos juntos y eso era suficiente. Los cuatro pusieron sus manos sobre la mía y William sonrió.

—*Vamos a sacarte de esta, Nick* —prometió Samuel—. *Seguimos aquí y vamos a ayudarte siempre que nos necesites.*

—*Los necesito* —confesé—, *necesito que me ayuden a salir de esto... necesito de ustedes para poder enfrentarlo.*

—*¡Aquí estamos!* —exclamó Landon con una sonrisa tonta en los labios—. *Siempre hemos estado aquí.*

—*Y seguiremos aquí* —aseguró James—. *No vamos a dejar que sigas jodiendo tu vida. Vas a levantarte así tengamos que golpearte para que lo hagas.*

William lo miró y si no me hubiese sentido tan mal, me hubiese reído de su típica mirada de advertencia.

—*Sin golpes* —susurró William—. *Vamos a salir adelante. Poco a poco vas a cerrar esa mala etapa y vas a estar bien.* —Él levantó su mano y palmeó mi hombro—. *¡Te prometo que vas a estar bien!*

Elizabeth me abrazó más fuerte y ellos continuaron con sus palabras de aliento. Por alguna extraña razón me sentía mejor, me sentía fuerte y después de 10 años no me sentía solo. Por primera vez después de tantos años los veía realmente; veía a mis amigos y además estaba ella, la

mujer que estaba cambiando mi mundo gris y estaba empezando a darle color.

25 – Ojo por ojo.

Un fuerte movimiento de la cama me hizo despertar. Abrí mis ojos sintiéndome algo aturdida y me di cuenta de que él se retorció sobre el colchón.

—*¡Aléjate de mí!* —suplicó—. *Déjame en paz.*

Mi corazón se detuvo al ver la desesperación en su rostro, sus manos estaban cerradas en puños y parecía querer golpear a alguien.

—*Despierta* —susurré asustada—, *estás soñando.* —Él no me escuchaba y seguía gritando con desesperación—. *¡Despierta, Nick!* —Empecé a negar y le sostuve de los brazos—. *¡Nicholas!*

—*No quiero* —gritó—. *¡Desaparece!*

—*¡Nick!* —le susurré al oído—. *Vuelve conmigo, por favor... vuelve conmigo.*

Sus hermosos y atormentados ojos azules se abrieron y me miraron, pero me di cuenta de que, aunque lo estuviera haciendo, él seguía en otro lugar.

La forma como me miró fue aterradora. Él estaba asustado, molesto... estaba perdido. Con todas sus fuerzas empujó sus manos y me alejó de él. Mi cuerpo voló lejos de la cama y terminé golpeándome contra la pared.

Me quejé de dolor y segundos después él saltó de la cama.

—*¡Elizabeth!* —gritó ahora sujetándome de los brazos. Había despertado y ahora su miedo era por mí—. *¿Estás bien? ¿Te lastimé?*

—*¡No!* —Le tranquilicé a pesar de que realmente me había dolido—. *Estoy bien.* —Él me tomó en sus brazos y me regresó a su cama—. *¿Tú estás bien?* —pregunté preocupada—. *Tuviste una pesadilla... estabas gritando.*

—*Estoy bien* —respondió secamente.

Comprobó que no me hubiera lastimado y se alejó de mí. Caminó hacia la ventana y la abrió. Cerró los ojos cuando la brisa nocturna golpeó su rostro. Yo quería llorar al verlo sufrir de ese modo, al ver como ese pasado seguía haciéndole daño y yo sin poder ayudarlo.

—*Duerme* —susurró cerrando la ventana y caminando hacia la puerta—. *Necesito un poco de aire.*

—*¡Voy contigo!*

—*¡No!* —respondió de inmediato—. *Quiero estar solo. Vuelve a dormir.*

Quise protestar, quise ir tras él, pero no lo hice. Él salió de su habitación y yo me quedé sola y sintiéndome triste por su sufrimiento. Mi hermoso y oscuro *dios griego* estaba sufriendo y yo no podía hacer nada para ayudarlo, lo único de lo que era capaz era de odiar con mi alma a esa mala mujer y desear que pronto él pudiera dejar atrás esa horrible historia.

Abrí los ojos cuando la luz del Sol empezó a molestarme. Me senté sobre la cama y me di cuenta de que él no había regresado. Respiré profundo tratando de no preocuparme y caminé hacia la puerta para abandonar la habitación.

No sabía dónde podía estar, solo rogué para que la piscina no haya sido su elección. Fui hacia las escaleras, pero en medio del pasillo escuché el sonido suave de un instrumento. Me detuve y traté de adivinar en cuál de esas puertas podía estar él.

Me quedé en silencio tratando de oír la melodía. Di algunos pasos hasta que estuve frente a la

puerta. Golpeé con temor, pero no obtuve respuesta.

—¿Nick? —llamé, pero nadie respondió—. *¿Nicholas estás allí?*

Solo hubo un silencio que empezó a desesperarme, así que decidí entrar sin ser invitada. Giré la perilla de la puerta y esta se abrió. Confieso que me sentí más tranquila al verlo sobre el sofá con los ojos cerrados.

—¿Nick? —llamé nuevamente mientras me acercaba.

Cuando estuve frente a él vi un vaso y una botella de algo que no podía saber que era porque estaba vacía. Toqué su mano y respiré profundo sin saber si debía o no despertarlo, pero me asustaba verlo inconsciente.

—¿Nicholas? —susurré, él saltó asustado y me miró algo aturdido.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —pregunté. Frunció el ceño y cubrió su rostro.

—Sí, me quedé dormido. —Se estiró sobre el sofá y luego me miró—. *¿Qué horas es?*

—Pasadas las siete... *¿Te bebiste todo eso?* —pregunté señalando la botella, él giró a mirarla y negó.

—*No estaba llena* —respondió sin tomarle importancia a mi preocupación y se puso de pie—. *Tengo una reunión a las diez, me iré a bañar.*

Se puso de pie y caminó hacia la puerta. Me sentí triste por él porque sabía que estaba sufriendo y yo no podía evitarlo. Cuando llegó a la puerta se detuvo, después de un segundo giró y clavó su azul mirada sobre mí.

—*Aunque no lo diga* —empieza a decir—, *y quizá ni siquiera lo demuestre, me siento mejor contigo a mi lado.* —No pude evitar sonreír ni mantenerme alejada, caminé hasta donde estaba y lo abracé. Él me dio un suave beso—. *Gracias por estar aquí.*

—*Es el lugar donde quiero y necesito estar* —respondí antes de liberarlo—. *Ve a ponerte el traje de todopoderoso que iré a prepararte algo rico de comer.*

—*Lourdes puede hacerlo* —aseguró con una voz amargada.

—*Lo sé, pero me gusta ayudar, además, con ella solo tomas café. A mí me aceptas lo que con trabajo te preparo.*

—*Me manipulas* —dijo mientras caminábamos fuera de la habitación, me detuvo y volvió a besarme logrando que el deseo creciera dentro de mí—. *Si tuviese el tiempo te arrastraría hacia mi habitación ahora mismo*—. Me sentí acalorada a causa de su amenaza.

—*Puedes arrastrarme más tarde* —respondí y sus blancos dientes me dejaron sin aliento al sonreír—. *¡Qué hermoso eres!*

—*Tú eres más hermosa* —respondió.

Con ambas manos me sostuvo por la cintura y me empujó contra la pared. Presionó su cuerpo contra el mío y me hizo disfrutar de su erección, de esa necesidad que él tenía de mí. Deseé que tuviera el tiempo de hacerme el amor, pero sabía que no sucedería, así que solo disfruté de ese instante delicioso entre nosotros.

—*Te quiero* —susurró y fui tan feliz que no necesito nada más.

—*Te quiero también.* —Logré decir con dificultad y él también rió—. *¡Te quiero!*

—*¿Cómo puedes ser tan feliz con cosas tan simples?* —preguntó realmente extrañado.

—*¿Simples?* —pregunté alejándome de él—. *¿Sabes cuántas mujeres moriría por escuchar un te quiero de tus labios?* —Él levantó la ceja y sonrió mientras sus pálidas mejillas se pintaban de color—. *No tienes idea de lo feliz que soy al escucharte decir eso. ¡El todopoderoso Nicholas Carter me quiere!*

Fui tan feliz cuando logré que me sonriera de manera radiante. Una vez más me besó y yo me derretí en sus brazos.

—*Amo cuando luces tan feliz* —e susurró—. *Ojalá siempre estuvieses así.*

—*Bueno, señor Carter* —susurré mientras me colgaba de su cuello—. *Si usted me dice siempre que me quiere y me sonríe como lo hace ahora... puede jurar que seré infinitamente feliz.* —Lo besé una vez más y luego lo liberé—. *¿Qué te provoca desayunar hoy?*

—*Un café será suficiente* —respondió mientras caminaba hacia su habitación—. *No sé para qué preguntas si terminarás haciendo lo que te dé la gana y me obligarás a comerlo.*

—*Si no, te lo daré en la boca* —advertí—. *Como a los niños pequeños.* —Él giró y me miró con su típica mala cara, pero en lugar de asustarme, como siempre, me hizo temblar de amor—. *¡Yo también te quiero!*

Le sonreí y bajé las escaleras con prisa. Cuando llegué a la cocina, Lourdes ya estaba saliendo con el café en la mano.

—*Buen día, señorita* —saludó la señora con una gran sonrisa.

—*Ya te dije que me digas Elizabeth* —me quejé—. *Invado tu cocina, no debes tratarme de usted.* —Ella sonrió con más entusiasmo mientras abrí la nevera y pensé qué preparar—. *Buen día.*

—*Nicholas dejó bien en claro que debemos respetarte.*

—*¡Puf! Con llamarme por mi nombre no me faltas el respeto.* —Saqué varias frutas y la miré—. *¿Esto le gusta?*

—*Sí* —respondió mirando el tazón—, *todo lo que está en la nevera le gusta, aunque no lo coma.*

—*¡Genial!* —Tomé el cuchillo y empecé a cortar las frutas.

Ella siguió trabajando en sus cosas sin prestarme atención. Era evidente que tenía años de experiencia en todo lo que hacía, por algo llevaba tanto tiempo trabajando para él.

No pude evitar pensar en ello, si ella tenía años trabajando con él, quizás también había conocido a esa mujer.

—*¿Lourdes?* —Ella levantó la mirada—. *¿Tú la conociste?*

Por un momento creí que no había entendido mi pregunta, pero de pronto su rostro cambió de tal forma que me di cuenta de que para ella tampoco era agradable hablar del tema.

—*Lamentablemente, sí* —respondió.

—*¿Era bonita?* —Ella dejó lo que estaba haciendo y me miró con atención—. *¿Cómo era?*

—*No es bueno hablar de ella* —susurró—, *solo diré que usted es mil veces mejor; física y emocionalmente.*

—*¿Cómo era físicamente?* —insistí, ella me miró por unos segundos y luego frunció el ceño.

—*Era casi de su tamaño, pero no tan delgada, su cabello era castaño, muy blanca* —meditó—. *jamás miraba a los ojos así que no se dé que color los tenía, pero a diferencia de usted, ella tenía aires de grandeza... se creía la dueña del mundo.*

Ella se quedó en silencio y aunque esperé que me dijera algo más, no lo hizo y siguió con lo suyo. Me quedé pensando en aquella mujer que había empezado a odiar por hacer que mi hermoso dios griego sufriera tanto. Quería imaginarla físicamente, pero no podía.

—*¡Está bajando!* —exclamó Lourdes antes de salir casi corriendo de la cocina.

Tomé el tazón con ensalada de frutas y empujé la puerta. El corazón se me detuvo al verlo luciendo tan elegante como solía vestir cuando iba a trabajar. Se veía tan importante e imponente que suspiré.

—¿Quieres jugo de naranja? —preguntó Lourdes y él solo movió la cabeza.

—Solo café —sentenció con su voz tan odiosa que de haber sido conmigo seguro le echaba el café encima. Levantó la mirada hacia mí y relajó un poco su dureza—. *No tengo tiempo para comer, es tarde.*

—*No es mi problema* —respondí—, *debiste vestirme más rápido.* —Creo que no le gustó mi respuesta, pero no dijo nada así que me senté a su lado—. *Oh, olvidé algo para servir la ensalada* —lamenté y lo miré—. *¿Me traes algo para servir, por favor?*

—Lourdes... —llamó.

—No —intervine—, *¿Puedes tú o voy yo?*

Estaba echando fuego por la boca, pero a pesar de ello se puso de pie y caminó hacia la cocina. Lourdes lo observó atónita mientras el movía su hermoso cuerpo en busca de lo solicitado.

—*¡No es un dios!* —susurré mirando a Lourdes—. *Tiene pies y manos... lo mal acostumbrabas* —la regañé, ella iba a hablar, pero hizo silencio cuando él regresó—. *¡Gracias!* —exclamé.

—*No creas que no te escuché* —dijo mientras tomaba asiento, bebió de su café y respondió una llamada cuando su teléfono empezó a sonar—. *¡Llegaré en 10 minutos!* —exclamó.

Dejé su ensalada de frutas delante de él y tomó el tenedor.

—*Diles que cuando termine de desayunar, iré* —avisó aburrido y terminó la llamada—. *¿Es hoy el cumpleaños de tu amigo?* —me preguntó, yo lo miré sin entender.

«¿Mi amigo? ¡Oh, Dios! ¡Andrew!».

—*¡Ay no!* —Salté de la silla y miré la hora sobre su costosísimo reloj—. *¡Rayos!*

Traté de recordar donde había dejado mi teléfono, pero él estiró el suyo ofreciéndomelo. Respiré profundo y lo tomé. Marqué el número de Andrew y esperé impaciente que respondiera.

—¿Hola?

—*¡Feliz Cumpleaños, Andrew!* —grité y él suspiró del otro lado.

—*Vaya... pensé que yo tendría que llamar para que me saludaras o esperar a encontrarte en la revista* —se quejó.

—*Lo siento* —lamenté—, *es que apenas me desperté.*

—*Que niña tan fea te has vuelto Elizabeth Coleman, ¿mintiendo a tu edad?*

—*¿Cuál edad? ¡Si el viejo eres tú!* —exclamé mientras veía a Nicholas comiendo relativamente rápido y exageradamente serio—. *¡Feliz Cumpleaños, cielo!*

Nick levantó la mirada hacia mí y me envenenó condenándome por haber usado ese adjetivo para mi mejor amigo.

—*Gracias, nena... Solo me faltabas tú para saber que el día será estupendo.* —Sonreí feliz de escucharlo—. *¿Almorzamos juntos?*

—Claro... me encantaría.

—*Perfecto, no olvides la cena de esta noche. Puedes traer a tu celoso novio.*

—*Gracias* —susurré mientras tomaba la mano de Nick y él volvió a mirarme de mala gana—. *Andrew nos invita a cenar con él esta noche.*

—*Ve tú... tengo trabajo pendiente* —respondió soltando mi mano y poniéndose de pie.

Me sentí triste por su respuesta, pero a él pareció no importarle.

—*¿Por qué no me sorprende que te mande al diablo?* —dijo mi amigo—. *Tú vendrás con o sin él, ¿verdad?*

—Sí... claro, igual celebraremos tus 31 años.

—*Calla nena, no seas cruel* —se quejó—. *Ya he sufrido al llegar a los treinta, uno más me sigue doliendo.*

—*Luces como uno de veinte... sexy y hermoso.* —Él empezó a reírse—. *Nos vemos en una hora en la revista, tengo que devolverle su teléfono a Nicholas. Hablamos allá, ¿de acuerdo?*

—*Excelente nena, te espero en la revista, gracias por llamar.*

—*¡Te quiero!* —grité y colgué.

Me levanté de la mesa y subí las escaleras a toda velocidad. Cuando llegué a su habitación Nick salía de su baño y tomaba la laptop que estaba sobre la mesa.

—*Gracias* —dije extendiéndole el teléfono, lo tomó y lo guardó en su pantalón—. *Vamos a cenar con Andrew* —supliqué.

—*Tengo trabajo que hacer, ve tú.* —Se colgó el maletín sobre su hombro y caminó hasta donde yo estaba y me dio un horrible beso—. *Avísame cuando llegues a tu casa, ¿de acuerdo? Y por favor, no bebas.*

—*¡Trataré!* —respondí y me fui directo al baño para no tener que ver su horrible frialdad.

—*¡No quiero que trates, quiero que lo hagas!* —gritó detrás de la puerta, yo sonreí—. *Estoy hablando en serio, Elizabeth. Si ese amigo tuyo vuelve a dejarte beber, me ocuparé de él.*

No pude controlarme, así que abrí la puerta y lo encaré.

—*Guarda tus amenazas para las personas que te teman. ¡No soy una de ellas!*

—*No es una amenaza, es una advertencia.*

—*¡No me adviertas nada!* —grité—. *Tengo casi 25 años y tengo permiso de beber desde los 18, así que no me des órdenes.*

—*Me importa un carajo tu permiso, no te quiero ebria otra vez* —grité sobre mí y mi mal humor aumentó.

—*¿No tenías que irte rápido?* —pregunté—. *¿Qué esperas?*

—*¿Me estás echando de mi casa?* —preguntó sorprendido.

—*No... Solo te recuerdo que si llegas tarde seguro te descuentan el día.*

Nicholas me regaló una mirada matadora, pero su estúpido celular empezó a sonar.

—*Si se te pasa la mano con el alcohol tendrás que vértelas conmigo* —me amenazó.

—*¡No te tengo miedo!* —grité, volvió a mirarme, pero el teléfono no lo dejaba pelear conmigo.

—*Te llamaré más tarde* —sentenció.

—*Estaré sentada esperando que lo hagas* —respondí con ironía.

Él cerró los ojos y negó, se dio media vuelta y salió casi corriendo. Me quedé allí en medio de su habitación sintiéndome histérica, estaba de mal humor y quería seguir peleando, pero él se había largado.

El resto del día pasó tranquilo, almorcé con Andrew y conversamos de muchas cosas que solo con él podría hablar y era feliz por ello. Cuando llegó la hora de salir, llamé a Nicholas y después de negarse nuevamente a cenar con nosotros porque tenía cosas que hacer, me resigné y acompañé a Andrew y a Michael a *Per Se*. Sentí un *dejá vú* cuando entré allí, aquel primer lugar donde él y yo habíamos estado... sus hermosos ojos mirándome... «*Mi hermoso dios griego*».

—*¿Estás bien, princesa?* —preguntó Michael y yo sonreí.

—*Está bien, Mickey...* —respondió mi mejor amigo—. *Solo está recordando que aquí fue donde la trajo su odioso novio la primera vez.*

—*¡No es odioso!* —lo defendí.

—*No, no lo es* —apoyó Michael—. *Solo que ustedes dos halan la cuerda de lados opuestos.*

—*¡Es verdad!* —agregué—. *Además, sé que si no estuviera tan ocupado seguro estuviera aquí con nosotros.*

—*Sí, claro... sigue soñando, nena.*

Lo miré de mala gana y él besó mi rostro. Caminamos hasta nuestra mesa y me sorprendí al ver lo lleno que estaba el lugar. Andrew y Michael pensaban qué ordenar mientras yo hacía alarde de mi conocimiento de comida francesa y ordené lo mismo que Nicholas pidió aquel día.

Disfruté de la cena, de la compañía y del lugar, aun cuando no dejé de extrañar a mi odioso novio. Odiaba que trabajara tanto, odiaba que su forma de alejar sus pesadillas fuera manteniéndose tan ocupado.

—*¡Deja de pensar en él!* —gritó Andrew y yo sonreí—. *Debe estar trabajando como esclavo, como le hace falta el dinero...*

—*¡Déjalo en paz!* —pedí mientras me puse de pie y ambos me imitaron—. *Voy al baño.*

—*¡Cuidado te pierdes!* —exclamó Andrew, yo le saqué la lengua—. *¿Te pido el brownie?*

—*Sí, gracias* —respondí feliz.

Traté de recordar dónde estaban los servicios, pero en realidad lo había olvidado. Me di cuenta cuando giré en la dirección equivocada y no encontré las puertas. Busqué a una de las meseras para pedirle indicaciones, pero cuando miré a mi izquierda mi sangre dejó de correr.

«*¿Mi dios griego?*».

Una rubia de rostro perfecto y cabello largo estaba sentada a su lado y tomaba su mano con demasiada confianza. No pude ver el rostro de mi rubio, pero vi sus manos y vi como ella las tocaba sin que él pareciera incomodarse.

—*¿Puedo ayudarla?* —preguntó una de las mesera, yo negué tratando de calmar mi desilusión—. *Es muy guapo, ¿cierto?* —me preguntó mirando a Nicholas—. *Qué envidia siento por esa rubia.*

—*¿Llevan mucho rato aquí?* —pregunté.

—*Dos horas quizás* —respondió. Mis pies se movieron en su dirección—. *¿Señorita?* —gritó la mesera justo cuando me detuve frente a él.

La rubia tonta levantó la mirada y me observó como si yo fuese alguien insignificante. Nicholas tardó más en mirarme, pero cuando lo hizo no pareció preocupado o sorprendido y eso me molestó aún más.

—*Elizabeth...* —susurró.

—*¡Vaya... qué sorpresa!* —exclamé con ironía.

—*¿Qué haces aquí?* —preguntó con tranquilidad.

—*¿Qué haces tú aquí?* —pregunté mientras la rubia se cruzó de brazos y me miró de mala gana—. *¿No se supone que estabas trabajando?*

—*Eso hago, Elizabeth* —respondió con una calma que me desesperó—, *la señorita Smith es...*

—*¡No me interesa!* —interrumpí—. *Espero que disfrutes de tu... trabajo.*

Giré en mis estúpidos zapatos asesinos y casi corrí al otro extremo. Gracias a Dios encontré los baños y me escondí en ellos. Me encerré en una de los cubículos y no pude evitar empezar a llorar, dolía y mucho.

«*Está aquí cenando con otra... me mintió.*».

—*¡Elizabeth!* —gritó Nicholas y yo me quedé en silencio.

«*¿Qué hace en el baño de mujeres?*».

—*Elizabeth, sé que estás aquí... ¡Sal!*

—*¡Vete!* —grité—. *¡Déjame en paz!*

—*¡Acabas de hacerme pasar la vergüenza más grande de mi vida!* —gritó y por su tono de

voz me di cuenta de que estaba molesto.

Abrí la puerta y cuando lo vi noté que su rostro también lo estaba y mi mal humor aumentó.

—¿Qué diablos haces?

—¿Yo? —pregunté—. ¿Qué diablos haces tú? ¿No se supone que estabas trabajando? ¿Qué tenías mucho que hacer? ¿Qué diablos haces aquí?

—¡Trabajando! —respondió—. Victoria es una de mis socias, tenemos negocios en común.

—¿Negocio? —grité—. Claro, lo he notado. La manera en la que se agarraban las manos me hizo darme cuenta del tipo de “negocios” que tienes con ella.

—¡Por Dios! —exclamó—. No seas ridícula, no es lo que tú piensas.

—¿No? ¿No lo es? —pregunté furiosa—. Qué casualidad... estabas molesto esta mañana y así te fuiste, me dejaste en tu casa y ahora estás aquí con una sonrisa radiante.

—Elizabeth... no es lo que piensas.

—¡No te gustaría saber lo que pienso! —Caminé hacia la puerta y él me haló de la cintura—. ¡No me toques! —grité—. ¡Eres un idiota! ¡No! Yo soy una idiota por creer en ti.

—¡Elizabeth deja el drama, por Dios!

—¿Drama? —grité, él me regaló una mirada de advertencia y aunque no quise, bajé un poco la voz—. Que mi... novio diga que está trabajando y lo encuentre cenando románticamente con una mujer, ¿te parece drama?

—¡Es mi socia! Tenemos negocios en común.

—¿Crees que no se reconocer a una mujer que se muere por meterse en tu cama?

—Diablos, Elizabeth... ¡Deja de decir tonterías! —pidió ofuscado—. Ahora solo tengo negocios con Victoria... solo eso.

Y eso era lo que esperaba oír. De todo lo que él trataba de explicar lo único que necesitaba oír era eso... que él admitiera sin darse cuenta de que había tenido una relación con esa mujer.

—¿Ahora? —pregunté—. Eso significa que antes si tuviste algo con ella.

—Oye, cálmate ¿sí? —susurró tratando de sujetar mis manos, pero lo empujé—. Eso fue hace mucho.

—¡Vete al diablo! —grité, él trató de evitar que me fuera y yo golpeé con fuerza su pecho—. ¡Eres un idiota! Me mentiste por venir a cenar con una mujer que fue tu amante alguna vez.

—Liz, escúchame.

—¿Liz? —le grité—. ¡No me digas Liz cuando estás engañándome!

—¡Mierda! —gritó desesperado—. ¡No puedes decir eso! Solo cenábamos.

—¡Vete al diablo! ¡Al mismísimo infierno! —Logré liberarme, pero él no me dejaba salir—. Dejarme salir —le exigí—. Y más te vale no seguirme porque te juro que haré un verdadero escándalo y mañana estarás en las primeras planas de todos los diarios.

—Elizabeth, no hagas esto... no es lo que piensas.

—No se trata de lo que pienso, sino, de lo que siento y debo decir que una vez más has roto mi estúpido corazón.

Lo empujé y logré salir del baño, limpié las lágrimas que corrían por mis mejillas mientras iba a donde había dejado a mis amigos. Escuché su voz llamándome, pero lo ignoré.

Cuando llegué a la mesa, Andrew se puso de pie totalmente preocupado.

—¿Qué tienes? —preguntó y cuando miró detrás de mí solo se limitó a abrazarme—. ¿Por qué no me sorprende que seas el dueño de sus lágrimas?

—¡No me jodas, Andrew! —respondió Nicholas—. Elizabeth, por favor...

—Andrew —susurré—. *Sácame de aquí, por favor.*

Michael se levantó y caminó hacia la caja mientras Andrew me sacaba de ese lugar. Nicholas nos siguió de cerca y continuó hablándome, pero no quería escucharlo, no quería estar cerca de él, no cuando me sentía tan molesta y engañada.

Apenas estuvimos afuera, el portero buscó el auto de Andrew y abrió la puerta para dejarme subir. Fui consciente de que Nicholas seguía hablando conmigo, pero simplemente lo ignoré. Encendí el equipo de sonido de Andrew y dejé que Adele terminara de romper lo que quedaba de mi corazón.

Cerré los ojos y solo los abrí cuando escuché las otras puertas cerrarse. Nicholas colocó la mano sobre el vidrio de mi ventana y dijo algo que no llegué a escuchar. Volví a cerrar mis ojos y lo ignoré.

Andrew puso en marcha el auto y me sentí agradecida de estar lejos de él. Durante el trayecto lloré hasta quedarme sin lágrimas y después de calmarme me quedé en silencio. Los celos seguían corriendo por mis venas, imaginaba mil cosas y me sentía tan mal.

«¿Por qué me mintió? ¿Por qué estaba con esa mujer? ¿Por qué sonreía con ella? ¿Ya no me quiere?».

—¿Es que en algún momento empezará a hacerte feliz? —me preguntó Andrew con voz envenenada.

—¿Es que en algún momento serás objetivo? —preguntó Michael detrás de mí—. *¡No lo vio teniendo sexo con nadie! ¡La primera vez salió corriendo porque le sonrió a una mujer!* —Nos recordó—. *Princesa, sonreír no significa ser infiel.*

—*Cállate, Michael o te bajo de mi auto* —gritó Andrew, Michael sujetó mi hombro desde atrás.

—*¡Me encantaría ver si te atreves!* —exclamó—. *Deja de apoyar sus ataques de celos... Él dijo que era una reunión...*

—*¡No jodas Michael!* —Volvió a gritar Andrew—. *¿Una reunión con una mujer sexy que sujeta su mano?*

—*¡Tomar la mano de alguien tampoco significa ser infiel!* —defendió Michael—. *Además, él salió detrás de Elizabeth.*

—*¡Es lo mínimo que debía hacer!*

—*¡No!* —refutó Michael—. *Porque en primer lugar ella armó una escena frente a todos y ni siquiera aceptó su explicación.*

—*No fue una explicación, fue una excusa* —agregó mi mejor amigo—. *Si tenía planes de salir con una "socia", ¿por qué no se lo dijo? ¿Por qué ocultarlo?* —preguntó Andrew y Michael se quedó en silencio—. *¿Lo ves?*

—*Lo que veo es que Liz tiene un serio problema de celos y tú ayudas a alimentarlo.* —Andrew se detuvo en una esquina y me miró.

—*Podría tener razón* —admitió—. *Quizá solo sea una amante a la que se ha tirado antes y ahora la premia con una exclusiva cena* —susurró aguantando las ganas de reírse, Michael le lanzó un manotazo en la cabeza—. *¡Es broma! ¿Qué pasa? ¡Es mi cumpleaños, puedo bromear!*

—*Mira cómo me estoy riendo.* —Él sujetó mi rostro y me sonrió de forma infantil—. *Quiero tomar...*

—*¡No!* —gritaron Andrew y Michael a la vez—. *Vaya... algo en común.* —Levantó su mano y la chocó con la de su novio—. *No habrá alcohol para ti. Iremos a mi casa, veremos una película y comeremos helado de vainilla en cantidades industriales.*

—*¡No me gusta la vainilla!* —me quejé y él sonrió, mi teléfono sonó, sabía que era un mensaje y no quería verlo, Andrew me miró de forma acusadora—. *No quiero que se me pase la rabia — le aclaré—, quiero seguir envenenada.*

Andrew continuó conduciendo y yo no pude resistir la curiosidad por saber qué me había escrito, así que abrí el mensaje:

“La cena fue de último momento, es lo único por lo que quizá me tengo que disculpar. Cuando tengas la madurez para escucharme, hablaremos”.

Sentí las lágrimas nuevamente picando mis ojos, pero dejé que la rabia y el dolor se apoderaran otra vez de mí porque no quería admitir que quizá, tal vez, se me había pasado un poco la mano. Me sentí tan triste cuando recordé su sonrisa, la forma como esa mujer le tomaba la mano. Me sentí triste al pensar que él ya no me quería.

“Liz, tengo 10 años solo, consiguiendo buen sexo cuando lo necesito y nunca he querido más que eso...hasta que apareciste. Estas aquí, has dormido en mi cama... definitivamente tienes que ser especial, pero tu actitud infantil me molesta... no hagas que me arrepienta, no soy tan tolerante”.

Recordé sus palabras aquella vez y me sentí tan tonta... mi cerebro empezó a enfriarse y pude pensar con claridad y aunque los celos seguían corriendo por mis venas me sentí como una tonta.

—*Vamos nena, ¿o vas a quedarte a dormir en el auto?* —preguntó Andrew, abrí los ojos y me sorprendí al ver que ya estábamos en su casa—. *Lo que menos me gusta es verte triste.*

—*No soy feliz si no estoy con él, creo que ya no me quiere.*

—*¡Oh, cielo!* —dijo Andrew.

Andrew me ayudó a bajar y me llevó hasta la puerta de su casa. Michael abrió y juntos caminamos hasta el sofá. Como lo había prometido, un litro de helado esperaba por nosotros y mientras que Michael buscaba qué película ver, Andrew se sentó a su lado y me observó.

—*Se me paso la mano, ¿verdad?* —les pregunté y ambos me sonrieron con dulzura.

—*Sí* —respondió Michael.

—*¡No!* —exclamó Andrew, y ambos se miraron y me hicieron reír—. *¡Él le mintió!*

—*Solo porque no le dijo que iría a comer con una socia no significa que esté siendo infiel* —explicó Michael—. *¡Sé objetivo!* —Andrew se quedó en silencio y luego me miró.

—*Se te pasó un poco la mano...* — admitió—. *Usualmente se te pasa la mano con esos celos, nena.*

—*¡Lo sé! Pero es que no puedo evitarlo, es algo que no puedo controlar... Tengo miedo de perderlo.*

—*Princesa...* —susurró Michael llamando mi atención—, *todos tenemos miedo de perder a las personas que amamos, pero amar también significa confiar y si no confías en él... esto no funcionará, no serás feliz tú y menos será feliz él.*

—*En eso tengo que apoyar a Michael* —admitió Andrew no muy feliz—. *Aunque tu novio no sea de mi total agrado creo que usualmente tus celos no ayudan a que todo marche bien... y nena, el tipo no la está pasando bien con sus líos como para que tú le sumes uno más.*

—*Debes darle la oportunidad de explicarte* —me aconsejó Michael—, *o por lo menos debes controlarte hasta que estés calmada*—. Cerré los ojos y me sentí tan triste y avergonzada...

Sabía que se me había pasado la mano, pero no podía hacer nada, no en ese momento así que solo me quedé junto a esos dos chicos y disfruté de una noche de amigos.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que seguía en la casa de Andrew. Los rayos del Sol entraban por mi ventana y me sorprendí por lo tarde que era. Me levanté y fui directo a la ducha, me arreglé y fui en busca de Andrew.

Cuando estaba bajando las escaleras escuché voces, una de esas voces era de una mujer y sabía que las únicas mujeres que entraban a la casa de mi mejor amigo eran su madre y yo... así que sabía quién había llegado a visitarlo.

—*Sí, no he tenido tiempo mamá* —escuché decir a Andrew, caminé hasta donde ellos estaban —. *Ayer trabajé mucho y fui a cenar con Liz y con Michael.*

—*¿Michael?* —susurró con una voz algo odiosa.

—*Sí, Michael, ¿algún problema?*

Mi mejor amigo pocas veces se enfadaba, pero su madre solía tener un don especial para eso, así que decidí aparecer antes de que empezara la Tercera Guerra Mundial.

—*¿Por qué no puedes venir a verme sin estar metiéndote en todo?*

—*¡No me he metido en nada!*

—*¡Buen día!* —saludé al aparecer, ambos giraron. La sonrisa de ella al verme fue descarada y Andrew giró los ojos con visible molestia.

—*Hola, nena* —saludó mi mejor amigo—. *Al fin te despertaste.*

—*¡Elizabeth, cariño que gusto verte aquí!* —exclamó la madre de Andrew con una sonrisa radiante—, *me hace tan feliz verte.*

—*Oh, muchas gracias, señora Boothe.*

—*Ay, Elizabeth... por favor, dime Lara... Me haces sentir como una anciana.*

—*Oh... eso jamás, si usted siempre luce fenomenal.*

Andrew se detuvo detrás de su madre y empezó a apretar sus manos a la altura de su cuello fingiendo ahorcarla.

—*Ahora que estás aquí veo porque mi hijo no tuvo tiempo de aceptar una comida con su familia.*

—*¡He estado trabajando mamá!* —exclamó Andrew con aburrimiento—. *Elizabeth se quedó aquí porque se nos hizo tarde.*

—*No he preguntado por qué se quedó aquí* —aclaró ella mientras se acercaba a mí y me sacaba de la cocina—. *Le dije a Andrew que necesito que envíe a alguien para cubrir el evento de hoy* —explicó dándome una tarjeta—. *Colaboro con una fundación que ayuda a los niños más necesitados en el mundo... Hoy tenemos un evento muy importante, ha llegado gente de Japón y distintos lugares de Europa y me gustaría que Andrew vaya.*

—*No creo que pueda* —respondió mi mejor amigo—, *pero enviaré a alguien para que cubra el evento.*

—*No, alguien no. Ven tú y trae a Elizabeth. Se lo pasará genial* —musitó.

—*Elizabeth tiene que trabajar, no soy su jefe.*

—*Eres el jefe de su jefe* —le recordó ella—. *Andrew, cariño hazlo por tu madre... solo unas pocas horas, después de mediodía los libero*—. Andrew negó una vez más y yo sonreí.

—*Vamos* —lo animé—, *yo tengo sesiones después de las tres... solo le avisamos a Martin.*

—*No, nena. No es buena idea.*

—*Vamos Andrew* —insistí—, *me hará bien distraerme un poco.*

Mi mejor amigo se lo pensó más de lo necesario. La verdad no es que moría por ir, pero eso era mejor que volver a casa y comerme la cabeza pensando en Nicholas y el problema que teníamos.

—*¡Bien, pero luego no te quejes!* —exclamó mientras tomaba su saco.

—*¡Elizabeth, eres un encanto!*

Lara casi me obligó a subir adelante aun cuando insistí en que ella tomara ese lugar. Mientras que Andrew iba casi ignorando la conversación infinita de su madre yo trataba de concentrarme en lo que iba a escribirle a Nicholas, pero me di por vencida cuando nada bueno se me ocurrió. Llegamos hasta el hotel *The Mark*, ubicado en pleno centro de mi hermosa ciudad, el elegante hombre en la puerta se acercó al auto de Andrew y abrió la puerta para Lara, quien salió con movimientos elegantes y delicados.

Mi puerta se abrió y Andrew me miró muy serio, le sonreí y me sujetó de su brazo. Estuve agradecida de usar aquel vestido verde que había dejado olvidado en la casa de Andrew, pues, aunque seguía pareciendo la empleada de Lara, me sentía cómoda.

En la entrada, un bar curvilíneo cubierto con acero inoxidable nos dio la bienvenida. A Andrew parecía no afectarle tanta elegancia, pero yo no podía hacer lo mismo. Seguimos caminando entre la gente hasta donde se encontraba el espacio de comedor bastante amplio; allí, rosadas sillas contrastaban con columnas de cristal venecianas y una alfombra con estampado de tigre en rollo.

—*Esa alfombra me gusta* —susurró Andrew guiñándome el ojo—, *espero que estés lista para soportar a mi madre tratando de ser el ombligo del mundo.*

Sonreí mientras contemplaba el lugar, caminamos hasta un amplio tragaluz en lo alto del techo previamente escondidos en una sala de banquetes del segundo piso, estaba enmarcada por piedra caliza blanca y acentuada por una obra de arte de vidrio circundante que aportaba un diseño europeo a todo el hermoso lugar.

La mano de Lara tomó mi brazo y me sorprendí mientras Andrew me sonrió con ironía como si estuviese esperando que ella hiciera eso.

—*Búscanos algo de tomar, cariño...* —ordenó ella mirando a Andrew—. *Iré a presentar a Elizabeth con algunos amigos.* —Andrew giró y lo pude ver riendo y no supe si debía asustarme—. *Los hombres son tan absorbentes, estoy segura de que no pensaba soltarte durante toda la mañana.*

—*Es agradable que sea así* —respondí en defensa de Andrew a quien no dejé de mirar mientras avanzábamos.

Le hice mala cara cuando empezó a reírse y eso provocó que mi odioso amigo dejara de burlarse de mí. Andrew me hizo señas para que girase y sabía que debía hacerlo porque la voz de Lara empezó a sonar más amigable.

—*¡Les presento a la señorita Elizabeth Coleman!* —exclamó con una voz dulce y agradable—. *Novia de mi hijo, Andrew.*

Giré de inmediato al oír semejante presentación, la miré esperando que se retractara, pero me di cuenta de que no tenía la intención de hacerlo.

—*Estos son mis más queridos amigos y benefactores fieles de la fundación* —agregó y aunque tuve ganas de decirle un par de cosas, me quedé en silencio cuando una mujer avanzada en años me sonrió.

—*Un placer* —dijo la señora y yo solo respondí con una sonrisa, luego sostuve la mano de un hombre de origen asiático quien hizo una reverencia hacia mí.

—*Mucho gusto* —repetí hasta que unas manos blancas de dedos largos y hermosa piel hicieron que me temblara el cuerpo.

Levanté la mirada con el temor de que mis sospechas fuesen ciertas y casi me caí cuando

choqué con el azul de su fría mirada.

—*Señorita Coleman, qué gusto verla* —dijo sin ninguna emoción en su rostro, al contrario, él parecía molesto cuando tomé su mano.

—*Señor Carter...* —Fue lo único que logré decir mientras su mirada fría estuvo sobre mí.

—*Elizabeth* —interrumpió Lara—, *el señor Carter es nuestro más joven y apuesto benefactor.* —«Claro que lo es»—. *¿Verdad que es hermosa la novia de mi hijo, señor Carter?*

Casi me ahogué con mi saliva al escuchar por segunda vez semejante presentación. Giré hacia ella y le aclaré las cosas.

—*No soy novia de Andrew, solo somos amigos*—. Ella sonrió como si yo hubiese dicho un chiste.

—*Creo que llevan ocho años saliendo juntos y dicen que no son novios* —agregó con descaro la mujer—, *estos jóvenes de hoy en día le temen al compromiso* —bromeó Lara y todos sonrieron, menos Nicholas y yo—. *¡Andrew, cariño!* —exclamó Lara mientras me arrancaba del lado de mi *dios griego*—. *Le estaba presentando tu novia a todos.*

Yo no era de las personas que odiaba a los demás, pero Lara Boothe estaba convirtiéndose en la primera de mi lista.

Andrew empezó a toser de forma exagerada al oír la tontería que había dicho su madre, me entregó mi trago y luego giró hacia su madre.

—*Madre* —comenzó—, *te he dicho muchas veces que Elizabeth no es mi novia. Solo somos amigos.*

—*¿Qué les acabo de decir?* —preguntó la mujer—. *Estos jóvenes le temen al compromiso* — Todos sonrieron ante su mal chiste—, *vamos a sentarnos.*

Lara tomó el brazo del asiático y se alejó de nosotros mientras que yo seguía sin palabras.

—*¿Ves lo que te dije Liz? ¡Mi madre es insoportable!* —se quejó Andrew—. *Ignórala, Nicholas, algunos no tuvimos suerte en la repartición de familia.*

—*No te preocupes* —respondió mi *dios*—, *de todos modos, creo que Elizabeth es más feliz siendo... tu novia, que mía...* —Me quedé congelada al oírlo—. *Permiso.*

Se alejó de nosotros y yo estuve en *shock* durante varios segundos.

—*¡Auch!* —exclamó Andrew—. *Nena, eso fue un golpe bajo que hasta a mí me dolió.*

—*¡Tu madre acaba de pasar a la lista de personas no gratas para mí!* —me quejé y él suspiró—. *Andrew, ¿es que es sorda?*

—*¡Pero si tú misma dijiste que era encantadora!* —exclamó el muy descarado—. *Relájate, digamos adiós y salgamos de aquí.*

—*No, no... No importa, ya estamos aquí...y...*

—*Y tu odioso señor oscuro está en la misma mesa donde mi madre debe seguir haciendo alardes de su nueva nuera.*

—*¡Ay, cállate!*

Él se rió y sujetó mi brazo. Caminamos hasta la gran mesa de unas 25 personas y buscamos un lugar lejos de Lara, pero era imposible que alguien nos cediera su puesto. Nicholas estaba allí sentado frente a Lara y junto a una mujer rubia bastante guapa, conversaba y sonreía de forma amable ante lo que ella estuviera diciendo. El asiático también se rió y cuando llegamos hasta la mesa Nicholas giró y clavó sus hermosos ojos en mí.

—*Mamá, Elizabeth y yo nos vamos*—. Lara saltó de su silla y nos haló a un lado.

—*Andrew, ya estás aquí, no seas mal educado.*

—*Mal educada eres tú al presentar a Liz como mi novia sabiendo que eso no es verdad.*

—*No sé qué nombre les den a las relaciones ustedes los jóvenes* —exclamó la mujer—, *pero en mi época se llamaba ser novios o más que eso cuando dos personas dormían juntos.*

—*¡Mamá!* —gritó Andrew visiblemente molesto—. *¡Deja de decir tonterías! No dormimos juntos, y aunque así sea, no deberías ser tan indiscreta.*

—*Ay cielo... eres tan cascarrabias. Deja de pelear y vengan a sentarse, estás asustando a tu novia.*

—*¡No soy su novia!* —grité harta de escuchar la insistencia insoportable de Lara—. *Yo tengo un novio y no es su hijo*—. Andrew sonrió al ver que su madre había logrado sacarme de quicio.

—*¿Duermes con mi hijo teniendo novio?*

—*¡Mamá! Por Dios...* —volvió a gritar Andrew—. *Vamos Liz.*

—*¡Necesito el baño!* —exclamé—. *Ahora regreso.*

Respiré profundo y después de caminar hasta donde estaban los servicios, entré allí y pude respirar en paz. Entonces, pude entender porqué Andrew no soportaba a su madre, las veces que la había visto no habíamos pasado de un hola y un adiós, pero había entendido bien a Andrew.

Me lavé las manos y me quedé pensando en Nicholas.

“De igual manera creo que Elizabeth es más feliz siendo tu novia que mía”

«Ay, no... No, eso no es cierto, mi dios griego»

Me sentía tan triste, él estaba allí y yo no tenía cara para hablarle o disculparme. Sabía que ese no era el lugar apropiado, así que tendría que esperar a que él tuviera tiempo.

Me tomé unos minutos más y me atreví a salir, lo único que realmente quería era irme de ese lugar y olvidar toda la vergüenza que la madre de Andrew me había hecho pasar, pero tuve que detenerme; mi *dios griego* estaba allí hablando por teléfono y levantó su mala mirada hacia mí cuando notó mi presencia. Decidí irme y dejarlo en paz, pero se cruzó en mi camino y levantó un dedo pidiéndome que esperara, a pesar de que sabía que no era el momento para hablar, decidí hacer lo que me pedía. Mientras seguía concentrado en su conversación por teléfono, admiré su belleza, la elegancia y la seguridad que emanaba de su perfecto cuerpo.

—*En 15 minutos llego* —anunció mientras clavaba su mirada sobre mí—. *Sí, ocúpate de ellos hasta que llegue.* —Terminó su llamada y se quedó de pie en silencio por varios segundos hasta que respiró profundo y dejó de mirarme—. *Tengo que irme, espero que sigas disfrutando de la compañía de tu suegra.*

—*No es gracioso* —me quejé.

—*¿En serio?* —preguntó con ironía—. *¿No te parece divertido que alguien te avergüence malinterpretando una simple relación entre dos personas?* —preguntó sorprendiéndome y clavando su queja en mí pecho—. *Pensé que entenderías mejor a la señora Boothe, sobre todo porque tú eres buena malinterpretando todo...*

—*¡Ya entendí!* —aseguré y él no dijo nada así que di un paso para acercarme, pero Nicholas retrocedió—. *Iba a llamarte...*

—*¿Para qué?* —interrogó exageradamente serio.

—*Para hablar...*

—*¿Hablar?* —preguntó—. *Así que ya estás lista para hablar...*

—*Sí* —admití avergonzada—, *quizá cuando estés menos ocupado podríamos...*

—*Claro* —respondió y me sentí algo esperanzada—, *pídele una cita a Ashlee a ver cuándo tengo tiempo.* —Me dolió el pecho al oír su respuesta, pero me contuve y tomé su mano cuando él me la extendió—. *No es cierto...* —susurró aún muy serio, quise golpearlo por hacer bromas que ni a él le causaban gracia—, *te llamaré cuando tenga tiempo y hablaremos.*

—*De acuerdo*—susurré con tristeza—. *Adiós.*

Él apretó mi mano y cuando quise liberarme no me dejó.

—*No, adiós no... hasta luego.* —Me miró un segundo más y luego me liberó—. *Diviértete con tu novio...*

—*¡Ya te dije que no es divertido!*

—*¡Mira mi cara, Elizabeth!* —exclamó furioso—. *¿Te parece que me divierte que todas las personas a las que veo con frecuencia crean que eres la novia de Boothe?*

—*No es mi culpa* —me defendí—, *dije que solo éramos amigos.*

—*Bueno... ya sabes que se siente que ignoren tu explicación.* —Me sentí tan estúpida porque no podía defender—. *Me tengo que ir... nos vemos.*

Me dio una última mirada y se alejó de mí sin siquiera detenerse por un instante. Lo vi despedirse de varias personas y terminó de irse dejándome con la necesidad de un abrazo suyo.

«*Te lo mereces, ¡oh sí!*», gritó mi consciencia traicionera.

«*Mi dios griego está molesto*».

Y aunque quería defenderme, seguirlo y tratar de arreglar las cosas, sabía que ni él ni yo estábamos listos para hablar, así que solo me resigné a esperar a que el momento de hablar llegara solo, incluso cuando eso significara tener que esperar a que a él se le pasara el enojo.

26 - Diferencias.

Traté de concentrarme en los informes de los hoteles, pero fracasé porque lo único que tenía en la cabeza era a ella. Había pensado ir a verla y disculparme si era necesario, pero Lara me puso de tan mal humor con sus comentarios respecto a ella y a Andrew que cambié mis planes por completo.

Un golpe en la puerta me hizo volver a la realidad y dejé de recordar ese estúpido momento. Ashlee entró en mi oficina y se detuvo junto a mi escritorio.

—*Señor Carter, los informes del hospital ya se los pasé por email, revíselo cuando termine su reunión.*

Me puse de pie y junto a Ashlee salimos de mi oficina.

—*Tráenos café, por favor* —pedí cuando estaba entrando a la sala de junta.

De pronto, mi estúpido corazón se agitó con fuerza al verla frente a mí, deseé ir a ella y abrazarla, quería rodearla en mis brazos y quitarme el mal sentimiento que ella había dejado con la discusión anterior, pero al recordarla junto a Lara y los comentarios de esa mujer, mi mal humor volvió.

—*¿Elizabeth?*

—*Hola* —susurró con dificultad—, *pedí una cita con Ashlee* —explicó con orgullo, quise sonreír, pero no lo hice—. *¿Podemos hablar?*

Ella se había cambiado de ropa, usaba un bonito vestido formal y llevaba unos zapatos menos altos. Mientras la observaba me di cuenta de que estaba nerviosa y eso me agradaba.

Un golpe en la puerta me advirtió que Ashlee había regresado.

—*¡Pasa!* —grité, ella entró sonriendo y yo giré a mirarla—. *¿Me explicas qué broma es esta?* —cuestioné, Ashlee quitó su sonrisa.

—*La señorita Coleman me pidió una cita con usted* —respondió con temor—. *El señor Bennett avisó que había tenido un susto de último minuto, así que canceló la junta con usted, y como la señorita Coleman dijo que quería verlo...*

—*¿Qué parte de que ella no necesita una cita no te quedó claro?* —grité.

—*¡Nicholas!* —dijo Elizabeth detrás de mí—. *Yo le dije que quería una cita, una de verdad* —la defendió—. *No quería interrumpir ninguna reunión o junta... ¡No tienes que gritarle!*

—*¡No me digas cómo tratar a mis empleados!* —exigí furioso—. *Déjanos solos, Ashlee* —grité otra vez. Ashlee dejó el café en la mesa y caminó hacia la puerta.

—*¿Por qué tienes que ser tan cruel con tus empleados?* —gritó Elizabeth—. *¿Te gustaría que mi jefe me hablara así?*

—*Tu jefe es muy insignificante para ser comparado conmigo...* —respondí.

Había sido un idiota al decir eso, pero quería molestarla y como sabía que cuando hacía diferencias entre las personas se enfurecía, decidí usarlo.

—*Pues, es mucho mejor jefe que tú* —me gritó furiosa—. *Y en modales y empatía, te supera.*

—*Todos saben aquí que no necesitas una puta cita para verme.*

—*¿No te has puesto a pensar que quizá solo quise darte una sorpresa?* —preguntó molesta—. *Una grata sorpresa, según yo.* —No supe que decirle, porque, aunque estaba molesto y quería

hacerla sentir mal, verla triste arruinaba mis planes—. *Pero me queda claro que cada vez que aparezca aquí vas a maltratar a tus empleados así que voy a mantenerme bien lejos.*

La vi tomando sus cosas de la mesa y caminó hacia la puerta, sentí que nuevamente estaba haciendo un berrinche y decidí dejarla ir, pero cuando estaba por salir me arrepentí.

—*¡Espera!* —grité, ella se detuvo—. *Ya estás aquí, no te vayas.* —le pedí intentando no sonar tan desesperado—. *Hablemos.*

Clavó sus hermosos ojos sobre mí y no fue necesario que dijera nada, sabía que estaba molesta conmigo. Sabía que lo que más deseaba era mandarme a la mierda, pero no lo hizo... no aún.

—*Entra* —le pedí, ella se tardó más de lo necesario, pero lo hizo—. *¿Quieres algo de tomar?*

—*No, lo que quiero es que te disculpes con Ashlee.*

—*No lo haré* —respondí—. *¡No tengo porqué disculparme! No hizo lo que le ordené.*

—*¡Hizo lo que le pedí!* —repitió, la ignoré y fui a tomar una taza de café y la extendí hacia ella—. *¡No quiero, gracias!* —dijo, ignoré su berrinche y me senté frente a ella—. *¡Si fuese ella ya hubiese renunciado!*

—*Le pago muy bien, no es tan tonta como para renunciar.*

—*¡El dinero no lo es todo!* —gritó—. *¿Te gustaría que me griten así... que Martin me grite así?*

—*¿Has venido aquí a hablar de mis empleados?*

—*No, pero no puedo estar aquí cuando sé que le causé problemas a Ashlee.*

—*Se los causó ella sola* —respondí con calma—. *Le dije que tú no necesitabas una cita.*

—*¡Yo quería la maldita cita!* —me gritó, dejé la taza y me puse de pie, ella se asustó y retrocedió—. *No puedes culparla por hacer lo que... le... pedí* —tartamudeó.

—*No abuses de mi paciencia contigo, Elizabeth* —le advertí—. *¡No vuelvas a gritarme!* —Ella una vez más tuvo la intención de marcharse así que la sujeté del brazo y le susurré—. *Si vuelves a salir por esa puerta, puedo jurarte que no iré tras de ti* —advertí furioso—. *¡Hablemos como adultos y deja tus berrinches!*

La liberé y volví a tomar mi taza de café. Cuando giré la vi caminando hacia el ascensor. Quise correr, pero me negué a no cumplir mi promesa. Ella se detuvo frente a Ashlee y mi asistente se sorprendió.

—*Lamento haberte metido en problemas*—. La oí decir.

Ashlee giró hacia mí y me mantuve en silencio observando a Elizabeth.

Quería ir hacia ella una vez más, pero me obligué a tener orgullo y a no estar rogándole siempre. Entró en el ascensor y este se cerró, me giré y volví a mi lugar, masajee mi frente y respiré profundo tratando de calmarme.

—*Señor* —susurró Ashlee, respiré profundo y la miré—, *lo siento mucho.*

Me sentí avergonzado con ella, había sido un hijo de puta con Ashlee y aunque sabía que Elizabeth tenía razón no quise admitirlo.

—*No te disculpes* —susurré mientras me ponía de pie y caminaba hacia las ventanas—, *lamento haberte gritado.*

—*Usted tiene razón, me dijo que la señorita no necesitaba una cita, pero... ella insistió y pensé... lo siento.*

La vi saliendo del edificio y tomando un taxi, ella levantó la mirada y me dolió el pecho al verla partir.

—*No sé qué quiere de mí* —susurré, me giré hacia Ashlee—, *me está volviendo loco.* —Ashlee entró y cerró la puerta—. *Nada es suficiente, nada le hace feliz...* —Ni siquiera sabía por

qué estaba diciéndole todo eso a mi asistente, pero necesitaba decirle a alguien que esa pequeña mujer me estaba volviendo loco. — *Hago todo lo que puedo para que esté contenta, pero siempre algo la altera... y se va... ¡No puedo estar todo el tiempo corriendo detrás de ella!* — Ashlee me observó sin decir nada—. *¿Qué rayos quiere de mí?*

—*Creo que solo quiere tiempo con usted* —respondió mi asistente sorprendiéndome—. *Cuando llegó me preguntó si usted tenía mucho trabajo hoy, le dije que sí y lo lamentó porque quería invitarlo a comer.*

Cubrí mi rostro con las manos y respiré profundo.

—*Parece tener un carácter fuerte* —susurró Ashlee.

—*No te haces una idea...*

—*Pero creo que su único problema es que quiere un poco de tiempo... tiempo con usted.*

Sabía que Ashlee tenía razón, sabía que eso era lo único que Liz quería y exigía de mí.

—*Lamento haberle ocasionado un problema con ella.*

—*No fue tu culpa* —le aseguré mientras caminaba hacia la puerta—, *voy a salir* —ella asintió—. *¿Puedes hacerte cargo de las próximas reuniones?*

—*Sí, no hay problema, yo me encargo.*

Ella sonrió y le devolví el gesto. Levanté mi mano y apreté su hombro.

—*Gracias, Ashlee... realmente aprecio todo tu trabajo.*

—*Gracias, señor* —dijo la rubia con una gran sonrisa—, *¿Le aviso a Frank que va a salir?*

—*No, yo conduciré.*

Caminé hacia mi oficina, tomé mis cosas y salí. Fui hacia el ascensor y Ashlee ya estaba llamándolo para mí.

El camino hasta el edificio de Liz fue corto, sabía que había conducido rápido, pero necesitaba hablar con ella. Cuando estuve allí le pregunté al portero si ella había llegado y me dijo que no.

Tomé mi teléfono y marqué al número de Andrew.

—*Hola...*

—*Soy Nicholas...*

—*Lo sé* —respondió su amigo con una voz molesta—. *¿Qué sucede?*

—*¿Elizabeth está contigo?*

—*No. ¿No debería estar contigo?*

En ese momento un taxi se detuvo frente a mí y respiré hondo mientras la veía buscando el dinero dentro de su bolso.

—*Acaba de llegar* —le expliqué a Boothe—, *adiós.*

—*¿Todo bien con Liz?* —preguntó preocupado.

—*Es casi imposible que todo vaya bien con ella* —hasta creo que lo escuché reír—, *pero haré el intento... adiós.*

Terminé la llamada y caminé hasta el auto cuando ella estuvo por abrir su puerta. Lo hice yo y ella se sorprendió, creo que en verdad no esperaba verme. Me hice a un lado para dejarla salir y cerré la puerta cuando estuvo afuera. Ella caminó hacia la entrada sin decirme nada, la seguí y quise entrar con ella al edificio, pero me detuvo.

—*¡No!* —exclamó—. *¡No quiero nada contigo!* —gritó con una voz rota.

—*Elizabeth* —susurré lamentando el dolor que oía en su voz—, *lo siento.*

—*¡No lo sientes! No te duele y no te disculpes* —dijo con lágrimas rodando por sus mejillas—, *no necesito eso... Solo... solo vete.*

—*No me quiero ir* —aseguré—, *necesitamos hablar.*

—No, lo que necesitamos es entender que tú y yo no podemos estar juntos.

El miedo me atrapó apenas la escuché decirme eso. Sentí tanto miedo de perderle que tuve que hacer un gran esfuerzo para hablar.

—Elizabeth, no digas eso... no hagas más drama de nuestras discusiones.

—¡No es drama es la realidad! Estoy harta de pelear contigo, estoy harta de sentir este dolor en el pecho cada vez que haces o dices cosas que me hieren —«Dios mío»—, porque quizá no lo notes... pero me lastima tu frialdad. Me duele mucho cuando me miras tan indiferente, cuando interpretas el papel de hombre cruel... realmente me lastimas —«¡Mierda!»—. Nicholas... No soy la mujer que necesitas.

—¡Mierda, Elizabeth! —grité con desesperación—. No vuelvas a decir eso, la última vez que lo dijiste estuvimos separadas por dos semanas y ahora no soy capaz de estar un día sin ti. — El dolor recorrió mi cuerpo al recordar esos días sin ella—. Habla conmigo... Necesitamos hablar.

Ella se quedó en silencio mirándome sin decir nada mientras que yo estaba listo para suplicarle que me perdonara si decidía alejarse de mí. Pude respirar con tranquilidad cuando empujó la puerta y me dejó pasar. Juntos entramos al ascensor, cuando estuvo por cerrarse un joven apareció y Liz detuvo el elevador para él.

—Hola, gracias —le saludó, ella le sonrió—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias.

—Eres fotógrafa, ¿cierto? —preguntó el tipo, Liz asintió—. Yo también lo soy... Disculpa, Soy Ray.

—Elizabeth —respondió sujetando su mano.

—Lindo nombre. —Mi sangre empezó a hervir—. Quizás uno de estos días podamos tomar un café y hablar de lo que tenemos en común.

«¿Es que no me has visto, idiota?».

—Claro —respondió Liz, levantó la mirada hacia mí y creo que notó mi molestia—. Él es mi novio... Nicholas —Nos presentó sorprendiéndome.

—Hola, Nicholas —saludó el joven extendiendo su mano hacia mí, la tomé—. ¿También eres fotógrafo? —me preguntó, yo negué.

—No, él no es fotógrafo —le aclaró Liz junto cuando el ascensor se abrió en su piso—. Adiós.

—Adiós... un placer.

Ella abrió la puerta de su apartamento y dejó sus cosas sobre la mesa. Caminó hasta su habitación y decidí darle el espacio para que se tranquilizara. Fui hasta el balcón y esperé allí por ella. Sabía que debía hablar de lo que le preocupaba, de lo que ella no entendía, así que estaba listo para hacerlo cuando ella también lo estuviese.

Escuché el sonido de sus pisadas y me giré, se había cambiado de ropa, pero seguía con su misma mala cara cuando me acerqué.

—Victoria y yo somos dueños de una cadena de discotecas en cinco estados del país — empecé a explicarle, ella se sorprendió—. Me reúno con ella cada mes, cuando ella tiene tiempo de venir a New York, usualmente no pide una cita. Ayer llegó después de que hablamos, me dijo que tenía una reservación en Per Se, así que fuimos allá. —Elizabeth permaneció en silencio—. Hace unos siete años tuve una aventura muy corta con ella... Tuvimos sexo tres veces y después de eso ambos supimos que no era una buena idea, así que lo dejamos.

—¿Quién dejó a quién? —preguntó.

—Ella, se dio cuenta que yo no estaba interesado en tener una relación estable con nadie,

así que...

—*¡Pero tú le gustas!* —aseguró sin ninguna duda.

—*Elizabeth, no puedo controlar los sentimientos de otras personas sobre mí... —«De todas las mujeres, me dieron a la más celosa»—. Lo que debe importarte es que ella no me gusta.*

—*No es muy alentador cuando te encuentro sonriéndole mientras tomas su mano.*

—*Me estaba diciendo que vio la foto que nos tomaron en la inauguración del hospital —le expliqué—. Hablamos de ti mientras esperábamos la cena.*

—*¿Era necesario que tomaras su mano?*

—*No tomé su mano —me defendí—. Liz, ¿cuándo vas a entender que estoy enamorado de ti?*

—*Ella me miró en silencio—. Han pasado dos meses y sigo aquí, sigo corriendo detrás de ti cuando te sientes insegura de mí y me asusta que lo que sientes por mí no sea suficiente para quedarte a mi lado... Me aterra la idea de perderte.*

Ella se mantuvo en silencio, pero sabía que mis palabras la tranquilizaron un poco, así que decidí continuar.

—*Me duele hacerte sufrir, me duele que aun sin quererlo siempre te esté lastimando.*

—*No puedo evitarlo —dijo—. Hay momentos en los que siento que no me quieres, que te asfixio... hay días en los que pienso que te hago feliz, y hay otros como hoy en los que tu frialdad me hiere... —Demonios—. Yo necesito sentir que me quieres, que te importo, qué puedo hacerte sonreír aun cuando estás muy malhumorado... que puedo intentar hacerte feliz aun cuando sé que te sientes muy triste.*

—*Y lo haces, Elizabeth —le aseguré—. ¡Diablos! Me prohíbes ver a una empleada. ¡Me hiciste ir por una maldita cuchara para que sirvieras tu desayuno! —Ella solo me miró—. Me disculpé con Ashlee cuando salí detrás de ti, juré que si te ibas no te seguiría y aquí estoy. —La sujeté de los brazos y la halé hacia mí—. Elizabeth haces lo que te da la gana conmigo... Me tienes en tus manos y, ¿aun así sientes miedo de verme cerca de otra mujer?*

—*¡Siento celos, no quiero perderte!* —exclamó con una voz triste—. *Estos días has sido tan frío conmigo... ayer ni siquiera me diste un beso de despedida, no me llamas... Luego dices que estás ocupado y después te encuentro cenando con esa mujer. ¡No puedes culparme por sentirme desconfiada!*

—*He tenido una dura semana... No es fácil tener que enfrentar tanta mierda sobre mí, pero eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti.*

—*¡Pero soy celosa!* —grita sobre mí—. *Y si actúas frío conmigo no puedo evitar pensar mal.*

—*¿Y crees que yo no siento celos? —pregunté—. ¿Te parece que me divertí viendo como Lara te presumía como novia de su hijo? ¿Crees que disfruté escuchando los halagos que hacían sobre ti y Boothe juntos?*

—*¡Les dije que no éramos novios!*

—*¡Ella dijo que dormías con su hijo!* —recordé molesto—. *Primero me avergüenzas frente a muchos en el restaurante y luego llegas a la fiesta de beneficencia del brazo de Boothe, además, tengo que aguantar los insoportables comentarios de lo bien que luces con otro hombre... ¡Salí de esa reunión echando fuego!*

—*¡Pues, ya somos dos!* —dijo— *¡Lara Boothe es persona no grata para mí a partir de hoy!*

Sabía que no estaba mintiendo, a pesar de que me molestó la actitud de Lara, sabía que Elizabeth no estaba nada contenta.

—*Luego apareces en mi oficina luciendo molesta... como si fueses la víctima y me pone de mal humor pensar que quizás estuviste mucho tiempo esperando por mí y yo sin saberlo.*

—*Apenas había llegado —aclaró—, pensé que sería bueno ir a verte y arreglar nuestros problemas, pero no fue así... no te hizo feliz verme.*

Ver lo triste que se sentía me hizo sentir peor, no sabía que no encontraría la forma de hacerle entender con palabras lo importante que era ella para mí, así que sin pensarlo demasiado la sujeté del cuello y la halé hacia mí.

Cuando sus labios estuvieron a mi alcance, la besé y aunque esperé que ella me rechazara, no lo hizo. Cuando su pequeña y deliciosa lengua se hundió dentro de mi boca supe que estaba perdido y solo me dejé llevar por el deseo que ella despertaba en mí.

Me quité el saco y ella me ayudó con la corbata, no pude evitar sonreírle y amarla con todas mis fuerzas. La sujeté de la cintura y la giré, ella se apoyó de la pared mientras yo le quitaba la ropa. Cuando la tuve casi desnuda frente a mí todo en mi interior se estremeció, pegué mi cuerpo al suyo y ella gimió al sentir mi erección, mordí el lóbulo de su oreja y su cuerpo tembló.

—*Oh, Liz. ¿Qué hare contigo?* —pregunté besando su cuello—. *¿Qué haces conmigo?*

—*Te amo... eso hago* —respondió.

Cerré los ojos y disfruté de sus palabras, luego la giré para mirarla y ella me regaló la más hermosa de las sonrisas.

—*Yo también te amo, Elizabeth* —susurré mientras le quitaba la ropa interior y me acomodaba entre sus piernas—. *Te amo de una manera que debería estar prohibido amar.* —Ella abrió mi pantalón y poco después estaba invadiendo su intimidad— *Pero no puedo, ni quiero evitarlo.*

Ella se entregó a mí en cuerpo y alma, la amé en medio de su sala, la amé en cada rincón de ese diminuto departamento y fui tan feliz a su lado.

La noche había caído y no fui consciente de ello, el tiempo dejaba de correr cuando ella estaba a mi lado, el mundo se iba a la mierda y a mí me daba igual si estaba a su lado. Moví mi mano de arriba abajo a través de su espalda, su piel era suave y se erizaba con mis caricias.

—*Darías lo que fuera por tener esta paz siempre* —susurró, yo sonreí y ella levantó su mano para acariciar mi rostro—. *Otra noche robada* —comentó, sonreí—, *me gusta romper tus reglas* —confesó la descarada.

—*Eres una niña malcriada* —respondí.

Ella empezó a reír y subió sobre mí de una manera tan provocadora que me excité de inmediato.

—*Mi padre no dice eso* —susurró mientras se movía peligrosamente sobre mí.

—*Tu padre no te ha visto haciendo lo que estás haciendo ahora*—. Su sonrisa se congeló antes de darme un golpecito en el brazo.

—*Eso no fue divertido* —Me reí mientras ella acomodaba mi erección y me dejaba penetrarla otra vez—. *¡Oh, Dios!* —exclamó—. *A veces creo que soy adicta a ti.*

Metí dos de mis dedos en su boca y ella los chupó con tanta sensualidad que otra vez estaba a mil.

—*Yo estoy seguro de que lo soy* —confesé—, *puedo pasar todo el día... y la noche haciéndote el amor.* —Ella me miró con ternura, pero sus movimientos eran todo menos tiernos—. *¿Qué?*

—*Me gusta que digas eso... que me haces el amor... no simple sexo como cuando nos conocimos.* —Le sonreí y acaricé sus pechos libres—. *Aunque has cumplido tu palabra, me das placer a cambio de más placer.*

La giré sobre el colchón y subí sobre ella, me hundí en su interior y ella cerró los ojos.

—*¡Oh, Dios!* —gritó.

—*Esta es la única manera en la que puedo hacer lo que quiera contigo* —confesé—, *el único momento en el que puedo dominarte y aun así hacerte sonreír.*

—*Te hago creer que me dominas* —susurró la muy rebelde—, *pero en realidad la que te domina soy yo* —aseguró mientras movía sus caderas de forma deliciosa—. *Porque eres quien me da el placer que quiero recibir.* —Dejé de sonreír y ella cerró los ojos disfrutando el momento—. *Olvida lo que dije, sigue creyendo que eres el que manda.*

—*¿Segura?* —pregunté mientras me hundía con fuerza en su interior y ella no fue capaz de responder—. *Ahora voy a enseñarte a respetar a tus mayores.*

Ella sonrió disfrutando de mis movimientos, entraba y salía con fuerza de ella y en su rostro podía ver el placer que la hacía sentir, placer que yo también sentía. Sus gemidos empezaron a ser más intensos y eso me hizo saber que ella estaba a punto de terminar, mordí sus pezones para ayudarla a acercarse más al momento y cuando empezó a tensarse, aunque cuando no quería hacerlo, salí de su interior.

Ella me observó en silencio mientras disfrutaba de ese momento. Pasé mis manos por sus piernas y ella volvió a temblar

—*Oh cielo* —susurré—, *esa carita de frustración es tan adorable.*

—*No puedes ser tan cruel* —se quejó haciendo puchero, volví a acariciar su pierna y subí la mano hasta el centro de estas—. *Oh... eso se siente genial.*

—*¿Sí? ¿Te gusta?* —pregunté, pero ella no respondió porque mi mano había empezado a acariciar su necesidad y cuando noté otra vez que estaba a punto de terminar, me detuve—. *Oh nena, la frustración se ve tan hermosa en tu rostro.*

—*¡No es gracioso!* —gritó ahora algo molesta, tomé su pie y metí uno de sus dedos en mi boca, ella tembló con descaro—. *No seas cruel conmigo...*

—*No sería capaz de ser cruel contigo*—. Subí mis besos por sus piernas y me detuve.

—*Por favor* —suplicó.

—*¿Por favor qué?* —pregunté lamiéndome los labios.

—*Por favor... no te detengas.*

Observé su pequeño y dulce rostro, sus ojos mirándome, sus labios hinchados después de haber sido besados, su cuerpo deseándome y ese amor que podía ver a través de su mirada. Ella era todo lo que quería y necesitaba en mi vida, todo.

Abrí sus piernas y disfruté del sabor de su deseo, un deseo que sentía por mí y que me hacía infinitamente feliz. Su cuerpo no tardó mucho en retorcerse y mientras ella gritaba mi nombre yo seguía admirando a la mujer de cuerpo pequeño y carácter fuerte.

—*Basta... por favor* —suplicó, la liberé y ella se hizo un bolillo sobre la cama—. *¡Oh, Dios!*

—*¡Oh sí! Ahora me toca a mí* —susurré cuando me acomodé detrás de ella. Ella se estremeció—. *Sé fuerte, pequeña.*

Me hundí en su interior y ella buscó mi boca para aumentar mi deseo, mi placer. Los movimientos de su cadera me ofrecieron todo de ella, la vista que tenía desde esa posición me permitió llegar a la cima más pronto de lo que deseé. Elizabeth no se detuvo y continuó moviéndose en busca de más.

Mi chica quería más y saberlo me hizo desear darle todo lo que ella me pidiera. De nuevo me moví con fuerza en su interior, su cuerpo joven y sensible empezó a tensarse.

La abracé con fuerza y disfruté la forma como el placer recorrió su cuerpo, y como ella, lo disfruté. Besé su cuello, ella giró y me miró a los ojos, le sonreí mientras acariciaba mi rostro y fui tan feliz al ver lo feliz que era en ese momento.

—Lamento hacerte llorar —me disculpé—, Dios sabe que solo quisiera hacerte feliz y juro que estoy luchando por ser una persona sin tantos problemas para hacer tu vida menos complicada junto a mí.

—Lamento ser tan celosa —respondió algo avergonzada—, no puedo evitarlo, pero juro que voy a tratar de confiar en ti.

—¿Tratar? —repetí—. Tienes que confiar en mí... Liz, yo te amo. —Ella se rio nerviosa—. ¿Lo escuchas? Yo te amo pequeña y si estoy enfrentando todo esto es porque quiero darte lo que pides de mí —sonrió y me besó—, no hay nadie sobre esta tierra que me importe más que tú, eres mi número uno ahora y quiero que lo entiendas... necesito que lo entiendas. —Le acaricié el rostro cuando ella dejó escapar unas lágrimas—. No llores por favor.

—Lloro de felicidad, por todo lo que acabas de decir. Quiero que seas feliz conmigo, quiero darte la felicidad que tú mereces.

—Me la das, Elizabeth. Me haces muy feliz, tu insoportable alegría siempre me hace feliz. —Ella sonrió alegremente—. Yo nunca pensé que podría llegar a querer y necesitar a alguien como te quiero y te necesito a ti... y ahora que estás aquí me da miedo perderte...

—No vas a perderme, estaré junto a ti mientras me quieras a tu lado.

—Ve haciéndote a la idea de que eso será mucho tiempo, porque no estoy pasando por toda esta mierda otra vez para dejarte en unos meses. —Besé su nariz y ella se abrazó a mí—. Puedo verme durante muchos muchísimos años a tu lado Liz, todo esto lo hago por ti, pequeña. No huyas cuando sea un tirano, solo trata de perdonarme.

—Te amo tanto, Nicholas.

Le besé la frente y disfruté de ese amor que ella me daba con solo aferrarse a mi cuerpo. Estuvimos varios minutos en silencio hasta que su teléfono empezó a sonar, pero ella lo ignoró hasta que entró la grabadora.

—Hola, nena —saludó Boothe—. ¿Michael y yo queremos saber si aún quieres ir con nosotros al teatro? —preguntó, ella me miró asustada, era evidente que lo había olvidado—. Si no estás es porque el odioso de tu dios griego y tú han arreglado las cosas, ¿verdad? —Ella se ruborizó.

—¿Dios griego? —pregunté sorprendido ella enrojeció aún más.

—También te dice señor oscuro —explicó tratando de bromear para relajar su vergüenza. Se puso de pie y tomó el teléfono.

—Pero si soy rubio —comenté sin entender—. ¿Dónde está lo oscuro?

—En tu personalidad —respondió al activar la llamada—. Hola, Andrew bocón.

—¡Oh nena! —exclamó Boothe—, estás allí, y por lo de bocón supongo que tu dios está a tu lado...

—Sí... así que vayan ustedes y me cuentas qué tal estuvo.

Me arrastré hasta donde estaba y besé su hombro, ella me miró.

—¿Crees que pueda conseguir un boleto para mí? —pregunté, ella se sorprendió—. Así no te pierdes tu obra y yo no me pierdo de tu compañía—. Ella sonrió con descaro.

—Andrew, ¿crees que aún haya boletos? ¿Para ir con Nicholas?

—¿Nicholas Carter quiere salir con nosotros? —preguntó el idiota periodista—. ¡Oye, Mickey! El dios odioso quiere venir a la obra.

—¡El Dios odioso está oyéndote! —advirtió Liz.

—Lo siento —susurró Boothe—. Peter puede conseguirme otro boleto, ¿nos vemos en dos horas frente al teatro?

—¡Genial! Nos vemos allá, cielo. —Ella terminó la llamada y yo le regalé una mala mirada—. ¿Qué?

—Detesto cuando le dices “cielo” —confesé, ella sonrió y me abrazó—. No usas palabras de esas conmigo.

—¡Te digo mi dios griego! —respondió—. Es así cómo te bauticé aquella primera noche, cuando cruzamos miradas. —No pude evitar reírme al escucharla—. Mi hombre oscuro es otro apodo, además, tú tampoco usas palabras dulces conmigo, así que no te quejes.

—Claro que sí, te digo Liz.

—¡Solo cuando me haces el amor!

—No, eso no es verdad, también cuando logras causarme ternura en algún momento. —«Pocos momentos porque casi siempre me enloqueces»—. Además, cuando pienso en ti, usualmente te digo “mi pequeña hermosa” —Ella dibujó la más hermosa de las sonrisas y yo también sonreír—. Amo tu sonrisa de niña feliz.

—¿Sonrisa de niña feliz? —preguntó.

—Sí, así como una niña en Navidad.

—Es que eres lo que siempre le pedí a Santa...

—No lo dudaría, seguro que le pedías un hombre rudo en lugar de un Príncipe Azul.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó—. ¡Leer la correspondencia ajena es un delito, señor Carter! —La empujé sobre la cama y empecé a hacerle cosquillas—. ¡No! No, basta... Nicholas.

—Vas tener que denunciarme porque he roto muchas reglas por ti.

—¿Qué de bueno tendrían las reglas si no las rompemos de vez en cuando? —Su respuesta fue la mejor de todas así que dejé de hacerle cosquillas y la besé—. Te amo.

—También te amo —susurré—. ¿A qué hora es la función?

—Oh, en dos horas... creo que debo vestirme.

—Sí, tenemos que ir a mi casa para cambiarme. —Me puse de pie y caminé hacia donde había dejado mi ropa, ella no se movió y pude sentir su mirada sobre mí—. Deja de mirarme y levántate... —susurré sin mirarla—, no me gusta llegar tarde a ningún lado.

—Como usted ordene, señor Carter—. Le regalé una falsa mala mirada.

Ella sonrió y se puso de pie, la vi dudando si cubrirse o no, pero decidió con toda intención pasearse desnuda frente a mí y obviamente no fui indiferente.

—Sigue así y no saldremos de tu cama, eh...

Ella sonrió con descaro mientras corría hacia su baño y se encerraba en él.

Sonreí cuando ya no podía verme, sonreí ante lo mucho que amaba a esa loca mujer. «Sí... amo su lengua ligera, su atrevimiento, su valentía. Amo cuando sonríe, cuando tiembla al tocarla, amo cuando duerme y amo infinitamente cuando es feliz».

27 – Amigos.

Sus dedos jugaban con mi cabello mientras él y Michael hablaban sobre fútbol americano. Yo sonreía encantada de tener a esos tres hombres en un mismo lugar y hablando de cosas tan simples como aquellas.

Mientras comentaba con Michael sobre el último partido, se veía tan joven y sin problemas, parecía un hombre de su edad, relajado y divertido. Era evidente la química que tenía con Michael y creo que se debía a que Michael no era tan expresivo al demostrar su cariño por mí.

—*Estuvo pésimo ese movimiento, casi nos cuesta una copa*—. Se quejó Nick, Michael sonrió.

—*Sí, sin duda... pero al final lo hicieron bien y salvaron el juego*.

Andrew suspiró y yo sonreí porque sabía que al igual que yo, él no tenía ni idea de qué hablaban, pues éramos del tipo de personas que se nos daba más la política que el deporte, y eso que odiamos la política. Vi a mi mejor amigo a punto de bostezar y no pude contener la risa. Nick me miró sorprendido y Michael sonrió.

—*¿Nos compartes el chiste?* —pidió mi guapo novio.

—*Se aburren de nuestra conversación* —dijo Michael mirando a Andrew y sujetando su mano—. *A nuestras parejas les aburren los deportes.*

—*No hemos dicho nada* —se defendió Andrew y me reí más fuerte—. *Deja de reírte, cielo* —susurró—, *trato de defendernos.*

—*No pueden juzgarnos por odiar los deportes.*

—*¿Odias los deportes?* —preguntó Nicholas.

—*Tanto como los zapatos de tacón y los eventos sociales* —concluyó Andrew riendo conmigo.

—*No, eso es falso* —me quejé—. *Odio más los zapatos asesinos.*

Mi hermoso novio empezó a reír y el sonido de su risa me dejó más enamorada. Miré a mis amigos y no pude contener la risa cuando vi sus caras de sorpresa al ver a mi *dios griego* riendo.

—*¿Lo ven? También se ríe* —bromeé, Nicholas dejó de reír y me miró.

—*¿Ahora te ríes de mí?* —preguntó fingiendo molestia y no fui capaz de calmarme—. *¿Te estás burlando de mí? Eso es de mala educación.* —Mordí mis labios ante lo sexy que lucía con su cara de chico malo—. *Con lo que me gusta enseñarte buenos modales* —concluyó muy serio y logró que mi risa cesara, un pequeño placer me recorrió por dentro logrando que me acalorara.

—*Creo que es hora de irnos, Michael* —comentó Andrew. Yo giré a mirarlo y me di cuenta de que no solo a mí me afectó su comentario.

—*No, aún no... es temprano* —aseguré mirando a Nick para saber si estaba de acuerdo, él sonrió—. *Tengo un poco de hambre.*

Nick besó mi mano y se puso de pie.

—*Quédense un poco más* —invitó con una voz amable—, *iré a buscar algo para comer mientras conversamos. Ahora regreso.*

—*¿Puedo ayudarte?* —preguntó Michael y Nick aceptó.

Ambos caminaron hacia la cocina, Andrew se puso de pie y se sentó a mi lado.

—*Oh, nena... esa amenaza fue tan excitante* —susurró el muy descarado y no pude evitar

reírme—. *¿Qué tan bueno es en la cama?*

—*¡Andrew!* —lo regañé, pero no pude evitar reírme.

—*Vamos nena, yo te he dicho que Michael es fenomenal.*

—*No te lo pregunté, me lo dijiste porque te dio la gana.* —Él seguía riendo—. *Es muy bueno.*

—*¡Oh, Dios!* —exclamó—. *¿Del 1 al 10 cuánto le das?*

—*¡100!* —Sus ojos se abrieron como platos y le di un buen golpe—. *Todo él es perfecto.*

—*Michael y yo casi nos desmayamos cuando se rió, luce malditamente sexy.*

—*Oye, deja de mirar a mi dios griego, eh.*

—*¡Ay! ¡Qué niña tan fea y egoísta te has vuelto!* —Ambos empezamos a reír, Andrew sostuvo mi mano y la besó—. *Ojalá siempre pueda hacerte sonreír así.*

—*Es lo que él me dijo antes de ir al teatro* —susurré—, *pero Andrew, la vida no es perfecta, ¿también tienes problemas con Michael, cierto?*

—*Claro nena, pero es que él no es un celoso compulsivo como... ustedes.*

—*Lo sé, pero voy a tratar de controlarme. Dijo que yo era la única realmente importante para él.*

—*¡Eso es maravilloso!* —exclamó mi mejor amigo—. *Michael me pidió que fuera lo más objetivo posible esta noche con él y aunque me moleste, debo decir que el tipo casi babea sus zapatos por ti.* —No pude reprimir mi sonrisa al oírlo—. *Oh nena, yo he estado asombrado durante lo que va de la noche, el tipo luce tan cegado por ti que hasta siento envidia.*

—*Es un amor. Él realmente es perfecto.*

—*Si quitamos toda la mierda que lo atormenta... pues sí, él es perfecto.*

—*Espero que pronto pueda quitársela, tengo ganas de verlo feliz siempre.*

Andrew me abrazó y yo disfruté de mi mejor amigo. De su amor, de su protección de todo lo que él representaba para mí.

—*Ustedes tienen como un imán, eh* —comentó Michael entrando nuevamente en la sala, ambos sonreímos—. *¿Podrías alejar a tu novia de mi novio?* —le preguntó a Nicholas, él asintió.

—*¡Con gusto!* —respondió dejando una fuente en medio de la mesa. Me hizo ponerme de pie y me llevó hacia el otro sofá—. *Creo que debemos poner límites entre ellos* —comentó mirando a Michael y tanto Andrew como yo dejamos de reír.

—*Es broma, ¿verdad?* —pregunté... él dudó, pero luego sonrió.

—*Claro* —respondió finalmente—. *¿Te gusta el queso?* —preguntó mientras tomaba uno y lo ponía en mi boca, lo saboreé y luego lo le di un beso.

—*Mmm... ahora está divino.*

Nick sonrió mientras continuamos conversando. Michael y Andrew bromeaban, y como siempre me la estaba pasando muy bien con ellos, pero cuando volví a mirar a Nicholas, lo noté ausente y me asusté al pensar que pudiera estar entrando en otra crisis. Tomé su mano y la apreté, él me miró y sonrió.

—*¿Estás bien?* —pregunté.

—*Sí, estoy bien* —respondió y luego miró a Michael—. *¿Cuánto tiempo llevan juntos?*

—*Tres años* —respondió con un hermoso brillo en sus ojos—. *También sentía celos de Liz cuando la conocí* —confesó—, *no me pueden culpar, es hermosa y pues... ¿Ya ves? La relación entre ellos es... preocupante si no los conoces bien.*

—*Ya lo creo que sí* —respondió Nick—, *no es agradable saber que no puedes ser el hombre de su vida cuando tiene a otro delante de ti.*

—*Oh, pero antes que yo está su padre* —se defendió Andrew.

—Pero su padre no es una amenaza para mí —agregó Nick.

—Yo tampoco lo soy —aseguró Andrew.

—No... ahora sé que no. —Me acurruqué sobre su pecho y sonreí—. *Lamento haber sido grosero contigo.*

—Yo te pondría otro nombre, pero sé que no te la he puesto fácil, así que... —Me sentí feliz de que ellos dos estuvieran haciendo una tregua, realmente me sentía muy feliz—. *Bueno, ya debemos irnos... Mañana es viernes, hay trabajo.*

Nos levantamos y los acompañamos hasta el estacionamiento, los vimos subir al auto de Andrew y luego volvimos a su salón. Él estaba un poco más silencioso, sabía que algo le pasaba, que algo lo había puesto un poco triste y no quería que estuviera así.

—Dime que te pasa... —le pedí.

—No tiene importancia —respondió, pero seguí esperando una respuesta real, así que respiró profundo y me miró—. *Alguna vez tuve un amigo tan importante para mí como lo es Andrew para ti... fuimos inseparables...*

—¿Lo conozco?

—Landon —respondió.

—Aún lo tienes —le recordé—, *Landon te adora como todos tus amigos.*

—Sí, pero no es igual. No como antes, éramos así... como tú y Andrew; hacíamos bromas, le sacábamos canas a William, siempre lo vi como un hermano más cercano que los demás.

—¿Y qué paso? ¿Por qué ya no son así? —Él no respondió—. *¿También tiene que ver con esa mujer?*

—Sí —respondió con dolor—, *fue quien la trajo a la serie, Landon fue quien la metió en nuestras vidas.*

—No creo que supiera que las cosas saldrían mal, no es su culpa.

—No, no lo es, pero es más fácil culpar a los demás de tus problemas. —Me sentí triste, pero no dije nada más—. *Vayamos a la cama, mañana tendré un día horrible de trabajo.*

—Y yo tengo dos sesiones pendientes —me quejé.

Nick tomó mi mano y me llevó hacia las escaleras. Cuando llegamos a su habitación, abrió la puerta para mí y me entregó una de esas camisetas blancas que solía usar como pijama cuando me quedaba con él. Nos cepillamos los dientes y nos fuimos a la cama juntos.

Él me rodeó en sus brazos y poco después besó mis labios y me dormí feliz a su lado.

...

Mi cámara se disparó foto tras foto frente al boxeador que acababa de ganar el título mundial. Era moreno, alto, fuerte, y tenía una mirada intensa mientras me miraba a través del lente. Martin me aseguró que era un personaje al que valía la pena incluir en la próxima edición de la revista. Yo solo sonreí porque como dijo Andrew, los deportes y yo no somos buenos amigos.

Cuando terminé con la sesión, guardé mis cosas mientras Martin se despedía del hombre y volvía a felicitarlo.

—¡Señorita Coleman! —exclamó el campeón sorprendiéndome—, *ha sido un verdadero placer haberla conocido*—. Tomé su mano y le sonreí intentando ser amable.

—Igualmente... *Y felicidades por el título.*

—Oh, muchas gracias —respondió mientras tomaba una tarjeta y la extendía hacia mí—. *Quizá pueda aceptarme una copa cualquier día.*

—Oh, agradezco la invitación, pero no puedo. —No tenía intención de tomarla, pero no quise

ser grosera, así que terminé haciéndolo.

—*Quizás algún día...* —agregó el hombre.

—*Lo dudo, pero gracias.* —Me colgué el maletín de mi cámara y caminé hacia la salida—. *Que tenga buen día.*

Salí de la habitación del hotel y les sonreí a varios colegas que esperaban su turno para hacer su trabajo con el nuevo campeón. Martín me alcanzó cuando el ascensor se abrió.

—*Estoy seguro de que tu rechazo le dolió más que cualquier golpe que le hayan dado en su última pelea* —comentó mi jefe con diversión.

—*Algunos hombres creen que pueden tener lo que quieren con solo sonreír* —comenté aburrida.

—*Algunos...* —admitió encogiéndose de hombros—. *Así que vas a descansar dos semanas de mí* —dijo—. *¿Qué harás sin trabajar?*

—*Descansar, visitar a mis padres, tengo muchas cosas que hacer en estas vacaciones.*

—*¿Pasar tiempo con tu millonario?*

—*No lo llares así* —lo regañé y él sonrió avergonzado.

—*Y pensar que gracias a mí se conocieron...*

—*Lo conocí la noche anterior a la entrevista* —aclaré sin dar detalles—, *pero gracias a ti supe quién era y nos volvimos a encontrar.*

—*Recuérdame ser el padrino de tu boda, eh.*

—*Tonto.* —Salimos del ascensor y me detuve—. *No iré a la revista aún... te llevaré las fotos antes de que te vayas.*

—*No importa, no hay prisa, puedes enviarlas mañana, la nota saldrá el lunes.*

—*¡Genial!* —Besé su mejilla y sonreí—. *No me extrañes, jefe.*

—*Estás pidiendo demasiado* —comenté—, *no conseguiré alguien tan rápida y buena como tú.*

Le lancé un beso y empecé a caminar en dirección contraria a él. Me detuve en la esquina intentando tomar un taxi, pero ninguno se detuvo, así que continué caminando y me sentí agradecida por los meses que llevaba usando los zapatos asesinos, porque, aunque seguían torturándome, era capaz de mantenerme en pie y lucir como una dama, adolorida, pero dama, al fin y al cabo.

En el camino encontré un restaurante de comida japonesa así que decidí comprar algo que pudiera compartir con mi *dios griego*, estaba segura de que, aunque fuera tarde, él no había almorzado algún.

Cuando llegué al gran edificio, el portero me abrió la puerta amablemente y la recepcionista me sonrió fingiendo alegría de verme.

—*Voy a ver a mi novio* —anuncié mirándola.

«*¿Escuchaste eso? ¡Mi novio!*», repitió mi conciencia.

—*Claro, señorita Coleman* —respondió ella poniéndose de pie—. *Sígame, llamaré al ascensor.*

—*Muchas gracias.*

Sonreí con descaro mientras ella hacía lo ofrecido. Después de todo, aquel título me daba cierto gusto, podía dejar en claro que el hombre por el que todas babeaban era mío, aunque ellas lo desearan.

El ascensor se abrió y ella metió su llave mágica. «*Nicholas debería darme una, así no espero por el favor de esta... Se la pediré.*»

—*Listo, señorita Coleman.*

Le agradecí con una sonrisa tan mala como la suya y las puertas se cerraron. Empecé a reírme como loca, pues me resultaba muy divertido que ella y seguramente muchas más allí, supieran que yo era *la dueña del dueño*, me hacía feliz sentir que él me pertenecía.

Cuando estaba por llegar a su piso, los nervios me traicionaron al recordar mi última vez allí y la discusión que tuvimos. Estuve por detener el elevador, pero las puertas se abrieron más pronto de lo que imaginé y Ashlee me recibió con su típica sonrisa de *Miss Mundo*.

—*Buenas tardes, señorita Coleman...*

—*Hola, Ashlee* —saludé dando solo unos pasos fuera del ascensor— *¿Tu jefe está muy ocupado hoy?*

—*Un poco, pero estoy segura de que le hará un espacio en su agenda* —susurró—. *Acompáñeme, por favor.* —Me obligué a seguirle el paso, mientras la secretaria se puso de pie e hizo una reverencia hacia mí—. *Tráele café a la señorita Coleman, por favor.*

—*Hola* —saludé mirando a Nicole y está sonrió—, *me gustaría que me llames Elizabeth* —susurré mirando a la *miss*.

—*Lo siento, señorita Coleman* —respondió Ashlee—, *eso no es posible.*

—*¿Por qué no? Es mi nombre y quiero que lo uses.*

Abrió la puerta de la oficina de Nicholas y me invitó a pasar.

—*El señor Carter es muy estricto con sus reglas, señorita Coleman. No quiero ganarme un regaño más.* —Me sentí avergonzada al oírla.

—*Lo siento, sé que soy culpable de la mayoría.*

—*No, él casi siempre me regaña* —aseguró con una gran sonrisa.

—*¿Eso te alegra?* —Ella volvió a sonreír.

—*Me hace ser mejor cada día* —explicó con tranquilidad—, *sus exigencias hacen de mí y mi trabajo algo ejemplar y eso me gusta.*

—*Yo hubiese renunciado con un jefe como él* —le aseguré y continuó riéndose. Desocupó la mesa y dejó sobre ella las cajas de comida.

—*El señor Carter es el mejor jefe que he tenido* —aseguró—. *Estoy muy cómoda con él, me hace sentir útil.*

—*Debería valorarte* —susurro mientras saco las cosas de la caja—. *Creo que eres la única que lo soporta.* —Ella volvió a reírse.

—*Le pediré a Nicole que traiga copas para el vino, ¿tiene saca corchos?*

—*No.* —Ella sonrió y me pidió la botella—. *Gracias. ¿Realmente crees que pueda posponer un poco su próxima reunión? ¿O es algo sumamente importante?*

—*Todas sus reuniones son muy importantes* —me aclaró—, *Ha tenido cuatro en lo que va del día, pero la siguiente es con el doctor Miller, viene a darle los informes del Elizabeth Hospital* —susurró con una gran sonrisa—. *Bonito nombre para el hospital, por cierto.*

—*Gracias* —respondí avergonzada justo cuando Nicole apareció con una taza llena de café humeante—, *gracias* —le dije.

—*De nada, señorita Coleman.*

—*Nicole* —dijo la *miss*—, *llévate esta botella, ábrela, y traes dos copas aquí, por favor.* —Nicole asintió y después de tomar la botella salió de la oficina—. *Iré a avisarle a mi jefe que está aquí, permiso.*

—*¿Puedo verlo?* —Ella no entendió—. *Desde aquí, ¿puedo verlo?*

—*Oh... sí, está en la sala de juntas.* —Abrió la puerta y me dejó salir, señaló hacia donde él

estaba y sonreí con descaro al verlo—. *Iré a avisarle... permiso.*

Ashlee caminó con elegancia hacia el lugar y tocó la puerta de cristal. Todos giraron a mirarla, pero Nicholas permaneció concentrado en su junta. La *Miss Mundo* se inclinó para hablarle, mi *dios griego* levantó la mirada y las mariposas en mi estómago se volvieron locas cuando sus ojos encontraron los míos.

Fruunció el ceño y luego me regaló una suave sonrisa que hizo feliz a mi corazón enamorado. Lo vi ponerse de pie, y decirle algo a las personas que estaban en la junta. Retrocedí cuando todos miraron en mi dirección y me sentí avergonzada por interrumpirlos, pero a Nick parecía no importarle porque caminó con elegancia y tranquilidad fuera de la sala.

El corazón se me quería salir del pecho y sentía que me falta el aire mientras se aproximaba a mí. Llevaba las manos en los bolsillos y tenía una sonrisa celestial en los labios.

—*Otra de las cosas que amo, aparte de despertar junto a ti, es que me des este tipo de sorpresas* —me aseguró junto antes de colocar una de sus manos en mi cintura, algo que agradecí cuando mis piernas perdieron la fuerza al tenerlo tan cerca de mí—. *Sé fuerte, pequeña* —susurró burlándose de mí antes de darme un suave y delicioso beso—. *Hola...*

—*Hola* —respondí casi sin aliento, él me hizo retroceder hasta estar dentro de su oficina—, *no quería interrumpirte, pero pensé que quizá podríamos almorzar juntos...* —Le señalé hacia la mesa y él volvió a sonreír.

—*He sentido el aroma desde que me detuve frente a ti* —agregó besando mi nariz con ternura—. *Espero que hayas traído suficiente porque mi apetito ha despertado.*

Sonreí ante su visible buen humor, me colgué de su cuello y él tomó mi boca para regalarme uno de esos besos que me dejaban flotando de felicidad.

Un golpe en la puerta interrumpió nuestro momento, pero él no dejó de abrazarme solo miró hacia la puerta cuando esta se abrió.

—*Disculpe, señor* —dijo Nicole con el vino y las copas en su mano.

—*Entra* —ordenó con su típica voz poco amable—. *¿No tenías una sesión de fotos?* —me preguntó.

—*La terminé hace media hora...* —respondí—, *como estaba relativamente cerca decidí pasar a saludar a mi hermoso novio.* —Él volvió a besarme mientras sentía los pasos de Nicole alejándose—. *¿Te falta mucho para terminar tu junta?*

—*No, unos diez minutos* —susurró besando mis labios otra vez— *¿Puedes esperarme o les digo a ellos que esperen?*

—*¡No, yo te espero!* —Él se rió de mí y le di un golpe sobre el brazo—. *Deja de bromear.*

—*Bueno... ¿Cuándo estoy serio no te gusta y cuando bromeo tampoco? ¿Quién te entiende, pequeña?* —Me sentí tan enamorada cuando me llamó de ese modo, amaba verlo feliz—. *Pensé que tu sesión terminaría más tarde.*

—*Es que uno de los medios no llegó y nos cedieron su turno.*

—*¿Y qué tal es el campeón?* —preguntó mientras acariciaba mi rostro.

—*Tiene cara de boxeador*—. Él rompió en risa.

—*Ya lo creo, sería como raro que tuviera cara de jugador de golf.*

Lo vi tan divertido mientras se burlaba de mí que se me antojó arruinar un poco su diversión. Busqué entre mis cosas la tarjeta que el boxeador me había dado y la puse frente a él.

—*Me invito a salir.* —La sonrisa se le esfumó. «*¡Punto para Liz!*»—. *Qué fácil es librarse de tu risa burlona* —comenté.

Él me quitó la tarjeta y me arrepentí de mi mala idea. «*Ay no, otra pelea no*».

—¿El imbécil ese te dio su tarjeta? —preguntó furioso—. ¿Qué le dijiste?

—¿Qué crees que le dije? —pregunté ofendida—. “Gracias, pero no”. Y aunque tomé la tarjeta le aseguré que jamás lo llamaría, luego salí de allí y vine aquí. —Su mirada seria se fue relajando y luego sonrió con ironía, arrugó la tarjeta y la lanzó sobre su papelerera—. *Se siente bien saber que aún puedes sentir celos por mí.*

Él levantó la mirada sorprendido y volvió a acercarse.

—*Eso es algo que no creo poder superar nunca* —respondió besándome la frente—. *Te amo y te quiero solo para mí.*

—*¡Me tienes solo para ti!* —respondí justo cuando él volvió a besarme

El calor en mi cuerpo empezó a ser más intenso y me sentí avergonzada cuando alguien golpeó la puerta con suavidad. Ambos nos separamos y al ver quien nos había interrumpido, sonreí.

—*Disculpe, señor Carter, pero debería cerrar la puerta si quiere privacidad* —susurró Landon con diversión, Nick giró los ojos—. *¡Liz!*

—*Hola, Landon* —respondí, él caminó dentro de la oficina y me abrazó—, *que bueno que llegaste, así nos acompañas a comer.*

—*Oh, ¿me reciben con almuerzo incluido? Está mejorando el servicio, señor Carter.*

—*Ella lo mejora todo* —respondió Nicholas mientras sujetaba la mano de su amigo—. *¿Cómo estás?*

—*Bien* —respondió Landon dándole un abrazo—. *¿Esos hombres en la sala de junta esperan por ti?*

—*¡Oh!* —exclamé avergonzada—. *Ve con ellos, Landon y yo conversaremos mientras regresas.*

Tomé el brazo de Landon y lo halé hacia el sofá, él se sentó a mi lado y levantó sus manos mostrando inocencia.

—*No tardes...* —le pedí.

—*No lo haré* —prometió, luego caminó hacia la puerta, pero se detuvo antes de irse y miró a Landon—. *No hables más de lo debido.*

—*Ni, aunque me torture* —bromeó Landon, Nicholas sonrió y se fue. Lo observé encantada hasta que entró a la sala y retomó su trabajo—. *Liz, deja de espiarlo.*

—*Oh, lo siento* —lamenté avergonzada—. *¿Cómo has estado?*

—*Muy bien, algo ocupado con el hospital, pero feliz con el trabajo. ¿Y tú?*

—*Perfectamente, sobre todo porque hoy salgo dos semanas de vacaciones.*

—*¡Oh, eso es genial! Un poco de descanso siempre es bueno.*

Landon era tan adorable que me resultaba imposible aburrirme mientras hablaba con él. Me costaba trabajo no reírme cuando estaba cerca y más cuando hablaba de Nicholas y las cosas buenas que vivieron juntos.

—*Él era como niño de verdad* —me aseguró—. *Nick vivía portándose mal, haciendo travesuras.*

—*No puedo ni imaginarlo así, a duras penas estoy viendo al hombre detrás de esa máscara de hierro*—. Landon dejó de sonreír y frunció el ceño.

—*Por lo menos no esta tan distante con nosotros* —admitió— *Eso es algo que sabemos, te lo debemos.*

—*Oh no, yo no he hecho nada.*

—*Lo has hecho Liz* —aseguró tomando mi mano—, *volver a enamorarse le ha hecho bien, está enfrenteado ese pasado y espero que podamos superarlo...* —le sonreí con pesar porque veía

la tristeza en los ojos azules de Landon—. *Lo echo de menos* —admitió—. *Extraño a mi amigo loco, ese que amaba el mar, la naturaleza, la actuación... ese niño que sé que perdimos por mis ganas de ayudar a quien no lo merecía...*

—*No es tu culpa, no podías imaginar que Maia sería un problema para ustedes.* —Landon me miró sorprendido y yo sonreí—. *Me contó parte de esa historia, él sabe que exageró contigo... Él también te echa de menos.*

—*¿Te lo dijo?* —me preguntó.

—*Dijo que tú y él eran como Andrew y yo... y sé que a pesar de que no lo dice, ni lo demuestra, tú sigues siendo especial.*

—*Nicholas sigue siendo mi hermano pequeño, el favorito... creo que lo es para todos.*

Landon sonrió y al darse cuenta de que estábamos hablando más de la cuenta sobre ese tema, empezó a contarme sobre el hospital y lo bien que les estaba yendo. Pasaron cerca de veinte minutos hablando tan cómodamente que cuando Nicholas volvió nos sorprendimos.

Los tres ordenamos la mesa que estaba allí y almorzamos. Estar con ellos era agradable. Landon era divertido y Nicholas, aunque no lo decía, sabía que le gustaba tener a su amigo cerca.

Después de casi una hora, supe que debía dejarlo trabajar, así que después de recoger todo, decidí marcharme.

—*Bueno, yo los dejo trabajar* —dije dándole la mano a Landon, pero él me abrazó—. *Gracias por acompañarnos a comer.*

—*Gracias a ti por incluirme en la comida. Te quedo estupenda* —bromeó, Nicholas se rió y amé ese sonido—, *espero verte pronto.*

—*Yo también lo espero.*

Nick tomó mi mano y juntos caminamos hacia el ascensor. Podía sentir la mirada de todos, pero ni a él ni a mí nos importaba.

—*Gracias por regalarme un poco de su tiempo, señor Carter.*

—*Eres dueña hasta de mi tiempo* —aseguró besándome—. *¿Ya estás de vacaciones?*

—*¡Sí!* —exclamé emocionada—. *Soy libre por dos largas y deliciosas semanas.*

—*¿Y qué has planeado?* —me preguntó, yo me encogí de hombros.

—*Quiero ir a ver a mis padres, quedarme unos días con ellos.* —Él dejó de sonreír apenas lo mencioné—. *Solo dos días* —le prometí y eso pareció hacerlo feliz—, *tampoco puedo estar mucho tiempo lejos de ti.*

—*De acuerdo* —susurró como si yo le hubiera pedido permiso, le dejé creer que era así—, *pero el fin de semana no hagas planes.*

—*¿El fin de semana?*

—*En tu almohada encontrarás algo para ti.* —Me sorprendí—. *Nos vemos en la noche, pequeña.*

—*Hasta la noche, mi dios griego.* —Él sonrió y creo que se avergonzó—. *Te amo.*

—*Yo más a ti.*

Nicholas me besó aun sabiendo que nos observaban y eso me hizo infinitamente feliz. Aun cuando no quería dejarlo, me obligué a entrar en el ascensor y él estuvo de pie esperando hasta que este empezó a cerrarse. Sonreí como tonta mientras recordaba su sonrisa en mi memoria.

Cuando llegué al primer piso, entregué la credencial de visitante y me sorprendí al ver a Frank abriendo la puerta del auto de Nick para mí. Solo me limité a sonreírle mientras subía y no puse queja alguna.

—*¿Cómo estás, Frank?*

—*Bien, señorita Coleman* —giré mis ojos al oírlo.

—*¿Ustedes no tutean a nadie?* —pregunté, los blancos dientes de Frank brillaron cuando sonrió—. *Me quejaré con tu jefe* —prometí riéndome también.

No tardamos mucho en llegar hasta el edificio donde vivía. Frank bajó del auto y abrió la puerta para mí. Me despedí de él, pero no se movió hasta que estuve dentro. Sonreí porque sabía que esa era una orden de mi protector novio.

Tomé el ascensor y no esperé demasiado para llegar a mi apartamento. Mientras abría la puerta recordé lo que me había dicho Nick, así que dejé todas mis cosas en la mesa y corrí hasta mi habitación. Encima de mi cama había un sobre blanco que me hizo sonreír con solo saber que él lo había dejado para mí.

«*¿Cuándo lo puso aquí que no lo note?*».

Abrí el sobre y mis ojos se abrieron más ante la sorpresa. Había dos boletos y al mirar los nombres me di cuenta de que uno de ellos llevaba mi nombre y el otro era para él.

¡Eran dos boletos de avión para Oahu, Hawái!

Mi corazón latía con fuerza, me sentía tan feliz que estuve durante algunos minutos contemplando los boletos hasta que finalmente leí la nota que había dejado para mí.

“Espero que te guste el Sol y te encanten las playas porque voy a secuestrarte por cuatro días. Solos tú y yo. Pasaré por ti a las 8... Con amor, Nick”

«*¡Oh, cielos! Mi dios griego va a secuestrarme*».

Estaba tan emocionada y sorprendida que el corazón se me iba a salir del pecho. No podía creerlo, él y yo nos iríamos de viaje, nuestro primer viaje.

El sonido del teléfono me hizo saltar y empecé a reírme como loca mientras caminaba a la sala y respondía la llamada.

—*Dime que aceptas* —susurró con una voz sensual del otro lado de la línea.

—*¡Casi tengo la maleta lista!* —respondí, él empezó a reírse y fui tan feliz—. *¿Cuándo planeaste esto?*

—*Hace unos días, cuando me hablaste de tus vacaciones...* —me sentía tan feliz— *pasaré por ti a las ocho, el vuelo sale a las diez.*

—*De acuerdo...*

—*Tengo que terminar con una reunión... Nos vemos luego, pequeña.*

—*¡Te amo!* —Se quedó unos segundos en silencio y luego suspiró.

—*Yo te amo más... prometo que lo pasaremos increíble.*

—*Siempre la paso increíble a tu lado.*

—*Oh espero superar mi marca entonces, te amo... Nos vemos luego.*

—*Adiós. Te amo*

Me dejé caer sobre el sofá, volví a mirar la nota y los pasajes, no podía creerlo, eso era demasiado hermoso y perfecto.

«*¿Mi dios griego y yo solos en una maravillosa isla? ¡Esto será más que perfecto!*».

28 – Vacaciones.

Bajamos de su auto y Frank sacó nuestro equipaje. Nicholas tomó mi mano y caminamos por un lado del aeropuerto que no conocía. Frank iba delante de nosotros y se detuvo frente a una mujer de uniforme azul. Respiré profundo cuando la mujer tuvo dificultad para respirar a causa de mi novio.

—*Está todo conforme, señor Carter... su avión privado está listo para despegar.* —Admito que me sorprendió, aunque no debería esperar que el tomara vuelos comerciales como todo el mundo—. *Buen viaje.*

—*Gracias* —respondió Nick sin siquiera mirarla, luciendo serio e inalcanzable como de costumbre—. *¿Todo bien?* —me preguntó.

—*Sí, todo* —respondí aun preguntándome por qué siempre parece estar tenso en público—. *¿No te gusta la gente?* —pregunté sin poder evitarlo. Él frunció el ceño y me miró.

—*No en lugares tan concurridos* —respondió—, *abordemos de una vez.*

Frank me dejó subir primero y una aeromoza nos dio la bienvenida. El piloto estuvo de pie junto a ella y ambos parecían sacados de una película de *Hollywood*... eran rubios y altos.

—*Señor Carter, bienvenido* —saludó el piloto.

—*Hola Edward* —responde Nicholas luciendo un poco menos tenso—, *me alegra que hayas estado libre.*

—*No lo estaba, pero siempre se hacen excepciones con usted* —agregó el hombre sonriendo—, *Ashlee tiene buenos contactos.*

—*Estoy agradecido por eso...* —respondió mi novio—, *sabe que prefiero ir seguro y tú me das la seguridad.*

—*Me alegra saberlo* —aseguró el piloto antes de girarse hacia mí—. *Bienvenida.*

—*Gracias* —respondí.

—*¡Lo siento!* —Exclamó Nicholas sorprendiéndome—. *Ella es Elizabeth Coleman, mi novia.*

—*Soy Edward Brown. Es un placer, señorita Coleman* —sonreí y sacudí su mano—. *Preparé todo para partir, la señorita Thruman será su asistente de vuelo, si necesitan algo ella los atenderá.*

—*Buenas noches* —dijo la rubia, mientras nos sentábamos en nuestros lugares—, *por favor colóquense los cinturones hasta que el avión haya despegado. ¿Les ofrezco vino o champagne?* —preguntó, yo miré a Nicholas.

—*Vino tinto, por favor.*

Ella sonrió y se fue por nuestro pedido. Nicholas y yo nos abrochamos nuestros cinturones mientras Frank tomaba el asiento del fondo, bastante alejado de nosotros.

El teléfono de Nicholas empezó a sonar y este respondió con mala cara. Miré por la ventana mientras el sonido de los motores nos indicaba que estábamos a punto de volar.

El avión portaba una elegancia que no había visto nunca, bueno, nunca había viajado en un avión privado, a duras penas había podido pagar una clase turista en cualquier avión comercial, así estar allí era como irreal. Aunque desde que estaba con Nicholas todo parecía irreal

Sabía que en cualquier momento íbamos a despegar y tendríamos que apagar los teléfonos, así

que le envié un mensaje a mi madre y otro a Andrew para que no se preocuparan por mí. Activé el modo avión de mi celular mientras que Nicholas seguía hablando con Ashlee de cosas que realmente no llegué a entender.

—*Ashlee tengo que colgar, el avión va a despegar...* —Le escuché decir—. *Habla con William, él podrá ayudarte en lo que necesitas. Te llamaré apenas pueda encender el teléfono. Adiós.*

Lo vi apagar su teléfono y luego lo guardó en su saco. Observó a Frank y luego puso su atención en mí.

—*¿Estas nerviosa?* —pregunto regalándome una suave sonrisa.

—*Eh... un poco* —confesé porque era cierto—, *estoy emocionada.*

—*Lo pasaremos bien...* —prometió—. *Ashlee dice que Oahu es una de las ciudades más hermosas de todo Hawái, hay lugares muy interesantes que visitar, si te gusta el mar seguro te encantará.*

—*¿No has ido a Oahu?*

—*No... ¿Tú sí?* —pregunto frunciendo el ceño.

—*No, pero fui a Hawái cuando tenía nueve años y mis padres celebraron su aniversario allí.*

—*Has tenido una buena familia, eh.*

—*Sí, la mejor... Mis padres han sido muy sólidos siempre. Han tenido problemas, crisis, pero nada que un psicólogo no pueda solucionar.*

—*Entiendo... Lo llamaremos cuando tengamos problemas* —comentó tan serio que hasta le creí—. *¡Es broma!* —exclamó riendo, yo le golpeé el brazo y se rio más fuerte. —*Si tomara siquiera una sesión con tu padre seguro consigue una orden de alejamiento contra mí* —bromea otra vez y aun así sé que lo dice en serio, porque, aunque me moleste él se siente alguien realmente malo.

—*Da igual lo que piensen de ti, soy mayor de edad y decido con quien estar* —Él me mira con atención—, *y tú eres la mejor persona con la que puedo estar.*

—*¿Cómo puedes decir eso?* —me preguntó preocupado— *Te he contado cosas malas de mí, Liz... ahora sabes que he jodido mi vida durante varios años, ¿cómo puedes verme de ese modo?*

Me quedé mirándolo, preguntándome cómo un hombre que aparentemente Dios lo ha dotado de seguridad y talento para los negocios puede verse a sí mismo de ese modo. Cómo no es capaz de admirarse como yo lo admiro.

Me sentí un poco triste porque me hubiera gustado que pudiera ver a través de mis ojos y darse cuenta del gran hombre que él era, pero estaba decidida a lograr que todo eso que lo atormentaba y no lo dejaba ver la realidad, desapareciera. Estaba dispuesta a luchar por lograr que mi *dios griego* pudiera algún día sentirse orgullo del gran hombre que era y no descansaría hasta conseguirlo.

—*Puedes ser una mala persona si haces cosas malas* —le dije acariciando su mejilla—, *pero eres una gran persona si sabes salir de ella y superarlas, y tú lo has hecho.*

—*No lo he superado...* —me corrigió—, *sigo en esta mierda.*

—*Sigues dejando que un mal pasado te torture, pero tú ya no estas allí.* —Nicholas me mira en silencio—. *Te has levantado y has salido de eso. Ahora estas bien, vives una vida sana, sin vicios, te alimentas bien, te ejercitas, trabajas y haces cosas maravillosas por los demás.*

—*Liz...*

—*Has creado un hospital gratuito para los niños sin recursos* —continué y él me sonrió—,

tienes una fundación que ayuda a muchos con su educación y además una escuela de música que otorga becas. —Él levantó su mano y también acarició mi mejilla—. ¿Crees que un error del pasado puede siquiera opacar todo lo que eres hoy? Lo que sucedió no fue culpa tuya, no tenías la edad ni la madurez para diferenciar entre lo bueno o lo malo.

—Es el precio que uno paga cuando es un personaje público —explicó—, usualmente la gente te sonrío cuando ve tus tarjetas doradas.

—Lo único dorado en ti que me hace sonreír es tu cabello —bromeé y logré que sonriera—. El dinero no te hace ser admirable, eso lo logra tu inteligencia, tu seguridad, tu fortaleza para mantenerte en pie incluso en los momentos difíciles y tu buen corazón... y eso es algo que, a usted, señor Carter le sobra.

—El amor te ha cegado —respondió sujetando mi rostro con ambas manos.

—Quizás... —admití—, pero tú estás peor, porque yo no tengo tarjetas doradas, ni un cuerpo de modelo y aun así estás aquí, dándome flores y chocolates.

—Es lo que más me gusta de ti —asegura mirándome con amor—. Tú eres única y por eso me encantas.

«¡Le encanto!».

Estaba segura de que jamás me acostumbraría a la idea de que alguien tan perfecto como él pudiera sentir amor por alguien tan normal como yo, pero me sentía agradecida por ello.

Nicholas me dio un beso justo cuando el avión empezó a moverse. Me recosté de mi asiento intentando no ponerme nerviosa con el viaje, pero cuando él tomó mi mano y me regaló una suave sonrisa, todo mejoró. Y solo pensé en esos días que pasaríamos juntos.

Sería un viaje largo, pero no importaba, cuando abriera los ojos él y yo estaríamos en el paraíso, aunque para mí cualquier lugar junto a mi *dios griego* se convertía en un verdadero paraíso.

Mis ojos se abrieron por segunda vez y sonreí al ver la luz. Había amanecido y estaba segura de que estábamos por llegar. A través de mi ventana podía ver el azul del mar brillando con la luz del sol, era tan hermoso todo lo que podía ver. Giré y encontré a Nicholas dormido, suspiré admirando su hermoso rostro, sus cejas perfectas, su nariz grande y perfilada, y esos carnosos y rosados labios... *«¡Oh sus labios!».*

¿Es que había algo en él que no me gustara?, me pregunté y enseguida llegó una respuesta: Sí, su pasado; un pasado que quería borrar de su mente, un pasado del que quería liberarlo.

Me levanté de mi asiento intentando que no se despertara y caminé hasta el baño. Saqué un vestido blanco que había elegido para cuando llegáramos, arreglé mi cabello y lo dejé suelto, puse un poco de brillo en mis labios y máscaras en mis pestañas. Me sentía feliz, me sentía emocionada... era nuestro primer viaje y eso me tenía emocionada.

Cuando estuve lista, salí del baño y lo encontré de pie hablando con Frank. Al notar mi presencia giró y frunció el ceño al ver mi vestido, respiré profundo al darme cuenta de que era más alto de lo que habíamos acordado.

—En unos minutos estaremos llegando a Honolulu —indicó nuestra aeromoza—, por favor tomen asiento.

Caminé hasta mi lugar e hice lo que ella indicó, un minuto después Nicholas se sentó a mi lado y me preparé mentalmente para su queja.

—Te gusta romper las reglas, eh —comento con normalidad, abrí los ojos y lo miré—. ¿Es a propósito?

—*Si lo dices por mi vestido: no es a propósito, me lo compré hace meses cuando fui con Andrew y Michael un fin de semana a South Beach.* —le expliqué—. *¡No me diste tiempo de comprar una túnica para usar en una playa contigo!*

Sin nada más que decir me giré y la belleza que veía por mi ventana me dejó muda y cautivada, era maravilloso, hasta sentía que nunca había estado antes allí porque con nueve años no le presté atención a estas cosas. Sin poder contenerme, busqué mi teléfono e hice varias fotografías.

Él acercó su rostro cerca de mi cuello y me quedé inmóvil, miró a través de mi ventana y lo vi sonreír. Traté de ignorarlo, pero era imposible teniéndolo tan cerca.

—*Me encanta cuando te pones así* —susurró en mi oído—, *me encanta que seas tan rebelde porque me crecen las ganas de enseñarte buenos modales* —No pude evitar temblar cuando puso una de sus manos sobre mi pierna—, *con lo mucho que disfruto dándote clases.*

Llevó su mano hasta mis muslos y los temblores en mi cuerpo fueron más descarados. Miré hacia el lugar donde se había metido la aeromoza, estaba nerviosa de que apareciera y nos viera, pero cuando su mano se metió entre mis piernas mi cerebro dejó de funcionar y me vi presa del deseo que él causaba en mí.

—*Me encanta como tiembles* —susurró mordiendo mi oreja mientras hacía a un lado la suave tela de mi ropa interior—. *Me encanta sentir tu humedad.* —Me sujeté de mi asiento cuando sus dedos empezaron a moverse sobre mi sexo húmedo.

—*¡Oh, Dios!* —gemí y cubrí mi boca avergonzada—. *Por favor... no hagas eso.*

—*¿No quieres?* —preguntó mientras sus expertos dedos se movían deliciosamente—. *¿Quieres que me detenga?* —preguntó mientras hundía dos de sus hábiles dedos dentro de mí.

Mi cuerpo se movió buscando su atención y él sonrió con orgullo, pero al recordar que no estábamos solos intenté alejarlo de mí. Nick tomó una de las mantas del avión y cubrió la mitad de mi cuerpo para que nadie pudiera ver lo que sus deliciosos dedos estaban haciéndome.

—*¿Frank?* —gritó sorprendiéndome.

—*¿Sí, señor?*

—*Déjanos solos, por favor.*

Las manos de Nick seguían moviéndose y yo estaba a punto de colapsar cuando Frank pasó delante de nosotros y se metió detrás de la cortina por donde la aeromoza había desaparecido.

—*Ahora puedes gemir para mí* —susurró Nicholas.

Me ruboricé al escucharlo y él sonrió con orgullo. Dejó de tocarme y lamenté en silencio su abandono, algo que hizo que él sonriera con más gusto antes de hacer que me acostara entre su asiento y el mío.

—*No, Nicholas...* —susurré, pero él ni siquiera me escuchó, solo se arrodilló entre mis piernas y pasó su deliciosa lengua sobre mi sexo—. *¡Oh, Dios mío!*

Lo vi sonreír mientras mi cuerpo disfrutaba del movimiento que hacía su lengua sobre mi clítoris. Era una locura, jamás en mi vida había hecho eso, jamás había experimentado algo así. Hacer el amor al aire nunca fue una de mis fantasías, pero sin duda sería una experiencia inolvidable para mí, porque lo disfruté con descaro.

Los dedos de Nick se unieron a su tortura logrando que las oleadas de placer pre-orgasmo me atraparan con rapidez. Intenté alejarlo, pero él no se movió.

—*Nicholas, quiero terminar contigo.* —Parecía no escucharme, porque el movimiento de su lengua y de sus dedos continuaron buscando mi liberación—. *Por favor... te quiero a ti* —lloriqueé deseando con todas mis fuerzas compartir el placer con él—, *por favor...* —repetí haciendo un último intento que gracias al cielo dio resultado porque me sonrió y se levantó.

—*Levántate*—. Me ordenó extendiendo su mano para ayudarme, y obedecí de inmediato.

Él se sentó en el lugar que yo estaba ocupando y bajó su pantalón. Mordí mis labios al darme cuenta de que no era la única que estaba disfrutando. Él sonrió y me haló de la cintura.

—*Sube sobre mí*. —Volvió a decir con su típica voz mandona que en ese momento me produjo tanto morbo que no pude evitar sonreír. Me aproximé a él y cerré los ojos cuando sentí su dura erección penetrándome —. *Oh, Liz...*

—*¡Dios, Nicholas!* —gemí mientras me movía para disfrutar de ese placer que él me estaba dando, pero todo empeoró cuando me haló y metió su deliciosa lengua en mi boca.
¡Oh, Dios mío!

Nicholas se levantó conmigo sobre él y me llevó hasta el baño del avión. Me sentó sobre el lavabo y continuó a penetrándome con más fuerza.

—*¡Oh, Elizabeth!* —gritó él al mismo tiempo que el orgasmo recorría mi cuerpo y sentía el suyo tan dentro de mí.

Mis manos se aferraron a su espalda, mientras él no dejaba de moverse, haciendo que el placer durara más de lo normal.

—*Las cosas que me haces hacer* —susurró besando mi cuello.

—*¿Yo?* —pregunté fingiendo indignación—. *Yo estaba tranquila disfrutando de la vista.*

—*Yo también estaba disfrutando de la vista... de la vista que me da ese vestido tan corto* —agregó, yo sonreí—, *por eso no me gusta... Siempre pierdo el control cuando usas ropa como esta.*

—*Oh... es bueno saberlo* —dije mientras besaba sus labios—, *ya no echaré a la basura ninguna de las prendas que he creído que no son de tu agrado, no si conseguiré momentos como estos*—. Él me miró muy serio y sujetó mi cabello entre sus dedos.

—*Mientras las uses solo para mí, puedes conservarlas.*

Iba a protestar por su comentario tan posesivo, pero no quería arruinar el momento, así que solo le sonreí. Él me besó los labios y después de asearse me dejó en el baño para yo hacer lo mismo.

Era imposible quitarme la sonrisa de satisfacción, estaba segura de que cualquiera podía darse cuenta del buen polvo que acabábamos de echar y aunque me sentía avergonzada, el placer me ayudó a restarle importancia.

Cuando salí del baño, Nicholas estaba ocupando su lugar al igual que Frank y la aeromoza dejaba dos latas de refrescos para nosotros.

—*En cinco minutos aterrizamos, siéntate y ponte el cinturón* —ordenó Nicholas.

—*Como usted ordene, señor* —respondí, él me miró de mala gana.

Se levantó para dejarme tomar mi lugar junto a la ventana y luego se acercó para hablarme.

—*Si vuelves a usar ese tono conmigo* —susurró—, *voy a hacerte gemir frente a todos y no voy a detenerme ni, aunque supliques*

«*¡Oh, mi dios del sexo!*». Besó mi mejilla, pero yo giré buscando sus labios.

—*¿Debo tomar eso como una amenaza?* —le pregunté, él sonrió y yo también—. *Después de todo... el placer sigue siendo placer.* —Volvió a sonreír así que miré de nuevo por la ventana—. *Esto es muy hermoso.*

—*Y eso que aún no ves el hotel* —dijo besando mi cuello, me sentí tan feliz—. *Vamos a disfrutar de estos días juntos, voy a hacer que disfrutes cada segundo que pasemos aquí.*

—*Disfruto cada segundo que paso a tu lado.*

Él me abrazó fuerte, me recosté en su hombro y contemplé el paisaje desde mi avión. Él miraba

junto a mí el maravilloso lugar que esperaba por nosotros, por darnos los días más hermosos, y estaba segura de que sería inolvidable.

Cuando por fin estuvimos fuera del avión, sujeté su mano y caminamos detrás de Frank. Salimos de la pista de aterrizaje, él sacó sus lentes de sol y cubrió sus ojos. Las personas nos miraban, pero él parecía no notarlos. El calor que sentí me agradó y creo que a él también porque sonreía ligeramente.

—*¿Te gusta el mar?* —pregunté con curiosidad, él asintió.

—*Sí, pero hace años que no lo veo.* —Su respuesta me sorprendió—. *Solo nado en mi piscina.*

Le hice mala cara a su piscina al recordar aquella noche, pero alejé aquella imagen porque no quería ponerme triste.

Llegamos a la entrada del aeropuerto y una limosina esperaba por nosotros, unas hawaianas nos recibieron con los famosos collares de flores, él me miró y yo sonreí. Incliné la cabeza para que me colocaran el collar, él se mantuvo serio, lo cual evitó que la otra mujer se atreviera a acercarse.

—*Tú también* —le susurré—, *no seas aguafiestas.*

Me miró unos segundos más y finalmente se inclinó para que la mujer le colocara el collar, mi sonrisa se amplió y sus ojos brillaron.

—*¡Hermoso!* —exclamé y giré hacia las mujeres—. *Por favor, ¿nos tomarían una foto?* —pregunté, una de ellas gustosa tomó mi cámara.

Frank se acercó, me pidió la maleta y se la entregué. Nick me sujetó de la cintura y la mujer disparó la cámara. Levanté la mirada hacia él solo para comprobar que como lo había imaginado ni siquiera había sonreído así que lo miré molesta.

—*¿Qué?* —Me preguntó.

—*¿Podrías fingir que eres feliz conmigo?* —Extendí mi mano hacia la mujer para que me devolviera la cámara, pero él me detuvo.

—*¿Nos tomarías otra, por favor?* —preguntó con una voz seductora que hizo a la mujer suspirar y terminó aceptando su petición.

Giré los ojos al notar lo fácil que le resultaba deslumbrar a las mujeres. Estaba por decirle que ya no quería que nos tomara otra foto, pero él me giró y me sorprendí cuando me besó frente a todos. Para cuando me liberó ni siquiera pude seguir enfadada con él porque su maravillosa sonrisa me hizo feliz de nuevo.

—*¿Crees que soy buen actor?* —susurró cuando me liberó.

—*Ganarías un Oscar por ese beso* —respondí, él sonrió con más diversión—, *ya te quitaste el traje aburrido, podrías quitar tu mala cara.*

—*Creo que aún no te das cuenta de que esta es mi cara, mala, pero mía.*

Una vez más sonreí y él me besó la frente. Giró hacia las mujeres, tomó mi cámara y les dio un billete de \$50.

—*Gracias* —dijo la mujer mientras tomaba el billete—. *¡Aloha!*

—*¡Aloha!* —respondió él con una gran sonrisa, giré los ojos y caminé hacia la limosina.

—*No deberías deslumbrarlas tanto* —comenté cuando subí a auto, lo vi reírse, pero no me respondió. Encendí mi cámara y mi sonrisa volvió al ver la imagen de ambos—. *Oh, ¡la foto quedó hermosa!*

—*Quiero una copia de esa...* —dijo cuando la vio.

—*Tendrás que pagar por ella* —respondí—, *son de mi propiedad.*

—*¿Cuánto quieres por ella?* —preguntó, yo sonreí y subí sobre él.

—¿Cuánto? No. La pregunta es... ¿qué quiero por ella?

—¿Y qué quieres por ella? —preguntó besando mis labios.

—A ti... solo a ti.

—Estás pidiendo algo que también te pertenece —respondió matándome de amor—, todo lo mío es tuyo, desde mi cuerpo hasta mi dinero.

—Tu dinero no me hace falta —respondí—. Tu cuerpo creo que es algo que podría disfrutar...

Me besó y disfruté de su boca, de su lengua seduciendo la mía, de sus manos en mi cabello, de sus dedos acariciándome. Disfruté de él y ese perfecto amor que me consumía.

—Te amo, mi hermoso dios griego.

Sonreí y noté un suave rubor en sus pálidas mejillas, pero me distrajo al mostrarme algo fuera del auto. Cuando miré me encontré con el mar, las palmeras, la gente. La ciudad era hermosa, sin duda esa había sido una buena elección y estaba feliz de estar allí con él.

La limosina se detuvo fuera del hotel, un gran edificio blanco y verde nos recibió. Él sonrió y tomó mi mano cuando bajamos y caminamos hacia el lobby donde una mujer de cabello negro y grandes ojos sonrió con amabilidad al vernos.

—Buen día... The Kahala Hotel les da la bienvenida. ¿A nombre de quién tienen su reserva?

—Nicholas Carter —respondió mientras yo tomaba su mano con fuerza.

—Bienvenidos señor y señora Carter. —Mi corazón se detuvo y su sonrisa se amplió al oírla—. Esperamos que disfruten de su estadía, enseguida los llevarán a su suite.

Mis ojos no dejaron de contemplar todo el lugar. Los ventanales de piso a techo, grandes lámparas colgaban en lo alto, muebles beige y mesas color marrón. El piso amarillo brillaba bajo mis pies y hasta podía verme como si fuera un espejo. Había pequeñas palmeras plantadas en macetas en cada esquina, las paredes estaban tapizadas en un color madera natural que hacía que todo luciera aún más hermoso.

Uno de los empleados tomó nuestra llave y caminamos hasta el ascensor y esperamos en silencio hasta que las puertas se abrieron en el piso 15. El empleado del hotel nos guió hasta nuestra suite, abrió la puerta y entramos en ella. Un juego de muebles marrones con tapizado beige que hacía juego con las paredes de color maíz, nos dio la bienvenida.

Dos mesas de centro marrones acompañaban la pequeña sala. Las largas cortinas amarillas y blancas estaban abiertas y nos mostraban el maravilloso paisaje que teníamos hacia el mar.

Dentro del balcón había una mesa redonda de hierro envejecido, una silla y una perezosa del mismo material. A mano izquierda había dos puertas blancas que también estaban abiertas, allí estaba nuestra habitación.

«Uau... esto es hermoso».

—Aquí tiene su llave señor, avísenos si necesitan algo más.

Nicholas metió la mano dentro de su bolsillo y sacó un billete del cual no me di el trabajo de detallar su denominación.

—¡Gracias! —exclamó y yo solo sonreí—. Frank, ve a tu suite, si necesito algo te llamaré.

—Sí señor, permiso.

Fue lo último que dijo mientras salía junto al otro hombre de nuestra habitación. Nicholas se apoyó en la pared mientras mis ojos detallaban todo con desconfianza, aquello parecía normal... nada de oro ni riquezas, pero aun así yo podía sentir que él había pagado una gran fortuna por el lugar.

—Daría lo que fuera por saber en qué estás pensando —comentó.

—¿Me pregunto cuánto te habrá costado esta habitación? Porque, aunque luce sencilla, a pesar de ser hermosa, siento que solo engaña mi vista.

Él volvió a sonreír, se alejó de la pared y caminó hacia donde yo estaba, sujetó mi cintura y besó mi nariz.

—El dinero no es algo de lo que deberías preocuparte, aunque debo admitir que eres muy detallista... —Sonreí con orgulloso—, le pedí a Ashlee que consiguiera un hotel que no luciera ostentoso, no quería asustarte.

—Pues, felicita a Ashlee de mi parte porque este lugar me encanta... me siento cómoda aquí.

Él sonrió y me abrazó, me colgué de su cuello mientras mis labios buscaban los suyos, pero el sonido de tu teléfono nos cortó la inspiración.

—Necesito tomar la llamada —dijo con algo de molestia.

—No te preocupes, exploraré la suite.

Me sonrió y yo lo besé antes de ir hacia la habitación. Al estar allí observé la gran cama, pero no le di mayor importancia, caminé hacia las puertas del balcón que teníamos en la habitación y las abrí. La belleza que había allí era superior a cualquier otra que hubiera visto antes, así que tomé mi cámara y empecé a fotografiar cada centímetro de mi insuperable paisaje.

La piscina y el mar estaban frente a mí haciendo que mi vista fuera insuperable. Sin poder evitarlo guardé mi cámara y busqué mi teléfono, lo encendí y tomé una foto, la cual adjunté a un mensaje que envié a mi madre y a Andrew.

“Hemos llegado a salvo... Estoy en el paraíso, si no regreso... no me busquen”.

Sonriendo dejé mi teléfono sobre la mesa que teníamos en el balcón y continué disfrutando de ese maravilloso lugar.

«Podría acostumbrarme mal a este lugar, podría volverme adicta a todo él».

Al no escucharlo al teléfono, regresé dentro de la suite y caminé hacia la sala. Él estaba sentado en el sofá con su laptop sobre las piernas, lucía muy concentrado tanto que ni siquiera notó mi presencia. Sus dedos se movían sobre las teclas mientras su rostro lucía tenso.

—Lo estoy viendo Ashlee —dijo haciéndome saber que no había terminado con la llamada, solo se había puesto los audífonos. Su mandíbula se endureció de pronto, yo me preocupé—. ¿Es todo lo que tiene? —preguntó—. De acuerdo, dile a Eddy que lo quiero en mi oficina el martes a primera hora... Avísame si hay alguna otra novedad.

Nicholas se quitó los audífonos y continuó mirando su computador con visible molestia. Me asusté cuando apretó su puño, entonces decidí acercarme, pero él levantó su mano y me detuvo.

—¡No! —exclamó aún sin mirarme—. Necesito estar solo.

—¿Qué? —pregunté consternada, pero él solo cerró su laptop y se levantó del sofá, caminó hacia la puerta y salió sin decir nada más.

Quise ir tras él, pero no pude moverme, sentí como si mis pies estuvieran clavados en el piso y aunque quería correr hacia él y protegerlo de lo que estuviera atormentándolo, no me moví porque sabía que, en ese momento, Nicholas no me quería a su lado y me sentí muy triste.

29 – Sombras del pasado.

Las puertas del ascensor se abrieron frente a mí y mis pies se movieron por inercia, sin siquiera saber a dónde quería ir. Cuando estuve fuera del hotel, me dirigí hasta el restaurante y me senté en un lugar lejos de las personas. Abrí mi laptop y volví a ver las imágenes que el investigador había enviado para mí.

Sabía bien que William había hecho todo lo posible por borrar cualquier información sobre su muerte, cualquier información que la relacionara conmigo, pero no había nada que con dinero no se pudiera conseguir.

Mientras mis ojos leían todo el *email*, yo me preguntaba ¿cuándo había pasado todo esto? ¿Cómo es que en seis meses ella pudo joder más su vida?

Intentó matar a un hombre y estuvo presa durante tres meses, pagó la fianza y salió en libertad y solo ocho horas después ella muere de sobredosis.

«¿Quién eras tú? ¿Quién era la mujer por la que jodí mi vida?»

Tenía demasiadas preguntas y nadie se atrevía a responder, pero sabía que si quería cerrar todo ese asunto tendría que encontrar las fichas que faltaban a mi rompecabezas.

—Buenos días, señor —saludó un empleado del lugar—. ¿Quiere algo de tomar? ¿Comer?

—Cuando quiera algo los llamaré —respondí poniéndome de pie. Caminé hacia el mar y me detuve frente a él—, *tiempo sin verte, eh...*

Sentí un dolor golpeando mi pecho, los recuerdos flotaban por mi memoria y me negaba a prestarles atención. De nuevo me sentía frustrado, otra vez sentía que estaba ahogándome y no lograba encontrar la manera de evitarlo.

«««»»

Ella limpiaba sus lágrimas mientras yo me sentía enfermo y molesto. No podía creer todo lo que había pasado, todo lo que el mentiroso de James había ocasionado.

—No puedo creer que me haya echado la culpa de todo... —se quejó Maia— ¿Cómo es que hasta Landon le cree? —susurra llorando junto a mí mientras Frank conducía el auto.

—Ya, no pienses en ellos, no necesitas que ellos te crean. —Tomé su rostro y la besé, ella no dejaba de llorar—, solo necesitas de mí y aquí estoy.

—Pensé que Landon era mi amigo... pensé que él si me quería.

—También pensé que era mi amigo —dije con dolor—. He pensado durante años que él jamás me daría la espalda... y lo ha hecho —dejé que la rabia se apoderara de mí—. No quiero saber más de ellos. ¡No volveré a actuar con ellos!

—¡No! —gritó, yo la miré sorprendido—. No puedes hacer eso... tienes un contrato y no puedes, necesitas el dinero yo ya no trabajo.

—No lo necesito, tengo suficiente dinero ahorrado para vivir años sin hacer nada y vivir con un rey—. Ella parecía sorprendida.

—¿Y por qué diablos vives en una casita simple en la playa?

—Porque me gusta, amo el mar... la brisa de las mañanas... no necesito los lujos. —Sus ojos de pronto brillaron de felicidad y subió sobre mí—. Hey, Frank aún está aquí.

—Frank es ciego cuando se lo ordenas —respondió mientras metía su mano dentro de mi pantalón y empezaba a tocarme—, ¿si tienes tanto dinero... por qué no te mudas?

—Me gusta la casa.

—A mí también, pero es pequeña... además alguien tan importante como tú debería vivir en un buen lugar. —Ella se inclinó hacia mi pecho y empezó a besarme—. Anda bebé, compláceme, busca una mejor casa, quiero una hermosa con piscina.

—¿Para qué una piscina si tienes el mar en la que vivimos?

—Porque yo siempre soñé con una piscina... —dijo con voz infantil—. Una grande donde pueda nadar desnuda sin preocuparme que me vean o me multen... —me reí de ella—, donde pueda hacer el amor con mi novio cada noche. —La idea empezaba a agradarme—. ¡Oh como amo tener sexo de noche! Y jamás lo he hecho en una piscina... —se deslizó sobre mí y se arrodilló entre mis piernas—. Solos tú y yo... ¿te lo imaginas? Vamos, bebé... dime que sí.

—¿Es que alguna vez te he dicho que no? —Ella sonrió feliz y llevó su alegría hasta mi notable erección—. Tú siempre encuentras la manera de convencerme.

«*<<<>>>*»

Me dejé caer sobre la arena y traté de alejar esos recuerdos. Había sido un idiota, un completo imbécil. Hice todo lo que ella me pidió, la casa, los autos, las joyas, fiestas... viajes... todo se lo di y ella a cambio me convirtió en un dependiente y fracasado hombre.

«*<<<>>>*»

—¿Teníamos fiesta hoy? —preguntó cuándo entro en nuestra habitación—. Uau, qué bien luces —aseguró al verme—, te ves mayor vestido así, no pareces un niño.

—¡No soy un niño! —grité algo fastidiado por su comentario.

—Lo sé, bebé, lo sé —ella sonrió—, dame 10 minutos y estaré lista.

—No puedes venir conmigo —dijo con pesar, ella giró a mirarme y respiré profundo—. Es el cumpleaños de William, el canal ha preparado una fiesta y será en su casa.

— **¡Claro, entiendo!** —exclamó furiosa—. **“¡Don perfecto” tiene prohibida mi entrada en su perfecta casa, eh!** —gritó muy alterada—. **¡Estoy harta! Muy harta de ser la novia escondida de Nicholas Carter.**

—No digas tonterías, yo no te escondo, pero sabes que William no quiere...

—¡Sé muy bien que “don perfecto” no quiere verme ni en pintura, y es tu culpa! —gritó—, has debido imponer mi presencia en cualquier evento, pero claro, tú jamás vas a ir en contra de él... ¡No sé qué diablos tiene ese imbécil para creerse el mejor del mundo!

—Cuida tus palabras cuando hables de William, él no te ha hecho nada.

—¿Y te parece poco que no me quiera en su casa?

—No voy a discutir contigo sobre esto, ¿de acuerdo? —Ella me miró más furiosa aún—. Tengo que ir a esa cena. —Ella caminó hasta su mesa de noche y sacó una de sus bolsitas—. ¡Hey! Prometimos que no lo haríamos entre semana.

—¡No me jodas! —gritó mientras acomodaba la cocaína sobre la mesa y la separaba en líneas—. ¡Yo no nací para las reglas! ¡Hago lo que me dé la gana en el momento que me dé la gana!

—¡Que insoportable estas! —Fue todo lo que dije antes de caminar hacia la puerta con la intención de irme, pero ella me haló de la chaqueta—. ¡Suéltame!

—No, no te vayas así, no te molestes conmigo —susurró mientras trataba de besarme—.

Entiéndeme, ellos me dejan de lado y mientras tú vas a divertirte yo me quedo aquí sola—. Empezó a abrir el botón de mi camisa y la detuve.

—No, no tengo tiempo...

—Vamos, bebé... juguemos antes de que te vayas. Inhala un poco y disfrutemos.

—¡No! —grité— No puedo llegar a la fiesta de William así, me mataría—. Ella me empujo y se fue hacia la ventana.

—¡Pues, vete! —gritó fuera de control— Yo buscaré diversión en otro lugar, en otro hombre que sea capaz de pensar y tomar decisiones sin que le importe la opinión de “papito William”.

Me sentí tan furioso al oírla que solo caminé hasta donde ella estaba y la sujeté fuerte del cuello. Maia me miró asustada.

—¡Atrévete a meterte con otro hombre y te mato! —Ella sonrió mientras yo sentía su delgada garganta entre mi mano—. ¡Estoy hablando en serio, Maia! —Aflojé un poco la mano y ella empezó a toser.

—Hazlo otra vez —pidió apretando mi mano en su garganta—, aprieta tu mano y has que te tenga miedo... estoy excitada, molesto me encantas.

«*<<<>>>*»

Mis manos frotaron mis ojos y traté de olvidar todo aquello, todo lo que viví con ella. Quería olvidar sus locuras y el asco que sentía al recordarme de ese modo. Yo era un hombre que solo quería complacerla, solo quería verla feliz sin importar lo que tuviera que hacer para lograrlo. Ella era una mujer que disfrutaba del sexo nocturno, del sexo salvaje y violento. Era de las amaba ser golpeada durante el sexo, ella era una enferma y yo me enfermé por ella.

Abrí los ojos y volví a mirar el mar, ese que solía darme paz y el cual dejé por ella. Luché para alejar esos recuerdos, para no revivir esos malos momentos y me concentré en las personas a mi alrededor: niños jugando, parejas paseando... eso era amor, un amor sano, dulce... sincero... un amor como el que siento por Elizabeth.

«Elizabeth, mi pequeña».

Me puse de pie y caminé hasta mi mesa, tomé mi laptop y regresé al hotel, entré al ascensor y esperé impaciente llegar hasta mi piso. Abrí la puerta de la suite y la vi sentada en el balcón, ella giró a mirarme mientras caminaba hasta la mesa para dejar mi laptop.

Avergonzado por la forma como la había tratado, me arrodillé a su lado, levanté la mano y acaricié su rostro. Ella me regaló una dulce sonrisa que logró llevarse toda la mierda y regresarme por completo a la realidad, esa donde era un hombre sano y enamorado.

—Mi dios griego... volviste.

Traté de fingir que no me avergonzaba que me llamara de ese modo, pero creo que hacía un buen trabajo, porque no era lo que ella decía sino la manera como lo hacía. En sus palabras sentía su admiración...una admiración tonta porque no había nada admirable en mí, pero también me hacía sentir su amor, ese amor puro y ciego que me hacía querer estar bien para poder hacerla feliz.

—¿Estás bien? —me preguntó con visible preocupación.

—Si estás conmigo estoy bien, contigo a mi lado sé que estoy bien.

Ella sonrió y me abrazó con fuerza. Mi cuerpo disfrutó de su amor, de ese que ella sentía por mí, el mismo amor que recorría mis venas y me hacía sentir feliz, fuerte y a salvo.

Gracias a Elizabeth yo pude entender que todo lo malo solo era un mal recuerdo y que lo bueno era mi presente y necesitaba con desesperación convertirlo en mi futuro. Ella me besó y sin querer evitarlo la levanté sobre mí para sentirla mía, porque la necesitaba, necesitaba su amor,

necesitaba de su luz para escapar de la oscuridad donde llevaba años viviendo.

Nunca había tenido una mujer como Elizabeth, una mujer fuerte, con un carácter de mierda, que a la vez podía ser dulce y amorosa cuando lo necesitaba, pero es que ella era única, no había nadie como Liz y lo mejor de todo era que esa mujer era mía.

Nuestros cuerpos estaban desnudos sobre la cama, sus piernas enlazadas a las mías. Podía oler su cabello y disfrutar del aroma de su piel, de toda ella.

—*Podría pasar el día entero así* —comentó, luego me miró y mi alma sufrió las consecuencias de tanto cariño cargado en una mirada.

—*Desde que llegaste a mi vida me has hecho ser un hombre diferente por ti.*

—*¿Porque quiero flores y chocolates?* —preguntó sonriendo.

—*No, porque me quieres a pesar de que sabes todo lo malo que hay en mí* —ella acarició mi rostro con amor—, *porque me haces sentir ese amor, porque me lo demuestras.* —Besé sus labios y ella suspiró—. *Tú eres la razón por la que quiero superar ese mal momento, no quiero sombras entre tú y yo.*

—*Yo no quiero sombras en ti...* —respondió rozando su nariz con la mía—. *Quiero verte sonreír, que seas feliz.*

—*He empezado a ser feliz desde que apareciste en mi vida...* —respondí—, *desde que por desgracia tuya y bendición mía apareciste en mi empresa.*

—*Fue una bendición también para mí* —respondió haciéndome sonreír—, *no tienes una idea de lo feliz que soy contigo.* —Iba a hablar, pero puso sus dedos sobre sus labios—. *Y si vas a hablar de los malos momentos, solo diré que una relación tiene altos y bajos... Y voy a repetirte lo que te dije una vez: quiero estar contigo en esos días difíciles, quiero abrazarte y decirte que todo estará bien, quiero recordarte que tú y yo somos un presente, y si Dios lo permite, también tendremos un futuro juntos.*

—*Así será, pequeña* —respondí—, *Me lo debe... Y sé que por eso estás aquí, es una deuda que Él tiene conmigo.*

—*Dios nos pone caminos, Nicholas... es nuestra elección el que elegimos... no lo culpes de las cosas malas que has vivido, agrádecele el haberte sacado de ellas, de haberte puesto en este camino que te ha traído a mí.*

Mi corazón se sentía afectado a causa de ese amor en sus palabras, en su mirada, de ese amor que ella sentía por mí, aunque no creía merecer.

—*Te amo* —le susurré—, *¡no tienes una idea de cuánto te amo!* —Ella me regaló una gran sonrisa.

—*¡No me contaste que había delfines aquí!* —Mi sorpresa fue evidente—. *¿Tampoco lo sabías?*

—*¿Y te parece poco que no me quiera en su casa??*

¿Hay delfines? —pregunté, ella asintió emocionada—. *¿Aquí... en el hotel?*

—*Si te asomas por el balcón puedes verlos...* —comentó con emoción—. *¡Son hermosos!*

Salté de la cama y tomé la sábana para cubrir mi desnudez. Fui hacia el balcón y busqué el lugar donde estaban esas criaturas maravillosas. Cuando los vi no pude ocultar mi emoción... era demasiado perfecto.

—*¡No puedo creer que Ashlee haya dado con nuestros gustos!* —exclamé y la miré—. *¿Te gustan?*

—*¿Estas bromeando? ¡Amo los delfines!* —exclamó mi chica perfecta—. *¿Vamos a verlos?* —preguntó emocionada, fui hacia ella y la tomé en mis brazos, besé sus labios y ella me acarició

el rostro—. *Amo verte sonreír.*

—*Mi sonrisa eres tú.*

La llevé en brazos hasta la ducha y abrí la llave del agua. Ella empezó a reírse mientras el agua caía sobre nosotros. Tomé el jabón, pero ella me lo quitó y empezó a limpiar mi piel. La observé enamorado y cautivado por sus atenciones que llenaban mi corazón de felicidad. Elizabeth era una mujer maravillosa y aunque no entendía por qué la vida la había puesto en mi camino, me sentía agradecido de tenerla conmigo.

Media hora después estuvimos nuevamente en la habitación, ella estaba frente a su maleta pensando que ponerse mientras yo terminaba de secar mi cabello con la toalla.

Cuando estuve listo me giré hacia ella y Liz dejó caer la prenda que tenía en las manos. Sonreí mientras levantaba su ropa y se la entregaba, pero ella continuó mirándome de forma extraña.

—*¿Qué?* —pregunté con curiosidad—. *¿Qué me miras?*

—*Es que jamás te he visto así vestido* —dijo mirándome— *Luces tan diferente... tan joven.*

—*¿Eso es un halago?* —pregunté para estar seguro.

—*¡Claro! Luces tan perfecto* —Otra vez me hizo sentir avergonzado—, *pareces un modelo de ropa de verano.*

—*Se te ocurre cada cosa* —me quejé riéndome de ella—. *¡Deja de mirarme y vístete!* —exclamé.

—*Como usted ordene, señor Carter.*

Ella sabía cómo volverme loco y lo disfrutaba. La observé mientras seguía pensando qué usar hasta que parecía haberse decidido por un diminuto *short*, pero de pronto giró hacia mí con preocupación.

—*¿Está bien este short?* —preguntó, yo no pude ocultar mi asombro.

—*¿Estás preguntándome si estoy de acuerdo con que uses ese diminuto short?* —Ella giró los ojos y empezó a quitárselo—. *No. Está bien.* —La detuve, ella me miró de mala gana—. *Déjalo, me gusta* —suspiró y aunque sabía que tenía ganas de golpearme no dijo nada—. *Si sigues renegando conmigo vas a arrugarte y cuando tengas mi edad parecerás mi madre.* —Ella finalmente sonrió y luego tomó dos camisetas: una negra y otra azul—. *La azul me gusta* —dije aun cuando ella no me había preguntado.

Dejó caer la camiseta azul sobre la cama y se colocó la negra. No pude evitar reírme por su rebeldía y malcriadez.

—*A mí me gusta la negra* —aseguró sin mirarme, me acerqué a ella y la sostuve de la cintura—, *solo te pedí opinión acerca del short...*

—*Pero quise dártela también para la camiseta* —dije—, *peo como te conozco ya sabía que elegirías la que yo rechazaría.* —Ella se sorprendió y no pude evitar reírme—. *Voy a necesitar más tiempo para enseñarte buenos modales.* —Ella se colgó de mi cuello y me besó—. *¡Vamos, que quiero ver a esos delfines!*

Tomé su mano y salimos de la habitación, ella colgó la cámara en su cuello y salimos de la suite tomados de la mano. Ella, como era costumbre tomó su cámara y me tomó una foto tras otra. Le di una mirada aburrida y ella imitó mi expresión haciéndome sonreír algo que al parecer esperaba lograr porque continuó haciendo lo que más le gustaba, fotografiar y en ese momento yo me había convertido en su modelo.

Ambos dejamos de reírnos cuando mi teléfono empezó a sonar, respiré profundo esperando no tener más información sobre esa mujer y respondí.

—*¿Ashlee?* —Mi asistente solo había llamado para hacer unas preguntas, así que cuando

terminé con ella apagué el teléfono y Liz sonrió—. *No más llamadas por hoy.*

Salimos del ascensor y tomamos el camino contrario al lobby, pasando por una larga pared con retrato de famosos que no detallé porque la idea de ver delfines me emocionaba demasiado. Aún no podía creer que Ashlee hubiera buscado un lugar tan perfecto como ese, pero no entendía de qué me asombrada si tenía a la mejor asistente de todas.

Cuando llegamos hasta el lago de los delfines, Liz y yo nos detuvimos al ver personas con chalecos salvavidas. No puede reprimir una sonrisa al ver a dos delfines aparecer frente ante mis ojos, ambos fueron hasta un hombre que parecía ser su entrenador y este movió las manos para que ambos saltaran sobre él, logrando que todos quedáramos encantados.

—*¡Uau!* —exclamó mi pequeña—. *Amo los delfines.*

—*¡Ya somos dos!*

Ella me haló de la mano hasta la orilla donde uno de los delfines dejaba que las personas lo tocaran. Después de que una pequeña niña se tomara su tiempo con él, pude tener mi momento y sin pensarlo acaricié la cabeza del pequeño. Un flash se disparó sobre mí y no necesité girar porque sabía quién era la responsable.

—*Vamos a nadar con ellos, ¿sí?* —pregunté emocionado y ella tomó mi mano en respuesta—. *¡Esa es mi chica!*

Alquilamos un par de chalecos, Liz dejó sus cosas a un lado y sin tomarnos más tiempo entramos al lago. Uno de los entrenadores se acercó a nosotros e hizo señas para que ambos delfines se acercaran.

—*Ven, tócalo* —le dije a Liz, ella sonrió mientras me miraba con la emoción brillando en sus ojos—. *Te amo.*

—*No más que yo a ti.*

Esa fue una de las mejores experiencias que había tenido en mi vida. No recordaba la última vez que me había sentido tan feliz y en paz, pero ese día sin duda sería uno que jamás olvidaría, sobre todo porque ella estaba conmigo, porque mientras esas criaturas maravillosas saltaban sobre nosotros, Liz no dejaba de mirarme y hacerme sentir su amor a través de sus ojos.

Tomé su mano y le halé hacia mí para besarla, pero al hacerlo noté que tenía lágrimas en los ojos, algo que me asustó.

—*¿Qué sucede?* —pregunté preocupado y ella sonrió.

—*Soy tan feliz* —respondió besando mis labios—, *verte sonreír me hace muy feliz.*

La tomé de la cintura y la subí sobre mí. Busqué su boca y besé sus labios sin importarme si nos estaban mirando, porque para ser sinceros en ese momento para mí no existía nadie más que ella. Ella y esas palabras que me hacían sentir fuerte, feliz...vivo.

Después de nadar y disfrutar de los delfines, salimos y caminamos hasta el *Seaside Grill* para desayunar. Ordenamos jugo de naranja, ensalada de frutas para mí y un omelette para ella. El lugar tenía más gente en las mesas que disfrutaban de su comida, de la vista y supongo que de la compañía.

—*He leído que hay un valle entre los dos volcanes* —comentó mi pequeña—, *por donde los turistas podemos pasar.*

—*Sí* —respondí mirando a los niños jugando en la playa—. *Si quieres mañana podemos tomar un tour y conocer un poco más la isla, pero si no te molesta, hoy me gustaría permanecer aquí.*

—*No, no me molesta...* —me aseguró tomando mi mano, yo le sonreí—. *Me agrada la idea, las instalaciones del hotel son hermosas.*

—Sí, está bonito —respondí, ella me miró sorprendida—. *¿Qué?*

—*¿Bonito?* —preguntó—. *Nicholas, este hotel es perfecto... ¿qué exigente eres!*

—*No soy exigente...* —aclaré—, *solo que he estado en muchos hoteles, supongo que eso hace que no me deslumbe tan fácilmente* —Ella sonrió burlándose de mí y miró a su alrededor.

—*¿Por qué trajiste a Frank? Ni siquiera está con nosotros.* —Sonreí y miré a Frank sentado en la esquina derecha del restaurante, Liz miró hacia él y se sorprendió—. *¿Desde cuándo está allí?*

—*Desde que bajamos, él ya estaba en el lobby* —respondí—, *le dije que no necesitaba seguirnos, pero nunca me hace caso... Sé que no empezará hoy*—. Elizabeth sonrió.

—*¿Tiene mucho tiempo trabajando contigo?*

—*Unos trece años* —respondí, ella se sorprendió—, *William lo contrató para que me cuidara cuando aún era menor de edad.* —Ella me escuchaba con atención así que continué con el relato—. *Le di mucho trabajo en un inicio, pero supongo que ahora se aburre... Ya no soy tan divertido.*

—*A mí me pareces divertido* —aseguró levantando una ceja—, *muy divertido*—. Tomé su mano y la llevé hasta mi boca para darle un beso.

—*Es bueno saber que te divierto.* —Ella levantó su mano y acarició mi rostro—. *¿Dónde estabas tú hace trece años?* —pregunté con pesar—. *¿Por qué no llegaste a mi vida en ese momento?*

El dolor en mi pecho me hizo dejar de hablar y aunque no quería ponerla triste sé que lo había logrado. Ella acercó su silla y sujetó mi rostro con ambas manos.

—*Hace trece años yo usaba brakets, era muy delgada. Quizá hubiese sido tu fan y tú ni siquiera me hubieses mirado.* —La escuché en silencio y ella besó mis labios un segundo—. *En ese momento yo no hubiese podido ayudarte, Nicholas. Una niña de 12 o 13 años no hubiese podido hacer nada por ti.* —Sabía que era verdad—. *Pero ahora sí puedo, es ahora cuando me necesitas y estoy aquí, sosteniéndote cada vez que sientas que caes... Estoy aquí y no voy a dejarte.*

—*No permitiré que me dejes, aunque quisieras.* —Ella sonrió—. *Tenerte cerca siempre me hace sentir fuerte.*

Liz volvió a besarme, pero el mesero nos interrumpió al traer nuestra orden. Ella regresó a su lugar mientras miraba con interés a Frank quien estaba leyendo el periódico y bebiendo jugo de naranja. Colocaron su omelette frente a ella y yo tomé mi ensalada de frutas servida dentro de una piña. Mientras atrapaba una de las frutas noté que ella estaba observándome, como siempre, así que levanté la mirada y ella se ruborizó. Suspiré al sentirme enamorado de esas reacciones extrañas, pero muy normales en ella y solo me limité tomar un trozo de su omelette y se lo ofrecí.

—*No me importa que me mires... pero come* —ordené, ella obedeció—. *¿Pasarás unos días con tus padres?*

—*Sí* —respondió—, *les prometí que iría unos días allá... Amanda está en plena adolescencia y sé que necesita de mí.*

—*¿De los consejos de su hermana sobre chicos?*

—*Claro, tengo experiencia en ellos... en muchos* —bromeó, pero no me causó ninguna gracia—. *Estoy bromeando* —me aclaró—. *¿Tú empiezas las bromas y no te gusta que yo las siga?*

—*Imaginate con otros hombres no es que me causen mucha gracia.*

—*Pues, si yo hiciera lo mismo saldría perdiendo porque tú sí tienes una larga lista de mujeres* —se quejó—, *mi lista a lo mucho llega a los cuatro novios... incluyéndote* —aseguró

molesta, sonreí cuando empezó a comer y trató de ignorarme por varios segundos... me parecía tan hermosa—. *¿Qué?* —preguntó sin mirarme, pero sabiendo que yo seguía mirándola.

—*Lo siento* —me disculpé sabiendo que tenía razón—, *eso es algo que también se lo debo...* —admití sin saber por qué, ella me miró—. *Después de esa mujer se me ha hecho imposible confiar en los demás.* —Ella me miró con pesar—, *Maia acabó con todo lo bueno que había en mi vida.*

—*Pero ella ya no está* —susurró sujetando mi mano—, *tienes que vivir sin pensar en las cosas malas que ella hizo. Nicholas... ya no tienes 18 años, eres un hombre y no puedes vivir tu presente recordando los errores de tu pasado.*

—*Los errores viven sobre mí* —respondí con sinceridad—. *Yo puse a esa mujer sobre todos, sobre mi carrera, mis amigos... mi vida.* —Los recuerdos volvieron tan rápido que no pude ahuyentarlos—. *Viví un año con una mujer que aún hoy no logro saber quién era... amé a alguien que no existía, a alguien que yo inventé* —ella continúa en silencio—, *por eso solo buscaba sexo en las mujeres y luego las olvidaba tan rápido como las encontraba.*

—*Conozco esa historia...* —respondió poniéndose de pie.

Elizabeth caminó hacia la orilla de la playa y la seguí sin decir nada porque sabía que mis recuerdos le hacían daño.

—*Discúlpame* —susurró sorprendiéndome—, *no es fácil para mí escucharte hablar del amor que le tuviste a esa mujer.*

—*Liz*—susurré girándola hacia mí—, *he pasado 10 años burlándome del amor, de las personas que dicen sentirlo... hasta que llegaste tú.* —Acaricié su rostro y ella me miró con tristeza—. *Elizabeth, tú estás haciendo que yo crea en el amor, en un amor puro e incondicional... Un amor que nunca había sentido por nadie y que ahora siento por ti.* —Ella dejó escapar sus lágrimas y yo limpié sus mejillas—. *El amor que tú me das me gusta y me hace feliz... Elizabeth, tú me estás enseñando a amar de verdad.*

Ella me abrazó y se aferró a mis brazos con devoción, con el mismo amor que yo sentía por ella. Nos amábamos y eso era suficiente para tener las fuerzas para seguir luchando.

Caminamos abrazados hasta el muelle y nos sentamos al final de este. Ella movía sus piernas mientras las aves volaban sobre nosotros. Ella estaba en silencio, igual que yo, pero a su lado hasta el silencio era agradable.

—*¿Ella tuvo algo bueno?* —preguntó de pronto, yo la miré sin entender—. *No creo que te hayas enamorado de alguien que no tenía nada que valiera la pena, ¿quieres contarme?* —preguntó aún sin mirarme.

Respiré profundo y aunque me negaba a recordar, los recuerdos llegaron rápido, era como si hubiese abierto el cajón donde los había guardado años atrás.

—*Era alegre, divertida* —dije tratando de recordar algo realmente bueno de ella, pero no había mucho que rescatar—, *era sexy...*

—*Bueno eso no lo dudo* —respondió Liz con una voz extraña—, *me refería era a sus sentimientos.*

—*No puedo hablar de algo que te molesta* —dije acariciando su cabello, ella respiró profundo y sonrió sin diversión—, *te entiendo, no podría escucharte hablar de algún exnovio sin tener ganas de matarlo.*

—*Yo no puedo hacer eso, aunque ganas tengo* —aseguró frunciendo el ceño—, *pero quiero que me cuentes más...*

—*No recuerdo algo realmente bueno de ella* —admití—. *No tenía buenos sentimientos, era*

fría, ambiciosa, rencorosa, vanidosa... no había nada rescatable en ella.

—¿Solo te deslumbró su físico? —preguntó sin poder creerlo.

—No —respondí a su curiosidad—, es que en ese entonces yo era el niño de la serie, siempre me tenía que conformar con niñas que se deslumbraban conmigo por ser famoso, porque las mujeres solían deslumbrarse con James.

—Y ella sí te prefirió a ti...

—Es lo que pensé durante dos años —admití—. Fue lo que me hizo creer, pero no era así, fui su segunda opción —recordarlo me golpeó con fuerza—, y necesité de un video para creer en la palabra del que había sido mi hermano por años, necesité miles de gritos de William para empezar a abrir los ojos...

«««»»

Llegué a la casa de William con una gran sonrisa, sintiéndome el rey del mundo. Yo era Nicholas Carter y nadie era mejor que yo, lo tenía todo y era feliz.

Kate caminó hasta donde yo estaba, me sonrió con el mismo cariño de siempre y abrió los brazos para mí.

—No sabes lo feliz que me hace verte aquí —me dijo—, pensé que no vendrías.

—Lo siento, se me hizo un poco tarde —respondí y ella me llevó hasta donde estaban todos—. ¡Oh la fiesta empezó! —exclamé con visible alegría, abracé fuerte a William y le entregué mi regalo—. ¡Feliz Cumpleaños! —Me devolvió el abrazo, pero su mirada fue fría y sabía la razón, así que me giré y miré a Sam, Landon y James—. ¡Oh, mis hermanos! —grité con un tono irónico, ninguno sonrió—. Creo que la única que se alegra de verme eres tú, Kate.

—No digas eso —pidió ella—, todos estamos felices de que hayas llegado, ¿verdad cielo? —le preguntó a William y este sonrió después de respirar profundo—. Hemos estado esperando por ti... acérquense para tomarles una foto —ordenó y ninguno se negó.

—¿A ti si te da gusto verme? —le pregunté a Sam, él solo mantuvo su sonrisa amable, William se acercó y me puso el brazo sobre el hombro, lo miré avergonzado—. Lo siento —dije tratando de disculparme por presentarme en su casa en el estado que estaba.

—Hablaemos luego —prometió—. Únanse chicos, tendremos la foto del recuerdo.

—Quizá jamás vuelva a haber una segunda vez —agregué, Kate dejó de sonreír y me di cuenta de que la había preocupado—. ¡Es broma! Solo bromeo.

Una foto tras otra de medios, de personas, sobre nosotros, hasta que por fin terminó la fastidiosa sesión. Tomé una copa de la bandeja del mesero y bebí del vino para tratar de relajarme.

Caminé hasta el jardín y sentí el aire golpeando mi rostro, sabía que el efecto estaba pasando, sabía que dentro de poco me sentiría tan mal que no podría verle la cara a William por haber venido así.

—Pudiste ahorrarle el mal momento —susurró James detrás de mí—, hubiese sido mejor pensar que no lo aprecias a tener que recordar siempre que llegaste drogado a su casa—. Sus palabras me lastimaron.

—Ocúpate de tu vida y no te metas en la mía —respondí con amargura tratando de ocultar lo culpable que me sentía.

—Hemos llegado al punto en el que no vamos a seguir diciéndote qué es bueno o malo para ti —continuó a pesar de que le dije que no lo hiciera—, porque no eres capaz de verlo... pero ¿puedes hacernos un favor? —Lo miré de mala gana—. O hacérselo a William: Evítale la

decepción de verte así, tiene suficiente conmigo.

—Siempre queriendo ser el único... —comenté estúpidamente, él se detuvo frente a mí y no fui capaz de mirarlo.

—En este caso, daría mi vida por ser el único —aseguró con dolor—. Tú no debías meterte en esto, sabes lo jodida que es mi vida, sabes lo difícil que es querer salir.

—¿Y quién dice que quiero salir? —pregunté molesto—. Yo estoy bien, el problema lo tienes tú que no sabes controlarlo.

—¿Y tú si lo controlas? —preguntó molesto—. Entonces, supongo que planeaste joderle la noche a William, ¿verdad? —Me quedé en silencio—. Sé que no me crees y no te importa, pero todos seguimos y seguiremos aquí, cuando nos necesites, solo dilo.

—Gracia, pero de ti no necesito nada.

Él solo me observó con lástima y eso me puso de peor humor, pero sentí la mano de William en mi hombro y de inmediato me calmé.

—¿Además de venir en ese estado vas a iniciar una pelea en mi casa? —me preguntó y me sentí muy avergonzado—. Déjanos solos, James. —Este asintió y caminó lejos de nosotros—. ¿Era mucho cumplir con una condición? —me preguntó—. ¿Era mucho pedirte que no me permitieras verte así otra vez? —Aunque quise defenderme, no pude—. ¿Cuándo vas a abrir los ojos? ¿Cuándo te darás cuenta de que estás tomando el camino equivocado?

—Yo estoy bien, William... no me veas como si fuese James comiendo error tras error.

—No, no eres James, él está luchando por salir... tú no eres capaz de ver que te estás hundiendo.

—Estoy bien —insistí—. Todo está bien, estoy cumpliendo con las grabaciones.

—¿Y crees que eso me importa? —preguntó William—. No hablas con nosotros, ignoras a Sam, a Landon no le hablas y a James lo detestas... con suerte me hablas a mí y cada vez que estamos todos siempre sueltas palabras ofensivas.

—No he dicho nada, hoy me he portado bien.

—Hoy, porque está Kate y creo que aún recuerdas lo que es ser caballero, porque sé que ya no sientes que somos tus amigos.

—No lo son, ellos no... Sé que tú lo eres, pero estoy bien.

—¡No lo estás! —gritó sobre mí, me sentí aturdido y traté de controlar mi irritación—. Abre los ojos, ¡por Dios! Ella no es buena, ella te miente, Nicholas.

—No, tú no hagas lo que han hecho todos —le grité y él giró a mirar a los invitados dentro de su casa quienes no me había escuchado.

—¿Por qué todos tenemos que mentir? —me preguntó—. ¿Por qué todos menos ella? ¿Por qué crees ciegamente en alguien que apenas conoces?

—Porque ella no me engaña, porque me quiere, James solo miente.

—James no tiene nada que ver en esto —aseguró molesto—. Quien está diciendo esto, soy yo, ¿me crees capaz de mentirte? ¿Acaso vas a dudar también de mí?

«««»»

Mi memoria recordaba aquel momento, fue la primera vez que sentí miedo, miedo de que ella no fuera real, de que me hubiera mentido. Miedo de haber agredido a mis amigos sin razón.

—¿Creíste en él? —preguntó Liz alejándome de mis recuerdos.

—Me sembró la duda, pero no quise creerle, no en ese momento. —Ella me abrazó y sabía que trataba de apoyarme o darme fuerzas así que la rodeé en mis brazos—. ¿Por qué no vamos a bailar? —sugerí.

—¿Bailar? —preguntó sorprendida—. ¿Quieres ir a bailar?

—Sí, es algo que tampoco hago hace mucho —comenté sin darle mayor importancia—. ¿Qué tan buena eres bailando?

—Si te digo que sé bailar tan bien como se controlar mis celos, ¿te da una idea?

—¡Oh, Dios! ¿Tan mala eres? —Ella empezó a reírse y escucharla me llenó de felicidad—. Entonces, no solo te daré clases de buenos modales, también de baile.

—Oh, eso suena interesante —sabía que solo mentía—, espero que seas mejor profesor de baile que de buenos modales.

—Espero que seas mejor alumna de baile, que de buenos modales.

Sonreí y la ayudé a ponerse de pie. Ella tomó sus sandalias y caminamos descalzos por el pequeño muelle. Llegamos hasta la arena continuamos disfrutando de ese lugar, de nuestra compañía y de la felicidad que parecía acompañarnos en ese momento.

Me sentía bien a pesar de los recuerdos que estaban flotando en mi memoria. A pesar de haber dejado salir toda la mierda que me atormentó durante años, junto a ella me sentía fuerte y capaz de superarlo todo. Con Elizabeth todo se veía diferente, todo parecía nuevo... estaba volviendo a vivir y todo se lo debía a ella.

30 – Recuerdos que duelen.

Cuando regresamos al hotel noté que Frank nos estaba siguiendo, pero tomaba la suficiente distancia para no incomodarnos. Miré de nuevo a Nicholas y suspiré al darme cuenta de que el Sol empezaba a hacer maravillas con su pálida piel.

Estaba luciendo un bronceado maravilloso, sus labios estaban más rojos y se veía tan relajado que me hacía sentir más cautivada. Sin que pudiera evitarlo tomé mi cámara y capturé el momento para la eternidad. Él como siempre hizo una mueca de desagrado.

—*Nunca voy a acostumbrarme a que hagas eso* —aseguró.

—*Pues, deberías hacerlo* —sugerí—. *Soy fotógrafa y tu rostro es de mis favoritos.*

Él volvió a sonreír haciendo que el amor que sentía dentro de mí me abrumara. Me sentía como una adolescente deslumbrada con el chico popular de la escuela, como una porrista enamorada del capitán del equipo de fútbol, como un simple mortal frente a un *dios griego*: enamorada, perdidamente enamorada.

Al llegar a nuestra suite, él recibió una llamada y yo deseé que no fueran malas noticias, pero al escucharlo saludando a William me sentí más tranquila así que decidí dejarlo solo y aproveché el momento para pensar en qué debería usar para nuestra primera noche en la isla.

Me debatía entre un vestido azul y otro verde, pero al ver lo corto que era el de color verde, me lo pensé mejor. Sabía que podría ocasionar una discusión innecesaria con él y que debía elegir el azul, pero mi alma rebelde se negó a portarse bien y terminé eligiendo el diminuto vestido.

Sabía que iba a tener que aplicar todo mi reciente conocimiento de manipulación para lograr salir victoriosa de ese momento, pero ese vestido me encantaba y no iba a desecharlo sin luchar.

Después del refrescante baño decidí tomarme un tiempo prudente para maquillarme a pesar de que no solía hacerlo con frecuencia. Maquillé mis ojos con un delineador negro que los hizo lucir más vivos, mis labios los pinté de un rojo sangre que le iba muy bien a mi pálida piel. Cuando estuve lista fui por el diminuto vestido verde y me lo puse sabiendo que estaba a punto de ocasionar la Tercera Guerra Mundial, pero me quedaba tan bien que tomé valentía para enfrentar nuestra próxima batalla de poder.

Me temblaron las manos cuando estuve a punto de ir a donde él estaba y no era por temor, solo que no me gustaba verlo de mal humor, pues, aunque no lo admitiera en voz alta, casi siempre me resultaba muy atemorizante. Tomé aire, volví a mirarme al espejo, al ver lo linda que estaba luciendo me hice la valiente y abrí la puerta.

Me sorprendí al verlo de pie en el balcón, con el cabello húmedo y luciendo una ropa limpia y casual. Había elegido un pantalón negro y una camisa azul que lo hacían lucir irresistiblemente perfecto. Él sonrió aun sin mirarme y luego giró hacia mí.

La sonrisa se le borró de los labios apenas me vio, respiré profundo mientras su mirada iba de mis piernas hasta mi rostro. Levantó una ceja y se quedó en absoluto silencio por varios segundos hasta que suspiró.

—*Supongo que pretendes salir así* —preguntó con el ceño fruncido y mirando mis piernas.

—*Es la idea* —respondí con una voz más suave de lo normal—, *dijiste que iríamos a bailar y estoy lista para hacerlo.*

—¿Tú y yo no hicimos un acuerdo?

—Sí, pero... —Caminé en medio de la habitación y me detuve casi frente a él—, *es que me gusta este vestido, creo que luzco bien y quiero verme bonita junto a ti* —El ceño de su frente se suaviza un poco y hasta creo que va a sonreír—, *quiero que cuando me vean junto a ti digan “Oh, qué bonita es la novia del señor Carter”. Entonces, así no me sentiré como una simple mortal junto a ti.*

Él mordió su labio inferior para no reírse y yo hice lo mismo porque sabía que mis palabras estaban teniendo el efecto que esperaba. «*¡Eres la mejor, Elizabeth!*».

—*Me estás manipulando* —dijo soltando las palabras lentamente mientras yo seguía luchando por no reírme.

—¿Yo? *Sería incapaz.* —Dio dos pasos y se detuvo frente a mí—. *¿Acaso es malo querer verse bien junto a un dios griego como tú?*

—*¡Detente!* —ordenó—. *Deja de manipularme porque sé que lo haces.* —Fingí avergonzarme y eso finalmente lo hizo sonreír—. *Está exageradamente corto.*

—¿No te gusta? —pregunté fingiendo tristeza, él no respondió—. *De acuerdo, me cambiaré* —giré esperando que me detuviera y casi me fue imposible reprimir mi sonrisa cuando lo hizo.

—*No te lo quites, te ves hermosa.* —«*¡Elizabeth Coleman= 1, Nicholas Carter= 0!*»—. *Y deja de sonreír que, aunque esta vez me deje manipular por ti, no siempre correrás con la misma suerte.* —Me hizo girar y no pude evitar sonreír. Él se inclinó un poco y llevó sus manos a mi espalda y las bajó lentamente hasta el final de mi vestido haciéndome temblar—. *Dios... me produces tantos malos pensamientos.*

—*Tus malos pensamientos hacia mí son muy buenos* —respondí antes de colgarme de su cuello, mientras él continuó apretando mi trasero—. *No hagas eso que no querré salir de aquí.* —Él sonrió y me besó logrando que todo en mi interior se estremeciera de inmediato.

—*Voy a esperar impaciente volver aquí para quitarte este diminuto vestido y hacerte el amor toda la noche.*

Sonreí con descaro ante su excitante promesa. Volvió a besarme y luego se alejó dejándome con las ganas de obligarlo a calmar ese calor que había ocasionado en mi interior, pero tuve que controlarme porque sabía que no sucedería, no en ese momento.

—*Los premios son para los que se portan bien... y tú, tú siempre estás desafiándome* —me acusó, le hice una mueca a su comentario—. *Ya quita esa cara, yo ya quité la mía al verte usando un vestido tan corto aun cuando te pedí que no lo hicieras.* —Respiré profundo y traté de no hacer drama, acarició mi rostro y mordió mis labios—. *Además, prometo que cuando regresemos voy a compensarte.*

—*Quiero que me compenses ahora* —dije casi suplicando, él sonrió y volvió a besarme.

—*No se castiga y luego se recompensa.*

—*¡No soy una niña!* —me quejé.

—¿*En serio?* —preguntó haciéndome sentir avergonzada porque me estaba comportando como una; sin decir nada más me abrazó a él y sentí sus labios sobre mi frente, lo miré con tristeza, pero él sonrió—. *¿Qué hago contigo?*

—*Yo podría darte muy buenas ideas* —respondí, él empezó a reírse logrando que mi mal humor se fuera—. *Amo cuando ríes... aun sabiendo que es porque te burlas de mi frustración.*

—*Oh, no me burlo... lo disfruto* —respondió el muy descarado al tomar mi mano y presionarla contra su pantalón—. *Digamos que, al castigarte, también me castigo yo...* —Mi mano se movió sobre su deliciosa erección, pero él me detuvo—. *No, quiero salir contigo así que*

portarte bien.

Suspiré mientras el rozaba su nariz con la mía. Lo miré con pesar, pero al ver la gran sonrisa en su rostro dejé de hacer dramas y sonreí también porque verlo feliz siempre me llenaba el corazón de felicidad. Saber que podía equilibrar sus recuerdos con su presente era algo que me hacía muy feliz porque mientras él estuviera bien yo también podría estarlo.

Frank esperaba por nosotros fuera del hotel, en un auto negro que habían rentado. Disfruté de la vista por mi ventana mientras la mano de Nicholas no liberaba la mira y parecía disfrutar también de ese paseo.

En la puerta del club al ver nuestras pulseras nos hicieron entrar de inmediato. Imaginé que eso significaba que él tenía el dinero suficiente para merecer semejante trato y aunque me pareció injusto por los que estaban haciendo una fila, no me quejé porque esa noche no quería salvar al mundo, solo a él.

Fuimos guiados hasta el segundo piso en un área con sofás de piel y mesas de vidrios pequeñas. El primer piso estaba copado de gente bailando y disfrutando de la música electrónica, a mí me alteraba un poco pero no me quejé porque Nicholas movía sus dedos sobre la mesa y su buen ánimo era suficiente para mí.

—*¿Mucho ruido para tu gusto?* —me preguntó al oído.

—*No, está perfecto* —mentí cuando trajeron mi copa de piña colada y él levantó su vodka—. *¡Salud, por ti y tu maravillosa sonrisa!* —grité, él sonrió.

—*Por ti y ese modo magnífico de hacerme feliz.* —Amé sus palabras, pero no dije nada, solo bebí de mi copa—. *Cuéntame algo de ti que no sepa* —pidió al rodearme el cuello con su brazo.

—*Eh... ¿Cómo qué?* —pregunté sin saber que podría ser interesante para él.

—*Lo que sea, gustos, preferencias, ¿anécdotas? Lo que quieras.* —Él besó mi nariz mientras esperaba a que yo hablara.

—*Me gusta el chocolate* —Nicholas rió de mi respuesta, porque ya sabía—, *me gusta la música romántica... Adele es mi favorita* —Él rió de nuevo y yo seguí embobada mirándolo con amor—, *soy rebelde, algo terca... también soy un poquito celosa...* —Él levantó una ceja y yo sonreí—. *Y estoy enamorada.*

—*¿En serio? ¡Qué interesante!* —dice fingiendo seriedad—. *Vamos... tiene que haber algo que yo no sepa.*

Lo pensé porque en verdad estaba segura de que no había nada que no le hubiera dicho, pensé en mi familia, mis amigos y terminé contándole algo que después lamenté haber mencionado...

—*Perdí mi virginidad a los 18 años...* —su sonrisa desapareció—, *pensaba que podría ir a la cárcel si tenía sexo siendo menor de edad.* —De nuevo sonrió, pero sin mucho entusiasmo, así que dirigí mis confesiones hacia otro lado menos incómodo—. *Tengo una sola mejor amiga, no la veo tan seguido, pero cuando nos encontramos nos contamos todo.*

—*Vaya... pensé que no tenías amigas* —comentó bebiendo de su vaso.

—*Solo Giselle, somos amigas desde la infancia, pero ella sigue en Stanford y yo me mudé a New York, por eso no nos vemos tan seguido... pero cada lunes nos llamamos por teléfono y nos contamos las cosas importantes que nos han pasado.*

—*¿Le has hablado de mí?* —me preguntó y yo sonreí.

—*Sí, pero lo hice después de que dijiste que éramos novios.*

—*¿Por qué?* —me preguntó.

—*Porque pensé que solo sería sexo y adiós. Esa era tu idea, ¿no?*

—*Sí y parecía perfecta, pero, no me di cuenta de que podrías ser adictiva* —Se inclinó hacia

mí y acarició mi nariz con la suya—, *eres la única adicción que espero jamás superar, Elizabeth.*
—*Yo también lo espero.*

Nicholas me dio un beso profundo y apasionado que alteró mi calma, pero se alejó tan pronto que no tuve tiempo de dejarme absorber por la necesidad que tenía de él.

—*Por cierto, mi amiga está embarazada.*

—*Oh... ¿Y te emociona?* —me preguntó sorprendido.

—*¡Claro! Seré la madrina, y, además, si es niña le pondrán mi nombre.* —Él volvió a sonreír y acarició mi rostro—. *Me emociona porque ella es feliz, tiene una vida muy tranquila, familiar... Todo con lo que soñaba cuando éramos niñas.*

—*¿Y qué era lo que soñabas tú?* —preguntó muy interesado.

—*Exactamente lo que tengo ahora* —confesé—, *soñaba con mudarme a New York, vivir sola, trabajar en una revista de temas políticos...*

—*¿Políticos?* —preguntó riéndose.

—*¿De qué te ríes? Fotografíar gente hipócrita es interesante* —Su risa se hizo más profunda al oírme—, *es que la moda no va conmigo, así que sería hipócrita si me dedicaba a eso.*

—*Pero ahora trabajas en una revista neutral.*

—*Oh sí, pero eso fue gracias a Andrew, él me avisó del puesto y pues, aunque lo niegue, estoy segura de que gracias a él me eligieron.*

—*No lo creo, he visto tus fotos... eres muy buena* —yo sonreí y bebí de mi copa—, *hablo en serio.*

—*Gracias* —respondo algo avergonzada—, *me gusta mi trabajo, Martin es genial, lo admiro y admiro mucho el trabajo de Andrew, él es un periodista muy objetivo y su trabajo es insuperable*—. Al mencionar a Andrew me vi extrañando a mi rubio perfecto. Aunque ya no era el único rubio perfecto en mi vida.

—*Lo quieres* —concluyó y aunque traté de ver la molestia que eso le causaba, me sorprendí al ver que no era así—, *y él a ti, como una hermana...* —aclaró y yo sonreí—. *Es bueno que tengas a alguien que te quiera y cuide de ese modo, aunque me fastidie, es bueno que lo tengas.*

—*Andrew es genial... dice que soy su Barbie, me lleva al spa y me obliga a hacerme tratamientos faciales, y tantas cosas que me aburren.*

—*¿En serio?* —preguntó riéndose—. *¿Él va a un spa?*

—*Cada semana y cada 15 días me obliga a ir con él*—. Nicholas rió y se puso de pie cuando empezó una nueva canción.

—*Vamos a bailar*—. Extendió su mano y yo negué.

—*Te dije que soy mala bailando...*

—*No te dejaré caer* —prometió con dulzura, así que, aunque hubiera querido negarme terminé tomando su mano y caminando hacia el primer piso.

Lo escuché cantar de forma graciosa mientras llegábamos al centro de la pista de baile. Nicholas empezó a moverse frente a mí con una sensualidad que le salía tan natural. Intenté imitarlo, pero en verdad estaba segura de que había nacido con dos pies izquierdos.

Él me tomó de la cintura y me presionó a su cuerpo logrando que nuestros movimientos fueran sincronizados y perfectos. El deseo aumentó cuando las luces se apagaron y solo unas cuantas parejas giraban a nuestro alrededor. Su mano bajó hasta mi trasero haciéndome temblar mientras cantaba en mi oído. Sin esperarlo él buscó mi boca y me besó con pasión logrando que mi cuerpo ardiera de deseo y sabía, porque podía sentirlo, que él me deseaba del mismo modo.

La canción terminó y aunque éramos conscientes de ello, no dejamos de besarnos. Una música

electrónica empezó a retumbar sobre nosotros, pero estábamos tan sumergidos en nuestra propia danza que no le dimos importancia.

Abrí los ojos para mirarlo y me di cuenta de que toda la discoteca estaba a oscuras y solo una luz plateada titilaba sobre nosotros. Él me apretó fuerte a su cuerpo haciendo que el deseo aumentara al sentir su erección golpeándome.

Una mujer chocó con nosotros al bailar logrando interrumpir nuestro baile prohibido. Ambos la miramos mientras ella giraba y giraba de forma extraña... parecía poseída. Miré a Nicholas haciéndole una mueca por la mujer, pero él estaba paralizado mirándola. Su sonrisa había desaparecido y en su rostro solo podía notar el asco que le producía esa mujer. Él la estaba mirando, pero en su rostro no se reflejaba gusto o admiración, solo asco, desagrado y creo que hasta miedo.

Me di cuenta cuando la mujer se alejó más de nosotros que Nicholas ya no la estaba mirando, fue en ese momento que supe que estaba sumergido en algún recuerdo que empezaba a lastimarlo.

—*¡Nicholas!* —grité intentando que reaccionara. Tomé su rostro y él me miró, pero su mirada seguía perdida—. *Mírame* —le pedí, él pestañeó dos veces mientras yo le acariciaba el rostro—. *Vuelve conmigo... vuelve aquí* —le supliqué mientras besaba sus labios—. *No pasa nada... no pasa nada.*

Nicholas me tomó de la cintura y volvió a besarme, pero ese fue un beso desesperado. Sus labios se movieron sobre mi boca buscando el camino para regresar a mí y yo solo correspondí a su necesidad esperando poder ayudarlo.

—*¿Estás bien?* —pregunté cuando la música cesó.

—*Sí* —respondió mirándome con preocupación—. *Lo siento... Yo...* —Me impulsé y lo besé para que no pudiera decir nada más, él me sonrió con pesar—. *Gracias.*

—*No agradezcas nada, solo quiero saber que estás bien, que estás aquí.*

—*Estoy aquí* —prometió con pesar—. *¿Podemos irnos?*

—*Sí, fue suficiente baile para mí* —dije tratando de bromear, pero no hice un buen trabajo—. *Vámonos.*

Él tomó mi mano y salimos del club sin mirar a nadie. Mi corazón estaba a toda velocidad y me sentía tan triste por él. No quería verlo sufrir, no quería que tuviera otra crisis por culpa de esa mujer.

Mientras Frank conducía ambos estábamos en silencio. No sabía que decirle, temía que pudiera seguir sumergido en sus malos recuerdos, temía que se sintiera mal y no sabía cómo ayudarlo.

Al llegar al hotel, él tomó mi mano para ayudarme a bajar el auto y juntos nos dirigimos hacia el ascensor, Frank nos adelantó y presionó el botón, poco después las puertas se abrieron y yo entré, pero Nick soltó mi mano.

—*¿Te molesta si doy una vuelta?* —preguntó, el miedo recorrió mi cuerpo—. *Solo... solo necesito unos minutos, ¿sí?*

«*Déjalo, Elizabeth, necesita estar solo*», susurró mi voz interna.

—*Está bien, estaré arriba* —dije a pesar de que quería hacer todo lo contrario—. *¿Estás bien?*

—*Sí, solo... quiero despejarme un poco, en un momento subiré.* —Asentí y él giró hacia Frank—. *Acompáñala hasta la suite, solo iré a caminar un poco.*

Frank no parecía más contento que yo con la idea de dejarlo solo, pero obedeció de inmediato. Subió al ascensor y este empezó a cerrarse dejando a Nicholas lejos de mí.

—¿Estará bien? —le pregunté a Frank sin mirarlo.

—Sí, no se preocupe —respondió con tranquilidad.

Quise pedirle que fuera por él, que estuviera cerca por si lo necesitaba, pero él le había dado una orden y sabía que Frank haría lo que le habían pedido. Observé el ascensor subiendo piso por piso hasta que llegamos al nuestro. Busqué la llave y Frank me ayudó a abrir la puerta.

—Estaré aquí por si necesita algo —susurró él.

—No es necesario, no saldré.

Él me regaló una sonrisa y le dije adiós antes de cerrar la puerta. Caminé hacia el balcón y dejé que las ganas de llorar me invadieran. Me dolía verlo sufrir, ver como esos recuerdos siempre lo lastimaban. Me dolía no poder ayudarlo, no poder estar con él ni curar su tristeza.

Después de llorar un poco, me senté sobre el sofá deseando que él apareciera por la puerta y me asegurara que todo estaba bien. La noche estaba muy silenciosa, podía escuchar el romper de las olas y los recuerdos bonitos de ese día ayudaron a sentirme mejor.

Como cada vez que me sentía así, tomé mi teléfono y marqué al número de mi mejor amigo. Sabía que era tarde y que ya debía estar durmiendo, pero necesitaba hablar con él.

—¿Nena, estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí —respondí de inmediato—. *Estoy bien, lamento haberte despertado.*

—Está bien, cariño —susurró—, *no pasa nada... dame un segundo* —Esperé en silencio un momento hasta que él volvió a hablar.

—*Ya está, salí de la habitación para no despertar a Mickey... ¿Qué sucede, nena?*

—Él sufre —lamenté con dolor—, *y no puedo ayudarlo, no sé qué hacer para ayudarlo.*

—*Amarlo, eso es lo que puedes hacer* —aseguró mi mejor amigo—. *Dime qué sucedió.*

—*Estábamos bailando en un club, una mujer bailaba cerca de nosotros. Él la miró y se perdió en sus recuerdos... vi el asco, el miedo en su rostro... le recordó a ella.*

—*Oh, nena...*

—*Tuve miedo* —confesé—, *pensé que tendría una crisis... ella lo lastimó mucho Andrew.*

—*Lo sé, nena, pero él está intentando superarlo... lo está hablando contigo y es lo que su doctor dijo que necesitaba... solo tienes que ser fuerte, tienes que entenderlo, no juzgarlo.*

—*No lo he juzgado* —respondí—, *ni siquiera me molestó que mirara a esa mujer, solo me asusté, pensé que él... pensé que se pondría mal otra vez.*

—*Está siendo fuerte, también lo hace por ti, porque sabe que te mortificas* —sabía que Andrew tenía razón— *¿Dónde está ahora?*

—*Me dijo que necesitaba estar solo... no quería dejarlo solo.*

—*Hiciste bien en darle espacio, tienes que confiar en él y hacer que él confíe en sí mismo* —recomendó mi mejor amigo—. *Sé que es difícil para ti, pero tienes que ser fuerte para que él supere toda esa mierda.*

—*Lo sé... pero no sé cómo ayudarlo.*

—*Todo lo que puedes hacer por él es estar a su lado, llenarlo de amor y demostrarle que eres la mejor mujer que ha podido encontrar* —sonreí ante sus halagos—, *porque lo eres Elizabeth, eres fuerte, buena, noble, dulce, hermosa... Nicholas Carter no hubiera podido encontrar a nadie mejor que tú... no existe alguien mejor que tú para él.*

—*Te quiero tanto* —le dije y lo oí sonreír—, *eres el ser humano más hermoso que he conocido en mi vida.*

—*Lo sé, soy irresistible* —bromeó logrando que me riera—. *Eso es, sonríe. Cuando él tenga ganas de llorar, tu sonrisa lo hará feliz y todo se verá mejor.* —«Te quiero tanto. Andrew»—.

No te mortifiques, ve a la cama y espera que vuelva, mañana el Sol se saldrá y brillará también para tu señor oscuro.

—*Gracias Andrew, lamento haberte despertado, pero realmente necesitaba hablar con alguien.*

—*No te disculpes, sabes que estoy aquí para ti, puedes llamarme siempre que necesites.*

—*Te quiero tanto...*

—*Yo más, nena, ahora ve a descansar, seguro no debe tardar.*

—*Sí, lo haré. Gracias, Andrew... Te quiero.*

—*De nada, nena... también te quiero.*

Al terminar la llamada me sentía mucho mejor, hablar con Andrew siempre me hacía bien, él siempre me ayudaba a entender mejor las cosas y con Nicholas, no era la excepción. Andrew tenía razón, debía ser fuerte para mi *dios griego*, debía sonreír para que la tristeza se alejara de él y era lo que haría.

Caminé hasta la habitación y busqué el pijama de seda negra que Andrew me había regalado alguna vez. Me quité el vestido y fui a la ducha para librarme de ese calor que aún recorría mi cuerpo. El agua tibia me ayudó a relajarme y la crema hidratante con aroma a vainilla me hizo sentir mejor. Me coloqué el pijama y en mi celular elegí el disco de Adele, me metí a la cama y me abracé a su almohada deseando que pronto apareciera y me dijera que todo iba a estar bien, que él iba a estar bien.

Creo que estaba quedándome dormida porque ni siquiera lo oí llegar. Solo cuando sentí la cama moverse me desperté asustada.

—*Soy yo* —me susurró, froté mis ojos mientras él se metía en la cama, abrí mis piernas cuando subió sobre mí y acarició mi rostro—, *lo siento* —susurró.

—*No, no te disculpes no hiciste nada malo* —respondí acariciando su rostro—. *¿Te sientes mejor?*

—*Sí, mucho mejor.* —Sabía que era cierto, podía verlo en sus ojos—. *¿Tienes una idea de lo mucho que te quiero?* —preguntó haciendo que mi corazón se acelerara—. *¿Tienes una idea de lo feliz que soy contigo?* —Besó mi cuello y mi cuerpo se estremeció—. *¿Tienes una idea de lo mucho que te deseo?*

—*No más que yo a ti* —respondí, él besó mi hombro y con su lengua empujó la tira de mi pijama.

Lo miré y disfruté del fuego cubriendo su mirada, la pasión reflejada en el azul de sus ojos. Me sonrió antes de tomar con sus dientes la tela de seda y empujarla hasta dejar mis pechos libres. Temblé cuando atrapó uno de mis pezones con sus dientes.

—*Oh, Nick...*

—*Oh, mi pequeña* —susurró mientras mi deseo aumentaba más y más con su deliciosa boca—. *Llegó la hora de quitarnos la frustración.*

—*Oh, eso me agrada* —respondí con dificultad mientras acariciaba su cabello—. *¿Me he portado bien? ¿Merezco ser premiada?* —pregunté, él sonrió mientras llevó su mano entre mis piernas y presionó mi humedad—. *Oh...*

—*Te has portado tan bien que voy a recompensarte por eso.*

Nicholas se sentó sobre la cama y terminó de quitarme el pijama. Nos besamos con desesperación, con la misma necesidad que teníamos uno del otro.

—*Te amo* —susurró—, *eres todo lo que quiero en esta vida* —aseguró mientras me hacía el amor—. *Te amo tanto, Elizabeth.*

—*Yo también te amo, Nick.*

Él me besó y se movió dentro de mí logrando que todo mi cuerpo temblara. Me regaló una sonrisa, solo una sonrisa, pero en ella vi la felicidad. Él era feliz, en ese instante mientras me hacía suya él era feliz y eso me llenó de alegría, de esperanza... de amor. Mi chico había estado solo y herido por más de una década, sabía que curar sus heridas y borrar todos esos malos recuerdos sería difícil, pero juntos íbamos a lograrlo., juntos superaríamos cualquier cosa porque nos teníamos el uno al otro., porque nos amábamos y eso era todo lo que necesitábamos.

Abrí los ojos cuando no lo sentí junto a mí. Me moví sobre la cama vacía y lo vi de nuevo en el balcón. Estaba usando un short a cuadros y su torso estaba desnudo. Tenía un tatuaje en la espalda que decía DANGER en letras separadas y eso era lo que me ayudaba a imaginarlo en su juventud, al hombre que debió ser, tan diferente al que día a día se vestía con un traje *Hugo Boss* e impresionaba a todo el mundo con su seriedad, pero ese no era el hombre que yo estaba conociendo y al que estaba amando con locura cada día.

Salí de la cama, caminé hasta él y lo abracé de la cintura. Olí su piel y me hormigueó el cuerpo al sentir su calor. Él sujetó mis manos y me hizo abrazarlo más fuerte. Sonreí cuando giró y me regaló una maravillosa sonrisa.

—*¿Por qué estás despierta?* —preguntó mientras me acurruqué en su pecho.

—*Porque me sentía sola en esa cama* —respondí, él me besó la frente—. *¿Tú por qué no duermes?*

—*Se me quitó el sueño* —dijo—, *además, ver el amanecer es algo que no hago hace mucho.*

—Me hizo girar y sonreí emocionada al ver el cielo pintado de un color naranja hermoso debido al Sol—. *Hermoso, ¿verdad?*

—*¡Sí!* —exclamé emocionada—. *¿Y pensabas verlo sin mí?*

—*Parecías feliz durmiendo, no quise despertarte.*

Me haló hasta la silla que había en el balcón y se sentó, me sujetó de la cintura y me hizo caer sobre sus piernas, me rodeó con sus brazos y besó mi frente. Me sentí tan completa, tan feliz, como si no necesitara nada más en la vida, como si Dios me hubiera dado todo y pudiera sentirme dichosa por ello. Poco a poco el cielo se tornó azul, el día había llegado y el Sol había salido para ambos.

—*Nunca me dejes, Elizabeth* —suplicó sorprendiéndome, giré para mirarlo y él de nuevo estaba serio—, *aunque a veces no sea el hombre que quisieras en tu vida, trata de entenderme y siempre recuerda que te amo.*

—*No voy a dejarte* —le prometí—, *no iré a ningún lado sin ti. Porque eres el hombre que quiero en mi vida y de solo pensar en no estar contigo siento que puedo morir* —Siguió en silencio, pero podía ver el miedo en sus ojos—, *no vamos a separarnos.*

—*Es lo único que me asusta en este momento* —agregó muy serio—, *a veces, creemos tener una vida perfecta y luego...* —Me incliné y besé sus labios para hacerlo callar.

—*Estás comparando nuestra relación con la que tuviste en el pasado.*

—*¡No!* —respondió incómodo—. *No es eso, no estoy comparando solo que...*

—*Nicholas* —lo interrumpí besando su nariz con amor—, *tenemos una relación normal, discutimos y tenemos problemas porque no somos iguales, porque nos estamos conociendo y es normal discutir.* —le aseguré—. *Quizás ahora lo veas de otra manera porque has vivido mucho tiempo solo, pero estamos bien... yo estoy bien contigo, me siento completa contigo.*

—*Y yo contigo* —respondió con una sonrisa—. *Prometo que vamos a estar mejor cada día.*

—¿Mejor que esto? —pregunté abrazándolo con fuerza—. *Creo que puedo morir de amor contigo.*

Él volvió a abrazarme y continuamos disfrutando un poco más del amanecer.

Cuando mi reloj marcó las nueve de la mañana, tocaron nuestra puerta y dos personas entraron con nuestro desayuno. Nicholas los despidió y se sentó en la mesa junto a mí, pero estaba concentrado revisando un *email* que le había enviado Ashlee.

Me había pedido que empezara a comer, pero me negué a hacerlo sin él porque sabía que sería capaz de pasar el día trabajando. Tomé una de las revistas y le di una ojeada rápida, no había nada interesante en ella así que decidí tomar una de esas revistas de chismes que venían con los diarios.

Casi se me cayó de las manos al ver una imagen nuestra en el lago de los delfines. Pasé página a página y comprobé que nos habían dedicado casi todas. Tenían varias fotos nuestras en la playa, en el lobby del hotel, caminando de la mano...

“Millonario Nicholas Carter de vacaciones con su novia”

«¡Oh, Dios mío!».

—*Listo, ya terminé* —anunció, pero yo ni siquiera giré a mirarlo porque seguía en shock viendo todo lo que habían publicado sobre nosotros. Nicholas se asomó para ver lo que me tenía tan consternada y me preparé para oír su gran queja—. *Creía que solo había salido en la televisión.*

—¿*En la televisión?* —grité espantada, él se encogió de hombros y sonrió dejándome totalmente confundida—. *¿Cómo es que...?*

—*Soy una figura pública, Elizabeth...* —comentó con tranquilidad—, *la gente me reconoce, toma fotos, las vende... siempre es así* —aseguró con tranquilidad mientras tomaba un trozo de pan—. *Bueno, creo que jamás me habían fotografiado con una mujer y supongo que esa es la razón de que nuestras fotos estén en todos los medios* —intenté tomarlo con la misma tranquilidad que él, pero me resultó imposible—. *Creo que debemos hablar...* —dijo de pronto tomando una postura más seria.

—¿*De qué?* —pregunté asustada, él miró de nuevo las imágenes y suspiró.

—*Después de esto no me sorprendería si te siguen.*

—¿*Seguirme?* —grité— *¿Quién?* —Él volvió a mirar las revistas—. *¿La prensa?*

—*Sí, me sorprendió que después de las fotos en la inauguración del hospital no te acosaran, pero no creo que después de esto, corras la misma suerte.,*

—*A ti no te molestan...* —me quejé—, *¿por qué lo harían conmigo?*

—*Elizabeth, que no estén sobre mí no significa que no estén siempre detrás* —me sentía tan confundida—, *durante años no les he dado noticia de su interés, pero estoy seguro de que ahora no será igual.*

—*Bueno, pero la figura pública eres tú* —dije, él me miró molesto, pero extendió su mano y tomó la mía.

—*Liz, eres mi novia y ahora tú también eres de su interés*—. *Creo que palidecí al escucharlo. «¡No! ¡Yo no! ¿Está loco? ¿Yo por qué?».*

—*Voy a contratar un guardaespaldas para ti.*

—¿*Qué?* —grité asustada—. *¡No! No... ¡No! ¿Estás loco?* —Me levanté de la mesa y lo miré sin creerlo—. *¡NO!*

—*Elizabeth, vas a tener a la prensa sobre ti apenas volvamos. Yo sé manejarlo, pero tú no.*

—*¡No me importa!* —grité de nuevo—. *No andaré con una sombra junto a mí. ¡Ya tengo una*

y esa me gusta!

—*¡No sea infantil!* —pidió molesto—. *Es por tu seguridad, me quedaré más tranquilo.*

—*Puedes quedarte tranquilo, yo podré manejar esto.*

Nicholas me miró molesto y sabía que quería seguir discutiendo, pero el sonido de mi teléfono interrumpió nuestra pelea. Caminé hasta el sofá y lo tomé.

—*No hemos terminado* —gritó mientras caminaba a la habitación y me dejaba sola para responder mi llamada. Respiré profundo y traté de modular mi voz al responder.

—*Hola, Andrew* —saludé sin ninguna emoción.

—*Hola nena. ¿Te interrumpo?* —preguntó con un tono de voz que se me hizo extraño.

—*No... ¿qué pasa?*

—*Nena, ¿has visto los periódicos, revistas?* —Entonces, comprendí por qué había llamado—. *¡Tú y Nicholas son la noticia del momento!*

—*Sí, lo acabo de ver, justo estábamos hablando de eso.* —Caminé hasta el balcón y me senté en una de las sillas—. *¿Puedes creer que quiere ponerme un guardaespaldas?*

—*Me parece una excelente idea* —respondió y aunque esperé que empezara a reír no lo hizo.

—*Hablas... ¿Hablas en serio?*

—*Sí Liz, esto aquí está intenso, han venido de todos los medios tratando de saber algo de ti, han tratado de entrevistar a Martin, a Clare... a todos.* —Empecé a sudar frío de solo imaginarlo—. *Nena, hablo en serio, si Nicholas viera lo que está pasando aquí no te pondría uno, sino, tres guardaespaldas.* —Me sentí enferma de solo imaginarlo—. *Están detrás de ti, quieren saberlo todo.*

Fue en ese momento cuando comprendí que mi vida estaba a punto de cambiar y me sentí perdida, alterada, asustada. Mi vida siempre había sido tranquila, nunca me gustó llamar la atención de nadie, me gustaba mi perfil bajo, era de las que no le gustaban atenciones y en ese momento estaba siendo afectada por el simple hecho de ser la novia de Nicholas Carter.

—*¿Liz? ¿Hola?* —dijo Andrew al otro lado del teléfono y me obligué a prestarle atención—. *¿Nena, estás allí?*

—*Sí, sigo aquí...* —Nicholas apareció y me miró con amor, con ese amor que lograba hacer que me desmayara internamente.

—*Nena...* —susurró Andrew—. *Tienes que aceptar que él es una figura pública, sabes que todos, me incluyo, hemos sentido curiosidad sobre su vida privada, nunca lo hemos visto con una mujer y ahora eres esa mujer... sabes que estarán detrás de ti.*

—*Lo sé* —respondí intentando no hacer más drama, pero ciertamente para alguien que ama no llamar la atención como yo, eso era demasiado—, *no te preocupes.*

—*Pon a Nicholas al teléfono...*

—*¿Qué?* —pregunté sorprendida—. *¡No! ¡No está!* —exclamé, pero Nicholas estaba mirándome y al suponer que hablaba de él me regaló una mala mirada—. *Hablamos luego, Andrew.*

—*Me lo pasas o soy capaz de llamarlo a su teléfono* —amenazó mi mejor amigo, «*¿Él tiene el número de Nicholas?*»—. *Guardé su número cuando me llamaste para mi cumpleaños.* —«*Rayos*».

—*Andrew, no hace falta...* —respondí, pero Nicholas se acercó a mí y extendió su mano.

—*¿Él quiere hablar conmigo?* —preguntó, quería mentirle y él lo sabía—. *¿Me lo pasas o lo llamo yo?*

Empezaba a sentirme enferma por toda la preocupación que sentían por mí.

—*¡Les recuerdo a los dos que soy una mujer adulta y no necesito de ustedes para protegerme porque no hay nada que proteger!* —grité antes de darle mi teléfono a Nicholas.

—*Hola, Andrew* —saludó Nicholas ignorando mi queja. Lo vi frunciendo el ceño y en segundos su mal humor apareció—, *no te preocupes, yo me encargaré de eso...* —prometió molesto—. *Tienes mi número, llámame si se presenta alguna novedad.* —Giré los ojos al escucharlo hablar como si ellos fueran los mejores amigos—. *Adiós Andrew, gracias*—. Me entregó el teléfono y entró a la suite dejándome sola.

—*¿Elizabeth?* —Escuché decir a Andrew y odié que me llamara de ese modo, porque sabía que lo usaba cuando me estaba portando como una niña—. *¿Hola?*

—*¡Aquí estoy!*

—*Puedes odiarme lo que quieras* —gritó mi amigo—, *pero no vamos a ponernos creativos contigo.* —giré los ojos al oírlo—. *Conoces a la prensa, no tienen límites cuando quieren una nota. Por favor, No hagas tonterías y comportante como una adulta que entiende lo que está pasando.* —Solo escuché lo último que dijo porque estaba tratando de oír lo que estaba hablando Nicholas desde de la suite—. *¿Me escuchaste?*

—*¡Sí!* —grité—. *No te preocupes, estaré bien, pero más te vale que no lo llames porque te haré ley del hielo.*

—*Y me congelaré, pero primero estás tú antes que tus berrinches... ¡Que disfrutes tus vacaciones! Te quiero, adiós.*

Terminó la llamada antes de que pudiera responderle, así que dejé mi teléfono en la mesa del balcón y caminé hacia Nicholas quien estaba mirando su computador y no sabía si debía o no acercarme. Parecía molesto, entonces mi mal humor y mi rebeldía se fueron al diablo.

—*Perfecto, William.* —Lo escuché decir—. *Cuando esté allí arreglaremos eso, gracias por tu ayuda.*

Nicholas terminó la llamada, dejó su teléfono sobre el sofá y cerró su laptop. Levantó la mirada y aunque no tenía su traje aburrido sabía que estaba frente al todopoderoso Nicholas Carter.

—*No voy a discutir más contigo* —aseguró—. *Tú seguridad no está en discusión, estar conmigo tiene sus consecuencias, Elizabeth. Y apenas vas a saber cuáles son.* —Solo lo miré aun cuando quise decir muchas cosas—. *Puedes pelear y arruinar nuestro último día aquí o aceptar al guardaespaldas y continuar con nuestros planes... Es tu decisión.*

Sabía que no tenía alternativa, que, aunque me negara él me obligaría a aceptar, así que solo me dejé caer sobre el sofá y crucé mis brazos dándome por vencida. No quería arruinar nuestro viaje, no quería un guardaespaldas, pero sabía bien que no tendría opción.

Nicholas me sorprendió cuando se arrodilló frente a mí y tomó mis manos.

—*Escúchame* —susurró con una voz más suave—, *solo serán unos meses, mientras ellos se acostumbran a ti y dejamos de ser la noticia del día* —prometió—. *Apenas nos dejen en paz volverás a tener tu vida normal.* —Mis ojos se llenaron de lágrimas al sentirme acorralada—. *Liz, pequeña... sé que es difícil para ti... te entiendo.*

—*¿Lo haces?* —pregunté con tristeza—. *¿De verdad me entiendes?*

—*¡Claro que sí!* —aseguró apretando mis manos—. *Sé muy bien que no te gusta estar expuesta al mundo, sé muy bien que te gusta pasar desapercibida, pero, pequeña... estar conmigo siempre significará estar expuesta y no puedo hacer nada para evitarlo.* —El nudo en mi garganta no me dejó hablar—. *No hagas esto más difícil, necesito saber que estarás bien, que*

no van a molestarte.

—*¡No quiero tener a un desconocido sobre mí!* —Él se sentó a mi lado y me sujetó la cara con ambas manos.

—*Frank estará contigo, él no es un desconocido.*

—*¿Qué?* —pregunté sorprendida—. *¡No! Frank cuida de ti.*

—*El hermano de Frank se ocupará de mí, trabajó con nosotros hace un tiempo y está libre.* —Me di cuenta de que todo lo tenía planeado, así que solo respiré profundo—. *No puedes negarte, no tienes opción* —lo miré de mala gana y él sonrió—, *no habrá manera de que yo desista, así que... tú me dirás.*

—*Si no tengo opción, ¿qué tengo que decirte?* —pregunté frunciendo el ceño para que viera que estaba molesta.

—*Primero, no me mires así* —advirtió muy serio y yo quité mi mala cara—; *segundo, puedes arruinar nuestro último día en la isla y no hablarme hasta que se te pase la rabia o puedes entender que esto lo hago por tu bien.*

Se sentó a mi lado y se cruzó de brazos. Lo miré sobre mis pestañas sabiendo que me estaba mirando. Sabía que no tenía opción, que lo único que lograría sería pelear con él durante semanas y, aun así, al final se saldría con su gusto, como siempre.

Él extendió su mano y acarició mi dedo meñique. Quise sonreír, pero me obligué a no hacerlo, volvió a acariciar mi mano y terminé sonriendo. Levanté la mirada y él me guiñó el ojo logrando que mi estómago se llenara de mariposas.

—*Entonces, pequeña...* —Amaba cuando me decía *pequeña*—. *¿Nos vamos al tour para conocer más la isla o nos quedamos aquí discutiendo durante horas hasta que aceptes lo que estoy pidiendo?*

—*¡No lo estás pidiendo!* —dije, él me regaló una mirada de advertencia— *¡De acuerdo!* —exclamé—, *pero con una condición...* —Él me miró a la espera de que continuara hablando—, *mientras esté con mis padres no quiero a Frank allí.*

—*Lo siento, él irá contigo* —respondió con su voz autoritaria—. *Hablaré con tus padres cuando regresemos.*

—*¿De qué?*

—*De nosotros, de lo que implica que seas mi novia, de las cosas sucias que quiero hacerte* —Mis mejillas se encendieron al escucharlo y él empezó a reír—, *es broma* —dijo acariciando mis mejillas—. *Solo quiero que estén tranquilos... porque no dejaré que nadie te moleste.* —Yo suspiré y él sonrió—. *Voy a cuidarte como a mi vida. Porque tú eres mi vida, pequeña.*

Me guiñó el ojo y me abrazó con fuerza. Dejé de pelear y sonreí cuando besó mi cabello, mi frente, mis ojos y luego mis labios. Sabía que no debía darle más dolores de cabeza, así que, aunque no me agradaba la idea terminé aceptando que Frank dejara de ser su sombra para convertirse en la mía.

Después de besarnos por varios minutos, me obligó a ponerme de pie y prepararme para irnos. Tomé mi cámara y caminé de su mano fuera de la suite. Me entregó el folleto del tour y leí que los volcanes *Waianaes* y *Koolau* serían los primero que visitaríamos. También pasearíamos en medio del valle que estaba entre ambos volcanes y terminaríamos en el *templo Byodo*, una hermosa replica de un templo real de Japón, con la estatua del *Buda* incluida.

Frank estaba esperando por nosotros fuera del hotel y sonrió al vernos. Miré a Frank y de solo imaginarme con él todo el día sentí que iba a deprimirme. Nicholas me abrazó y sonrió, me besó la frente y me acurrucó en su pecho. Sentir el aroma de su piel, el calor de su cuerpo y el amor en

su mirada me hizo sentir mejor. Sabía que la situación era complicada, sobre todo para alguien como yo, pero quizás ese era el precio que tenía que pagar por tener como novio a alguien tan maravilloso como él.

31 – Abriendo los ojos.

Las cosas malas podían marcarte la vida, pero las buenas también podían hacerlo. Ese día, por ejemplo, fue de esos que jamás podré olvidar, sus sonrisas, sus abrazos y todo ese amor que vivimos no lo olvidaría jamás.

Hasta hacía unos meses mis viajes eran simples, hoteles lujosos, atención de primera, pero para mí era lo mismo de siempre. Nada llegaba a deslumbrarme, nada hacía que me sintiera bien... hasta que ella apareció y los amaneceres se hicieron perfectos porque mientras contemplaba el alba, en mi cama estaba ella, desnuda y perfecta haciendo que mi vida se convirtiera en una cursi novela de amor.

Ella, una simple mortal como solía llamarse a sí misma, una pequeña, que, a pesar de ser tan joven y poco experimentada, era tan madura y fuerte, tan hermosa y dulce, tan tierna y romántica... Una chica distinta a todas las demás con las que me había relacionado en los últimos años. Físicamente perfecta, las curvas de su cuerpo, la forma de su rostro, su cabello, sus ojos... ella era todo lo que nunca hubiese buscado en una mujer y era exactamente eso lo que la hacía especial para mí.

Me apoyé de puerta del balcón y la observé con admiración. *¿Cómo es que te volviste tan especial para mí?*, me pregunté recordando perfectamente aquella noche, su cuerpo moviéndose con dificultad delante de mí, recordé mi temor de que cayera en cualquier momento. Luego la conversación con su madre, su queja por los zapatos y la vida social que odiaba.

Ahora entiendo por qué odiaba la vida social. Ella no había nacido para recibir tanta atención, aunque las mereciera todas. Sabía que eso le molestaba y me preguntaba qué sentiría si tuviéramos que declarar para todas esas revistas donde hablaban de nosotros.

Me preocupaba la reacción que tendría al regresar a casa, me preocupaba su negativa de tener un guardaespaldas, pero tenía la esperanza de que al ver la realidad cambiara de opinión.

Sonreí al imaginar su irritación, era tan sexy cuando se enfadaba, cuando fruncía el ceño y me enfrentaba. Eso era algo que amaba de ella, a pesar de todo mi esfuerzo no lograba intimidarla por completo, porque, aunque repitiera constantemente que se sentía una simple mortal a mi lado, sabía que era la única mortal que podía dejarme mudo y sin armas para pelear.

Elizabeth me hacía sentir indefenso cuando sonreía y yo era capaz de hacer cualquier cosa por ella, lo sabía y sabía que me manipulaba muchas veces, pero eso era lo que amaba en ella, su personalidad y que no me hiciera la vida fácil, aunque jamás lo admitiría en voz alta.

El Sol había salido frente a mis ojos, el mar lucía tan calmado desde allí, la piscina estaba vacía y todo estaba tan silencioso, pero era eso lo que me gustaba del amanecer: la calma, el silencio... la paz.

Respiré del aire puro, del nuevo día... un día más en el que estaba de pie y me sentía fuerte, pero a diferencia de todos los otros días, tenía un motivo para ser feliz... Ella era mi motivo. Yo estaba de pie y seguía adelante, pero en ese momento sabía hacia dónde iba, tenía a donde ir.

...

Debíamos volver a casa, debíamos enfrentarnos a todo el caos que serían nuestras vidas las próximas semanas, o meses, pero decidimos dar un último paseo por la playa antes de volver.

Ella tomaba mi mano y marcaba sus pies descalzos sobre la arena húmeda, pero su atención seguía puesta en mí, nunca dejaba de mirarme, nunca dejaba de darme amor con su atención.

—*Estoy acostumbrado a que las personas me miren* —confesé sin mirarla—, *pero tu mirada causa un efecto insuperable sobre mí.* —Me detuve delante de ella y besé sus labios, ella sonrió—. *¿Te gustó el templo?* —pregunté mientras tomaba su mano para seguir caminando por la playa.

—*Me encantó. ¿Crees que se haya llevado las malas energías?* —preguntó, yo sonreí mientras la llevaba hacia el muelle que estaba cerca del hotel y la ayudé a sentarse entre mis piernas—. *Han sido unos días maravillosos* —susurró dándome un beso en los labios—, *¿no podemos quedarnos para siempre?*

—*Nuestros momentos buenos apenas están comenzando...* —le prometí—. *Vamos a seguir bien, ¿de acuerdo? Lo prometo.*

Elizabeth buscó mis labios y me besó con pasión logrando que mi preocupación se alejara por un momento, pero al pensar en ella y su rebeldía aproveché su momento de dulzura para persuadirla.

—*Elizabeth* —susurré besando su nariz, ella sonreía—, *promete que serás una buena chica y dejarás que te proteja de la prensa.* —Su sonrisa desapareció y me hizo una mueca de desagrado—. *Pequeña, tengo demasiadas cosas de que ocuparme como para que además tú me tengas preocupado.*

—*Nicholas, estaré en Stanford... allá nadie me molestará* —«*De todas las mujeres de las que me podía enamorar, elegí a la más terca*»—. *No puedo ir a mi ciudad con un guardaespaldas detrás de mí solo porque mi novio es un personaje público.*

—*Elizabeth, el problema no es que seas mi novia, el problema es que no me han visto con ninguna mujer en años.* —Ella no parecía entenderlo—. *Maia jamás apareció en ningún lado conmigo... William cuidó mucho nuestra vida privada, de cierta forma él siempre supo que no era bueno que supieran de la relación que teníamos.* —Traté de explicarle, ella prestó atención—. *Él nos enseñó a elegir lugares discretos, en New York sé a donde tengo que ir para evitar la prensa, pero no quiero esconderme contigo, no me importa que nos vean, pero necesito cuidarte mientras dejamos de ser la noticia del momento.*

Ella me miró y supe que hablar sin gritar funcionaba mejor con esa terca mujer. Elizabeth se acurrucó en mi pecho y después de unos minutos volvió a mirarme.

—*De acuerdo* —susurró—, *pero solo hasta que nos dejen en paz.*

No pude evitar sonreír ante su aceptación. Me sentía más tranquilo al saber que por lo menos dejaría que Frank cuidara de ella y me daría un poco de paz en medio de la locura que nos perseguiría al volver.

—*William siempre ha cuidado de ustedes, ¿verdad?* —No puede evitar poner los ojos en blanco al recordarlo en mi juventud.

—*Sí* —admití—, *creí que el nacimiento de Matt iba a ayudarlo a superar su complejo de padre, pero no. Es como si siguiéramos siendo sus hijos mayores. Nunca he dudado de él, ha sido el único en el que siempre he confiado y sé que lo he decepcionado una y otra vez.*

—*Eso ya pasó* —dijo Liz besando mis labios—. *Esos momentos quedaron atrás.*

—*No* —susurré con pesar—. *Hasta hace poco yo fui malagradecido con ellos, con él que siempre hizo todo por mí, por mi bien.* —Ella acarició mi rostro y yo besé su nariz—. *Nunca podré pagarle a William por todo lo que ha hecho por mí.*

—*No creo que espere que le pagues. Él solo quiere verte bien, creo que esa sería su recompensa.*

Sonreí sabiendo que Elizabeth tenía razón, pero al recordar todos los momentos difíciles que les hice vivir no puedo evitar sentirme mal.

—¿Cómo te diste cuenta de que ella no era la mujer que creías? —preguntó.

La miré sin ganas de contarle esa parte de la historia, pero mi mente se perdió en esos recuerdos que sin que yo pudiera evitarlos, invadían mi memoria y me hacían recordar el desastre que alguna vez fui.

«««»»

—¡Voy a echarle de menos! —exclamó Maia—, no es justo que ellos no dejen que vaya contigo—. Se quejó luciendo triste y molesta.

—Ninguna de sus novias irán —respondí para tranquilizarla—, estaremos de entrevista en entrevista... no tendremos tiempo para ocuparnos de ustedes.

—¡No lo creo! —gritó—. Seguro que la mujercita de William irá.

—No hables así de ella, ¿de acuerdo? —respondí molesto.

—¡Perdón! A veces, olvido que los Bennett son intocables —gritó luciendo molesta—. Vete ya... nos vemos en dos semanas —giró dándome la espalda.

Frank estaba a mi lado y haló de mí para que entrara a la zona de embarque, pero ella se detuvo y luego me miró, me sonrió y corrió hasta donde yo estaba, saltó sobre mí y me besó apasionadamente.

—Te echare de menos, bebé.

—No más que yo, sabes que si pudiera te llevaría conmigo, pero solo serán dos semanas.

—Bien. ¿Me llamaras mañana?

—Claro, llegando a New York te llamaré... Cuidate, ¿sí? Y por favor, no molestes a Lourdes.

—¡No la molesto! —gritó—. Es que ella se toma atribuciones que una simple empleada no debe tener.

—Ha sido como mi madre, ha cuidado de mí siempre... respétala un poco, ¿de acuerdo?

—Bien... bien, ¡no le diré nada! —gruñó—. No te preocupes... te amo bebé, haz que todas mueran por ti, así me siento orgullosa de ser yo la única que te tiene—. Volvió a besarme y disfruté de ese beso.

—¡Muévete, Nicholas! —gritó Frank detrás de mí—. Se irán sin nosotros—. Maia lo miró de muy mala gana.

—Ese es otro que debería tener respeto por ti. —Me reí porque no imaginaba a Frank hablándome de otra forma—. Buen viaje... vete que no quiero que don perfecto te castigue —dijo burlándose de mí, me besó una vez más mientras una de sus manos bajó hasta el cierre de mi pantalón y me apretó con fuerza, yo me alejé y ella sonrió—. ¿Ves? Él va a extrañarme.

—No hagas eso, la gente nos mira. —Miré a los lados y noté que solo había unos cuantos trabajadores del aeropuerto, ella sonrió.

—Vamos bebé, estamos en la zona privada del aeropuerto, aquí nadie ve ni dice nada. — Volvió a tocarme y mi cuerpo lo disfruté—. Cuidado con usarlo con otra mujer, es mío.

—¡Y tú eres mía! —le recordé—. Así que aléjate de cualquier hombre que te mire de forma lujuriosa.

—Oh. ¿Qué de divertido sería ser tan bella y no disfrutar del deseo de otros hombres? —Mis celos crecieron y ella empezó a reír—. Todos pueden ver, pero solo tú puedes tocar... —respondió con diversión—. Te echaré de menos cada noche... ¡oh bebé! No te vayas.

—Sabes que me quedaría, pero...

—¡Nicholas! —gritó William detrás de mí, Maia bajó la mirada cuando él apareció—. Hola,

Maia.

—Hola, William —respondió aun sin mirarle a los ojos, yo me giré y William me miró molesto.

—Hemos esperado media hora por ti... ¿Podrías tener más respeto con el tiempo de los demás?

—Buen viaje, bebé... soñaré contigo cada noche hasta que regreses.

Maia volvió a besarme, pero no pude hacer lo mismo porque William la miró de un modo extraño. Sabía que no la quería, pero en esa oportunidad, su mirada fue más fría.

—Adiós, William —dijo sin mirarlo directamente—. Que tengan un excelente viaje.

—Gracias—. Fue todo lo que él dijo.

Se giró, puso su mano sobre mi hombro y casi me obligó a caminar, así que solo lo hice. Fui consciente de que jamás lo había visto tan malhumorado, excepto cuando James se metía en problemas.

Llegamos hasta el avión privado y me sorprendí al no ver a James. Landon estaba sentado mirando algo en su computadora y solo movió su cabeza en forma de saludo, yo hice lo mismo y caminé hasta el final de los asientos y me lancé sobre uno. Samuel estaba durmiendo delante de mí y aunque siempre amaba molestarlo mientras dormía, en ese momento no sentí ánimos de hacerlo.

Cerraron las puertas y me quedé mirando la pista de aterrizaje. William se sentó a mi lado, lo miré y vi esa expresión extraña en su rostro, él estaba preocupado, en ese entonces no comprendí por qué, pero decidí preguntar.

—¿Qué sucede?

—Están esperando la orden para despegar —respondió mientras miraba por su ventana, me preocupé más al notar su tristeza.

—¿James no ira? —le pregunté, aunque no me importaba.

—Él está allá desde hace dos días.

—¿Te pasa algo a ti? —interrogué, él fingió una sonrisa.

—Lo que me pasa siempre que veo sufriendo a uno de ustedes.

No sabía si lo decía por mí o por James, pero supe que era mejor no preguntar más. No quería escuchar otro de sus discursos así que dejé que el cansancio empezara a hacer efecto y me acomodé mejor sobre mi asiento. Cerré los ojos dejándome llevar por el sueño que sentí en ese momento.

Cuando me desperté, William estaba mirándome y me asusté porque, aunque sentí que había pasado mucho tiempo, aún seguíamos en el aeropuerto.

—¿Qué pasó? —pregunté a William y él se enderezó en su asiento—. ¿Aún no hemos despegado?

—No... han anunciado una tormenta y no podremos volar hoy —respondió, me levanté y estiré mis piernas—. Landon y Samuel se fueron a casa. Estabas durmiendo, así que quise esperar que te despertaras.

—¿Debiste despertarme! —me quejé mientras miraba la hora «¿Había dormido por 4 horas? Uau»—. Creo que dormí más de la cuenta.

—No importa, Frank está afuera esperando para llevarte a tu casa.

—Perfecto. —Tomé mis cosas y quise avisarle a Maia, pero mi teléfono no tenía batería—. ¿Me prestas tu teléfono? Quiero avisarle a Maia que estoy yendo.

—No tengo batería —dijo—. ¿Te importa si Frank me lleva a casa después de dejarte en la

tuya? —preguntó y me sorprendí—. Landon se llevó a Luke, pero si no puedes, pediré un taxi.

—No, está bien, que me deje y luego te lleve a ti.

Juntos bajamos del avión y subimos a mi auto. El camino hasta mi casa se me hizo largo sobre todo porque William estaba en total silencio y me sentí incómodo porque era muy raro en él que no aprovechara ese momento para darme consejos. Solo miraba por la ventana y hasta lucía nervioso, creo que hasta triste y me sentí mal de no poder decir nada adecuado para ayudarlo.

—¿Qué te pasa William? —pregunté cuando casi habíamos llegado—. Sé que no soy muy bueno para ayudarte si tienes problemas, pero sé que algo te sucede... y si puedo ayudarte en algo...

—No —respondió en casi un suspiro—. Es difícil, ¿sabes? Querer ayudar a las personas que quieres y no lograrlo —comentó y no comprendí a qué se refería—, querer ahorrarle una pena, una decepción... un dolor —no sabía lo que le estaba pasando, pero era evidente que lo que fuera lo estaba lastimando—. Yo daría mi vida porque ninguno de ustedes sufriera.

Sus ojos se tornaron cristalinos y sentí un dolor horrible en el pecho al verlo así.

—¿James otra vez está en problemas? —Él casi sonrió ante mi pregunta y no entendí porqué.

—James... hace mucho que no lo llamabas así. —Entonces, entendí que no oírme insultando a James fue lo que le agradó tanto—. No, James está bien. —Yo asentí y él clavó sus ojos sobre mí—. Nicholas, yo podría ahorrarte un dolor muy grande si solo creyeras en mí.

—¡Yo creo en ti! —respondí con sinceridad—. Eres el único amigo que tengo... claro que creo en ti —El auto se detuvo fuera de mi casa, pero no bajé porque sabía que William hablaba de Maia y quería hacerle entender que estaba en un error respecto a ella—, pero también creo en ella, aunque James haya hecho todo por crear una imagen errónea... Maia es buena, ha tenido una vida difícil, pero es buena. —Él negó—. ¿No eres tú el que dice que todos tienen derecho a cambiar?

—Sí, claro que sí, pero no todos quieren hacerlo, Nicholas.

—William, este es un tema en el que nunca estaremos de acuerdo —respondí molesto por su negativa—. ¡No la conoces y por eso la juzgas!

William cubrió su rostro con las manos en visible desesperación, después de unos segundos movió la cabeza y Frank marcó la clave para abrir la cochera.

—¿Vas a entrar? —le pregunté, él suspiró.

—Sí, invítame un trago —susurró con visible tristeza—. No quiero llegar a casa aún. —Me sentí feliz con la idea de tenerlo en casa, le extendí la mano en un gesto de que quería llevar la fiesta en paz con él, William lo tomó de inmediato—. Nicholas, quiero que sepas que no estás solo... que yo sigo aquí, todos seguimos aquí... y que la vida no se termina con una mujer que no sabe valorarnos...

Quise preguntarle de qué hablaba, pero la música dentro de mi casa me distrajo. Giré y vi a muchas personas dentro, algo que de inmediato me puso de mal humor. Abrí la puerta de mi auto y William me detuvo antes de bajar.

—Cálmate, ¿de acuerdo?

—William, no es un buen momento para invitarte un trago —le expliqué avergonzado por lo que sabía ocurría en mi casa—, ella hizo una fiesta y... no creo que te gusten sus amigos...

—No me importa los amigos que ella tenga, yo también tengo un amigo aquí y no voy a dejarlo solo.

—¿De qué diablos hablas? —pregunté, pero los gemidos de una mujer en la piscina me llenaron de vergüenza—. Es mejor que te vayas... no es buen momento.

Caminé dentro de mi casa y vi a dos mujeres besándose en mi sofá. Sabía bien quienes eran, las había visto antes, así que las ignoré, caminé hasta la piscina y Lia estaba sobre un hombre y gemía de manera exagerada hasta que me vio y se quedó helada.

—¿Nicholas? —susurró con preocupación—, ¿tú no estabas de viaje?

—¿Dónde está Maia? —pregunté avergonzado porque sabía que William estaba detrás de mí presenciando todo este espectáculo, Lia no me respondió—. ¡Largo de mi casa! —grité.

Ella me miró con dificultad, sabía que estaba drogada así que no esperé que respondiera. Me metí por la cocina y vi a un hombre desnudo arrodillado frente a la mujer a la que le hacía sexo oral. La vergüenza crecía con cada paso que daba, mi casa se había convertido en un hotel de paso.

—¡Frank, échalos a todos! —exclamó William.

Ignoré a William y continué mi camino en busca de mi mujer. Estaba furioso con ella, estaba molesto por hacerme pasar vergüenza. Jamás había hecho algo así, no cuando yo estaba en casa. Solía invitar amigos y algunos se ocultaban en el jardín para tener sexo y me daba igual, pero eso era demasiado.

Subí las escaleras y una mujer estaba bailando sobre mi piano, cuando me vio también palideció, escuché que William la echó por mí y esta bajó de mi piano y corrió lejos de mi vista, pero no le presté la debida atención porque los gemidos de una mujer llamaron mi atención.

Cada centímetro de mi cuerpo se congeló y aunque quería moverme no podía.

—Nicholas, no tienes que entrar allí —dijo William, giré a mirarlo sorprendido—, no tienes que pasar por esto...

—Tú... ¿tú sabías esto? —pregunté mientras mi mente relacionaba todo lo que había dicho y hecho desde que me desperté.

—Hace una semana ella le dijo a Lourdes que no trabajaría mientras tú estuvieras de viaje —me explicó William—, dijo que ella no estaría, pero Lourdes la escuchó hablando con un hombre. —William se tomó un momento para continuar su explicación—. Le avisaba que podría venir desde hoy porque tú no estarías.

No recuerdo en qué momento dejé de escuchar lo que William me decía, sentía que todo pasaba en cámara lenta, la voz de William se escuchaba distorsionada debido a los gemidos de ella... porque sabía que era ella la que gemía dentro de mi habitación.

El dolor que sentí en el pecho fue tan fuerte que casi no podía respirar. Di dos pasos y William se puso frente a mí para impedir que abriera la puerta, pero una mirada bastó para que se hiciera a un lado. Esos fueron los segundos más horribles de mi vida... o eso creí hasta que abrí la puerta y la vi.

«««»»

Logré alejar ese momento de mi mente, logré escapar de ese infierno y solo me quedé allí observando el mar frente a mí. Sintiendo el aroma de su piel erizando la mía y haciéndome sentir fuerte, vivo.

La miré cuando acarició mi rostro y vi la preocupación en su mirada.

—Fue un momento difícil para mí —confesé—, ese instante fue tan duro... —admití mientras el asco que me producía ese recuerdo me atrapaba—. No solo estaba viendo una película pornográfica donde la mujer que amaba era la protagonista, también estaba abriendo los ojos y dándome cuenta de que toda ella era una gran mentira —Elizabeth me mira con dolor—, me

di cuenta de que había arruinado mi vida por alguien que no valía la pena. —Mis ojos dejaron escapar unas lágrimas y ella las secó con su mano—. Fue difícil, todo después de ese día fue muy duro para mí.

—Lamento mucho que hayas tenido que vivir cosas así, pero eso ya paso, está atrás, lejos de ti. Estas aquí... estamos aquí —sujetó mi rostro y sonrió para mí—, ella ya no está contigo, estoy yo y yo prefiero morir antes de hacerte sufrir, yo daría mi vida por verte feliz.

Como se había hecho costumbre, ella con unas cuantas palabras logró hacerme sentir su amor y me ayudó a soportar el dolor que me ocasionaba ese recuerdo. La abracé con fuerza y escondí mi rostro en su cuello mientras las lágrimas seguían cayendo.

—Mírame, Nicholas —susurró besando mi rostro húmedo—, tú eres más fuerte que ese mal recuerdo, eres más fuerte que cualquier cosa.

—No lo soy —confesé—. No lo fui con ella, me dejé deslumbrar por una mujer que no existía.

—¡Estabas enamorado! A veces, las personas nos cegamos, no quisiste ver la realidad, cometiste un error porque la amabas.

—Un amor enfermizo, un amor que me hundió y acabó conmigo —confesé—, no debería estar permitido sentir un amor como ese, ni siquiera debería llamarse amor porque solo es una enfermedad.

—No —susurró con tristeza—. Lo que sentías por ella fue amor, un amor que ella no valoró, un amor que no fue correspondido, pero tú la amaste, de una manera ciega, pero a eso también se le llama amor. —Acarició mi rostro y besó mis labios—. No imagino lo duro que fue para ti todo eso, pero Nicholas, ya no estás allí... estás aquí y estás conmigo. —Sus palabras me hicieron sonreír en medio de las lágrimas—. Sé que eso te marcó, que ella te mintiera marcó tu vida...

—Liz, su traición no fue lo que terminó conmigo... fui yo. —Ella me miró sorprendida y aunque sabía que quería hacer preguntas, no dijo nada—. Me di cuenta de que me había enamorado de una mujer que no existía, que había arruinado mi vida por esa mentira. Me sentí miserable, estúpido, perdido... Había ido contra mis amigos por ella, golpeé a James, odié a Landon, decepcioné a William... ¡Eso fue lo que realmente me dolió! Destruí todo lo que tenía por alguien que no valía la pena... estaba perdido, solo y sin amigos.

Elizabeth, aunque pudo decirme muchas cosas, solo me abrazó y me dejó llorar como un niño en sus brazos. Me dejó sentirme de la manera que me había negado a sentirme durante años. Elizabeth solo me abrazó con fuerza y en silencio me dio su amor y su fuerza para poder soportar ese momento, para poder soportar mi dolor, mi vergüenza y mi arrepentimiento.

—¡Señor! —gritó Frank giré a mirarlo sorprendido y él me señaló hacia el mar donde una persona con una cámara como las que usaba Liz nos fotografiaba desde un yate—, tenemos que volver al hotel.

—Vamos, Elizabeth —grité mientras la ayudaba a ponerse de pie.

Tomé su mano mientras limpiaba mis mejillas y me acomodaba mejor mis lentes de sol. Cuando estuvimos al final del muelle, unos hombres corrieron hacia nosotros con cámaras en mano y ella se detuvo de pronto.

—¡Oh, Dios! —La oí susurrar—. ¿No se supone que esto pasaría al volver?

—No tienen paciencia —respondí mientras todos hacían preguntas sobre nosotros. Todos hablaban al mismo tiempo, pero los ignoré. Frank junto a dos hombres del hotel intentaron ahuyentarlos mientras nosotros tratábamos de resguardarnos en las instalaciones del hotel.

—¿Señor Carter, algo que nos quiera decir? —gritó la voz de un hombre detrás de mí. Me detuve y lo miré—. ¿Hay algo que le gustaría decir, señor?

—¡Sí! —grité—. ¡Váyanse a la mierda!

Halé a Liz y continué mi camino de regreso al hotel. Al estar dentro, la calma regresó, pero mi mal humor aumentó así que caminé hacia el lobby y me detuve frente al encargado.

—Me gustaría saber cómo es que la prensa se enteró dónde estaba —grité furioso.

—Señor Carter, lamentamos mucho esto, no sabemos cómo ha pasado, suponemos que algún huésped avisó y...

—¿Qué clase de huéspedes tienen en su hotel? —le grité furioso—. Espero que su gente pueda hacer que dentro de las instalaciones yo pueda tener tranquilidad o usted estará en problemas.

El encargado respondió con otra disculpa y aseguró que mantendrá alejado a toda la prensa, pero nosotros ya estábamos caminando lejos de él.

Respiré profundo cuando las puertas del ascensor se cerraron y solo estábamos nosotros.

—Uau... qué dulce eres a veces —susurró Liz—, tan amable y sencillo—. La miré sorprendido de lo divertida que estaba.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunté manteniendo mi voz seca, ella negó—. Te estás burlando de mí —susurré sin creérmelo—. Yo mando a la mierda a la prensa y casi hago lo mismo con el administrador del hotel, ¿y tú te diviertes? —Ella se encogió de hombros.

—No me puedes culpar por sentirme deslumbrada cuando el todopoderoso aparece —Entonces, aunque estaba tan molesto por todo lo que había pasado no pude evitar reír—, me resulta imposible no sentirme atraída por ti cuando eres tan... tú. —Levantó sus lentes y sonrió encantada—. Me recuerdas a aquel hombre que vi por primera vez, mi hermoso dios griego.

—Te gustan todas mis caras, eh...

Di un paso hacia ella y la hice retroceder. Fruncí el ceño y ella se rió con ganas.

—¿Qué tramas? —preguntó—. ¿Ha regresado mi “señor oscuro”?

—No entiendo... —dijo, ella volvió a sonreír.

—Esa mirada —me explicó—: una combinación entre el mal humor, el deseo y tus ganas de dominarme. —Sonreí y levanté mi mano para acomodar su cabello—. Me haces temblar y solo me estás mirando —Y de nuevo ella logró cautivarme con sus palabras—, me causas placer con solo respirar junto a mí. —Mi ego se sintió agradecido al escucharla—. Puedo olvidarme del mundo porque eres todo lo que necesito tener, porque mi mundo ahora eres tú.

Di un paso más hacia ella y no huyó más, algo que agradecí en silencio porque en ese momento necesitaba desesperadamente de mi mujer. La sujeté de la cintura y la subí sobre mí, ella tomó mi boca y me besó con una desesperación deliciosa que ayudó a apagar todos los recuerdos y me ancló de regreso a mi realidad, esa realidad que yo tenía y disfrutaba gracias a ella.

Elizabeth se movió sobre mi erección y gimió con descaro al disfrutar de mi necesidad por ella. Mi cuerpo ardió en deseo cuando sus manos buscaron el botón de mi short para liberar mi necesidad, para que le hiciera el amor en ese momento, en ese lugar, porque no éramos capaces de esperar.

Sonreí cuando logró su objetivo y recordé la estúpida idea que tuve cuando la conocí, esa tonta idea de tomar su cuerpo y luego dejarla ir, tonta idea porque conforme pasaba el tiempo y disfrutaba de ella, más la necesitaba, más la deseaba, más la amaba.

La dejé bajar de mí para poder encargarme de su necesidad, para poder darle un poco de atención a su sexo necesitado. Iba a encargarme de ella, pero su mano fue más rápida y tomó mi

miembro duro y me dejó sin aliento. Disfruté del movimiento de sus manos por algunos minutos y luego me hice cargo de su necesidad al meter mi mano entre sus piernas. Ella sonrió al verme perdido gracias a sus atenciones, pero recordé que estábamos en el elevador y que pronto llegaría a nuestro destino, así que, aunque me costó trabajo, logré alejar su pequeña y ágil mano.

Elizabeth me miró asustada, pero besé sus labios para tranquilizarla.

—*Aquí no* —susurré—, *quiero oírte gemir y aquí no lo harás del modo que me gusta*—. Sus mejillas se ruborizaron.

Ella levantó la mirada hacia el marcador de los pisos y vi su frustración al darse cuenta de que aún faltaban varios pisos para que llegáramos. Sabía que actuaba como un niño, como un estúpido adolescente que no podía contenerse, pero a decir verdad el problema no era mía, sino, suyo. Odiaba ver su frustración, odiaba no poder complacerla siempre y en ese momento decidí que podía y lo hice.

Detuve el ascensor y ella me miró sorprendida. Sonreí al acercarme y morder su labio, me arrodillé y disfruté de la forma como su cuerpo tembló al imaginar lo que iba a suceder. Subí mis manos desde sus tobillos hasta su traje de baño, ella cerró los ojos cuando empecé a quitárselo, algo que me sorprendió porque casi siempre se negaba a dejarme darle placer de ese modo.

Mi boca tomó su sexo y ella se estremeció de forma deliciosa frente a mí. Se movía buscando su placer y la amé mientras me dejaba darle lo que ella necesitaba, lo que ella merecía. Elizabeth en ese momento solo era una mujer libre disfrutando de una sesión de sexo oral, era una mujer capaz de aceptar su necesidad y exigir atenciones, la amé con locura, la amé por ser libre, por ser mía en todas las formas posibles.

Su cuerpo empezó a temblar después de unos pocos minutos, esperé que me rechazara, pero no lo hizo, en ese momento ella dejó que su cuerpo disfrutara del placer que mi boca estaba dándole y la admiré con devoción cuando el orgasmo la atrapó de forma arrolladora.

Fue fabulosa la forma como se corrió en mi boca, fue fabulosa verla temblar, disfrutar de sus miradas y de la reacción de su cuerpo, de cada temblor, de cada gemido que envolvió mi nombre.

Cuando ya no pudo soportar más mis atenciones me alejé de ella y sonreí cuando me miró con la lujuria brillando en sus hermosos ojos. Lamí mis labios para hacerle saber lo bien que sabía, ella se ruborizó por completo, algo que me hizo reír. Me puse de pie y guardé su traje de baño en el bolsillo de mi short, me acerqué al tablero e hice moverse de nuevo el ascensor.

Me acerqué a ella y la abracé, Liz se acurrucó en mi pecho mientras su respiración intentaba recuperar la calma.

—*No me rechazaste, eso es algo nuevo en ti* —dije mordiendo su oreja—. *¿Te gusta el ascensor?*

—*Acaba de convertirse en uno de mis lugares favoritos* —respondió con sinceridad haciéndome sonreír—. *Te amo* —susurró cuando levantó la mirada y me regaló su atención—, *estoy perdidamente enamorada de ti.*

—*Y correspondo de manera irracional a ese amor.* —El ascensor se abrió y ambos salimos, pero la detuve en la puerta de nuestra suite y le di un beso suave que la hizo suspirar—. *Eres lo único que necesito para estar bien* —dije acomodando su cabello—, *si tú estás aquí, nada puede lastimarme, porque con solo una mirada curas cualquier dolor* —su sonrisa me hace sonreír también—, *no necesito nada más, pequeña... solo a ti.*

—*Y aquí estoy...* —respondió colgándose de mi cuello—. *Aquí me tienes y aquí estaré para ti, mi lugar es a tu lado...* —*Mierda, como la amo*—. *Voy a sostenerte en los momentos difíciles y voy a sonreír contigo cuando seas feliz... Voy a ser lo que necesitas que sea, porque yo*

también te necesito solo a ti.

Me besó y todo lo malo desapareció, todo lo malo se alejó de mí y de mi presente, de ese momento que vivía a su lado y era perfecto. Ella me besó y supe que nada podría lastimarme porque si la tenía conmigo, yo era invencible.

32 – Promesas rotas.

Me giré sobre la cama y me di cuenta de que estaba sola. Abrí los ojos aun cuando quería seguir durmiendo, pero al no sentirlo junto a mí no podía continuar en paz. El Sol brillaba por el balcón y eso me hizo sonreír porque podría cumplir mi promesa de que todo estaría mejor al llegar la mañana.

Me quedé en silencio tratando de escucharlo, pero el único sonido que percibí fue el del televisor de la sala, así que salté de la cama y corrí hacia el baño. Me di un rápido baño, cepillé mis dientes y arreglé mi cabello. Me miré en el espejo y amé el color que tenía mi piel, yo también había conseguido un bronceado perfecto y eso me hizo feliz.

Con la sonrisa dibujada en mis labios caminé fuera del baño y busqué algo que ponerme. «¿Vestido o falda?». Elegí el vestido marrón y me puse las sandalias a juego, respiré profundo y caminé hacia la puerta.

«Dios, que hoy no este triste por favor».

Cuando abrí la puerta mi corazón se detuvo al verlo sentado en el sofá mirando televisión. Tenía el ceño fruncido, pero cuando giró a mirarme una maravillosa sonrisa apareció en su rostro logrando que me temblaran las piernas. Le devolví la sonrisa al saber que todo lo malo se había quedado atrás y esa mañana él volvía a ser feliz conmigo.

Se levantó del sofá y caminó hasta donde yo estaba, mi corazón saltó con fuerza en mi pecho y me ruboricé cuando acarició mis mejillas.

—Buen día, señorita Coleman—. Sonreí como tonta al oírlo.

—Buen día, señor Carter.

Su sonrisa se amplió al escucharme, me sujetó con fuerza de la cintura y me levantó hasta tenerme frente a él. Lo abracé del cuello y besé sus labios con amor, el mismo que sentí en sus labios.

—Me encanta verte sonreír —susurré.

—Eres la causa de cada sonrisa. —Morí de amor al escucharlo—. *Lamento lo de ayer* —dijo un poco más serio—, *no me gusta preocuparte.*

—*Porque te quiero me preocupo por ti* —él sonrió de nuevo—, *me hace muy feliz ver que no me equivoqué, hoy también salió el Sol para ti.*

—*Pero eres tú quien ilumina mis días, pequeña.* —Dejé de respirar al escucharlo, al sentir sus palabras golpeando mi corazón. Él me sostuvo con más fuerzas y me avergoncé al ver que fue consciente del efecto que causaban sus palabras en mí—. *Sé fuerte, pequeña* —susurró con una sonrisa burlona.

—*No puedo, si te pones cursi mi corazón se emociona al no estar acostumbrado.*

—¿*Me has dicho cursi?* —preguntó fingiendo molestia, me dejó sobre mis pies y bajó su mano hasta el nivel de mi vestido—. *¿Me dices cursi aun cuando estás usando un vestido que rompe el límite que hemos pactado?*

—*¡No, eso no es cierto!* —me defendí empujándolo, acomodé mi vestido y sonreí al ver que en esa ocasión había respetado el trato—. *Si no me abrazas el vestido queda perfecto*—. Nicholas sonrió y volvió a abrazarme.

—*El problema es que es imposible alejarme de ti, así que no estás cumpliendo el trato.*

—*¡Nicholas, no seas tramposo!* —me quejé, él sonrió y trató de besarme, pero no se lo permití—. *Admite que te gané.*

—*¿Es que estábamos compitiendo?* —preguntó al intentar besarme de nuevo, pero en ese instante no pude negarme, así que solo lo disfruté por unos segundos—. *A las dos de la tarde nos iremos* —me informó al besarme la nariz, me sentí triste de inmediato—. *No te pongas triste, vamos a estar bien... Lo prometo.* —Traté de sonreír cuando me levantó en sus brazos y caminó conmigo hasta la mesa donde ya estaba nuestro desayuno—. *Hora de desayunar, aunque casi vas a almorzar... son las once de la mañana.*

—*¡Dios! Debiste despertarme.* —Besó mi frente con una hermosa sonrisa y se sentó junto a mí—. *¿Tú ya comiste?*

—*Sí, después de correr desayuné algo, pero tengo hambre así que te acompañaré.* —Agarró un trozo de piña y lo metió a su boca mientras yo llenaba de yogurt mis cereales. Lo vi tomar el periódico y poco después su ceño se frunció—. *Estamos en todos los periódicos del país* —comentó, casi me ahogué al oírlo, giró la página que estaba viendo hacia mí y vi una foto nuestra en el templo.

—*¡Ay qué fastidioso!* —me quejé, pero él sonrió.

—*“Nicholas Carter, feliz, disfrutando de unas vacaciones junto a su novia”* —citó lo escrito—. *No es mentira, estoy feliz* —dijo y yo suspiré.

—*Me gusta la foto.*

—*Sí, a mí también* —respondió divertido—. *Mi mensaje oficial también aparece en todos los medios* —Lo miré sin entender—. *¡Váyanse a la mierda!*

—*Bueno, no me sorprende que te diviertas con el hecho de que hablen de ti.*

—*No me divierte que hablen de mí, pero a veces no puedo solo ignorarlos.* —Sonreí al recordarlo en ese momento—. *Ser rebelde te hace amar mi rebeldía, ¿no es así?*

—*Yo te amo siempre* —respondí y creo que escucharme le avergonzó—. *siendo rebelde, siendo mi hombre oscuro, mi dios griego y más siendo mi cursi novio.* —Me incliné y besé sus labios justo cuando mi teléfono empezó a sonar desde la habitación—. *Disculpa* —dije y corrí para tomar mi celular—. *Hola, cielo.*

—*Oh... nena* —respondió Andrew—, *estás de buen humor... no preguntaré el motivo...* —Me reí al oírlo—. *¿Cómo te sientes hoy?* —preguntó cuándo ya estaba de regreso en la mesa y me senté sobre las piernas de mi hombre oscuro.

—*Muy bien* —respondí besando los labios de mi novio—, *cuando se está con la persona que amas es imposible pasarla mal.*

—*Luego me acusas de ser cursi* —susurró mi dios griego, yo le saqué la lengua.

—*Ay, nena que cursi estás* —dijo Andrew burlándose de mí.

—*Estoy enamorada, la cursilería es parte de estarlo* —me defendí. Nicholas haló de mi cuenco de cereales y lo puso frente a mí.

—*Es cierto...* —aseguró Andrew—, *además, te ve hermosa en las imágenes del templo budista.*

—*Oh, gracias* —respondí de forma irónica, él volvió a reír.

—*Él también luce feliz...* —comentó mi amigo—, *juntos causan envidia.*

—*Gracias.* —Fue todo lo que pude decir ante sus halagos. El teléfono de Nicholas empezó a sonar, así que me besó el cuello y se puso de pie dejándome en su lugar—. *¿Cómo estás? ¿Cómo está Michael?*

—*Todos estamos bien, echándote de menos. ¿La estás pasando bien?* —preguntó.

Me asomé y vi a Nicholas concentrado en su llamada, así que pude responder.

—*Hoy estamos bien, nos hemos despertado de buen humor... ya no parece triste* —susurré recordándolo triste.

—*Oh nena, sabíamos que no sería sencillo...* —respondió mi amigo—, *solo tienes que tratar de levantarlo cuando sienta que puede caer; si él ve que te lastima volverá a alejarse y no querrás eso* —suspiré sabiendo que él tiene razón—. *¿Cuándo regresan?*

—*Hoy, a las dos de la tarde sale el avión* —lamenté—. *¿Te conté que vinimos en un vuelo privado?*

—*No, pero no me sorprende, él dice no ser un príncipe, pero te trata como a una princesa.*

—*Para mí es un príncipe... Mi príncipe oscuro* —aseguré, volví la mirada hacia Nicholas y me sorprendí al verlo en la puerta del balcón mirándome con atención, levantó la ceja ante lo que yo había dicho de él y yo solo sonreí—. *Lo eres* —aseguré, él negó y después de regalarme un guiño caminó hacia la habitación.

—*¿Dime que aceptaste lo del guardaespaldas?* —pidió Andrew rompiendo con todo el encanto.

—*No me ha dado opción y no tengo ganas de preocuparlo.*

—*¡Oh, mi Dios! El señor oscuro esta dominándote... Uau.*

—*¡Cállate, Andrew!* —grité y él empezó a reírse de mí—. *¡Si no te callas te colgaré!* —Nicholas asomó su cara por la puerta y frunció el ceño, fingí una sonrisa y luego desapareció—. *No es que me esté dominando, solo no quiero ser una preocupación más para él.*

—*Nena, estoy bromeando... no seas tan sensible.*

Me levanté de la mesa y caminé hacia el balcón, miré hacia la habitación y lo vi empacando. «*¿Cómo puede existir alguien tan perfecto?*».

—*Me alegra mucho que aceptes el guardaespaldas* —comentó mi amigo—, *van a estar sobre ti y no quiero que vayan a asustarte.*

—*Espero que no sea tanto como él y tú piensas, no tengo ganas de ser tratada como una celebridad solo porque soy novia de Nicholas Carter* —suspiré—. *Amo ser una simple mortal.*

—*¿Una simple mortal que tiene de novio al dios griego?* —preguntó riendo y yo reí también.

—*Una simple mortal con suerte.*

—*Pues, yo diría que él es un dios griego con suerte, tenerte es lo mejor que le ha pasado.*

—*Oh, por eso te quiero tanto.* —Él se rió y después escuché a alguien hablarle—. *¿Sigues trabajando?*

—*Sí, nena... Los mortales como yo no tenemos vacaciones.*

—*Claro, un simple mortal millonario que trabaja por rebeldía más que por necesidad.*

—*Por pasión* —me corrigió—. *No es rebeldía, amo mi trabajo. Por cierto, ¿me darías una entrevista?*

—*¡Andrew! Basta, deja de burlarte.*

—*Nena... juro que no me burlo, aunque me cause gracia. Husman quiere que sepas que valorarían mucho si en algún momento ustedes nos conceden una entrevista.* —Me quedé muda al escuchar el mensaje que el dueño de la revista había enviado para mí—. *Me dijo que le pregunte a Nicholas cuánto quiere por una exclusiva.*

—*¡Ni se te ocurra preguntarle!* —grité—. *A Nicholas no le importa el dinero y tampoco dar declaraciones.*

—*Ya lo sé, por eso te lo cuento a ti...* —respondió mi amigo con tranquilidad—. *Vi su*

declaración de ayer... Las mujeres aquí andan excitadas al escuchar una palabra tan fuerte saliendo de tu dios griego. —«¿Las mujeres? ¿Qué mujeres?»—. Si babearon con la nota de Martin imagínate cómo están ahora con las imágenes. Te aseguro que aquí también van a acosarte.

—¡A ver si pueden! —dije— y más les vale que dejen de babear por mi hombre porque aún no soy tan civilizada para aceptar que una mujer moje sus zapatos por mi novio.

—¿Sus zapatos? Serán sus bragas, cariño.

—¡Andrew! No me hagas pensar en eso que voy a impedir que Nicholas se asome por la revista.

—Cariño, no creo que necesites que yo te lo diga para entender que tu hombre causa ese efecto en todas y también en algunos hombres.

—¡Basta! ¡Ve a trabajar que yo tengo que empacar!

—Está bien, cielo —respondió entre risas—. Nos vemos mañana... ¡Que tengas buen viaje y suerte con la prensa! Te quiero.

—Yo a ti, nos vemos mañana.

Dejé mi teléfono en la mesa del balcón y caminé hacia nuestra habitación. Al verlo recordé lo que había dicho Andrew y no pude evitar molestarme. Lo contemplé cuando se quitó la camiseta y continuó concentrado en hacer su equipaje, lucía tan natural y sexy con el torso desnudo, con sus músculos marcándose en su espalda.

Ese era mi *dios griego* un hombre con muchas caras, pero todas tan fáciles de amar. Cada una de sus facetas era única y perfecta, era bueno siendo el hombre de negocios, el amante perfecto, el romántico de ensueño, incluso con sus oscuros momentos él era hermoso... un hermoso sueño, un hermoso hombre... un hermoso *dios griego*.

—No creas que no sé qué estás mirándome —dijo, yo sonreí cuando giró hacia mí y me atrapó babeando por él—, ¿no te cansas de mirarme?

—¿Tú te cansas de mirarme? —sonrió y negó—. Yo tampoco lo hago y creo que jamás lo haré, verte es uno de mis pasatiempos favoritos—. Me acerqué a él y me abrazó.

—¿Por qué peleabas con Boothe?

—Porque a veces me molestan sus comentarios —me alejé—, dice que todas las mujeres en la revista andan excitadas después de haberte escuchado diciendo groserías a los periodistas.

—¿Y eso te molesta? —preguntó con una sonrisa de diversión.

—¡Por supuesto! ¿A ti te haría feliz saber que los hombres se babea por mí? —Él se quedó pensativo y luego sonrió.

—Soy consciente de que eso sucede —giré mis ojos ante su respuesta porque no era verdad, pero me sorprendió sujetando mi rostro y obligándome a mirarlo—, pero... tú eres mía así que no le doy importancia.

—Y tú mía, solo mía—. Frunció el ceño y se lo pensó un poco.

—Bueno... sí, lo soy...

—¿Cómo que “bueno sí... lo soy”? ¿Lo dudas? —Él se rio de nuevo, así que lo miré molesta.

—No, no lo dudo. Soy tuyo... solo tuyo. —Me alejé molesta y fui hacia el closet para tomar mi maleta—. ¿Y ahora qué? —me preguntó.

—Nada... —respondí lanzando la maleta en la cama, regresé al closet para tomar mi ropa, pero él me detuvo y de nuevo me obligó a mirarlo—. Nicholas, estoy tratando de empacar.

—Dime, ¿por qué estás molesta? —preguntó muy serio, sabía que si iniciaba una discusión abusaría de mi suerte y su poco buen humor, así que solo suspiré.

—No me hace gracia el hecho de que digas “bueno, sí lo soy”

—Elizabeth, estaba bromeando.

—¡Oh! Perdón... es que me faltó reírme de tu broma —dije con ironía, traté de alejarme, pero él me detuvo—. ¿Qué?

—Sabes que estás haciendo un drama, ¿verdad? —preguntó— ¿Eres consciente?

—No, no lo soy.

—Pues, lo haces, estás siendo muy dramática —aseguró muy serio—. ¿Acaso necesito decir que soy tuyo para que lo sepas? —preguntó—. ¿Te hace falta escucharlo de mi boca?

—¡Sí, me hace falta! —aseguré—. ¡Quiero que lo repitas tanto que termines entendiéndolo!

Su mirada se tornó glacial cuando me liberó y caminó hacia el balcón. Sí, en ese momento me sentí estúpida y muy dramática.

—Creo que la que debe repetírtelo eres tú —dijo dándome la espalda—, porque la que se siente insegura eres tú, no yo. —«Auch, eso dolió», se burló mi conciencia. Nicholas giró y me miró molesto—. No necesito decirlo, Elizabeth. Solo sentirlo... y es lo que siento. —Mi corazón se sintió feliz al oírlo—. Por esto estoy aquí, contigo... por eso me importan una mierda las fotos que circulan de nosotros... porque no me importa que todos sepan que estoy enamorado y que por primera vez en mi puta vida soy feliz.

Me dejé caer sobre la cama porque me temblaron las piernas al oír sus palabras. Mi corazón se aceleró a mil por hora mientras él continuaba mirándome molesto. Era consciente que lo miraba con cara de tonta enamorada, esa mirada que tenía desde hacía meses y que era por su culpa.

Él cerró los ojos, negó y después de unos segundos su mirada cálida y amorosa había regresado. Caminó hasta donde estaba y se arrodilló frente a mí.

—Ni siquiera sé la razón de este ataque de celos que te dio, pero necesito que entiendas que te amo.

—Lo siento —susurré muy avergonzada, él levantó su mano y acarició mi rostro—, soy una dramática... lo sé.

—Lo eres, pero te amo aun siendo así de dramática y celosa. —Se inclinó más hacia mí y me besó—. Soy tuyo, solo tuyo, podría usar un letrero diciendo “propiedad privada y exclusiva de Elizabeth Coleman”. Pero no me interesa que los demás lo sepan, solo que tú lo sepas. —Morí de amor con sus palabras—. ¡Soy tuyo como tú eres mía! ¿Cuándo vas a entenderlo?

—¿Cuándo te pongas el letrero? —respondí con sinceridad.

Frunció el ceño y hasta creí que se había molestado, pero de pronto empezó a reírse y me abrazó. Me empujó sobre la cama y me besó mientras mi cuerpo disfrutaba de sus manos traviesas recorriendo mi piel y mi mente continuaba disfrutando de sus palabras: “No me importa que todos sepan que estoy enamorado y por primera vez soy feliz”. Volví a morir de amor y felicidad. «Él es mío y yo soy suya, mío... solo mío».

El vuelo de regreso se me hizo rápido, pues había dormido todo el viaje abrazada a él. Cuando abrí los ojos lo vi dándole indicaciones a Frank y luego cuando se giró, me regaló una de esas sonrisas que acababan conmigo.

—Ya estás despierta. —Besó mi frente y cerré los ojos para disfrutarlo—. Ya estamos aterrizando, ¿has dormido bien?

—En tus brazos es imposible no dormir bien. —Besé su nariz y él cerró los ojos por un segundo—. ¿Ya llegamos a la realidad?

—Sí, ya estamos en Nueva York.

—Vamos a estar bien —le aseguré—, tú estarás bien, ¿verdad?

—*Sí, lo estaremos...* —respondió con seriedad—, *siempre y cuando tú me ayudes.*

—*Tengo que preguntar qué significa exactamente eso.*

—*Que no seas un dolor de cabeza para mí, eso significa.* —Lo miré de mala gana y él sonrió—. *Sé buena novia y no me des problemas.*

—*¡Trataré!* —respondí sonriendo—. *Me portare bien, lo prometo. Siempre y cuando no me sienta prisionera de nadie.*

—*¿Te sientes prisionera con Frank junto a nosotros?* —Negué de inmediato—. *Solo será temporal, apenas dejen de acosarnos serás de nuevo una simple mortal.*

—*¡Perfecto!* —exclamé mientras me ponía de pie—. *Ahora, esta simple mortal va a cambiarse de ropa porque ya le dio frío.* —Él se hizo a un lado para dejarme salir—. *¿No vas a ponerte la corbata y el traje aburrido?*

—*No traje ni uno al viaje* —comentó acomodando su camisa—, *así que no me arrugues.*

—*Oh, lo siento* —susurré sentándome sobre sus piernas—. *¿Puedo arrugar tu jean?*

Nos besamos como dos adolescentes hasta que me liberó y fui a cambiarme de ropa. Casi media hora después estábamos bajando del avión y aunque la zona privada del aeropuerto estaba despejada, el silencio me hizo sentir incómoda.

Nicholas sostenía mi mano y Frank empujaba nuestro equipaje con uno de los cochecitos. Cuando pasamos la gran puerta unos siete hombres de seguridad del aeropuerto aparecieron y segundos después una cantidad preocupante de periodistas con cámaras y micrófonos en mano casi saltaron sobre nosotros.

Nicholas giró y me abrazó con la sola intención de protegerme. Me hizo caminar con rapidez mientras las preguntas se escuchaban a nuestro alrededor. Levanté la mirada hacia él y lo vi con una expresión imperturbable a pesar de que las cámaras seguían cegándonos con sus flashes. Me sentí tan asustada en ese momento...

Cuando por fin llegamos a la salida, los hombres de seguridad apartaron a la prensa y Nicholas me ayudó a entrar en su auto, solo allí logré respirar.

Al ver el auto en el que había subido me di cuenta de que jamás había estado en él antes. Nicholas subió después de mí y me miró preocupado. Fingí mi mejor sonrisa para no preocuparlo, pero sabía que no era buena haciéndolo. Frank tomó el asiento delantero y escuché el sonido de la maletera cerrarse, un último golpe se oyó en la parte de atrás y el auto se puso en movimiento alejándonos de todo el caos que se había armado con nuestra llegada.

—*¿Estás bien?* —preguntó Nicholas sujetando mi mano—. *Estás pálida... ¿te asustaron?*

—*No, no... es que...* —Él frunció el ceño al darse cuenta de que estaba mintiendo así que resignada lo admití—. *Sí, me asusté, pero no me puedes culpar, esto es... demasiado.* —Nicholas sonrió mientras yo no entendía que le causaba gracia.

—*Siempre son así cuando buscan una primicia* —comentó acariciando mi mejilla—, *es por eso que he insistido para que aceptaras a Frank por unos días.* —Asentí sin decir nada y miré la hora en mi reloj, eran casi las once de la mañana—. *¿Quieres que te lleve a tu casa?* —preguntó con incomodidad y no sé si era porque no quería que me quedara con él o porque no quería que me alejara.

—*Si quieres* —Él frunció el ceño y se movió más cerca de mí—, *lo que decidas estará bien para mí.* —Clavó su mirada sobre mí, sus hermosos ojos azules me miraron con amor.

—*Para mí estaría bien si te mudaras a mi casa* —respondió sorprendiéndome—. *Lo que más voy a extrañar de este viaje, será poder despertar a tu lado cada mañana* —Sonreí feliz al escucharlo, Nicholas—, *en algún momento, no muy lejano, voy a pedirte que vivamos juntos...*

—prometió logrando que mi corazón bailara de felicidad, él sonrió y me besó el cuello—. *Sé fuerte, pequeña* —dijo burlándose de lo débil que era cuando decía cosas que realmente me impresionaban—, *ve haciéndote a la idea de que pronto te lo pediré y no voy a aceptar un no por respuesta.*

«*¿Él cree que yo me negaría? Oh, mi dios griego*».

—*Pues...* —tomé aire para seguir hablando—, *tendrás que convencerme...* —Él levantó una ceja y me dejó sin aire cuando sonrió con diversión.

—*Oh, Liz... convencerte es tan fácil* —respondió metiendo sus manos entre mi falda de tubo y logrando que temblara—. *¿Quieres que te convenza más?* —Me puse roja cuando fijé la mirada en Frank y el hombre que conducía.

—*Nicholas, no estamos solos* —le susurré y él sonrió.

—*Frank no escucha, ¿verdad, Frank?* —gritó y Frank fingió no haber escuchado—. *¿Lo ves?*

—*No me avergüences* —lo regañé empujando su mano—, *pórtate bien.*

—*¿Yo? Pero si no he hecho nada* —respondió besándome. Los flashes saltaron sobre nosotros a través de las ventanas y suspiré—. *Llévanos a casa, Brad* —ordenó Nicholas.

Él me abrazó y me acurruqué en su pecho cuando tomamos el regreso a su casa. Nicholas besó mi frente y el auto aceleró dejando atrás a todos los periodistas. En ese instante volví a sentirme nerviosa ante lo que sería mi vida a partir de ese momento.

«*¿Cómo voy a poder ser una mujer normal con toda esa prensa? ¿En algún momento se aburrirán?*».

Sabía que en unas semanas no tendrían lo que durante años desearon saber. Porque el hombre solitario que solía ser mi *dios griego* solía pasar desapercibido, pero al saber de mi existencia estaba segura de que hablarían de nosotros durante mucho tiempo y eso me enfermaba.

Cuando entramos en la zona lujosa de Aspine, me sentí más tranquila al saber que la prensa no tenía acceso a esos lugares. La cantidad de mansiones y casas que sobre pasaban los cuatro millones de dólares en valor solían dejarme atónita. Me sentía como una Cenicienta entrando a una zona desconocida.

«*¿Alguna vez me acostumbraré a tanto lujo?*».

Distinguí su hermosa casa a lo lejos y me sentí feliz de estar a salvo. El auto estacionó en la propiedad de Nicholas y mi puerta se abrió poco después. Al bajar un hombre con gorra azul y de aspecto menos formal que Frank, se inclinó en saludo.

—*Hola* —susurré tratando de evitar la formalidad que Nicholas despierta en todos.

—*Señorita Coleman, él es Brad, mi hermano* —exclamó Frank con mi maleta en la mano.

—*Mucho gusto, Brad* —saludé extendiéndole la mano, él sonrió y me dio un apretón.

—*Brad será quién se ocupará de mí mientras Frank está contigo* —aclaró Nicholas mientras tomaba mi mano y me halaba hasta la puerta de su casa—. *Él trabajaba con James.*

—*¿Y quién cuida de James ahora?* —pregunté mortificada por causarle tantas molestias.

—*Luke, otro de los guardaespaldas, pero no te preocupes no lo hemos dejado libre para que sus admiradoras lo acosen* —aseguró aparentemente divertido.

Abrió la puerta de su casa y dejó sus llaves sobre la mesita que estaba en la entrada. Caminé hacia el sofá y me dejé caer sobre uno de ellos mientras que Frank y Brad llevaban nuestro equipaje hasta el segundo piso. Nicholas caminó hasta las puertas que daban a la piscina y abrió una de ellas, miró hacia el jardín y sonrió.

—*Amo mi casa*—susurró—, *y amo tenerte en ella*—. Sonreí feliz al escucharlo.

Frank y su hermano regresaron y se detuvieron cerca de la mesa del comedor.

—*Todo listo señor, ¿necesita algo más?* —preguntó Frank.

—*No, pueden irse... gracias por todo.*

Nicholas caminó hacia ellos mientras yo admiraba la elegancia y sensualidad con la que se movía. Al pasar cerca de mí me regaló una mirada acusadora al notar que estaba babeando por él.

—*Mañana tengo que estar a las ocho en la oficina* —les informó a los hermanos.

—*Estaré desde a las siete aquí* —respondió Brad, Nicholas le dio la mano a ambos—. *Buenas noches* —exclamó en mi dirección, levanté la mano para decirles adiós.

—*Gracias por todo* —respondí.

Nicholas esperó que la puerta se cerrara y se giró en mi dirección, levantó la ceja haciéndome sentir como si estuviese en problemas.

—*¿Qué?*

—*Me estabas mirando con deseo* —me acusó, mordí mis labios para no reírme—. *Sabes que no me importaría irme sobre ti, aunque haya gente cerca* —aseguró mientras caminaba lento hasta mí y volví a detallar su elegancia y sensualidad al caminar.

—*¡Soy culpable!* —dije con descaro cuando llegó hasta donde yo estaba y se arrodilló—. *No puedes juzgarme por sentirme atraída por ti las 24 horas del día* —sujeté su mejilla y mordí sus labios—, *eres inteligente, hermoso, sexy, ardiente... Es imposible que no te mire con deseo... además, eres mío.*

Su sonrisa se amplió mientras me levantó en sus brazos y caminó hacia las escaleras conmigo. Lo besé durante todo el camino hasta su habitación, pero tuve que liberarlo cuando me dejó sobre su cama y abrió las ventanas.

—*¿Cuándo irás a ver a tus padres?* —preguntó mientras abría los botones de su camisa y me desconcentraba.

—*Eh... el jueves y regreso el lunes* —frunció el ceño.

—*¿Cuatro días?* —preguntó—. *¿Estaré cuatro días sin verte?*

—*Quiero pasar más tiempo con Amanda, ella necesita de su hermana mayor, ya te lo conté.*

—*Sí, lo sé... pero ¿por qué no la traes aquí?* —Me quedé pensando, porque para ser sincera no se me había ocurrido esa idea—. *¿No le gusta la ciudad?*

—*Sí, le gusta... pero no se me ocurrió traerla* —respondí sinceramente—, *pero igual quiero pasar el fin de semana con mis padres. Además, no está lejos, puedes tomar tu auto e ir a verme* —Me levanté de donde estaba y me acerqué a él para ayudarlo con los botones—, *así no te echo de menos.*

—*No es lo mismo ir a verte que poder dormir contigo.* —Sujeté la correa de su pantalón y la solté, él me miró con intensidad—. *¿Qué haces para hacerme necesitarte tanto?* —me preguntó—. *¿Cómo has logrado entrar en mi vida de esta manera?* —Sonreí al ver la ternura con la que me miraba.

—*Amándote, es la única manera que tengo.* —Se arrodilló sobre la alfombra y se abrazó a mi cintura, acaricié su cabello sintiéndome tan enamorada—. *Te amo, Nick... te amo tanto.*

—*Yo también te amo* —respondió poniéndose de pie—. *Prometiste no darme dolores de cabeza...* —me recordó—. *Cuando salgas quiero que Frank este muy cerca, ¿de acuerdo? Si no sales me harás más feliz.*

—*¡Oye, no!* —me quejé—. *Mañana iré a ver a Andrew, lo prometí, además, tú estarás todo el día fuera y no pienso quedarme de prisionera en tu gran casota.*

—*¿Por qué no le dices a Andrew que venga?* —Lo miré de mala gana.

—*Voy a llevar a Frank y haré lo que él me diga* —prometí—, *pero quiero salir y ver a mis*

amigos, quiero regresar a mi realidad de la manera correcta.

—*Voy a hacerme viejo contigo* —se quejó—, *sé que vas a envejecerme.* —Sonreí, pero él sujetó mi cuello y me acercó a su boca—. *¿Sería mucho pedir que cuides tus demostraciones públicas de afecto hacia Boothe?* —Lo miré irritada y él me miró igual—. *No quiero que aparezcas junto a él en todos los periódicos y que especulen* —me aclaró, no le entendí—. *¿Es mucho pedir no querer verte en los diarios con otro hombre que no sea yo?* —Respiré profundo para no ponerme de mal humor.

—*De acuerdo, tendré cuidado* —Mi respuesta no parece ser suficiente— *¡Lo prometo!* —Levanté la mano derecha y reí de él—. *¡Te seré fiel también ante la prensa!*

De nuevo me besó y luego me tomó en sus brazos para llevarme hasta el baño. Me dejó sobre sofá que tenía en su vestidor y lo vi caminar hacia el jacuzzi. Nick se dio cuenta de que estaba mirándolo y sin que lo esperara me salpicó con el agua que estaba llenando su bañera. Me puse de pie con ganas de vengarme y aunque él levantó un dedo ordenándome que me detuviera, no lo hice. Llegué hasta el jacuzzi y le salpiqué agua en la cara. Me miró de esa forma que solía mirarme cuando estaba en problemas, así que sabiendo que debía correr busqué con la mirada un lugar donde esconderme, pero él me atrapó antes de que siquiera pudiera moverme.

—*¿Me has salpicado agua?* —preguntó mientras me sostenía con uno de sus brazos y con la otra se limpiaba la cara.

—*Tú me salpicaste primero* —le recordé.

Intenté soltarme, pero era más fuerte que yo y sin problemas me levantó y me llevó hasta la ducha. Con una de sus manos abrió el agua fría mientras seguía inmovilizándome con su gran cuerpo presionado al mío. Luché por liberarme de su agarre cuando pude imaginar su mala intención.

—*¡No te atrevas!* —grité— *Nick... hablo en serio.* —Él parecía estar disfrutando de su maldad y verlo así me encantaba—. *No serías capaz de hacer esa maldad conmigo.*

—*¿Tú crees?* —preguntó sin expresión alguna—. *¿No me crees capaz?* —Seguía luchando para que me liberara, pero dio un paso dentro de la ducha—. *¿Me crees capaz?*

—*Sí, te creo capaz, pero el agua esta helada y puedo enfermar...*

Sentí el agua fría salpicando mis piernas y él me empujó hacia la pared. Dejé de respirar cuando se acercó y respiró sobre mi cuello. La piel se me erizó y no me importó si me congelaba con el agua porque con sus besos estaba calentándome.

—*Soy capaz de todo* —aseguró muy serio, estiró su mano y cerró la llave de la ducha—, *pero soy débil ante ti.*

El corazón se me detuvo, porque en un segundo mientras hablaba, su mirada cambió y de pronto me estaba mirando con amor.

«*Oh, mi dios griego voluble.*»

Sonrió con ternura mientras acariciaba mi cabello y me hacía sentir muy enamorada. Él me besó y me sentí fuerte, segura y confiada de nuestro amor, de lo que teníamos y sentíamos el uno por el otro. Estábamos enamorados y en ese momento no importaba nadie, más... solo él y yo.

33 – Golpe tras golpe.

Me desperté en medio de la noche sintiéndome asfixiado. Otra vez había tenido una horrible pesadilla y estaba agradecido de que Elizabeth continuara dormida, porque odiaba hacer que se preocupara por mí.

Salí de la habitación dejando a mi chica rebelde durmiendo en paz. Bajé las escaleras y llegué hasta el jardín intentando conseguir un poco de aire cuando sentía que no podía respirar.

Me senté en la orilla de la piscina intentando controlar los recuerdos que invadían mi memoria, porque mi pesadilla había sido sobre un recuerdo de lo que había vivido. Las imágenes que había visto eran el recuerdo de lo que en algún momento me hizo tanto daño.

«««»»

Veía todo como en cámara lenta, ella me miraba y aunque le costaba trabajo reaccionar, lo hizo. Cubrió con las sábanas su cuerpo desnudo cuando se dio cuenta que no estaba solo. Los dos hombres a su lado le preguntaron si debían irse y ella sonrió y respondió que sí.

Yo seguía en la puerta, mis ojos no se apartaron de ella... no fui capaz de dejar de mirarla, quería y necesitaba pensar que estaba soñando o que quizás estaba tan drogado que todo aquello era solo una más de las horribles alucinaciones, pero la mano de William me hizo saber que nada era un sueño.

Los hombres que hasta hacía unos segundos estaban teniendo sexo con ella salieron de la habitación y la realidad me golpeó con fuerza. Una realidad que quise creer era una pesadilla... mi peor pesadilla.

Mientras escuchaba la voz de Frank diciéndoles a los hombres que tenían que marcharse, volví a concentrarme en ella. Había tomado la sábana para cubrir su desnudez y me miraba directo a los ojos, sonrió y entonces, todo pasó muy rápido.

Mis pies se movieron y escuché a William decir algo, pero no logré concentrarme en sus palabras. Me detuve frente a ella, quien amplió su sonrisa.

—Bebé... puedo explicarlo —susurró con descaro.

No pude soportarlo más, no podía ver cómo se burlaba de mí y pretendía seguir haciéndolo. Sin pensarlo levanté mi mano izquierda y la golpeé con fuerza. Su cuerpo cayó sobre la cama y gritó de dolor.

Las manos de William me sujetaron con tanta fuerza que me impidieron moverme.

—¡No, Nicholas! ¡No hagas eso! —gritó William, pero todo dentro de mí quería hacer lo contrario.

—Vaya —exclamó ella—, llevo dos años pidiendo que me golpees así, ¿y hasta ahora lo haces?

—¡Dios mío! —dijo William y yo traté de soltarme de su agarré, pero no lo logré—. ¡No, Nicholas!

—¡Déjalo! —gritó Maia arrodillándose sobre la cama—. Deja que me golpee, eso le hará sentir mejor.

—¡Cierra la boca! —ordenó William justo cuando logré soltarme y fui sobre ella, la tomé del cuello y lo apreté con fuerza—. ¡Nicholas, suéltala! —gritó de nuevo mi amigo—. Vamos,

déjala... tú no eres así, no dejes que la rabia se apodere de ti.

—¿No es así? —gritó ella mientras una de mis manos apretaba su cuello—. Él me ha golpeado varias veces y hemos disfrutado de eso, ¿verdad, bebé? —Mi mano apretó con más fuerza su cuello y ella ya no pudo seguir hablando.

—¡Suéltala, Nicholas! —ordenó otra vez William— ¡Frank!

Su cuello empezaba a sentirse más frágil y ella perdía la fuerza, lo podía sentir; su rostro empezaba a tornarse rojo y yo solo miraba los ojos de aquella mujer que hasta hacía unas horas pensé que era la mujer perfecta para mí.

—¡Nicholas, estás lastimándola! —gritó William—. Ella no vale la pena... no merece que arruines tu vida.

Esas fueron las palabras que lograron hacerme entrar en razón por un segundo. Abrí la mano y ella cayó sobre el colchón, empezó a toser con fuerza y yo solo la miré con desprecio.

—¡Maldito loco! Casi me matas —gritó asustada mientras tosía—, ¡voy a denunciarte! ¡Voy a salir de aquí y voy a denunciarte! ¡Todos sabrán quién eres!

Sujetaba su cuello como si comprobara que no estuviera roto, la miré y de nuevo deseé golpearla hasta dejarla inconsciente.

—Nicholas, cálmate —suplicó William, dejé de mirarla y me giré hacia él.

—¡Sal! Déjame solo con ella —ordené, él me miró asustado y Frank apareció por la puerta—. Saca a William de aquí—. Frank me miró, pero no se movió.

—¿Ves lo que te digo, bebé? —preguntó Maia—, nadie te respeta.

Me giré hacia ella y levanté la mano con la intención de golpearla hasta matarla, pero Frank fue más rápido y me sostuvo con toda su fuerza.

—¡Basta, Nicholas! —gritó William girándome para que lo mirara—. ¡No vas a golpearla frente a mí!

—¡Entonces, vete! —grité descontrolado, él me miró asustado y traté de liberarme de Frank—. Si no me sueltas, hasta hoy trabajas conmigo —le grité, se lo pensó porque se tomó un tiempo para cumplir mi orden, pero lo hizo—. ¡Fuera los dos! Este asunto es entre ella y yo.

—¡No me iré! —aseguró William—. No voy a dejar que arruines tu vida por alguien que no vale la pena.

—¿Es que no lo ves? —le pregunté—. Ya lo hice, ya arruiné mi vida.

—¡No! —aseguró tomándome del hombro—. No lo has hecho... eres muy joven y todo tiene solución... yo te ayudaré.

Sentí el dolor nuevamente en mi pecho, un dolor combinado con el odio, con la decepción, con la impotencia... un dolor que creía que dejaría de lastimarme solo si la lastimaba también.

—No vale la pena —repitió William—, ella no lo vale.

—¡Gracias! —dijo Maia detrás de mí y giré a mirarla—. ¡Bebé! Bebé se me pasó la mano, estoy drogada y no sé cómo pasó... yo...

—¡Cállate! ¡Cierra la maldita boca! —Di un paso hacia ella y retrocedió, me tenía miedo... por primera vez veía que era así—. ¿Cómo pudiste fingir tanto? ¿Cómo...? ¿Cómo hiciste esto conmigo? —Ella respiró profundo y luego me miró.

—¡Fuiste fácil de manipular! —respondió, Frank me sujetó cuando estuve a punto de irme sobre ella otra vez—. ¿Quieres la verdad? Pues, bien... ¡voy a decírtela! —Ella sonrió mientras tomaba su vestido, caminó hasta el baño y entró allí, en menos de un minuto salió, limpiaba su boca con la sábana y luego clavó sus ojos en mí—. ¡Yo quería a James! —El dolor que sentí al escucharla me dejó sin fuerzas—. Y por tu culpa él no me miró, porque tú te fijaste en mí.

—Nick, no la escuches —susurró William—. No necesitas esto.

—¡Cállate, William! —grité aún mirándola— Y decidiste tomar tu segunda opción...

—¡Sí! —gritó— Eso fuiste, una segunda opción, pero no voy a negar que te quiero. —Apreté mi mano y ella retrocedió—. Es verdad, es imposible no quererte... Ahora eres un hombre... uno real, he hecho de ti el hombre perfecto para mí... ¡Yo te quiero, bebé!

—¡Cállate! No seas tan cínica —grité tratando de liberarme de Frank—. ¡Acabo de encontrarte con dos hombres en mi cama!

—Oh, bebé, ya sabes cómo me pongo en las noches y tú no estabas y... ¿perdón? —Se encogió de hombros y me miró con la dulzura que siempre fingió tener—. Bebé perdón, tienes que perdonarme... ¿Recuerdas? tu y yo somos uno.

—¿Lo de James fue mentira? —pregunté a pesar de que sabía la respuesta—. ¿Tú fuiste tras él? —Ella me miró y luego miró a William—. ¡Responde!

—Eso fue hace mucho, ya no tiene importancia.

—¡Respóndeme! —grité y pude liberarme de Frank, ella retrocedió asustada—. ¿James te acosó o fue al revés?

Tenía ganas de matarla con mis propias manos, pero quería escuchar la verdad, quería escuchar de sus labios que yo había sido un imbécil.

—No estaba acostumbrada a ser rechazada —respondió—. Fue una broma nada más.

Otro dolor atravesó mi pecho, sentí que mis piernas se doblaron, pero William me sujetó con fuerza. Había sido un idiota, había creído en esa mujer y no en aquel hombre con el que casi había crecido. Había golpeado a mi hermano, había lastimado a alguien que yo sabía que no era capaz de hacerme daño, y todo por ella, por esa mujer que con descaro confesaba su mentira.

—Solo quería quitarme el gusto —continuó—, ya estaba pasándola bien contigo, pero su forma de rechazarme me molestaba —Me solté de William y caminé hasta la ventana de mi habitación buscando un poco de aire para respirar—, el muy idiota se negó... solo decía que no podía estar conmigo por ti, lo que significa que también lo deseaba.

—¡Por dios cállate! —Escuché decir a William—. ¿No te das cuenta de que le haces daño?

—¡No! —gritó—. No lo hago, estoy siendo sincera con él... no más secretos bebé. —Por su voz noté que se acercaba hacia mí—. Solo fue un capricho que luego se me quitó, aprendí a quererte y te convertí en el hombre perfecto para mí. Porque lo eres, ahora lo eres. Los demás solo son fantasías o caprichos, pero tú eres a quien quiero... eres el que me ve de esa forma tan cursi que me hace feliz. —El dolor me había atrapado tan rápido que no pude responderle como me hubiera gustado—. Tú siempre me das todo lo que te pido y te quiero... pero sabes que soy así, sabes que... soy diferente...

Limpié las lágrimas que empezaron a caer por mi rostro y giré a mirarla. Ella me sonrió y yo solo la observé en silencio, sentía la mirada de William y la de Frank sobre mí. El dolor en mi interior no se comparaba con la vergüenza que sentía.

Ella había hecho de mí un títere y la dejé manejar a su antojo. Me sentí avergonzado, golpeado, utilizado, me sentí perdido, me sentía morir mientras que ella seguía clavando su puñal sobre mí, mientras seguía hablando sobre las cosas que ya no quería escuchar.

Con la poca fuerza que tenía la sujeté del brazo con fuerza y la empujé fuera de mi habitación.

—¡No, suéltame! ¡Me lastimas Nicholas! —gritó tropezando con sus pies y terminó cayendo al piso.

No me importó, la sujeté de las manos y la arrastré por el pasillo hasta llegar a la escalera.

—Déjala, Nicholas —ordenó William, levanté la mirada y lo observé—, no vale la pena.

Sentí las ganas de llorar y las aguanté para poder continuar. La levanté del suelo y la obligué a caminar, bajamos las escaleras mientras ella continuaba caminando torpemente a causa de las drogas y el alcohol que había consumido.

Cuando llegamos al primer piso ya no había nadie allí, la empujé para que caminara rápido y creo que solo allí se dio cuenta de lo que estaba haciendo.

—¡No! —me gritó—. No me puedes echar, esta es nuestra casa... ¡Bebé! —lloriqueó y yo la arrastré por el jardín—. No puedes hacerme esto, tú me amas, nos queremos... tú y yo somos uno. —Abrí la puerta y la empujé fuera—. ¡Nicholas!

—¡Arruinaste mi vida! —grité—. ¡Me engañaste, me hiciste dudar de todos y creer en ti!

—Eso fue hace tiempo, Nicholas. No puedes hacer esto solo por una... travesura. —Caminé hasta donde estaba y quise golpearla, pero William y Frank me sujetaron de ambos brazos—. ¡Ay, por favor! ¡No puedes ser tan infantil! —dijo Maia levantándose del piso—. ¿No puedo tener una maldita fantasía? ¡Quería tirarme a dos hombres y ya! ¿Es que tú no tienes fantasías?

—¡Ya cállate! —gritó William y ella lo miró—. Cállate o dejaré que te golpee.

—No, no lo sueltes —suplicó—. Llévate, llévalo a tu casa hasta que se le pase la rabia y pueda hablar conmigo como dos adultos.

—¡No! —grité—. No tengo nada que hablar contigo. Ahora lárgate y no vuelves más.

—¡No, Nicholas...!

—¡Se acabó! —volví a gritar—. Se terminó tu diversión, puedes volver a tu mediocre vida porque yo no voy a seguir tratando como una reina a una puta como tú.

—Bebé, estás molesto y lo entiendo, de acuerdo, se me pasó la mano... —Ella se arrodillo frente a mí—. ¡Perdón!... ¡Perdón! —empezó a llorar, pero sus lágrimas ya no me afectaban—. No puedes echarme bebé. Sabes que no tengo a donde ir... no trabajo, no tengo nada.

—¡Exacto! —grité— ¡No tienes nada! Estás vacía, podrida y no te quiero cerca de mí—. Entonces su mirada cambió y con la rabia brillando en sus ojos se puso de pie.

—¡No puedes echarme... mis cosas están allí!

—Todo lo que tienes lo compré yo. Nada es tuyo, te vas como entraste... sin nada.

—¡No seas cobarde! Son mis cosas —Su rabia aumentó y en ese instante creo que conocí a la verdadera Maia, a esa que jamás había visto y de la que todos me hablaban—. Me darás todo lo que es mío o acabaré contigo y tú maldita carrera —Solo sonreí burlándome de ella—, les diré a todos que consumes drogas. Qué el niño bonito que ven por televisión no es más que un asqueroso drogadicto.

—¿Crees que me importa? ¿Realmente crees eso? —Ella me miró sorprendida y de pronto empezó a reírse.

—¡Fuiste un idiota! —gritó—. ¡Hice lo que me dio la gana contigo! —William me sujetó con más fuerza cuando quise ir a ella—. ¿Sabes a donde iba cada mañana? —preguntó, yo no quería saber la respuesta a su pregunta—. ¡A ver a mi novio! ¿Escuchaste eso? Mi novio, un hombre, un verdadero hombre a quien no necesitaba decirle qué hacerme, a quien no le hace falta que yo le diga lo que me gusta que me hagan... por eso jamás dejaba que me tocaras de día... porque él me dejaba satisfecha. —Frank y William tuvieron que ponerse delante de mí porque las ganas de matarla crecieron—. Pasaba horas tirándome a mi novio para poder tener ganas en la noche de jugar con un niño que ni siquiera era bueno...

—*¡Por Dios!* —gritó William—. *Cállate de una buena vez.*

—*¡No, no voy a callarme! Me iré de aquí, pero antes va a escuchar todo lo que tengo que decir.* —Ella dio un paso hacia nosotros—. *Te enseñé a ser hombre porque cuando te conocí, no sabías nada.*

—*¡Maldita zorra!* —grité— *¡Suéltense! Maldita sea... dejen que acabe con ella.*

—*¿Sabes en que gastaba todo tu dinero? En él... Todo lo invertía en él, porque es el hombre que amo.* —Sus palabras ya no podían hacerme más daño porque el dolor que sentía era algo que no podía describir—. *El que me mira y me hace temblar de placer... ese que con un beso me produce orgasmos deliciosos... Me reía de ti con él.*

—*¡Cállate!* —gritó William—. *¡Cierra la boca o dejaré que te golpee!* —Ella se rió mientras lo miraba.

—*¡No lo harás!* —gritó la muy descarada—. *Quieres demasiado a este niño... por eso me odia, pero yo pude más que ustedes. ¡Más que los cuatro! Acabé con esa familia perfecta que tenían... ¡Les jodí la vida a todos!*

«*<<<>>>*»

Agité mi cabeza tratando de alejar esos recuerdos de mi memoria, pero no logré hacerlo. Me levanté de donde estaba sentado, me quité la camiseta y me lancé a la piscina. El agua estaba fría y me sentí agradecido porque eso me ayudó a disipar un poco mis miedos.

Quería y necesitaba olvidar ese momento, sus palabras... su estúpida risa mientras se burlaba de mí... Nadé de un lado al otro, buscando la manera de que el cansancio pudiera más que yo, de que el frío me ayudara a alejar mis recuerdos, pero no funcionaba, nada funcionaba. La escuchaba, la veía riéndose de mí, incluso cuando William me obligó a entrar y cerró la puerta, yo seguía escuchando sus gritos.

Me detuve a un lado de la piscina y me sumergí intentando contener la respiración y con eso alejar todo lo malo que intentaba acabar conmigo. Después de unos segundos sin poder respirar mi mente empezaba a ponerse en blanco y me sentí agradecido por ello, porque quería que mi cerebro se nublara por unos segundos más y así dejar todo ese mal recuerdo atrás.

Sentí sus manos rodearme la cintura y tirando de mí con fuerza. Salí a la superficie y empecé a toser para llevar oxígeno a mi cuerpo mientras que ella me miraba asustada y muy molesta.

—*¿Qué diablos haces?* —gritó y me sentí un imbécil por hacerle pasar por ese mal momento otra vez—. *¿Cómo puedes hacer esto?*

—*No es lo que parece* —susurré, su mirada se endureció—. *Tuve una pesadilla... solo intenté dejar de pensar...*

—*¿Ahogándote?* —gritó.

—*No estoy tratando de matarme* —le aseguré—. *Gracias a ti tengo un motivo para luchar.*

—*¿Y lo haces sumergiéndote en la piscina?*

—*Sí* —respondí con tranquilidad, ella me dio una mirada de reproche—. *No te asustes... no intento quitarte la vida.*

Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas haciéndome sentir como un idiota. Ella se giró y salió de la piscina, yo la seguí sin decir media palabra y cuando estuvimos afuera se giró furiosa.

—*¿Ella lo vale?* —gritó sobre mí con lágrimas cayendo por sus mejillas—. *¿Acaso esa mujer vale tanto para que hagas esto?*

—*Elizabeth...* —dije tratando de tocarla, pero ella se alejó—. *Pequeña, tuve una pesadilla.*

—*¡No me digas algo que ya sé!* —gritó furiosa—. *Sé por qué entras a nadar, aunque haga frío, sé que tratas de huir de tus recuerdos, pero haciendo esto no te sentirás mejor... haciendo*

esto solo te haces daño. —Ella secó sus lágrimas y continuó mirándome molesta—. *¿Qué pasa si te desmayas dentro del agua?*

—Liz...

—*¡No me llames así!* —gritó de nuevo—. *No me hables como si me amaras.*

—*¡Yo te amo!*

—*No, no lo haces* —aseguró golpeando mi pecho con sus manos— *¡Si me amaras no hicieras estas cosas!* —Sus mejillas volvieron a humedecerse y aunque traté de abrazarla ella se alejó—. *¡Si me amaras te aferrarías a mí y no a esa mujer que solo te ha lastimado!*

Ella dejó de hablar cuando su llanto se lo impidió. La tomé del brazo y aunque intentó liberarse no se lo permití. La abracé con fuerza y durante unos segundos golpeé mi pecho mientras repetía una y otra vez que yo no la amaba.

Lloré en silencio al ver el sufrimiento que estaba causándole. Lloré al comprender que sus gritos y sus reclamos eran válidos, porque incluso en los momentos malos yo debía recordar que tenía una buena mujer en mi vida por la que debía ser fuerte.

Cuando sus fuerzas la abandonaron ella dejó de luchar conmigo y me abrazó. La presioné a mi pecho sintiéndome un imbécil por hacerla sufrir de ese modo. Me sentía un idiota por lastimarla, por dejar que Maia continuara jodiéndome la vida.

La levanté en mis brazos cuando su cuerpo empezó a temblar y caminé con ella hacia mi habitación. Liz no dejó de llorar hasta que la puse sobre el lavabo y tomé una toalla para secarla. Le quité la camiseta que había elegido para dormir y sequé su cuerpo deseando que el frío la dejara en paz. Ella solo me miró en silencio, aún molesta, aún triste.

Cuando estuvo seca, la envolví con la toalla y la llevé hasta la cama. Caminé hacia mi vestidor y me deshice de la ropa que tenía puesta, la dejé caer al piso y me vestí con un pantalón deportivo. Tomé otra camiseta para Liz y volví a donde ella estaba, pero me sorprendí cuando la encontré vestida y con su maleta sobre la cama.

—*¿Qué haces?* —pregunté con temor, ella no me respondió—. *Liz, ¿qué haces?* —repetí tomándola del brazo, ella se liberó de mí.

—*Me voy a casa* —respondió cuando cerraba su maleta.

Admito que en ese momento el miedo me atacó con más fuerza de la que esperaba, pero es que en realidad jamás pensé que ella haría algo así. La vi caminar hasta la mesa y tomar su teléfono, lo encendió y abrió la aplicación para pedir un taxi.

—Liz... *hablemos* —susurré, ella me ignoró.

Estaba concentrada eligiendo un taxista, así que lo único que se me ocurrió hacer fue ir a ella y quitarle el celular. Sus ojos envenenados me miraron furiosos.

—*¿Qué crees que haces?* —gritó.

—*Hablemos...* —respondí tratando de que no notara el miedo en mi voz—, *entiendo que estés molesta...*

—*¿Molesta?* —gritó sobre mí—. *No tienes ni idea de lo que estoy sintiendo, ¿verdad?* —No le respondí— *No, no tienes ni idea.*

—Liz...

—*¡Deja de llamarme así! Deja de mirarme como si yo fuese importante para ti porque no lo soy.*

—*¡Elizabeth, basta!*

—*¡Basta digo yo!* —gritó de nuevo—. *¡Basta, Nicholas! No lo soporto más, no puedo más...* —Su voz se quebró y mi pecho dolió al verla así—. *No puedo vivir así. ¡No quiero vivir así!* —

Me quedé petrificado al escucharla, al sentir en sus palabras que me estaba diciendo adiós—. *No puedo pasar por esto otra vez, no puedo.*

—Elizabeth...

—*Es la segunda vez, Nicholas... Es la segunda vez que te veo dentro de esa piscina y me siento morir —«Mi pequeña»—, es la segunda vez que el miedo me paraliza al pensar que quizás he llegado tarde y tú estás muerto.*

—Pequeña...

—*¡No puedo más!* —gritó entre lágrimas—. *No soy tan fuerte como para soportar el dolor de pensar que algo te ha pasado. ¡No puedo más!*

—*Lo siento... yo, no estaba pensando.*

—*No, no lo haces... porque si lo hicieras, si te tomarás un segundo pensarías también en mí y no harías estas cosas* —quise acercarme, pero ella retrocedió—, *no pasaré por esto de nuevo... no me quedaré aquí a observar como permites que esa mujer siga haciéndote daño.* — Las lágrimas se acumularon en mis ojos al oír todo lo que estaba diciéndome—. *No voy a quedarme a ver cómo te lastimas por culpa de esa mujer, cómo lo que sientes por ella es más fuerte que cualquier otra cosa para ti, que incluso ese amor que dices tenerme.*

Elizabeth caminó hacia la cama y tomó su maleta. Quería decirle tantas cosas, quería explicarle tantas cosas, pero no me moví ni dije nada porque ella tenía razón. Sabía que la estaba lastimando y no lo merecía, pero al pensar en mi vida sin ella, al pensar en la idea de dejarla ir el dolor que recorrió mi cuerpo fue tan fuerte que sentí que me asfixiaba. Dolía incluso más que esos fantasmas que me han atormentado durante años, y no lo podía soportar.

Cuando pasó junto a mí la detuve y lo único que hice fue abrazarme a su espalda con desesperación.

—*No me dejes* —supliqué—. *No me dejes...*

No pude decirle nada más, no pude explicarle que mi vida había sido una mierda, pero que gracias a ella parecía cambiar, mejorar... No pude explicarle que gracias a ella sonreía cada día, que gracias a ella había vuelto a ser feliz.

Solo me aferré a ella y lloré como un niño. Lloré de miedo y de dolor, al pensar en no tenerla, en pensar en perderla... Eso era lo único que yo sentía: miedo y dolor.

Elizabeth se giró y me abrazó con fuerza. Me aferré a su cuerpo con devoción, con desesperación. La necesitaba más que al aire que respiro, la amaba más que a mi propia vida y fue esa noche cuando sentí que podía perderla que lo entendí.

Esa era la segunda vez que lloraba en sus brazos, pero por motivos distintos. En aquella primera ocasión había sido por dolor, por miedo a enfrentar ese pasado al que tanto miedo le tenía, pero esa noche la razón era ella, ella y el amor que le tenía, ella y el miedo que sentía de perderla, ella y la fuerza que me daba, ella y su luz que iluminaba mi oscuridad.

Elizabeth tomó mi mano y me llevó hasta la cama, me hizo sentarme y ella se acomodó a mi lado. Se abrazó a mí con fuerza y se acostó sobre mi pecho. Estuvimos más tiempo del que podía recordar en silencio, sin decir nada, solo abrazados.

Quería decirle tantas cosas, pero no sabía que era lo que ella necesitaba escuchar, así que solo permanecí en silencio hasta que ella se alejó y me miró.

—*Yo te amo* —susurró otra vez con lágrimas en sus ojos.

—*Yo te amo más, pequeña...*

Mi voz se escuchó tan débil, tan extraña.

—*No volverás a hacer algo como esto nunca más en tu vida* —ordenó, yo asentí avergonzado

al ver el dolor que le había causado—. *No volverás a actuar de ese modo jamás, Nicholas.*

—*No lo haré... —le prometí.*

—*Me he enamorado de ti de una manera irracional —susurró con tristeza—, te amo tanto que daría mi vida por la tuya, daría mi alma por verte feliz... pero si vuelves a hacer algo como lo que hiciste hoy... Te juro Nicholas que saldré de tu vida y no volveré jamás.*

—*No volverá a pasar —le aseguré—. Perdóname...*

—*No estoy bromeando, Nicholas... —repitió con seguridad—, si vuelves a hacer algo que pueda lastimarte, me iré. Y te prometo que jamás volveré contigo.*

Me acerqué a ella y tomé su rostro entre mis manos. Ella entristeció más.

—*No volveré a hacerlo... —le di mi palabra—. No volverás a pasar por esto nunca más... te lo prometo, pequeña. —Ella suspiró y asintió—. Perdóname, no pensé en el dolor que podía causarte.*

—*Si tú sufres, yo sufro contigo —me recordó—, puedo entender que tengas que enfrentar recuerdos dolorosos y puedo abrazarte y protegerte cuando te sientas mal, pero no vuelvas a hacer algo que pueda lastimarte, porque entonces, estarás lastimándome a mí también.*

—*Te doy mi palabra de que jamás volverá a ocurrir —Ella suspiró y me miró con tristeza—, te prometo que no volveré a hacer algo así.*

—*Nick, si algo te pasara... yo moría.*

—*Nada me pasará —le prometí—. El amor que siento por ti es más fuerte que cualquier otro sentimiento que haya dentro de mí, Liz, y es lo único que necesito para estar bien.*

Elizabeth me abrazó con fuerza y yo besé su cuello mientras dejaba que el miedo de perderla se alejara de mí.

Había pensado que enfrentar el pasado sería lo más difícil que me tocaría vivir, pero me equivoqué, porque al escuchar a Elizabeth diciéndome adiós, me sentí morir. Sentí que mi vida terminaba con ella, sentí que todo dentro de mí se quebraba y ese era un dolor del que sabía no podría reponerme.

Entonces fue esa noche llena de malos recuerdos y de momentos difíciles cuando entendí que Elizabeth era más que una sonrisa en un día gris, entendí que era más que el buen sexo que teníamos, más que sus miradas dulces que me llenaban el corazón de felicidad. Esa noche entendí que sin darme cuenta esa mujer rebelde y hermosa se había hecho dueña de mi alma, de mi vida y sobre todo de mi corazón. Un corazón que pensé no volvería a latir por otra mujer, pero que en ese momento me sentía agradecido de haberme equivocado, porque no había nadie sobre la tierra que mereciera ser amada como Elizabeth.

Estaba completamente enamorado de ella y ese mismo amor sería el que me daría fuerzas para cerrar las viejas heridas y empezar una nueva historia donde ella sería la protagonista y yo me convertiría en un príncipe para merecer a esa princesa... *Mi pequeña princesa.*

34 – A salvo contigo.

Me moví sobre su gran cama y disfruté del aroma que dejaba su piel sobre las sábanas. Escuché el sonido del agua en la ducha y supe que estaba allí, mi *dios griego* estaba allí y de corazón deseé que todo lo malo comenzara a quedar atrás.

Habían pasado dos días desde que regresamos de nuestras primeras vacaciones y aunque pasamos momentos maravillosos, al regresar tuvimos que enfrentar la realidad que había generado nuestra relación para la prensa y cuanto chismoso se haya interesado en ella. Eso sin contar con sus pesadillas y todo lo que estaba enfrentando.

Recordarlo dentro de esa piscina me causó un dolor profundo en el pecho y aunque quise olvidarlo, no pude, porque gracias a ese mal momento había entendido muchas cosas.

Me había preguntado una y otra vez qué había hecho esa mujer para lastimarlo tanto, pero sobre todo cuánto amor había sentido por ella que había dejado de amar la vida de ese modo. Era fácil pensar que el amor sucio que conoció con ella fue su perdición, pero gracias a todo lo que me había contado sobre esa relación pude entenderlo.

El hecho de que ella lo había engañado no fue lo que más le dolió, lo que acabó con él fue darse cuenta de que había destruido lo único real en su vida: la buena relación con sus amigos, la familia que formaban. Lo entendí, comprendí el dolor que eso le causó, entendía la impotencia que aún sentía, pero no estaba dispuesta a permitir que el recuerdo de esa mujer siguiera haciéndole daño y se lo había dejado claro. No volvería a pasar por ese horrible momento, no volvería a intentar lastimarse ni siquiera sin que esa fuera su intención, él no iba a hacerse daño de nuevo por culpa de esa mujer y yo me encargaría de que así fuese.

Me puse de pie y salí de su habitación con la clara idea de lo que debía hacer, bajé las escaleras y caminé hasta la cocina donde sabía que encontraría a Lourdes.

Ella giró sonriendo al saber que estaba allí.

—*Buen día, señorita.* —La miré fingiendo mal humor y ella sonrió—. *Elizabeth, buenos días.*

—*¿Ves? ¡Es fácil!* —dije intentando alejar la tristeza que aún sentía en mi pecho—. *Lourdes, mañana me iré a Stanford a ver a mis padres.*

—*Oh, espero que lo pases muy bien con ellos.*

—*Gracias*—respondí mientras la ayudaba a romper los huevos para el *omelette* que iba a preparar—. *Tengo entendido que tanto Nicholas como tú, usan un apodo peculiar para referirse a sus amigos, ¿cierto?*

—*Sí*—respondió sonriendo—, *les dice 911, porque las veces que lo he visto mal, siempre los he llamado.*

—*¿Y ese 911 puede tener una integrante más?* —pregunté, ella se giró a mirarme y yo le sonreí.

—*¿Quieres que te llame si lo veo mal?* —preguntó algo preocupada, yo asentí y ella suspiró—. *Eso podría ocasionar que Nicholas me eche de su casa, tú misma viste como se puso ese día cuando pensó que ellos te habían llamado.*

—*Sí, lo sé* —admití—, *pero necesito saber que él está bien... No puedo irme tranquila pensando que podría tener una crisis...* —Ella me miró en silencio—. *Ha tenido muchos*

recuerdos en Hawái y tengo miedo por él.

—*Te ha contado sobre... ¿ella?* —preguntó sorprendida.

—*Sí, me contó cómo fue que abrió los ojos con... esa mujer*—. Sentí el odio recorriendo mi cuerpo al pensar en ella.

—*Ella acabó con ese niño* —agregó mirando por la ventana y con visible tristeza—, *pensé que jamás lo volvería a ver sonreír*. —Fui consciente de lo mucho que eso le dolía a Lourdes—. *Hasta que llegaste tú...* —susurró sonriéndome—, *estás haciendo que una parte de ese niño que todos queremos regrese, y estamos agradecidos por ello.*

—*No he hecho nada, solo amarlo* —Ella sonrió ampliamente—, *daría mi vida por verlo siempre feliz.*

—*Cuando estás cerca él siempre luce feliz, como dice William, él ya no es un niño y no podemos esperar que vuelva a ser el de antes, pero nos gusta verlo feliz aun siendo el hombre que es ahora.*

—*Y yo quiero verlo siempre feliz*—. Ella volvió a sonreír y luego caminó hacia mí.

—*Si lo veo mal, te avisaré* —prometió, yo me sentí más tranquila—, *no te preocupes... Me ha echado tantas veces que ya no le hago caso...* —Tomó una taza y sirvió café—. *¿Cómo te fue anoche con su amigo?* —me preguntó.

—*Bien, pasar tiempo con los amigos siempre nos hace bien.*

Ella asintió mientras seguía concentrada en preparar nuestro desayuno y yo recordé lo bien que la pasé con Andrew. Necesitaba con urgencia hablar con él, decirle cómo me sentía y escuchar sus consejos que casi siempre solían ser los mejores.

Nicholas no quería que saliera, ya que la prensa había acampado en cada lugar que él y yo frecuentábamos, pero después de nuestra mala noche supo que necesitaba con urgencia hablarlo con mi mejor amigo y solo puso como condición que llevara a Frank conmigo y así fue.

El sonido que hizo Nicholas al bajar las escaleras tensó a Lourdes y yo sonreí ante su reacción mientras que ella salía de la cocina con el café en mano. Tomé el omelette de la sartén y lo dejé sobre su plato, apagué la cocina y caminé hacia el comedor.

—*¿Hablaste con Erick? Necesito verlo hoy mismo.*

Le oí decir a quien quiera que estuviera del otro lado de la línea telefónica. Se giró al darse cuenta de que estaba allí y sonrió al verme.

—*No me importa si tiene la agenda llena...* —dijo—. *Dile que, si no aparece hoy, ¡lo despediré!* —Su grito me erizó la piel, caminé hacia su lugar en la mesa y dejé el plato—. *Buen día* —me dijo.

Levanté la mirada hacia mi *dios griego* malhumorado, pero me sorprendí al encontrarme con una sonrisa dulce para mí. «*¿Cómo puedes ser tan voluble?*».

—*Buen día, cielo* —respondí respirando profundo intentando seguir el cambio de su humor. Me colgué de su cuello y él me levantó del piso para besarme—, *espero te guste el omelette.*

—*Si no me gusta no lo diré, no tengo ganas de pelear contigo*—. Sonreí y me senté a su lado.

Nick tomó el jugo y sirvió un poco para mí, Lourdes sonrió con diversión al ver que como cada mañana era quien me atendía, así como yo lo hacía con él.

—*Así que anoche estuvieron en la casa de Boothe* —comentó sobre mi salida, yo asentí—, *¿Te la pasaste bien?*

—*Sí* —respondí sin contarle que salimos a comer y que me escapé de Frank—, *todo bien... lo había echado de menos*—. Él asintió y besó mi mano.

—*Lo sé, pequeña* —dijo con una hermosa sonrisa en sus labios—, *estaba preocupado por el hecho de que la prensa los siguiera... No sé cuándo van a desistir.*

Le sonreí y comí un poco de mi ensalada de frutas mientras él tomaba el periódico y le daba una hojeada como cada mañana. A pesar de su discusión al teléfono, esa mañana parecía estar de buen humor. La noche anterior había dormido bien, lo sabía porque yo me había despertado varias veces y él estaba descansando como un bebé.

Me miró sobre sus pestañas y yo le lancé un beso haciendo que su sonrisa se ampliara. Amaba eso, amaba esas mañanas perfectas junto a él, amaba verlo sonreír, verlo feliz.

Volvió su atención al diario que tenía en la mano y al pasar la página su sonrisa desapareció en segundos. Imaginé que seguían hablando de nosotros así que no me sorprendí, pero cuando volvió a mirarme y me envenenó con su azuleja mirada mi corazón se aceleró. Por alguna razón, de la que era consciente, aunque lo negara, sabía que estaba en problemas.

—*¡Me mentiste!* —dijo furioso.

—*¡No!* —respondí de inmediato sin siquiera saber de qué me acusaba, algo que lo puso de peor humor.

Nicholas lanzó el periódico sobre la mesa, específicamente sobre mi ensalada y pude ver una foto tamaño familiar de Andrew besando mis manos mientras cenábamos... *¡Demonios!*

Él empujó su silla y caminó hasta la sala, tomó el control del televisor y lo encendió. Me acerqué con temor a él mientras buscaba el típico canal de chisme.

Lourdes se fue a la cocina en absoluto silencio y yo escuchaba mi nombre en la T.V., me sentí desmayar al escuchar a unos estúpidos insinuando que Andrew era mi amante.

—*¡Desgraciados!* —grité ofendida—. *¿Cómo pueden inventar algo así?* —Nicholas giró a mirarme furioso—. *Nick...* —Él levantó su dedo y me hizo callar.

—*¿Te escapaste de Frank?* —preguntó con una voz envenenada—. *¿Dejaste a Frank en el estacionamiento de Boothe?*

—*Es que Andrew no había cenado y... y quería salir a comer y yo también y...*

—*¿Y se te ocurrió irte dejando a Frank en la casa de tu amigo?*

Momentos como esos eran los que me hacían tenerle algo de miedo con solo una mirada, porque ciertamente estaba clara de que ese era el momento en el que yo no podía jugar con mi suerte y aumentar su mal humor.

—*¿Dejaste a Frank en la casa de Boothe mientras ustedes se iban a comer?*

—*Lo siento...*

—*¿Lo sientes?* —gritó—. *¡Maldita sea, Elizabeth!*

Al escuchar de nuevo mi nombre giró hacia su gran televisor y su expresión empeoró al ver la foto de Andrew besando mi mejilla con exagerado cariño y que los chismosos titularon "*Novia de Nicholas Carter en cena romántica con un... Amigo*".

—*¿Qué fue lo primero que te pedí?* —gritó otra vez—. *¿Qué diablos te pedí?*

—*Que evitara esto* —respondí con el nudo en la garganta—. *Nick... yo no sabía que...*

—*No, no sabías, ¡tú nunca sabes nada!* —Me sentí tan triste al escuchar sus gritos, sobre todo porque sabía que tenía razón—. *Haces las cosas por impulso y no te interesa si los demás nos jodemos por ti. ¡Maldita sea!*

Mi teléfono empezó a sonar desde el comedor y por la canción de *Bon Jovi* sabía que era Andrew. Nicholas caminó lejos de mí y corrí para evitar que respondiera, pero llegué muy tarde.

—*¡Nicholas!* —grité— *¡Andrew no tiene la culpa!*

—*¡Espero que estés feliz!* —Lo oí gritar al responder la llamada—. *¡Me importa una mierda*

que no hayan pensado que esto pasaría! —Las lágrimas empezaron a caer sobre mis mejillas sin que pudiera controlarlo—. *Le pedí a Elizabeth que tuviese cuidado porque sabía que esto podría pasar, ¿y es lo primero que hacen?*

—*¡Nicholas!* —grité intentando que se calmará, pero él volvió a levantar un dedo para hacerme callar.

—*¡No!* —gritó al teléfono—. *¡Claro que no puedes!* —Quise matarlo por gritarle a Andrew, porque había sido mi idea irnos sin Frank—. *Yo puedo entender que Elizabeth aún tenga la inmadurez para no entender los problemas que una estupidez de esta ocasiona, ¿pero tú? Eres un hombre adulto y apoyas la locura de dejar a Frank en tu estacionamiento, ¡mientras ustedes se escapan como un par de adolescentes!* —No podía dejar de llorar al escuchar los gritos que Nick le daba a Andrew—. *¡No me interesa si el restaurante está junto a tu casa! ¡Tenían que llevar a Frank!* —La mirada de Nicholas se dirigió hacia el televisor donde aparecía una imagen mía acariciando el rostro de Andrew, me quería morir en ese instante—. *¡No! ¡No vas a declarar nada!* —gritó una vez más—. *¡Que crean lo que les dé la gana! Ya no importa.*

Terminó la llamada y dejó mi teléfono sobre la mesa mientras seguía mirando las imágenes interminables que tenían de nosotros. Las cosas que decían me llenaron de rabia y también de frustración porque, aunque era una locura que ellos insinuaran que Andrew y yo teníamos una relación, ciertamente las imágenes decían totalmente lo contrario.

Nicholas cubrió su rostro con ambas manos en visible frustración y no fui capaz de decir nada, solo tomé el control que estaba en la mesa y apagué la televisión. Durante unos minutos ambos permanecimos en silencio, yo con ganas de decirle tantas cosas y sin el valor de hacerlo, solo quería que se calmara un poco, pero al escuchar el sonido de la puerta él giró y pude ver la rabia brillando en sus ojos mientras se ponía de pie y caminaba hacia la entrada de su casa.

—*Nicholas...* —susurré imaginando quien había llegado—. *Frank no tiene la culpa.* —A pesar de que había gritado, él parecía no haberme escuchado—. *¡Nicholas!* —Lo vi tomar el periódico al pasar por la mesa y siguió hasta la entrada donde Frank estaba de pie—. *Nicholas...* —llamé.

Miré a Frank con vergüenza, sintiéndome tan mal por los gritos que iba a recibir por mi culpa. Nicholas levantó el periódico frente a él, pero Frank no dejó de mirarlo.

—*¿Dónde mierda estabas tú cuando toda esa prensa la fotografió?*

—*¡Nicholas! No es su culpa* —repetí y por fin logré que me prestara atención. Él giró y me miró con rabia, tanta que me dolió—, *puedes molestarte conmigo, pero él no tiene la culpa.*

—*¡Será mejor que hagas silencio!* —grité dejándome muda al ver todo el enojo que reflejaban sus ojos. Al dejarme sin palabras, volvió a destilar su rabia contra Frank—. *¿Por qué diablos la dejaste sola?*

—*Me quedé en el auto* —respondió el hombre—, *dijo que verían una película y quise darle espacio.*

—*¿Espacio?* —gritó Nicholas— *¿Yo te pago para que le des espacio o para que la cuides?* —Frank bajó la mirada.

—*Lo siento señor, no pensé que se escaparía de mí* —dijo manteniendo su mirada en el piso.

—*¡Ese es el gran problema cuando confías en una mujer!* —Lo escuché decir y aunque quise, no pude defenderme—. *A partir de ahora serás su sombra. ¡Si va al baño tú estarás detrás de la puerta esperando por ella!* —Frank solo asintió en silencio—. *¡Si vuelvo a ver una sola foto de ella en algún lugar donde tú no estés, te despido!*

—*Sí, señor* —susurró Frank y Nicholas levantó su mano para que se marchara.

Frank se giró, abrió la puerta y se fue. Nicholas continuó de espaldas a mí y lo único que yo

quería era alejarme de él.

—*¡Yo confié en ti!* —exclamó con una voz dolorosa—. *Fue lo primero que te pedí... ¡Lo prometiste!* —Levanté la mirada y pude ver la decepción en sus ojos cuando se giró—. *Si no puedes cumplir con una sola cosa... ¿Cómo mierda esperas que confíe en ti?*

Sentí como si me estuviese acusando de serle infiel, como si yo hubiese roto su corazón, cuando solo fui a cenar con mi mejor amigo. Entendía su molestia, estábamos de nuevo en todos los medios y en esa oportunidad no fue por el gran amor que nos teníamos, en ese momento todos hablaban de mi supuesto romance con Andrew. Sabía que lo había avergonzado, que todos hablarían de él y aunque quería retroceder el tiempo y no ser tan infantil, no podía hacerlo.

Él caminó hacia las escaleras dejándome allí en medio de la nada sin saber qué hacer. Caminé hasta dónde había dejado mi teléfono y salí hacia su jardín porque necesitaba un poco de aire para calmar mi tristeza y las lágrimas que salían sin control. Quería correr e irme, quería huir para no verlo más, pero no quería molestarlo más, así que solo me quedé sentada en unas de las sillas sin saber qué debía hacer.

Escuché pasos detrás de mí y al pensar que podía ser él, limpié mis lágrimas, pero pronto me di cuenta de que no era él, era Lourdes con un vaso de jugo en la mano.

—*Bebe un poco* —susurró, tomó el vaso e hice lo que me pidió—. *Se le pasará... solo está molesto.*

—*Lo sé... pero es cruel.* —Ella apretó mi hombro y me dio una sonrisa de apoyo—. *Gracias.*

Lourdes me sonrió con pesar y detrás de ella pude verlo acercándose, solo bajé la mirada para no sentirme triste al ver la rabia con la que él me miraba.

—*No quiero que salga de aquí* —ordenó con la misma voz envenenada.

—*Me iré a casa* —dije, él no se movió y por varios segundos estuvo en silencio—. *Necesito empacar...*

—*No tienes idea de lo que has hecho* —me reprochó—. *Si cuando volvimos te asustó ver a la presa sobre nosotros... gracias a ti vamos a tener el triple de acoso* —No supe qué decirle—, *pero eso a ti no te importa...* —De nuevo quería llorar, pero me hice la valiente—. *Puedes irte... total, siempre haces lo que te da la gana*—. Se giró y empezó a alejarse.

—*Lo lamento* —susurré con dolor, se detuvo, pero no volvió a mirarme.

—*Yo lo lamento más, Elizabeth.*

Continué su camino y se fue sin siquiera decir adiós, sin mirarme, sin un beso de despedida. Cuando lo vi salir por la puerta principal dejé que las lágrimas que estuve conteniendo salieran sin control. Dejé que el dolor que me causaba cuando me trataba así se liberara para intentar por lo menos pensar con claridad y saber qué debía hacer. «*Que estúpida eres, Elizabeth*». Arruiné todo, sus sonrisas, su felicidad... había cometido un error y lo había arrastrado conmigo a las consecuencias, lo había decepcionado y me sentía tan triste por ello.

...

Las horas pasaban tan lentas cuando la soledad no era tu mejor compañía... El reloj en la pared marcó las tres de la tarde y aunque dije que me iría no tenía ánimos de moverme ni enfrentar la prensa que sabía, esperaba por mí. Tenía mis cosas empacadas, sabía que debía volver a casa para preparar mi viaje a Stanford, pero tenía la esperanza de que él regresara, tenía la esperanza de que en cualquier momento él entrara por la puerta y terminara perdonándome, dándome un abrazo y quitándome el dolor del pecho que no me dejaba respirar.

El sol no salió para mí, mi día gris transcurría como todos, con soledad y dolor, con lágrimas y

temores, con el silencio que había dejado al marcharse. Me alejé de la ventana cuando escuché la puerta abrirse, mi corazón esperaba que fuera él, pero sabía que no era así.

—*Te traje tu almuerzo* —anunció Lourdes con una bandeja en las manos.

—*No tengo hambre* —respondí, ella me sonrió con tristeza—, *no puedo comer, el nudo en mi estómago no me dejará.*

—*Tienes que comer, no has desayunado* —me recordó—, *si Nicholas se entera que no has comido se molestará mucho.*

—*¿Es que puede molestarse más de lo que ya está?* —pregunté más para mí que para ella.

—*Come algo... te hará bien.*

Dijo antes de salir de la habitación. Ni siquiera tuve la intención de alimentarme, no podía comer nada, el dolor en mi pecho y el vacío en mi estómago no me dejarían digerir nada.

Cuando mi teléfono sonó y reconocí el timbre que había elegido para mi padre, tuve la intención de no responderle, pero como de todos modos lo visitaría, era mejor evitar el regaño en vivo.

—*Hola, papi* —dije al responder.

—*Hola princesa, ¿cómo estás?* —preguntó con su típica voz de papá preocupado—. *Hemos visto las imágenes en los diarios, parece que ahora no puedes cenar con un amigo.*

—*Parece que no* —respondí tragándome las ganas de llorar—, *ya se cansarán.*

—*Estás triste, ¿tuviste problemas con Nicholas por las imágenes?* —preguntó y yo no pude hablar porque nuevamente el nudo en mi garganta me lo impidió—. *¡Él tiene que entender que Andrew es tu amigo... no puede desconfiar de ti!*

—*No, él no desconfía de mi* —le aclaré—, *solo que me puso un guardaespaldas para cuidarme de la prensa y me escapé de él*—. Mi padre suspiró y se quedó en silencio por unos segundos.

—*Elizabeth* —dijo y ya sabía que me estaba regañando—, *si él puso seguridad es justamente para evitar estas cosas, para cuidar de ti, no puedes actuar como una niña inmadura teniendo a un novio como él.* —Lo sé—. *Hija, Nicholas es un hombre importante, todos están esperando errores para atacarlo y tú les has regalado un gran motivo para hacerlo.* —«Dime algo que no sepa papá»—. *¿A qué hora llegarás mañana?*

—*A las nueve, seguro.*

—*Bien, mañana hablaremos* —respiré profundo al saber que el tema no había terminado—. *Lamento mucho que estés pasando por esto, Elizabeth... pero los errores siempre tienen consecuencias y aunque desearía ir y enfrentarlos en tu lugar no puedo hacerlo... es tu error y tienes que afrontar las consecuencias. Te amo, princesa.*

—*Y yo a ti papi, nos vemos mañana.*

Inmadura e irresponsable... eso era, y solo me quedaba afrontar mis problemas con madurez. Tomé el tenedor y empecé a comer aun cuando no tenía ganas de hacerlo, tenía que enfrentarme a la prensa, al acoso de todos y, sobre todo, tenía que enfrentar el hecho de saber que él estaba furioso conmigo y yo era absolutamente culpable de todo.

Cuando terminé de comer, tomé mis cosas y le avisé a Lourdes que me marcharía. Frank estaba en la entrada como soldado esperando por mí.

—*Lo siento mucho, Frank* —dije avergonzada.

—*No se preocupe* —respondió tomando mi equipaje—, *todo estará bien.*

Suspiré y deseé con todo el corazón que él tuviera razón. Cuando cerró la maleta me quedé observando su casa como si esa fuera la última vez que estaría allí, como si jamás fuese a volver.

Frank abrió la puerta del auto y me invitó a subir. Tomó su lugar frente al volante y empezó a

conducir. Durante el trayecto por la zona donde vivía Nicholas, todo estuvo tranquilo, pero una vez que pasamos los controles de seguridad de Aspine me sorprendió al ver la cantidad de periodistas sentados con cámaras en mano. Había por lo menos una decena de ellos, y al ver el auto empezaron a tomar fotografías al azar.

—*Siento que esto ya lo he vivido.* —Escuché decir a Frank, él sonrió y sentí como presionó el acelerador logrando que al auto alcanzara una velocidad inquietante—. *No se asuste, tendré que ir más rápido para perderlos de vista.*

Al mencionarlo miré a través de mi ventana y fui consciente de que tres autos con personas sentadas en las ventanas y cámaras en mano nos estaban siguiendo, y más cerca de nosotros había tres motocicletas con fotógrafos que intentaban conseguir la mejor toma.

Me pareció ridículo todo lo que estaba sucediendo, me pareció una estupidez que actuaran de ese modo solo por conseguir más información.

La música que Frank había elegido dejó de sonar cuando su teléfono se activó con una llamada.

—*¿Señor?* —respondió Frank, y mi corazón se aceleró.

—*¿Dónde están?* —preguntó Nicholas con una voz fría.

—*Apenas saliendo, señor... tengo a la prensa persiguiéndonos.*

—*¿Hay muchos?* —preguntó Nicholas malhumorado.

Me acomodé sobre mi asiento intentando que la presencia de esos motorizados cerca de mi puerta no me alterara más de lo que ya estaba.

—*Tres autos y unas tres motos, solo espero que no se atraviesen en mi camino.*

—*¿Tienes el manos libres activado?* —preguntó Nick.

—*Sí, señor* —respondió Frank.

Una de las motocicletas se cruzó en el camino de Frank y él frenó con fuerza haciéndome chocar con el asiento delantero.

—*¿Elizabeth?* —Escuché mi nombre, pero una de las motos se acercó más de lo necesario a mi ventana y el flash me nubló la visión—. *¡Elizabeth!*

—*¿Sí?* —respondí molesta cuando me gritó, tenía ganas de gritarle también, pero estaba tan asustada por la gran velocidad que llevaba Frank que no pude reaccionar.

—*No es buena idea que vayas a tu casa...* —dijo con su voz malhumorada—. *Sabes que la seguridad en tu edificio no es tan confiable.*

—*Estaré bien* —respondí cansada de sus gritos—, *no te preocupes por mí.*

—*¡No digas tonterías!* —gritó. Cubrí mi rostro con las manos intentando controlar toda la mezcla de sentimientos que me abatían en ese momento—. *¿Ya los perdiste, Frank?*

—*No, señor... aún tengo a los motorizados detrás de nosotros.*

Frank trató de doblar en la esquina, pero una de las motos se le atravesó provocando que Frank detuviera el auto de golpe y mi corazón se detuvo al ver que había atropellado a las personas que iban en la motocicleta.

—*¿Los golpeaste?* —pregunté con temor.

—*¿Frank? ¿Qué pasó?* —gritó Nicholas aun en el altavoz—. *¿Frank?*

—*Una moto se me atravesó al cruzar la esquina, voy a bajar.*

—*¡No!* —respondió Nicholas—. *No se te ocurra dejarla sola.*

—*¡Señor, necesito ver si los he lastimado!* —respondió Frank quitándose el cinturón de seguridad—. *Cerraré las puertas al bajar.*

También me quité el cinturón y me incliné hacia adelante intentando ver lo que estaba ocurriendo frente a mis ojos.

—¿Elizabeth? —dijo Nick cuando uno de los hombres de la motocicleta se estaba levantando —. *¡Maldita sea, respóndeme!* —gritó Nicholas haciéndome saltar en mi asiento.

—*¡No me grites!* —respondí molesta—. *¡Estoy harta de que me grites!*

—¿Por qué diablos no respondes?

—*¡Porque estoy tratando de ver si hay alguien herido!*

Frank levantó su mano y sabía que estaba discutiendo con el sujeto, pero al otro no lograba verlo. El miedo empeoró cuando golpearon las puertas del auto y las fotos seguían lloviendo sobre mí.

—¿Dónde están? ¿Puedes ver dónde están? —preguntó Nicholas, aunque no quería, miré delante de mí buscando saber en qué calle estábamos.

—*Lemoine Av.* —respondí al leer—. *Hay una iglesia frente a nosotros.*

El otro hombre al que no podía ver se puso de pie y la sangre caía por su frente y su amigo hablaba por teléfono con alguien. Había personas en todas las ventanas del auto, gente que me tomaba foto tras foto y sabía que no iba a poder salir, sabía que estaba atrapada.

«¿A esto se refería papá cuando dijo enfrentar las consecuencias?».

—*Lo siento Nicholas* —dije, pero él ya no respondió y fue entonces cuando noté que había colgado y ni siquiera había dicho adiós.

Escuchar la sirena de la policía me hizo sentir un poco más tranquila, aunque seguía preocupada por los problemas que podría ocasionarle a Frank todo lo sucedido.

La gente que estaba en las ventanas comenzó a alejarse y yo no pude controlar las ganas de llorar. Estaba temblando, mi corazón casi podía salirse de mi pecho y todo empeoró cuando escuché a alguien intentado abrir la puerta.

«*Dios, sácame de esta... por favor*».

Escuché el sonido que hizo la alarma al desactivarse y poco después la puerta de mi derecha se abrió. Miré a Frank aún frente a mí esperando que se diera cuenta que había abierto el auto, pero él estaba concentrado en lo suyo.

Respiré profundo sabiendo que debía enfrentar a los paparazzi, sabía que tenía que ser fuerte y asumir las consecuencias de mis actos, así que respiré profundo y me giré hacia la puerta que estaba abriéndose.

Mi corazón se detuvo apenas lo vi.

—¿Estás bien? —preguntó Nicholas cuando subió al auto y cerró la puerta detrás de él. No pude moverme, ni hablar. Aún podía ver su mal humor, pero cuando mis lágrimas empezaron a mojar mis mejillas su expresión cambió por completo—. *Estás temblando.*

Se acercó a mí y luché conmigo misma para no llorar más, pero fracasé. Nicholas tomó mi mano y sin que lo esperara me abrazó. En lugar de calmarme mi llanto si hizo más profundo.

—*Cálmate, no llores más...* —pidió, pero no pude detenerme.

No fui capaz de contener el dolor, el miedo y la vergüenza que estaba sintiendo. Había sido un mal día para mí y tenerlo abrazándome aun cuando me merecía pasar por todo aquello, era demasiado para mí.

—*Ya no llores, Liz* —susurró levantando mi rostro y secando mis lágrimas.

—*Lo siento...* —Fue lo único que pude decir—. *¡Lo lamento tanto! Sé que lo arruine, sé que te fallé... te he avergonzado frente a todos... perdóname*—. Nicholas se alejó para mirarme y respiró profundo.

—*Elizabeth, me importa una mierda que hablen de mí, solo quería evitarte esto* —dijo señalando a las personas que seguían intentando fotografiarnos—. *Quería evitar que estuvieran*

sobre ti. —Secó mis mejillas y besó mi frente con amor—. *Yo sé que nada de lo que dicen es cierto, pero no quería que hablaran mal de ti, y menos que te acosaran de este modo.* —Me sentí peor al escucharlo—. *Pequeña, solo quería que siguieras teniendo tu vida, tu tranquila vida.*

Me abracé a él con desesperación, con la necesidad de sentirme a salvo a su lado. Él me subió sobre sus piernas y besó mi rostro llevándose con su amor el dolor que había sentido todo el día.

—*Vamos, te llevaré a casa* —dijo y yo lo miré con temor—, *Luke está atrás, él nos llevará a tu casa, Frank tiene que quedarse para poner la denuncia.*

—*¿Está en problemas?* —pregunté asustada, él negó.

—*No, Frank no... El que está en problemas es el imbécil que se cruzó entre ustedes.* —Oírlo me hizo sentir más tranquila—. *Vamos, salgamos de aquí.*

Negué con temor de enfrentar a toda esa gente que estaba esperando por nosotros, pero él se acercó más y me besó. Sus labios fueron antídoto para el dolor de mi corazón, fueron la dosis de paz y tranquilidad que, durante todo el día sin él, había perdido.

—*Lo siento* —susurré entre besos—. *¿Me perdonas?*

—*Shhhh... deja de disculparte* —Me dio un último beso y acarició mi rostro—, *luego tú y yo vamos a hablar, ahora solo quiero sacarte de aquí*—. Limpió mis lágrimas y me dejó recuperar la calma.

—*Gracias por estar aquí* —susurré avergonzada—, *por venir por mí.*

—*¿Dónde más podría estar?* —me preguntó—. *Aunque me saques de mis casillas, te amo.*

Me dio un último beso y tomó mi mano. Abrió la puerta y toda la prensa se fue sobre nosotros. La policía los alejó y me sentí agradecida de que estuvieran allí. Nos fotografiaron e hicieron preguntas desde donde estaban, pero ni él ni yo les prestamos atención.

Llegamos hasta el otro auto y él abrió la puerta para mí, me ayudó a subir y luego él hizo lo mismo. Luke puso en marcha el auto, Nick haló de mí y me sentó sobre sus piernas.

—*Gracias por rescatarme* —susurré, él sonrió—, *he extrañado tanto esa sonrisa hoy* —lamenté—. *Te he extrañado demasiado.*

—*Yo también a ti* —aseguró besando mi rostro—, *ya no estés triste.*

—*No puedo evitarlo, todo el día he sentido que ya no me querías* —Nicholas frunció el ceño al escucharme—, *fuiste tan cruel conmigo, ni siquiera me dijiste adiós.*

—*Liz, estaba molesto contigo, si te daba un beso seguro que te mordía* —bromeó mientras acariciaba mi mejilla—, *nunca pienses eso, aunque me veas muy molesto contigo, aunque me hagas rabiar... yo te amo. Aun cuando me sacas de quicio, el amor que siento por ti sigue dentro de mí, corriendo por mis venas...* —Volvió a besarme logrando que el dolor y el miedo poco a poco se alejaran—. *Te amo más que a nada en este mundo.* —El corazón se me aceleró por sus palabras—. *¿Si no te amara crees que estaría aquí?* —No le respondí—. *Me preocupo por ti Elizabeth, es por eso que me molesta cuando haces tonterías, no es por mí o porque hablen de mí, es por ti, solo por ti, pequeña.*

Nicholas me besó y con eso borró todo el horrible dolor que había vivido ese día. Me besó y sentí que éramos nosotros otra vez, el ogro se había ido y mi *dios griego* amoroso estaba de regreso y me sentí a salvo.

...

Terminé de ducharme y salí de mi baño, Nicholas estaba sentado sobre mi cama muy concentrado en su teléfono. Yo estaba envuelta en una toalla y aun así él no me miró. Sabía que seguía molesto, aunque había ido por mí, sabía que en algún momento volvería a reclamarme.

Caminé hasta mi closet y tomé un vestido lo suficientemente largo para no buscarme más problemas de los que tenía. Me lo puse y halé la toalla por debajo, caminé hasta el cajón donde estaba mi ropa interior y giré a verlo otra vez. Sus ojos azules estaban observándome en silencio y mi corazón saltó de emoción, respiré y tomé la primera prenda que encontré. Tuve la intención de meterme en el baño para ponérmela, pero no lo hice. Aun de espalda a él me incliné y la subí por mis piernas, podía sentir su mirada sobre mí y no sabía si lo que estaba haciendo ayudaría a desconcentrarlo de sus próximos regaños, pero quise arriesgarme.

Me temblaron las piernas cuando lo encontré sonriéndome con suavidad. Sabía que mi atrevimiento había causado efecto en su mal humor y me sentí orgullosa de mí.

«Buena jugada, Elizabeth», susurró mi conciencia.

Nicholas extendió su mano y fui a tomarla sin pesarlo demasiado.

—¿Te sientes mejor? —preguntó con una mirada más suave.

—Sí, el baño me quitó un poco la tensión —acarició mi rostro y suspiré—. Adelante, suéltalo de una vez —él me miró extrañado—, sé que aún te faltan regaños para mí y estoy lista para escucharlos todos. —Levantó una ceja en visible sorpresa al escucharme—. Acepto mi culpa y tus reclamos, por eso quiero que termines de una vez de regañarme —Él continuó mirándome y hasta creo que se estaba divirtiendo con lo que le decía—, pero cuando termines, abrázame... así no me sentiré tan mal.

—¿No crees que los reclamos de la mañana fueron suficientes? —preguntó.

—Para mí fueron más que suficientes, pero sé que para ti no y quiero que te quites toda esa rabia y frustración que sientes por mi culpa.

—Toda la rabia y frustración se fue al diablo cuando te vi dentro del auto asustada. —«¿Cómo puede ser tan hermoso este hombre?»—. Liz, yo sé que para ti es difícil, el hecho de tener a Frank detrás de ti, no poder hacer lo que te dé la gana... yo entiendo pequeña, pero por el momento es necesario.

—¡Lo sé! Ya lo entendí —Él me miró con ternura y yo me desmayé internamente—. Te prometo que lo entendí.

—Entonces, no tengo nada más que decirte —dijo besando mi nariz con ternura—, solo quería que entendieras que necesito cuidarte de la prensa, no quiero verte más en chismes, y no es por mí, es por ti. —Acarició mi rostro, se acercó más, empecé a temblar y mi estómago se llenó de mariposas—. Se una buena chica, ¿sí?

—Prometo que no me escaparé de Frank otra vez. —Él sonrió ampliamente—. Entonces, ¿estoy perdonada?

—Voy a confiar en ti, Elizabeth —respondió con seriedad—, otra vez voy a confiar en ti, no me falles —lo dijo como si fuese algo de vida o muerte, levanté mi mano derecha y él sonrió de nuevo—, esa es mi chica.

—¿Estoy perdonada? —pregunté mientras me colgaba de su cuello y él mordía mis labios haciendo que el corazón se me acelerara—. ¿Me levantas el castigo? —Nicholas sonrió de lado provocando que me desmayara internamente, me sostuvo con más fuerza al notar lo que causaba en mí.

—¿Por qué a veces creo que vas a desmayarte? —preguntó aun sosteniéndome.

—Porque no soy fuerte para soportar lo bello que eres. —Él levantó una ceja y empezó a reír con diversión—. ¿Qué?

—Eso sonó cursi, señorita Coleman. —Fruñí el ceño la vez que estaba burlándose de mí—. No, no puedes ni tienes el derecho de enojarte —advirtió con seriedad—. Has sobre pasado el

límite permitido de errores del año... ¡así que me aguantas!

—*¡No me gusta que te burles!*

—*No me burlo, me divierto.* —Me hizo caer sobre mi cama y se acostó junto a mí—. *Además, me has manipulado* —Me acusó y yo fingí inocencia—. *Sí, no pongas tu cara de santa que no lo eres.*

—*Soy inocente de lo que sea que me acuses.* —Él me miró a los ojos y me vi perdida en su mirada—. *No lo hago con intención.*

—*¿No?* —preguntó bajando una de sus manos por mi cintura—. *Que salgas en toalla frente a mí cuando sabes que estoy molesto no es lo más inocente que has hecho.*

—*No llevé ropa al baño...* —justifiqué—. *Además, tú debías esperarme en la sala.*

—*De acuerdo, tienes razón, pero...* —susurró en mi oído mientras levantaba el vestido y metía la mano entre mis piernas— *que te pongas la ropa interior frente a mí... eso sí fue a propósito.* —Mordí mis labios para no reírme al verme descubierta. Su mano llegó hasta mi sexo y mi cuerpo tembló con descaro—. *Vaya... parece que te dejé sin defensas...* —No pude responder porque estaba disfrutando de sus dedos, sus caricias, de sus atenciones—. *Oh, pequeña... lo estás disfrutando.*

Mordió mis labios y empujó una de mis piernas hacia un lado para tener más espacio. Le quitó la corbata mientras nos besábamos con desesperación, mientras su lengua entraba en mi boca y producía el doble de placer en mi cuerpo.

—*Me hiciste falta todo el día* —lamenté besándolo.

—*Oh, pequeña... te he tenido en mi cabeza todo el día* —Mordió mi oreja haciéndome temblar—, *no me has dejado trabajar en paz.*

Mis manos abrieron su camisa y me sentí desesperada por quitársela. A pesar de que se veía tan sexy vestido de manera tan formal, en ese momento lo quería desnudo para mí. Cuando terminé con su camisa él me empujó sobre la cama y se encargó de quitarme la ropa interior. Se inclinó entre mis piernas y temblé cuando su boca se hizo cargo de mi necesidad. Cerré los ojos y disfruté del movimiento de su lengua sobre mi excitada piel, mis manos se aferraron a las sábanas, mi cuerpo temblaba disfrutando del placer que él estaba causándome. Me sentía desesperada por tenerlo dentro de mí, por sentirlo mío otra vez.

—*Deja de jugar...* —susurré mientras lo veía sonreír—. *Te quiero a ti.*

Mordió sus labios al alejarse de mí, pero tomó mi mano y la llevó a mi sexo. Lo miré sin entender.

—*Tócate* —ordenó.

—*¿Qué?*

—*Tócate, quiero verte* —repitió logrando que me ruborizara.

—*No* —Él sonrió con la lujuria brillando en el azul de sus ojos—, *yo quiero que tú me toques.*

—*Y lo haré, pero debo quitarme la ropa.*

—*Te ayudaré* —prometí intentando levantarme, pero él me lo impidió.

—*Yo lo haré más rápido* —respondió—, *mientras lo hago te tocarás para mí.*

«*Oh, mi dios griego*».

Podía ver el deseo ardiendo en su mirada, sabía que me había ruborizado más de lo necesario al escucharlo hablar, pero, aunque quería no podía evitarlo, su petición me había excitado hasta las pestañas y no lo quería admitir.

—*¿Sí?* —susurró mientras abría su pantalón—. *¿Me complaces?* —preguntó con una voz tan sensual que mis dedos empezaron a moverse sobre mi piel húmeda y necesitada de atención—. *Esa es mi chica.*

Su mirada estaba fija en mí, tenía su atención, su interés y también el deseo que despertaba en él. Lamió sus labios cuando dejó caer su pantalón y empujó su bóxer hacia abajo. Mordí mis labios con deseo cuando estuvo desnudo frente a mí, se inclinó y tomó mi mano.

—*Suficiente* —susurró mientras se acomodaba entre mis piernas y sonreía complacido—. *¿Así te tocabas cuando estabas sola?*

—*¡Cállate!* —susurré avergonzada, él se burló, pero no pude quejarme porque sin previo aviso se hundió dentro de mí—. *¡Ohhhh!*

—*Mi pequeña...* —susurró al verme disfrutando de su cuerpo sobre el mío—, *eres tan dulce, a veces... tan inocente en algunas cosas.*

—*Yo soy inocente siempre* —respondí, él sonrió y se empujó dentro de mí de forma tan deliciosa que sabía no podría soportarlo por mucho tiempo.

—*No, cuando me seduces para salvarte de un buen castigo, no eres inocente* —me acusó y no pude defenderme—. *Amo que me manipules así, amo y también odio que tengas tanto poder sobre mí.* —Mordió mis labios y luego los lamió causando una corriente de placer perfecta recorriendo mi cuerpo—. *Sabes que puedes acabar conmigo si te lo propones, ¿verdad? Sabes que me tienes en tus manos, pequeña.*

—*Y tú me tienes en las tuyas* —respondí sin aliento—, *estoy en tus manos de la misma forma que dices estar en las mías.*

Selló nuestra declaración de amor con un beso profundo que me supo a gloria mientras mi cuerpo empezaba a temblar de placer. Me abracé a su espalda y dejé que el día terminara de esa manera. Pensé que todo se había salido de control, pero él con un poco de paciencia logró arreglar el lío que había ocasionado con mi rebeldía.

Me sentía feliz de tenerlo en mi vida cuando más lo necesitaba, porque incluso cuando arruinaba las cosas, él estaba conmigo tomando mi mano y prometiendo que todo estaría bien, y yo le creía, porque mientras estuviera a mi lado, sabía que todo estaría bien.

35 – Sin escapatoria.

El Sol brilló en el cielo de manera magistral aquella mañana. Estaba en su balcón, disfrutando de un poco de su vida, de su mundo... de ella. Apenas eran las seis de la mañana, pero se me había quitado un poco el sueño. Habían pasado tantas cosas en tan pocos días, tantas discusiones entre nosotros que, al tener un día de paz, quería disfrutarlo por completo.

Ella pasaría unos días con sus padres y aunque la idea no me molestaba, saber que no la vería al terminar el día o al empezarlo me causaba cierta ansiedad, pero debía controlarlo, ella necesitaba unos días con su familia y no podía ponerme dramático.

Decidí prepararle el desayuno para intentar hacer algo con el tiempo libre que tenía hasta que ella despertara, pero jamás se me había dado bien la cocina.

«¿Qué diablos puedo prepararle?», me pregunté al abrir su nevera.

Me sentí sorprendido al ver tanta comida, había frutas, bebidas, vegetales y por supuesto... helado de chocolate. «Y eso que eres alérgica al chocolate», no pude evitar sonreír al recordar su mentira aquella primera vez.

Decidí dejar de pensar en mil cosas y tomé mi teléfono. Marqué el número de mi casa y esperé que respondieran.

—*Hola, buenos días* —saludó Lourdes desde el otro lado de la línea.

—*Hola, Lourdes... soy yo.*

—*Buen día, Nicholas, ¿cómo estás?*

—*Bien, gracias... necesito de tu ayuda* —dije sin darle tantas vueltas al asunto—, *quiero hacer el desayuno para Liz y no sé qué prepararle* —Ella se quedó en silencio y hasta creí escucharla reír—, *deja de burlarte* —le ordené.

—*¡No me burlo!* —mintió—. *Estoy muy seria. ¿Qué quieres cocinarle?*

—*No sé, hay frutas, yogurt, huevos, quesos, jamón, tocino... no sé, hay demasiada comida para una sola persona.*

—*Bueno, si hay cereales y frutas, una ensalada estaría bien* —aconsejó la mujer que durante más de una década me había alimentado—. *Toma todas las frutas que encuentres y ponlas sobre la mesa...* —Hice lo que me sugirió— *¿Tiene un exprimidor?*

—*¿Un exprimidor?* —pregunté sin entenderla.

—*Sí, ese que se usa para sacarle el jugo a las frutas* —«¡Claro, el exprimidor, Nicholas!»—. *Usualmente redondo*— Caminé hasta donde estaba la licuadora y vi uno.

—*De acuerdo, ya lo encontré, ¿ahí haré la ensalada?*

—*¡No!* —gritó Lourdes—. *Es para que prepares jugo de naranja, a Elizabeth le encanta en el desayuno.* —«Si, eso ya lo sabía».

—*De acuerdo, ¿qué más necesito? Saqué todas las frutas.*

—*Solo te falta una cosita... ¿Recuerdas lo que es un cuchillo?* —preguntó y en esa oportunidad sí escuché su risita burlona.

—*¿Te estas riendo de mí?* —Ella se quedó en silencio de inmediato—. *Lourdes, deja de burlarte de mí o te despido...*

—*¡Lo siento!* —respondió aguantando las ganas de seguir riendo—. *Eso es todo lo que*

necesitas.

—De acuerdo, gracias... adiós, Lourdes.

—Adiós, Nicholas —respondió con una voz demasiado divertida.

«*Todo lo que soporto por ti, pequeña*».

Había sido demasiado sencillo preparar su ensalada, pero la falta práctica me llevó treinta minutos dentro de la cocina. Dejé todo listo para ella y regresé a su pequeña habitación. Las sábanas estaban en el piso y ella estaba totalmente desnuda sobre su cama, durmiendo como un ángel mientras yo sentía que mi demonio comenzaba a despertar.

Respiré profundo mientras levanté la sábana y cubrí su cuerpo con esta. Ocupé mi lugar a su lado y la contemplé todo el tiempo con ojos de hombre enamorado.

«¿*Cuándo fue que pasé de desearla a amarla tanto?*», me pregunté.

Había pasado más de diez años desde la última vez que me enamoré, desde aquel momento en el que terminé internado en una clínica de rehabilitación, con el corazón sangrando y la decepción latiendo.

«*<<<>>>*»

Estaba en una habitación, una que recordaba muy bien, me vi sentado en una esquina, estaba temblando y no era de frío, sudaba y no por el calor. Miraba a mi alrededor, pero el más mínimo ruido me afectaba.

Me levanté y golpeé las ventanas tratando de romperlas, pero solo me quedó el dolor en los puños y los vidrios no cedieron. Sentía el deseo, la desesperación, la necesidad de salir de allí y no logré reaccionar.

Me vi y sentí lástima de mí mismo, de lo que había hecho con mi vida por una mala mujer, por alguien que sabía que no valía la pena, pero que en ese momento mi corazón amaba ciegamente.

La puerta se abrió, me levanté apenas vi a James entrar y salté sobre él.

—*¡Sácame de aquí!* —le rogué—. *¡Necesito que me saques de aquí!*

—*Cálmate* —dijo con cariño—. *No puedes salir de aquí... aún no.*

—*¡No! Sáquenme, me quiero ir... necesito irme.* —Me vi suplicando y me dolía el pecho, no sabía si era mi dolor o del hombre desesperado que estaba frente a mis ojos—. *¡Por favor!*

—*¡No!* —repitió James—. *Tienes que salir de aquí, pero bien... debes salir fuerte y sin necesitar de esa porquería.*

—*¡No me jodas, James! No me des clases de moral ahora.*

—*No hago eso* —respondió con una tranquilidad envidiable—, *solo quiero que seas fuerte... que salgas de aquí limpio para que puedas traer de regreso a ese niño de humor insoportable, pero feliz.*

—*No puedo* —grité cayendo al piso y me dolió verme así—. *¡No voy a poder hacerlo!*

James se arrodilló frente a mí y me abrazó. Me abrazó fuerte y lloré como un bebé mientras le suplicaba que me sacara de allí, pero él solo dijo que no podía, que me sacaría de allí cuando estuviera bien, cuando estuviera sano y fuerte de nuevo.

Lo veo, me veo y siento pena de mí mismo, siento un gran dolor en mi pecho, y sobre todo puedo sentir su necesidad. Esa desesperación por inhalar un poco de cocaína, por fumar cualquier porquería que pudiera llevarse el dolor en mi cuerpo y la necesidad en mi alma. Lo veía, me veía y el asco que sentía era tan insoportable como el dolor que él sentía al estar

encerrado allí.

«*<<<>>>*»

Sentí sus manos y regresé a la realidad. Ella me miraba con preocupación, sabía que la había asustado otra vez, así que respiré profundo para intentar alejar ese recuerdo y no asustarla más.

—*¿Nicholas, estás bien?* —preguntó con voz temblorosa.

—*Sí, estoy bien* —susurré mientras trataba de huir de ese recuerdo horrible. Ella sujetó mi rostro y eso me ayudó a volver a la realidad—. *Buen día* —le dije.

—*Buen día, cielo* —respondió acercándose y besando mis labios, pero aún tenía esa horrible sensación en mi cuerpo—. *¿Qué recordaste?*

—*Nada* —mentí y fingí mi mejor sonrisa para ella—, *¿por qué no te levantas y vamos a desayunar?* —Me miró con desconfianza sabiendo que había mentido, así que lo único que hice fue halarla hacia mí y rodearla en mis brazos—. *Abrázame, ¿sí?* —le pedí, ella subió sobre mis piernas y me rodeó en sus brazos, besó mi frente y acarició mi cabello.

—*No sé qué te puso así, pero ya pasó* —decía la verdad, porque conforme oía su voz me empezaba a sentir mejor—, *estás aquí, conmigo...* —susurró besando mi nariz con amor—. *Hemos dormido juntos, en mi cama... me has hecho el amor noche.* —Sonreí al recordarlo, al sentir el efecto de ese recuerdo en mi cuerpo—. *Estás bien, estás aquí... estoy aquí contigo* —la besé y ella me sonrió—, *estoy en tus manos... ¿recuerdas?*

—*Yo en las tuyas* —respondí.

Elizabeth me besó las mejillas, la nariz y luego mis labios, y su amor me curó, se llevó el dolor que me causó aquel mal recuerdo.

—*No sé qué sería de mí sin ti* —susurré acariciando su cabello—, *¿Cómo podría superar todo esto sin ti a mi lado?*

—*No tienes que saberlo...* —respondió acariciando mi rostro—, *porque estoy aquí, sosteniéndote cada vez que te sientas caer, levantándote cuando ya no tienes fuerzas, amándote y mostrándote que el amor, el verdadero amor solo te hace feliz y no te lastima* —*Te amo tanto, pequeña*—, *solo te da fuerzas y no te las quita, no pide nada a cambio... Es así como yo te amo, con un amor verdadero que va a borrar todos esos malos recuerdos y será fuerte para ti.*

Elizabeth me sonrió y supe que todo lo que decía era verdad, no porque sonara hermoso, sino, porque cada palabra que me había dicho, la había sentido y me lo había demostrado. En ese corto tiempo que teníamos juntos ella me había demostrado su amor y me daba su fuerza para seguir adelante.

La abracé sintiéndome protegido entre sus brazos, sintiéndome fuerte y capaz de superar todo, porque con ella nada podría lastimarme. Con ella a mi lado, yo era fuerte y era feliz.

...

Frank conducía con calma, aunque sabía que estaban siguiéndonos, pero no quería asustarla, así que traté de ignorarlos también.

—*No olvides tener cuidado cuando salgas* —le recordé, ella me miró y asintió—, *Frank estará vigilando que no haya prensa.*

—*No te preocupes* —respondió—, *prometí que no me escaparía.* —Me miró y se acurrucó junto a mí—. *Ahora, ¿es necesario usar tu auto?* —Le regalé una mala cara—. *Es muy lujoso y lo que pretendemos es pasar desapercibidos, ¿o no?*

—*Sí, pero quiero un auto seguro para ti.*

—*El de mi madre es seguro y no lo usa* —agregó, quería ordenarle que usara mi auto, pero me contuve.

—¿Qué auto es? —pregunté, ella no parecía recordar el modelo—. ¿Recuerdas qué auto es?

—Sí, es un Mazda 3, está nuevo —aseguró con orgullo—, papá se lo regaló por su cumpleaños, pero mamá trabaja a pocas cuadras de la casa y prefiere caminar. —«¿Por qué solo no puede seguir las órdenes?»—. Será más fácil no llamar la atención con ese auto.

—Frank tendrá que revisarlo para ver si está funcionando bien.

—¡No hay problema! —exclamó la muy rebelde—. No siempre se puede hacer lo que quieres.

—Sobre todo contigo que siempre estás haciendo lo que tú quieres —Ella me regaló una sonrisa maravillosa que amé con locura—, te voy a echar de menos —dijo—, mis noches no son las mismas desde que quisiste hacerlas tuyas—. Ella me dio un suave beso y sujetó mi rostro con sus dos manos.

—También te echaré de menos, pero estaremos muy cerca y si tienes un mal día yo siempre estaré aquí, esperándote con los brazos abiertos para llenarte de mi amor y recordarte que todo estará bien. —Me abrazó y aunque quería pedirle que regresará a Nueva York conmigo, me obligué a comportarme como un hombre y no hacer mayor drama—. Prométeme que si me necesitas me llamarás y yo iré a ti —Traté de sonreír porque sabía que la estaba preocupando—, prométeme que voy a ser a la primera que llamarás si tienes un mal día.

—¿A quién más podría llamar? —le pregunté, me besó la frente y se abrazó a mi cuerpo con fuerza—. Te amo, pequeña... te amo tanto. —Un horrible miedo invadió mi pecho al pensar en dejarla allí, pero luché por controlarlo—, te acompañaré hasta la puerta... —dije cuando Frank bajó del auto—. ¿Me extrañarás?

—Te empiezo a extrañar y aún no te vas —confesó con pesar. —No te pongas triste porque le ordenaré a Frank que suba y te llevaré de regreso a New York. —Elizabeth sonrió cuando Frank abrió la puerta. Su padre estaba de pie en la entrada de la casa, pero ella parecía no saber si bajar y quedarse conmigo—. ¿Le dices adiós a tu papá o le dices hola? —pregunté, ella me sacó la lengua y bajó del auto—. En unos días prometo venir a verte.

—¿Lo prometes? ¿Me das tu Palabra? —Levanté mi mano derecha y ella sonrió.

—Lo prometo, pero por favor... pórtate bien —También levantó la mano derecha haciéndome reír—, esa es mi pequeña.

Era lo más ridículo del mundo, pero dejarla en su casa por unos días me causó tristeza. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no dejarle ver la tristeza que sentía, pero hice un buen trabajo. Me tomé el tiempo de saludar a sus padres y a Amanda, su pequeña hermana que al ver a Elizabeth estuvo muy feliz, así que decidí no darle largas al asunto y marcharme antes de que terminara quedándome a dormir con ella.

...

El día pasó como si no tuviese importancia. Todo parecía lo mismo, la misma rutina de cuando ella no estaba en mi vida y no me gustaba. No me gustaba el hombre que era sin Elizabeth.

Estaba mirando a través de mi ventana sintiéndome vacío, solo... abandonado. No había pasado ni un día sin ella y me sentía perdido, pero al recordar la noche cuando la conocí volví a sonreír. La única mujer en este mundo que se quejaba de los zapatos de tacón y la vida social... «Esa es mi pequeña... ¿qué has hecho conmigo Liz?».

El sonido de mi teléfono me alejó de los recuerdos, lo saqué de mi pantalón y sonreí al ver un mensaje suyo.

Liz

Te extraño, no creo que soporte tantos días lejos de ti :(

P.D: NO tienes permiso de mirar a los lados y no olvides ponerte el letrero que dice que eres mío... TE AMO, MI DIOS GRIEGO.

Me resultó imposible no reírme, la amaba con locura y tener noticias suyas me hizo sentir mejor.

Liz

Yo también te extraño, pronto nos veremos... lo prometo.

P.D: Si no miro a los lados podría atropellarme un auto al cruzar la calle, ¿me quieres muerto?

:(

¡Le diré a Ashlee que me haga el letrero! ¡Te Amo mi pequeña celosa!

Mi auto se detuvo frente al edificio y me obligué a borrar mi sonrisa de hombre enamorado. Luke abrió mi puerta y bajé respirando profundo para tratar de olvidar su mensaje y no sonreír como tonto porque me había alegrado el día. Caminé en silencio y solo moví la cabeza en respuesta a los saludos de muchos empleados de la compañía.

La recepcionista suspiró al verme, pero, la ignoré y seguí hasta el ascensor. Estando solo me burlé al pensar en lo feliz que sería mi novia al saber que he ignorado a una mujer que se siente visiblemente atraída por mí.

Al abrirse las puertas traté de comportarme como el hombre serio de siempre, pero ella estaba haciéndome sonreír incluso cuando no estaba junto a mí. Ashlee me saludó de manera formal al verme y me siguió mientras iba leyendo los compromisos que me quedaban en el día.

—*A medio día tiene una junta con los inversionistas japoneses* —comentó—, *a las 2 tiene una reunión en el Elizabeth Hospital.* —El nombre del hospital logró hacerme sonreír de nuevo y noté que Ashlee también lo hizo, pero se controló más rápido que yo y continuó—. *La señorita Smith llegará esta tarde, quiere cenar con usted* —«*Diablos ¿justo ahora tenías que venir?*»—. *¿Hago reservaciones?* —Entré en mi oficina y tomé mi lugar frente a mi escritorio—. *¿Señor?* —susurró Ashlee, yo no sabía qué responder—. *¿Hago reservaciones o le digo que está ocupado?*

Quise decirle que estaba ocupado y ahorrarme el drama que haría Liz cuando se enterara de esa cena, pero era trabajo y ella debía entender.

—*Haz reservaciones...* —respondí—. *¿Eddy no ha llamado?*

—*No, señor... ¿quiere que lo contacte?*

—*No, no debe tener noticias para mí.*

El teléfono sonó y Ashlee respondió mientras yo veía mi teléfono esperando tener algún mensaje de mi chica celosa, pero no había nada.

—*El señor Evans* —anunció Ashlee mientras me entregaba el teléfono y deja unas carpetas sobre mi escritorio—, *permiso.*

Me levanté de mi silla y caminé hacia la ventana, era un día hermoso. Las calles lucían árboles sin hojas y las tiendas empezaban a decorarse con esqueletos y calabazas muy acordes con el próximo Halloween.

—*Hola James...* —saludé—, *¿cómo estás?*

—*¡Hola Nick!* —gritó con mucha emoción a través del teléfono—. *¿Me preguntaba si tenías espacio en tu apretada agenda para esta noche?*

—*¿Qué hay esta noche?* —pregunté con cierta desconfianza.

—*¡Noche de hombres!* —bromeó riendo—. *Los muchachos vendrán a casa, quiero mostrarles el trabajo que hice en Londres.*

—*Oh... bueno, la verdad es que tengo una cena de negocios* —respondí—. *Lo siento, no puedo.*

—*¡Está bien!* —respondió molesto—. *Sabía, que estaba perdiendo el tiempo, pero a veces olvido que ya no tienes tiempo para tus amigos... Que esté bien, señor Carter.*

Terminó la llamada antes de que pudiera explicarle que realmente estaba ocupado. Traté de quitarme esa fea sensación que había dejado la llamada de James, pero sin duda él tenía razón en enfadarse, no era un buen amigo a pesar de que intentaba cambiar con ellos, pero tenía tantos años ignorándolos que me costaba trabajo entender que nada de lo que viví fue culpa de alguno de ellos.

Regresé a mi escritorio y traté de distraerme con el trabajo, pero mi mente se llenó de cosas que no quería recordar, momentos que deseaba olvidar... que necesitaba olvidar.

«*<<<>>>*»

Frank conducía el auto y yo estaba sentado en la parte trasera. Había estado internado tres meses en la clínica para desintoxicarme y aunque había logrado mantenerme en pie, aún me daban ataques de ansiedad a causa de mi adicción.

El auto se detuvo en la cafetería que solía frecuentar, Frank abrió mi puerta y bajé. Tenía los lentes puestos y el cabello más largo, no había cortado mi barba y había subido de peso con el encierro. Era un desastre, pero no me importaba.

Entré y me senté en el lugar de siempre, Frank ordenó mi café, lo dejó sobre mi mesa y luego se fue hacia la puerta, lejos de mí... manteniendo la distancia y era algo que agradecía. Miré por las paredes de vidrio del lugar, la gente iba y venía.

Los Ángeles, estaba más alborotado en estos días. «Navidad... una linda navidad», algo que no me causaba emoción. Bebí de mi café disfrutando de algo que llevaba meses necesitando y que no había prohibido consumir. Saboreé gustoso la cafeína y casi estaba por sonreír cuando la vi a través del cristal de mi ventana.

Ella se detuvo sorprendida al verme, sus ojos se llenaron de lágrimas, pero sus labios me regalaron una gran sonrisa y luego caminó hacia la puerta. Miré a Frank, él me miró y yo negué deseando con todas mis fuerzas que entendiera lo que trataba de decirle.

Frank la detuvo y no la dejó pasar, ella lo empujó y gritó mi nombre, algo que me obligó a levantarme de la silla.

—*¡Bebé!* —gritó cuando estuve frente a ella—. *¡Bebé, estás libre!* —gritó con visible emoción—. *Déjame hablar contigo, ¿sí? Por favor* —Me quedé aún lejos de la puerta mientras Frank continuó sosteniéndola—, *bebé, por favor... por favor no me hagas esto.*

La miré y no fui capaz de ver a la mujer que conocí, de la que me enamoré. Estaba algo sucia, lucía desarreglada y tenía unas ojeras terribles. Las lágrimas le caían por el rostro y yo no era capaz de sentir pena por ella.

—*¡Nicholas, por favor! No puedes sacarme de tu vida así... bebé, tú y yo somos uno... ¿recuerdas?*

—*No, no recuerdo nada* —respondí fingiendo que no me importaba. Frank me miró y le ordené que la liberara, apenas lo, ella se lanzó sobre mí y la alejé de inmediato—, *no me toques...* —Sus lágrimas cayeron por sus mejillas—. *Vamos, Frank...* —Caminé hacia el auto y ella fue detrás de mí.

—Bebé, por favor escúchame un segundo... solo un segundo. —

Me detuve a pesar de que deseé tener las fuerzas para ignorarla. Respiré profundo, giré y verla sufrir por mí me produjo tanto dolor... Tenía una lucha interna entre lo que debía hacer y lo que deseaba hacer

—Nicholas, perdóname —susurró mientras lloraba frente a mí— Sé que la jodí, que arruiné todo lo que teníamos, que te lastimé —Ella trató de tocarme, pero me alejé—, dije cosas estúpidas, lo del novio fue mentira, solo quería lastimarte... estaba drogada y molesta contigo... tienes que perdonarme —suplicó con las manos temblando frente a mí—. Juro que ahora será diferente, me disculparé con tus amigos, pero no me dejes... por favor —suplicó y cada palabra que decía me dolía—. Juro que voy a disculparme... he pasado estos tres meses preocupada por ti, supe que te encerraron en esa clínica —Logró confundirme y dejé de sentir ese odio que tenía desde hacía meses, ella se acercó, levantó su mano y acarició mi cara—, te he extrañado tanto, bebé.

—No te creo —dije con mucho dolor porque quería creerle, quería y necesitaba pensar que no estaba mintiendo, pero una parte de mí sabía que debía continuar sin ella—, no puedo creerte... me has mentido mucho.

—Bebé... perdóname —lloró—, lamento todo lo que te dije, estoy arrepentida, estar tres meses sin ti me ha hecho pensar mejor las cosas y ahora sé que te amo. —Mi corazón deseó creerle—. ¡Te Amo, Nicholas!

—¡Me engañaste! —grité— ¡En mi casa, por Dios!

—Nicholas, estaba drogada —susurró con tristeza—, se me pasó la mano, no supe lo que hacía... perdóname, por favor.

Sabía que si la estaba escuchando era porque quería creerle aun sabiendo que no debía hacerlo. Miré a Frank y este negó con la cabeza y no sabía qué hacer, lucía tan mal, estaba muy delgada, descuida y parecía nerviosa.

—¡Por favor! —suplicó—. Tenemos que hablar a solas y arreglar nuestros problemas... bebé, yo te amo.

—Ve a mi casa a las seis —susurré—, ahora tengo una reunión, voy a pensarlo, pero si acepto volver contigo va a ser bajo mis condiciones...

—¡Lo que tú quieras! Haré lo que me pidas, pero no me dejes.

Se abrazó a mí, pero yo no hice lo mismo porque Frank seguía moviendo la cabeza en visible desaprobación.

—¿Has comido? —le pregunté, ella negó y la alejé de mí, saqué dinero de mi billetera y se lo di—. Me tengo que ir... come algo y luego ve a verme —ella sonrió feliz y yo me alejé—, vamos Frank. —Subí al auto y la vi sonriendo para mí. Frank entró y puso en movimiento el auto y aunque esperé que dijera algo, él se quedó en silencio—. ¿No crees que todos merecemos una segunda oportunidad? —le pregunté y él se detuvo en un semáforo.

—No creo que ella quiera una segunda oportunidad —respondió de manera muy segura—, Nicholas, ella te miente... sigue mintiéndote.

—Te dejas llevar por lo que pasó... ella está arrepentida.

—No lo creo —aseguró—, no lo está... no le creas Nicholas, ella no es sincera.

—La decisión es mía —le recordé molesto.

—¡No creo que William y los demás lo aprueben! —agregó Frank—. Has estado tres meses internado tratando de arreglar el vicio que dejó ella en ti.

—No fue ella, Frank, fui yo... ella no me obligó.

—Nicholas —susurró mientras conducía hasta la casa de William—. Sé que eres joven y puedo entenderte, pero no te dejes engañar otra vez, no lo hagas.

No le respondí porque no quería entender lo que me decía así que solo me perdí en mis pensamientos y en todas las ideas que tenía para que ella al igual que yo pudiera dejar las drogas. Estaba seguro de que con un poco de ayuda estaríamos bien.

Al llegar a la casa de William, Frank bajó del auto con su mala cara, pero solo lo ignoré y caminé hasta el salón donde sabía que los encontraría.

—¡Nicholas, ya estás aquí! —exclamó William levantándose y caminando hacia mí—, ¿todo bien? —preguntó mientras me abrazaba —¿Qué sucedió? —preguntó William de nuevo mirando a Frank.

—Igual te lo diré —susurré con aburrimiento—, así que es mejor que lo sepas por mí —Landon apareció y ambos me miraron con atención—, me encontré con Maia. —La cara de William cambió apenas escuchó su nombre—. Sé que vas a pensar que estoy loco, pero...

—¡No se te ocurra decir que vas a volver con ella! —exclamó William visiblemente molesto.

—Nicholas... —susurró Landon—, ella no es una buena mujer, ¿qué más necesitas para entenderlo?

—¡Todos tienen derecho a cambiar! —grité—. Está arrepentida, estos meses le han servido para pensarlo mejor... Maia está arrepentida, William—. Él miró detrás de mí y giré, James me miró tan molesto que me pregunté qué lo había puesto así.

—¿Te volviste loco? —gritó caminando hacia mí—. No puedo creer lo que he escuchado, ¿tú crees que esa puta va a estar arrepentida?

—¡Cállate! —grité—. ¡No la llames así! —Me sentí tan molesto que tuve que controlarme para no irme sobre él.

—¿Qué? —gritó James—. ¡No puedo creer que seas tan estúpido!

—¡James! —gritó William detrás de mí y me alejé de él—. ¡Así no vamos a hacer que entienda!

—No puedo creer que él haya estado tres meses sufriendo por la mierda en la que ella lo metió y salga de allí a buscarla.

—¡No la busqué! —aclaré—. Fue casualidad.

—¡Casualidad una mierda! —gritó James—. ¿Acaso has olvidado que se tiró a otros en tu propia casa... en tu propia cama? —Sus palabras me dolieron tanto que realmente quise golpearlo—. ¿Qué mierda tienes en la cabeza?

Me fui sobre él y lo empujé contra la mesa, hice que chocara y cayera al piso. William me empujó lejos de él y yo me quedé inmóvil. Miré a James avergonzado y él me miró molesto, retrocedí asustado al ver que se había lastimado con el vidrio y su mano estaba sangrando.

—Lo siento... —lamenté, él se levantó y me miró tan molesto—, yo la amo... ¡Amo a esa mujer que odias tanto! —exclamé con dolor.

—Eso no es amor, Nicholas —contradijo James—. No puede ser amor... —Landon le dio una servilleta de la mesa y cubrió su mano con ella—, ella no quiere cambiar, ella jamás cambiará.

—No sabes eso, no puedes saberlo... si yo puedo cambiar ella también.

—¡Maldita sea! —gritó James—. ¡Abre los ojos!

—¡Los tengo bien abiertos! —le aseguré—. Y voy a darle una segunda oportunidad... la ayudaré y ella será una mejor persona.

—¡No! —gritó William sorprendiéndome—, no puedes hacer eso Nicholas, ella no es buena... ella no quiere cambiar.

—William, tú eres el primero en decir que todos merecen una segunda oportunidad —le recordé—. Ella quiere una segunda oportunidad y yo necesito dársela...

—¡Ella no quiere una segunda oportunidad! —exclamó Williams.

—Esa puta solo busca tu dinero —gritó James—, el novio que tenía la echó, por eso está buscándote.

—¡Cierra la boca! —grité—. ¡Ese novio no existió! No voy a pedir que estén de acuerdo, entiendo que no lo estén, pero es mi vida y yo creo en sus ganas de querer cambiar—. Caminé hacia la puerta y Landon me miró con tristeza.

—¡Nadie cambia en un par de días! —gritó James, me detuve y giré a mirarlo.

—No han sido dos días, han sido tres meses.

Él se giró y cubrió su rostro, vi la servilleta que cubría su mano manchada de sangre y me sentí mal de haberlo atacado otra vez.

—Lo siento mucho... —susurré.

—Yo lo siento más —aseguró William y después de mirar a los demás suspiró—, quiero que veas algo...

—¡No! —gritó James asustado—. ¡No William!

—¿No te das cuenta? —preguntó William con una tristeza que me cortó la sangre—. El no cree en nosotros, nuestra palabra no será suficiente.

—No digas eso William —grité con impotencia—, yo les creo y yo los entiendo, solo que ustedes no conocen a la mujer que yo conozco... ella no es mala, ha cometido errores, pero quiere cambiar...

—¡Ella no quiero cambiar! —exclamó James molesto—. Diablos, Nicholas... mientras estabas internado estuvo con muchos hombres—. Yo lo miré con rabia.

—¡Mientes! —grité—. No quieres que regrese con ella y entiendo. Sé que de alguna manera sus mentiras nos han afectado a todos, pero ella quiere disculparse con ustedes y...

—¡Mierda! ¡Qué ciego eres! —gritó James y miró a William—. Es verdad... él no cree en nosotros.

—Nicholas —habló Samuel quien había permanecido callado—. Lo que dice James es verdad, la hemos visto con otros hombres...

Sabía que Samuel nunca me diría una mentira, sabía que sus palabras eran ciertas, como las de Williams y James, pero me negué a aceptarlas.

—Ella cambiará —dije—, la ayudaré y ella cambiará.

—Ella no merece que la ames de este modo, Nicholas —Lamentó James y giró a mirar a William—. Está bien, muéstrale... no vamos a convencerlo de otro modo.

—¿De qué hablan? —pregunté.

James tenía los ojos brillosos y hasta creí que quería llorar, William me miró con dolor, Landon se alejó un poco y Samuel negó con pesar.

—¿De qué hablan? —pregunté de nuevo, entonces todos caminaron hacia el estudio de William y yo fui detrás de ellos—. ¿Qué es lo que van a mostrarme? —William fue hasta su mesa, abrió un cajón y tomó un disco y lo metió en su DVD.

—¿Realmente necesitas pruebas para creer en nosotros? —preguntó William—. ¿En tus amigos, en nosotros que somos tus hermanos?

—Por segunda vez —dijo Landon—, estás creyendo en sus mentiras antes que en nosotros. Ella no es una buena mujer, ¿cuántas veces voy a decírtelo?

—Muéstrame lo que sea que tengas allí, William —ordené.

Sabía que ese momento dolería, sabía que, si ellos tenían pruebas de que ella estaba mintiendo, acabaría conmigo, pero en ese momento, yo sentía que no podía vivir sin ella.

James se giró y caminó hacia la ventana. William, Samuel y Landon me miraban con dolor, con tristeza y yo solo esperaba que la realidad me golpeara una vez más. El televisor se encendió y una imagen del set de la serie en la que trabajaba apareció frente a mis ojos. La cafetería donde el personaje de James trabajaba estaba iluminada y él estaba sentado sobre la barra riéndose con uno de los camarógrafos hasta que ella apareció.

Mi corazón se detuvo por unos segundos hasta que logré hablar.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté.

—Hace tres días —respondió James aún sin mirarnos—, apareció en el set y dijo que quería saber de ti, por eso la dejé hablar.

Me giré cuando escuché su voz en la grabación. Ella quería saber de mí y eso me hizo sonreír. Ella me echaba de menos, estaba preocupada por mí y mi sonrisa se mantuvo en mis labios. La escuché decir que no tenía dinero, que no tenía donde ir y me entristecí por ella, hasta que le contó a James que su novio la había dejado por otra.

Mi sonrisa desapareció al descubrir la primera mentira, pero todo empeoró cuando le dijo a James que él era el culpable de todo porque ella a quien quería era a él. Quise dejar de escuchar y ver las imágenes, pero necesitaba abrir de una vez los ojos con ella y estaba seguro de que con ese video lo haría.

Ella le dijo que yo fui una opción para estar más cerca de él. James le contó que pronto saldría del centro y ella le respondió que no le interesaba saber de mí que solo fue una excusa para poder hablar con él

“Él fue mi segunda opción...fue mi plato de segunda mesa porque tú me rechazaste...es un niño, cree ciegamente en mí, me aburré”

Entonces, todo eso golpeó con fuerza en mi interior. Entonces, todo eso me hizo abrir los ojos una vez más. Ella había mentido y yo de nuevo le había creído.

La escuché diciéndole que cada vez que yo la tocaba ella deseaba que fuera él. James le pidió me dejara en paz, pero ella le dijo que lo haría si él la aceptaba en su vida.

Yo me dejé caer al piso y todo se fue a la mierda. Todo lo que tenía, lo que creía y la poca esperanza que sentía en mi interior se fue a la mierda.

«*<<<>>>*»

Me obligué a volver a la realidad y mi cuerpo empezó a temblar. Tuve dificultad para respirar, me faltó el aire y sentí que podía desmayarme. Me sujeté de la pared y caminé hasta la puerta, solté mi corbata intentando respirar, pero no funcionó. Nada ayudó a quitarme ese dolor porque seguía viendo el video en mi mente, seguía sintiendo el dolor en mi pecho.

Logré abrir la puerta, pero mi cuerpo perdió la fuerza y no fui capaz de seguir de pie. Logré ver a Ashlee frente a mí y todo se nubló frente a mis ojos, llevándome de regreso al estudio de William.

La recordé hablando de mí, riéndose de mí y aunque no quería me perdí en un recuerdo, en esos que sin ningún esfuerzo se convirtieron en mi realidad.

Logré escuchar la voz Ashlee, pero no pude regresar al presente, no supe cómo despertar.

Sabía que era solo un recuerdo, pero no pude reaccionar. Intenté escapar, pero estaba atrapado en el dolor, un dolor del que no pude escapar.

«*¡Despierta Nicholas! ¡Despierta!*», me grité, pero no funcionó, el dolor era más fuerte que yo y en ese momento Liz no estaba conmigo para ayudarme, ella no estaba y yo no tuve fuerzas para escapar.

36 – ¡Despierta!

Estar en la casa de mis padres me hizo feliz. Pasar tiempo con ellos y mi hermanita era algo que había necesitado y no lo supe hasta que estuve de regreso allí.

Mi habitación seguía estando igual, como cuando era una adolescente, con la misma decoración, con mis muñecas en el estante, con mis fotografías junto a Andrew en la universidad. De Giselle y yo en la escuela...

Escuché el timbre y salí de mi habitación. Bajé corriendo las escaleras y me detuve cuando encontré a Frank de pie en la entrada.

—*Tranquilo, debe ser mi amiga*—le informé, él igual no se movió. Respiré profundo y abrí la puerta ya que sabía que mi mejor amiga esperaba por mí—. *¡Oh, por Dios, el bebé ha crecido mucho!*—exclamé al ver la gran barriga que llevaba y luego la abracé, el bebé golpeó mi mano sobre el vientre de su madre—. *¡Ay, ya se mueve!*

—*¡Sí, ya se mueve y ya sabemos que será!*—dijo mi amiga mirando con curiosidad a Frank.

—*Giselle, él es Frank... Frank, ella es mi mejor amiga.*

—*Un placer, señora*—saludó Frank de forma muy educada.

—*Hola*—respondió ella, me haló hacia la sala y nos sentamos sobre el sofá—. *¿Quién es Frank?*

—*Es el guardaespaldas de Nicholas*—respondí. Los ojos de mi amiga se abrieron por el asombro—, *la prensa está sobre nosotros.*

—*¡No lo tienes que decir!*—aclaró— *Los he visto en cuanto diario y programa de chismes existen.*—Hice una mueca al escucharla— *Ay, pero salen tan hermosos juntos...*—Sonreí de inmediato—. *¡Ay, Liz! ¡Ese hombre es un príncipe azul!*

—*¡Deja de babear! Eres una mujer casada y embarazada.*

—*Pero no ciega*—aclaró riendo y tomó mi mano con cariño—. *¿Eres feliz?*

—*¿Cuándo estoy con él? Sí, soy muy feliz... No sé cómo te sientes tú con tu esposo, pero yo veo a Nicholas y se me ponen ojitos de corazones, el corazón se me acelera y mi estómago se llena de mariposas ridículas y soy capaz de saltar de un puente si él me lo pide.*—Ella sonrió y acarició mi mano con cariño—. *Estoy loca, ¿verdad?*

—*No, estás enamorada... muy enamorada. Y es lindo saber que ese hombre, que parece sacado de un cuento de hadas, corresponde a ese sentimiento.*—Sonreí orgullosa del amor que sentía por él—. *¡Vi lo que sucedió ayer, fue tan hermoso verlo llegar por ti para protegerte de la prensa, como un héroe salvándote.... ¡Oh, fue tan hermoso, Liz!*

Me hizo sonreír con lo que dijo, me hizo feliz saber que mi amor por él no me había cegado y alguien más podía ver lo hermoso que podía llegar a ser.

—*¿Quieres saber que será mi bebe?*

—*¡Oh, claro! Casi lo olvidaba*—dije acariciando su vientre—, *dímelo.*

—*Es un niño*—dijo con lágrimas en los ojos de la emoción y me emocioné igual—, *tendrás un sobrino*—. Salté sobre ella y la abracé con fuerza.

—*¡Tendremos un niño!*—grité emocionada—.

¡Un rompecorazones!

—Dios, espero que sea como su padre... —comentó mi amiga—. *Un hombre correcto.*

—¡No! —grité— *Cuando sea viejo, pero primero tiene que divertirse.*

Ella empezó a reírse y yo me contagié de su buen humor, de su felicidad y de esa dicha que ella sentía. El teléfono de Frank hizo que caminara hacia la cocina y aunque quise saber si era Nicholas quien estaba llamando, decidí seguir compartiendo ese momento feliz con Giselle.

—¿Tienes que estar con el todo el día? —preguntó ella alejándome de mis pensamientos.

—Sí, lo prometí —dije resignada—. *Es agradable, casi siempre olvido que está cerca.* —Ambas reímos, pero tan pronto como Frank regresó noté su cara de preocupación, algo que me asustó de inmediato—. *¿Todo bien?* —pregunté algo asustada y él respiró profundo—. *¿Frank?*

El sonido del timbre me hizo saltar y caminé hacia la puerta algo preocupada, pero mi sonrisa regresó al encontrar a mi mejor amigo de pie en mi puerta.

—¡Oye! ¿Qué haces aquí? —pregunté sonriendo, aunque por alguna razón verlo no me hizo feliz.

—*Hola nena* —saludó antes de rodearme en sus brazos.

Sentí un escalofrío extraño en mi espalda y lo miré esperando que me explicara qué hacía allí.

—*Nena...* —susurró con visible preocupación—. *Necesito que vengas conmigo.*

—¿A dónde? —pregunté, pero él no me respondió y solo le dio la llave de su auto a Frank, este lo tomó sin hacer preguntas y salió de mi casa—. *¿Qué está pasando?* —Frank se detuvo y al ver su mirada de preocupación sentí que mis piernas temblaron—. *Oh, Dios... Es Nicholas... ¿Qué le paso?* —Andrew suspiró y sujetó mis manos.

—*Tuvo una crisis* —respondió acabando con la poca fuerza que tenía en mi cuerpo. Andrew me sostuvo con más fuerza de la necesaria cuando mi cuerpo se debilitó—, *vine a buscarte.*

Respiré profundo y me obligué a mantener la calma. Me alejé un poco de él y me hice la valiente.

—*Bien, iré por mi bolso. ¡No me tardo!* —Me giré queriendo correr, pero me choqué con Giselle y tuve que calmarme—. *Me tengo que ir... lo siento* —Ella me abrazó y traté de sonreír—, *prometo que apenas esté bien, vendré y hablaremos más, ¿sí?*

—*Claro* —respondió sonriéndome—. *No te preocupes, ve tranquila.*

Giselle me abrazó algunos segundos y luego me liberó. Corrí hacia las escaleras, subí a toda velocidad. Entré en mi habitación, tomé mis cosas y salí corriendo de regreso a donde estaba mi mejor amigo esperando por mí.

Andrew estaba acariciando el vientre de Giselle y me causó ternura al verlo, aunque tenía tantas ganas de llorar hice un gran esfuerzo por ser fuerte.

—*Tranquila Liz* —susurró mi amiga—, *todo estará bien, yo le avisaré a tus padres, ¿de acuerdo?*

—*Gracias...* —Le di un último beso y halé de Andrew, Frank nos abrió la puerta del auto y ambos entramos—. *Dime que le paso.*

—*No sé, nena, yo estaba trabajando... me llamó William, me dijo que Nicholas había tenido una crisis y me pidió que viniera por ti.* —Las lágrimas picaron en mis ojos y luché para no ponerme a llorar—. *No sé cómo está, pero tienes que ser fuerte, ¿de acuerdo?*

—*Sí, seguro fue como la última vez, algún mal recuerdo* —medité—. *Él estará bien*—. Respiré profundo y aunque la prensa nos empezó a seguir apenas tomamos la 95, los ignoré porque la preocupación y el miedo me tuvieron distraída. Frank esquivó los autos con precisión y en ese momento no me importó—. *¿Quién te avisó, Frank?*

—*William...* —respondió.

— *¿Te dijo que le paso?*

— *No, solo me dijo que cuando llegara el señor Boothe los llevara a New York.*

Suspiré y lo dejé conducir en paz. Andrew sostuvo mi mano y aunque estuve segura de que él estaría bien, me dolía saber que nuevamente un mal recuerdo lo había lastimado, y que otra vez no estuve con el cuándo más me necesitaba. Las lágrimas cayeron por mis mejillas y no pude evitar empezar a llorar.

«*Mi dios griego, mi hermoso dios griego... Sé fuerte, vida mía... sé fuerte*», repetía una y otra vez.

— *Nena, no llores* —susurró Andrew halándome hacia él y rodeándome en sus brazos. Besó mi frente y en lugar de calmarme lloré con más fuerza—, *tienes que ser fuerte, ¿de acuerdo? Si vine a buscarte es porque sé que eres fuerte, pero si te pones así vas a hacer que me arrepienta.* — Respiré profundo una y otra vez para tratar de calmarme—. *Tu hombre oscuro es fuerte, va a estar bien, pero tienes que ser fuerte para él, ¿entendido?*

Acepté lo que me decía y rogué a Dios que él estuviera bien, que cuando yo llegara a su casa mi hermoso hombre estuviera bien, peleando y discutiendo por todo, pero bien.

Mi mente vagó por recuerdos de nosotros juntos, sus sonrisas, sus miradas... todo él. Me di cuenta de que me había calmado y ante los buenos momentos que habíamos pasado, estaba sonriendo. Andrew volvió a besar mi frente y suspiré sintiéndome fuerte, sintiéndome capaz de enfrentar todo.

Observé por la ventana y vi el letrero del Elizabeth Childrens Hospital a lo lejos y otra vez me vi temblando. Un minuto después Frank se detuvo en la puerta del hospital donde decenas de periodistas comenzaron a disparar sus flashes sobre nosotros.

— *¿Él está aquí?* —pregunté asustada—. *¿Nicholas está internado aquí?* —pregunté, Frank solo asintió.

El auto por fin logró entrar al gran estacionamiento y comencé a temblar, Andrew bajó del auto y yo detrás de él, los periodistas gritaban preguntas, pero no les presté atención.

Casi corriendo llegué a la sala de espera y vi a Landon, Samuel, James y William dispersos en ella. El primero en girar fue Samuel quien me dio una mirada dulce al verme.

— *Elizabeth* —susurró acercándose a mí y besando mi mejilla.

— *Hola* —respondí—. *¿Cómo está Nicholas?* —William y los demás giraron, Landon parecía calmado, pero a James se le notaba que había llorado—. *¿William?* —susurré, él caminó hacia mí y besó mi mejilla.

— *Hola, Elizabeth.*

— *¿Por qué lo trajeron aquí?* —pregunté—. *¿Tan fuerte fue su crisis?*

— *Sí,* —respondió llevándome hasta el sofá—, *se desmayó en su oficina y no sabemos la razón*—. Mi corazón se rompió.

— *¿Pero está bien, él está bien?* —Todos me miraron—. *¿Nicholas está bien?* —repetí mirando a Landon.

— *No ha despertado aún* —respondió él, mi cuerpo tembló de miedo al escucharlo.

— *¿Como que no ha despertado? ¿Cuánto tiempo lleva así?*

— *Unas cuatro horas quizás...* —cubrí mi boca y sentí como mi corazón se rompía en pedazos—, *por eso lo trajimos aquí, es más privado y lo atenderán muy bien* —apretó mi mano y luché para no ponerme a llorar—, *le están haciendo un encefalograma, el doctor Stone quiere descartar algún problema grave.*

— *Oh, Dios mío...*

Andrew se sentó junto a mí y me abrazó, respiré profundo para no ponerme a llorar. Sabía que tenía que ser fuerte, pero era tan difícil... Miré a los demás y me seguí preguntando por qué James lucía tan mal.

—*¿Qué paso para que le diera esta crisis?* —Ashlee aparece con una bandeja de café y estira su mano hacia mí en saludo—. *Hola Ashlee...*

—*Buenas tardes, señorita Coleman.*

—*Ashlee lo dejó hablando con James*—respondió Landon a mi pregunta—, *luego Nicholas apareció por la puerta y se desmayó frente a todos.*

James golpeó su cabeza contra la pared, Samuel apretó su hombro y yo me sentí muy confundida.

—*No sé qué fue lo que sucedió* —susurró Ashlee mirándome—, *él trató de decirme algo y luego cayó al piso...* —la voz se le cortó y vi lágrimas mojando sus mejillas—, *no sé qué le paso... él estaba bien.*

Landon se acercó a ella y la consoló, algo que me sorprendió porque vi una confianza que no sabía que había entre ellos, pero no le di mayor importancia.

Me levanté del sofá y caminé hasta la ventana para tomar un poco de aire, tenía tanto miedo, temía por él... por lo que lo había dejado en ese estado, por el tiempo que llevaba inconsciente y por el temor que tenían de que fuese algo más grave.

«*Tienes que reaccionar mi hermoso hombre oscuro... Necesito que reacciones*».

Sentía un dolor en el pecho que no me dejaba respirar, el miedo recorría mi cuerpo y las ganas de verlo me mataban. Mis manos temblaban de la desesperación, el tiempo pasaba lento mientras esperábamos en aquella sala. Los doctores iban y venían, pero ninguno nos daba alguna información de Nicholas.

Tres vasos de café después, mis nervios estaban por colapsar, froté mis ojos con las manos cuando vi al mencionado doctor Stone caminando hacia nosotros con un sobre en la mano.

Todos nos fuimos sobre él y él se detuvo cuando no lo dejamos seguir.

—*Ya tenemos los resultados del encefalograma* —dijo mirando a Landon.

—*¿Son buenos o malos?* —preguntó James detrás de mí—. *¡Hable, por Dios!*

—*Sí, los resultados son buenos, no tiene ninguna lesión interna de la cual debemos preocuparnos* —apenas pude volver a respirar al escucharlo—, *pero aun así no sabemos el motivo por el cual él no ha reaccionado, vamos a hacerle una resonancia magnética para descartar otro tipo de problemas que esté causando su estado actual.*

Todos nos quedamos mirándolo sin saber que decirle, porque ciertamente, si él que era el experto no nos daba una razón... nosotros no podíamos imaginar alguna.

—*¿Puedo verlo?* —pregunté casi suplicando—. *Por favor.*

—*Cuando terminemos de hacerle los últimos estudios dejaré que entren... Quizá logremos que reaccione.* —Me sonrió para darme ánimos y tuve ganas de decirle que si no hacía que mi dios griego despertara iba a demandarlo—. *Los mantendré al tanto de todo... permiso.*

Lo vi alejándose sin decir nada más, sin dar mayor explicación. Sin darnos ninguna esperanza, ninguna razón por la cual mi hermoso dios griego seguía inconsciente.

Caminé hacia la entrada del hospital y el aire frío golpeó mi rostro, pero no me molestaba, me hacía bien, calmaba un poco mis nervios y traté de ser positiva. «*Si no encontró ninguna lesión cerebral entonces, es solo cuestión de tiempo... Mi hermoso dios griego estará bien. Tiene que estar bien*».

Me senté en los escalones y lo recordé allí, hermoso, sonriente. Aparté las lágrimas de mi

rostro y fui consciente de que había oscurecido, Escuché pasos detrás de mí y poco después Andrew colocó su chaqueta sobre mi hombro.

—*Lourdes está trayéndote ropa —me informó—, Frank fue por ella.*

—*Está bien* —respondí, él me abrazó y sabía que la prensa nos estaba fotografiando, pero no me importaba—. *Son muchas horas inconscientes... —comenté—. Tienen que hacer que reaccione...*

—*Nena, deja que ellos hagan su trabajo, estoy seguro de que ese doctor es bueno, por algo trabaja para tu dios griego... Seguro que pronto despertará.* —Acarició mi rostro y limpió mis lágrimas—. *Tienes que ser fuerte, nena.*

—*¡No puedo ser fuerte sabiendo que él lleva horas allí adentro y no son capaces de despertarlo!* —Andrew me abrazó y empecé a llorar con desesperación, angustia y dolor al no poder estar con él.

—*Elizabeth* —escuché decir a William. Andrew me liberó y yo me puse de pie—, *el doctor dice que podemos entrar, cinco minutos cada uno... Ve tú primero* —respiré profundo y sonreí al saber que pronto estaría a su lado. Caminé junto a William hasta la habitación donde estaba Nicholas, pero antes de abrirla me giró hacia él y me dijo—: *Sé fuerte, Liz... esto no es fácil, pero él saldrá bien de todo*—. Asentí y William abrió la puerta.

Respiré profundo, pero al entrar allí mi corazón se me rompió en mil pedazos al ver a mi hermoso *dios griego* acostado sobre esa cama. Cubrí mi boca para evitar gritar de dolor, respiré profundo para intentar calmarme y me acerqué a él.

El sonido de unas máquinas hacía eco en toda la habitación, tenía unos cables conectados en su pecho desnudo y su rostro mostraba la intranquilidad que había sufrido mi pobre hombre.

Las lágrimas cayeron por mis mejillas sin poder evitarlas, me dolía el alma verlo así y no poder hacer nada para ayudarlo, para hacerlo sentir mejor. Toqué su mano y la sentí fría, me senté sobre la silla que estaba a su lado y tomé un poco de aire para hablar:

—*When the rain is blowing in your face —susurré— and the whole world is on your case —no llores, Liz— I could offer you a warm a brace... to make you feel my love*

Besé una y otra vez su mano tratando de darle un poco de calor a su frío cuerpo. Sequé mis lágrimas y me levanté de la silla, me acerqué y le besé su mejilla.

—*¿Nicholas? Mi hermoso dios griego, despierta... vamos cielo, despierta.* —Besé su mejilla una vez más y lo miré—. *Mi cielo... despierta, necesito que abras los ojos y me mires... no importa si te molestas con todos por haberme avisado, no importa si gritas y peleas, en este momento daría lo que fuera por verte gritar otra vez.* —Mis lágrimas mojaron su rostro, pero limpié esa humedad—. *Nicholas, cielo despierta, por favor... por favor, vuelve a mí.*

Me acosté sobre su pecho y sin poder evitarlo, lloré... Tenía miedo, mucho miedo de perderlo, de que no despertara, de que él no fuera tan fuerte para salir de ese estado. Tenía miedo de que no encontrara la forma de volver a la realidad, de volver a mí.

37 – En blanco.

Quería dejar de llorar, pero no podía hacerlo. Nicholas había estado durante 24 horas inconsciente y no había manera de hacerlo volver. Aunque yo intentaba ser fuerte, no podía, no si el hombre que amaba estaba inconsciente sobre una cama. No me bastaba que Landon asegurara que él estaría bien, no cuando seguía dormido frente a mí.

—*Nicholas, vuelve conmigo, despierta mi amor... Necesito que despiertes, mi dios griego... Estás soñando, tienes que salir de allí y volver a la realidad. Yo soy tu realidad, nosotros somos una realidad. ¡Vuelve a mí, cielo! ¡Vuelve a mí, por favor!*—supliqué entre llantos.

Me incliné para besarlo, sus labios me sabían a gloria a pesar de que él no está besándome, a pesar de que no se comía mi boca de la forma que siempre lo hacía. Respiré profundo y cuando me alejé mi corazón se detuvo en el mismo segundo en el que noté que sus hermosos ojos azules estaban mirándome. Las lágrimas cayeron por mis mejillas y lloré, pero de felicidad.

—*¡Nicholas, estás despierto!*—grité emocionada— *¡Mi cielo, has regresado!*

Me abracé a él y lloré como una niña tonta de tanta felicidad... «*¡Gracias, Dios! Gracias*». Lo miré nuevamente y vi su ceño fruncido y ese gesto tan común en él me hizo feliz.

—*Iré a llamar a Landon y vuelvo*—prometí antes de salir corriendo hacia la puerta—. *¡Despertó!*—grité mirando a sus amigos—. *¡Nicholas ha despertado!*—William corrió hacia mí y yo regresé, tomé la mano de mi *dios griego* y le sonreí—. *Bienvenido, cielo.*

Nicholas siguió mirándome con el ceño fruncido y pensé que no le hacía feliz que me hayan avisado, pero eso no me molestaba, incluso había echado de menos su mala cara.

—*¡Nicholas!*—exclamó su mejor amigo—. *Gracias a Dios has despertado.*—William se acercó a él y sujetó su mano, me miró y sonrió—, *hemos estado muy preocupados por ti. ¿Te sientes bien?*

—*Sí*—respondió finalmente y su voz me hizo temblar—. *Me duele la cabeza... ¿Dónde estoy?*

—*En el Elizabeth Hospital, cielo*—respondí—. *William pidió que te trajeran aquí para que la prensa no te molestara.*—Era imposible dejar de sonreírle, William liberó su mano y cuando intenté tomarla, él no me lo permitió y se alejó un poco de mí—. *¿Estás molesto conmigo?*—pregunté algo triste. Él me miró y luego miró a William.

—*¿Quién es ella?*

El corazón se me detuvo de pronto y no solo por su pregunta, sino por la forma cómo me estaba mirando. «*¿Él no sabe quién soy?*».

—*Eh... Nicholas, ella es Elizabeth*—respondió William.

—*No la conozco*—aseguró con frialdad—, *nunca la he visto.*

Yo retrocedí y me quedé inmóvil mirándolo confundida. Estaba esperando que empezara a reírse, pero la seriedad en su rostro me hizo saber que no estaba bromeando. Landon me apretó los hombros y fue entonces cuando me di cuenta de que él y el doctor Newman estaban detrás de mí. Respiré profundo para no llorar, para controlar ese dolor que sentía en mi pecho mientras mi memoria repetía sus palabras: “*Quién es ella?*”.

«*¿Quién soy yo? No recuerda quien soy yo*».

—*Hola Nicholas, ¿cómo te sientes?*—preguntó el psicólogo mientras le daba la mano.

—*Hola Clark, estoy bien* —respondió mirando al hombre—. *Me duele un poco la cabeza... ¿Qué paso? ¿Por qué estoy aquí?*

—*Tuviste una crisis* —respondió Landon mientras encendía una linterna y examinaba sus ojos—. *¿Recuerdas dónde estabas y lo que sucedió?*

—*No, no lo sé, me duele la cabeza* —repitió—. *No puedo recordar nada.*

Landon apagó la linterna y las manos de Andrew me rodearon el cuerpo, se lo agradecí en silencio y luché por no ponerme a llorar.

—*¿Reconoces a los que estamos aquí?* —preguntó el doctor señalándonos a todos... incluso Landon y James.

—*Sí* —respondí mirándonos a todos, luciendo molesto—, *Landon, James, Samuel, William...* —Su mirada llegó a nosotros y tuve que fingir una sonrisa para él—, *a ellos no... No sé quiénes son.* —Andrew me sostuvo con fuerza y mis lágrimas no cesaron—. *¿Por qué hay tanta gente aquí?*

—*Todos estábamos preocupados por ti* —respondió Landon—. *Salgan un momento, por favor... vamos a examinarlo y enseguida estaremos con ustedes.*

Andrew casi me arrastró fuera de la habitación y cuando estuve lejos de Nick no pude seguir siendo fuerte y rompí en llanto abrazando a mi mejor amigo. No podía creer lo que estaba sucediendo, no podía entender que él se hubiera olvidado de mí.

«*¿Dios, por qué me haces esto?*».

—*Liz, cariño... mírame* —susurró William detrás de mí, respiré una y otra vez para luchar con el dolor que sentía y lo miré—. *No sé qué ha pasado, quizá sea consecuencia del golpe o la crisis que tuvo, pero trata de calmarte.*

—*¿Cómo es que él...? ¿Cómo es que él se olvidó de mí? ¡De mí!*

—*Pronto Landon y Clark nos explicaran, solo cálmate, cariño. Lo importante es que él está bien, que ha despertado, hiciste que despertara, tú lo hiciste y eso es un buen inicio*—. William acarició mi cabello y yo traté de dejar mi drama.

—*Está bien* —susurré cuando la puerta de su habitación se abrió y Landon junto a Clark aparecieron frente a nosotros—. *Podrían explicarme cómo es que mi novio no se acuerda de mí* —supliqué.

—*Sí, sentémonos* —pidió Clark y todos caminamos hasta los sofás—. *Nicholas sufre de un cuadro de amnesia funcional.*

«*¿Qué?*».

—*¿Es broma?* —preguntó James—. *Un momento, ¿esto no solo pasa en las novelas y todo ese drama de ciencia ficción?*

—*No James...* —respondió Landon con tranquilidad—. *Esto suele pasar con más frecuencia de lo que imaginas... La amnesia funcional, es un tipo de amnesia causada por factores psicológicos...*

—*Es como un mecanismo de defensa que los pacientes crean para huir de sus problemas* —concluyó Clark,

—*¿Usted está diciendo que Nicholas ha decidido olvidarse de mí como un mecanismo de auto defensa?* —pregunté asustada.

—*No exactamente de ti...* —aclaró el psicólogo—, *ha olvidado los últimos tres meses de su vida, de algún modo él no quiere recordar el momento en que los acontecimientos de su pasado regresaron a su mente, y por desgracia... eso empezó desde tu llegada a su vida*—. Andrew apretó mi hombro y yo respiré una y otra vez para no echarme a llorar.

—¿Cómo hacemos que recuerde? —pregunté—. ¿Cuánto tiempo podría estar así?

—Pueden ser horas o días, con mala suerte podrían ser semanas... —aseguró Landon.

—Por ahora necesita es tranquilidad... —agregó Clark—. No recuerda los cambios que dio su vida desde que Elizabeth apareció, por eso está tan frío con todos.

—Eso no importa, lo que importa es que él esté bien —susurró William.

—Elizabeth —dijo Clark y levanté la mirada hacia él—, es temporal, solo dale tiempo —respiré profundo y asentí—. Después de mediodía podrá volver a casa, sería bueno que vayas allá —Me quedé muda cuando me dijo eso—, verte puede ayudarle a recordar. Vamos a ir con calma, pero sin dejar de ayudarlo.

Él se levantó, sonrió y se marchó. Yo continué sentada sin la mínima intención de hacer lo que él me había pedido. Porque no era fácil para mí estar frente a él sabiendo que no tenía ni idea de quien era yo. No había sido fácil saber que él estaba intentando alejarse de lo que le lastimaba y yo estaba incluida en esa lista.

Sequé mis lágrimas y Andrew se sentó junto a mí, acarició mi mejilla y lo miré.

—Nena, no llores más —me pidió—, yo entiendo, sé que no es fácil, casi me desmayé cuando dijo que no sabía quiénes éramos, y pues, no es que yo sea de sus favoritos para recordar, ¿no? —trató de bromear, pero yo no logré sonreír—. Seguro que ese cabeza dura no tardará mucho en recordar a una mujer tan maravillosa como tú —Hice puchero y él sonrió—. ¿Desde cuando eres tan llorona y cobarde?

—Desde que él puede lastimarme con solo mirarme mal —Andrew sujetó mi rostro y sonrió ampliamente para mí.

—¡Que niña tan fea y mentirosa te has vuelto! —Sonreí, porque amaba cuando usabas sus típicas frases—. Si amas cuando te mira mal, sus gritos y todo eso... a ti te encantan. —Andrew tomó mis manos y me obligó a ponerme de pie—. Ve ahí y recuérdale a tu odioso quién le enseñó a amar de verdad —yo negué—, vamos muévete, nena. Tú eres todo menos cobarde, eh.

Sus amigos me observaban en silencio y aunque quise negarme, terminé aceptando. Andrew besó mi mejilla y los demás me sonrieron con dulzura. Respiré profundo y caminé hasta su habitación.

Una enfermera abrió la puerta y me saludó al salir, me tomé un segundo para darme ánimos, pero cuando entré, el dolor en mi pecho regresó. Mi hermoso *dios griego* estaba allí, con los ojos cerrados, con el ceño fruncido y aunque tenía ganas de marcharme, no lo hice.

Entré y cerré la puerta detrás de mí, cuando volví a mirarlo, tenía toda su atención y eso provocó que mi corazón se acelerara a mil por hora.

—Ya sé quién eres —dijo sorprendiéndome—, te vi la otra noche en el bar. —Traté de sonreírle al hecho de que por lo menos supiera que existía, había llegado a pensar que tardaría más en hacerlo—. Eres la que odia los zapatos de tacón —agregó a su comentario—, pero no recuerdo cómo te conocí... Aquella noche me fui a mi casa, solo.

—Mi jefe te hizo una entrevista —respondí—, trabajo en el *New York News*... Soy fotógrafa y te hice la sesión de fotos.

Nicholas me miró y sonrió de forma seductora logrando que las mariposas en mi estómago enloquecieran de felicidad.

—¡Qué casualidad! —exclamó con ironía, yo me encogí de hombro sin saber qué más decir—. ¿Hemos tenido sexo? —preguntó con esa frialdad que odiaba en él, creo que mi mala cara le hizo saber que no me había gustado su comentario—. Lo digo porque me estabas besando cuando desperté... ¿Somos amantes?

«Ha perdido la memoria, Elizabeth, respira y ten paciencia».

—Pues... tú le pusiste un mejor nombre a la relación que tenemos... —él frunció el ceño—. Somos novios.

Su rostro se desenchajó dejándome saber que el sujeto que le tenía a las relaciones estaba frente a mí y no se sentía nada feliz al saber que yo no formaba parte de su lista de sexo casual.

—Eso no puede ser cierto —respondió con mala cara—, no sé qué he dicho para que creas semejante cosa. Pero yo no soy de esos... yo solo busco...

—Sexo —terminé la frase por él—, lo sé... *placer a cambio de placer* —agregué con molestia—, pero yo no... yo quería más y tú me diste más.

Me acerqué un poco más a su cama mientras su mirada recorría mi cuerpo de pies a cabeza. Temí que lo que viera no fuese suficiente para el hombre sin memoria que estaba frente a mí.

—Me invitaste a cenar, me presentaste a tus amigos, llevaste flores para mí —Él me miraba asombrado con el ceño aun fruncido—, *tuvimos sexo en mi apartamento*. —Él levantó una ceja sintiéndose orgulloso de lo que le estaba contando—. *Te fuiste... me dejaste*. —El recuerdo de ese momento me lastimó, pero traté de disimularlo—. *Luego apareciste en la casa de mis padres, dijiste que no querías ni podías estar lejos de mí... Y desde entonces hemos dormido juntos muchas noches*. —Traté de sonreírle, pero él solo me miraba con preocupación—. *Hacemos el amor...* —agregué con la voz entre cortada—, *porque es lo que hacen las personas que se aman*.

Las lágrimas comenzaron a picar en mis ojos, así que me alejé y caminé hacia la ventana de su habitación.

—Hemos ido al teatro —comenté sonriendo ante ese recuerdo—, *viamos a Hawái hace poco* —él seguía en silencio—, *nadamos con delfines*. —Recordé sonriendo y volví a mirarlo. Estaba serio, pero ya no parecía molesto—. *Nos han fotografiado juntos, somos la noticia de la semana y creías que lo sería el resto del año, pero eso te molestaba*.

Nicholas me miraba con interés, con miles de preguntas que yo suponía pasaban por su cabeza, pero se mantuvo en silencio por unos segundos más, solo mirándome y yo quería abrazarlo, quería aferrarme a su cuerpo y sentir que no lo había perdido, que, aunque su memoria me hubiera olvidado, su corazón aún sentía amor por mí.

—¿Qué tienes de especial para que yo haya hecho todo eso? —preguntó con tranquilidad, sonreí a esa pregunta y me encogí de hombros.

—Es lo que me pregunto día a día —confesé—. ¿Qué tengo de especial? —Su mirada se suavizó un poco y temblé—. *Quizá fue que yo solo pedí flores y chocolates...*

—Flores y chocolates —susurró con ironía—, *cosas típicas de una mujer*.

—Sí, y tú me los diste.

Se me quebró la voz cuando recordé esos momentos, esos maravillosos momentos que temía no tener más. Volví la mirada hacia la ventana y traté de mantener la calma, aunque me resultaba casi imposible.

—Te darán de alta después de mediodía —informé sin mirarlo.

—Lo sé, les dije que no me quedaría aquí —respondió con esa voz de todo poderoso que me hizo sonreír—, *tengo mucho trabajo. Además, no me gustan los hospitales*.

—Este es tu hospital —le recordé al mirarlo—, *en el que tú, William y Landon han trabajado tanto*.

—¿Lo inauguramos? —preguntó con visible emoción, yo asentí a su pregunta—. ¿Qué nombre le pusimos?

—Mi nombre —respondí con orgullo—, *le pusiste mi nombre*.

Me di cuenta de que mi respuesta en verdad lo dejó sorprendido, frunció el ceño otra vez, lo masajeó con los dedos y respiró profundo. La puerta se abrió después de un suave golpe y una enfermera entró.

—*Hora de su medicina, señor Carter* —informó mientras caminaba hacia él. Nick me miraba y mi cuerpo se sentía afectado con su atención, porque conocía esa forma de mirar, ese modo suyo de seducirme—, *esto le hará descansar un poco* —agregó la enfermera.

—*¡No!* —gritó de pronto mirándola—. *No me duermas, ni se te ocurra.* —Pero ella ya tenía la jeringa vacía y eso molestó de inmediato—. *¡Dile a Clark que voy a demandarlo!* —gritó, la mujer no dijo nada, solo sonrió cuando estuvo frente a mí.

—*Se quedará dormido* —explicó—. *Necesita descansar.*

—*Se supone que he estado dormido por 24 horas* —respondió molesto—. *¿Qué más tengo que dormir?* —La mujer volvió a sonreír saliendo de la habitación—. *¡No soporto que me duerman, odio que me den sedantes!* —exclamó furioso.

Di un paso hacia él queriendo abrazarlo para tranquilizarlo, pero recordé que en ese momento él no me dejaría protegerlo, así que volví a alejarme,

—*¿Me tienes miedo?* —preguntó sorprendiéndome.

—*No* —respondí tomando el valor de acercarme un poco a su cama—, *nunca te he tenido miedo.*

—*¿Qué edad tienes?* —preguntó.

—*Casi 25 años* —Él bostezó y se acomodó sobre su almohada—, *duerme... yo cuidaré de ti* —le prometí.

—*¿Tú cuidarás de mí?* —preguntó burlándose—. *¿Y quién cuidará de ti?*

—*Tú* —respondí con la voz rota.

Él me miró con mucho interés, yo luché por no llorar, pero mis ojos se llenaron de lágrimas.

—*No llores* —susurró de pronto, fingí una mala sonrisa—, *no sé por qué he olvidado los momentos que te incluyen en mi vida.*

—*Clark dice que solo estás protegiéndote.*

—*¿De ti?*

—*No* —susurré—, *de tus malos recuerdos.*

Huyó de mi mirada cuando mencioné eso, volvió a masajear su ceño y después de unos segundos me miró con más tranquilidad.

—*¿Nos llevábamos bien?* —me preguntó.

—*Sí, muy bien* —respondí—, *a veces discutimos porque yo no hago lo que quieres.* —Eso lo sorprendió y logró hacerme sonreír—. *Soy un poco rebelde* —e expliqué—, *pero somos felices juntos.*

Él me miró por varios segundos sin decir nada, solo observándome y yo de nuevo quería abrazarlo y sentirme a salvo a su lado.

Me sorprendí cuando levantó su mano hacia mí, sin pensarlo mucho me acerqué y la tomé. El contacto de su piel con la mía me aceleró el corazón y las ganas de llorar regresaron.

Me senté sobre la cama y temblé cuando él me acarició el rostro. Cerré los ojos y solo disfruté de ese poco cariño que me dio.

—*No estés triste* —susurró, volví a mirarlo—, *no quiero ser el causante de esa tristeza.*

—*No lo eres* —le prometí—, *estoy feliz que haya despertado.*

—*No recuerdo lo que ha pasado entre nosotros, pero sin duda entiendo por qué estás en mi vida ahora.* —Sus palabras me sorprendieron—. *Aún puedo recordar tu mirada cuando giraste*

hacia mí aquella noche, había algo en ti que me gustó mucho —sonreí sin poder evitarlo—, *eres hermosa y quizá no recuerde esa relación que dices que tenemos...* —Se sentó sobre la cama y su aliento sobre mi rostro adormeció mi piel—, *pero tenerte cerca me da paz, una que no he tenido en los últimos diez años.*

Él miró mis labios y mi corazón saltó con fuerza. Se acercó un poco y yo cerré los ojos para disfrutar el momento.

—*¿Puedo besarte?* —preguntó casi sobre mis labios. Lo miré sorprendida mientras mi corazón y las mariposas en mi estómago enloquecían—. *Necesito desesperadamente besarte.*

—*Puedes hacer lo que quieras conmigo* —susurré sin aliento—. *Soy tuya* —Nicholas se alejó un poco y me miró sorprendido—, *solo tuya.*

Me miró unos segundos más y luego llevó su mano hacia mi cuello. Me haló hacia él y sus labios atraparon los míos, mi corazón se detuvo mientras todo mi cuerpo era feliz de tenerlo de regreso.

Él no se movió, sus labios presionaban los míos y sentía su aliento acariciando mi alma, llenándome de paz, de amor, de ese amor que necesitaba sentir con desesperación. Nicholas se alejó solo un poco y me miró a los ojos.

—*¿Qué has hecho conmigo?* —preguntó con dificultad, yo no supe qué responder, pero cuando quise hablar él volvió a presionar sus labios contra los míos y finalmente hundió su deliciosa lengua en mi boca.

Mi cuerpo tembló con descaro y sabía que él lo había notado, pero no me importó, solo lo besé, lo besé con desesperación, deseando que él no me hubiese olvidado del todo, deseando que su amor por mí continuara en su corazón.

Sus manos me tomaron por la cintura y me subió sobre él. Dejé de respirar al sentir su erección, al saber que aun sin recordarme, me seguía deseando, como yo lo deseaba a él.

Me moví sobre su necesidad y él gimió entre besos haciéndome sonreír orgullosa, pero el hombre dominante me hizo girar y caí sobre la cama. Nicholas subió sobre mí y mis manos se fueron sobre su pecho aún desnudo, algo que lo hizo temblar y a mí, sonreír. Me dio una mirada ardiente y poco después una de sus manos llegó hasta el centro de mi pantalón y presionó con fuerza mi sexo.

Dejé escapar un gemido de placer que lo hizo sonreír. Nos besamos, nos tocamos, como si su memoria no me hubiese olvidado, como si él me siguiera amando, entonces entendí que, a pesar de su amnesia temporal, Nick seguía siendo el mismo hombre del que me enamoré perdidamente. Él seguía siendo mi *dios griego* y yo era una simple mortal rendida a sus pies con devoción.

Lo deseaba con locura y sus besos solo aumentaban ese deseo, esa necesidad. Besaba mi hombre y sus manos se colaron bajo mi camiseta y tocaron mis senos. De pronto se quedó inmóvil y me asusté al sentir su cuerpo más pesado de lo normal.

—*¿Estás bien?* —pregunté preocupada, él hundió su rostro en mi cuello, pero seguía sin moverse—. *¿Nick?*

—*Es el sedante* —dijo, no pude evitar reírme al recordarlo—. *¡Mierda, Mataré a Clark!* —Me reí de lo que había dicho y él se alejó un poco, creí que se había molestado, pero no fue así, él me miró con dulzura y me sentí enamorada—. *Me gusta el sonido de tu risa* —declaró.

—*Ya mí me gusta la tuya* —Él frunció el ceño sorprendido por lo que dije—, *también te ríes* —agregué aun riendo—, *ya no eres tan ogro.*

—*Ah, ¿no?* —preguntó, yo negué—. *¿Soy bueno contigo?*

—*Eres el mejor de todos...* —respondí acariciándole el rostro, él cerró los ojos—. *Incluso*

cuando eres un ogro, sigues siendo el mejor.

Él suspiró y se dejó caer a mi lado, me hizo girar y me abrazó desde atrás.

—*Si ese sedante no estuviese haciendo efecto, te daría más momentos interesantes para recordar*—. No pude evitar sonreír, me giré y lo miré a los ojos.

—*Puedes hacerlo cuando despiertes* —susurré, él mordió sus labios con visible entusiasmo—, *puedo recordarte porque te enamoraste de mí.*

—*¿Me enamoré?* —preguntó algo asustado—. *Yo dije que...*

—*¿Me amas? ¡Sí!* —El miedo apareció en su mirada y levanté mi mano para acariciarle el rostro—. *Y yo te amo a ti* —exclamé—, *nos amamos de una forma bonita y sana.* —Me miraba con miedo recordándome a ese Nicholas que conocí al principio—. *Te amo y me amas.*

—*No sé qué decirte...* —confesó con preocupación—. *Estás hablando de mí y siento que no soy ese hombre que tú conoces.*

—*Lo eres* —le aseguré al inclinarme y besar sus labios—, *quizá tu mente olvidó ese amor, pero estoy segura de que tú corazón no... y voy a hacer que sientas ese amor.* —Siguió mirándome preocupado y poco después bostezó haciéndome sonreír—. *Ahora descansa. Te hará bien.*

—*Pero no te vayas... ¿Te irás?*

—*No iré a ningún lado sin ti* —Mi respuesta lo hizo sonreír, me abracé a él y descansé mi cabeza en su pecho, sus manos tardaron en abrazarme, pero lo hizo y fui feliz—, *cuando despiertes estarás listo para volver a casa.*

—*¿Conoces mi casa?* —pregunto con voz dormitada.

—*Claro* —respondí mirándolo, él siguió sorprendido—, *cada rincón de ella, conozco tu empresa y estoy en la lista de personas especiales* —Fruunció más el ceño, pero sonrió—, *conozco la casa de James, de Samuel y de William. A tus amigos y sus mujeres. Hemos comido con ellos...*

—*¿Lo hemos hecho?* —preguntó aún más sorprendido, yo asentí—. *No recuerdo nada* —se quejó.

—*No importa, tengo fotos de todos esos momentos* —Le sonreí, besé su nariz y él cerró los ojos—, *ahora duerme, tendremos mucho tiempo para refrescar tu memoria y hacer que recuerdes todo lo bueno que has vivido.*

—*Solo quiero recordarte a ti* —susurró con los ojos cerrados—, *siento que eres lo único bueno que me ha pasado.* —Mi corazón latió con fuerzas, él abrió los ojos y me miró con intensidad—. *¡No te vayas!* —ordenó.

—*No me iré... No sin ti* —prometí.

Le besé los labios y volví a mi lugar favorito, su pecho desnudo. Él me abrazó y disfruté los latidos de su corazón, disfruté del aroma de su piel y de ese amor que me tenía y que, aunque no recordara, aún me hacía sentirlo.

Más pronto de lo que esperé, él se había quedado dormido y yo me atreví a mirarlo, besé sus labios y lo miré con amor. Con ese amor que golpeaba mi pecho con fuerza, con ese amor que me daría las fuerzas para soportar el momento y ayudarlo a sentirse mejor. Mientras estaba a su lado me sentí feliz, a pesar de todo yo era feliz porque él estaba bien, porque era fuerte y porque, aunque no me recordaba me dejaba estar a su lado, porque a pesar de su falta de memoria él me quería a su lado, y eso era suficiente para mí.

38 – Recuerdos.

Estaba de pie en la calle, en un lugar que no conocía, pero ella estaba allí... estaba conmigo.

—Entonces no lo hagas —me pidió—, no te alejes de mí y no me obligues a quererte lejos. Nicholas, no me importa si tú no crees en el amor, no me importa quién te hizo ser tan duro y frío, no soy esa persona —gritó—, yo soy esta... la misma que se sintió completa mientras besabas mi frente y me abrazabas después de hacerme el amor... —Sus ojos se llenaron de lágrimas y solo quise abrazarla—. Sabes que no son las flores o los chocolates lo que yo necesito... lo que realmente necesito es sentir que te importo.

—¡Me importas más de lo que me gustaría, Elizabeth! —confesé.

—No me alejes de ti... tenemos derecho a intentarlo, yo quiero intentarlo.

—No soy el hombre que tú necesitas... No quiero lastimarte Elizabeth...

—¡Entonces no lo hagas! —suplicó—. No me alejes de ti... Nicholas, en este momento eres todo lo que quiero y necesito, en este momento lo único que necesito es que me abrases y me digas que para ti también fue especial, solo eso.

—Si no fueses especial no estaría aquí —Levanté su rostro y limpié sus lágrimas—, lo siento, lamento haberme ido.

—Creí que no volverías, creí que era el adiós.

—Tuve esa intención, pero he fracasado —ella me miraba y mi corazón enloquecía—, no puedo prometerle cosas que no sé si pueda cumplir.

—No quiero promesas, no las necesito, solo... solo no te alejes de mí... solo déjame estar contigo... solo eso.

«««»»

Abrí los ojos y me sentí mareado por culpa de los sedantes. Miré a mi alrededor y ella estaba allí, sentada en la silla... mirándome.

—¿Te sientes bien? —me preguntó.

—Sí, estoy bien —Miré el reloj sobre la pared y me di cuenta de que había dormido casi tres horas—. ¿Ya me dieron de alta?

—William fue a traer tu orden —respondió acercándose a mí—. ¿Necesitas algo?

—No, estoy bien —Tomó mi mano y mi cuerpo se estremeció al sentir su piel, respiré profundo y ella sonrió—, soñé algo... contigo.

—¿Conmigo? —preguntó con una hermosa sonrisa en sus labios que automáticamente me hizo sonreír.

—Estábamos en la calle —recordé—, no sé dónde, discutíamos, me reclamabas por dejarte... dijiste que fuiste feliz mientras besaba tu frente cuando...

—Hicimos el amor... —completó mi frase y sonrió... otra vez sonrió y yo me sentí feliz con su sonrisa—, era un recuerdo, habíamos pasado la noche juntos... nuestra primera noche y cuando desperté te habías ido... —el recuerdo la entristeció—, pero te arrepentiste y fuiste hasta la casa de mis padres. Desde ese día somos... novios.

Me incomodaba cuando decía que éramos novios, o cuando me contaba lo que hacía por ella, porque ese no era yo. Yo nunca iba detrás de una mujer, nunca intentaba conquistarla.

Elizabeth se inclinó y besó mis labios, la confusión cesó y me limité a disfrutar de sus labios, de esos besos que, sin entender la razón, calmaban todos mis temores.

Cuando su pequeña lengua entró en mi boca, mis manos no fueron capaces de controlarse y acariciaron sus piernas cubiertas con un fastidioso jean, toqué su trasero haciéndola temblar, algo que me hizo sonreír.

El sonido de la puerta interrumpió nuestro momento lujurioso y aunque no quería, terminé liberándola. Me hizo gracia verla intentar recuperar el aliento cuando William apareció frente a nosotros, pero ella me miró de mala gana causándome sorpresa.

—*Veo que ya estás despierto* —comentó William sonriendo y luego la miró—, *y que tú sigues aquí...*

—*Dije que esperaba a que despertara* —respondió usando un tono de voz suave.

—*Sí, pero no has comido nada* —reprochó William, yo giré hacia ella.

—*¿No has comido?* —pregunté molesto y ella de nuevo me dio una mala mirada—. *¡No me mires así!* —le ordené.

—*¡No me digas como mirarte!* —respondió sorprendiéndome y William sonrió con diversión—. *No he comido porque no tengo hambre, además, me dijiste que no me fuera y eso hice.*

—*¿Me estás gritando?* —pregunté sin poder creerlo—. *Cuida tu tono al hablar conmigo* —le exigí.

—*¡Ah, no!* —exclamó manteniendo su mala cara—. *¡Olvidalo!* —gritó—. *El hecho de que estés desmemoriado no significa que voy a fingir ser quien no soy.* —No comprendí de qué hablaba, pero su voz sonaba molesta—, *para tu información, yo no recibo órdenes de nadie... y eso te incluye.*

Me miró tan molesta que no supe que decir, sin poder creer lo que ella estaba haciendo. Miré a William y él sonrió visiblemente divertido.

—*Necesitas aprender buenos modales* —concluí.

—*Lo sé, llevas dos meses tratando de educarme* —aseguró de forma desafiante—, *pero déjame decirte que eres un mal profesor.*

Clavó sus ojos sobre mí y me molestó su atrevimiento, su forma de desafiarme, pero en el fondo me gustaba, me encantaba su seguridad.

—*¿Ella siempre es así?* —pregunté mirando a William.

—*Creo que sí* —respondió él muy divertido—. *Ya te dieron el alta* —dijo cambiando el tema—, *vístete, esperaré afuera para irnos... permiso.*

—*Gracias* —le dije y él salió, pero Elizabeth no dejó de mirarme—. *¿Siempre eres tan atrevida conmigo?*

—*Soy peor* —confesó sin problemas—, *pero tú dices que es lo que más te gusta de mí.*

—*¿En serio?* —pregunté fingiendo sorpresa—. *Pues no lo creo, no me gusta que me hablen así... y menos delante de los demás.*

Elizabeth se acercó lo suficiente para dejarme oler el perfume de su piel logrando que mis ganas de discutir se calmaran y recordándome lo que habíamos dejado inconcluso por culpa de los sedantes que me dieron.

—*Lo que te molesta es no tener el control de las personas* —comentó—, *pero déjame repetírtelo una vez más, pues, se te olvidó: no recibo órdenes de nadie* —Movié sus labios muy cerca de los míos logrando que me importara una mierda lo que estaba diciendo, yo solo quería besarla otra vez—, *incluyéndolo, señor Carter.*

La atrapé antes de que pudiera alejarse y dejé que la forma como me había llamado calentara

mi cuerpo de inmediato. La senté sobre mis piernas y aunque quise besarla no lo hice.

—*¿Dices que te doy clases de buenos modales?* —pregunté.

—*Sí, pero no eres un buen profesor.*

—*Yo creo que eres mala alumna* —dije deseando sus labios—, *pero ahora que no recuerdo bien quién eres, voy a poner mano dura contigo* —Ella sonrió con visible emoción algo que me hizo pensar que realmente había tratado de dominarla sin tener éxito—, *te gusta la idea...*

—*¡Me encanta!* —respondió sin reparos—. *Tus clases han sido... interesantes* —susurró con cierta vergüenza y sus mejillas se tornaron más rosadas—, *no sabes lo feliz que me hace verte peleando conmigo otra vez*—. Sonreí sin poder creer lo que decía.

—*¿Es que peleo mucho contigo?*

—*Sí, bastante...* —admitió sin alegría—, *pero al final siempre das tu brazo a torcer conmigo* —dejó sus labios con los míos y mi deseo aumentó de forma vergonzosa—, *dices que eres débil conmigo.*

—*Quizás* —susurré—, *pero no creo que logres causar en el mismo efecto en un hombre que no te recuerda.*

Ella me miró de un modo diferente, era una mirada dulce, amorosa que me hizo sentir débil.

—*Puedo sentirlo* —susurré.

—*¿Qué?* —preguntó sin dejar de mirarme con amor.

—*El amor que sientes por mí* —Ella sonrió orgullosa y sus ojos se llenaron de lágrimas—. *¿Cómo lo logras?*

Ella no respondió solo se inclinó y volvió a besarme. Ni siquiera tuve la intención de detenerla, mis manos la tomaron con facilidad y la subí sobre mí. Tomé su boca de un modo desesperado, con la misma necesidad que ella demostraba tener por mí.

Me hacía sentir tan extraño, pero a la vez me gustaba lo que causaba en mí. A pesar de no estar acostumbrado a ese tipo de sensaciones, sentir su amor me hacía feliz.

Cuando mi cuerpo y el suyo empezaban a perder el control ella me recordó que estábamos en un hospital, así que después de ese beso casi pornográfico ella me dejó solo en la habitación para que pudiera vestirme.

Deseé pedirle que se quedara, que cerrara la puerta y se desnudara para mí, pero me contuve, con mucho esfuerzo, pero lo había logrado.

«*Mierda, parezco un puto adolescente*», pensé bastante sorprendido.

Mientras me vestía no pude dejar de pensar en ella, en sus besos y en la forma como me hacía sentir, pero también me recordé hace diez años siendo un imbécil. No quería compararla, pero no me gustaba sentirme de ese modo, no me gustaba verme así, necesitado de una mujer. Había luchado mucho tiempo para no volver a estar en esa posición y sin que entendiera por qué ella había cambiado toda mi vida y podía sentir que una vez más estaba cegado por ese sentimiento doloroso que todos llamaban amor.

La puerta se abrió cuando ya estaba vestido, ella se detuvo a mirarme y creo que se sintió afectada al hacerlo, no entendí la razón. Me regaló una sonrisa dulce y caminó dentro de la habitación.

—*¿Estás listo?* —preguntó, yo asentí mientras me colgaba la corbata en mi cuello—. *¿Estás bien?*

—*Sí* —respondí mientras la miraba y me preguntaba si le había hablado de Maia; la idea de que fuera así me asustaba porque eso significaría que en verdad yo la amaba—. *¿Te he contado sobre la mujer que arruinó mi vida?* —pregunté sin poder evitarlo, ella hizo una mueca.

—Sí, sé de esa historia —«¿En serio lo hice?».

—¿Cuánto te he contado? —pregunté más molesto conmigo por cometer tantos errores—. ¿Cuánto sabes de eso?

—Lo suficiente para entender que no fue una buena relación.

Me giré sintiéndome frustrado, enfadado... incómodo conmigo mismo. No podía entender cómo en tan poco tiempo había podido confiar ciegamente en la mujer que estaba frente a mí.

—Olvida eso... —susurró acariciando mi espalda—. *No es un buen momento* —susurró.

—No entiendo cómo si solo tenemos dos meses juntos yo confío tanto en ti. —Ella me miró en silencio y yo empecé a desesperarme—. *Odio no recordarte, odio que siendo alguien tan importante para mí no pueda recordarte... ¿Por qué a ti?*

—El doctor dice que es un mecanismo de autodefensa.

—¿Me quiero defender de ti? —pregunté tan molesto y frustrado—. ¿Por qué de ti? ¿Por qué olvidarte a ti?

—No es a mí —aseguró con pesar—, es a lo que he causado en ti. —Ella tomó mi mano y aunque quise alejarme, no lo hice—. *Conmigo has vuelto a sentir, has querido cambiar y esos sentimientos han traído recuerdos desagradables... has tenido crisis, he estado en muchas de ellas, pero has salido bien de todas.*

—¿Y por qué estoy aquí entonces? —pregunté molesto—. ¿Dónde estabas tú cuando me dio esa maldita crisis que me dejó así?

—Estaba con mis padres —ella entristeció y me sentí un idiota por ello—, *estoy de vacaciones y quise aprovechar para quedarme unos días con ellos, tú me llevaste a su casa y te fuiste a trabajar, pero no sabemos qué pasó.* —Elizabeth suspiró y tomó mi mano—. *Nicholas, no pienses en eso, es muy pronto. El doctor dice que poco a poco vas a ir recordando* —levantó su mano y acarició mi rostro—, *Tómalo con calma.*

Su forma de hablarme me incomodaba, era dulce... y esa dulzura me afectaba, pero a la vez me gustaba, me hacía sentir bien.

—¿Soy bueno contigo? —pregunté preocupado.

—¡Muy bueno! —aseguró sin dudar—. *Aun siendo un ogro, conmigo eres encantador*—. Acarició mi pecho y tocó mi corbata con una sonrisa divertida en sus labios.

No pude evitarlo, no pude resistirme, la halé hacia mí, me incliné para besar sus labios. Ella tembló y por un instante tuve que sostenerla con todas mis fuerzas para no dejarla caer.

—*Sé fuerte, pequeña* —le susurré y ella se alejó asustada con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Dije algo malo?

—¡No, no...! —Sonrió, pero yo podía ver las lágrimas en sus ojos—. *Al contrario... es que me dices eso con frecuencia* —¿Lo hago?—. *Siempre que me sentía afectada por ti, decías eso.* —Quise abrazarla y prometerle que todo estaría bien, pero solo la miré en silencio, cautivado por su sensibilidad, por ese amor que me tenía y que yo podía sentir—. *Te amo tanto, Nicholas.*

Por instinto me alejé y traté de evitar que sus palabras tuvieran algún efecto en mí, pero no lo logré, porque escucharla decir que me amaba me había hecho temblar y me asustaba la forma como necesitaba de ese amor que ella decía tenerme.

—*Lo siento* —susurró de pronto. La miré y me di cuenta de que otra vez la había puesto triste, me sentí un imbécil.

—No —susurré regresando junto a ella—, *está bien... solo que yo...* —Ni siquiera podía explicarle cómo me sentía porque era algo que me molestaba, me asustaba, ella fingió una sonrisa y eso me hizo sentir peor—. ¿Yo lo digo? —pregunté dudoso—. ¿Yo digo que... te amo?

—Sí —respondió—, *siempre lo dices*. —Volví a sentirme frustrado y temeroso de todo el cambio que había sufrido con su llegada—. *No te mortifiques* —susurró acariciando mi mano—, *sé que amas, me lo has demostrado, entiendo que no puedes decirlo ahora... y está bien, pero no te olvides de una cosa, Nicholas* —Su voz y todo en ella hacía sentir débil—: *yo te amo con toda mi alma. Y daría mi vida entera por verte bien, por verte feliz*.

Quería decirle que ella me hacía feliz, que tenerla cerca me daba paz y la forma como me miraba me hacía sentir amado. Quería decirle que su voz era mejor que cualquier otra melodía y que podría convertirse en mi favorita si continuaba diciendo tantas cosas bonitas, pero me quedé en silencio y solo la abracé deseando que con eso pudiera sentirse mejor y no estuviera triste.

—*Me haces feliz* —susurré, ella sonrió con timidez al mirarme—, *aun ahora que no recuerdo nuestra relación, verte y que estés aquí me hace muy feliz*.

Su sonrisa apareció perfecta y radiante, me abrazó y todo dentro de mí parecía estar en orden, parecía estar en armonía.

La puerta se abrió y Landon apareció con su típica sonrisa. Elizabeth se alejó y él me dio un abrazo. Frank también entró, me saludó y tomó mis cosas, salimos de la habitación y caminamos detrás de ellos.

Al pasar por los pasillos del hospital, me detuve en la puerta del director porque mi mente recordó ese lugar. Elizabeth y yo estuvimos dentro de esa oficina, estábamos discutiendo, ella otra vez estuvo conmigo.

—*¿Nicholas?* —susurró Elizabeth—. *¿Te pasa algo?*

—*No* —respondí mirándola—, *tú y yo estuvimos aquí, ¿verdad?* —pregunté, su sonrisa se amplió al escucharme.

—*Sí, para la inauguración del hospital*.

—*¿Por qué discutimos?* —pregunté con curiosidad, ella suspiró y dejó de sonreír—. *Estabas molesta conmigo... ¿Por qué?*

—*Me dejaste* —respondió con tristeza—, *no querías que estuviera cerca de ti en tus crisis, y yo no quería estar solo en los buenos momentos... y me dejaste*. —Traté de recordar eso, pero fracasé—. *Vine aquí por la revista en la que trabajo y entonces, nos encontramos*.

—*Pero estabas molesta conmigo, ¿por qué?*

—*Porque habían pasado muchos días y no me habías buscado, luego me viste aquí y me besaste como si tuvieras el derecho de hacerlo*.

Quise decir que si habíamos tenido una relación debería tener el derecho de besarla, pero Frank se acercó y tuve que dejar ese tema.

—*El auto está listo, señor* —anunció Frank, asentí y volvimos a caminar.

—*Los dos recuerdos que he tenido de nosotros ha sido discutiendo* —comenté, ella sonrió—. *¿Nos la pasamos peleando tú y yo?*

—*No* —respondió con diversión—, *no siempre, lo que pasa es tú eres insoportable, a veces* —agregó con tanta tranquilidad que me detuve y la miré molesto—. *¡Es verdad!* —insistió—. *Tienes esa mala costumbre de querer dominarme... y pues, somos diferentes. Hay cosas de mí que no te gustan*.

—*¿Cómo cuáles?* —pregunté con curiosidad—. *¿Qué cosas no me gustan de ti?*

—*Dímelo tú* —susurró—, *mírame y dime qué cosas no te agradan de mí*.

—*La forma en la que me hablas* —respondí sin problemas—. *Lo rebelde que eres*.

—*¡Exacto!* —admitió con orgullo—. *Esas son las cosas que no te gustan de mí* —fingió tristeza y eso me hizo sonreír—, *no soy perfecta, pero tú tampoco lo eres* —dijo con notable

ironía.

—*¿Qué te molesta de mí?* —pregunté al salir del hospital.

—*Tu mal carácter* —respondió de inmediato mientras nos acercábamos a mi auto—. *La forma horrible en la que tratas a las personas, a veces... —«Además de todo, eres muy sincera, Elizabeth»—. Lo frío que eres en ocasiones...* —dijo con tanta normalidad que me hizo sonreír.

Levanté la mirada cuando muchas luces se encendieron sobre nosotros y me sorprendí al ver una cantidad exagerada de periodistas en la entrada.

—*¿A qué se debe todo esto?* —pregunté cuando William abrió la puerta y Elizabeth subió, hice lo mismo y él tomó el asiento delantero—. *¿Por qué la prensa está sobre mí?*

—*No solo sobre ti... sobre ambos* —aclaró William mirando a Elizabeth—, *desde que los vieron en Hawái han estado sobre ustedes.*

—*¿Nos vieron?* —pregunté muy sorprendido—. *¿Cómo que nos vieron? ¿Es que lo nuestro es de interés público?* —Ella giró molesta.

—*¡Por supuesto!* —gritó— *¿O crees que soy una de tus amigas de medio tiempo?* —preguntó furiosa.

—*¡No me grites!* —le ordené—. *¿Olvidas que no recuerdo nada?* —Ella se giró molesta, parecía una niña malcriada—. *¿Qué tipo información tienen sobre nosotros?*

—*Que son novios* —respondió William al ver que ella no lo haría, creo que palidecí al escucharlo—, *saben quién es ella, han estado siguiéndola desde que volvieron de Hawái, han inventado rumores.*

—*¿Rumores? ¿De qué tipo?* —Las motos que iban junto a nosotros tomando fotos me pusieron de mal humor—. *¿Qué les pasa?*

—*Ya sabes Nicholas, nunca te vieron con nadie...* —me recordó William—, *es normal que estén así.*

—*Con lo que odio que estén sobre mí...* —me quejé.

—*Pues, bienvenido al club* —exclamó ella mirando por la ventana—, *yo ni siquiera puedo tomarme un café con un amigo porque ya dicen que es mi amante.*

Su comentario me recordó una imagen: la puerta de un edificio donde un hombre estaba abrazando a Elizabeth y casi la besarla.

«*¡Ese hombre estaba abrazando a Elizabeth cuando desperté!*»

La fuerza con la que los celos golpearon mi pecho fue horrible. Llevaba muchos años sin sentirme así y no me gustaba volver a experimentar esa molestia.

Cuando entramos a la zona donde vivía y dejamos atrás a los fotógrafos me sentí mejor. Me sentí a salvo al estar donde pertenecía. Elizabeth no me miró ni un segundo durante todo el trayecto a casa, pero yo también estaba molesto con ella, así que no me importó.

Frank estacionó en la entrada de mi casa y William abrió la puerta, la sostuvo mientras bajaba y aunque quise continuar mi camino, no lo hice, extendí mi mano hacia a Elizabeth y ella la tomó, pero sin mirarme, y la soltó apenas estuvo de pie frente a mí.

Respiré profundo y caminé a su lado hasta la entrada de mi casa donde Lourdes esperaba por mí. Elizabeth le dio un beso y la mujer le sonrió con cariño.

—*Me alegra que ya estés aquí, Nicholas* —comentó Lourdes con una gran sonrisa.

—*Yo también me alegro* —respondí al entrar a mi casa, pero me detuve cuando vi a todos en mi sala—. *¡Vaya...! El 911 completo en mi casa* —exclamé con ironía—. *¡Qué alegría verlos de nuevo!*

—*¡No seas odioso!* —exigió Elizabeth logrando acabar con la poca paciencia que me quedaba —. *Ellos han estado preocupados por ti*—. Caminé hasta donde ella estaba y le regalé la peor de mis miradas.

—*¡Escúchame bien!* —dije alzando la voz—. *No recuerdo nada de ti, sé que eres mi... novia, porque así lo dicen todos, pero hasta ahora lo único que he recordado de ti son solo peleas.* — Elizabeth ni pestañeó y eso me puso de peor humor—. *¡Así que deja de gritarme delante de todos, las veces que te dé la gana!* —Ella se quedó inmóvil—. *No te recuerdo... No eres nadie para hablarme de ese modo, así que cuida tu forma de hablar cuando te dirijas a mí, ¿de acuerdo?*

Ella me miró furiosa mientras hablaba, pero cuando terminé, sus ojos se llenaron de lágrimas. Tuve ganas de abrazarla, pero me obligué a ser firme y no permitir que me faltara el resto con sus gritos.

—*¡De acuerdo!* —respondió, se giró y corrió por escaleras.

—*¡No tienes que tratarla así!* —gritó James—. *Ella ha estado muy preocupada por ti, no seas tan cruel con ella, no lo merece.*

—*No me digas como tratarla* —grité—, *¿de acuerdo?*

—*¡Perdón, señor Carter!* —exclamó James con ironía—. *Disculpe el tono que usé para hablar con usted.*

—*¡Deja la estupidez, James!* —Él se levantó del sofá y caminó hacia mí.

—*No sé qué es peor* —susurró—, *que no recuerdes quién fuiste en los últimos meses o que nosotros lo recordemos y tengamos que soportar otra vez tus complejos de superioridad.*

Me dio una mala mirada y caminó hacia la salida de mi casa.

—*Nosotros también nos vamos* —dijo Landon al acercarse a mí junto a Samuel—, *si te sientes mal, sabes mi número* —comentó con visible molestia—. *Espero que pronto recuperes la memoria. Ojalá sea antes de que Elizabeth también quiera estar lejos de ti.*

Samuel me dio la mano sin decir nada y Landon pasó de largo hasta la salida. William seguía mirándome en silencio, pero sabía que pronto me daría su discurso típico.

—*A veces, creo que tienes un don especial para hacer sentir mal a las personas que realmente te quieren* —comentó William dejando documentos sobre la mesa—, *pero ten cuidado...* —advirtió al regresar frente a mí—. *Nosotros estamos acostumbrados a tus malos tratos, pero ella no y si haces que se aleje con tu actitud, te arrepentirás cuando tu memoria regrese a la normalidad.*

—*¿Qué esperas que haga?* —le pregunté—. *¡Ella me trata como si yo fuese un empleado!* —me quejé—. *Me da órdenes, me grita delante de todos. ¡No tiene respeto por mí!*

—*No, claro que lo tiene... lo que no tiene es miedo de ti* —aguanté mis ganas de pelear con él porque sabía que terminaría perdiendo—, *ten cuidado, Nicholas, porque hasta ayer esa mujer a la que le acabas de gritar que no es nadie para ti, era lo único que realmente te importaba.*

William palmeó mi hombro y se marchó sin decir nada más, dejándome ese sentimiento estúpido de culpa por la forma en la que los había tratado a todos.

Caminé hasta el jardín, me detuve a contemplar mi hogar, ese que había sido solo mío durante casi diez años y que al estar allí solo llegan recuerdos de ella. Sintiendo esa incomodidad a causa de la discusión que habíamos tenido, decidí ir a buscarla. Regresé a la casa cuando ella estaba bajando las escaleras con una pequeña maleta en sus manos. Me detuve, pero ella a pesar de que era imposible que no me haya visto, siguió de largo hacia la entrada.

—*¿A dónde vas?* —pregunté, ella se detuvo y giró.

—¿A dónde crees voy? —preguntó molesta.

Estaba de pie frente a mí, de forma desafiante e indiferente, pero sus ojos lucían irritados, como si hubiera estado llorando y me dolió el pecho al pensar que estaba sufriendo por mi culpa.

—*Me voy a casa* —dijo con mal humor y noté que me gustaba su carácter, su valentía al mirarme de ese modo—. *Adiós...*

—*Espera* —susurré cuando abrió la puerta, se detuvo, pero no me miró—. *No... no tienes que irte* —respiró profundo y volvió a mirarme.

—*No soy nadie... para estar aquí* —respondió furiosa—, *espero que te recuperes pronto...* —Tomé su brazo cuando intentó irse, pero ella se liberó de inmediato—. *No me toques, por favor* —exigió. Yo retrocedí—. *Adiós, señor Carter.*

Mi memoria recordó las muchas veces que ella me había llamado así, claro en casi todas ella estaba sonriendo, pero en ese momento estaba seguro de que, de poder matarme, lo haría con sus propias manos.

—*Espera...* —pedí—, *si quieres irte, Frank puede llevarte.*

—*No hace falta, Andrew está viniendo por mí.*

—¿*Andrew?* —repetí—. *¿Quién es Andrew?*

—*Mi mejor amigo, ese es Andrew.*

De inmediato recordé al sujeto que estaba abrazándola cuando desperté y además lo recordé casi besándola, algo que me alteró de inmediato.

—¿*Es el tipo que estaba abrazándote cuando desperté?*

—*¡No es un tipo!* —dijo muy molesta—. *Es mi amigo y se llama Andrew* —Los celos quemaron al escucharla defenderlo de ese modo—, *y sí, es él.*

—*El mismo que casi te besaba en la puerta de algún edificio* —grité descontrolado.

—*¡Ay, no!* —exclamó girando sus ojos—. *Otra vez no, ya tuvimos esta discusión, ya nos peleamos por Andrew. No discutiré contigo por lo mismo.*

—*No pensaba hacerlo* —respondí molesto—. *Las cosas están claras para mí.*

Ella estaba a punto de hablar, pero el sonido de un auto nos interrumpió al llegar. Se detuvo frente a nosotros y su querido amigo, bajó.

—*Hola, nena* —saludó el idiota—. *Hola Nicholas. ¿Cómo te sientes?* —me preguntó con más amabilidad de la que esperaba—. *¿Cómo va todo, nena?*

—¿*¿Cómo va todo?* —gritó Elizabeth—. *¿Quieres saber cómo va todo?* —él la miró sorprendido—. *Mal, muy mal.*

—¿*¿Qué pasó?* —me preguntó su amigo—. *¿Por qué está molesta?*

—¿*¿Por qué? Porque el señor Carter me está haciendo un drama por ti.*

—¿*¿Por mí?* —preguntó él, sorprendido—. *¿Y ahora qué hice?*

—*Nada, tú no has hecho nada* —le aclaré—. *¡El problema es entre ella y yo!*

—¿*Lo ves?* —continuó gritando Elizabeth—. *Como su memoria borró el archivo que decía "Elizabeth Coleman". Otra vez está pensando que tú estás interesado en mí.*

—*Oye Liz, cálmate, nena* —pidió su amigo—. *¿Qué pasa contigo?*

—*Está loca, eso pasa* —respondí—, *no tiene respeto por nada ni nadie y cree que puede hablarme como le da la gana.*

—*¡No me echas la culpa de todo!* —exigió furiosa—, *no es mi culpa que hayas perdido la memoria.*

—*¡Elizabeth, cálmate!* —pidió su amigo—. *Nena, él acaba de despertar de una fuerte crisis.*

—¿*Lo ves? Hasta tu... amigo, está de acuerdo en que tú no tienes respeto por nada.*

—*¡Mi... amigo, se llama Andrew!* —gritó la muy irrespetuosa—, *y él no sabe por qué estoy molesta.*

—*Pues, dímelo* —exigió Andrew—, *porque hasta el momento tu dios tiene todos los puntos a favor.*

—*¿Su dios?* —pregunté sin entender, ambos me ignoraron.

—*Primero* —empezó a decir Elizabeth—: *el señor todo poderoso llegó aquí y como siempre trató horrible a sus amigos...*

—*¿Tú estás molesta por eso?* —preguntó Andrew con confusión.

—*¡Claro! Es un desconsiderado* —gritó mirando a su amigo y luego giró hacia mí—, *eres un desconsiderado porque esos hombres ni han dormido por estar esperando a que tú despertaras.*

—*No creo que estés molesta solo por eso, nena* —interrumpió Andrew—, *¿o sí?*

—*No, pero no tiene importancia, Andrew...* —sus ojos se fueron sobre mí con dolor—, *total, no soy nadie para él.*

—*Elizabeth...* —susurré entendiendo cuál era su verdadera molestia—. *No fue eso lo que quise decir.*

—*No me importa lo que quisiste decir* —respondió—. *Te entendí, no soy nadie para estar aquí, así que te dejaré ser feliz con tu solitaria vida.*

—*Estás cambiando el tema para no explicarme lo que sucede con tu amigo.*

—*No sucede nada entre él y yo, si quieres créelo, si no, me da igual.*

—*¡Soy gay!* —gritó Andrew y yo lo miré sorprendido—. *Soy gay* —repitió por si no me había quedado claro.

—*¡Andrew!* —se quejó Elizabeth.

—*¿Qué?* —respondió el mirándola—. *Nena, ya pasé por esto y no quiero más dramas por mi culpa* —Él se giró y me sonrió—, *soy gay* —repitió como si yo no lo hubiera entendido—, *ese es el motivo por el cual tú no tienes que desconfiar de nuestra amistad.*

—*¿Eres gay?* —repetí, él asintió.

—*Sí, soy gay, tengo un novio llamado Michael, lo conoces. Hemos venido aquí, hemos salido juntos... esa es la razón por la que no desconfías de mis sentimientos hacia ella*—. La miré y ella giró los ojos.

Casi sonreí al oír su explicación porque los celos que había sentido no fueron nada agradable.

—*Gracias Andrew* —respondí, él solo asintió—. *Es bueno saber que existen personas que usan la comunicación para evitar problemas.*

—*Oh, sí* —dijo Elizabeth con ironía—, *te acabas de ganar una estrellita por buen chico. Ahora vámonos...*

Ella tiró del brazo de su amigo, pero él no se movió, obligándola a detenerse en su intento de marcharse.

—*¡No!* —exclamó Andrew—. *Esta vez no voy a apoyar tu berrinche* —ella se veía muy sorprendida—, *no me mires así, Nicholas acaba de salir de una crisis y no vas a ser tú la que le cause otra.*

—*Tú...* —respiró profundo y volvió a mirarlo de mala gana— *¿Es que no me has escuchado? Dijo que yo no era nadie para él.*

—*¡Me gritaste delante de todos!* —me defendí—. *No puedes pedirme que sea amable contigo cuando tú no lo eres conmigo.*

—*¿Yo no soy amable contigo?* —preguntó acercándose a mí de modo desafiante—. *¿Yo no soy amable contigo?* —repitió, pero en esa oportunidad su voz se quebró causándome un dolor fuerte

en el pecho. — *¿Tienes una idea de lo horrible que es que la persona que amas diga que no sabe quién eres?* —El dolor en sus palabras también me hizo sentir mal—. *¿Sabes lo que me duele que lo único que hayas olvidado sean los momentos que hemos vivido juntos?* —Su voz se cortó y yo quise abrazarla—. *¿Tienes una idea de lo que duele ver por segunda vez como te cuesta aceptar nuestra relación?*

—*No es mi culpa, Elizabeth... no lo hago a propósito.*

—*Es verdad, nena* —dijo Andrew—, *no lo hace con intención.*

—*Yo sé que no es con intención* —respondió tratando de no llorar—, *pero tratarme bien no le cuesta nada* —se quejó—, *que me grite frente a sus amigos que no soy nadie, duele.* —Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas y yo la tomé de los brazos, pero ella trató de soltarse—. *¡Déjame!*

—*Lo siento* —susurré con dificultad y tomé rostro para que me mirara, pero no lo hizo—, *lo siento Elizabeth... estoy aturdido, no eres a la única que le molesta esta situación* —Ella dejó de luchar y clavó su molesta mirada sobre mí—, *además, tú y ese carácter de mierda al que no estoy acostumbrado... tengo diez años solo y ahora tú estás en mi vida y me siento extraño.*

—*Yo te entiendo* —aseguró liberándose de mí—, *por eso me voy a casa, así puedes descansar.* —Aunque quise detenerla, decidí no hacerlo porque estaba seguro de que no la convencería—. *Nos vemos...*

Ella empezó a caminar y su amigo me miró con pesar.

—*Elizabeth* —la llamé, ella se detuvo, pero no giró—. *Si te vas...*

—*¡No me amenaces!* —me interrumpió—. *¡Estoy harta de que siempre me amanece!*

—*¡No te estoy amenazando!* —«¡Dios mío! ¡Qué mujer!»—. *¿Por qué estás a la defensiva conmigo?*

—*Porque te conozco...* —Me acerqué a ella molesto y por un segundo creí que le afectaba mi mala cara—. *Si me voy, ¿qué? ¿Qué ibas a decir, entonces?*

—*Si te vas... iré contigo* —decirlo fue fácil, pero me sentí extraño, ella bajó la guardia de inmediato—, *si te vas, iré detrás de ti.*

—*No lo hagas, no quiero que lo hagas* —dijo con tristeza, con lágrimas brillando en sus ojos—. *Mañana vendré a ver cómo sigues...* —Ella caminó hacia el auto de su amigo, pero él no se movió—. *¿Me llevas o pido un taxi?*

—*Te llevo* —respondió al acercarse a ella, le acarició el cabello y aunque quise pedirle que no lo hiciera, permanecí en silencio—, *pero antes, déjame preguntarte algo* —Ella lo miró en silencio—: *¿Por qué no guardas tu mal humor, tu dolor, tu rencor por lo que él dijo y tratas de arreglar las cosas?*

—*No quiero...* —respondió Elizabeth triste—. *¡Quiero irme a casa!*

—*Tú nunca quieres estar lejos de él* —le recordó su amigo—, *estás molesta y lo entiendo, pero nena, él te necesita.* —Ella bajó la mirada y él acarició su rostro—. *Sabes que te necesita, Liz —Liz—, trata de entenderlo, no recuerda bien quién eres y que pelees con él así, delante de todos, no es lo mejor. En este momento él necesita que seas un poquito más... comprensible.*

—*¿Más?* —exclamó, él solo asintió—. *Parece que estuviese hablando Michael y no contigo* —Andrew sonrió.

—*Tanto tiempo juntos ha hecho que se me pegue lo malo* —susurró logrando hacerla sonreír—, *puedes golpearlo, pero no lo hagas delante de todos* —Él sonrió y sujetó su rostro con ambas manos—, *hieres su ego de todopoderoso...* —concluyó sin importarle que yo estuviera escuchándolo. Ella lo abrazó y aunque sabía que era gay, mis celos seguían atacándome—. *Ahora*

tú decides... ¿te llevo a casa o actúas como una mujer adulta y tratas de entenderlo?

Me quedé de pie esperando que se marchara con él y sintiendo como me dolía la idea de tenerla lejos de mí. No podía recordarla, pero todo dentro de mí la reconocía, y ese sentimiento del cual me alejé durante una década, había regresado, estaba dentro de mí, creciendo con tanta fuerza que me aterraba.

Ella giró, me miró molesta, pero ya no parecía querer matarme.

—*Lamento haberte lastimado con lo que dije* —admití sorprendiéndome por lo fácil que me resultaba disculparme con ella—, *no te vayas...* —escucharme me aterraba, lo que sentía por ella me aterraba—, *no recuerdo lo que tuvimos, Elizabeth, no del todo, pero lo siento...* —Di un paso hacia ella y tomé su mano—. *Puedo sentir esta necesidad de tenerte junto a mí, y aunque me desespere y me moleste la manera como te necesito, es lo que siento* —su mirada se suavizó un poco—, *con o sin memoria... yo sé que te necesito.*

Sus ojos se llenaron de lágrimas, respiró profundo y dejó caer su maleta. La vi luchando consigo misma, pero cuando me abrazó sentí que había ganado, que había recuperado la paz. Mi alma se estremeció y mi corazón latió a un ritmo desconocido.

Nunca me había sentido así, jamás había sentido eso por alguien. Nunca me sentí tan completo y feliz. Nunca nadie me dio tanto con solo abrazarme, pero ella lo hacía. Ella me abrazaba y mis miedos se calmaban. Elizabeth me abrazaba y mis heridas empezaban a curarse, y el mundo no parecía tan oscuro, porque ella lo llenaba con su luz.

Los días pasaron y mi memoria mejoraba, recordaba cosas pequeñas, recordaba momentos a su lado, pero aún había espacios en blanco, momentos incompletos que me hacían sentir de ese modo.

Elizabeth estaba en mi casa, dormía en mi cama, pero no me había atrevido a tocarla. Me asustaba la forma como me afectaba su presencia, no podía acostumbrarme al hecho de estar enamorado de ella, me asustaba, pero lo sabía, la amaba y de solo pensarlo me sentía asustado.

Estábamos sentados comiendo en absoluto silencio. Yo la observaba y ella parecía perdida en sus pensamientos. Era extraño su silencio porque casi siempre estaba riendo o hablando sin parar. Lourdes llegó hasta nosotros y llenó nuestros vasos de jugo, Elizabeth se lo agradeció y luego sonrió y yo le devolví el gesto.

Mi memoria la recordó en mi ducha, desnuda... hermosa. Mi cuerpo reaccionó y empecé a desearla otra vez, a necesitarla con desesperación. Ella se ruborizó como si pudiera saber lo que estaba pensando.

—*Me vienen imágenes de nosotros...* —susurré, ella sonrió—, *teniendo sexo*—. Su sonrisa cayó dejándome saber que lo que escuchó no la hizo feliz.

—*¡No es sexo!* —me corrigió—. *¡Tú y yo hacíamos el amor!* —Giré los ojos y ella continuó con su mala cara—. *Nunca ha sido sexo, no para mí.*

—*¿Siempre eres tan sensible?* —pregunté—. *No es malo que diga sexo... así se llama.*

—*El sexo es solo placer sin amor y nosotros nos amábamos.*

—*Estás hablando en pasado...* —comenté al notar lo.

—*Quizás es porque todo parece haber quedado en el pasado* —respondió sin mirarme.

Mi ego se sintió atacado, pero no pude defenderme porque ella tenía razón.

—*¿Siempre has sido tan atrevida conmigo?* —pregunté.

—*No, antes te tenía un poco de miedo* —sonreí ante sus palabras—, *pero luego ya no... porque ya no eres tan insoportable*—. Le regalé una mala mirada que la hizo sonreír.

—*¿Y cómo soy ahora?*

—*Eres bueno, amable, más considerado con tus amigos, más relajado, te diviertes más... no eres tan inalcanzable* —Me sorprendió que a pesar de estar molesta pudiera decir cosas buenas de mí—, *me quieres... aunque no lo recuerdes, tú me quieres* —dijo con cierta tristeza, tomó su mano y la besé.

—*Espero volver a ser ese hombre pronto* —Ella trató de sonreír y asintió—, *cuéntame algo de ti que no recuerde, algo importante.*

—*Eh... —piensa y luego sonríe—, cumpla años en un mes.*

—*¿En serio?* —Ella sonrió—. *Veinticinco años... aún eres una niña.*

—*Ya estoy grande* —aseguró acariciando mi mano.

—*Cuéntame otra cosa* —le pedí.

—*Eh... soy celosa* —admitió tan rápido que me di cuenta de que le costó decirlo.

—*¿Celosa?* —pregunté, ella asintió—. *¿Celosa normal o celosa loca?*

—*¡Celosa con motivos!* —Se defendió haciéndome reír con su respuesta.

Otro recuerdo apareció en mi memoria, ella y yo estábamos en el bar donde la vi por primera vez, como siempre ella estaba peleando, me reclama por algo que no lograba recordar y sin esperarlo me golpeó.

—*Casi siempre tengo motivos para ponerme así y...* —dijo Elizabeth haciéndome volver a la realidad y la miré sin poder creerlo—. *¿Nicholas, estás escuchándome?* —Sacudí la cabeza y la miré.

—*¿Me golpeaste?* —pregunté, ella se sorprendió—. *Me diste una bofetada en la calle... —la acusé— Era... ¿Era el bar donde nos conocimos?*

—*No me mires así, me diste motivos.*

—*¿Para golpearme?* —pregunté sin poder creerlo.

—*¡Estabas mirando a otra mujer!* —me acusó molesta.

—*¿Me golpeaste por mirar a una mujer?* —No podía creerlo.

—*No, no fue cualquier mirada, era una de esas miradas tuyas...*

—*¿Ahora no puedo mirar a nadie?*

—*¡Era una mirada con deseo!* —exclamó—. *Además, no fue solo eso... tú estabas alejado de mí y... —se quedó en silencio y respiró hondo para continuar hablando—. Además, ya me disculpé por haberte golpeado.*

—*Me golpeaste por mirar a una mujer* —medité incrédulo, pero terminé sonriéndole a ese recuerdo—. *Ya veo qué tipo de celos sufres* —comenté y ella me miró sobre sus pestañas—, *pero Elizabeth, si estás aquí deberías entender que eres especial para mí*—. Ella suspiró.

—*No puedo evitarlo... detesto que te miren* —confesó sin problemas y yo comprendí que tenía razón, ella es una mujer celosa y, además, muy peligrosa—, *no existe una sola mujer que no se quiera meter en tu cama* —agregó a su defensa, no pude evitar reírme de lo dramática que sonaba—. *¡Dios Santo! Amo cuando ríes.*

Dejé de reír, pero continué sonriéndole a su locura. Acaricié su mano y ella me miró con ternura haciéndome sentir extraño, pero a la vez cómodo.

Mi celular empezó a sonar y ella me lo extendió.

—*Disculpa un segundo* —le susurré antes de responder—. *Hola, Ashlee.*

—*Buenas tardes, señor Carter* —saludó mi fiel asistente—, *sé que está de descanso médico, pero la señorita Smith está en la ciudad y me preguntó si podría coordinar una cena con usted antes de que se vaya.*

¿Victoria?

Me giré a mirar a Elizabeth y me pregunté si sus celos se activarían con una socia.

—*¿Está en la ciudad?* —pregunté.

—*Sí, señor, desde hace unos días* —Elizabeth me sonrió y yo respiré profundo—. *¿Hago la reserva de siempre, señor?*

—*No, dame unos minutos y te llamo*—. Ella aceptó y terminó la llamada.

—*No puedes ir a trabajar* —me recordó Elizabeth—, *siete días de descanso son siete días.*

—*No es para ir a trabajar* —le aclaré—, *tengo una cena de negocios pendiente.*

—*¿Reunión?* —repetió—. *Nicholas estás de descanso.*

—*Es una cena, solo para hablar de nuestros negocios mientras comemos.* —Ella no estaba feliz, así que continué—. *¿Me preguntaba si quisieras venir conmigo?* —Se sorprendió mucho, supuse que nunca la había llevado a una.

—*¿Tú... tú quieres que te acompañe a una cena de negocios?* —preguntó feliz.

—*Sí, estaba pensando que quizá para no salir y exponernos a toda esa prensa... podríamos hacerla aquí, ¿qué opinas?* —Ella se levantó y se inclinó hacia mí.

—*Me encanta la idea* —susurró besándome—. *¿Quién es tu socio?*

—*Es socia...* —aclaré.

Su sonrisa desapareció de inmediato recordándome lo celosa que había dicho que era, pero su actitud me hizo pensar que quizás ella había tenido algún problema con Victoria, porque por una extraña razón me sentí nervioso al decirlo.

—*Victoria Smith es...*

—*Gracias, pero no me incluyas* —respondió alejándose de mí.

—*¿Por qué no?* —pregunté.

—*Porque no, porque no soporto a tu ex amante.*

Me quedé paralizado al oírla, al darme cuenta de que Elizabeth estaba al tanto de la aventura que tuve con Victoria.

«*¿Cómo es que fui tan imbécil para decirle que ella fue mi amante?*».

—*Ve tú...* —agregó malhumorada—, *y disfruta de tu... ¿socia?*

Elizabeth regresó hasta la mesa y tomó su plato, quiso ir a la cocina, pero la detuve.

—*Puedes explicarme por qué actúas así* —le pedí de buena manera, ella me miró molesta—, *no lo recuerdo, y supongo que tienes un motivo razonable para justificar tu comportamiento.*

—*¿No te parece suficiente razón que haya sido tu amante?* —Me gritó, la miré molesto y ella bajó la voz—. *Además, tuvimos un problema por su culpa.*

—*¿Por su culpa?* —pregunté sorprendido—. *¿Qué hizo?*

—*No quiero hablar de eso* —sentenció—, *no me incluyas en esa cena.* —Entró en la cocina y dejó el plato sobre el mesón—. *Gracias Lourdes, como siempre estuvo muy rica tu comida.*

Salió de la cocina y yo miré a Lourdes sin saber qué hacer con esa voluble mujer.

—*¿Ella siempre es así?* —le pregunté a la mujer que tenía más de una década trabajando para mí—. *¿Tan histérica?*

—*Cuando le das motivos, sí* —respondió.

Entonces me di cuenta de que no solo a mis amigos los tenía cautivados, también lo había logrado con Lourdes. Negué y caminé fuera de la cocina, miré hacia el jardín, pero no estaba por ningún lugar, así que fui directo a mi habitación y escuché ruidos en el baño al entrar.

Me senté sobre la cama y esperé que saliera para hablar con ella. Era tan difícil tratar a una mujer a la que no recordaba, que no sabía que le haría feliz o que no. Pensé que sería mejor invitar a Victoria para no provocar sus celos, pero resultó que fue peor.

La puerta se abrió y ella apareció frente a mí, aun cuando pensé que intentaría marcharse, no lo hizo. Ella solo se quedó de pie mirándome y en silencio.

—*¿Podemos hablar?* —La vi luchando consigo misma, pero terminó sentándose a mi lado—. *Necesito que me expliques* —le pedí—. *¿Por qué dices que por su culpa tuvimos un problema?*

Elizabeth me explicó lo que había sucedido y no entendía como es que algo así podía mortificarla tanto si yo le había dejado claro que con Victoria solo tengo una relación laboral.

Ella se puso de pie y caminó hacia la ventana. Me acerqué a ella y la abracé, cerró los ojos cuando besé su cuello algo que alteró mi calma y encendió el deseo que sentía por ella.

Mi mano bajó por su cadera y me sentí tan necesitado de ella que me costaba trabajo concentrarme.

—*No hagas eso* —pidió—, *es cruel de tu parte* —La miré sin entender su tristeza—, *no me has tocado desde que saliste del hospital, ni siquiera lo has intentado.* —La giré para mirarla y vi sus ojos llenos de lágrimas—. *Sé que no recuerdas nada, pero... ¿el deseo por mí también se te borró?*

—*¡No!* —casi grité—. *No digas eso Elizabeth... no es eso.* —Ella me miró y sus hermosos labios dibujaron una mueca de dolor. Me incliné y la besé—. *No es eso, solo que no quiero tocarte así, sin recordar la forma como lo hacía.* —Sabía que no estaba entendiéndome así que intenté explicárselo—. *Dices que hacíamos el amor y en este momento no sé qué es eso, he tenido sexo durante una década, sexo sin sentimientos, no quiero lastimarte más de lo que te lastimo al no recordarte.* —Ella cerró los ojos y las lágrimas cayeron por sus mejillas—. *Liz, no tienes una idea de lo mucho que te deseo, no sabes cuánto...* —Limpié sus mejillas y ella me miró en silencio—, *por favor no estés triste... me duele mucho verte así.*

Ella respiró profundo, limpió sus lágrimas y luego me abrazó. Al sentir el aroma de su piel el deseo aumentó y en verdad necesité hacer un gran esfuerzo para controlarme cuando mi memoria me atormentaba con todos esos recuerdos que tenía de ella desnuda, gimiendo mi nombre. La presioné a mi cuerpo y ella dejó de respirar al sentir mi pronunciada erección.

—*¿Realmente crees que no te deseo?* —Ella sonrió con descaro, se presionó más a mi necesidad empeorando mi deseo contenido—. *Sé cómo contenerme, pero si haces eso no ayudas...*

—*¿Y quién dice que quiero ayudarte?* —respondió besándome.

El sonido de mi teléfono nos interrumpió, ella sonrió antes de alejarse y caminar hacia la cama. Tomé mi teléfono y respondí la llamada.

—*¿Ashlee?*

—*Señor, disculpe que lo moleste, pero la señorita Smith ha llamado, quiere que le confirme la cita...*

—*Dile que no puedo, cuando regrese a la ciudad, hablaremos.*

—*Ella insiste en verlo, tiene que mostrarle los presupuestos para la ampliación del club.* ¡Rayos! Cubrí el teléfono y miré a Elizabeth.

—*Elizabeth...* —ella levantó la mirada—, *ven conmigo a la cena... necesito ir, es importante.*

—*No te estoy diciendo que no vayas... ve tú.*

—*¡Pero quiero ir contigo!* —Ella volvió a negar—. *Quiero que vengas conmigo.*

—*Gracias, pero no.*

Supe que por más que insistiera no iba a convencerla, así que tuve que tomar una decisión basándome en mis sentimientos.

—*Ashlee, dile que no puedo ir.*

—De acuerdo señor, se lo diré.

—Gracias, adiós...

—¿No dices que es importante? —preguntó Liz desde la cama—. ¿Por qué no vas?

—Porque quiero ir contigo —respondí al acercarme—, no quiero que te quedes aquí mortificándote, pensando quién sabe qué.

—No te preocupes por mí.

—Estás pidiendo demasiado —respondí. Ella sonrió sorprendiéndome—. ¿Qué?

—Siempre respondía eso cuando te pedía que no te preocuparas por mí.

Me arrodillé a su lado y besé sus manos. Elizabeth me miró con un brillo hermoso en sus ojos.

—No recuerdo a ese hombre que soy desde que apareciste, pero hay algo que sé y de lo que estoy seguro, aunque no lo recuerde... —Me observó en silencio—. Si tú sonríes, yo puedo sonreír... pero cuando sufres por cualquier motivo, el dolor también lo siento yo. —Elizabeth suspiró y acarició mi rostro—. Te quiero, Liz... eso no lo he olvidado, eso lo siento dentro de mí... tan fuerte que, a veces, asfixia.

—¿Soy asfixiante? —preguntó sonriendo, me incliné y besé su frente—. Te amo, Nicholas.

El corazón se me aceleró y me dificultó respirar al oírla.

—¿Ten un poco de paciencia conmigo? —le pedí, ella sonrió.

—La tendré... —prometió—. Tendré mucha paciencia contigo, mi hermoso dios griego. —La forma como me había llamado me hizo reír—. Te puse ese nombre la primera vez que te vi en aquel bar —explicó abrazándose a mi cuello.

—Te invito a cenar —susurré, ella se sorprendió—. Solo tú y yo... una cita.

—Dijiste que era mejor no salir.

—No te preocupes por eso, solo di que aceptas y deja todo lo demás en mis manos.

—¿Es una cita? —me preguntó con visible emoción.

—Es una cita, señorita Coleman...

—Será un placer, señor Carter... —me abrazó con fuerza y besó mis labios con una sonrisa perfecta en sus labios.

—Quizá no recuerde ese amor que te tengo —susurré—, pero creo que puedo enamorarme de ti otra vez.

Ella sonrió cual niña feliz y me abrazó con fuerza. La sujeté de la cintura y dejé que ese amor que ella proclamaba y que me hacía sentir tan vivo me atrapara y me mantuviera anclado en esa realidad, a ese presente donde no había miedos ni mentiras, ese presente en el que estaba ella y todo parecía ser perfecto a su lado.

39 – Verdadero amor.

Dejé a Elizabeth en el baño vistiéndose y bajé las escaleras. Junto a mi piano estaba la mesa para nosotros, una mesa decorada para un par de enamorados, de esos de los que solía burlarme, de esos que iban de la mano por la calle o compraban rosas para sus amantes, de esos en los que, sin darme cuenta, me convertí. Me sentí tan extraño haciendo eso, una cena romántica con velas ridículas y todo lo necesario para deslumbrar a cualquier mujer, pero me había dado cuenta de que, por ella, yo era capaz de ir en caballo y convertirme en un príncipe.

Acomodé mi corbata y me quedé de pie mirando todo el trabajo que había hecho Lourdes. Había tenido que pasar la tarde viendo películas para que ella no notara lo que estaba sucediendo abajo. Gracias al cielo sus películas cursis la tuvieron lo bastante entretenida que ni siquiera pudo imaginar todo lo que había planeado para nosotros.

Caminé hasta la cocina donde encontré a Lourdes decorando una variedad increíble de platos sobre el mesón.

—*En cinco minutos estará todo listo* —prometió sonriente.

Ella había puesto música clásica y eso me recordó a esos años en Los Ángeles, claro, ella jamás fue feliz en esa época, pero siempre cocinaba con placer.

—*¿Quieres algo de beber?*

—*No, estoy bien así* —respondí mientras veía la alegría con la que preparaba todo—. *¿He hecho estas cosas por ella?* —pregunté, Lourdes me miró.

—*¿Una cena aquí?* —preguntó, yo asentí—. *No, pero has hecho cosas hermosas por ella.*

—*¿Cómo cuáles?*

—*Ir de viaje con ella, llevarla a conocer a los chicos, prepararle desayunos, atenderla... siempre estar preocupado por las cosas que quiere y necesita.* —Me sentí triste por no poder recordarlo—. *Pronto lo recordarás y verás que, si ella está aquí, contigo y si tú tienes detalles como estos, es porque realmente se lo merece.*

—*Sé que es así, pero me gustaría recordarlo.* —Ella me miró con esa ternura que hace tiempo no me veía—. *Gracias por ayudarme con esto.*

—*Es un placer para mí.* —El sonido del timbre nos sorprendió a ambos. Lourdes secó sus manos y tomó ambas fuentes de comida—. *A ver quién es el inoportuno* —bromeó.

Ella caminó hacia la puerta y yo me detuve al inicio de la escalera cuando escuché el sonido de unos zapatos de tacón en el segundo piso. Cuando ella apareció frente a mí, me quedé sin palabras al ver lo hermosa que lucía. Elizabeth había elegido un vestido gris que le quedaba muy ceñido al cuerpo, sus hombros estaban desnudos, tanto, como sus piernas.

Por algún motivo ella se detuvo y parecía preocupada mientras que yo admiraba lo hermosa que se veía. De pronto, otro recuerdo llegó a mi memoria, un acuerdo... acerca de su forma de vestir.

Ella comenzó a bajar las escaleras y me obligué a abandonar ese recuerdo que me hizo sonreír. Elizabeth se detuvo frente a mí, quería sonreír al verla tan nerviosa, pero no lo hice, me mantuve serio disfrutando en silencio su extraño nerviosismo.

—*¿Qué?* —preguntó fingiendo inocencia. Me di un segundo más para disfrutar de su diminuto

vestido y volví a mirarla—. *¿No te gusta?*

—*Tú y yo teníamos un trato* —le recordé, ella se sorprendió y su perfecta sonrisa apareció deslumbrándome—, *te estás aprovechando de que no recuerdo todo para hacer tu santa voluntad.*

—*¿Recordaste eso?* —preguntó sonriendo con diversión—. *¡Diablos!* —Se quejó con diversión—. *Puedes olvidar cualquier cosa, ¿pero tus órdenes no?* —Ella empezó a reír y aunque haya faltado a nuestro acuerdo el sonido de su risa me cautivó haciéndome olvidar cualquier otra cosa—. *No te molestes, solo... solo que este vestido me gusta y no traje otro.*

Estaba sorprendido por la forma descarada que tenía de manipularme y más sorprendido aun de que yo permitiera ser manipulado, pero era encantadora con su voz más dulce, fingiendo ser más complaciente cuando solo trataba de salirse con la suya.

Su mirada se fijó detrás de mí y supe que había visto nuestra mesa. Sus ojos brillaron con más intensidad, con más felicidad y sus labios esbozaron una maravillosa sonrisa de niña feliz, y yo la amé, en silencio la amé.

—*Además, parece que solo seremos tú y yo.*

—*Solo por eso voy a dejarte usar ese indecente vestido.*

—*¡Oye!* —Se quejó tratando de ocultar su diversión—. *Mi vestido es muy decente, señor Carter.*

Al dirigirse a mí de ese modo terminó haciéndome sonreír porque realmente amaba la forma como lo decía. Sus labios pintados de color cereza se fueron sobre los míos y mis manos acariciaron la perfecta curva de su cuerpo haciéndome más tormentosa la abstinencia.

—*¡Buenas noches!* —exclamó una voz que reconocí al instante.

Elizabeth se alejó de mí y pude ver a través de sus ojos como su felicidad se había ido a la mierda gracias a la interrupción.

—*Vaya, espero no interrumpir nada* —lamentó falsamente Victoria.

El rostro de Elizabeth se descompuso más al escucharla. Victoria para sorpresa mía, tenía una pose de superioridad me molestó de inmediato.

—*Victoria, ¿qué haces aquí?* —pregunté molesto—. *Le dije a Ashlee que...*

—*Lo sé, Nick* —respondió interrumpiéndome, la mala cara de Elizabeth empeoró al oír a Victoria llamarme de ese modo—. *Solo que es urgente que apruebes las ideas que tengo.*

La mirada de Victoria era seductora, sonreía, pero yo sentía que se estaba burlando y eso me puso de mal humor.

—*Estoy ocupado* —respondí—, *Ashlee debió decírtelo.*

—*Lo puedo notar* —respondió Victoria girándose hacia Liz—. *¿Ahora sí nos puedes presentar?*

Su pregunta me sorprendió porque pensé que ellas ya se conocían, pero no le di más vueltas al asunto.

—*Lo siento* —Me disculpé—. *Elizabeth, ella es Victoria Smith... Victoria, te presento a mi novia, Elizabeth Coleman.*

Elizabeth sonrió incluso cuando sabía que estaba molesta por la presencia de Victoria, pero creo que le gustó el título que le había puesto.

—*Es un placer, Elizabeth* —susurró Victoria extendiendo su mano.

Estaba por creer que Elizabeth la a dejaría con la mano extendida, pero para mi sorpresa no lo hizo y aunque tardó más de la cuenta, se acercó a ella y tomó su mano.

—*Igualmente* —respondió mi chica, secamente.

—*Lamento haberlos interrumpido* —susurró Victoria—, *pero prometo que solo serán cinco minutos.*

Elizabeth contuvo sus ganas de mandarla a la mierda, así que solo se me ocurrió acercarme a ella y acariciar su rostro con amor, algo que pareció sorprenderle, pero le agradó.

—*Cinco minutos, ¿sí?* —pregunté y ella con una sonrisa más sincera asintió.

—*De acuerdo, estaré arriba*—. Giró con la intención de irse, pero la detuve.

—*No es necesario que te vayas* —le dije—, *será rápido*—. Elizabeth apretó mi mano y asintió. Giré a Victoria y me encontré con una mirada molesta—. *¿Qué sucede?*

—*Me gustaría que tratáramos este asunto en privado, claro, si a tu... novia, no le molesta.*

—*No sé si a mi novia le molesté* —respondí malhumorado—, *pero eres tú la que está interrumpiendo nuestra cena y eso a mí me molesta.* —Sabía que estaba siendo grosero, pero no me importó—. *Cuando dije que no podía atenderte, hablaba en serio.*

—*Pensé que podíamos llegar a un acuerdo...* —respondió algo incómoda—, *solo necesito que veas unas cosas.*

Respiré profundo y la invité a seguirme hasta el salón. Elizabeth se sentó junto a mí mientras Victoria tomaba el sofá frente a nosotros.

—*¿Podrías sentarte a mi lado?* —me preguntó—. *Quiero mostrarte algo.*

Extendí mi mano para que me entregara los documentos que quería mostrarme, ella me regaló una mirada de descontento y yo le di una peor. Había colmado mi paciencia y lo sabía, así que solo terminó entregándome lo que pedí y observé lo que tanta prisa tenía por mostrarme.

—*Estamos pensando hacer esos cambios...* —me explicó mientras miraba las imágenes archivadas—. *Allí están los presupuestos.*

—*Está bien* —respondí prestando mi atención a las cifras que ella había estimado que gastaríamos en la remodelación—, *pero no veo por qué tenías que esperar por mi opinión* —comenté devolviéndole los documentos—, *tú eres quien toma este tipo de decisiones.*

Su sonrisa me hizo saber que el motivo de su visita no era solo negocios, pero no podía comprender qué otro interés podría tener si habíamos sido socios desde hacía muchos años y después de la corta aventura que tuvimos ella y yo, mantuvimos una relación enteramente profesional.

—*Es que es una buena inversión y de todas maneras quería tú opinión* —respondió, sabía que no era sincera—, *Además, supe que estuviste internado y quería saber si estabas bien.*

—*Estoy bien, gracias.* —respondí.

Le devolví los documentos y me puse de pie. Victoria se sorprendió al ver que estaba dando por finalizada su visita, así que solo tomó sus cosas y también se levantó.

—*Me alegro* —respondió muy molesta—, *discúlpame por la interrupción, pero Ashlee me dijo que estabas descansando y no pensé que te molestaría que viniera.* —No le respondí y ella se giró hacia Elizabeth—. *Hasta luego Elizabeth, fue un gusto finalmente conocerte.*

—*Adiós* —respondió mi chica malcriada, yo sonreí.

—*¿Lourdes?* —llamé y ella apareció de inmediato—. *Acompaña a la señorita Smith hasta la puerta, por favor.*

Lourdes asintió y la invitó a seguirla. Victoria me miró molesta y sin decir nada más caminó hacia la puerta. Elizabeth no pudo ocultar su felicidad y sonrió con descaro.

—*Deja de sonreír* —le susurré, ella haciendo gala de su rebeldía sonrió con más entusiasmo—. *¿Has disfrutado de mi mal humor?*

—*Siempre lo disfruto...* —confesó con descaro—, *más si es hacia una mujer que babea sus*

zapatos por ti.

No pude evitar reírme. De nuevo ella se colgó de mi cuello y besó mis labios.

—*Eres tan odiosa como yo cuando alguien no te agrada...*

—*Pensé que ella y tú se llevaban bien* —comentó.

—*Así es...* —respondí acariciando su cuerpo.

—*¿Y por qué has estado tan odioso con ella?*

—*Me llevo bien con todos mis socios, siempre y cuando no se tomen atribuciones que no les corresponden.* —Ella me observó con atención—. *Mi casa no es una sala de reuniones, si no fuera una dama, la hubiera echado de aquí.*

—*Qué lástima que seas tan caballero...* —comentó divertida.

—*No lo soy* —le aseguré, ella volvió a besarme—. *¿Vamos a comer?*

Ella asintió y tomó mi mano, juntos caminamos hasta la mesa y retiré la silla para ella. Me sonrió con entusiasmo y volví a besarla.

—*Estás hermosa* —le susurré logrando que sus mejillas se pintaran de un tono rosa más intenso—, *me gustas tanto...*

—*Tú a mí me encantas* —respondió mordiendo sus labios.

Tomé mi lugar en la mesa y llené de vino nuestras copas. Le entregué una y levanté la mirada hacia ella.

—*Brindemos* —dije, ella sonrió con amor—, *por el placer de cenar con una mujer tan hermosa como tú* —de nuevo se ruborizó—, *por lo bien que se siente estar a tu lado.*

—*Por ti* —respondió—, *porque eres todo lo que quiero en mi vida* —Sonreí encantado al escucharla—, *por lo que sentimos, aunque no lo recuerdes.*

—*No lo recuerdo, pero definitivamente puedo sentirlo... Salud.*

Lourdes sirvió la cena y Liz comió con placer. Lucía tan hermosa, estaba encantado observándola mientras me contaba cosas que no podía recordar. Momentos de nosotros que había olvidado y que, al escucharlo de ella, me hacía sonreír. Me miraba de ese modo que me hacía sentir tan bien, tan querido... tan diferente a como me sentía con...

Alejé ese recuerdo porque no quería que me atormentara, no quería recordarla. Había pasado diez años sin pensarla y eso me había ayudado a seguir adelante con mi vida, sin detenerme a sentirme miserable por los errores que había cometido. Había podido seguir con mi vida y pensé que era feliz, que vivir en paz, sin vicios, sin problemas románticos era la verdadera felicidad, pero de pronto desperté y Elizabeth estaba allí, estaba en mi vida y aunque me aterraba todo lo que me hacía sentir, con ella realmente estaba siendo feliz.

Elizabeth tenía algo que la hacía ser especial, su forma adorable de ser, un carácter insoportable, pero que me encantaba. Elizabeth tenía todo lo necesario para tenerme así... tonto y enamorado.

Mi cuerpo rechazó la idea, la sola idea de sentir amor me asustaba, pero era verdad, estaba enamorado, perdidamente enamorado de ella. Mi mente empezó a llenarse de momentos con ella, de momentos que poco a poco me hicieron sentir menos perdido. Recuerdos que me ayudaron a entender quién era ella para mí.

—*¿Nicholas? ¿Estás escuchándome?* —preguntó Elizabeth y yo solo sonreí porque no era capaz de prestarle atención cuando mi memoria se empezaba a aclarar—. *¿Nicholas?*

«««»»

Me sentía como un loco acosador, había planeado ese encuentro, no fue casualidad, no dejé que

el destino interviniera y era algo que me preocupaba porque nunca había hecho nada para meterme en el camino de ninguna mujer, pero ella tenía algo, algo que yo quería, que yo tendría.

—Señorita Coleman —saludé cuando ella salió del baño—, no quería interrumpir su comida con su amigo... así que —«Su sonrisa me encanta, su nerviosismo también... Oh, no. ¡Concéntrate, Nicholas!» decía mi conciencia. Tomé una de mis tarjetas y se la ofrecí, ella la tomó de inmediato—, quizá le interese tomar una copa conmigo uno de estos días. Ella acepto y yo me sentí tan feliz que incluso tuve ánimos de ir a la casa de Samuel y compartir un rato con mis amigos.

«*<<<>>>*»

Las manos de Elizabeth en mi rostro me alejaron de ese recuerdo y le sonreí. Tomé sus manos y las llevé a mi boca para besarla.

—¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

—Estoy bien —respondí—. Contigo siempre lo estoy.

Pero yo seguí ausente, porque muchos recuerdos llegaron a mí... La noche que me abofeteó, las veces que ella entristecía por mi culpa, pero también los momentos más felices, cuando hacíamos el amor, nuestro viaje a Hawái... En fin, muchos recuerdos...

—¿Nicholas? —gritó Elizabeth sacudiéndome, la miré sorprendido—. ¡Dime algo, por Dios! —Sus ojos estaban llenos de lágrimas y me pregunté qué la había puesto así—. Si no me dices algo voy a llamar a tu doctor... ¡Por favor, habla!

Sus lágrimas empezaron a caer y yo me levanté y limpié sus mejillas.

—Mi pequeña hermosa, no llores —Ella me miró confundida—, mi niña hermosa, dramática y celosa... ya me acordé de ti.

Sus lágrimas en lugar de detenerse cayeron como cascada por sus mejillas.

—¿Te acordaste de mí? —preguntó.

—De ti... de mí, de nosotros... —Limpié su rostro y besé cada mejilla con amor—. De lo mucho que te amo, de lo importante que eres para mí, de lo feliz que soy desde que tú estás en mi vida...

—¡Oh, Dios mío! ¡Mi dios griego, has vuelto!

Elizabeth me abrazó y sonreí feliz al sentirla realmente, al sentir ese amor que me tenía y ese amor que yo le tenía. Al saber porque sentía todo eso por ella, por qué mi cuerpo reaccionaba así cuando estaba a su lado, por qué todo mi mundo giraba a su alrededor, yo la amaba, la amaba con locura.

...

Clark me hizo preguntas tontas y empecé a aburrirme de todo eso. Sonrió y no sabía si era por sus preguntas o por mis respuestas cansadas. El 911 completo estaba disperso en mi sala, llegaron incluso antes que Clark. Lourdes era buena para esas cosas, a veces, pensaba que tenía un número en su marcador directo especial para llamadas masivas.

—¿Recuerdas por qué fue la primera discusión que tuvieron Elizabeth y tú? —preguntó Clark.

—Sí, porque estuve mirando a otra mujer... y me golpeó —Ella sonrió orgullosa, y mordió sus labios, algo que alteró mi cuerpo—. Lo recuerdo todo, basta de tantas preguntas.

—Una última —prometió mientras escribía en su iPad—. ¿Qué fue lo que hizo que entraras en esa crisis? —Mi mente recordó la llamada de James, él me miró asustado.

—Hable con James, me invitó a su casa.

—¿Eso te puso mal? —preguntó mi psicólogo, era incómodo hablar de eso frente a todos, los cinco me miraban preocupados.

—No, eso me hizo recordar la razón por la que cambié tanto... —La cara de mis cuatro amigos cambió apenas lo mencioné, sabían de lo que hablaba, sabían lo que había visto, había terminado conmigo y por eso me escondí de la realidad—. ¿Eso es todo? —pregunté aburrido—. ¿Me darás de alta?

—Luego hablaremos en privado de eso... —prometió, yo asentí—, de todas maneras, quiero que continúes el reposo hasta que cumplas la semana, y quiero que conversemos en estos días, cuando estés listo.

—Le diré a Ashlee que me haga una cita —prometí, él levantó la mano hacia mí y la tomé—. Gracias Clark.

—Me alegra que hayas recuperado tan rápido la memoria.

—¿Rápido? —pregunté—. Se me hizo eterno.

Clark me sonrió y se despidió de todos, William y Lourdes lo acompañaron hasta la salida, estaba seguro de que le haría preguntas sobre mí, pero no le di importancia. Mi atención la tenía Liz, quien sonrió al darse cuenta de que no podía dejar de mirarla, sentía como si hubiera estado de viaje, la extrañaba, la necesitaba y esa necesidad solo se calmaría cuando volviera a hacerle el amor, a sentirla mía.

Quería pedirles a todos que se marcharan, que me dejaran disfrutar de mi mujer, pero sabía que me ganaría una discusión con ella si lo hacía.

—¿No te duele nada? —preguntó James acercándose a mí, yo negué—. Lamento lo sucedido, lamento haberme molestado contigo.

—Deja de pensar que eres culpable de eso, porque no es así.

—¿Qué esperas que piense? Fui la última persona con la que hablaste y...

—¡Y nada! No eres el culpable de nada —respondí tomando su mano—, ya estoy bien.

Lourdes y William regresaron, él se acercó y pasó sus brazos sobre mi hombro.

—Dice Clark que te ve bien, cree que vas a seguir así.

—Me alegro —respondí mirando a Elizabeth, ella mordió sus labios y mi erección aumentó.

—Bueno, ya es tarde y debes descansar —dijo William y se lo agradecí en silencio—, mañana te llamaré a ver cómo despertaste.

—Con Elizabeth aquí seguro que no tendrá tiempo ni de responderte —comentó James y yo no pude evitar reírme porque era cierto, ella se puso roja como un tomate y Samuel la abrazó.

—No le hagas caso —aconsejó Sam—, él siempre hace comentarios así—. Ella solo sonrió ruborizada.

—¡Te pusiste roja! —Se burló James acercándose a ella para despedirse, Liz le dio un golpecito en el brazo—. ¡Auch! —exclamó mi amigo y yo me reí—. ¿Te dolió el golpe que te dio por mirar a otra mujer? —me preguntó con curiosidad, lo miré de mala gana y él empezó a reírse—. Espero que haya habido gente cuando lo hiciste.

—Calla —susurro mi pequeña—, no le hagas recordar eso que luego se molestará de nuevo conmigo—. James la abrazó.

—Pero si ese hombre no tiene carácter contigo... haces lo que quieres con él—. Ella me miró como esperando que me defendiera, pero no lo hice.

—Eres la única que no se da cuenta de eso. —Fue lo único que dije, su sonrisa de niña feliz me hizo sonreír también. James caminó hacia mí y me dio la mano en despedida—. Deja de

burlarte de mí, el amor es ciego y yo lo estoy por ella—. James me abrazó y sujetó mi rostro.

—*Me alegra que estés de regreso, Nicky* —Giré los ojos al oírlo llamarme así, él me despeinó, le regalé una mala mirada, luego fue hacia Lourdes y la besó—. *Saluda a tu sobrina de mi parte... dile que algún día ella y yo tendremos una historia.*

—*Deja a mi sobrina tranquila* —respondió la mujer riéndose—, *es muy chica para ti.*

—*¡Para el amor no hay edad, Lourdes!* —exclamó el muy descarado—. *¿No ves? Liz es una nena y está cegada por ese ogro.*

Le regalé otra mala mirada que solo aumentó su diversión hasta que salió de mi casa y ya no pude oírlo.

—*Saber que no fue el culpable de tu crisis le afectó* —comentó Landon extendiendo su mano hacia mí—. *Ya nos vamos, deja la impaciencia.*

Elizabeth lo miró sin entender y yo lo empujé para que se terminara de ir. Ambos reímos y él subió al auto de James.

—*Todos se burlan de ti* —susurró Sam.

—*Tú eres inteligente y aprecias la tranquilidad que tienes desde que cambié* —respondí, él sonrió.

—*Me alegro de que estés bien, queríamos tenerte de regreso.*

Sam me dio un abrazo y caminó hacia el auto de William, quien se acercó a Elizabeth y la abrazó como si fuera su cumpleaños.

—*¡Gracias!* —exclamó, ella me miró ruborizada—. *Realmente todos estamos infinitamente agradecidos contigo por todo lo que haces con este niño.*

—*Lo único que hago es amarlo* —respondió mirándome con ternura.

—*Lo sé y eso es magnífico* —respondió mi amigo besando la frente de Liz y luego se acercó a mí—, *ahora puedo ir a casa y ocuparme de mi familia sin estar pensando en ti* —susurró como si le aburriera el hecho de siempre estar preocupado por mí—. *Aunque claro, cuando no eres tú, tengo a otros tres grandulones de quien preocuparme.*

—*Pero si yo me porto bien* —gritó Landon desde la puerta —. *¡James! William se está quejando de ti* —exclamó el muy payaso.

—*¿Lo ves?* —dice mirándome, Liz sonrió y se acercó a mí—. *Tengo cinco hijos, esos cuatro grandotes y Matt que es quien menos dolores de cabeza me da.* —Elizabeth rió encantada con las palabras del papá de los pollitos—. *Que duerman bien, si necesitas algo no dudes en llamarme* —. Hablaba con Liz, no conmigo.

—*Gracias, no dudes que lo haré* —respondió mi pequeña.

Él caminó hasta su auto y esperamos en silencio hasta que se marcharon. Lourdes caminó dentro de la casa y Elizabeth me abrazó. Lucía feliz, tranquila y además aún tenía ese hermoso vestido que estaba deseando quitarle desde que la vi al final de la escalera.

Bajé mis manos por su espalda hasta llegar a su redondo y bien formado trasero. Ella tembló como siempre que la tocaba y eso solo aumentó mi deseo por ella. La sostuve con más fuerza y la presioné contra mi notable necesidad, en lugar de ruborizarse como solía hacerlo, ella se movió contra mi erección causándome un placer mayor.

—*Veo que has regresado a la normalidad en todos los aspectos* —susurró mientras se acercaba para besarme, pero no lo hizo—. *¿Mi dios griego ardiente está aquí otra vez?*

La hice girar y la presioné contra la pared dejando su hermoso cuerpo de espalda a mí. Bajé la mano y llegué hasta el final de su pequeño y provocador vestido, ella tembló y yo lo disfruté.

—*Ha regresado hace dos horas* —susurré mordiendo su oreja— *y ha estado reproduciendo*

imágenes pornográficas de nosotros durante todo ese tiempo—. Ella gimió con placer.

Mi mano se fue entre sus piernas y la humedad en su sexo me volvió loco, ella me deseaba, con la misma necesidad que yo a ella. Una de sus manos llegó a mi miembro duro y me dejó sin aliento cuando lo acarició sobre la tela de mi pantalón. Giró su rostro y su lengua lamíó mis labios aumentando de manera peligrosa el deseo que quemaba por dentro.

—*Oh Liz...* —susurré con placer.

—*Te he extrañado* —respondió mordiendo mi labio.

—*Yo más, pequeña... yo más.*

Mis dedos acariciaron la suave piel de su sexo y el deseo me consumió con fuerza cuando se giró y abrió mi pantalón.

—*¿Subimos?* —le pregunté, ella negó.

—*Me quiero quedar aquí* —respondió con los ojos brillando de emoción y deseo—. *Házmelo aquí...*

No necesitó repetirlo porque yo ya estaba terminando de abrir mi pantalón y fantaseando con el hecho de hacerle el amor en la puerta de mi casa. Donde cualquiera podría vernos y eso me causaba un morbo despiadado. Tiré con fuerza de su ropa interior y esta crujió al romperse. Ella tomó mi miembro entre sus manos, lo acarició antes de acomodarlo entre sus piernas y rozarlo con su sexo húmedo.

La tomé de la cintura y la subí sobre mí, ella apoyó sus manos en mi hombro y esperó impaciente a que me hundiera en ella. Mi miembro se sacudió cuando me ubiqué en su centro y sin pensarlo ni un segundo me hundí dentro de ella.

— *¡Oh, Dios!* —exclamó.

—*¡Oh pequeña! Como he extrañado sentirme dentro de ti* —susurré a su oído mientras entraba y salía de ella con fuerza—, *he deseado hacer esto con tanta urgencia.*

—*¡Oh, Nicholas!* —exclamó—. *He estado volviéndome loca al tenerte tan cerca y no poder sentirte así.*

—*Ahora puedes sentirme* —susurré mientras me hundía dentro de ella y su cuerpo temblaba—, *siénteme como yo te siento.* —Sabía que no iba a durar mucho, no después de tantos días deseándola—. *Vamos, pequeña... quiero oírte.*

—*Oh Dios... ¡Oh, Nick!*

—*Oh, pequeña...*

Su cuerpo tembló con descaro mientras el mío se sacudía conforme me dejaba llevar por el placer que ella me había dado. Mi cuerpo temblaba y mi miembro se contraía dentro del suyo hasta que detuvo sus movimientos y se dejó caer sobre mi hombro.

Nunca habíamos hecho esto antes, jamás había perdido el control de este modo, pero no habíamos podido evitarlo, lo necesitábamos.

Le besé el cuello y ella sonrió besando mi mejilla.

—*Sé fuerte, pequeña* —susurré, ella volvió a besarme—. *Dios... ¿sabes hace cuanto no hago cosas así?* —pregunté mirando a mi alrededor.

—*¿Hace cuánto?* —preguntó.

—*Nunca* —Ella se sorprendió—, *nunca he deseado tanto a alguien como para tomarla casi en la calle.* —La ayudé a salir de mí y la dejé sobre el piso, ella me sonrió emocionada—. *¿Puedes sola?* —pregunté, ella sacó la lengua haciéndome sonreír—. *Amo tus niñerías.*

—*Amas todo de mí, ¿eh?*

—*No... todo no* —ella frunció el ceño y bajó su vestido—, *tu diminuta ropa no la amo... Te*

aprovechaste que no recordaba para ponerte ropa de estas.

—*No te quejes de mi ropa* —exigió mientras acomodaba su cabello y trataba de recobrar las fuerzas—, *nos ayudan en momentos como estos.*

—*Tienes razón* —admití acercándome a ella—, *en ocasiones pueden ser útiles, pero no saldrás a la calle con algo así* —Respiró profundo y giró los ojos—. *¿Sabías que ese tipo de miradas son de muy mala educación?* —Ella sonrió con entusiasmo—. *Tendré que darte clases intensivas de buenos modales.*

—*¡Oh! Me gustan tus clases, siempre y cuando no me tortures.*

—*No mientas, amas que te torture*

—*Hasta torturando eres bueno* —sonreí orgulloso.

Mi mano acarició su trasero desnudo y ella tembló.

—*Ni creas que esto ha sido suficiente* —susurré—, *apenas estoy comenzando contigo...*

—*Me alegra saberlo* —respondió besándome.

Ella me miró y mi corazón se detuvo por un segundo para luego empezar a latir con más fuerza impidiendo que pudiera respirar con normalidad. Liz me miraba y en esa mirada había más que deseo, más que pasión, en su mirada había amor... un amor, dulce, sano, sincero. Un amor que me hacía fuerte, que me limpiaba el alma, que me ayudaba a levantarme. En su mirada había ese amor que yo también sentía por ella, ese amor que me consumía y que me hacía tan feliz.

—*Te amo* —susurró acariciando mi rostro

Y fui tan feliz que no necesitaba nada más en mi vida, ella era todo lo que quería tener, todo lo que merecía tener. Me amaba y mi mundo gris empezaba a pintarse de color, empezaba a tener luz, Elizabeth empezó a llenar con su luz, toda mi oscuridad.

40 – Juntos.

Mi cama era muy pequeña y sabía que no dormía bien en ella, pero nunca se negó a quedarse en mi casa cuando yo no podía ir a la suya. Apenas empezaba a amanecer, pero me había despertado y me había quedado admirando su belleza.

Su rostro lucía más pálido de lo normal y sabía que se debía al invierno que estaba acercándose. Sin un poco de sol calentando su piel, mi *dios* griego lucía más pálido de lo normal.

Si me hubieran dicho aquella noche cuando lo conocí que unos meses después lo tendría en mi cama, no me lo hubiera crecido, pero era así, él estaba allí, conmigo, en mi cama... en mi vida.

Mi corazón se detuvo cuando abrió los ojos de pronto y me sonrió. Mi cuerpo se sintió débil como siempre que él me miraba de ese modo y yo no podía ser fuerte, y estaba segura de que nunca lo lograría.

—*¿Te gusta lo que ves?* —preguntó, yo sonreí.

—*Me encanta... no sabes cuánto* —él se inclinó y besó mis labios—, *buen día.*

—*Buen día, pequeña* —sonreí como tonta cuando me llamó de ese modo, lo hacía con frecuencia, pero sentía que nunca me acostumbraría a tanto amor—, *mis días siempre son buenos cuando eres lo primero que veo al despertar* —susurró haciéndome suspiras—. *¿Dormiste bien?*

—*Contigo siempre duermo bien... cuando me dejas dormir.*

—*¿Estás quejándote de mí?* —preguntó divertido halándome más hacia él. Yo levanté una de mis piernas y le rodeé el cuerpo—. *¿Te quejas del sacrificio que hago a diario para satisfacer tu apetito sexual?*

—*No, no me quejo...* —respondí riendo—. *Sabes que no.* —Él me besó la mejilla y yo suspiré—. *Te amo.*

—*Yo te amo a ti, pequeña... muchísimo.* —Escondí mi rostro en su cuello para disfrutar del aroma de su piel, amaba su aroma—. *Tu cama es muy pequeña* —se quejó, yo me reí.

—*No es pequeña... es normal.*

—*De acuerdo, pero yo no soy normal* —volví a reír—, *déjame comprar otra cama para ti... en esta me salgo del borde.*

—*Nadie te obliga a dormir aquí* —respondí a su queja—, *eres tú el que viene sin invitación.*

Él tomó mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarlo.

—*Algún día haré que aprendas a respetarme* —aseguró usando ese tono de voz que me volvía loca—, *pero creo que amo hasta tu malcriadez.*

—*¿Crees?* —pregunté burlándome—. *Admítelo... eso te gusta.*

Nicholas empujó mi cuerpo sobre el colchón y subió sobre mí presionándose para hacerme sentir su mañanera erección.

—*Oh...* —susurré de placer.

—*Oh*—repitió—, *¿alguien se quedó sin ganas de pelear?* —Sonreí mientras me movía intentando sentir su necesidad—. *Amo esto...* —me aseguró—, *poder dejarte muda con solo rozarte... es tan fácil dominarte... tan sencillo dejarte sin fuerzas.* —Lo empujé y él cayó sobre mi cama, pero en lugar de enfadarse empezó a reír—. *Mi pequeña rebelde.*

—*Déjame en paz* —exigí, él volvió a reír. Se apoyó en su codo y la miró con ternura haciendo

que mi molestia se fuera al diablo—. *Te amo.*

—*Yo también te amo, pequeña* —acarició mi rostro y yo cerré los ojos—, *una semana más y alguien se hará mayor.*

—*No sé de qué hablas...* —respondí aun con los ojos cerrados—. *Tú siempre serás el viejo.*

—*Eso es verdad, siempre seré el maduro de los dos.*

—*Sí, claro* —Me dio un beso y luego me acosté en su pecho—. *¿Te la pasaste bien con William?* —pregunté al recordar que había estado con él.

—*Sí, la pasamos bien.*

—*No sabía que te gustaba el fútbol...* —comenté mirándolo.

—*Me gusta mucho, casi nunca puedo verlo en directo porque estoy trabajando, pero sí... soy admirador de los Bucs.*

—*Oh, que interesante, deberíamos ir a un juego algún día* —Él sonrió y volví a besarlo—. *¿William te invitó?*

Sentía curiosidad por esa visita inesperada que Nicholas le había hecho al mayor de sus amigos. Solían reunirse por trabajo, pero siempre en las oficinas, por ello me pareció extraño cuando me avisó que iría a su casa.

—*No, fue casualidad lo del juego, necesitaba hablar con él y fui a su casa y ya.*

—*¿De trabajo?* —pregunté aún con curiosidad.

—*No* —respondió, me besó la frente y se apoyó sobre su codo, yo me giré para mirarlo bien—, *hace unos meses, antes de conocerte, contraté a un investigador, necesitaba saber algunas cosas.*

Estaba segura de que esas cosas tenían que ver con esa mujer y traté de no dejar notar mi molestia.

—*Sobre... ¿Maia?*

—*Sí* —respondió secamente—, *después de la última vez que la vi, no supe nada más ella, supe que estuvo presa y que había muerto de sobredosis, pero quería saber cómo pasó, cómo llegó a eso.*

—*¿Por qué?* —pregunté intentando ocultar los celos que sentí de pensar que él aún podría amarla—. *¿Por qué necesitas saberlo? ¿Aún te importa ella?*

—*¡No!* —exclamó de inmediato—. *Elizabeth, no es que me importe, solo necesitaba ponerle fin a esa etapa de mi vida y tenía dudas.* —No quería, pero me sentí tan celosa—. *Clark piensa que esas dudas eran la razón por la que no cerraba toda esa historia... pensé que alejándome era suficiente, pero no fue así.* —Respiré profundo y solo asentí—. *Por eso necesitaba hablar con William, fue el único que estuvo al tanto de ese asunto.*

—*¿Y te sacó de tus dudas?*

—*De algunas* —volví a asentir sin querer decir nada, porque sabía que los celos podrían hablar por mí—. *Pasé muchos años alegrándome de su muerte, pero William me contó cosas que no sabía y llegué a sentir lástima.*

Giré los ojos porque lo que menos sentía por esa mujer era lástima, yo la detestaba por todo el daño que le había causado a mi *dios griego* y eso no cambiaría por lo que haya pasado antes de su muerte.

—*Murió sola, estuvo alejada de su familia por su adicción, el hombre que amaba la dejó* —Volví a blanquear los ojos al escucharlo, él acarició mi cabello—, *creo que pagó por el mal que hizo y no alegrarme de su muerte me hace sentir bien... ya no la odio, ya no me importa* —suspiré al escucharlo—, *solo quiero dejar todo eso atrás, quiero seguir mi vida contigo.* —Traté

de sonreír, pero no pude—. *Dime, ¿qué piensas?*

—*No sé* —respiré profundo y lo miré con interés—. *Realmente tú... ¿ya no la amas? Sé sincero conmigo, por favor.*

—*Siempre he sido sincero contigo Liz, hace años que dejé de amarla.* —Me sentí tonta por sentirme de ese modo, pero no podía evitarlo—. *Ella convirtió todo ese sentimiento en odio.*

—*Pero la amaste mucho...* —lamenté.

—*No de la forma en que te amo a ti...* —Mi corazón se sintió feliz al escucharlo—. *Era un niño inmaduro, me ilusioné, pensaba que eso era amor...* —Él se inclinó y besó mis labios con amor—, *pero contigo he conocido algo diferente, Liz... algo bueno* —Me dio otro beso y los celos desaparecieron—, *tú eres el amor, Elizabeth... eres por quien quiero ser mejor.*

—*Tú eres el mejor, Nick*—. Me abracé a él y fui feliz otra vez.

—*El amor que sientes por mí te hace verme así* —susurró.

—*No, estoy segura de que cualquier mujer te vería así.*

—*Quizás...* —respondió acariciando mi nariz con la suya—, *pero no todas conocen la mierda que llevo encima. Tú sí... y aun así me amas.* —Sonreí orgullosa de sus palabras—. *Usted es perfecta, señorita Coleman.*

—*No soy perfecta, no tengo la talla ni el cuerpo de una modelo y ni siquiera sé caminar bien en tacones y fingir que soy una dama.*

—*Es exactamente lo que más me gusta de ti...* —respondió—, *eres diferente y eso te hace ser única y especial para mí.*

—*Que cursi es usted, señor Carter...*

—*Es que paso mucho tiempo con usted, señorita Coleman.*

Él se levantó de la cama y caminó hasta donde había dejado su traje aburrido, buscó algo en su saco y regresó a mi lado.

—*¿Sabes que amo despertar contigo?* —susurró mirándome.

—*¿Aunque mi cama sea pequeña?*

—*Bueno, eso se puede solucionar...*

—*No vas a comprarme una cama nueva* —advertí.

—*De acuerdo...* —respondió arrodillándose en el piso y tomando mi mano—. *Amo ver tu rostro al despertar y que tus ojos sean lo último que contemplo antes de dormir...*

—*Y yo* —susurré enamorada—, *verme en el azul de tus ojos al terminar el día me hace muy feliz.*

—*Entonces, ¿por qué esperar?* —me preguntó, yo lo miré sin entender y él sonrió—. *Te dije que llegaría el momento en que te lo pediría* —Nicholas giró mi mano y dejó sobre ella una caja de terciopelo, mis nervios se alteraron—, *el momento es ahora, Elizabeth.*

—*Nicholas...* —susurré aterrada.

—*No entres en pánico* —me pidió—, *no estoy pidiéndote matrimonio.* —Volví a respirar al escucharlo, aunque la idea me parecía maravillosa, sabía que era muy pronto para nosotros—. *Aún hay mucha mierda sobre mí que siempre jode nuestra relación, pero necesito que estés a mi lado, necesito tenerte en mi vida a tiempo completo...* —Mis ojos se llenaron de lágrimas al escucharlo, al ver la sinceridad en sus ojos, el amor en sus palabras—. *Vivamos juntos, Elizabeth... múdate conmigo.*

Abrió la caja y una pequeña piedra brilló con fuerza frente a mis ojos. Y me pareció tan hermoso todo el momento, todo lo que había dicho... era tan perfecto que me había quedado sin palabras.

—¿Vas a decir algo? —me preguntó, sonreí intentando controlar mis ganas de llorar de emoción—. ¿Vas a aceptarme? ¿Harás que te ponga el anillo y luego te lo quitarás?

—¡Acepto! —exclamé con dificultad.

Lo abracé a mí con todas mis fuerzas y él me besó el cuello. Me sentí tan feliz, tan completa a su lado que no necesitaba pensarlo. Casi a diario compartíamos la misma cama, casi vivíamos juntos, así que no sería un gran cambio para nosotros, solo estaríamos más unidos y eso era algo que definitivamente quería.

Nicholas se alejó y limpió mis mejillas llenas de lágrimas.

—No llores, pequeña... aún debo ponerte el anillo.

—¿Por qué el anillo? —pregunté sin entenderlo.

—Es de compromiso —respondió mientras lo sacaba de la pequeña caja, yo lo miré asustada y él se burló de mí—, *de mi compromiso contigo* —me aclaró dejándome incluso más embobada de lo que ya estaba por él—. *Me comprometo a superar todo lo malo que cargo conmigo para darte solo lo bueno* —Me miró a los ojos y aunque tenía una gran sonrisa en sus labios, también había lágrimas brillando en el azul de su mirada—, *este anillo significa que, aunque aún no estemos casados... tú eres mía, así como yo soy solo tuyo.*

¡Solo mío!

Extendí mi mano de inmediato ante la idea de que ese anillo significara que él era mío, algo que lo hizo sonreír. Tomó mi dedo y le dio un beso, levantó la pequeña, pero brillante joya y la deslizó con lentitud mientras sus ojos me miraron con amor.

Tenerlo en mi dedo me hizo temblar, me emocionó por completo.

—Me encanta —susurré con la emoción vibrando en mi voz—. *Te compraré un anillo también* —bromeé, pero al pensarlo me pareció una idea fenomenal—, *y tendrás que usarlo...* —él mordió sus labios para no reírse—, *así cuando alguna tonta te miré se dará cuenta que estás comprometido... entenderá que eres mío.*

—¿Cómo es que el mundo une a dos personas tan locas y nos hace enamorarnos perdidamente? —me preguntó besando mis labios con diversión—. *¿Qué haré contigo mi pequeña celosa?*

—Amarme —respondí besándolo—, *como lo haces siempre... como te amo yo.*

Mi corazón latió con tanta fuerza que fui consciente de que no tendría ningún problema en casarme con él, pero aún no era el momento, no para una boda, pero sí para vivir juntos y ayudarlo día a día a superar ese pasado que aún lo lastimaba.

Nicholas subió a mi cama y me abracé a él con fuerza mientras contemplaba el anillo que brillaba en mi dedo. La idea de llevar esto a diario me parecía una locura, ni siquiera quería imaginar a Andrew cuando se lo mostrara... armaría un escándalo.

—¿Qué te gustaría hacer en tu cumpleaños? —me preguntó sacándome de mis pensamientos, lo miré sin saber qué responder— *¿Quieres que hagamos una fiesta?*

—No —grité asustada y él empezó a reír—. *Las fiestas no son lo mío* —le recordé—, *cada año papá, mamá, Amanda y yo vamos a almorzar, al cine... cosas así, suelo tener un día familiar... y bueno, Andrew siempre está en esa lista.*

—No hace falta que lo aclares —respondió con antipatía, le regalé una mala cara—. *¡Es broma!* —dijo riéndose de mí—, *ya no me desagrada, aunque sigo esperando que algún día dejen de ser tan... melosos, el uno con el otro.*

—¡Oh, mi dios griego celoso!

—¿Cuándo piensas mudarte conmigo? —preguntó, pensar en ello me puso nerviosa y dejé de

mirarlo—. *Liz, no estás obligada a hacerlo... si no quieres, está bien.*

—No... —susurré—, *si quiero, solo que me gustaría esperar a que pase mi cumpleaños.* —Él me miró confundido—. *Aún no estoy lista para contárselo a mis papás.*

—*¿No quieres que sepan que viviremos juntos?*

—*No es que no quiera... es que...* —Me acomodé en la cama para mirarlo mejor y busqué la forma de decirlo—. *Nicholas, mis padres son algo... conservadores.* —Él se sorprendió—. *No anticuados, solo conservadores, y sé que la idea de que vivamos juntos no los hará muy felices.*

—*¿Ellos esperan que te cases y esas cosas?* —preguntó sorprendido.

—*Nunca hemos hablado de eso, pero supongo que sí.*

Nicholas sonrió de pronto y acarició mi mejilla con ternura.

—*Liz, yo te amo, pequeña... y si me sintiera bien, si alejara toda esa mierda que hay aún en mí, puedes jurar que me casaría contigo hoy mismo* —Sus palabras me hicieron aún más feliz de lo que ya me sentía—, *pero aún es pronto... yo no estoy listo.*

—*Ni yo. Cielo... sé que aún no es el momento.*

—*No puedo prometerte amor eterno cuando aún me da miedo amarte como te amo* —confesó con sinceridad—, *yo necesito tiempo para superar mis problemas y hacer una vida nueva a tu lado.*

—*Yo sé eso... si me pidieras matrimonio sin duda creería que no es el momento.* —Él sonrió complacido con mis palabras—. *Yo solo quiero que estés bien.*

—*A tu lado siempre estoy bien* —susurró— *y estaré mejor cada día y en algún momento voy a poner un anillo hermoso en tu dedo y ese si será de compromiso.*

—*¡Y ese día voy a desmayarme!* —grité espantada.

Nicholas me abrazó con fuerza y me acurruqué en su pecho. Continué mirando mi anillo mientras él jugaba con mi mano. Viviríamos juntos, él y yo viviríamos juntos y eso parecía un sueño del que sin duda no quería despertar jamás.

Observé mi pequeña habitación y me sentí triste de tener que dejarla. De tener que irme de ese pequeño espacio que hice mío durante todos los años que había vivido en Nueva York.

—*Amo este lugar* —susurré mirándolo—. *¿Por qué no te mudas aquí?*

—*¿Qué?* —gritó riendo—. *No. Es muy pequeño.*

—*Sí, pero es especial* —respondí—, *fui tan feliz cuando me mudé aquí, cuando pude pagar algo yo sola* —Él sonrió con ternura al escucharme—, *aquí he madurado... Aquí empezó todo* —susurré—, *nuestra primera cena, nuestro primer beso, nuestra primera noche. He sido tan feliz aquí que lo extrañaré.*

—*Consérvalo...* —susurró—. *No lo dejes.*

—*¿Qué caso tiene pagar la renta de algo que no usaré?*

—*Entonces no estés triste* —Besó mi nariz y me abrazó—, *mi casa también será tu casa y puedes hacer los cambios que quieras.*

—*Demasiado lujo.*

—*Tarde o temprano te acostumbrarás* —respondió—, *te lo prometo.* —Me abracé a él esperando que tuviera razón y algún día me pudiera acostumbrar a todo el lujo que lo rodeaba—. *¿Me dejas encargarme de ese almuerzo para tu cumpleaños?* —preguntó regresando al tema que habíamos dejado—. *Prometo no abrumarte con lujos.* —Volví a mirarlo y él levantó la mano.

—*De acuerdo* —respondí acostándome sobre su pecho desnudo—. *Estaré muy agradecida si cumples tu palabra* —Me guiñó el ojo y yo suspiré—. *Después de mi cumpleaños, me mudaré contigo.*

Su sonrisa se amplió tanto que volvió a subir sobre mí y tomó mis labios para llenarme de besos amorosos que me hicieron saber que estaba tomando la decisión correcta. Aunque me asustara, aunque supiera que era pronto, estaba lista para dar ese paso. Estaba lista para compartir mi día a día con él.

Me sentí tan feliz en ese momento, tan completa, tan realizada. Tenía todo lo que podía pedirle a la vida: un trabajo que disfrutaba, una familia que amaba y, además, había encontrado al hombre ideal para mí. Me sentía feliz a pesar de que sabía que a él todavía le quedaban capítulos de su pasado por cerrar, pero estaba segura de que lo lograría, que llegaría el día en que las sombras dejaran de opacar la luz de mi *dios griego* y ese día, ese día él y yo seríamos totalmente felices.

41 – Cerrando páginas.

Camino a Stanford aproveché para revisar algunos correos de trabajo. La mejor amiga de Elizabeth había tenido a su bebé y estábamos yendo a verla. Apagué mi iPad cuando terminé y me di cuenta de que llevaba media hora en silencio, algo muy extraño en ella. Incliné la cabeza y ella me miró de reojo.

—*Demasiado silencio para ser tú* —susurré, ella sonrió y me miró de ese modo que hacía sentir estúpidamente enamorado—. *¿En qué piensas?*

—*En que te amo* —respondió orgullosa—, *en que soy muy feliz desde que te conocí.* —Se acurrucó sobre mi hombro y besé su frente—. *No sé qué sería de mí sin ti, Nicholas.*

—*No lo sabrás jamás... siempre estaré contigo.* —Al pensarlo sentí un horrible miedo acumularse en mi pecho—. *Si llegara a perderte, yo me perdería también*—. Ella sujetó mi rostro.

—*No vas a perderme nunca* —prometió—, *estaré contigo el tiempo que me quieras contigo... y espero que sea para siempre.*

—*Te quiero para más que siempre.*

No era capaz de pensar más en eso, no pude siquiera imaginarme sin ella. La amaba y me sentía estúpidamente unido a ella de la manera más enfermiza del mundo, que sabía que ni siquiera Clark diría que era normal. Vivía por y para ella, y era capaz de acabar con cualquiera que pretendiera alejarme de mi pequeña celosa.

Su teléfono vibró sobre el asiento donde lo había dejado y ella lo tomó. En la pantalla aparecía el rostro de su madre, una mujer igual de guapa que su hija.

—*Hola mami... casi estamos llegando* —informó mi chica emocionada—. *¿Ustedes ya están allí?* —Se quedó en silencio esperando la respuesta y yo sonreí—. *¡Genial! Nos vemos pronto... te amo.* —Terminó la llamada y me miró otra vez emocionada—. *Mis padres están allí... dice mamá que el bebé es hermoso.*

—*Todos los bebés son iguales y cuando nacen son tan... feítos.* —Ella golpea mi brazo y sonrío—. *¡Es verdad! Son todos arrugados y deformes.*

—*¡Cuidado con decir eso delante de todos!*

—*No, sé que me matarían.*

Ambos reímos mientras Frank estacionaba fuera del hospital. Acomodé mi chaqueta y Liz hizo lo mismo con su vestido. Frank nos abrió la puerta y Liz bajó emocionada con el regalo que habíamos comprado para el niño.

—*Espéranos aquí, Frank* —ordené.

—*¿Está seguro, señor?*

—*Sí, adentro no tendremos problemas* —respondí tomando la mano de Liz y caminando hacia la entrada del hospital—. *¿Sabes en que habitación esta?*

—*¡Sí!* —dijo halando de mi mano para caminar más rápido—. *¡Muero por ver a su bebé!*

—*Lo noto.*

Me sacó la lengua y yo sonreí amando su emoción. Al girar en una esquina pude ver a su padre de pie en la puerta de una habitación. Él clavó sus ojos en nuestras manos y luego puso su atención

completa sobre mí.

—*¡Oh! Tu padre está analizándome* —susurré, ella sonrió.

—*No creo que acepte jamás que eres perfecto, así que no te preocupes de todos modos no dirá tu diagnóstico en voz alta.*

Sonreí ante su buen humor y continuamos hasta llegar al lugar donde su padre estaba. Él rodeó a su hija en sus abrazos y yo esperé mi momento para ser educado con el hombre que le dio la vida a la mujer que amaba.

—*¿Cómo estás Nicholas?* —preguntó extendiendo su mano hacia mí, la tomé de inmediato.

—*Bien, señor Coleman... Gracias.*

Caminamos dentro de la habitación y sonreí a la mujer acostada en la cama. Le di la mano a su esposo y observé enamorado a mi hermosa chica emocionada con el bebé.

Liz lloraba de emoción junto a su amiga y miraba con amor al bebé que llevaba en sus brazos. Amanda me miraba con interés, como si yo fuera una estrella de televisión, pensé que hasta podría pedirme un autógrafo si no fuera tan tímida.

—*¿Cómo está usted, Nicholas?* —preguntó la madre de Elizabeth—. *¿Su memoria volvió a la normalidad?*

—*Sí señora, todo volvió a la normalidad.*

—*Nos alegramos* —comentó Jonathan—. *Liz estaba muy preocupada, nunca nos dijo que causó su amnesia.*

Elizabeth se acercó a mí de forma protectora y yo la abracé.

—*Se golpeó la cabeza cuando se desmayó* —respondió mi novia al interés de su padre—, *el doctor dijo que esa fue la causa.*

El psicólogo debía intuir que algo más había ocurrido, pero tuvo la amabilidad de no hacer comentario alguno. Liz extendió la mano hacia su hermana y esta se unió a nosotros.

—**Estamos esperando que sea 26 para comer pastel** —comentó Amanda entusiasmada—. **¡Cumplirás 25!**

—*Sí, ya estoy vieja* —respondió mi chica.

—*Estás en la mejor etapa de tu vida, princesa* —intervino su padre—, *la edad perfecta para vivir y disfrutar de tu soltería*—. Quise reírme de la indirecta de Jonathan Coleman, pero no lo hice.

—*Jonathan, cariño* —susurró la señora Coleman—, *vas a hacerme pensar que el matrimonio no es una buena etapa en la vida de una persona.*

—*No, Caroline* —respondió él de inmediato—, *solo digo que ella es joven y hermosa, inteligente e independiente, tiene que disfrutar de eso.*

El rostro sereno de mi chica cambió en ese instante y admito que me sorprendió la mirada mortal que le dirigió a su padre.

—*Lo disfruto papá* —aseguró mi novia—, *estoy en el mejor momento de mi vida y soy muy feliz disfrutando de mi relación con Nicholas.* —Ella me abrazó y yo evité mirar a sus padres—. *Un hombre tan inteligente como tú no debería utilizar indirectas.*

—*No es una indirecta* —se defendió Jonathan—, *solo fue un comentario sin intención alguna.*

—*Bueno, da igual...* —agregó mi problemática chica—, *es mi vida y yo decido cómo la vivo.* —Apreté su hombro cuando su voz sonó más fría de lo necesario, ella me miró incómoda—. *Siempre ha sido así, no cambiara ahora.*

—*Ni los años han cambiado tu carácter tan... difícil, princesa.*

—*¡Pues, no!* —respondió la malcriada—. *Nací así y así seguiré* —ella besó el rostro de su hermana y le dio otra mirada envenenada a su padre—, *agradezco tu preocupación, pero hasta ahora me ha ido bien tomando mis propias decisiones.*

«*¿Y así pretendo que ella tenga respeto por mí?*».

Una enfermera entró a la habitación interrumpiendo el momento incómodo, así que todos caminamos hacia el pasillo. Elizabeth siguió abrazando a su hermanita y me hizo sentir enamorado al ver lo dulce que podía ser cuando quería.

—*¿Por qué no vienes a Nueva York conmigo?* —preguntó mi novia, los ojos de Amanda parecieron brillar.

—*¿De verdad?*

—*Sí, estás de vacaciones, ¿cierto?*

—*Sí... una semana de vacaciones.*

—*¡Genial! Entonces, vamos a Nueva York y regresas después de mi cumpleaños.*

—*¡Le diré a mamá!* —exclamó la niña corriendo hacia el otro extremo donde la señora Coleman parecía darle un discurso a su esposo.

—*¿Siempre eres tan... malcriada, con tu padre?* —pregunté.

—*Siempre que se mete en mi vida, sí* —sonreí sin poder evitarlo mientras ella observa a sus padres—, *creo que hoy papá dormirá en el estudio* —se burló, yo no pude evitar reírme—. *Salí a ella* —comentó con orgullo mirando a su madre, luego suspiró y acarició mi rostro—. *No tienes esperanzas...*

—*Yo no soy tu padre, y no tengo tanta paciencia.* —Besé su mejilla y mi celular empezó a sonar dentro de mi saco—. *Disculpa, pequeña* —Saqué mi teléfono y tomé la llamada sin comprobar quién era—. *¿Hola?*

—*Señor Carter, buenas tardes... soy Eddy.*

Sentí una incomodidad repentina al oír su voz y más al recordar la razón por la que lo había contactado. Elizabeth me miró preocupada, así que fingí una sonrisa para ella.

—*Hola, Eddy* —saludé— *¿Qué sucede?*

—*¡No lo va a creer!* —aseguró con entusiasmo—, *estaba por cerrar el caso como me lo ordenó, pero han aparecido nuevas evidencias que me veo en la obligación de compartirlas con usted.*

—*¿De qué se trata?*

—*Creo que debería verlo usted mismo* —respondió Eddy.

—*¿Qué es lo que debería ver?* —pregunté.

La madre de Elizabeth se acercó a ella junto a su hermana, pero mi chica no quitó su mirada preocupada de mí.

—*Creo que deberíamos hablarlo personalmente.*

Ella suspiró cuando su madre le habló y dejó de mirarme, pero pude ver la tristeza en su rostro y me sentí mal por lastimarla sin querer.

—*¿Podría llamar a su asistente para coordinar una nueva cita?*

La tristeza repentina de Elizabeth me ayudó a ver mi error. Ella había aceptado mudarse conmigo y yo seguía buscando información sobre una mujer por la que había arruinado mi vida, una mujer que estaba muerta y a la que debería dejar de una vez por todas en el pasado.

Elizabeth era la mujer que con su amor estaba curando mi alma, ella estaba cambiando mi vida y merecía que yo caminara a su lado sin mirar al pasado.

—*¿Señor Carter?* —susurró Eddy.

—*Lo siento, pero ahora no tengo tiempo* —respondí seguro de la decisión que había tomado—. *No necesito saber más sobre ese asunto, Comunícate con Ashlee para que te haga llegar tu cheque.*

—*Está bien señor, como usted ordene.*

—*Gracias por todo... adiós.*

Cuando terminé la llamada ella se acercó a mí y me miró con preocupación.

—*¿Todo bien?* —preguntó con temor.

—*Sí, era el investigador que contraté.*

—*¿Qué te dijo?*

—*No importa* —respondí abrazándola—, *el pasado ya no importa, pequeña... ahora solo importas tú.* —Sus ojos volvieron a brillar y yo sonreí con amor—. *Solo somos tú y yo... Y nuestra nueva vida juntos.*

Ella me abrazó con visible emoción y yo sentí que había tomado la decisión correcta. Estaba listo para dejar a Maia y su terrible paso por mi vida atrás, para seguir, para continuar viviendo. Listo para darle a Elizabeth lo que merecía, listo para enfrentarme a todo por ella, listo para vivir, vivir de verdad

...

La había dejado en Stanford y regresé a encargarme del trabajo que tenía pendiente. Estaba en mi oficina cuando su rostro apareció en la pantalla de mi teléfono.

—*Dame un segundo* —pedí a Ashlee quien estaba frente a mí leyéndome unos informes, ella asintió y yo activé el altavoz—. *Señorita Coleman, qué gusto saber de usted* —bromeé mientras firmaba un documento.

—*¿Me puedes explicar que hace tu auto fuera de mi casa?* —preguntó con una voz falsamente enfadada. Levanté la mirada hacia mi asistente quien reprimió una sonrisa frente a mí.

—*Exactamente lo que crees que hace* —respondí tomando otro documento que debía firmar—, *fue a buscarte.*

—*Nicholas... te dije que...*

—*Sé lo que dijiste y también te dije que Frank sería tu sombra hasta que la prensa te dejara en paz.*

—*Sí, pero puedo usar mi auto* —dijo ella algo molesta—. *Tu auto es muy lujoso para mí.*

—*Pues, acostúmbrate* —respondí moviendo el bolígrafo sobre el contrato—, *cuando te mudes a mi casa usarás uno de esos y, además, tendrás un chofer.*

—*¿Qué?* —gritó, yo no pude evitar sonreír al saber que había acabado con la poca paciencia de mi chica—. *¡Debes estar bromeando! Y déjame decirte que no le veo la gracia.* —Ashlee estaba escuchando el berrinche de mi chica, pero se mantuvo seria frente a mí—. *Amo conducir y no me quitarás ese placer.*

—*Yo jamás le quitaría ningún placer, señorita Coleman* —respondí conteniendo la risa—. *Quizá podríamos negociar el placer de conducir por otro placer mayor...* —Las mejillas se Ashlee se ruborizaron, pero no le di importancia.

—*¡Nicholas, no me cambies el tema!*

—*¿Qué tal si seguimos esta discusión cuando estés aquí?*

—*Nicholas, hablo en serio, ¡no tendré ningún chofer!*

—*¡No me grites, Elizabeth!* —le advertí, ella se quedó en silencio de inmediato—. *Cuando estés aquí hablaremos, ahora por favor, no arruines mi humor que intento trabajar en paz.*

—*Mi humor se ha arruinado gracias a ti* —me acusó.

—Tendrás que aprender a vivir con la idea de que arruinaré tu buen humor si de eso depende tu seguridad.

—¡Estoy segura! —gritó de nuevo—. ¡He vivido 25 años, segura y protegida sin ti!

—Aprenderás a vivir el resto de tu vida protegida por mí.

—¡Nicholas! —gritó, yo volví a sonreír—. Ni creas que te saldrás con la tuya... esto no está entre los acuerdos que hicimos.

—¿No lo está? —pregunté fingiendo sorpresa—, supongo que tendremos que fijar nuevos acuerdos ahora que vas a mudarte conmigo.

—¡Pues, lo pensaré mejor! Quizá después de todo no quiera sacrificar tanto por vivir en tu casa de cristal.

—¡Quizá tengas razón! —agregué solo para molestarla—. Piénsalo porque no hay forma de que cambie de opinión. —El teléfono de mi oficina timbró y Ashlee se puso de pie—. Me tengo que ir... que tengas buen viaje.

—¡Nicholas, no me dejes peleando sola!

—Adiós, señorita Coleman —susurré mirando la imagen de ella en mi fondo de pantalla—, buen viaje.

—¡Nicholas Carter, estoy hablando en serio! —gritó molesta—. Como me cuelgues el maldito teléfono, vas a tener problemas.

—Elizabeth Coleman, como vuelvas a hablarme así la que tendrá problemas serás tú. —Su silencio sepulcral me hizo volver a sonreír—. Hasta más tarde.

Terminé la llamada sintiendo una mezcla entre diversión y placer porque sabía que me estaba buscando un problema con ella, pero si había algo que me excitaba era verla molesta.

Ashlee tomó la llamada cuando terminé con la mía y colgó después de un minuto.

—Landon espera por usted —anunció mi asistente. Tanto ella como yo nos miramos sorprendidos «¿Landon?»—. La asistente del doctor Miller avisó que tiene la siguiente hora libre —agregó tratando de corregir su error.

—Gracias Ashlee —dije aún sorprendido por la forma tan informal que usó para nombrar a mi amigo, pero por discreción y amabilidad no mencioné el asunto—, cancela mis reuniones... no sé cuánto tiempo me lleve esta conversación.

—Sí, señor... Luke espera abajo por usted.

Le entregué todos los documentos firmados y ella caminó a mi lado hasta el ascensor. Sus pálidas mejillas estaban ruborizadas cuando se despidió de mí y las puertas del elevador se cerraron. Ashlee era de las personas que más consideración le tenía, era responsable, discreta y muy eficiente, por ello me sentí muy intrigado por la forma como había llamado a uno de mis amigos y aunque tenía curiosidad y ganas de preguntar, decidí que lo haría en otro momento porque en esa reunión debía arreglar un problema que habíamos arrastrado por casi una década y necesitaba resolver lo antes posible.

Después de unos minutos Luke estacionó frente al hospital y yo bajé. Caminé por los pasillos y sonreí con amabilidad a los doctores que me saludaron al pasar. Cuando llegué hasta la oficina del director, Susy, su asistente abrió la puerta para mí.

—¿Como está, Señor Carter? —preguntó la mujer, yo le regalé una sonrisa amable—. El doctor Miller espera por usted.

—Gracias, Susy —respondí mientras caminé hacia la otra puerta.

Landon se puso de pie cuando su asistente interrumpió su concentración. Al verme no me recibió con una de sus típicas sonrisas, algo que me sorprendió, pero no lo comenté.

—*Enseguida les traigo café* —aseguró la mujer.

—*Gracias Susy* —respondió extendiendo su mano hacia mí—. *Hola Nick, ¿cómo estás?*

—*Estoy bien. ¿Estabas ocupado?*

—*No, hoy he tenido un día más o menos tranquilo* —respondió mientras me invitaba a sentarme en la pequeña sala que tenía en su oficina—. *¿Cómo esta Liz?*

—*Bien, está en la casa de sus padres, volverá más tarde con su hermana.*

Susy tocó la puerta y entró poco después con una con una fuente de plata en las manos dejando dos tazas de café humeantes para nosotros.

—*Gracias Susy* —dijo mi amigo, la mujer sonrió y luego se marchó.

—*Me sorprende que no hayas buscado una asistente más joven* —comenté tomando la taza que él me ofrecía. Landon se rió.

—*Necesitaba una asistente, no una modelo* —respondió con orgullo.

—*La mía, además de parecer una modelo, es una excelente asistente*—. La sonrisa se mi amigo se amplió ante la mención de Ashlee.

—*No creo que hayas venido hasta aquí para hablar de nuestras asistentes, ¿o sí?* —Negué de inmediato y dejé la taza sobre la mesa después de beber un poco—. *Me preocupé un poco cuando Ashlee me llamó.*

—*No pasa nada... nada nuevo, es decir.* —Me miró con cierta desconfianza y sonreí—. *Como sabrás, desde que Elizabeth apareció en mi vida estoy cerrando temas pendientes* —comenté, él asintió—, *quiero empezar de cero con ella.*

—*Nos alegra que así sea, Nicholas.*

—*Sí, pero para hacerlo necesito arreglar cosas pendientes... y tengo una contigo* —Me miró en silencio y dejó que siguiera hablando—, *a pesar de que no nos hemos distanciado tanto, nunca hemos hablado de este asunto.*

—*Estamos hablando de Maia, ¿verdad?* —preguntó.

—*Sí* —respondí con tranquilidad—, *sé que para mí fue más fácil culpar a los demás de mis errores... pero ahora puedo ver los míos y admitirlos.*

—*Así como tú admites los tuyos, yo también lo hice y sé que tuve responsabilidad en todo lo que sucedió, la conocieron por mí.*

—*Quizás así debía ser, quizás ese era mi destino...* —admití con resignación—. *Pudo ser cualquiera, Samuel o James...*

—*Ninguno de ellos se hubiese preocupado por ayudarla...* —Sabía que tenía razón.

—*Siempre quisiste salvar vidas* —traté de bromear—. *Ha sido un camino difícil* —admití—, *he pasado mucha mierda en todos estos años, he perdido muchas cosas, me he sentido vacío, solo y sin rumbo durante diez años.*

—*Nunca has estado solo Nicholas* —respondió con pesar—, *siempre hemos estado aquí.*

—*Lo sé, pero no los vi, no los quería ver...* —admití con tristeza—. *Solo a William... Y solo porque él nunca se relacionó con Maia y nunca me recordó nada de ella.*

—*Debimos estar más pendiente de ti* —lamentó mi amigo y yo le sonreí a ese cariño que notaba en sus palabras.

—*Lo hicieron, una y otra vez y yo no los escuché y luego quise quitarme responsabilidad culpándolos.*

—*En cierta forma, fuimos responsables.*

—*¡No!* —insistí—. *Las cosas pasaron porque así tenían que suceder, me advirtieron muchas veces y no los escuché... es mi culpa... ninguno de ustedes puede sentirse mal por mí, era joven,*

pero sabía lo que hacía... —Landon solo me escuchaba en silencio—, yo la quería... con toda su porquería de vida, yo quería seguirla... Nadie es culpable de eso. —Él se secó el rostro y apenas noté que estaba llorando—. ¡Diablos! —me quejé—. No quiero más dolor entre nosotros.

—Es alegría —me explicó—, estás aquí... sin que nadie te obligue, me estás exonerando de una culpa que he llevado durante años y me alegra saber que estás intentando dejar todo eso atrás.

—Creo que empiezo a ponerme de pie —admití, él sonrió y estiró su mano hacia mí, la tomé de inmediato—. Lamento todas las cosas malas que dije o hice.

Él se levantó y haló de mí para abrazarme y aunque aún el recuerdo de las cosas malas vagaba por mi memoria, yo los deseché y me recordé que ya no éramos esos niños, que habíamos cambiado, madurado y estábamos listos para continuar con nuestras vidas sin sombras en nuestro camino.

...

Cuando salí del hospital me sentí aliviado, como si me hubieran quitado 100 kilos que llevaba en la espalda. Era increíble cómo podía seguir siendo yo, pero a la vez volver a ser el que era antes. Como podía recuperar lo bueno del hombre que fui y solo dejar atrás las cosas malas que viví.

Mientras el auto se movía, miré mi reloj y sonreí al pensar en Elizabeth, en esa pequeña mujer de la que me había enamorado perdidamente.

Luke se detuvo frente al edificio donde vivía mi problemática novia y Frank me saludó al verme. Me comentó que mi dulce novia lo había echado al llegar, pero él había preferido esperar por mí para hacerlo. Les ordené a ambos que se marcharan, pues tenía la intención de quedarme allí, aunque no estaba seguro si el humor de mi chica me lo permitiría.

—¿Hola? —susurró una voz infantil detrás del intercomunicador.

—Hola Amanda, soy Nicholas.

—Hola Nick —susurró la pequeña—, Liz está vistiéndose.

—¿Puedes abrirme la puerta?

—¡Sí! —exclamó con una risita graciosa y presionó el botón que abría la puerta.

—Gracias, estoy subiendo.

Cuando el ascensor se abrió, caminé hacia su puerta y toqué el timbre. Ella no tardó mucho en abrir y por su cara parecía sorprendida al verme. Mis ojos se fueron sobre sus desnudas piernas y observé con mala cara su facilidad para romper las reglas.

—¿Vas a dejarme afuera? —le pregunté, ella abrió la reja, pero me mantuve de pie mirando su mala cara—. ¿Podrías fingir que te hace feliz verme? —pregunté—. Sé que tenemos una discusión pendiente.

—¡Claro que la tenemos! —respondió de inmediato—. Pero me hace feliz verte.

Extendí mi mano y lució sorprendida al ver la bolsa de chocolates que había comprado para ella. Levanté la otra mano y le extendí el ramo de tulipanes, algo que hizo que su sonrisa se ampliara y sus ojos se llenaran de emoción y amor.

—Flores y chocolates para mi pequeña —susurré, ella se emocionó y aunque trató de mantener su rostro enojado, sabía que había conseguido mi objetivo—. Dejemos la discusión para cuando estemos solos, ¿sí?

—De acuerdo —Se acercó a mí y al hacerlo volví a darle una mala cara a su diminuta ropa—. Estoy dentro de mi casa y nadie va a...

La halé hacia mí y tomé su rápida boca antes de que empezara a discutir. Ella dejó de respirar

y su cuerpo como de costumbre pareció perder la fuerza cuando mi boca se apoderó de la suya. Sonreí con orgullo.

—*Sé fuerte, pequeña* —susurré y la liberé apenas escuché los pasos de su hermanita al acercarse a nosotros—. *Hola Amanda, ¿cómo estás?*

—*Estoy bien, pero muriendo de hambre.*

Elizabeth empezó a reír mientras me dejaba pasar. Caminó hasta la cocina mientras yo me quitaba el saco y lo dejaba sobre su sofá.

—*Me alegra que estés aquí* —susurró cuando me detuve en la puerta de su cocina.

—*A mí también me alegra que hayas regresado.* —Se colocó de puntitas para llegar a mi boca y besarme de nuevo—. *Gracias por las cursilerías.*

No puede evitar sonreír cuando dijo, pero se alejó apenas su hermana se acercó a nosotros. La niña era casi de su tamaño y creo que en nada empezaría a hablar de chicos, pero Liz parecía no darse cuenta de ello porque la seguía tratando como a una niña pequeña.

Sonreí porque Amanda se quejaba de que Liz no había preparado nada para comer y aunque las invité a ir a algún restaurante, mi chica se negó y prometió encargarse de la cena lo más pronto posible.

Estar de pie en su cocina me recordó a aquella primera vez que estuve allí, ese beso que no pude evitar y esa cantidad de sensaciones que experimenté cuando mi boca tomó la suya. Sabía que ella era especial, pero creí que podría manejar mis emociones... ¡Cuánto me equivoqué!

Liz giró y me atrapó mirándola, me sonrió, yo me acerqué, lamí sus labios y el deseo aumentó en mi cuerpo. Ella intentó salir de la cocina, pero la tomé de la cintura y me incliné a su oído.

—*Si tu hermana no estuviera aquí... ya estarías desnuda sobre esa mesa y yo estaría entre tus piernas dándote placer.*

Ella dejó de respirar y golpeó con suavidad mi brazo. Besé su mejilla y la liberé intentando comportarme como un hombre adulto y educado, por lo menos mientras su hermana estaba observándonos. Quizá cuando ella se quedara dormida, su rebelde hermana y yo retomaríamos nuestra discusión y terminaríamos reconciliándonos con una buena dosis de sexo.

«*¡No es sexo Nicholas, no es sexo!*»

Me reí de mis pensamientos porque estaba seguro de que eso sería lo que ella diría si pudiera leer mi mente y aunque era verdad, nosotros hacíamos el amor, cuando el deseo burbujeaba en mi sangre, en mi mente, era sexo, salvaje y delicioso sexo con amor. Uno que no había tenido antes y que después de conocerla se había convertido en el mejor que había experimentado en mi vida y todo era por ella... siempre por ella.

El tiempo pasa sin que nadie pueda detenerlo y el día especial para mi chica había llegado. Había estado de viaje así que estaba extrañándola mucho y sentía la necesidad exagerada de verla. Quise negarme a la invitación de James, pero no quería que sintiera que lo estaba rechazando, así que accedí a hacer un corto viaje con ellos, algo de lo que no me arrepentía, la había pasado muy bien con ellos, mejor de lo que esperé.

Los padres de Elizabeth ya estaban en la ciudad y aproveché el momento para invitarlos a cenar y congraciarme un poco con su padre que, como era de esperarse, no sentía mucha simpatía por mí.

Frank conducía con calma por las calles neoyorquinas y yo observaba las luces de colores que ya adornaban las principales avenidas. La Navidad estaba cerca y se sentía el entusiasmo de las personas en la ciudad.

Cerré y abrí las manos intentando controlar mi inquietud. Jamás me había sentido de ese modo, y es que jamás había tenido un suegro... menos uno que no terminaba de aceptarme. Lo entendía, si tuviera una hija y se enamorara de alguien como yo, seguramente también estuviera en desacuerdo, pero tenía que encontrar la manera de agradecerle un poco, si se hubiese tratado de otra persona no me importaría, pero era el padre de la mujer con la que pretendía pasar el resto de mi vida, así que tendría que intentar ganarme la simpatía del hombre.

Frank se detuvo en un semáforo y yo respiré profundo tratando de no darle tantas vueltas al asunto. Sentí la mirada de alguien sobre mí y giré, la mujer que estaba mirándome volteó y no logré ver su rostro, pero me hizo sentir incómodo, extraño, porque ella se parecía a...

«*¡Estoy loco! Luego me quejo de que Jonathan no se fie de mí*», reí de mis pensamientos.

Llegamos hasta el edificio donde vivía Elizabeth y Frank abrió la puerta para mí. Acomodé mi corbata y toqué el timbre, gracias al cielo fue Caroline Coleman la que respondió y abrió la puerta principal para mí. Llegué hasta el ascensor y traté de controlar mi tensión hasta que las puertas se abrieron, pero cuando en la puerta estaba esperándome Jonathan Coleman, todo empeoró.

—*Buenas noches, señor Coleman* —saludé. Este me sonrió sin ninguna emoción, extendí mi mano y él la tomó.

—*Buenas noches, Nicholas* —respondió apretando mi mano—. *Eres puntual* —acotó con aprobación, sonreí con vanidad.

—*Siempre lo soy* —respondí—, *valoro mucho el tiempo de los demás y siempre espero que tengan la misma cortesía conmigo*. —Él sonrió sin mucha emoción, pero me sentí mejor cuando vi a su esposa sonriendo con ternura hacia mí—. *Buenas noches, señora Coleman*.

—*Por Dios, Nicholas* —se quejó—, *dime Caroline, por favor* —susurró acercándose a mí y regalándome un cálido abrazo—. *¡Qué guapo y elegante estás!*

—*Digo lo mismo de usted...* —respondí, ella me miró fingiendo molestia, algo que me recordó mucho a Liz—, *de ti* —corregí.

—*Así está mejor* —respondió con dulzura—, *gracias... A mi edad no hay mucho por hacer*.

—*No hay mucho que hacer porque es naturalmente guapa* —respondí, Jonathan se acercó a ella y besó su mejilla.

—*En eso debo darte la razón, Nicholas... mi esposa es hermosa*

Ambos se besaron frente a mí y entendí la razón por la que Elizabeth los veía como un ejemplo a seguir, ellos lucían enamorados y felices.

—*¿Nos sentamos?* —sugirió Caroline, asentí y caminé detrás de ellos para tomar el sofá más pequeño—. *¿Qué tal te fue en tu viaje? Llegaste hoy, ¿verdad?*

—*Sí, llegué hace un par de horas. Me fue bien.*

—*¿Fue por negocio?* —preguntó Jonathan.

—*No, no fue un viaje de negocios, un amigo está en una obra y fuimos al estreno.*

—*Oh cierto* —susurró Caroline—, *Liz nos contó que fuiste actor.*

—*Sí, cuando era un adolescente...* —Amanda apareció y me levanté para saludarla—. *Hola Amanda.*

—*Hola Nicholas* —susurró besando mi mejilla—, *Liz casi esta lista.* —La niña se sentó junto a su padre y me sonrió—. *¿A dónde iremos a cenar?*

—*A mi casa...* —Ella sonrió más entusiasmada, igual que su madre, pero su padre levantó una ceja sorprendido.

—*Así que conoceremos tu casa... ¿Y estarán tus padres?* —preguntó Jonathan, fingí mi mejor sonrisa a su interrogatorio.

—*No, mis padres murieron cuando yo era un niño...* —Caroline y Amanda entristecieron al oírme y aunque Jonathan no lo hizo bajó un poco su postura desafiante—, *solo tengo una hermana, pero no la frecuento.*

—*¿Por qué no?* —preguntó el hombre con curiosidad.

—*Se mudó a Canadá cuando yo tenía la edad de Amanda, William, uno de mis mejores amigos se hizo cargo de mi desde entonces, él y otros amigos son mi familia... los considero como hermanos.*

Miré mi reloj impaciente por verla salir. Caroline cambió el tema de la conversación y mantuvo distraído a su esposo por varios minutos, algo que le agradecí en silencio. Jonathan seguía mirándome mientras Amanda les contaba lo que ella y Elizabeth habían hecho en estos días solas.

Ellos parecían una familia muy unida y como lo mencionó Liz, era evidente por la actitud de su padre lo convencionales que eran, algo que me hizo pensar en cómo tomarían la decisión de Elizabeth y mía de vivir juntos.

—*¡Ya estoy lista!* —gritó mi chica.

Sonreí al oírla y me puse de pie. Mi corazón se aceleró y me sentí ridículo a causa de la emoción que ella generaba en mi cuerpo. Mi chica apareció frente a nosotros y mi sonrisa le dio la bienvenida al ver lo hermosa que lucía esa noche.

Había elegido, para mi sorpresa, un vestido azul ceñido, pero que llegaba casi a su rodilla, sonreí encantando de que hubieras respetado, por primera vez, nuestro acuerdo.

—*Lo siento* —susurró acercándose a mí—, *te hice esperar mucho.*

—*No, cielo* —susurré, ella me dio un abrazo y besó mis labios de forma tan decente que me hizo sonreír—. *Estás hermosa.*

—*¡Oh, muchas gracias!* —exclamó limpiando la huella del beso que me había dado—. *Tú también estás hermoso.* —Incliné mi cabeza en agradecimiento, tomé su mano y ella miró a sus padres—. *¿Nos vamos?*

—*Claro* —respondió Jonathan—, *el señor Carter no es de los que le gusta perder el tiempo y ya tú te llevaste diez minutos.*

—*Elizabeth es dueña de mi tiempo, señor Coleman* —le aclaré—, *con ella no aplica esa regla.*

Elizabeth le regaló una mirada de advertencia a su padre y yo mantuve mi sonrisa para evitar que se alterara.

—*¡Oh, que dulce eres!* —exclamó su madre.

Caminamos hacia la puerta y la abrí, cedí el paso a sus padres y estos salieron en silencio. Amanda los siguió y yo invité a Liz a hacer lo mismo, pero ella solo suspiró.

—*Lo siento* —susurró girando los ojos—, *mi papá está más odioso que nunca* —se quejó mi pequeña, yo me incliné y besé su nariz.

—*No te preocupes, esta noche quiero que estés feliz.*

—*Tú me haces feliz* —susurró abrazándome—. *¿A dónde iremos?*

—*Es sorpresa...* —respondí.

Al llegar al primer piso, Fran y Luke esperaban por nosotros. Con toda la intención de deslumbrarlos elegí los autos y funcionó porque hasta la mala cara de Jonathan cambió. Ellos tres subieron al auto que conducía Luke y Elizabeth y yo al de Frank.

Mi chica se disculpó una y otra vez por el comportamiento de su padre, pero su rebeldía estaba a flor de pie porque le comía las ganas de contarles que se mudaría conmigo. La convencí de no hacerlo todavía y la distraje contándoles sobre el viaje que había hecho con el 911.

Frank llegó poco antes que Luke, así que pude ver la cara de asombro de su familia al ver mi casa. Mi chica solo se encogió de hombros ante la sorpresa de sus padres, pero debo decir que Jonathan, aunque estaba sorprendido continuó con su seriedad y distancia conmigo hasta que llegamos a la entrada de mi casa y vieron a mis amigos esperando por nosotros.

Elizabeth me dio un fuerte abrazo y me agradeció la sorpresa.

—*Buenas noches* —saludó William haciendo gala de su educación al aproximarse a nosotros—. *Bienvenidos.*

—*Hola William* —respondió mi chica besando la mejilla de mi amigo y luego se giró hacia sus padres—. *Papá, mamá... él es William Bennet, es casi el padre de Nicholas.*

—*Casi...* —bromeó mi amigo—. *Es un placer, señor y señora Coleman* —Los Coleman tomaron la mano de mi amigo y él giró hacia Kate—. *Ella es mi esposa, Kate.*

El rostro de Jonathan Coleman cambió de inmediato al conocer a William y a Kate y no lo podía culpar, ese hombre causaba ese efecto en todos.

Caminé a saludar a Landon mientras que los Bennet se encargaban del celoso padre de mi chica. Junto al doctor estaba mi eficiente asistente, algo que no me sorprendió, pues, durante el viaje Landon me había confesado que llevaba cinco meses saliendo con Ashlee, motivo por el cual ella estaba esa noche en mi casa.

—*Buenas noches, señor Carter* —saludó ella extendiendo su mano hacia mí.

—*Puedes tutearme* —respondí tomando su mano.

—*Me gusta llamarlo de este modo* —respondió sonriendo—. *Gracias por la invitación.*

—*Me alegra que hayas venido.* —Ella aún estaba tensa cuando tomé la mano de Landon—. *Doctor Miller...* —susurré, él se rió.

—*Señor Carter* —respondió burlándose de mí y apretando a Ashlee más hacia él—. *Ya conoce a mi novia, ¿verdad?* —preguntó logrando que las mejillas de la rubia se pintaran con más color.

—*Muchos años más que tú* —respondí y la miré—. *¿De todos los hombres en el mundo tenías que fijarte en él?* —Ella palideció y Landon dejó de sonreír—, *creo que hubieras podido*

aspirar a alguien mejor —bromeé, ella volvió a respirar y yo me reí—. *Solo bromeo, Ashlee... Landon es un chico con suerte.*

—*Yo también me siento afortunada, señor Carter* —respondió la rubia justo cuando mi chica me rodeó la cintura y se abrazó a mí con fuerza—. *Señorita Coleman, buenas noches* —saludó Ashlee, Liz le regaló una gran sonrisa.

—*¡Ay, por Dios!* —exclamó mi chica—, *fuera de las oficinas no dejaré que me llames señorita Coleman* —Ashlee sonrió—. *Soy Elizabeth, puedes llamarme Liz si quieres.*

Mi chica se acercó a la rubia y besó su mejilla como lo había hecho con Kate y luego saludó a Landon. Ambos se disculparon y caminaron hacia donde los padres de Liz estaban saludando a Samuel y a James.

—*Gracias* —susurró mi pequeña mirándome con amor.

—*No agradezcas, verte feliz me hace feliz.* —Ella me abrazó y giró hacia sus padres—. *Creo que les agradan mis amigos.*

—*Son encantadores, sería imposible que no les agraden.*

—*¿Estás diciendo que yo no soy encantador?* —pregunté fingiendo estar ofendido, ella se colgó de mi cuello y sonrió ampliamente.

—*Lo eres, mi madre y Amanda te adoran* —me recordó—. *Con mi padre es un tema especial... lo sabes.*

—*Lo sé* —admití—, *no debe ser fácil aceptar que un hombre se folla a tu hija*—. Ella me golpeó el brazo y yo me reí.

—*Cállate que si te escucha será peor.* —Yo intenté dejar de reírme, pero ella terminó uniéndose a mi buen humor y luego observó a Landon presentándole a Ashlee a los Coleman—. *¿Ellos están juntos?*

—*Desde hace cinco meses* —comenté, ella me miró.

—*¿Lo sabías?* —Negué de inmediato— *¿Te molesta?*

—*No* —respondí de inmediato—, *pero sé que tarde o temprano me perjudicará.*

—*¿Por qué?* —preguntó mi chica con interés.

—*Porque Ashlee ocupará su tiempo con él y no estará disponible siempre que la necesite* —ella se rio de mí—, *suelo obligarla a irse de vacaciones, creo que eso cambiará de ahora en adelante.*

Elizabeth me abrazó y se burló de nuevo de mí, pero era sincero. Ashlee era mi mano derecha, la mujer en la que más confiaba profesionalmente y que fuese novia de Landon haría que cambiara las cosas, lo sabía y tendría que acostumbrarme a la idea de que pronto no tendría el teléfono encendido las 24 horas del día para salvarme el culo cada vez que necesitara de su ayuda.

La cena como de costumbre estuvo deliciosa. Los Coleman halagaron el gran trabajo que hacía Lourdes y esta sonrió orgullosa ante sus elogios. Caroline estaba hablando con Susan y preguntándole sobre él bebé cuando Elizabeth y yo nos sentamos frente a su padre y William.

—*¿El piano es parte de la decoración o sabe tocarlo?* —preguntó Jonathan mirándome.

—*Nicholas es un excelente pianista* —respondió William como un padre orgulloso—. *También toca la guitarra y la batería.*

—*En realidad todos nosotros sabemos tocar algún instrumento* —respondí—. *Lo aprendimos cuando éramos jóvenes... el piano es mi favorito.*

—*Lo felicito, el arte es algo admirable en cualquier persona.* —Asentí ante sus inesperadas palabras—. *Llegué a pensar que solo se dedicaba a hacer dinero* —agregó el padre de Elizabeth, yo sonreí.

—*Me he especializado en eso —admití—, pero sé muchas cosas más.*

—*Yo trabajo para la escuela de arte que ha creado Nicholas... —intervino William otra vez intentando deslumbrar al padre de mi chica con mis virtudes—, intentamos fomentar el arte en los más pequeños.*

—*Nicholas también tiene una fundación que ayuda en la educación de muchos niños de pocos recursos —comentó Kate sorprendiéndome.*

—*Oh, no sabíamos eso... —susurró la madre de mi chica mirando a la esposa de William—. Liz nunca lo mencionó.*

—*Siempre intento que estás cosas se hagan de forma discreta. —le expliqué—, prefiero ayudar sin que los demás lo sepan... aunque muchas veces fracaso al hacerlo, porque existen periodistas muy chismosos.*

—*¡Oye! —se quejó Andrew haciéndome ríe—. Un poco de respeto hacia mi profesión, averiguar cosas que los demás no saben y contarlas, es nuestra principal tarea.*

—*Oh sí, por supuesto —dije con ironía, mi chica no pudo evitar reírse y amé verla tan feliz—, pero como dije, prefiero colaborar con el mundo y que este no sepa que lo hice.*

—*Tan sencillo y de buen corazón —susurró mi pequeña acariciando mi rostro—, y si a eso le sumamos el hospital, creo que tienes un lugar ya separado en el Cielo.*

—*No lo creo —susurré besando su frente.*

—*¿Por qué su interés por los niños? —preguntó Jonathan— ¿Tuvo una infancia difícil?*

—*No tener padres hizo que fuese difícil —admití con un tono seco y frío porque estaba empezando a sacarme de mis casillas—, pero todo lo que tengo, lo tengo por mí, por mi trabajo y mi esfuerzo. —Elizabeth apretó mi mano y modulé mejor mi voz para no sonar grosero—. Trabajo desde muy pequeño, señor Coleman... nada se me dio gratis, no soy el heredero de nadie, todo lo que ve me lo he ganado.*

—*Eres muy joven —respondió con calma—, creo que es normal que al no saber de ti pensemos que lo que tienes es producto del trabajo de alguien más.*

Elizabeth giró furiosa hacia su padre y en esa ocasión fui yo quien apretó su mano para calmarla.

—*He vivido cosas duras en mi vida, señor Coleman y me siento orgulloso de decir que todo lo que tengo lo he conseguido con mi trabajo —Él no dijo nada más así que continué—, y respondiendo su pregunta, señor Coleman... creo que si educamos y protegemos a los niños tendremos mejores hombres en un futuro.*

—*Estoy de acuerdo contigo, Nicholas —dijo Caroline, yo le sonreí.*

—*Si el dinero que poseo sirve para mejorar en algo la vida de algunos niños, créame que lo haré con gusto... como le dije, trabajo desde muy joven y me siento feliz al saber que con mi trabajo puedo ayudar a los demás.*

Jonathan miró a Liz y mi chica le regaló una sonrisa de orgulloso a su padre. Él le devolvió el gesto relajando visiblemente su mala actitud.

—*Me alegra saberlo, señor Carter —respondió el hombre—, felicito su forma de ver la vida...*

Elizabeth tomó su copa y la extiende hacia mí.

—*¡Salud! —exclamó—. Por mi novio que es más que una cara bonita —comentó con ironía haciendo que varios de nosotros sonriéramos—. Salud, hermoso.*

—*Salud, pequeña —respondí besando su mejilla—. Te amo.*

Ella me besó sin importarle que su padre estuviera mirándonos y con eso el mal momento del

interrogatorio se fue al diablo.

Landon y Samuel seguían comentando sobre el viaje que habíamos hecho y los padres de Elizabeth finalmente parecían a gusto entre nosotros.

Sonreí cuando vi a William caminó hacia el piano, James saltó del sofá y se acercó al él.

—*¿Van a tocar?* —preguntó Liz con una gran sonrisa.

—*Creo que sí* —respondí, ella me dio una mirada de emoción.

—*¿Podrías tocar algo para mí?* —Yo negué de inmediato—. *Por favor, como regalo de cumpleaños.*

—*Ya compré un obsequio para ti* —respondí, ella giró sus ojos.

William abrió el piano y empezó a tocar mientras todos lo observaban con interés. Conocía la melodía, era antigua, pero la había tocado tantas veces cuando éramos adolescentes que la disfrutamos en silencio recordando una época buena de nuestra vida.

Cuando terminó su canción, tomé el rostro de Elizabeth entre mis manos y besé su frente antes de levantarme. Caminé hacia el piano y William se puso de pie para dejarme complacer a mi chica. Mis dedos se deslizaron sobre las teclas de mi piano y cerré los ojos para disfrutar la melodía.

—*Cada día me levanto junto a un ángel, más hermosa de lo que las palabras podrían decir*^[2] —cantó James haciéndome sonreír—. *Ellos dijeron que no funcionaría, pero ellos, ¿qué saben?*

Miré hacia donde estaba Liz y ella me regaló la mejor de las sonrisas. Me sentí feliz y continué tocando mientras James impresionaba a todos con su voz. A James y a mí nos gustaba esa canción y como siempre él se quedó en silencio cuando llegó la segunda parte para que yo la cantara...

—*Parece que fue ayer cuando ella dijo hola, por primera vez* —canté mirando a mi chica y sus ojos brillaron de emoción—, *es curioso como el tiempo vuela cuando estás enamorado* —Liz se puso de pie y se acercó al piano dejándome amarla mientras que con las palabras de esa canción intentaban expresarle mi amor—. *Nos llevó toda la vida encontrarnos, valió la pena la espera porque finalmente he encontrado a la indicada.*

Nunca en mis sueños pensé que esto me pasaría a mí. Estando aquí delante de mi mujer, no puedo evitar las lágrimas en mis ojos, ¿cómo soy tan afortunado? Debería haber hecho algo bien... y prometo amarla, por el resto de mi vida.

Elizabeth dejó escapar unas lágrimas y saltó sobre mí cuando dejé de cantar. Los aplausos se oyeron a nuestro alrededor mientras que mi chica seguía abrazada a mi cuerpo con la misma necesidad y desesperación con la que yo me aferraba a ella, a esa vida que quería a su lado, a esos sueños que había empezado a visualizar a su lado. Me aferré a ese amor incondicional que me había hecho salir de toda la oscuridad en la que había vivido por más de diez años y que gracias a ella estaba dejando atrás, gracias a ella y su amor, a ella y su luz.

Todo lo demás fue una algarabía, Andrew y Michael aplaudían emocionados. William se acercó a nosotros y Liz se vio en la obligación de liberarme, limpió sus mejillas mientras él me daba la mano y tiraba de mí para abrazarme. Me sentí avergonzado de la forma como él demostraba su orgullo por mí, pero se lo agradecía infinitamente, porque gracias a él y su fe en mí había podido seguir adelante y dejar los malos hábitos.

Cuando él se alejó de mí, Liz me miró aún emocionada.

—*Deja de llorar* —le pedí mientras limpiaba su rostro—. *Feliz cumpleaños, pequeña*—. Ella

miró su reloj de pulsera y levantó la mirada con visible emoción.

—*¡Gracias!* —respondió saltando sobre mí y rodeándome el cuello con sus brazos—. *Eres todo lo que quiero en mi vida.*

—*Y tú eres todo lo que yo necesito en la mía* —respondí besando su nariz—. *Eres mi razón para luchar, para sonreír... eres quien me alegra las mañanas y quien hace que duerma tranquilo, eres un sueño hecho realidad, tú eres mi más hermosa realidad.*

—*Te amo mi dios griego...*

Besé sus labios y me vi en la obligación de liberarla más pronto de lo que hubiera deseado cuando sus padres se acercaron a ella.

Michael, también se unió al saludo y Andrew la observaba con devoción. Sonreí al pensar que en algún momento lo detesté por tener su cariño, en ese momento pude ver que el amor que él sentía por mi chica era como el de un hermano mayor, uno que sabía, me mataría si la lastimaba.

—*Cantaron muy bien* —susurró Kate al acercarse con William para saludar a mi chica.

—*Gracias* —susurré mirándolo, él asintió—, *por todo... por siempre haber estado ahí... por no haberme dejado caer.*

—*No agradezcas, somos familia* —dijo mientras Kate me abrazaba con cariño—, *siempre estaremos aquí.*

—*¡Siempre!* —exclamó su esposa mirándome con amor—. *Luces tan hermoso, incluso es como si tus ojos sonrieran.*

—*El amor causa ese efecto* —respondí.

El teléfono de William sonó y él lo tomó de su chaqueta.

—*¿Hola?* —respondió y tan pronto como se quedó en silencio su rostro palideció, Kate me liberó y se acercó a su esposo al notar la forma como se había descompensado—. *Eh... número equivocado.*

—*¿Estás bien?* —preguntó Kate acariciando el rostro de Williams—, *estás pálido...* —Él no respondió y bebió de la copa de vino que sostenía en sus manos—. *¿Quién era?* —preguntó ella aún preocupada.

—*No era nadie, número equivocado.* —Kate me miró confundida, quizá tanto como lo estaba yo.

Tomó de la cintura a su esposa y la llevó hasta donde mi chica estaba de pie junto a Landon y Ashlee que se había acercado a ella.

Jamás en mi vida había visto a William tan nervioso, y por alguna razón creí que había mentido con respecto a esa llamada, pero no comprendí por qué lo haría.

«*¿Qué fue lo que hizo que la postura inquebrantable de William Bennett se derrumbara así? ¿Por qué una llamada... equivocada lo puso tan nervioso?*», no dejaba de darle vueltas a eso.

—*Nicholas...* —susurró el padre de Elizabeth alejándome totalmente de mis pensamientos—. *¿Podemos conversar un momento?* —Yo asentí de inmediato—. *En privado...*

Asentí y miré a Elizabeth, quien nos observó con preocupación. Le regalé una sonrisa para tranquilizar sus nervios y caminé junto a su padre hasta el segundo piso donde tenía mi estudio y donde nadie nos podría interrumpir.

Lo invité a entrar, le dio una mirada rápida al lugar y se sentó en el sofá, yo desabroché mi saco y tomé un lugar frente a él.

—*Primero voy a disculparme por mis preguntas o comentarios que te incomodaron* —dijo sorprendiéndome.

—*No es necesario, comprendo perfectamente su preocupación.*

—*No creo que lo hagas* —respondió con tranquilidad. Miró sus manos unos segundos y luego volvió a dirigirme su atención—, *solo cuando seas padre podrás entenderme*. —Me mantuve en silencio porque sabía que tenía razón—. *Tenía tu edad cuando Elizabeth ya empezaba la escuela y siempre tuve miedo de ese carácter suyo porque sabía que no me dejaría protegerla, ya que nació sintiéndose capaz de cuidarse, incluso con cinco años.*

Sonreí encantado con lo que me contaba de su hija.

—*Antes de ti solo conocimos a un chico* —Odié que mencionara ese dato porque sin conocerlo, Aidan Marshall era una persona no grata para mí—, *era un buen chico* —agregó tentando su suerte—, *pero ella dijo que no era lo que buscaba... era muy joven y me sentí feliz de que haya decidido tomarse un tiempo más antes de involucrarse de lleno en una relación amorosa.*

—*¿Por qué está contándome todo esto?* —pregunté. Él suspiró.

—*Mi hija tiene un anillo en el dedo anular y estoy casi seguro de que no es un regalo de cumpleaños.*

—*No lo es* —admití.

—*Espero que tampoco sea de compromiso* —agregó más serio de lo habitual—, *porque no creo que con tres meses ustedes estén listos para dar ese paso.*

—*En eso tiene razón, señor Coleman... es muy pronto para una boda, si es lo que le preocupa.*

—*Lo que me preocupa, para ser sinceros... es usted.* —Miré en silencio al padre de mi novia esperando que continuara—. *Cuando apareció en mi casa no tuve idea de quién era, pero Liz lucía tan feliz con su presencia que imaginé que usted era alguien especial para ella.*

Sonreí sin poder evitarlo al recordar lo mucho que en un inicio le molestó a mi chica el ser especial para mí.

—*En estos tres meses he visto más preocupación y tristeza en mi hija que alegrías y todas han estado relacionadas con usted, intenté entenderla, intenté no meterme en sus sentimientos, pero usted es un hombre complicado.* —«Más de lo que se imagina»—. *Mi hija ni siquiera puede ir a casa sin que la estén persiguiendo y no puedo culpar a esos periodistas, nunca antes lo habían visto con ninguna mujer, lo cual, aunque debería agradarme, termina preocupándome.*

—*¿También cree que soy gay?* —Me aventuré a preguntar, él sonrió.

—*Sus gustos no son de mi interés, señor Carter... mi único interés es saber qué intenciones tiene con mi hija.*

—*Me casaré con ella* —admití sin problemas, él incluso palideció—, *no hoy... ni en los próximos meses* —agregué para tranquilizarlo, no lo conseguí—, *pero sucederá, porque no imagino una vida lejos de ella.*

Jonathan Coleman respiró profundo y asintió.

—*Tuve una relación complicada hace varios años* —comenté a pesar de que hubiera deseado no hacerlo—, *era muy joven, cometí muchos errores y esa fue la razón por la que evité cualquier tipo de relación amorosa en mi vida, pero conocí a Elizabeth y todo cambió.*

El recuerdo de ese momento me hizo sonreír.

—*Elizabeth tomó mi mano y aunque quise soltarla para no afectarla, ella nunca me dejó* —su padre sonrió—. *Amo a su hija* —confesé sin problemas—, *y cuando me sienta listo, llegaré a su casa y pediré su mano.*

Jonathan respiró profundo y asintió.

—*Ese anillo solo representa mi compromiso con ella, con sus sentimientos hacia mí... con ese amor bueno que he conocido con ella.* —El hombre se relajó notablemente al escucharme—. *Señor Coleman, Elizabeth es lo más importante que tengo en este momento en mi vida, le doy mi palabra de que nunca haré nada que pueda lastimarla.*

—*Confiaré que cumplirá su palabra, señor Carter* —respondió el hombre—. *Solo quiero ver feliz a Liz.*

—*Haré todo lo que esté en mis manos para hacerla feliz.* —Él se puso de pie y aunque no quise ser yo quien se lo dijera, tuve que hacerlo—. *Le he pedido que se mude conmigo.*

Jonathan Coleman me regaló una mirada de sorpresa, pero continuó en silencio.

—*¿Qué ha dicho ella?* —preguntó con cautela.

—*Ella aceptó.*

Él caminó hasta la ventana de mi estudio y esperé en silencio escuchar lo que tenía que decirme. Lo vi sonreír a lo que fuera que estaba mirando y luego su espalda tensa se relajó.

—*Elizabeth siempre fue una buena chica* —comentó aun mirando por la ventana—, *y aunque sentía miedo por sus decisiones repentinas... nunca se ha equivocado.* —Jonathan me miró y soltó el aire que parecía estar conteniendo—. *Si ha aceptado vivir con usted, respetaré su decisión* —asentí en silencio—, *y seguiré esperando que usted cumpla con su palabra de no lastimarla.*

—*Amo a su hija, señor Coleman. Le prometo que cuando vaya a su casa y pida su mano, usted me aceptará con mejor cara de la que tiene hoy* —él sonrió de inmediato.

—*Espero que en eso tampoco se equivoque, señor Carter.*

Extendí mi mano hacia él y aunque se tardó un par de segundos, terminó tomándola y me sonrió.

Admito que me sentí liberado, relajado y confiado después de hablar con él. Sabía que había hecho lo correcto, me lo había aconsejado William cuando le dije que Liz y yo viviríamos juntos, pero pensé que aún era pronto para tener esa conversación, me equivoqué; lo mejor que pude hacer fue dejar las cosas claras con el padre de la mujer que amaba. Él y su familia debían estar tranquilos sobre nuestra relación, debían entender que mis sentimientos por ella eran sinceros y que jamás podría lastimarla de ningún modo.

Caminamos de regreso al salón y Elizabeth estaba por subir cuando nos vio. Su padre y yo le sonreímos, ella nos miró asustada cuando su padre la rodeó en sus brazos.

—*¿Qué hacían?* —preguntó mi chica.

—*Nicholas me mostró su colección de libros* —mintió su padre, ella sabía que lo hacía y se lo dejó saber con la mirada que le regaña—. *No pasa nada, princesa... tu novio y yo hemos tenido una conversación interesante.*

—*¿Interesante?* —preguntó ella, yo seguí sonriendo.

—*Estoy seguro de que atormentarás lo suficiente a tu novio hasta que termine contándote lo que hablamos, pero yo iré con tu madre ahora.*

Jonathan besó la frente de su hija y se alejó de nosotros. Liz me miró con preocupación y yo solo la presioné a mi pecho para sentir su calor.

—*¿No vas a decirme nada?* —susurró sin mirarme.

—*Te amo* —respondí esquivando su pregunta—. *Te lo contaré todo, pero ahora no...*

Elizabeth me miró y asintió dejando para otro momento su curiosidad sobre lo que hablábamos su padre y yo. Subió en un escalón de la escalera y me rodeó el cuello con sus brazos.

—*Este es el mejor cumpleaños que he tenido en mi vida* —aseguró con la emoción

acariciando sus palabras—, *tú haces mis días perfectos... porque eres perfecto.*

—*Tú eres quien hace mi vida perfecta...* —susurré besando su nariz—, *y cuando vivas aquí será absolutamente insuperable.*

Con una sonrisa maravillosa se inclinó y beso mi mejilla. Se escondió en mi cuello y luego se acercó lentamente hasta mi oreja.

—*Mañana* —susurró—, *mañana me mudaré contigo.*

Ella me miró y yo sonreí complacido con lo que me había dicho. Me sentí feliz y completo, como si todo en mi vida hubiera encontrado el lugar correcto, el camino indicado para hacerme sentir feliz otra vez.

La idea de que ella y yo estuviéramos más juntos que nunca, llenó mi frío corazón de emoción y me hizo sentir más lleno de luz. Sentí que los días oscuros se habían dispersado y aunque sabía que aún tendría días grises sentí que al tener la luz que Liz me brindaba, nada sería difícil de superar. Sabía que mientras ella y su amor me acompañaran, incluso en los malos momentos, yo podría enfrentarlos y cuando menos lo esperara, estaría listo para continuar mi vida sin fantasmas del pasado, sin temores, ni pesadillas. Sin sombras que cubrieran la luz que ella había traído a mi vida y que me había dado las fuerzas para continuar.

Estaba listo para seguir, para dejar las sombras y contagiarme de su luz... porque ella, Elizabeth era mi luz.

43 – Nuestra historia.

Me había sentido algo nerviosa al ver que él y mi padre se alejaban, había estado nerviosa por su conversación, pero cuando regresaron ambos parecían muy tranquilos y en ese momento no quise preguntar más porque Nicholas me lo había pedido.

Sus amigos y sus esposas estaban riendo y bromeando. Todos lucían felices, incluso Andrew y Michael quienes parecían conocer de siempre al *911*.

Estaba sorprendida de ver como Landon miraba embobado a Ashlee y ella, aunque parecía disimular delante de Nick, lucía igual de encantada con el doctor.

—*Creo que se ven lindos* —comenté mirando a la *Miss Mundo* y al *Doctor Encanto*, como solía llamarlos.

—*Me costará trabajo acostumbrarme a ellos* —susurró tomando mi mano—. *Vamos.*

—*¿A dónde?*

No me respondió, solo continuó caminando hasta la entrada de la casa y abrió la puerta. Con una sonrisa complacida me invitó a salir y lo hice sin entender qué estaba planeando.

—*¿Qué hacemos aquí?* —Él buscó algo en su saco y luego extendió una llave frente a mis ojos—. *¿Qué es eso?*

—*Mi regalo para ti....*

Se movió y detrás de él observé un hermoso auto blanco que llevaba en su capó un lazo azul gigante. Lo miré esperando que dijera que estaba bromeando, pero al ver su sonrisa supe que no lo hacía, él en verdad había comprado un auto nuevo para mí.

«*¿Qué haré con usted, señor Carter?»*»

—*Es pequeño y bonito... como tú* —agregó, pestañeé dos veces tratando de recuperarme de la sorpresa—. *Dime que te gusta...*

Iba a responderle cuando escuché la voz de mi hermana llamando, pero al oír más pasos supe que no estaba sola.

—*¡Oh, santa mierda!* —exclamó Andrew—. *¿Es un Audi TTRS?* —preguntó, giré a mirarlo esperando que el hecho de que supiera hasta el modelo no significara que fuera algo demasiado ostentoso—. *Eso debe costar más que el lugar donde vives, nena.* —Sentí que se me bajaba la presión ante la información que mi mejor amigo me daba. Él sonrió divertido—. *Nena, te verás impresionante en ese auto.*

El comentario de mi mejor amigo no ayudó a que el obsequio me pareciera apropiado, a decir verdad, nunca lograría parecerme apropiado, pero cuando él me hizo girar y clavó sus hermosos ojos azules sobre los míos me quedé sin argumentos para quejarme y todo empeoró cuando sus labios me regalaron la más perfecta de las sonrisas.

—*Nicholas* —susurré, él besó mi nariz—. *¿Por qué no actúas como un novio normal?* —Levantó una de sus cejas fingiendo sorpresa por mi pregunta—. *¿Chocolates, flores y hasta un perfume podrían ser un buen regalo?* —Sonrió complacido al oírme.

—*No soy normal* —respondió con orgullo—, *además, tú mereces algo así...* —Una de sus manos me acarició la mejilla y mi corazón se aceleró—, *dime que lo aceptas.*

—*¿Me dejarías rechazarlo?* —Su sonrisa fue la respuesta que recibí, así que solo me quedó

suspirar—. *¡Gracias!* —exclamé abrazándome a él con fuerza.

Detrás de nosotros estaba mi padre observando el auto con total admiración. Mi padre era como todos los hombres que admiraban los autos buenos y sin duda ese era uno de ellos.

—*¿Te gusta papi?* —pregunté, él sonrió sabiendo que mi pregunta era solo con la intención de presumir a mi maravilloso novio.

—*¿A quién no va a gustarle un auto así, princesa?* —respondió—. *Oh, sí hay alguien... a ti.*

—*¡A mí me encanta!* —asegué sin mentir.

Era un auto hermoso y pequeño como había dicho Nicholas, algo que me agradaba porque me resultaba más cómodo conducir uno de ese tamaño. Volví a besar los labios de mi novio y él me tomó de la mano para llevarme hasta mi obsequio.

Le quitó la alarma, abrió la puerta y me invitó a entrar del lado del conductor. Por dentro era aún más bonito y espacioso de lo que esperaba, sonreí complacida con el buen gusto que había tenido al elegirlo.

—*Me gustaba mi auto* —comenté cuando él tomó el asiento junto a mí.

—*A mí no* —respondió sin problemas algo que me hizo reír—. *¿Me llevarás de paseo?* —Yo me asombré ante su pregunta.

—*¡Oh! ¿Vas a dejarme conducir?* —pregunté.

Nicholas se inclinó y me acerqué para besarlo otra vez.

—*Sabía que no podría negociar sobre ese tema, así que preferí comprarte un auto más adecuado.* —Quise decirle que mi auto aún era adecuado para mí, pero preferí darle otro beso y seguir en silencio—. *¿El sábado me llevas a la playa?*

—*¡Sí!* —grité emocionada—. *¿Sin Frank?* —cuestioné para estar segura—. *¿Solos tú y yo y mi auto nuevo?*

—*Trato hecho* —respondió complacido—. *¿Te gusta?*

—*¡Me encanta!* —admití sin problema—. *Sabes que es demasiado, pero no me quejaré.*

—*¡Buena chica!*

Un último beso y bajó del auto, lo vi caminando delante de mí y admiré en silencio su perfección y seguridad al andar. Era tan guapo y lucía tan ardiente cuando se salía con la suya. Abrió mi puerta y le extendí la llave del auto.

—*Es tuyo...* —me recordó.

—*¡Lo sé!* —respondí riéndome—. *¿Puedes guardarla, por favor? Mi vestido no tiene bolsillos.*

Se relajó apenas entendiendo mi pedido y tomó la llave. La guardó en su bolsillo y aguantó con una sonrisa las bromas de James y Samuel. Andrew me rodeó el hombro con su brazo y besó mi frente, yo le sonreí con cariño.

—*Es el primer regalo de cumpleaños* —susurró—. *¿Imaginas qué te dará en su aniversario?* —Lo miré espantada por un segundo, algo que lo hizo reírse de mí, pero le golpeé el pecho en queja y su risa aumentó—. *Tendrás que acostumbrarte, nena.*

Todos regresaron a la casa e invadieron el salón. Yo los observé en silencio y sintiendo la felicidad en mi corazón. Ellos eran sus amigos, su familia y también estaban los míos, las personas más importantes de mi vida, todos juntos, todos sonriendo y acompañándome en un día tan especial.

Esa casa se convertiría en la mía, esas paredes serían testigos de nuestro amor, de nuestras diferencias y esperaba de corazón que se convirtieran en nuestro hogar, ese donde cada día nos

protegería del mundo exterior que a veces podía ser cruel.

Me asustaba el cambio que daría mi vida, me resultaba tan drástico el paso que daríamos, no sabíamos si era el correcto, pero en ese momento, en ese instante era lo que deseábamos hacer, lo que queríamos hacer.

Caminé hasta el comedor donde había dejado mi teléfono y le envié un mensaje: *Te espero arriba*, fue todo lo que escribí, poco después lo vi tomando su celular de su saco y sonrió, levantó la mirada y caminé hacia las escaleras.

Entré en su habitación y no pude evitar recordar la primera vez que había estado allí. La primera vez que me invitó a quedarme, que me dejó romper otra de sus reglas y me permitió sentirme un poco más parte de él.

Caminé hasta el armario y busqué en uno de sus trajes la caja que había escondido allí cuando mi padre y él estaban conversando. Sonreí con diversión al ver el contenido de esta, había sido una locura, pero no estaba arrepentida.

—¿Dónde estás? —escuché decir desde la habitación. Me escondí entre sus trajes y no respondí—. ¿Te estás escondiendo de mí? —preguntó mientras sus pasos me hacían saber que continuaba caminando—. *No puedes escapar de mí, pequeña* —No pude evitar reírme mientras mis nervios se alteraban—. ¿La señorita Coleman tiene ganas de jugar? —preguntó haciéndome reír de nuevo—. *Puedo olerte, puedo sentirte...* —lo vi entrar a su vestidor y sus pasos se detuvieron—, *escucho tu corazón... puedo sentir que estás temblando y que esto te está excitando.*

Mordí mis labios porque era verdad, ese juego tonto me había emocionado tanto que estaba deseando que me encontrara y me besara como hacía días no lo hacía.

—¿Sabes por qué lo sé? —preguntó—. *Porque yo siento lo mismo.* —Dio un paso más y cubrí mi boca para no reírme de nervios—. *Mi piel puede sentir la tuya, puedo sentir tu olor... el aroma delicioso de tu piel* —cerré los ojos disfrutando de su voz maravillosa—, *puedo cerrar los ojos y llegar a ti solo siguiendo el aroma de tu piel, ese olor a mujer que me vuelve loco.* — El deseo me quemó el alma deseando con desesperación que apareciera frente a mí—. *Quiero saber qué diferencia hay entre la mujer de 24 y la de 25 años.*

Y ese era el hombre que me había vuelto loca en solos unos días. Él hombre capaz de encender mis deseos, de alterar mis emociones y ganarse mi corazón con tanta facilidad. Él era el hombre que mi alma, mi cuerpo y mi corazón esperaban y me sentí feliz al saber que había llegado.

—¿Es que puedes sentir más? —preguntó con una voz más pastosa—. ¿Puedes disfrutar más? ¿Es que puedo lograr darte más placer?

Mi corazón se detuvo cuando con una de sus manos empujó el traje que estaba escondiéndome y sus azules ojos me miraron con deseo, el mismo que estaba seguro se veían en los míos.

—¿Te encontré! —exclamó. Sonreí y salté sobre él feliz de que lo haya hecho—. *Oh, mi niña hermosa* —susurró rozando su nariz con la mía y soltando su aliento sobre mi rostro ocasionando que las fuerzas abandonaran mi cuerpo y él necesitara sostenerme con más fuerza—. *Sé fuerte, pequeña.*

Atrapé sus labios y lo besé con descaro, con una necesidad desesperada por sentirlo mío, por recuperar esos dos días sin sentir su boca comiéndose la mía y él como siempre me dio lo que tanto necesitaba.

Sus manos bajaron hasta mi trasero y lo apretó con fuerza haciéndome temblar. Fue un beso apasionado y tan excitante que si continuábamos terminaría corriéndome sin mucho esfuerzo, así que intenté controlarme y hundí mi rostro en su cuello.

—¿Qué voy a hacer contigo? —susurró mordiendo mi oreja.

—Lo que has hecho desde hace tres meses —respondí disfrutando de esa corriente que recorría mi piel—, *amarme*.

—No creo que se pueda amar más —respondió mientras me miraba de forma extraña. Acarició mi rostro y sonrió—. *Has cambiado mi vida de una forma sorprendente, pasé tantos años solo y jamás me hizo falta nada... y ahora entiendo que era porque no te había conocido*. —Las lágrimas se acumularon en mis ojos sin que pudiera evitarlo—. *Desde que apareciste en mi vida encontré una razón para vivir... Eres tú eres esa razón, pequeña*.

—Y tú la mía, cielo... —respondí acariciando su rostro—, *quiero que seas muy feliz conmigo*.

—Lo soy... y te doy mi palabra de que cada día será mejor. —Y le creí, creí en esa promesa—. *Voy a vivir para hacerte tan feliz como me haces tú a mí*.

—Si tú estás bien, yo estoy bien.

—Eres todo lo que necesito para estar bien —Me besó la nariz y se quedó respirando sobre mí—, *estoy empezando a dejar la oscuridad y es a causa de tu luz. Porque usted es mi luz, señorita Coleman*.

Lo abracé y él buscó mi boca encendiendo otra vez el deseo en mí.

—Pórtate bien —le pedí—, *tenemos invitados abajo*.

—Oh, pero ya es medianoche, deberían irse—. Me reí golpeándole el hombro.

—¡Oye! Mis padres y mi hermana están allí, no seas grosero

—Oh, había olvidado a tu adorable padre —mencionó con notable ironía.

—¡Nicholas Carter no te metas con mi padre!

—No me meto con él, todas sus malas caras las pagarás tú —Apretó mi trasero haciéndome saltar de placer—, *y de una forma deliciosa*.

—¡Descarado! —reí amando a mi hermoso hombre.

Mi hombre, mío, solo mío.

Ese pensamiento me hizo recordar la caja que había dejado de nuevo en su traje cuando estuvo frente a mí, así que lo alejé y tomé el regalo que había comprado para él.

—Casi olvido para qué te traje aquí —comenté escondiendo la joya entre mis manos.

—¿No querías follar en mi vestidor? —preguntó sonriendo.

—No, claro que no... ni siquiera lo pensé —confesé.

—Le dije a tu padre que viviremos juntos.

La joya se me resbaló de las manos y lo miré espantada, él sonrió.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté espantada.

—Debía comportarme como un caballero. —Fue la respuesta que obtuve—. *Sabes que no lo soy, pero él no tiene por qué enterarse* —sonreí, aunque seguía asustada por esa conversación—, *no soy un caballero... pero ese será nuestro secreto*.

—Oh, tenemos un secreto —susurré siguiéndole el juego—. *¿Qué dijo?*

—Sigo vivo, así que no me fue tan mal.

—¡Nicholas! —grité desesperada, él empezó a reír, se inclinó para tomar la cajita que había dejado caer y me la entregó.

—No le hizo mucha gracia, pero dijo que siempre habías tomado buenas decisiones en tu vida e iba a respetar esta también.

Respiré profundo agradecida de que las cosas no hubieran salido tan mal.

—¿Qué es? — me preguntó mirando la caja en mis manos.

Sonreí y me acerqué más a él, tomé su mano y lo llevé hasta la cama donde nos sentamos.

—¿Recuerdas cuando me entregaste este anillo? —pregunté, él asintió—. *Dijiste que era de compromiso... un compromiso tuyo y mío... y que significaba que era tuya.*

—*Lo recuerdo, pequeña... fue hace poco y mi memoria ya no falla*—. Me reí y le golpeé el brazo, tomé su mano y puse la cajita sobre ella.

—¿*Qué es eso?* —preguntó con temor, quise reírme, pero me aguanté.

—*Ábrelo...*

Podía notar su nerviosismo mientras hacía lo que le había pedido. Podía notar como se había tensado y lo preocupado que estaba por lo que yo le estaba dando. Cuando terminó de abrir la caja lo vi respirar con alivio y no pude aguantar mi risa, él también se rió cuando tomó el anillo plateado que había elegido para él. Lo miró con atención y luego dirigió su interés en mí.

—*Es tu anillo de compromiso... de mí, para ti* —agregué—, *sácalo*—. Lo tomó, yo se lo quité y le mostré lo que había escrito dentro de él.

“Quiero ser tu luz en la oscuridad”.

Nicholas sonrió y cuando levantó la mirada hacia mí, vi lágrimas brillando en sus ojos. El amor estaba presente en esa mirada y aunque no había dicho nada supe que le había gustado.

—*Quiero ser eso, Nicholas* —susurré—, *quiero ser quien ilumine tus días oscuros.*

Nicholas se inclinó y besó mis labios y luego extendió su mano hacia mí. Sonreí cuando puse el anillo en su dedo anular y lo empecé a deslizar.

—*Eres mío, solo mío, Nicholas.*

—*¡Lo soy!* —respondió con seguridad—. *Soy tuyo como tú eres mía, somos el uno del otro y nada ni nadie hará que eso cambie jamás.*

—*Es un anillo de compromiso* —le aclaré—, *del compromiso de amarte en los días llenos de luz y más aún en los oscuros, de seguir siendo lo bueno en tu vida... quiero ser tu vida.*

—*Lo eres, pequeña* —respondió tomándose de la cintura y subiéndome sobre su cuerpo—. *Aquí empieza nuestra vida juntos, una vida que, aunque tenga días grises, juntos haremos que se llenen de luz.* —Me sentí feliz al escucharlo, al tenerlo y amarlo—. *Sé que aún me falta mucho por superar, pero necesito que estés conmigo en este camino.*

—*¡Y estaré ahí!* —prometí—. *Voy a tomar tu mano y haré que te levantes una y otra vez hasta que un buen día no caigas más* —acaricié su cabello dorado y miré sus ojos azules—, *voy a cuidarte y protegerte de todas tus pesadillas hasta que ese pasado oscuro se quede atrás donde nunca más vuelva a lastimarte.*

—*Te amo, Elizabeth Coleman.*

—*Yo te amo a ti, Nicholas Carter, mi hermoso y perfecto dios griego.* —Su sonrisa me deslumbró—. *Estaré contigo, cielo. Y voy a protegerte de cualquier cosa que intente lastimarte, voy a cuidar de ti hoy y siempre... ¡Lo prometo!*

Él me abrazó y yo me sentí feliz, me sentí fuerte y dichosa de tenerlo en mi vida, de estar en la suya.

El camino apenas estaba empezando, las pesadillas no se habían terminado, pero pasarían, confiaba que pronto todo pasaría y él podría dormir en paz, sin miedos. Llegaría el día en que ya no habría sombras y su vida estaría llena de luz. Llegaría ese día y yo estaría allí, a su lado, sonriéndole al hombre fuerte que había superado cosas difíciles.

Nuestra historia apenas empezaba, nuestras páginas recién se estaban escribiendo y sabía que todo sería mejor de lo que tuvimos antes de estar juntos, confiaba que así sería. Que un día no habría más sombras y su hermosa vida se llenaría solo de luz... de *luces sin sombras.*

Epílogo.

Me arreglo la corbata mientras ella termina de vestirse, me doy cuenta de que mi rostro está colorado y todo gracias a los días que hemos pasado tendidos en la arena. Sonrío al recordarla temblando mientras paseábamos en motos de agua, sus manos sujetando con fuerza mi cintura y lo rico que fue hacerle el amor nuevamente en el mar.

—*No sé para qué trajiste tanta ropa si nos íbamos hoy* —susurra mi pequeña mientras se acerca a mí—, *parece ropa para una semana.*

—*Es que no quería que te quedaras desnuda por ahí* —bromeo—, *ya sabes que a veces, son impaciente y termino rompiendo tu ropa en mi desesperación por hacerte el amor* —bromeo y se ríe.

Amo verte feliz, pequeña.

—*Amo cuando sonríes* —susurro tomando su rostro entre mis manos— *necesito verte feliz... si tú estás feliz, yo lo estaré.*

Su sonrisa desaparece y otra vez veo la preocupación en su mirada.

—*Hay algo que tengo que decirte... es importante.*

—*¿Qué sucede?* —pregunto preocupado pero el sonido de la puerta que nos interrumpe.

—*Cuando lleguemos a casa te lo contaré... lo prometo.*

Besa mi mejilla y camina hacia la entrada dejándome con la preocupación de lo que pueda estar pasando. Su actitud ha sido algo tensa desde que volví de los Ángeles, pensé que era por el trabajo, pero ahora sé que hay algo más.

—*Buenas tardes, señor* —susurra Frank al detenerse frente a mí.

—*Hola Frank* —respondo mirando a Elizabeth.

—*La maleta de Nicholas está en la habitación* —dice ella mirando a Frank—. *¿Puedes solo Frank?*

—*Por supuesto, señorita* —dice el hombre y ella sonrío.

—*Genial, fortachón* —bromea y logra calmar mi preocupación por un instante. Me extiende la mano y yo la tomo sin demora—. *Te amo más que a nada en este mundo* —susurra cuando estoy a su lado.

—*¿Voy a asustarme por lo que vas a decirme?* —le pregunto.

—*Eh... creo que sí* —responde, pero Frank aparece así que suspira—. *Hablamos en la casa, ¿de acuerdo?*

—*¿Estás embarazada?* —pregunto sin poder evitarlo, ella se detiene y gira a mirarme sorprendida.

—*¿Eso te asustaría?* —pregunta consternada—. *¿Un bebé te asustaría?*

—*Sí, mucho* —confieso, ella frunce el ceño—, *no me gustan las sorpresas y esa sería una... muy aterradora*—. Me sorprende cuando empieza a reírse y acaricia mi mejilla.

—*No, no estoy embarazada... ojalá fuese eso. Hablamos en casa.*

¿Hay algo peor que un bebé no planificado?

—*¿Vas a dejarme?* —pregunto ahora realmente asustado. Ella me mira más asombrada que nunca.

—*¡No!* —responde con tanta seguridad que puedo respirar tranquilo—*¡Rayos, Nicholas! Deja de decir eso, no voy a dejarte, no me iré —Gracias al cielo—, no se trata de nosotros... —se lo piensa mejor y suspira—, no del todo... solo es algo que necesito decirte, pero que no tiene que ver directamente con nuestra relación —¡Gracias a Dios! —, estamos bien cielo, lo estamos... ¿cierto?*

—*Muy bien, pequeña* —ella sonríe sin mucho entusiasmo—, *vamos a casa, quiero saber qué es eso que te ha estado atormentando.*

Tomo su mano y caminamos de regreso al hotel. Cuando llegamos allí me doy cuenta de que hay más movimiento de lo normal así que ambos aceleramos el paso.

Siento la mirada de todos sobre nosotros, sé que muchos nos toman fotos con sus teléfonos, pero los ignoro.

—*Por eso me gustan las cabañas* —comenté cuando cruzamos el lobby—. *Evitas los eventos de fin de semana.*

Las fotos saltan sobre nosotros cuando estamos en la entrada del hotel y veo a Luciano caminar hacia mí.

—*Sé educado, cielo... v*—susurra Elizabeth, yo finjo una mala sonrisa.

—*Señor Carter* —saluda el hombre extendiendo su mano hacia mí—, *espero que haya disfrutado del fin de semana en su hotel.*

—*Lo hice, Luciano*—. Suelto su mano y él la extiende hacia Liz.

—*Hasta pronto, señorita Coleman.*

—*Hasta pronto* —responde mi chica y continuamos nuestro camino hacia mi auto donde Frank espera por nosotros—. *¿Una celebridad?* —pregunta Liz.

Giro y veo una limosina, una de esas que rentan a un costo bajo y solo sirve para llamar la atención de las personas que no saben de autos costosos, como Liz que, aunque viaje en ellos, nunca les da importancia.

—*No señorita...* —responde Luciano—, *son las modelos que estarán en el desfile.*

Frank se acerca a nosotros para resguardarnos cuando varios fotógrafos se aproximan, pero sé que no están allí por nosotros y no me equivoco, porque sus fotos se disparan sobre los autos que han llegado.

—*Usted es Mitchell Sterling, ¿cierto?* —pregunta Luciano detrás de nosotros y me detengo de inmediato—. *Bienvenida a nuestro hotel.*

Frank mira detrás de mí con una cara de espanto que me hace temblar. Elizabeth sujeta con más fuerza mi mano y mi mente está concentrada en escuchar la voz de la mujer que desagradablemente tiene el mismo nombre que *ella*, pero no escucho su respuesta.

«*¡Por Dios, Nicholas... estás paranoico!*».

—*Gracias* —responde una voz que me congela la sangre.

Empiezo a sudar frío y a creo que estoy soñando, que en algún momento del día me he quedado profundamente dormido y estoy teniendo una pesadilla.

¿En qué momento me quedé dormido? Debe ser una pesadilla más, pero esto no lo he vivido antes.

Elizabeth hala de mí y suelto su mano sin poder moverme, estoy petrificado.
¡Estoy soñando... es otra pesadilla, Nicholas!

—*Nicholas, vamos* —susurra Liz y aun así me siento aislado de ella, como si mi alma hubiera salido de mi cuerpo—. *¿Nicholas?*

No puedo mirar a Liz, lo único que hago es pensar si debo o no, comprobar que no todo es una

tonta confusión. Comprobar que estoy soñando, que después de tantos meses estoy teniendo una pesadilla.

Respiro profundo, y aunque no quiero, termino girando, pero me arrepiento de inmediato de mi decisión, porque estoy en medio de una pesadilla que no había tenido antes, una horrible pesadilla de la que no puedo despertar.

Ella me mira asustada, como jamás me había mirado antes. Luce diferente, más delgada y pelirroja, pero es ella... no hay dudas... *¡Es ella!*
¿Cómo demonios puede ser esto posible?

Esta historia continuará... #Shadwoless

[\[1\]](#) Adele – Make you feel my love

[\[2\]](#) Rest of My Life — Matt Johnson